

LIBRARY OF THE
COURT HOUSE
J. L. ESTRADA

21/2/2007

e/3054

CARLOS QUINTO.

III.

Esta traduccion es propiedad del infrascrito. Todos los ejemplares irán señalados y firmados por el mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contrahechos.

J. Oliveres.

IMPRESA DE J. OLIVERES Y GAVARRÓ,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 67.



D. JUAN DE PADILLA

General en jefe del ejército de la Liga.

R. 3573

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS QUINTO,

PRECEDIDA

DE UNA DESCRIPCION DE LOS PROGRESOS DE LA SOCIEDAD
EN EUROPA, DESDE LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO
HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

POR

W. ROBERTSON.

NUEVA TRADUCCION HECHA CON TODO ESMEHO Y EXACTITUD

*Por D. José María Gutierrez
de la Peña.*

EDICION ADOORNADA CON LÁMINAS.

TOMO III.

BARCELONA,

LIBRERIA DE J. OLIVERES Y GAVARRÓ,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 67.

1859.



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



X-61-075942-0

6104308811

HISTORIA .

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO QUINTO.

Los pormenores de la inhumanidad con que el papa había sido tratado horrorizaron y pasmaron á la vez á la Europa. La inaudita osadía de un emperador cristiano, á quien su dignidad misma obligaba á proteger y defender á la Santa Sede, y que poniendo violentas manos sobre el representante de Jesueristo en la tierra retenia su sagrada persona en rigoroso cautiverio, se reputó generalmente por impiedad que reclamaba la mas ruidosa venganza y que hacia necesaria la pronta reunion de todos los fieles hijos de la iglesia contra el culpado. Francisco y Enrique, alarmados en vista de los progresos de Carlos en Italia, se habian aliado ya antes de la conquista de Roma, conviniendo en probar una poderosa incursion en los Países-Bajos para poner coto á la ambicion del emperador. Fortaleciéronse despues los varios motivos que les habian determinado en sus principios, y á ellos se unió el designio de libertar

Año 1527.
Indignacion
general en Eu-
ropa contra
Carlos.

11 de julio.

Año 1527 al papa de manos del emperador, acto político, que á par que favorecía sus intereses honraba su piedad. Pero, para alcanzar este objeto, era necesario abandonar los proyectos concebidos sobre los Países-Bajos y trasladar el teatro de la guerra al corazón de la Italia, puesto que únicamente á favor de las mas vigorosas operaciones podian prometerse librar á Roma y restituir la libertad al pontífice. Empezaba Francisco á conocer que el refinado espíritu de sus miras políticas sobre Italia le habia arrastrado harto lejos, y que singularmente por flojedad en los lances de crisis habia dejado que tomase Carlos una superioridad que fácilmente hubiera podido ser disputada; quiso pues apresurarse á reparar por medio de una actividad que convenia mas á su carácter, una falta que no muy á menudo habia tenido que echarse en cara. Creia Enrique que era tiempo de aliarse con el rey de Francia para atajar los grandes progresos del emperador en Italia, quien por este medio podia adquirir una prepotencia que le pusiese en estado de dictar despues leyes á los demas soberanos de Europa. Wolsey, cuya amistad habia Francisco procurado mantener con atenciones y regalos, seguro medio de conseguirla, no perdonó diligencia alguna de cuantas podian concitar á su amo contra el emperador. Además de estos respetos políticos escitaba á Enrique otro motivo particular, pues casi al mismo tiempo formaba el gran proyecto de su divorcio con Catalina de Aragon, sabia que le era indispensable la autorizacion del papa, y anhelaba tener derecho á su reconocimiento apareciendo como el principal instrumento de su libertad.

Con tales disposiciones de parte de entrambos reyes no se prolongaron las negociaciones. Habiendo Wolsey

Liga formada contra él.

recibido ilimitados poderes de su amo, trató Francisco con él personalmente en Amiens, adonde pasó el cardenal, recibiéndole con la mayor magnificencia. Se puso por artículo fundamental de la liga el matrimonio del duque de Orleans con la princesa María; decidióse que la Italia seria teatro de la guerra; se convino en las fuerzas del ejército que se pondria en campaña y en las tropas y los recursos que facilitaria cada príncipe; y en caso de no aceptar el emperador las proposiciones que se le debian hacer en nombre de ambos príncipes, se obligaban á declararle al momento la guerra y á dar de esta suerte principio á las hostilidades. Enrique, impetuoso siempre en sus resoluciones, entró con tanto celo y ardor en esta nueva alianza, que para dar á Francisco la mas alta prueba de su amistad y estimacion, renunció formalmente á todas las antiguas pretensiones de los reyes de Inglaterra á la corona de Francia, las cuales habian por tanto tiempo sido el orgullo y la ruina de su nacion, y aceptó como por resarcimiento una pension de cincuenta mil ducados anuales que debian satisfacerse á él y á sus sucesores (1).

Año 1527.

18 agosto.

Entre tanto el papa imposibilitado de cumplir las condiciones de la capitulacion, permaneció siempre prisionero bajo la severa guarda de Alarcon. No bien supieron los florentinos el desastre de Roma, cuando corrieron tumultuosos á las armas, arrojaron de la ciudad al cardenal de Cortona que la gobernaba en nombre del papa, destrozaron el escudo de armas de los Médicis, y las estatuas de Leon y de Clemente, y se declararon en estado libre, restaurando su antigua forma de go-

Los florentinos recobraron su libertad.

(1) Herbert. 835. etc. Rym. Fæder. XIV, 203.

Año 1527. hierno popular. Queriendo asimismo aprovecharse los venecianos de las desgracias de su aliado el papa, se apoderaron de **Ravenna** y de otras plazas pertenecientes al estado eclesiástico, dando por pretesto que querían guardarlas en depósito. Los duques de **Urbino** y de **Ferrara** se apropiaron también parte de los despojos del desgraciado pontífice á quien reputaban perdido sin recurso (1).

Inacción del ejército imperial.

Por otra parte procuraba **Lannoy** sacar de este inesperado suceso algunas ventajas sólidas, pues tanta preeminencia había dado la victoria á las armas de su soberano. Marcha con este intento á **Roma**, seguido de **Moncada**, del marqués de **Guasco**, y de cuantas tropas puede juntar en el reino de **Nápoles**. Una calamidad mayor para los infelices habitantes de **Roma** hubo de ser la llegada de este refuerzo, pues los recién venidos, codiciosos del botín reunido por sus compañeros, imitaron su desenfreno, y devoraron ávidamente los miserables restos que se habían ocultado á la rapacidad de los españoles y alemanes.

A la sazón no había en **Italia** ningún ejército capaz de oponerse á los imperiales, y para apoderarse de **Bolonia** y de las ciudades de los estados pontificios no se necesitaba más que presentarse á vista de sus murallas. Pero los soldados, acostumbrados desde mucho tiempo bajo el mando de **Borbon** á sacudir toda disciplina, y habiendo probado la dulzura de vivir á su antojo en una ciudad grande, casi sin reconocer autoridad alguna, habían degenerado de tal suerte en enemigos de la subordinación militar y de los deberes del servicio, que se negaron á salir de **Roma** sin que se les

(1) Guicc. I. XVIII, 453.

hubiesen pagado los atrasos de su sueldo, cosa que sabian muy bien no poderseles conceder. Además, declararon que únicamente obedecerian al príncipe de Orange, á quien habia el ejército aclamado por general. Viendo Lannoy que peligraba su vida si por mas tiempo permanecia en medio de un ejército insubordinado que despreciaba su carácter y le odiaba, volvió á Nápoles, adonde, obrando por iguales razones de prudencia, le siguieron pronto el marques del Gausto y Moncada. El príncipe de Orange, con solo el título de general debido á una soldadesca desenfrenada con la victoria y la licencia, tenia que respetar sus albedríos, mas que no respetaba ella sus órdenes: asi fue como el emperador, en vez de sacar fruto de la rendicion de Roma, tuvo el disgusto de saber que estaba en inaccion completa el mas formidable ejército que habia puesto en pie (1).

El rey de Francia y los venecianos tuvieron tiempo de formar nuevos planes para libertar al papa y defender á la Italia oprimida. La nueva república de Florencia tuvo la imprudencia de juntarse con ellos, y fue nombrado generalísimo Lautrec, á cuyos talentos hacian los italianos mas justicia que Francisco. Solo con la mayor repugnancia aceptó este encargo, pues temia esponerse de nuevo á los apuros y reveses causados por la negligencia del rey ó por la malicia de sus favoritos. Pusieronse á sus órdenes las mas selectas tropas de Francia, y el rey de Inglaterra, antes de haber declarado todavía guerra al emperador, desembolsó una cuantiosa suma para subvenir á los gastos de la expedicion. La prudencia, el vigor y la habilidad dirigieron las

El ejército
frances entra
en Italia.

(1) Guicc. l. XVIII. p. 454.

Año 1527. primeras operaciones de Lautrec. Con el auxilio de Andrés Doria, el mas famoso marino de su siglo, entró en Génova y restableció en esta república la faccion de los Fregocios y la dominacion de los franceses. Obligó á Alejandria á rendirse despues de algunos dias de sitio, y sojuzgó todo el pais de esta parte del Tesino. Tomó por asalto á Pavia que por tanto tiempo habia resistido á su amo, y la saqueó con la crueldad que inspiraba á los franceses el recuerdo del fatal desastre sufrido delante de esta ciudad. Si hubiese continuado dirigiendo sus esfuerzos contra el Milanésado, pronto se hubiera visto obligado á ceder Antonio de Leyva, que lo defendia con corto número de tropas solo conservadas á fuerza de astucia y maña; pero Lautrec no se atrevió á probar la conclusion de una conquista que le hubiera honrado tanto y de la cual habria reportado la liga tantas utilidades. No ignoraba Francisco que sus aliados deseaban mucio menos verle estender sus posesiones en Italia que desmembrar las del emperador, y temió que si llegaba Sforcia á ser repuesto en Milan, solo débilmente apoyarian los aliados la invasion que proyectaba contra Nápoles: en consecuencia se dió orden á Lautrec para que no adelantase demasiado sus conquistas en la Lombardia. Afortunadamente las importunidades del papa que instaba su socorro, y las de los florentinos que imploraban su proteccion, le dieron un plausible pretexto para adelantarse desoyendo las instancias de los venecianos y de Sforcia que insistian en que pasase á poner sitio á Milan (1).

Carlos con- Mientras Lautrec se adelantaba lentamente hácia Ro-

(1) Guicc. l. XVIII, 461. Du Bellay, 107. etc. Mauroc. Hist. Venet. l. III, 238.

ma, tuvo el emperador tiempo de deliberar sobre lo que debía hacer de la persona del papa que quedaba prisionero en el castillo de san Angelo. A pesar del especioso pretesto religioso con que encubria Carlos sus disposiciones, probó frecuentemente que le movian muy poco las consideraciones religiosas; y singularmente en este lance habia manifestado el deseo de hacer trasladar al papa á España para satisfacer el orgullo de su ambicion con el espectáculo de los dos mas ilustres personajes de Europa prisioneros uno tras del otro en su corte. Pero el temor de ofender todavía mas á la cristiandad y de hacerse odioso á sus mismos súbditos, le obligó á sacrificar á la prudencia la vanidad (1). Los progresos de los franceses le precisaban á restituir la libertad al papa ó á mandar su conduccion á mas seguro retiro. Entre las varias razones que le hicieron decidir por el primer partido, fue la mas poderosa el faltarle dinero, cuando le necesitaba con urgencia para reclutar su ejército y pagarle los inmensos retrasos que debia. Hacia principios del año habia convocado las Cortes de Castilla en Valladolid para esponer en ellas el estado de los negocios; con efecto, las representó la necesidad de hacer grandes aprestos contra los enemigos que la envidia iba á reunir contra él, y pidió en los mas precisos términos cuantiosos subsidios. Empero, negáronse ellas á abrumar con nuevo peso á la nacion, exhausta ya por los donativos extraordinarios, y persistieron en su negativa (2) á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para seducir ó atemorizar á los miembros de la asamblea. En consecuencia no le quedaba otro arbitrio que arrancar de Clemente en forma de rescate una suma suficiente para

Año 1527.
cede libertad
al papa.

11 febrero.

(1) Guicc. l. XVIII, p. 457.

(2) Sandov. l. I, p. 814.

Año 1527. pagar á sus tropas los atrasos, pues sin esto hubiera sido inútil proponerlas salir de **Roma**.

Por su parte no permanecía inactivo el papa, antes intrigaba con fortuna para abreviar su libertad. Por medio de la adulacion y de una aparente confianza logró desarmar el enojo de **Colonna**, y supo interesar la vanidad de este cardenal, celoso de demostrar á la **Europa** que despues de haber sabido humillar al papa tendria poder para restablecerle en su dignidad. Grangeóse asimismo el afecto de **Moron** con honores y promesas, pues este hombre, por uno de aquellos acontecimientos ordinarios en la vida y que dan á conocer su carácter, habia recobrado toda la autoridad y el crédito de que antes gozaba con los imperiales. La destreza y el ascendiente de ambos personajes allanaron fácilmente todos los obstáculos opuestos por los enviados del emperador, y concluyeron pronto que daba libertad á **Clemente** con condiciones duras á la verdad, pero tan moderadas como podia prometérselas en la situacion en que se encontraba. Vióse precisado á anticipar en dinero contante una cantidad de cien mil ducados para pagar al ejército, y dar palabra de entregar otro tanto dentro de quince dias y 150 mil dentro el plazo de tres meses. Además se le hizo prometer que no tomaria la menor parte en la guerra que se hacia contra el emperador, así en la **Lombardía** como en el reino de **Nápoles**, conceder á **Carlos** una cruzada y el diezmo de las rentas eclesiásticas en **España**, dar rehenes para la ejecucion de estos articulos, y para mayor seguridad poner al emperador en posesion de muchas ciudades (1).

(1) Guicc. I. XVIII. p. 467, etc

Cuando hubo reunido el papa la primera cantidad, despues de haber vendido las dignidades y beneficios eclesiásticos y empleado otros espedientes no muy canónicos, se fijó dia para soltarle. Pero Clemente, deseoso de verse libre de una prision de seis meses, y agitado por las sospechas y la desconfianza natural en los desgraciados, recelaba de tal suerte que los imperiales pusiesen nuevos obstáculos á su libertad, que la noche anterior se disfrazó de mercader, y aprovechando la poca vigilancia con que se le guardaba despues de hecho el tratado, logró fugarse sin ser descubierto. Antes del amanecer llegó sin comitiva, con uno solo de sus oficiales, á Orvieto, desde donde sin perder momento escribió una carta de gracias á Lautrec, como al instrumento principal de su libertad (1).

Durante estos acontecimientos, los embajadores de Francia y de Inglaterra pasaron á España en virtud del tratado concluido entre Wolsey y Francisco. No queriendo el emperador atraer contra sí las fuerzas reunidas de entrambos reyes, pareció que sin dificultad hubiera cedido algun tanto en el rigor del tratado de Madrid, en cuyas disposiciones se habia mostrado inflexible hasta entonces. Prometió aceptar los dos millones de escudos propuestos por Francisco en equivalente del ducado de Borgoña, y dar libertad á sus hijos, con tal que hiciese retroceder sus tropas de Italia y le restituyese la ciudad de Génova con las demas conquistas hechas en su territorio. Tocante á Sforcia, insistia con teson en que se decidiese de su suerte nombrando jueces para formarle causa. Dirigiéronse estas proposiciones á Enrique, quien las pasó al rey Fran-

Propuesta de Carlos á Francisco y á Enrique.

(1) Guicc. l. XVIII, 467, etc. Jov. Vita Colonn. 169. Mau-
106 Hist. Venet. l. III, 251.

Año 1527. cisco su aliado, como mas interesado, para saber su respuesta. Si de buena fe hubiese estado dispuesto Francisco á concluir la paz, y á obrar uniformemente en su conducta, no hubiera vacilado en adoptar al momento estas proposiciones, pues diferian muy poco de las que él mismo habia hecho algun tiempo antes (1): pero no eran ya las mismas sus ideas. La alianza de Enrique, los triunfos de Lautrec en Italia y la superioridad de su ejército sobre el del emperador, no le permitian dudar del éxito de su tentativa contra Nápoles. Animado por tan altas esperanzas, no titubeó en valerse de una apariencia de compasión en favor de Sforzia como de un pretesto, siendo asi que hasta entonces le habían al parecer ocupado muy poco. Requirió nuevamente que este desgraciado príncipe fuese restablecido sin condicion alguna en la plena posesion de sus estados, y bajo pretesto de que seria imprudente descansar del todo en la buena fe del emperador, exigia Francisco la entrega de sus hijos antes de que evacuasen sus tropas la Italia y devolviesen la plaza de Génova. Demandas tan poco razonables y el aire de reconvencion que las acompañaba, indignaron de tal suerte á Carlos que difícilmente pudo contener su cólera; pesóle haber demostrado una moderacion de que tan poco dignos eran sus enemigos, y declaró que ni un ápice se apartaria de las condiciones que acababa de ofrecer. Inconcebible parece que Enrique haya prestado su nombre á propuestas tales como las de Francisco, pero ello es que se habia logrado determinarle á ello y que en vista de la declaracion del emperador, pidieron y alcanzaron su audiencia de despedida asi el embajador de In-

(1) *Recueil des trait.* tom. II, p. 249.

glaterra como el de Francia (1).

Año 1528.

Al día siguiente dos heraldos que de intento habían acompañado á los embajadores, y que hasta entonces habían ocultado su carácter, comparecieron en la corte del emperador con los atributos de su ministerio, y así que fueron introducidos declararon la guerra en nombre de sus amos con todas las formalidades de costumbre. A entrambos recibió Carlos con la dignidad correspondiente á su gerarquía, pero respondió á cada uno en particular con un tono que indicaba la diferencia de afectos que le animaban para con los dos soberanos. El desafío del monarca inglés le recibió con firmeza templada por cierto aire de atención y respeto. Su respuesta al rey de Francia abundaba en aquella amargura de espresion que debia infundirle una rivalidad personal, irritada por la memoria de muchos ultrages recíprocos. Encargó al heraldo francés que advirtiese á su amo que en adelante no le miraría mas que como vil infractor de la fe pública, ageno de los sentimientos de honor y de probidad que distinguen á un caballero. Sobrado orgulloso Francisco para sufrir tal insulto, recurrió á un singular arbitrio para defender su carácter y vindicar su honor. En el acto mismo volvió á despachar á su heraldo con un desafío en regla, dando al emperador un mentis formal, retándole á combatir cuerpo á cuerpo, intimándole que fijase lugar y dia, y dándole á elegir las armas que quisiese. Carlos no menos vivo y valiente que su rival, aceptó sin vacilar el desafío; pero despues de varios mensajes para arreglar todas las circunstancias del duelo, mensajes acompañados siempre de vituperios que al fin ca-

22 enero.
Declaran la
guerra á Car-
los.

(1) *Hyem. XIV*, p. 200. *Herbert*, p. 35. *Guicc. l. XVIII*, 471.

Año 1528. si degeneraron en torpes injurias, se olvidó enteramente el proyecto de este duelo, que convenia mas á héroes de novela que á los dos mas poderosos monarcas de su siglo (1).

Acredita este ejemplo el uso del duelo.

Llamó la atención general el ejemplo que acababan de dar estos dos grandes reyes, y tuvo tanta autoridad que produjo una revolucion visible en las costumbres de toda la Europa. He dicho ya que los duelos se habian permitido en todas las naciones de Europa por mucho tiempo, que hacian parte de su jurisprudencia, y que en muchas ocasiones las autorizaba el magistrado como seguro medio de decision en lo civil y en lo criminal. Pero como estos duelos judiciales eran reputados apelaciones solemnes á la justicia y á la omnipotencia del Ser Supremo, no los autorizaba la ley mas que en las causas públicas, y para proceder en ellos fijaba formalidades jurídicas. Acostumbrados los hombres á ver empleado por los tribunales este método de enjuiciamiento, no tardaron en valerse de él para sus querellas personales, paso que no distó mucho del primero. Desde entonces los duelos, que al principio no podian verificarse mas que por disposicion del magistrado civil, se empeñaron en breve sin que interviniese este, y se estendieron á muchos casos no señalados por la ley. Acreditó extraordinariamente esta práctica lo que acababa de pasar entre Carlos y Francisco. A la primera injuria, al menor insulto que heria su honor, creíase un caballero con derecho para desenvainar la espada y retar á un duelo singular á su contrario para hacerle entrar en razon. Semejante opinion, introducida entre pueblos que con

(1) *Recueil des trait. II. Mem. de du Bellay, p. 103, etc. Sandev. Hist. I, p. 337.*

el valor y la fiereza hermanaban toscas y feroces costumbres, no podia menos de producir los mas funestos efectos por lo frecuentes que eran los insultos y activo el resentimiento; derramóse en los duelos la mas preciosa sangre de Europa, sacrificáronse mil vidas útiles, y hubo tiempo en que esas reyertas de honor fueron mas destructivas que las guerras nacionales. Es por otra parte tal el imperio de la moda, que ni el terror de las leyes penales ni el respeto á la religion han podido abolir enteramente una costumbre desconocida de los antiguos, y contraria á tódos los principios de la recta razon; pero asimismo es preciso confesar que en parte debemos á este absurdo uso la urbanidad y suavidad notable de las costumbres modernas, esos miramientos que se tienen mutuamente los hombres, y que hoy dia hacen mucho mas agradable y decente el trato social de lo que jamas lo fue entre los mas civilizados pueblos de la antigüedad.

Mientras parecian estar tan deseosos los dos monarcas de poner fin á su reyerta por medio de un combate particular, Lautrec continuaba en Italia unas operaciones que prometian ser mucho mas decisivas, puesto que su ejército, aumentado hasta 55 mil hombres, se dirigia á marchas forzadas sobre Nápoles. El terror que inspiró su aproximacion, unido á las representaciones é instancias del príncipe de Orange, determinó al fin á los imperiales, si bien que despues de mucha resistencia, á salir de Roma, oprimida durante diez meses con su presencia: pero quedaba apenas la mitad de aquel brillante ejército que habia entrado en la capital, pues la otra fue víctima de sus propios crímenes, de la destemplanza y disolucion, destruida por la peste ó por las enfermedades, fruto de tan larga inac-

Los imperiales salen de Roma.

Año 1548.

Febrero.
Los franceses
bloquean á
Nápoles.

cion (1). Aspiraba Lautrec con ahínco á acometer á los imperiales en su retirada hácia el territorio de Nápoles, pues en tal coyuntura una victoria hubiera puesto fin á la guerra; pero la prudencia de los gefes enemigos dejó burladas sus medidas, y permitió á aquellos llegar al fin sin mucha pérdida á Nápoles. El pueblo de esta nacion, siempre presa del mas activo y del mas fuerte, impaciente por sacudir el yugo español, recibió por todas partes á los franceses con los brazos abiertos, y á escepcion de Gaeta y de Nápoles apenas quedó en poder de los imperiales ninguna plaza importante. Debieron la conservacion de la primera á la fuerza natural de sus fortificaciones, y la de la segunda á la presencia de sus mismas tropas. Adelantóse no obstante Lautrec á vista de Nápoles, y viendo que no le seria posible apoderarse de una ciudad defendida por tantas tropas, se vió reducido á bloquearla; mas lento pero menos arriesgado expediente: tomó las medidas que reputaba mas seguras, y no vaciló en asegurar á su amo que pronto el hambre reduciria á los sitiados á capitular. Corroboróse esta esperanza con el desgraciado éxito de una vigorosa tentativa que acababan de hacer los enemigos para apoderarse del mar. Guardaban la entrada del puerto las galeras de Andres Doria, al mando de su sobrino Felipino. Moncada, que habia reemplazado á Lannoy en el vireinato, armó un crecido número de galeras superior al de Doria; embarcóse personalmente con el marques del Guasto y la flor de sus tropas, y embistió á los franceses antes de que se hubiesen reunido con los venecianos. Pero la superioridad de la maniobra del contrario triunfó del de-

(1) Guice. l. XIX, p. 478.

nuedo y número de los españoles. Murió el virey quedando destruida la mayor parte de su armada, y hechos prisioneros muchos de sus oficiales distinguidos, los cuales envió Felipino á su tío como trofeo de su victoria (1).

Año 1528.

A pesar de esta ventaja que hacia esperar á Lautrec un feliz y pronto resultado, reuniéronse varios incidentes que movieron estorbos á sus miras y frustraron sus esperanzas. Si bien Clemente se habia quejado á menudo de la crueldad con que le habia tratado el emperador, no pensaba ya en vengarse de él ni obraba como reconocido para con sus libertadores. Sus pasados infortunios le habian vuelto circunspecto, y como repasase en su mente las faltas que habia cometido, no pudieron sus reflexiones menos de aumentar su natural irresolución. Mientras entretenia con promesas á Francisco, negociaba secretamente con Carlos: deseoso de restituir á su familia la autoridad que antes ejercia en Florencia, conoció que no podia prometerse de Francisco este servicio, pues ese monarca se habia aliado estrechamente con la nueva república: de consiguiente se inclinaba mucho mas á su enemigo que á su favorecedor, y en nada secundó las operaciones de Lautrec. Por su parte, veían los venecianos con envidia los progresos del ejército francés, y como pensasen solo en recobrar para sí algunas ciudades marítimas del reino de Nápoles, no tomaron interes en la rendicion de la capital, á pesar de depender de ella el triunfo de la causa comun (2).

Circunstancias que retardan el sitio.

Entre tanto, no habia Enrique podido poner en planta su proyecto de atacar al emperador en los

(1) Guicci. l. XIX, p. 487. Heuter. l. X, cap. 2, p. 231.

(2) Guicci. l. XIX p. 491.

Año 1528. **Países-Bajos.** Encontró en sus súbditos grande aversión á una guerra inútil, únicamente encaminada á arruinar el comercio nacional. Para acallar sus clamores y prevenir una sublevacion pronta á estallar, se vió precisado á concluir una tregua de ocho meses con la gobernadora de Flandes (1). El mismo Francisco, por efecto de la inescusable advertencia que tantas veces le habia sido ya fatal, no cuidó de remitir á Lautrec los fondos necesarios para la manutencion del ejército (2).

Andres Doria se pasó á los imperiales. Retardaban estos imprevistos acontecimientos los progresos del ejército francés, y á la vez desanimaban al soldado y al general, cuando la rebelion de Andres Doria acabó de trastornar todas sus esperanzas. Este bizarro gefe, ciudadano de una república, y acostumbrado desde su infancia al servicio marítimo, habia conservado la independencian de carácter propia de un republicano, y al propio tiempo la franqueza y la sencillez peculiares de los marineros. Incapaz de acomodarse á la intriga y á la adulacion necesaria para salir airoso de sus pretensiones en las cortes; con el íntimo convencimiento de su superioridad, en todas ocasiones manifestaba libremente su dictámen, y se quejaba ó representaba sin contemplacion alguna sobre lo que le disgustaba. Poco acostumbrados los ministros franceses á estas exigencias, resolvieron perder al que con tan poco miramiento les trataba; y aunque conociese Francisco todo el valor de los servicios de Doria, y tuviese alta idea de su carácter, representábansele sin embargo los cortesanos como altivo, intratable, mas ocupado de su gloria que de los

(1) Herbert, p. 90. Rymer, XIV, p. 258.

(2) Guic. l. XVIII, p. 478.

intereses de la nacion, y lograron destruir su valimiento, sembrando sospechas y desconfianza en el corazon del monarca. En breve tuvo Doria que sufrir muchas injusticias é injurias; no se le pagaban con regularidad sus sueldos; á menudo eran despreciados sus dictámenes en asuntos marítimos, y aun se tomaron disposiciones para arrebatar á su sobrino los prisioneros que habia hecho en el combate naval de Nápoles. Habíanle llenado de resentimiento todos estos procedimientos, cuando acabó de cansar su paciencia una nueva injuria hecha á su patria. Empezaban los franceses á fortificar á Savona y limpiar su puerto, y como trasladasen allí algunos ramos del comercio genovés, manifestaron claramente su intencion de convertir á esta ciudad, objeto de los zelos y ódio de los genoveses, en rival de su opulencia y de su tráfico. Animado Doria de un patriótico celo por el honor y los intereses de su patria, quejóse de ello con orgullo y aun con amenazas, si inmediatamente no se abandonaba este proyecto. Tan atrevida accion, exagerada por el enceno de los palaciegos y presentado bajo un aspecto el mas odioso, irritó de tal suerte á Francisco que dió orden á Barvesieux, almirante de Levante, para que se dirigiese contra Génova con la armada francesa, prendiese á Doria y se apoderase de sus galeras. Necesario hubiera sido el mas profundo secreto para la ejecucion de esta orden imprudente; pero se procuró tan poco ocultarla, que Doria la supo anticipadamente, y tuvo tiempo para retirarse con sus galeras á lugar seguro. El marques del Guasto, su prisionero, que observaba hacia tiempo su descontento y le atizaba, solicitándole á menudo para que entrase al servicio del emperador y prometiéndole las mayores ven-

Año 1528. **tajas, procuró no desperdiciar tan bella coyuntura. Así que vió en su colmo el encono y resentimiento de Doria, aprovechó el momento y envió uno de sus oficiales al emperador para hacerle de su parte proposiciones. No fue larga la negociacion, pues conociendo Carlos cuán importante adquisicion haria, accedió á todas sus proposiciones. Sin retardo devolvió Doria á Francisco su comision y el collar de San Miguel, y enarbolando el estandarte del emperador, dió la vela para Nápoles, no para bloquear esta ciudad sino para socorrerla y librarla.**

Deplorable
situacion del
ejército fran-
ces delante de
Nápoles.

Abrió al momento sus comunicaciones con el mar, y la aprovisionó cuando empezaba ya á sufrirse hambre en la plaza. Como los franceses no dominaban ya en el mar, no tardaron en carecer de víveres, y se vieron reducidos á la mas deplorable estremidad. El príncipe de Orange, que habia reemplazado al virey en el mando de los imperiales, se mostró por su proceder muy digno de este honor que le habia sido proporcionado dos veces por su buena fortuna y por la muerte de muchos generales. Idolo de los soldados que recordaban las victorias conseguidas bajo su mando y que le obedecian con la mejor voluntad, no dejó escapar coyuntura para cansar al enemigo, para inquietarle y debilitarle con continuas alarmas y salidas (1). Para cúmulo de desastres, empezaron á hacer estrago entre los franceses las enfermedades tan comunes en este pais durante los calores del verano. Los prisioneros habian traído á Nápoles la peste de Roma, é hizo tanto estrago en su acampamento que solo se libraron del contagio algunos soldados y oficiales.

(1) *Jov. Hist. l. 36, p. 31, etc. Sigonci, Vita Doriae, p. 1139. Du Bellay, 114, etc.*

De todo el ejército no quedaban cuatro mil hombres en estado de prestar servicio (1), tristes restos suficientes apenas para la defensa del acampamento, donde en breve sitiados los franceses sufrieron todos los males de que los imperiales acababan de librarse. Lautrec, después de una larga lucha contra tantos obstáculos y calamidades que abatían su alma, á par que devoraba la peste su existencia, pereció lamentando el descuido de su rey y la infidelidad de sus aliados, que costaba la vida á tantos valientes (2). Su muerte y la enfermedad de otros oficiales generales hizo que recayese el mando en el marqués de Salutes. Careciendo este de talentos para sobrellevar tan pesada carga, retiróse en desorden á Aversa, llevando tras sí desalentadas y reducidísimas tropas. No tardó el príncipe de Orange en acometer la ciudad, y se vió precisado Salutes á consentir en quedar prisionero de guerra, en perder todo su bagage, y en dejar conducir bajo la escolta de un destacamento enemigo, hasta las fronteras de Francia, sus tropas sin armas ni banderas (3).

La pérdida de Génova siguió de cerca para los franceses á la destruccion de su ejército delante de Nápoles. La ambicion dominante de Doria fue constantemente librar á su patria de todo yugo estrangero, y este era el principal motivo que le habia impelido á abandonar el servicio de la Francia para pasar al del emperador. Jamas se le presentó mas favorable coyuntura para llevar á cabo su noble empresa. Afligida Génova por la peste, estaba casi abandonada de sus moradores; mal pagada la guarnicion francesa y reduci-

Año 1528.

15 agosto.

Levántase el sitio.

Recobra Génova su libertad.

(1) Du Bellay, 117, etc.

(2) P. Heuter. *Rer. Austriac.* l. X, c. 2. p. 231.(3) Du Bellay, 117, etc. Jovii, *Hist.* l. XXV, XXVI.

Año 1548. da á corto número , no se pensaba en enviar refuerzo ; vieron los emisarios de Doria que los pocos ciudadanos que quedaban , cansados á la vez de la dominacion francesa y de la española , cuyo yugo habian sufrido alternativamente , estaban dispuestos á recibirle como á libertador , y á secundar todas sus medidas. Seguro Doria de que todo favorecia su intento , tomó rumbo á lo largo del rio de Génova , alejó con su solo aspecto á las galeras francesas , y un pequeño destacamento que echó á tierra sorprendió durante la noche una de las puertas de la ciudad. El gobernador francés , Tribulce , se encerró en la ciudadela con una débil guarnicion , y Doria se apoderó de la ciudad sin combatir ni verter una gota de sangre. Tribulce tuvo al momento que capitular por falta de víveres , y queriendo los genoveses derribar el odioso monumento de su servidumbre , acudieron tumultuosos á la ciudadela y la arrasaron hasta los cimientos.

12 setiembre.

Desinteres de Doria.

Doria , despues de haber librado á su pais de la opresion , podia sin obstáculo apoderarse del mando absoluto. Su reputacion , el éxito feliz de su empresa , sus muchos amigos , el reconocimiento de que estaban penetrados sus conciudadanos , y el apoyo del emperador , todo concurría para allanarle la senda de la soberanía , y le brindaba para apoderarse de ella. Pero , por una magnanimidad de que hay pocos ejemplos , sacrificó toda idea de engrandecerse á la modesta satisfaccion de restaurar la libertad de su patria , objeto el mas noble que la ambicion pueda proponerse. Habiendo convocado al pueblo para que compareciese delante de su palacio , declaró que el placer de ver por segunda vez libres á sus paisanos , era la mas dulce recompensa de sus servicios , que el

título de ciudadano era para él mas grato que el de rey, que no aspiraba á autoridad ni preeminencia sobre sus iguales, y que los dejaba enteramente dueños para establecer aquella forma de gobierno que juzgasen mas conveniente. Escuchábale el pueblo derramando lágrimas de admiracion y de gozo. Nombráronse doce personas para formar el plan de la nueva república. El ejemplo del libertador inspiró á sus compatriotas el mismo generoso y noble entusiasmo, pareciendo haberse puesto ya en olvido aquellas desgraciadas facciones que por tanto tiempo habian despedazado y arruinado el estado; tomáronse saludables medidas para impedir que renaciesen, y se estableció por fin con aplauso general la forma de gobierno que ha subsistido desde entonces en Génova por mucho espacio de tiempo. Doria vivió hasta una avanzada edad, querido, respetado y honrado de sus compatriotas, sin que jamas fuese desmentida su moderacion. Nunca se abrogó la menor distincion personal, y conservó el mayor ascendiente en los consejos de una república que era deudora á su generosidad nada menos que de su existencia. El poder de que gozaba era mas lisonjero sin duda y satisfactorio que el que le hubiera prestado el título de soberano; y fundado su imperio en el reconocimiento se sostenia en el amor y respeto inspirado por la virtud, mas no á favor del miedo que escita la autoridad. Todavía es reverenciada de los genoveses su memoria, y en todos sus monumentos públicos, en todas las obras de sus historiadores, aparece siempre su nombre adornado con los mas honoríficos dictados, el de *padre de la patria*, y el de *restaurador* de la libertad (1).

(1) Guicc. l. XIX, 498. Sigonii *Vita Doriae*, p. 1146. Jovii, *Hist.* l. XXVI, p. 36, etc.

Año 1529.
Operaciones
en el Milanesado.

Deseoso Francisco de restablecer la reputacion de sus armas ajada con tales reveses, hizo nuevos esfuerzos en el Milanesado; pero el conde de san Pol, gefe temerario é inesperto á quien dió el mando de su ejército, no era émulo bastante para oponer á don Antonio de Leyva, el mas hábil general del emperador. Instruido este profundamente en el arte de la guerra, supo rechazar con un puñalo de valientes las vivas pero desconcertadas acometidas de los franceses; y á pesar de sus enfermedades que le obligaron á hacerse transportar constantemente en litera, les venció siempre en actividad y en prudencia. A favor de imprevista marcha sorprendió, derrotó y cogió prisionero al conde de san Pol, destruyendo su ejército en el Milanesado casi tan completamente como el príncipe de Orange habia acabado con el que estrechaba el sitio de Nápoles (1).

Negociaciones entre Carlos y Francisco.

A pesar del vigor con que se continuaba la guerra, todos los partidos dejaban traslucir vivos anhelos de paz, y no se cesaba en las negociaciones á fin de obtenerla. Desalentado el monarca francés y casi enteramente agotado á consecuencia de tan desgraciadas empresas, no esperaba ya rescatar por las armas la libertad de sus hijos, y se veia reducido á proponer resarcimientos para obtenerla. Contaba el papa recobrar por medio de un tratado lo que habia perdido con la guerra. Tampoco á Carlos, á pesar de sus victorias, le faltaban razones para desear un convenio, puesto que Soliman, despues de haber devastado la Hungría, estaba á punto de precipitarse sobre el Austria con todas las fuerzas del Oriente. Diariamente iba la

(1) Guicc. l. XIX, 520. P. Heuter. *Ber. Austr. l. X, c. 3*, p. 233. Du Bellay, 121.

reforma ganando terreno en Alemania, y los príncipes que la favorecían habían formado una liga que alarmaba al emperador sobre la tranquilidad del imperio. Murmuraban los españoles de una guerra, que casi enteramente pesaba sobre ellos, y las medianas rentas de Carlos no eran suficientes para atender á tan multiplicadas y estensas operaciones. Todas las victorias que hasta entonces había obtenido eran debidas principalmente á su buena fortuna y destreza de sus generales, y no le era posible lisonjearse de que unas tropas desprovistas de todo venciesen siempre á un enemigo que podía á todas horas renovar sus ataques. A pesar de esto todas las potencias se veían embarazadas igualmente para encubrir ó disimular sus proyectos. El emperador, con el objeto de que no se le reputase sin fuerzas para continuar la guerra, exigía condiciones duras en tono de conquistador. El papa, no queriendo perder á sus actuales aliados antes de haber ajustado algun convenio con Carlos, continuaba reiterándoles protestas de fidelidad mientras negociaba secretamente con el emperador. Francisco, temiendo que sus aliados le ganasen por mano firmando con el emperador convenios privados, recurrió á poco honrosos artificios para apartar su atencion de las disposiciones que tomaba á fin de terminar las diferencias con su rival.

Cuando se hallaban en tal estado los negocios, y todos los partidos deseaban la paz mas no se atrevían á declararse para obtenerla, dos mugeres se encargaron de satisfacer los deseos de toda la Europa, proporcionándola bien tan anhelado. Margarita de Austria, viuda de Saboya y tia del emperador, y Luisa madre de Francisco, convinieron en avistarse en Cambray; y habiéndose alojado en dos casas contiguas, entre las cua-

Año 1529. les se abrió una comunicacion, abocáronse sin formalidades ni ceremonial alguno, y á solas tuvieron varias confereucias diarias. Como entrambas estaban versadas en los negocios, perfectamente instruidas de los secretos de sus respectivas cortes, y ademas tenian mutua confianza consigo mismas, pronto dieron grandes pasos para un ajuste definitivo: todos los embajadores de los aliados aguardaban con la mayor impaciencia que estas dos príncesas decidiesen sobre los destinos de la Europa (1).

20 junio.
Tratado
particular entre el papa y Carlos.

Pero, por diligentes que fuesen en acelerar la conclusion de una paz general, todavía tuvo el papa habilidad y reserva para anticiparse á sus aliados y concluir en Barcelona su tratado particular. Impaciente el emperador por visitar la Italia al ir á Alemania, quiso restablecer el sosiego en aquel pais antes de trabajar para poner fin á las turbaciones de este: juzgó, pues, necesario asegurarse á lo menos con algun potentado de Italia una alianza con que poder contar, y la del papa, que continuamente le solicitaba, le pareció preferible á otra cualquiera. Descaba vivamente Carlos una ocasion de reparar en cierto modo los insultos que habia hecho al carácter sagrado del gefe de la iglesia y borrar la memoria de lo pasado con algunos servicios presentes; por lo mismo le trató, despues de sus desgracias, con mucho mas favor del que el papa hubiera podido prometerse aunque hubiese obtenido señaladas victorias. Entre otros artículos se obligó el emperador á restituirle todos los paises pertenecientes al estado eclesiástico; á restablecer en Florencia el gobierno de los Médicis; á casar á una hija natural con

(1) P. Heuter. *Rer. Aust. l. X, c. 3, p. 133.* Du Bellay, 112.

Alejandro, jefe de esta familia, y á dejar al papa el arbitrio absoluto de la suerte de Sforzia y de la soberanía del Milanesado. En cambio de estas generosas concesiones, dió Clemente al emperador la investidura del reino de Nápoles, sin reservarse otro tributo que el presente de una hacanea en reconocimiento de su soberanía: dió ademas una absolucion general á cuantos habian tomado parte en el asalto y saqueo de Roma, y por fin permitió á Carlos y á su hermano Fernando que recaudasen en sus estados una cuarta parte de las rentas eclesiásticas (1).

La noticia de este tratado abrevió las negociaciones de Cambray, y determinó á Margarita y á Luisa á concluir al instante. El tratado de Madrid sirvió de base al suyo, siendo únicamente su objeto mitigar las condiciones del mismo. Sus principales artículos consistieron en que el emperador no demandaria por entonces la restitucion de la Borgoña, reservándose empero hacer valer algun dia sus derechos y pretensiones á este ducado; que Francisco pagaria dos millones de escudos por el rescate de sus hijos; que antes de la soltura de estos entregaria todas las ciudades que poseia todavia en el Milanesado; que cederia la soberanía de Flandes y de Artois; que renunciaria á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milan, Génova y demas ciudades situadas á la otra parte de los Alpes; y que inmediatamente despues del tratado se desposaria, como estaba convenido ya, con la hermana del emperador (2).

Asi fue como Francisco por su escesiva impaciencia para ver á sus hijos en libertad, sacrificó todo cuanto

Año 1528.

1 agosto.
Paz de Cambray entre Carlos y Francisco.

Ventajosa al emperador.

(1) Guicc. I. XIX, 522.

(2) P. Heuter. *Rep. Aust. l. X, c 3, p. 234.* Sandov. II, 28.

Año 1529. al principio le habia estimulado á armarse y á continuar las hostilidades por espacio de nueve años; cosa que habia ocasionado una guerra de duracion casi desconocida en Europa antes de haberse generalizado las tropas regladas y la imposicion de las contribuciones estraordinarias. Por este tratado quedó el emperador único árbitro de la suerte de la Italia; libertó sus dominios de los Países-Bajos de una vergonzosa marca de servidumbre, y despues de haber vencido á su rival con las armas en la mano, le impuso como señor las condiciones de la paz: naturalmente no podia la guerra terminar de otra suerte, habida razon de la distinta conducta observada por los dos reyes en sus operaciones. Carlos por carácter, tanto como por la necesidad de su situacion, combinaba sus planes con la mayor prudencia, los llevaba á cabo con energia, y siempre atento á observar las circunstancias y los acontecimientos, no malograba ninguna coyuntura que pudiese proporcionarle alguna ventaja. Francisco, mas emprendedor que constante en sus proyectos, se metia con calor en planes vastos, y se resfriaba en su ejecucion; atraíanle los placeres, ó le alucinaban sus cortesanos, y no pocas veces perdia así las mas favorables coyunturas. No menos que la diferencia de carácter de los dos soberanos, influyeron en el éxito de la guerra las opuestas calidades de los generales de ambos ejércitos. En los del emperador se vió siempre templado el valor por la prudencia: un entendimiento fecundo en recursos á par que ilustrado por la experiencia, una sagacidad profunda para penetrar los designios del enemigo; grande destreza en dirigir sus propios planes, y en fin todos los talentos propios de grandes capitanes, y que aseguran la victoria. Falta-

ban á los generales franceses todas estas prendas necesarias, y la mayor parte de ellos tenian defectos contrarios; excepto Lautrec, que fue siempre desgraciado, no hubo siquiera uno que pudiera vanagloriarse de igualar el mérito de Pescara, de Leyva, de Guasto, del príncipe de Orange y demas gefes que Carlos opuso á sus enemigos. Borbon, Moron y Doria, que con sus extraordinarios talentos y con su conducta tal vez hubieran equilibrado la superioridad adquirida por los imperiales, se perdieron para la Francia por descuido de su rey; y se habrá notado que los mayores golpes que se descargaron contra esta nacion durante toda la guerra, fueron dirigidos por el despecho y la desesperacion de estos tres hombres que se habian visto obligados á abandonar su servicio.

Las rigorosas condiciones que Francisco se vió precisado á admitir, no fueron lo que mas le mortificó en el tratado de Cambray, pues perdió á la vez su reputacion y la confianza de la Europa entera sacrificando á su rival. Como no queria entrar en todos los pormenores necesarios para conciliar sus intereses, y como recelaba tal vez verse obligado á comprar con mayores sacrificios de su parte lo que para ellos hubiese reclamado, abandonó á todos á la vez, y dejó sin estipulacion alguna á merced de los imperiales á Venecia, á Florencia, al duque de Ferrara y á algunos nobles napolitanos que habian abrazado su partido. Todos ellos pusieron el grito á las nubes contra la cobardía y la perfidia de semejante proceder: el mismo Francisco estuvo tan corrido que no pudiendo determinarse á oír de boca de algunos embajadores las justas quejas que merecia, dejó transcurrir algun tiempo sin querer darles audiencia. Por el contrario, habia Carlos puesto

Deshonrosa
á los franceses.

Año 1529. el mayor cuidado en mirar por los intereses de sus aliados; hasta había asegurado con bienes ó pretensiones en Francia los derechos de alguno de sus vasallos flamencos; hizo insertar un artículo que obligaba á Francisco á rehabilitar la familia y memoria del condestable de Borbon y á restituir á sus herederos las tierras que les habían sido confiscadas: en otro artículo había además estipulado un resarcimiento para los nobles franceses que habían acompañado á Borbon á su destierro (1). Esta conducta tan loable en sí, como realizada de una manera mas brillante todavía en vista de la de Francisco, le valió á Carlos tanta estimacion como gloria había conseguido por medio del triunfo de sus armas.

A prueba Enrique el tratado.

No trató Francisco al rey de Inglaterra con la misma indiferencia que á sus demas aliados, pues no daba un solo paso en la negociacion de Cambray sin su aviso: fortuna suya fue que Enrique se hallaba entonces en una situacion que no le permitia abrazar otro partido mas que apoyar sin reserva todas las disposiciones del monarca francés, y de tomar parte en ellas. El rey de Inglaterra requería hacia tiempo al papa á fin de que le concediese permiso para repudiar á su esposa doña Catalina de Aragon. Impelíanle muchos motivos al deseo de este divorcio: en primer lugar Catalina era viuda de su hermano, y como en ciertas épocas del año hacian muy viva impresion en su mente las ideas religiosas, asaltábanla escrúpulos acerca la legitimidad de su enlace; de mucho tiempo atrás no amaba ya á la reina, que era de mayor edad que él y que había perdido las gracias de su juven-

(1) Guicc. l. XIX, p. 525. P. Heuter *Her. Aust.* l. X, c. 4, p. 235.

tud: además de esto ardía en deseo de tener hijos varones. **Wolsey** que procuraba solo fortalecer la desunión de su amo con **Carlos**, sobrino de **Catalina**, empleaba todas sus mañas en atizar los escrúpulos de **Enrique** y en aferrarle en su proyecto de divorcio. Y para decirlo de una vez, un postrer motivo, acaso mas fuerte que todos los demás reunidos, era la pasión violenta concebida por **Enrique** hácia la célebre **Ana Bolena**, jóven de peregrina belleza, y de mérito aun mas brillante. Viendo el monarca que no podia obtener sus favores mas que dándola su mano, determinó sentarla en el trono. A menudo habían los papas hecho uso de su autoridad para legitimar divorcios por razones menos fuertes que las que alegaba **Enrique** en su favor; así que cuando se lo propuso por primera vez **Enrique**, como se hallaba preso el papa en el castillo de **S. Angelo** y no esperase su libertad mas que de los reyes de **Francia** y de **Inglaterra**, sus aliados, se manifestó inclinado á favorecer el divorcio del segundo: empero luego que estuvo en libertad dió muestras de sentimientos enteramente opuestos. **Carlos** abrazando el partido de su tia con celo espoleado por el resentimiento, intimidó á **S. S.** con amenazas que alarmaron vivamente su fibra medrosa, al mismo tiempo que le halagaba con promesas ventajosas á su familia, las que en efecto debía realizar algun tiempo despues. Estos respetos borrarón de la mente del papa todo cuanto debía á **Enrique**, y su celo en favor de los intereses del emperador casi llegó á comprometer el interes de la religion romana, aventurando separar para siempre á la **Inglaterra** de la dependencia de la **Santa Sede**. Despues de haber dado largas á **Enrique** durante dos años con las sutilezas que la corte pontificia sabe emplear

Año 1529. tan mañosamente para alargar ó malograr un asunto ; despues de haber agotado todos los recursos de su equívoca conducta cuyos rodeos han tenido trabajo de seguir y desenmarañar los historiadores ingleses , concluyó quitando los poderes á los jueces comisionados para entender en este asunto , avocando la causa á Roma y no dejando á Enrique otra esperanza para obtener el divorcio mas que la decision del mismo papa. Como estaba este íntimamente aliado con el emperador , quien para el logro de su amistad no habia escaseado sacrificios , desesperó Enrique de alcanzar otra sentencia que la que pronunciase el mismo Carlos por boca de Clemente. Con todo esto , su honor y sus pasiones no le permitian renunciar á su proyecto , y determinó acudir á otros medios para salir airoso á toda costa. Para equilibrar el poder del emperador necesitaba contar con la amistad de Francisco , y con este objeto lejos de echarle en cara el oprobio de haber abandonado á sus aliados en el tratado de Cambray , le hizo presente de una cantidad considerable á manera de contribucion fraterna para pago del rescate de sus hijos (1).

12 agosto.
Visita el emperador la Italia.

En esto llegó el emperador á Italia , seguido de brillante comitiva de nobles españoles y de un respetable cuerpo de tropas , dejando durante su ausencia el gobierno de España á la emperatriz Isabel. Su larga permanencia en este reino le habia hecho conocer á fondo el carácter español , y habia aprendido á regirlos por medio de ideas acomodadas á sus hábitos. Hasta en algunas ocasiones supo tomar modales populares que lisonjaban sobre manera á la nacion. Algu-

(1) Herbert, *Du Bellay*, p. 122.

nos días antes de embarcarse para Italia dió un evidente ejemplo del cuidado que ponía en complacerla: iba á hacer su entrada pública en Barcelona, y los habitantes se hallaban embarazados por saber si le recibirían bajo el título de emperador ó de conde de Barcelona; Carlos prefirió inmediatamente este último, declarando que le honraba mas este antiguo título que la corona imperial. Encantados los moradores de la ciudad á vista de semejante preferencia, que les lisonjeaba sobre manera, le recibieron con aclamaciones de júbilo; y las Cortes del principado prestaron juramento de obediencia á su hijo Felipe en calidad de heredero del condado de Barcelona. Los demas reinos de España habian prestado ya el mismo juramento con no menor satisfaccion.

Presentóse el emperador en Italia con la magnificencia y el aparato de un conquistador, y los embajadores de todos los estados del país seguian su corte, pendientes en cierto modo de su decision. Recibióse en Génova, donde desembarcó, con todo el arranque de júbilo que debía inspirar el protector de su libertad. Despues de haber honrado á Doria con muchas señales de distincion y remunerado á la república con nuevos privilegios, se adelantó hácia Bolonia, sitio fijado para sus vistas con el papa. Al tiempo de su entrada pública en esta ciudad afectó hermanar toda la magnificencia y magestad de un emperador con la humildad de un hijo sumiso de la iglesia; y á la cabeza de veinte mil hombres con los cuales podía sujetar la Italia, besó de rodillas el pie del mismo papa que algunos meses atras era su prisionero (1). Acostumbra-

(1) Sindov. II, p. 50. Ferrer. XI, 116.

Año 1529. dos los italianos á sufrir la licencia y ferocidad de sus tropas, se habian acostumbrado á formarse en su imaginacion un retrato del emperador poco diferente del de los reyes bárbaros, de los godos ó de los búnnos, que por cierto no habian causado mas estrago que él á su pais: por tanto, se admiraron mucho de ver un príncipe amable y generoso, de finos modales, regular en su conducta y sus costumbres, y que daba ejemplo de la mayor atencion en el cumplimiento de sus deberes religiosos (1). Y subió de punto su admiracion al verle conciliar, con una moderacion y equidad que estaban distantes de esperar, los intereses de todas las potencias que entonces dependian enteramente de su persona.

Su moderacion, y causas de ella.

13 setiembre.

Al partir de España no pensaba Carlos en dar tan extraordinarias pruebas de desinterés, antes parece que estaba decidido á sacar cuantas ventajas pudiese de la superioridad que habia adquirido en Italia; pero varias circunstancias le dieron á conocer la necesidad de mudar de plan. Los progresos del sultan que habia penetrado por la Hungría en Austria, y puesto sitio á Viena con ciento cincuenta mil combatientes, le estrechaban á que concentrase todas sus fuerzas para resistir á este torrente. Y si bien el denuedo de los alemanes, la prudente conducta de Fernando y la traicion del gran visir, hubiesen en breve obligado á Soliman á abandonar su intento con tanto menoscabo de su reputacion como de sus intereses, no por esto se hacia menos necesaria la presencia del emperador en Alemania (2) para atacar las turbulencias escitadas por las controversias religiosas. Por otra parte los florentinos, lejos de consentir en el restablecimiento de los Médicis,

(1) Sandov. II, p. 50, 53, etc.

(2) Sleidan, 121. Guice. l. XX, 550.

á lo cual se habia obligado el emperador por su tratado de Barcelona, se preparaban para defender con las armas su libertad. Los grandes preparativos hechos para su viage, le habian ocasionado gastos extraordinarios, y en esta ocasion como en otras muchas, la multiplicidad de sus atenciones y la medianía de sus rentas, le obligaban á reducir los planes sobre manera vastos de su ambicion, y á sacrificar utilidades presentes y seguras para prevenir mas remotos pero inevitables riesgos. La reunion de todas estas causas dió á conocer á Carlos la necesidad de mostrarse moderado y lleno de desinterés, y representó su papel con mucha naturalidad. Permitió á Sforzia que le visitase en su misma corte, y al perdon de todas las injurias que de él habia recibido, añadió la investidura del ducado de Milan y aun la mano de la hija del rey de Dinamarca, su sobrina. Consintió en que el duque de Ferrara entrase en posesion de todos sus dominios, y terminó cuantas diferencias quedaban por arreglar entre este duque y el papa, portándose con una imparcialidad que no fue muy del gusto de este. Convínose definitivamente con los venecianos bajo la justa condicion de que le entregarian todo cuanto en la última guerra le habian usurpado asi en el reino de Nápoles como en los estados pontificios. En recompensa de tantas concesiones exigió considerables sumas de cada una de las potencias con quienes trató, sumas que le fueron satisfechas sin dilacion, suministrándole el medio de continuar su viage á Alemania con la magnificencia propia de su gerarquía (1).

Todos estos convenios que restituian á la Italia la

Año 1529.

(1) Sandoval, II, p. 55, etc.

Año 1550.
Restablece á
los Médicis en
Florencia.

paz apetecida tras una larga guerra cuyo peso casi á ella sola había abrumado, se publicaron solemnemente en **Bolonia** el 1.º enero de 1550, en medio de las unánimes aclamaciones de los pueblos. Colmóse de elogios al emperador y fue honrada su moderación y su generosidad por el beneficio de disfrutar al fin de una paz por tanto tiempo deseada. Los florentinos fueron los únicos que no participaron de la alegría general, antes animados de mas laudable que prudente celo por la libertad, determinaron oponerse al restablecimiento de los Médicis. El ejército imperial había entrado ya en su territorio y sitiaba á su capital: abandonados de todos sus aliados y sin esperanzas de socorros, se defendieron por muchos meses con obstinado denuedo digno de mejor suerte, y aun al rendirse obtuvieron una capitulación que les daba esperanzas de salvar algunos restos de su libertad. Pero Carlos, no pensando mas que en favorecer al papa, frustró su espectación, abolió la antigua forma de su gobierno, y restituyó á Alejandro de Médicis el poder absoluto que hasta entonces había ejercido su familia en este estado.

Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, general del emperador, murió durante el sitio, y sus títulos y bienes pasaron á su hermana Claudia de Chalons, casada con René, conde de Nassau, quien por sus hijos transmitió el título de príncipe de Orange á esta familia, que posteriormente debía ilustrarle tanto (1).

Estado de
los negocios
civiles y reli-
giosos en Ale-
mania.

Publicada la paz en **Bolonia** y hecha la ceremonia de la coronación de Carlos como rey de **Lombardía** y emperador de romanos, ceremonia efectuada por el papa con todas las solemnidades de costumbre, como na-

(1) Guicc. l. XX, p. 141, etc. P. Heuter. *Rev. Austr.* l. XI c. 4, p. 236.

da retenia ya al emperador en Italia (1) se dispuso á partir para Alemania donde se hacia de dia en dia mas necesaria su presencia. Igualmente le importunaban para que se trasladase allí los católicos y reformistas. Su ausencia, sus reyertas con el papa, los cuidados que reclamaba la guerra de Francia, habian dado á los últimos un largo intervalo de sosiego durante el cual su doctrina habia progresado visiblemente. La mayor parte de los príncipes que habian abrazado las opiniones de Lutero, no contentándose con establecer en su territorio la nueva reforma del culto, habian asimismo abolido enteramente los ritos de la iglesia romana. Muchas ciudades libres habian imitado su ejemplo; la mitad del cuerpo germánico habia casi enteramente abandonado á la Santa Sede; en los mismos paises, que no habian sacudido aun el yugo pontificio, se habia debilitado mucho su poder por el ejemplo de los estados vecinos ó por los ocultos progresos de la nueva doctrina que iba sordamente mirando sus cimientos. Por satisfecho que hubiese podido estar el emperador en vista de los acontecimientos encaminados á mortificar ó á embarrazar al papa al tiempo de su declarado rompimiento con la Santa Sede, no podia desconocerse que las turbulencias religiosas de la Alemania podian al fin parar en funestísimas á la autoridad imperial. La indolencia de sus predecesores habia animado á los dignatarios del imperio para que aumentasen su poder á espensas de los derechos y prerogativas imperiales, de manera que durante una guerra que reclamaba los mayores esfuerzos no habia Carlos sacado casi ningun socorro efectivo de Alemania, y su dignidad de emperador no le habia re-

(1) H. Cornel. Agrippa, *De Duplici Coronatione Car. V.*, ap. *Scard.* XI, 266.

Año 1530. portado mas que vanos y pomposos títulos, á par que añejas pretensiones. Conoció al vivo que si no recobrabá parte de las prerogativas que sus predecesores habían dejado perder, y si solo tenía el título de gefe del imperio sin un asomo de autoridad, embarazaría-le mas que no le serviría en sus ambiciosos proyectos esta gran dignidad. Para llegar á este objeto, nada le pareció mas esencial que sofocar prontamente unas opiniones cuyo resultado podía ser la formación de una alianza temible entre los príncipes del imperio, cuyos vínculos serían mas fuertes y sagrados que los de la causa pública. Asimismo nada le pareció mas propio para conducirle al fin que se proponía, que hacer servir para el engrandecimiento de su poder civil un celo constante por la religion establecida y de la cual era él un protector natural.

Dieta del
imperio en
Spira.

15 marzo de
1529.

Con este objeto, desde que había visto coyuntura para tratar de un ajuste con el papa, había mandado reunir en Spira una dieta del imperio que debía deliberar acerca del actual estado de la religion. El decreto de la dieta celebrada en 1526, establecía con corta diferencia la tolerancia de las opiniones de Lutero, chocando de esta suerte abiertamente con lo restante de la cristiandad. Necesitábase de consiguiente mucha maña y delicadeza para proceder á una decisión mas rigorosa contra los amigos de la reforma. Los ánimos que habían permanecido en agitacion perpetua por una disputa que duraba sin interrupcion por espacio de doce años, y sin que se hubiese entibado ninguno de los partidos, se encontraban por este tiempo en el mas alto grado de fermentacion: habíanse acostumbrado á las innovaciones y al propio tiempo habían visto coronadas por un buen éxito las mas atrevidas

das empresas. Al abolir el antiguo culto habian los pueblos sustituido formas del nuevo, y su ódio por el que habian abandonado se robustecia por su adhesion al que habian adoptado. Lutero, que no era hombre para acobardarse por la demora ó la terquedad de la resistencia, ni para dormirse en la prosperidad, continuaba sus ataques con el mismo vigor de que desde sus principios habia dado muestras. Sus discípulos, de entre los cuales muchos tenian tanto celo y otros mas ciencia que su mismo maestro, no se hallaban menos en disposicion de sostener denodada y hábilmente la controversia. Muchos seglares, aun algunos principes, que vivian entre la agitacion de estas eternas reyertas, se habian acostumbrado á discutir los argumentos de ambos partidos, los cuales se atenian con frecuencia á su decision: instruyéronse á fondo en todas las cuestiones que se ventilaban, y se pusieron en estado de tratarlas por sí y de manejar felizmente las armas escolásticas empleadas en estas guerras teológicas. Era evidente que una decision sobrado violenta de la dieta hubiera inmediatamente producido en estas circunstancias una confusion general, y encendido una guerra de religion en Alemania. Temiendo esto, todo cuanto el archiduque y todos los demas diputados del emperador pidieron en la dieta fue mandar á los estados del imperio, que hasta entonces habian acatado las disposiciones de la dieta de Wormes fulminadas contra Lutero en 1524, que continuasen conformándose con ellas, prohibir á los demas estados que en adelante se innovase nada en materia de religion, y singularmente en punto á la revocacion de la misa, antes que se hubiese convocado un concilio general. Despues de largos debates pasó este decreto por pluralidad de votos.

Año 1530.
Protestan
los sectarios de
Lutero contra
el decreto de
19 abril.

El elector de Sajonia, el marques de Brandeburgo, el landgrave de Hesse, los duques de Lunburgo, y el príncipe de Anhalt, junto con los diputados de las catorce (1) ciudades libres ó imperiales, protestaron solemnemente contra este decreto, declarándole injusto é impío. Procede de ahí el nombre de protestantes, nombre mas conocido y honroso dado indistintamente á todas las sectas que se separaron de la iglesia de Roma. No pararon aqui los protestantes, antes enviaron embajadores á Italia para llevar sus quejas al emperador, quien los recibió de un modo que debía desalentarlos (2). Unido entonces estrechamente Carlos con el pontífice, no pensaba mas que en atraerle íntimamente á sus intereses. Durante la larga permanencia de entrambos en Bolonia, tuvieron muchas conferencias sobre los medios de estirpar eficazmente las heregías que habian brotado en Alemania. Es sabido que los papas temieron y alejaron constantemente en cuanto estuvo de su mano la convocacion de los concilios generales. El tímido Clemente que los temia mas aun que ningun otro pontífice, no podia escuchar sin estremecerse la propuesta de congregar uno, ni hubo razones que no emplease para disuadir al emperador de este proyecto. Pintóle los concilios generales como reunion de facciones intratables, llenas de presuncion, temibles por estar unidos con la autoridad de los príncipes, y harto lentos en sus operaciones para poner remedio á los males que reclamaban pronto socorro. La espe-

(1) Estas catorce ciudades eran, Estrasburgo, Nuremberg, Ulm, Constanza, Reutlingen, Windskeim, Kempten, Hailbron, Isne, Weisssemburgo, Nordlingen, y la ciudad denominada de san Gal.

(2) Sleid. *Hist.*, p. 119. Fra-Paolo, *Hist.* p. 45. Seckend. II, p. 127.

riencia, decía, nos ha enseñado á entrambos que la tolerancia y blandura, lejos de hacer mas tratables á los novadores no ha hecho mas que infundirles mas valor; y de ahí deducia que era necesario recurrir al rigor necesario en aquel inminente riesgo de la religion, y que era preciso ejecutar la sentencia de excomunion dada por Leon X y el decreto de la dieta de Wormes: sostenia asimismo que tocaba al emperador hacer uso de todo su poder para reducir á los rebeldes, pues no respetaban el poder eclesiástico ni el civil. Pero Carlos tenia otras miras que el papa, veia mas y mas cuán profundamente se habia arraigado el mal, pensaba por el contrario atraerse á los protestantes por medios mas suaves, y miraba la convocacion de un concilio como expediente que debia conducir al logro de este fin. Con todo esto prometió al papa que si los medios de dulzura quedaban sin efecto, desplegaria todo el rigor de su poder para reducir á los obstinados enemigos del catolicismo (1).

Con estas miras partió el emperador para Alemania, habiendo señalado ya la ciudad de Ausburgo para la celebracion de la dieta del imperio. Durante el camino pudo observar cuál era el modo de pensar de los alemanes acerca de los puntos ventilados. Por todas partes vió tan agriados los ánimos que se convenció de que no debia hablarse de rigor ni de poder, sino únicamente despues de probados todos los demas medios y cuando se viesse ser desesperado el mal. Hizo su entrada pública en Ausburgo con estraordinaria pompa, y encontró allí congregada una dieta que por la dignidad y el número de los vocales correspondian á

Año 1530.

Carlos asiste á la dieta de Ausburgo.
22 marzo 1530.

15 junio.

(1) Fra-Paolo, 47. Secken. l. II, 142. *Hist. de la Confess. d' Ausbourg*, par D. Chytreusc, in-4°, Anvers, 1572, p. 6.

Año 1530. la entidad de los asuntos que debía tratar, y añadió brillo á la entrada de un soberano, que tras larga ausencia volvía coronado de gloria. Hubiérase dicho que su presencia habia comunicado á todos los partidos un espíritu enteramente nuevo de moderacion y de anhelo de paz. El elector de Sajonia no quiso permitir á Lutero que le acompañase á la dicta, temiendo ofender al emperador con poner á su presencia á un hombre escomulgado por S. S. y autor de las controversias que ocasionaban entonces tantas desazones. A ruego del emperador todos los príncipes protestantes vedaron á los teólogos que los acompañaban, el que predicasen públicamente durante su residencia en Ausburgo. Por idéntica razon eligieron á Melanchton, el reformador mas sabio y de mas pacífico carácter, para estender su confesion de fe en los términos que menos chocasen á los católicos romanos, sin que por esto encubriese la verdad. Melanchton que jamas tiñó su pluma en la hiel teológica, y que rara vez se salia de los límites de la buena educacion, aun en sus escritos que eran puramente de polémica, se encargó de una comision que cuadraba tan bien á su carácter, y la desempeñó felizmente como era de esperar de su moderacion. El símbolo que redactó con el nombre de confesion de Ausburgo, llamada así del lugar en que fue presentada, se leyó públicamente en la dicta. Nombráronse teólogos para su exámen, propusieronse argumentos en los cuales apoyaron á Melanchton sus partidarios; pero aun que consintió este en suavizar algunos artículos y procuró dar á todos ellos el color que menos repugnase á sus contrarios, y aunque el mismo emperador hizo lo posible para reducir á la razon á los dos partidos, se habian separado ya tanto y existian tan insu-

Confesor
de Ausburgo.

perables barreras entre las dos iglesias, que se perdió la esperanza de poder jamas suavizar ni reunir los ánimos (1).

Viendo Carlos que nada podia recabar de los teólogos, se dirigió á los príncipes que los protegían; pero por mucho que desearan estos la conciliación, y por inclinados que estuviesen á servir al emperador, no los encontró mas dispuestos que á los teólogos para renunciar á sus opiniones. En aquella época el celo religioso agitaba los ánimos hasta un grado cual apenas pueden concebir los que viven en nuestro siglo, puesto que hoy día han perdido casi enteramente su energía las pasiones que escitaban el descubrimiento de la verdad y el primer afecto de la libertad. Era entonces tan poderoso el celo, que desatendia hasta los mismos intereses políticos, que son por lo comun el móvil principal de las acciones de los príncipes. El elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y los demas protectores de los protestantes; si bien que solicitados cada uno privadamente por el emperador, y tentados por la esperanza y la promesa de las ventajas políticas que eran objeto de sus mayores deseos, negáronse, con una energía digna de tener imitadores, á abandonar por ninguna adquisicion terrena lo que creían ser la causa del mismo Dios (2).

No habiendo producido el menor efecto los medios empleados para ganar ó desunir á los protestantes, no le quedaba ya á Carlos otro arbitrio que hacer uso vigoroso de su poder en defensa de la doctrina y autoridad de la iglesia establecida. Campege, nuncio apostólico, no habia

Riguroso decreto contra los protestantes.

(1) Seckend, L. II, 159, etc. Abr. Sculteti, *Annales evangelici ap. Herm. Vonder Hard. Hist. lit. reform. Leips. 1717 fol. p. 159.*

(2) Sleid. 132. Scultet, *Annal.* 158.

Año 1530. cesado de representarle que la severidad era el único
 19 noviembre. medio para tratar con hereges obstinados. Cediendo la
 dieta á sus instancias y á su dictámen, dió un decreto
 que condenaba casi todas las opiniones sostenidas por
 los protestantes; vedaba que se protegiese ó tolerase
 á los que las enseñaban; prescribía la puntual obser-
 vancia del culto establecido, y prohibía bajo rigorosas
 penas toda innovacion en lo futuro. Al propio tiempo
 se requeria á todas las clases del estado que concurrí-
 sen con sus bienes y personas á la ejecucion de este de-
 creto, y á los que se negasen á obedecer los declaraba
 incapaces de ejercer las funciones de jueces y de com-
 parcer como partes ante la cámara imperial, que era
 el tribunal supremo del imperio. Resolvióse tambien en
 este decreto dirigirse al papa para intimarle que con-
 vocase dentro el plazo de seis meses un concilio gene-
 ral cuyas soberanas decisiones pudiesen terminar toda
 disputa (1).

Forman una
 liga en Smal-
 kalde.

Alarmó á los protestantes el rigor de este decreto; fue mirado como prelude de las mas violentas perse-
 cuciones, y quedaron convencidos de que el emperador
 habia resuelto su proseription. El temor de las cala-
 midades que amenazaban á la iglesia fue un peso ter-
 rible para el carácter débil de Melanchton, quien co-
 mo si su causa fuese ya desesperada, se abandonó á la
 melancolía y á las quejas. Empero Lutero, que duran-
 te la celebracion de la dieta no habia cesado de ani-
 mar con varios escritos á sus partidarios, no se atur-
 dió por la aproximacion del nuevo riesgo. Alentó á Me-
 lanchton y á aquellos discípulos que habian decaido de
 ánimo, exortó á los príncipes á que no abandonasen el

(1) Sleid, 139.

campo que acababan de defender con tan admirable firmeza (1). Estas exortaciones produjeron en sus ánimos una impresion tanto mas profunda cuanto acababan de saber con la mayor inquietud la noticia de una alianza formada por los príncipes católicos del imperio para el apoyo de la religion establecida, y en la cual habia entrado el mismo Carlos (2). Conocieron entonces la necesidad de estar muy sobre sí, y vieron que su seguridad, ni mas ni menos que el triunfo de su causa, dependia de su union. Agitados de las zozobras que les inspiraba la alianza católica, pero resueltos ya en punto á la conducta que debian observar, se reunieron en Smalkalde. Conviniéron allí en formar una alianza defensiva contra cualquier agresor (3), en virtud de la cual se unian para formar un solo cuerpo todos los estados protestantes del imperio; y desde luego empezando á considerarse bajo este aspecto, determinaron dirigirse á los reyes de Francia y de Inglaterra para implorar su auxilio en favor de su nueva liga.

Año 1530.

22 diciembre.

Un asunto que no tenia conexion con las ideas religiosas les suministró pretexto para pedir auxilio á los príncipes estrangeros. Carlos, cuya ambicion crecia á medida que se elevaba su grandeza y su poder, habia formado el proyecto de hacer hereditaria en su familia la corona imperial, haciendo elegir rey de romanos á su hermano Fernando. Las circunstancias favorecian sobre manera la ejecucion de este proyecto: la victoria habia acompañado por todas partes á los ejércitos del emperador; en la última paz acababa de dictar leyes á toda la Europa; no tenia ya rival que equilibrase ó pu-

El emperador propone elegir á su hermano rey de romanos.

(1) Seckend, II, 130. Sleid. 140.

(2) Seckend, II, 200, III, 11.

(3) Sleid. Hist. 142.

Año 1530. diese atajar el ejercicio de sus fuerzas; deslumbraba á los electores el esplendor de sus triunfos, á par que les infundia respeto la estension de su poder: con dificultad se atrevian por tanto á contradecir las opiniones de un príncipe cuyas peticiones llevaban en cierto modo el sello del mando. Además no dejaban de asistir á Carlos razones plausibles para fundar su deseo: los negocios de los demas reinos, decia, le obligaban á ausentarse con frecuencia de Alemania; los desórdenes siempre en aumento, escitados por las disputas religiosas, á par que la peligrosa vecindad de los turcos, que constantemente amenazaban invadir el corazon del imperio, y que devastaban todos cuantos pueblos encontraban á su tránsito, requerian la presencia continua de un príncipe bastante prudente para calmar las disputas teológicas, al mismo tiempo que bastante esforzado para rechazar á los turcos. Poseia en grado eminente estas dos cualidades su hermano Fernando; su larga residencia en Alemania le habia puesto en estado de conocer radicalmente la constitucion germánica y la índole de los pueblos; como habia visto nacer las contiendas religiosas y seguido su curso, sabia mejor que ningun otro los remedios que debian aplicarse y el método para hacerlo; por fin, la posicion de sus estados que lindaban con las fronteras del imperio otomano, le constituia defensor natural de la Alemania contra las incursiones de los infieles: de consiguiente, siendo rey de romanos, su interes se hallaria de acuerdo con sus deberes para obligarle á oponerse con teson á cuantas intentonas pudiesen acometer los turcos.

Año 1531.
Oposicion de
los protestan-
tes.

Todas estas razones movieron poco á los protestantes, pues sabian por esperiencia que nada favoreció tanto sus proyectos como el interregno por muerte de

Maximiliano, la larga ausencia de Carlos, y la suavidad de gobierno que habia sido consecuencia de estos dos incidentes. Tanto provecho habia sacado de semejante estado de anarquía para no temer la dominación siempre presente de un nuevo jefe. Conocieron toda la estension de los ambiciosos proyectos del emperador y vieron claramente que su objeto era instituir hereditaria en su familia la corona imperial, y establecer de esta suerte en el imperio una autoridad absoluta, la cual los emperadores electivos no podian prometerse obtener con la misma facilidad. Determinaron pues oponerse con todas sus fuerzas á la eleccion de Fernando, y animar con su ejemplo y exortaciones á sus compatriotas para que no sufriesen semejante atentado contra sus privilegios. En consecuencia el elector de Sajonia se negó no solo á asistir á la asamblea de electores convocados por el emperador en Colonia, si que tambien encargó á su primogénito que asistiese en lugar suyo y protestase de la eleccion como hecha contra todas las formalidades y leyes, como contraria á los artículos de la bula de oro, y como destructiva de las prerogativas imperiales.

Año 1531.

5 enero.

Pero los demas electores, sobornados por Carlos no hicieron caso de la ausencia ni de la protesta del elector de Sajonia, y eligiendo á Fernando por rey de romanos fue coronado este algunos dias despues en Aquisgran (1).

Es elegido Fernando.

Cuando los príncipes que por segunda vez se habian reunido en Smalkalde recibieron la noticia de esta eleccion y al mismo tiempo la de algunos procedimientos judiciales que la cámara imperial comenzaba contra

Negociaciones de los protestantes con Francia.

(1) Steid. 142. Seck. III, 1. P Heuter. *Her. Austr. I. X, c. 6, p. 240.*

Año 1531. ellos en virtud de sus principios religiosos; creyeron que era necesario renovar su primera alianza y enviar sin pérdida de tiempo embajadores á Francia y á Inglaterra. Con toda la envidia de un rival había visto Francisco la reputacion que se había adquirido Carlos por la moderacion y desinterés que había ostentado al arreglar los intereses de la Italia. Todavía le conmovió mas vivamente la eleccion del rey de romanos, y no pudo sin desasosiego ver el éxito feliz del emperador en un intento dirigido visiblemente á aumentar y perpetuar su poder en Alemania. Pero al propio tiempo conoció que seria el colmo de la imprudencia empeñar en otra guerra á la nacion, agotada ya por los esfuerzos extraordinarios que había hecho, y aniquilada por tantos reveses, antes de haber tenido tiempo de cobrar nuevas fuerzas y de olvidar sus pasadas desgracias. Tampoco sin ser provocado y sin algun pretexto podia romper un tratado de paz que él mismo acababa de solicitar, pues se habría espuesto á perder la estimacion de todos los pueblos de Europa, y á ser detestado como un príncipe sin honor y sin probidad. Era por tanto un espectáculo agradable para Francisco observar cómo en el seno del imperio se formaban contra su rival facciones poderosas. Con el mayor interés dió oídos á las quejas de los príncipes protestantes, y sin sostener aparentemente sus opiniones acerca de la religion, determinó fomentar en secreto esos gérmenes de discordia política, que pronto podrían acarrear un incenlio general. Con este intento envió á Alemania á Guillermo de Bellay, uno de los mas hábiles políticos franceses, quien visitó las cortes de los príncipes descontentos, supo á tiempo escitar su encono con artificios varios, y al fin concluyó

19 febrero.

una alianza entre ellos y su amo (1). Mantúvose esta secreta y por el momento no produjo ningun resultado visible, pero sirvió de base á otra alianza que á menudo, debia ser fatal á los ambiciosos planes de Carlos y que descubrió á los príncipes descontentos de Alemania dónde en adelante podrian encontrar un poderoso protector dispuesto á apadrinarlos contra las tentativas del emperador.

Año 1531.

Muy indignado contra este el rey de Inglaterra porque sabia que para complacerle habia el papa retardado por mucho tiempo su divorcio, y al fin se habia opuesto á él enteramente, no se hallaba menos dispuesto que Francisco á dar proteccion á una liga que podia con el tiempo ser formidable al emperador. Pero, su principal idea, el divorcio, le metió en tal laberinto de planes y negociaciones, y al propio tiempo estaba tan ocupado en abolir en Inglaterra la dominacion pontificia, que no le quedaba tiempo para pensar en los negocios estrangeros. Contentóse con promesas vagas y con enviar un mediano socorro de dinero á los aliados de Smalkalde (2).

Con Ingla-
terra.

En el interin veia el emperador que esta no era aun sazon de querer estirpar la heregia con rigor y violencia; que su complacencia para con el pontífice le habia hecho ya dar un paso precipitado é imprudente; y que su mayor interes reclamaba mas bien la reunion de todas las partes de Alemania para formar un cuerpo vigoroso y compacto, que dividirla y debilitarla á favor de una guerra intestina. Los protestantes, temibles ya por su número y por su entusiasmo, lo eran mucho mas todavia despues de la alianza que el rigoroso

Lisonjea
Carlos á los
protestantes.

(1) Du Bellay, 129. A. 130. B. Seck. III, 14.

(2) Herbert, 152, 154.

Año 1531. decreto de la dieta de Ausburgo les habia obligado á formar. Envanecidos por el interior sentimiento de sus fuerzas, desatendieron las decisiones de la cámara imperial, y seguros del apoyo de los protestantes extranjeros, estaban dispuestos á oponerse al mismo gefe del imperio. Añádase á lo dicho que la paz de este con la Francia era poco sólida, que no podia contar con la amistad de un pontífice irresoluto é interesado, y que era pública la circunstancia de que Soliman, para reparar los reveses de su anterior campaña, se disponia á entrar en Austria con un ejército mas numeroso que denantes. Todas estas razones, singularmente la última, le habian dado á conocer la necesidad de convenirse con los descontentos para preparar la ejecucion de sus futuros planes y aun proveer á las necesidades del momento. En consecuencia empezó á negociar con el elector de Sajonia y sus coligados. Los mutuos zelos de estos príncipes, y el encono que animaba á todos ellos contra el emperador, dió lugar á largas demoras que aumentaron las muchas dificultades que lleva consigo la índole de las contiendas religiosas, que no pueden ser alteradas, modificadas ni abandonadas tan fácilmente como los asuntos de los intereses políticos. Con todo esto, terminóse al cabo la negociacion, y convínose en Nuremberg en los términos de una pacificacion que fue despues solemnemente ratificada en Ratisbona. Estipulóse en el tratado que reinaria paz en Alemania hasta la reunion del concilio general cuya convocacion activaria el emperador para dentro unos seis meses; que á nadie se molestaria por causas religiosas; que se cortarian los procedimientos judiciales abiertos por la cámara imperial contra los reformistas, y que se anularian ó no se pondrian en ejecucion las sentencias que

Les concede
condiciones fa-
vorables.

25 julio.

3 agosto.

contra ellos se hubiesen dado. Por su parte prometieron los protestantes prestar con todas sus fuerzas auxilio al emperador para rechazar toda incursión de los turcos (1). De esta suerte consiguieron con su firmeza de principios, su unanimidad en el sosten de sus pretensiones, y su destreza en aprovechar los apuros del emperador, unas condiciones que casi equivalían á la tolerancia de sus ideas religiosas. Hizo Carlos toda clase de sacrificios, y ellos ninguno; ni siquiera se atrevió aquel á proponerles que aprobasen la elección de su hermano á pesar de ser este un punto de tanto interés; y los reformistas, que hasta entonces no habían sido mirados mas que como una secta religiosa, se grangearon para en adelante el crédito y rango de un cuerpo político con el cual era forzoso contemporizar (2).

No tardó mucho Carlos en recibir la noticia de que Soliman había entrado en Turquía á la cabeza de trescientos mil hombres. Esta noticia puso en breve término á la dieta de Ratisbona donde se había fijado el contingente de tropas que cada príncipe del imperio debía presentar para la defensa del mismo. Los protestantes con el intento de manifestar su reconocimiento al emperador, le sirvieron con el mas extraordinario celo, y presentaron muchas mas tropas de las que les tocaban; y habiendo los católicos imitado su ejemplo, vió Viena rodeadas sus murallas de uno de los mas brillantes ejércitos que se hubiesen levantado jamas en Alemania. Despues de la reunión de un cuerpo de tropas alemanas, españolas é italianas al mando del marques del Guasto, de algunos escuadrones de caballería pesada procedentes de los Países-Bajos, y de las tropas que

Año 1531.

Campaña
de Hungría.
Año 1532.

(1) Dumont, *Corpus diplomat. tom. IV, part. 2, 87, 89.*

(2) Steid. 149, etc. *Seckend. III, 19.*

Año 1532 Fernando había reclutado en la Bohemia, en Austria y sus demas estados, ascendia el ejército á noventa mil infantes de tropas regladas, treinta mil caballos y un prodigioso número de tropas irregulares. Merecia este formidable cuerpo tener á su frente al primer monarca de la cristiandad; con efecto, Carlos quiso mandarle en persona, y atónita la Europa aguardaba el éxito de una batalla decisiva entre los dos mas grandes príncipes del mundo: pero, como mutuamente temiesen estos sus fuerzas y fortuna, se mostraron tan prudentes que la campaña terminó sin ningun memorable acontecimiento despues de tan inmensos preparativos.

Setiembre y octubre. Viendo Soliman cuán imposible le hubiera sido alcanzar victoria alguna contra tan activo y previsor enemigo, se resolvió á fines de otoño regresar á Constantinopla, como así lo hizo (1). Nótese que en un siglo tan belicoso, en que todo caballero era soldado y todo príncipe general, esta fue la vez primera que se presentó Carlos á la cabeza de sus tropas, á pesar de haber sostenido largas guerras y triunfado en muchas ocasiones. No fue para él poco honor haberse atrevido á oponerse á Soliman en sus primeros ensayos, y ciertamente que el éxito de sus operaciones le cubrió de gloria.

16 agosto. En los principios de esta campaña murió el elector de Sajonia y le sucedió su hijo y heredero Juan Federico. Este, no menos adicto á Lutero que sus antecesores, se puso en cierto modo á la cabeza del partido protestante, y con toda la aulacia y la energía de la juventud defendió una causa alimentada por sus antepasados con toda la prudencia nacida de la esperiencia de los años.

(1) Jovii. *Hist. l. XXX, p. 100, etc.* Barre, *Hist. de l'Empire* t. 8, 347.

En cuanto se hubieron retirado los turcos, impaciente Carlos por volver á España, partió para este reino pasando por Italia. Anhelaba vivamente avistarse con el papa, y efectivamente le vió en Bolonia, donde se trataron con las mismas exteriores muestras de amistad que la otra vez: pero no existia ya entre ellos aquella mutua confianza que antes reinó entre ellos. Disgustado por demas estaba Clemente por la conducta del emperador en Ausburgo: consintiendo este príncipe en la convocacion de un concilio, habia perdido todo el mérito contraído con el pontífice por medio del rigoroso decreto que antes habia publicado contra las ideas de los reformistas. Mas ofendido estaba todavia el papa de la tolerancia concedida á los protestantes por la dieta de Ratisbona, y de la positiva promesa de pedir un concilio que habia hecho Carlos. No obstante, convencido este monarca de que produciria buenos resultados la convocacion de un concilio general, y deseando ademas complacer á los alemanes, renovó de viva voz las instancias que habia hecho ya el papa por medio de sus embajadores, y le instigó á que convocase sin mas retardo el concilio. Hallóse sobremanera embarazado el papa respecto á lo que debia responder á semejante súplica que no podia negar decentemente ni conceder sin riesgo. En primer lugar procuró quitar á Carlos de la cabeza esta idea; pero viendo que insistia en ella, recurrió á artificios, los cuales si bien no podian malograr enteramente el intento, á lo menos permitian ganar tiempo. Bajo el especioso pretesto de que era antes preciso convenir con las partes interesadas en el punto de reunion, en las formalidades, en los privilegios de los que tuviesen voto en el concilio, y en la autoridad que debia darse á sus decisiones, nombró un nuncio para

Año 1532.
Avistase Carlos con el papa á su regreso á España.

Año 1532. que acompañado de un embajador de Carlos pasase á avistarse con el elector de Sajonia, reputado jefe de los protestantes. Cada punto de los que debían tocar suscitó dificultades é interminables disputas. Querían los protestantes que se celebrase el concilio en Alemania, y el papa en Italia. Exigían aquellos que solo el teste de la sagrada escritura sirviese de regla para decidir los puntos contestados: daba Clemente igual autoridad á los decretos de la iglesia y á las opiniones de los padres y de los doctores. Los reformistas reclamaban un concilio libre, donde tuviesen derecho de sufragio los teólogos diputados por las diferentes iglesias; pero el pontifice se proponía dar al concilio una forma que le constituyese enteramente dependiente de su voluntad.

Ademas, habia otro punto en el cual insistian con mucho teson los protestantes; decian que no era razon querer obligarles á someterse á las decisiones de un concilio antes de ser conocidos los principios que servirian de base á las mismas, las personas que los pronunciarían, y las formalidades que para ello deberian observar. Respondia el papa que seria del todo inútil congregar un concilio si los que le reclamaban no prometian antes atenerse ciegamente á sus fallos. Propusieron algunos medios para conciliar los ánimos acerca de estos puntos preliminares, y con esto se alargaron tanto las negociaciones que efectivamente llenaron las miras de Clemente, en razon de que no tenia este otro objeto que impedir la reunion del concilio, sin empero atraer sobre sí la ignominiosa nota de haberse opuesto á una disposicion que la Europa entera reputaba tan esencialmente útil como ventajosa al bien de la iglesia. (1).

(1) Fra-Paolo, *Hist. Gr. Seck.* III, 73.

Otro objeto de negociacion interesaba á Carlos mas que la celebracion de un concilio: tal era asegurar el sosiego en Italia. Sabia que Francisco solo en ultimo apuro habia renunciado á las pretensiones que tenia en esta region, y no le era dable dudar que aprovecharia la primera coyuntura y el primer pretexto para recobrar lo perdido. Era por lo mismo preciso pensar en las disposiciones necesarias para reunir un ejército capaz de resistir á las fuerzas de la Francia. Como las arcas del emperador, exhaustas despues de una larga guerra, no podian ofrecer los caudales indispensables para mantener en pie un ejército suficiente, probó á descargarse de este peso echándole sobre sus aliados, proveyendo á su costa por la seguridad de sus propios dominios: propuso, pues, á las potencias de Italia una liga defensiva contra todo agresor, y que levantasen al primer riesgo un ejército para mantener á espensas comunes á las órdenes de D. Antonio de Leyva. Fue del gusto del papa esta proposicion, si bien que por razones distintas de las que la habian inspirado. Por este medio confiaba el pontífice libertar la Italia de los cuerpos veteranos de alemanes y españoles que por tanto tiempo habian aterrado el país y lo tenían bajo el yugo del emperador. Concluyóse la alianza á la cual accedieron todos los estados de Italia, á escepcion de los venecianos; convínose en la suma que cada estado debia aprontar para la manutencion de las tropas, y conociendo el emperador que no podia pagar por mas tiempo á las suyas, consintió en retirarlas, quitando de esta suerte campo al recelo. Despues de haber licenciado una parte de ellas, y distribuido las demas por la Sicilia y la península ibérica, embarcóse en las galeras de Doria y

Año 1532.
Y para man-
tener el sosie-
go en Italia.

Año 1533.

24 febrero.

24 abril.

Año 1533. llegó en breve á Barcelona (1).

Planes y negociaciones de Francisco contra Carlos.

No estaba tranquilo aun á pesar de las precauciones que acababa de tomar para afianzar la paz de Alemania, y mantener el sistema establecido en Italia. Crecian de dia en dia sus recelos de que fuesen turbadas muy pronto sus disposiciones por las intrigas ó por las armas del rey de Francia, y eran fundados sus temores: solo la desesperacion y la necesidad habian arrancado á Francisco su consentimiento en favor de un tratado de tanta mengua para él como el de Cambray: aun al tiempo mismo que lo ratificó habia formado ya la resolucion de no observarle sino en cuanto le obligasen á ello, é hizo, si bien que con el mayor secreto, una formal protesta contra muchos artículos del convenio, principalmente contra la renuncia de sus pretensiones al ducado de Milan, cláusula que reputaba injusta, indecorosa para sus sucesores, y nula por sí misma. De órden del monarca, uno de los jurisconsultos de la corona hizo idéntica protesta, tambien con el mayor sigilo, al tiempo mismo en que la ratificacion del tratado se registró en el parlamento de Paris (2). Diríase que Francisco creia de buena fe que haciendo uso de un artificio, indigno de un gran monarca, para destruir la fe pública y la mutua confianza que es la base de todos los contratos entre naciones, estaba en realidad dispensado de toda obligacion para el cumplimiento de las mas solemnes promesas y sagrados empeños. Desde el momento mismo en que firmó la paz de Cambray descó y buscó coyuntura para romperla impunemente. Con esta mira cultivaba asiduamente la amistad de Enrique y no perdonaba medio para contar mas y mas con su alianza: ademas de esto ponía las fuer-

(1) Guicc. l. XX, 551. Ferreras, IX, 149.

(2) Dumont, *Corpus diplomat. tom. IV, part. 2, p. 52.*

zas militares de su reino sobre mejor pie que nunca, Año 1533.
y fomentaba diestramente los celos y el descontento de los príncipes alemanes.

Pero, lo que mas á pecho tomaba Francisco era romper la union estrecha que subsistia entre Carlos y Clemente, cosa en lo cual no tardó en ver con satisfaccion gérmenes de encono y de desvío contra Carlos de parte del suspicaz pontífice, y empezó á lisonjearse de que su intimidad no duraria. No podía Clemente perdonar al emperador su decision á favor del duque de Ferrara. Exageró Francisco la injusticia de semejante proceder, y dió á entender al pontífice que podria tener en él un protector tan poderoso y mas imparcial, y como escuchase este con impaciencia las importunas instancias de Carlos relativas á la convocacion de un concilio, tuvo Francisco el arte de crear obstáculos para diferir este llamamiento, y se esforzó para impedir que los alemanes aliados suyos insistiesen tan obstinadamente sobre este punto (1). Carlos habia tomado tanto ascendiente sobre el papa cooperando en parte al engrandecimiento y á la elevacion de la familia de los Médicis; por tanto presentó tambien Francisco el mismo cebo, y ofreció casar á su segundo hijo Enrique, duque de Orleans, con Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, primo de Clemente. Al saber Carlos las primeras declaraciones para la efectucion de este enlace, no pudo creer que seriamente quisiese Francisco envilecer la sangre real de Francia por medio de un matrimonio con Catalina, descendiente de simples ciudadanos y negociantes de Florencia; antes juzgó que esta propuesta no tendia mas que á adular y entretener la am-

Particularmente con el papa.

(1) Du Bellay, 141, etc. Seck. III, 48. Fra-Paolo, 63.

Año 1533. bición pontificia. Juzgó por lo mismo que debía procurar borrar la impresion que hubiese hecho en el alma de Clemente un proyecto tan deslumbrador, y para ello prometió romper el matrimonio concertado entre su sobrina, hija del rey de Dinamarca, con el duque de Milan, y poner en su lugar á Catalina. Mas no tuvo este arbitrio ningun efecto, pues contra toda espectacion presentaron los embajadores de Francia el pleno poder de que eslaban autorizados para concluir los artículos del matrimonio de Catalina con el duque de Orleans. Complació de tal suerte á Clemente un honor que realizaba tanto el brillo y la dignidad de la casa de Médicis, que ofreció dar en dote á Catalina la investidura de muchas tierras considerables de Italia; aun pareció dispuesto á hacer valer sus antiguas pretensiones sobre algunos estados del mismo pais, y consintió en avistarse con el monarca francés (1).

Vistas entre el papa y Francisco.

Valióse Carlos de todos los medios para estorbar una entrevista cuyo objeto y resultados probablemente no le favorecian. Despues de haber tenido dos veces el gusto de visitar al papa, no podia consolarse de ver á Clemente dar á su rival tan relevante muestra de distincion como la de emprender un viage por mar en estacion nada favorable para ir á visitar á Francisco en su propio reino: la impaciencia de concluir un parentesco brillante habia ahogado todos los escrúpulos de orgullo, de temor y de zelos, que en otra coyuntura hubieran detenido á Clemente. Sin embargo de cuantos pasos hizo dar el emperador, se efectuó la entrevista en Marsella con extraordinaria pompa, dándose de una y otra parte las mas altas pruebas de confianza, y se

Año 1534.

(1) Guicc. l. X, 551, 553. Du Bellay, 138.

consumó al cabo el matrimonio que por la ambicion y los talentos de Catalina debia ser tan funesto para la Francia como indecoroso era al tiempo de su celebracion. Clemente y Francisco convinieron en muchas disposiciones favorables al duque de Orleans, y su padre ofreció abandonarle todos sus derechos con respecto á Italia: mas todo se hizo con sigilo, evitando tan cuidadosamente ofender al emperador, que no concluyeron tratado alguno (1), y aun en el contrato matrimonial renunció Catalina todos sus derechos y pretensiones en Italia, á escepcion de su ducado de Urbino (2).

Mientras Clemente negociaba con Francisco, formando con él enlaces que tanto alarmaban á Carlos, abandonaba á este la direccion del asunto de divorcio del monarca inglés, mostrándose tan inclinado á favorecerle en este particular como si reinase todavía entre ellos la union mas íntima: preciso es confesar que dominaba en él la doblez. Hacia ya cerca de seis años que solicitaba Enrique el divorcio, y todo este tiempo le habia perdido en negociar, prometiéndole hoy Clemente una cosa, retractándose mañana, y al fin no concluyendo nada. Extraño es que un príncipe de tan fogoso é irascible carácter hubiese podido aguantar tantos plazos y sinsabores: al cabo agotada su paciencia, acudió á otro tribunal para obtener la venia tan vanamente solicitada de la corte de Roma. Cranmer, arzobispo de Cantorbery, por una sentencia fundada en la autoridad de las universidades, de los doctores y rabinos, á quienes habia sido consultada la cuestion, anuló el casamiento del rey con Catalina, declaró ilegítima la hija, fruto del mismo, y reconoció á Ana Bolcna por reina de In-

Conducta del papa respecto del divorcio de Enrique VIII.

(1) Guicc. l. XX, p. 555.

(2) Dumont, *Corps. diplom. IV*, p. 2, 101.

Año 1534. Inglaterra. Desde este momento no hizo mas Enrique la corte al papa; antes empezó á no hacer caso de él, á amenazarle y á probar innovaciones en la misma iglesia que habia antes defendido con tanto celo. Clemente, que habia visto ya separarse de la Santa Sede tantas provincias y reinos, temió al cabo que no hiciese lo mismo la Inglaterra. El interes que tenia en evitar este fatal golpe, junto á su deferencia á las instancias de Francisco, le determinaron á dar á Enrique cuantas satisfacciones reputó propias para retenerle en el gremio de la iglesia. Pero la violencia de los cardenales adictos al emperador no dió tiempo al papa de ejecutar esta juiciosa resolucio[n] , y le precipitó en un paso imprudente que debia ser fatal á la Santa Sede, pues se le obligó á publicar una bula que anulaba la decision de Craumer, confirmaba el matrimonio de Enrique con Catalina, y declaraba escomulgado á este príncipe, si dentro un plazo prefijado no abandonaba á su nueva muger para volver á tomar la repudiada. Irritado el monarca inglés á vista de este decreto, que estaba muy lejos de esperar, no guardó ya miramiento ninguno á la corte de Roma, y sus súbditos tomaron parte en su resentimiento é indignacion.

Es abolida en Inglaterra la autoridad pontificia.

Publicó el parlamento una acta que abolia el poder y la jurisdiccion pontificia en Inglaterra, y por otra declaró al rey gefe supremo de la iglesia anglicana y revestido de todo el poder de que se despojaba á aquel. Este grande edificio de la dominacion eclesiástica levantado con tanto arte, y cuyos cimientos parecian tan profundos, se desplomó desde que no tuvo por base la veneracion popular. Enrique, por una singularidad propia de su carácter, continuó defendiendo la doctrina de la iglesia de Roma, con el mismo ardor con que

atacaba su jurisdiccion. Alternativamente persiguió á los católicos y á los reformistas; á estos porque desechaban las opiniones de la iglesia romana, y á aquellos porque desconocian su poder civil: mas como sus subditos habian ya entrado libremente en una nueva senda, no juzgaron á propósito pararse en el término preciso que se les señalaba. Animados por el ejemplo de un rey á romper una parte de sus trabas, estaban tan impacientes por descartarse de las demas (1), que en el reinado siguiente, con general aplauso de la nacion, se hizo una separacion total de la Inglaterra y de la iglesia de Roma, asi en los puntos de doctrina como en los de disciplina y de jurisdiccion. Alguna demora mas en practicarlo hubiera aborrado acaso á la iglesia romana las funestas consecuencias de la desacordada conducta de Clemente, pues este pontífice, poco despues de la sentencia que habia pronunciado contra Enrique, cayó en una enfermedad de languidez que minando por grados su constitucion, puso al fin término á su pontificado, el mas desgraciado por su mucha duracion y á la vez por sus efectos que la corte de Roma hubiese visto despues de muchos siglos.

Muerte de
Clemente VII.

El mismo dia en que los cardenales abrieron el cónclave, ensalzaron al trono pontificio á Alejandro Farnesio, dean del sacro colegio y el mas antiguo de los cardenales, quien tomó el nombre de Pablo III. Entregóse el pueblo romano al mayor transporte de júbilo al saber esta eleccion. Con efecto, era para él un embeleso ver, despues de un intervalo de mas de un siglo, adornada con la tiara pontificia la cabeza de un ciudadano romano. Los hombres mas entendidos augu-

25 setiembre.
Eleccion de
Pablo III.
13 octubre.

(1) Herbert. Baroet, *Hist. de la reform.*

Año 1534. raron favorablemente de su gobierno, fundando su juicio en la experiencia que habia adquirido durante cuatro pontificados, y en la moderacion y prudencia de que constantemente habia dado pruebas, y esto en una época de turbulencias y grandes crisis que reclamaban á la vez habilidad y nada comunes talentos (1).

Es probable que la Europa debió á la muerte de Clemente la continuacion de la paz. Si bien que la historia no presenta indicios de una alianza concluida entre aquel papa y Francisco, muy verosímil es que habria auxiliado las operaciones de las armas francesas en Italia. Su ambicion no hubiera resistido al gusto de ver cómo su familia daba un soberano á Florencia y otro á Milan; pero la eleccion de Pablo III, quien hasta entonces habia permanecido constantemente adicto al emperador, puso á Francisco en la necesidad de suspender por algun tiempo sus operaciones y de diferir la ejecucion del plan que habia formado relativo á dar principio á las hostilidades contra el emperador.

Sublévase
los anabaptistas.

Mientras espiaba Francisco la oportunidad de dar de nuevo principio á una guerra que hasta entonces habia sido tan fatal á sus vasallos como á él mismo, tenia lugar en Alemania un acontecimiento singularísimo. Entre muchos saludables efectos de que la reforma habia sido causa inmediata, produjo algunos otros enteramente opuestos: fatalidad inevitable en todos los negocios y sucesos humanos. Cuando el corazon del hombre, conmovido por objetos grandes, es agitado por pasiones violentas, adquiere por lo comun en sus operaciones una superabundancia de fuerza que le precipita

(1) Guicc. l. XX, 556. Fra-Paolo, 6j.

en desbarros y en estravagancias. En toda mudanza de religion son mas frecuentes estos descarríos, sobre todo en un período en que los hombres sacuden el yugo de sus antiguos principios y no conciben todavía claramente la naturaleza del nuevo sistema que van á abrazar, ni poseen tampoco un juicio distinto de las obligaciones que les impone. Entonces la razon se adelanta siempre con la misma audacia que le movió á desechár las opiniones establecidas, que como no le guia un conocimiento ilustrado de la doctrina que puso en su lugar, no puede sufrir el menor freno y se entrega á ideas quiméricas, de las cuales con frecuencia son efecto la corrupcion de los principios y la licencia de las costumbres. Asi fue que en los primeros siglos de la iglesia vióse á una multitud de cristianos nuevos, poco despues de haber renunciado á su antigua creencia, adoptar las opiniones mas absurdas, que igualmente destruian toda piedad que toda virtud, y esto por no conocer bien todavía los dogmas y los preceptos de su nueva fe. Vióse despues cómo esos mismos errores se disiparon por sí mismos á medida que fueron mejor conocidos y mas generalmente propalados los verdaderos principios religiosos. Del mismo modo, algun tiempo despues de haber aparecido Lutero, la temeridad ó la ignorancia de algunos de sus discipulos les llevó á publicar máximas absurdas y perniciosas, que fueron adoptadas harto ligeramente por hombres ignorantes, pero amigos de novedades, singularmente en una época en que todos los ánimos estaban inclinados á las opiniones religiosas. A estas causas es forzoso atribuir el origen de las estravagantes opiniones que Bruncer divulgó en 1525, y los rápidos progresos que hicieron entre los campesinos. Sofocóse en breve la agitacion que escitó este fa-

Año 1534. nático; pero, muchos de sus sectarios se ocultaron en varios retiros, desde los cuales se esforzaron por difundir sus opiniones.

Origen y
opiniones de
esta secta.

En las provincias de la Alemania superior, donde el encono de estos fanáticos habia causado ya tantos males, vigilaron sobre de ellos tan de cerca los magistrados y los trataron con tanta severidad, que despues de haber castigado á algunos, desterrado á otros, y obligado á muchos á retirarse á distintos paises, se logró estirpar radicalmente sus errores.

Pero en los Países-Bajos y en la Westfalia, donde no eran tan observados los sectarios, porque no eran conocidas las terribles consecuencias de sus doctrinas, introdujéronse en muchas ciudades y propagaron el contagio. Su mas notable dogma religioso era relativo al sacramento del bautismo, pues sostenian que no debia ser administrado sino á las personas ya adultas, y que no debia darse por aspersion sino por inmersion: condenaban en consecuencia el bautismo de los niños, y de ahí es que su secta recibió el nombre de Anabaptistas. Esta opinion relativa al bautismo parecia fundarse en el uso de la iglesia del tiempo de los apóstoles, y nada encerraba contrario á la paz y al buen órden social; pero admitian otros principios de mas exaltado y peligroso entusiasmo. Decian que entre los cristianos que reconocian por regla de su conducta los preceptos del evangelio, y por guia el espíritu divino, no solo era inútil el oficio del magistrado, si que tambien parecia una usurpacion ilegítima sobre su libertad espiritual; que era forzoso destruir toda distincion de nacimiento, de calidad y de fortuna, como contraria al espíritu del evangelio que solo ve en los hombres unos seres iguales; que todos los cristianos debian

hacer comunidad de bienes y vivir juntos en aquella igualdad perfecta que conviene á los miembros de una misma familia; y en fin, que no habiendo la ley natural y el nuevo testamento establecido regla ninguna respecto al número de mugeres con las cuales puede uno desposarse, asistía derecho para usar de la libertad concedida por Dios á los antiguos patriarcas.

Tales principios cundidos y defendidos con todo el ardor y la audacia que proceden del fanatismo, no tardaron en producir los violentos efectos que eran su natural consecuencia. Dos inspirados anabaptistas, Juan Matías, panadero de Harlem, y Juan Boccold ó Beükels, sastre de Leyden, poseídos del encono del proselitismo, se establecieron en Munster, ciudad imperial de primer orden, sometida á la dominación episcopal, pero en realidad gobernada por su propio senado y por sus cónsules. Como ninguno de los dos fanáticos carecía de los talentos necesarios para llevar á cabo sus miras, aconteció que su osadía, su apariencia de santidad, y su manifiesta pretension de estar inspirados por el Espíritu santo, bien así como su facilidad y confianza para hablar en público, todos estos medios reunidos les ganaron en breve una multitud de sectarios. Contóse entre estos á Rothman, que al principio habia predicado el protestantismo en Munster, y á Cnipperdoling, ciudadano de buena cuna y no menor crédito. Envanecidos por la reputacion de estos discípulos, empezaron los maestros á enseñar públicamente sus doctrinas, y no contentos con esto, hicieron varias tentativas para apoderarse de la ciudad y dar á su doctrina el sello de la autoridad pública. Frustráronse sus tentativas, pero, habiendo llamado clandestinamente á un crecido número de sus asociados que permanecían

Se domici-
lian en Muns-
ter.

Apodéranse
de la ciudad.

Año 1534. dispersos por las vecinas comarcas, apoderáronse durante la noche del arsenal y del palacio del senado, y se pusieron á recorrer las calles con las espadas desnudas, dando horribles alaridos, y gritando unas veces: *arrepentios y bautizaos*; y otras, *huid, impíos*. Los senadores, los canónigos, los nobles, la parte mas sana de los ciudadanos católicos y protestantes, alarmados al oír sus gritos y amenazas, buyeron en desórden y dejaron la ciudad á merced de una multitud frenética, compuesta en gran parte de estrangeros. Como no quedaba nadie en estado de contenerlos ni de imponerles respeto, trazaron, conforme á sus estravagantes ideas, el plan de un nuevo gobierno. Si al principio respetaron bastante, en apariencia, la antigua constitucion para elegir senadores de su secta y crear cónsules á *Cnipperdoling* y otro de sus prosélitos, no fue mas que por la forma. Todas sus disposiciones eran dirigidas por *Matias*, quien tomando el tono y la autoridad de un profeta, dictaba órdenes y castigaba con el último suplicio á los que se negaban á obedecerlas. Principió exortando al populacho á que saquease los templos y destruyese sus ornamentos; mandóles en seguida quemar todos los libros, como inútiles ó impíos, y no conservar mas que la *Biblia*; confiscó los bienes de los que habian huido de la ciudad y los vendió á los habitantes de las cercanías; mandó á todos los vecinos que le trajesen su oro, plata y efectos preciosos, y depositando estas riquezas en una arca pública, nombró diáconos que las custodiasen y distribuyesen para uso procomunal. Despues de haber de esta suerte establecido entre los miembros de su república una igualdad perfecta, mandóles comer juntos en unas mesas puestas en público, y hasta llegó á establecer cuántos platos de-

Fundan nueva forma de gobierno.

bian servirse diariamente. Consumada una vez su reforma sobre este plan, fue su primer desvelo atender á la defensa de la ciudad, y las medidas que para el efecto tomó, mostraban una prudencia que en nada se parecia al fanatismo. Estableció vastos almacenes de toda especie; reparó las fortificaciones antiguas y añadió otras nuevas, obligando sin distincion á todos los habitantes á que trabajasen en ellas por turno; convirtió sus discípulos en soldados escelentes, y ninguna diligencia perdonó para hermanar el valor de la disciplina con lo mas fogoso del entusiasmo. Envió emisarios á los anabaptistas de Flandes para brincarles á que pasasen á Munster, á cuya ciudad daba el nombre de Montaña de Sion, á fin, decia, de salir despues para ir á conquistar todas las naciones de la tierra.

Casi no tomaba descanso, no descuidaba nada de cuanto podia servir para propagar ó dar seguridad á su secta, y daba á sus secuaces el ejemplo de una abnegacion completa de sí mismo, y de no rechusar trabajo alguno soportando todo linage de privaciones. De esta suerte el entusiasmo de sus sectarios, incesantemente exaltado por una no interrumpida serie de exortaciones, de revelaciones y profecías, los animaba para toda clase de empresas y padecimientos en defensa de sus doctrinas.

En esto, habia el obispo de Munster reunido un respetable ejército, y se adelantaba para poner sitio á la ciudad. Al saber su aproximacion, salió de ella Matías á la cabeza de algunas tropas escogidas, le atacó, le arrolló, y despues de una espantosa carnicería volvió á la ciudad cargado de despojos y cubierto de gloria. Fuera de sí con este triunfo, apareció el dia siguiente delante del pueblo con una lanza en la mano,

Va contra ellos el obispo de Munster.

Año 1534,
Mayo.

declarando que á semejanza de Gedeon iría con un puñado de soldados á esterminar á los impíos. Treinta personas, á las cuales designó, le siguieron sin vacilar á esta estravagante empresa, y con furor insensato fueron á precipitarse sobre los enemigos.

Juan de Leiden adquiere grande autoridad entre los anabaptistas.

Todos los entusiastas acometedores perecieron. La muerte del profeta consternó sobre manera á sus discípulos; pero Boccold, poniendo en juego los mismos artificios y mañas proféticas que habian dado fama á Matías, reanimó en breve su valor y esperanzas, y sin arriesgar salida alguna contra los enemigos, aguardó sosegadamente los socorros que debian venirle de los Países-Bajos, y cuya llegada vaticinaban sus profecías. Pero si no era tan fogoso como Matías, ganábale sin embargo por lo fanático y ambicioso. Algun tiempo despues de la muerte de su antecesor, cuando hubo preparado la muchedumbre á la expectativa de acontecimientos extraordinarios, todo á favor de misteriosas visiones y equívocas profecías, desnudóse, y en cueros anduvo clamando por las calles: *que el reino de Sion estaba cercano*; que seria humillado todo cuanto estaba ensalzado sobre la tierra, y por el contrario. Para empezar á dar cumplimiento á este vaticinio, mandó derribar hasta sus cimientos las iglesias, que eran los edificios mas altos de la ciudad; destituyó á los senadores elegidos por Matías, y al cónsul Cnipperdoling, cuyo cargo era el primero de la república, le condenó á la profesion mas infame, á la de verdugo, profesion que este aceptó, no solo sin murmurar, sí que dando muestras de alegría: tal era el riguroso despotismo de Boccold que casi diariamente se llamó á Cnipperdoling para ejercer algunas de las funciones de su horrible ministerio. En vez de los senadores depuestos se nom-

braron doce jueces para que presidiesen á todos los negocios, á semejanza de las doce tribus israelitas, conservando el nuevo profeta para sí la misma autoridad de que gozó Moisés antiguamente, á fuer de legislador de su pueblo.

Sin embargo, este grado de poder y esos títulos no satisfacian la ambicion de Boccold, pues aspiraba á la soberanía absoluta, y la consiguió. Cierta dia, un profeta, á quien habia comprado é instruido, juntó al pueblo, y declaró ser la voluntad de Dios que Juan Boccold fuese elegido rey de Sion y que se sentase en el trono de David. Postrándose Juan en tierra se resignó humildemente á la voluntad del cielo, y dijo solemnemente que asi le habia sido anunciado ya en una revelacion. Sin demora fue proclamado rey por la crédula muchedumbre, y desplegó desde entonces el aparato y toda la pompa de la magestad. Tenia corona de oro y llevaba los mas suntuosos trages: regularmente ostentaba á un lado la Biblia y al otro una espada desnuda: jamas se presentó en público sin una guardia numerosa. Hizo acuñar moneda con su busto, y creó grandes oficiales de su palacio y reino, entre los cuales fue elevado Cnipperdoling á gobernador de la ciudad, como en compensacion del singularísimo último acto de su adhesion.

No bien hubo llegado Boccold á la cumbre del poder, cuando principió á dar rienda suelta á las pasiones que hasta entonces habia contenido, ó que solo satisfacía en secreto. Hase notado de todos tiempos que el exceso del entusiasmo va acompañado de las pasiones amorosas, y que el temperamento es padre del entusiasmo y del amor. Boccold encargó á los profetas y á los doctores que por espacio de muchos dias inculcasen

Año 1534.

Es elegido rey

24 junio.

Su desfreno en principios y conducta.

Año 1534. al pueblo la legitimidad y aun necesidad de casarse con mas de una muger, cosa que dijeron ser uno de los privilegios que concede Dios á sus santos. Cuando hubo acostumbrado los oídos de la multitud á tan licenciosa doctrina, fue el primero que dió ejemplo de lo que llamaba libertad cristiana, y se desposó á un tiempo con tres mugeres, de las cuales una era viuda de Matías, muger de extraordinaria belleza. Como el amor á las bellas y su afición á variar le impelían incesantemente, aumentó por grados hasta catorce el número de sus mugeres; empero solo la viuda de Matías tenia el titulo de reina, y participaba á su lado de los honores de la magestad.

A ejemplo del profeta, abandonóse sin reserva la muchedumbre á la mas desenfrenada licencia. Ni un hombre quedó que se contentase con una sola muger, antes se reputó crimen no hacer uso de la libertad cristiana. Habia gentes empleadas en buscar por las casas doncellas casaderas, é inmediatamente se las obligaba á desposarse.

Introdujose en seguida de la poligamia la libertad del divorcio que le es inseparable, y se convirtió en nuevo manantial de corrupcion. Precipitábanse los insensatos á todos los excesos de que son capaces las humanas pasiones cuando no estan reprimidas por la autoridad de las leyes ó por el freno del pudor (1); en fin, por una monstruosa mezcla y casi increíble, se

(1) *Propheta et concionatorum auctoritate juxta et exemplo, tota urbe ad rapiendas pulcherrimas quasque feminas discursum est. Nec intra paucos dies, in tanta hominum turba, ferè ulla re-
perta est supra annum 14, quæ stuprum passa non fuerit.* Lomb.
Hortens. p. 303. *Vulgo viris quinque esse uxores, pluribus senas,
nonnullis septenas et octonas. Puellas supra duodecim ætatis
annum statim amare. Id. 305. Nemo uná contentus fuit, neque*

vió la disolucion hermanada con la religion, y los excesos del libertinage con las austeridades de la supersticion. Año 1534.

Entre tanto los príncipes alemanes veían con la mayor indignacion cómo un oscuro fanático insultaba su dignidad usurpando insolentemente los honores de la soberanía; fuera de que las disolutas costumbres de estos sectarios eran el oprobio del cristianismo y enconaban á los hombres de todas las naciones. Lutero que desde su origen habia desaprobado semejante fanatismo, lloraba ahora sus progresos; escribió sólidamente, aunque con acrimonia contra sus extravagancias, y exortó vivamente á los estados de Alemania á que atajasen el curso de una manía funesta á la sociedad y á la vez fatal á la religion. Hallábase harto ocupado el emperador en otros negocios y planes para poder atender á cosas que pasaban á tanta distancia de su persona. Pero los príncipes del imperio, congregados por el rey de romanos, convinieron en aprontar hombres y dinero para socorrer al obispo de Munster, quien como no tuviese bastante gente para estrechar el sitio, mantenía solo la ciudad en bloqueo. Las tropas levantadas á consecuencia de esta determinacion, se pusieron al mando de un jefe esperto, quien se acercó á Munster á fines de 1535, y estrechó mas vivamente el sitio; pero encontró tan bien fortificada la ciudad y defendida, que no se atrevió á dar el asalto. Hacia ya mas de quince meses que los anabaptistas dominaban en Munster.

Liga contra los anabaptistas: sitio de Munster.

Sitio de Munster.

Año 1535.

cuiquam extra effectas et viris immaturas continenti esse licuit.
Id. 307. *Tacebo hic, ut sit suus honor auribus, quantá barbarie et malitiá usi sint in puellis vitiandis nundum aptis matrimonio, in quod mihi neque ex vano, neque ex vulgi sermonibus haustum est, sed ex ed vetulá, cui cura sic vitiaturum demandata fuit, auditum* 105. Joh. Corvinus, 316.

Año 1535. ter, y durante este intervalo habian aguantado las mas grandes fatigas, ya en los trabajos de la fortificacion, ya en hacer el servicio militar. A pesar del cuidado y atencion de Boccold á fin de procurarse todo lo necesario para la subsistencia de los defensores de la poblacion; á pesar de su economía regular en la distribucion de los alimentos, empezábase á sentir entre los suyos la aproximacion del hambre. Muchas pequeñas partidas de sus hermanos que de los Países-Bajos venian á su socorro, habian sido sorprendidas y derrotadas; veian la Alemania entera dispuesta á reunirse para abrumarlos, y no tenian que esperar ningun auxilio. Pero era tal el ascendiente de Boccold sobre la multitud, y tales sus fuerzas y la ceguedad del fanatismo, que animó siempre á los anabaptistas la mas viva confianza en su causa y en su celo religioso, y con la mayor credulidad daban asenso á las visiones y augurios de sus profetas, quienes no dudaban asegurarles que el Eterno alargaria pronto su brazo para libertar á su pueblo. Hubo sin embargo algunos cuya fe violentamente combatida por el rigor y larga duracion de sus males empezaba ya á vacilar; pero, no bien se sospechó que intentaban rendirse al enemigo, cuando fueron castigados de muerte como reos de impiedad que desconfiaban de la providencia divina. Una de las mugeres del profeta pronunció algunas palabras que indicaban dudas sobre la mision sobrehumana de su esposo; pero el impostor audaz mandó reunir todas sus mugeres, y habiendo mandado arrodillarse á la blasfema, la decapitó por su propia mano. Lejos de dar las demas la menor muestra de horror á vista de semejante barbarie, bailaron con Boccold en rueda con frenética alegría en torno del ensangrentado cadáver de su compañera.

Angustia y fanatismo de los sitiados.

Entre tanto aumentaba el hambre y habia reducido á los sitiados al mas duro aprieto; pero preferian sufrir males horribles, cuya simple idea horroriza, á aceptar las condiciones de la capitulacion ofrecida por el obispo. Al fin, un desertor que habian tomado á su servicio halló medio de evadirse de la ciudad, y bien se hubiese disipado ya en él la embriaguez del fanatismo, ó bien sea que no hubiese podido resistir por mas tiempo á sus padecimientos, se pasó á los sitiadores. Dió á conocer al obispo un costado débil que habia notado en las murallas; aseguró que los sitiados, muertos de hambre y de fatiga, le custodiaban con descuido, y se brindó á conducir un destacamento durante la noche. Fue admitida su proposicion y se le dió un cuerpo de tropas escogidas: todo salió como se esperaba. Las tropas escalaron la muralla sin ser vistas, se apoderaron de una de las puertas, é introdujeron á lo restante del ejército. Si bien que sorprendidos, defendiéronse los anabaptistas en la plaza del mercado con todo el denuedo inspirado por la desesperacion; pero, abrumados por el número y rodeados por todas partes, los mas perecieron y los restantes quedaron prisioneros, entre ellos el profeta y Cuipperdoling. Boccold, cargado de cadenas y conducido de ciudad en ciudad, fue ofrecido como espectáculo á la curiosidad del vulgo, y se vió espuesto á todo linage de ultrages. Esta revolucion de su destino no pareció humillarle ni abatirle, antes con inalterable firmeza permaneció adherido á las máximas de su secta; condujéronle en seguida á Munster, teatro de su grandeza y de sus crímenes, y allí fue ajusticiado despues de largos tormentos que sufrió con heroica energía. Este hombre extraordinario que habia sabido adquirir tan absoluto imperio sobre los corazo-

Año 1535.
Toma de la
ciudad.

24 junio.

24 junio.

Castigo del
rey, y sus par-
tidarios.

Año 1535. nes de sus sectarios, y llevar á cabo una revolucion tan peligrosa para la sociedad, tenia apenas 26 años (1).
 Carácter de la secta, desde aquella época. Acabó el reinado de los anabaptistas con la existencia de su monarca; pero sus principios habian echado profundas raices en Flandes, de manera que subsiste allí todavía esta secta con el nombre de nennonitas. Por estraña mudanza, esta secta tan facciosa y sangui-naria en su cuna, ha degenerado en singularmente pacifica é inocente. Reputa por crimen la guerra y el ejercicio de los empleos civiles; dedicanse sus individuos á todos los deberes de simples ciudadanos, y al parecer quieren en cierto modo reparar industriosa y caritativamente las violencias de sus fundadores. Algunos se domiciliaron en Inglaterra y han conservado las antiguas máximas de la secta relativas al bautismo, pero sin peligrosa mezcla de fanatismo.

Liga de Smalkalde y su poder.

A pesar de que la sublevacion de los anabaptistas hubiese llamado la atencion general, sin embargo no ocupó lo bastante á los príncipes de Alemania para impedir que pensasen en sus intereses políticos. Hacia este tiempo empezó á producir grandes efectos la secreta alianza formada entre el rey de Francia y los coligados de Smalkalde. Ulrico, duque de Wirtemberg, habiendo sido arrojado de sus estados en 1519 por sus propios súbditos sublevados con motivo de las violencias y de la opresion que sobre ellos ejercia, habíase apoderado la casa de Austria de este ducado.

(1) Sleid. 190, etc. *Tumultum anabaptistarum liber unus. Ant. Lamberto Hortensio autore ap. Scardium, vol. II, p. 298, etc. De miserabili monasteriensium obsidione, etc. Libellus Anton. Corvintiap. Scard. 313. Annales anabaptistici à Joh. Henrico Ottio, in-4.º Basileæ, 1672. Cor. Heersbachius, Hist. anab. edit 1637, p. 140.*

Dicho príncipe, despues de haber espiado con largo destierro las faltas, que á la verdad eran mas bien efecto de la inespierencia que de una voluntad tiránica, habia al fin degenerado en objeto de compasion general. Particularmente el landgrave de Hesse, su cercano pariente, abrazó vivamente sus intereses y empleó todos los medios posibles para hacerle restituir la herencia de sus padres; pero negóse constantemente el rey de romanos á desprenderse de una rica provincia cuya adquisicion habia costado tan poco á su familia. Harto débil el landgrave para poder recobrar la ciudad de Wirtemberg, acudió á su nuevo aliado el monarca francés. Como este no buscaba mas que una coyuntura para mover estorbos á la casa de Austria, y deseaba ardentemente quitarla territorio del que le daba influencia en una parte de la Alemania muy distante de sus estados, y le ponía en estado de dominarla, animó al landgrave á que se armase, y secretamente le hizo donativo de una suma considerable. Levanta tropas el landgrave, marcha apresuradamente hácia Wirtemberg, y acomete, derrota y dispersa un respetable cuerpo de tropas austriacas que guardaban el pais. Todos los súbditos del duque recibieron con júbilo á su príncipe legítimo, y le restituyeron con entusiasmo el poder soberano de que han gozado despues sus descendientes: estableció al propio tiempo en sus estados el ejercicio de la religion protestante (1).

Por sensible que fuese á Fernando tan imprevisto golpe, con todo, no se atrevió á acometer á un príncipe á quien estaba dispuesto á defender todo el partido protestante, y reputó mas prudente concluir un

(1) Sleid, 172. Du Bellay, 159, etc.

Año 1535. tratado en virtud del cual reconociese solemnemente los derechos de Ulrico al ducado de Wirtemberg. Convencido en vista de las felices operaciones del lándgrave en favor del duque de Wirtemberg, de que era forzoso evitar cuidadosamente todo rompimiento con una alianza tan respetable como la de Smalkalde, entró asimismo en negociacion con el elector de Sajonia su gefe; y merced á algunas concesiones en favor del protestantismo, consiguió que el elector y los coligados le reconociesen por rey de romanos. Empero, para prevenir en adelante una tan precipitada é irregular eleccion, convínose en que nadie seria ensalzado á semejante dignidad sino únicamente por unánime consentimiento de los electores, cosa que confirmó poco despues el mismo emperador (1).

Pablo III señala Mantua por punto de reunion de un concilio general.

Esta indulgencia con los protestantes y la union que el rey de romanos empezaba á formar con los príncipes de este partido, fueron cosas que escitaron el desagrado de la corte de Roma. No habia Pablo III adoptado la idea de su predecesor relativa á no consentir jamas en la convocacion de un concilio general; aun en el primer consistorio inmediato á su eleccion habia prometido congregar esta asamblea deseada de toda la cristiandad; pero estaba no menos irritado que Clemente por las innovaciones de Alemania, ni mas dispuesto á aprobar ningun plan para la reforma eclesiástica. Únicamente como habia sido testigo de la crítica general de que habia sido blanco Clemente por su obstinacion en eludir la reunion de un concilio, esperaba librarse de la misma nota proponiéndolo por sí con instancia, íntimamente convencido de que se origina-

(1) Steid, 73 Corps diplomat, tom IV, p 2, 119.

rian dificultades respecto al tiempo y lugar de su convocacion; en punto á las personas que tendrían derecho de asistir á él, y tocante á la forma con que en él debía procederse para frustrar la intencion de los que le solicitaban, sin arriesgarse á caer en la nota que no dejarían de ponerle si se negaba á consentir en el clamor general. Con esta confianza, envió nuncios á varias cortes para notificar sus intenciones y para notificarlas que había elegido la ciudad de Mantua como punto mas propio para la celebracion del concilio. No faltaron á ser promovidas las dificultades que el papa había previsto. El rey de Francia desaprobó la eleccion del papa á título de que él y Carlos tendrían demasiada autoridad en una poblacion situada en tal punto de Italia. Apoyó el rey de Inglaterra á Francisco y opuso la misma objecion, declarando además que no reconoceria concilio alguno que se citase en nombre y por poder pontificio. Los protestantes de Alemania reunidos en Smalkalde insistieron en su primera demanda, pidiendo que el concilio se celebrase en Alemania: para ello se fundaban en la promesa del emperador y en la resolucion tomada en la dieta de Ratisbona, y declararon que no reputarian concilio legal á la asamblea de Mantua, ni como verdadera representacion de la iglesia por falta de plena libertad. Semejante diversidad de pareceres y de intereses, abrió tan vasto campo á las intrigas y negociaciones, que fue fácil al papa hacerse un mérito de su fingida actividad en la convocacion de este concilio, cosa que en realidad anhelaba retardar. Por otra parte, sospechando los protestantes sus designios, y conociendo la fuerza que les daba su liga de Smalkalde, la renovaron por diez años é hicieronla además mas formidable y poderosa por

Año 1535.

12 diciembre.

Año 1535. medio de la reunion de muchos nuevos miembros (1).

Espedicion
del emperador
á Africa: esta-
do de este pais.

Por este tiempo fue cuando el emperador emprendió su famosa espedicion contra los piratas argelinos. Conócese hoy dia con el nombre de Berbería, la parte del continente de Africa cuyas costas bañan el Mediterráneo, y que antiguamente formó la república de Cartago y los reinos de Mauritania y de Massilia. Habia este pais sufrido muchas revoluciones; fue sojuzgado por los romanos y formó una provincia de su imperio: posteriormente le habian conquistado los vándalos fundando en él un reino. Fue destruido este por Belisario, y hasta fines del siglo VII toda esta region quedó bajo el dominio de los emperadores griegos: invadiéronla entonces los árabes, cuyas armas no encontraban en ningun punto resistencia, y por algun tiempo formó parte del vasto imperio gobernado por los califas. La mucha distancia del centro del imperio animó en adelante á los descendientes de los guerreros, que sojuzgaron antiguamente el pais, ó á los gefes moros sus antiguos moradores, á que se descartasen del yugo y se constituyesen independientes. Los califas, cuya autoridad no se fundaba mas que en un respeto de fanatismo, mas propio para favorecer las conquistas que para procurar su conservacion, se vieron

(1) Esta liga se concluyó en diciembre de 1535, pero no se firmó formalmente hasta setiembre del año siguiente. Los príncipes que acudieron á ella fueron: Juan, elector de Sajonia; Ernesto, duque de Brunswick; Felipe, landgrave de Hesse; Ulrico, duque de Wirtemberg; Barnim y Felipe, duques de Pomerania; Juan, Jorge y Joaquín, príncipes de Anhalt; Gerardo y Alberto, condes de Mansfeld; y Guillermo, conde de Nassau. Las ciudades eran Estrasburgo, Nuremberg, Constancia, Ulm, Magdeburgo, Brema, Reutligue, Hailbron, Memningen, Lindau, Campen, Isne, Bibrac, Vindsheim, Ausburgo, Francfort, Esling, Brunswick, Goolar, Hanover, Gotingue, Eimbeck, Hambourg y Minden.

Año 1535.

obligados á cerrar los ojos á estas sublevaciones, por no hallarse en estado de poder reprimirlas. Dividióse la Berbería en muchos reinos, de los cuales los mas respetables fueron Marruecos, Argel y Túnez. Los habitantes de estos reinos eran una mezcla de familias árabes, de castas negras de las provincias meridionales y de moros nacidos en Africa ó arrojados de la península ibérica, todos celosos mahometanos, y animados de un ódio supersticioso contra los cristianos, conforme era de esperar de su ignorancia y de sus bárbaras costumbres.

Frecuentes fueron las sediciones, y experimentó el gobierno una larga serie de revoluciones entre ese pueblo, no menos osado, inconstante y pérfido, que lo eran, si hemos de dar crédito á los historiadores romanos, los antiguos naturales del país: pero tales sucesos, acaecidos en bárbaras comarcas, son poco conocidos y no merecen serlo mucho. No obstante, á principios del siglo XVI aconteció una mudanza que hizo de los estados berberiscos una potencia temible á los europeos, y dió celebridad á su historia. Los autores de esta revolución eran hombres que por su cuna no parecían destinados á representar un gran papel. Morue y Chairadin, hijos ambos de un ollero de la isla de Lesbos, llevados del impulso de un inquieto y animoso carácter, abandonaron la profesion paterna, corrieron el mar y se reunieron con una banda de piratas. Pronto se distinguieron por su valor y actividad; apoderáronse de un bergantín y continuaron en su infame oficio con tanta destreza y buena suerte que lograron reunir una armada compuesta de doce galeras y de otros muchos buques de menor porte.

Fórmanse
los estados berberiscos.

Empresa de
los Barbarojas.

Morue, que era el primogénito, y á quien se dió

Año 1535.

el nombre de Barbaroja, por el color de su barba, fue comandante de esta escuadra, y tuvo á Chairadin por segundo, si bien que con la misma autoridad. Apellidáronse amigos del mar, y enemigos de cuantos por él navegaban. Al cabo de poco tiempo se había estendido el terror de sus nombres desde los Dardanelos hasta Gibraltar. Estendiéronse sus ambiciosos proyectos á medida que subia de punto su poder y reputacion, y horraron la infamia de sus piraterías con los talentos y las ideas propias de grandes conquistadores. Conducian frecuentemente á los puertos berberiscos las presas hechas en las costas de Italia y de España; y como enriquecian á los habitantes de su pais con la venta del botin y la singular profusion de sus marineros, eran bien recibidos en todos los puntos adonde arribaban. La ventajosa posicion de esos puertos, no muy distantes de los grandes estados de la cristiandad que ejercian el comercio, inspiró á entrambos hermanos la idea de fundar un establecimiento en esas regiones. Presentóseles muy luego ocasion para ello, y no la dejaron escapar. Eutemi, rey de Argel, quien infructuosamente habia muchas veces probado á apoderarse de un fuerte edificado cerca de su capital por los gobernadores españoles de Oran, fue incauto hasta el punto de implorar el patrocinio de Barbaroja, reputado invencible entre los africanos. Gozoso recibió el activo corsario este llamamiento, y dando á su hermano Chairadin el mando de su armada, marchó á Argel á la cabeza de cinco mil hombres, y fue recibido como un libertador. Un cuerpo de tropas tan respetable le valió la posesion de la ciudad, pues habiendo observado que los moros no sospechaban en él ningun segundo intento, y que ademas las tropas ligeras de

Año 1516.

los argelinos no podian resistir á sus aguerridos veteranos, asesinó secretamente al monarca mismo que habia invocado su auxilio, y en lugar suyo se hizo proclamar rey de Argel.

Año 1536.

Usurpado una vez el poder por medio de este asesinato tan audaz, procuró conservarle guardando una conducta arreglada á las costumbres del pueblo que tenia que gobernar. Sobre manera liberal con cuantos se declaraban partidarios de su usurpacion, mostrábase cruel hasta el exceso con cuantos le infundian recelos. No contento con el trono que habia usurpado, acometió Horuc á su vecino el rey de Tremecen, vencióle en una batalla y agregó sus dominios á los de Argel: al propio tiempo continuaba infestando las costas de España y de Italia con escuadras parecidas mas que á buques de un corsario á armamentos de un poderoso príncipe. Sus depredaciones determinaron á Carlos desde el principio de su reinado á enviar suficiente número de tropas al gobernador de Oran, marques de Gomares, para que acometiese á Horuc. Apoyado aquel gefe por el rey destronado de Tremecen, llevó á cabo su mision con tal destreza y energía, que fueron derrotadas en varios encuentros las tropas de Barbaroja, y al cabo se encerró á este en Tremecen. Defendióse allí hasta el último trance; por fin intentó escaparse, pero fue sorprendido infraganti, y sucumbió peleando con un valor y una obstinacion digna de su fama y de sus empresas.

Horuc se apodera de la ciudad.

Chairadin, mas conocido aun con el nombre de Barbaroja, ocupó el trono de Argel teniendo la misma ambicion y los mismos talentos que su hermano mayor, pero fue mas dichoso que este; y su gobierno, tranquilo de la guerra con los españoles, á quienes harto que

Progresos de Chairadin.

Año 1535. hacer daban las de **Europa**, ocupóse en arreglar con prudencia y sabiduría admirables, la policía interior del reino, y aun continuando con valor sus expediciones marítimas, dilató sus conquistas en el continente de **Africa**.

Pone sus dominios bajo la protección del Gran Señor.

1535.

Su proyecto de conquistar á Túnez.

Conoció sin embargo que los moros y árabes, solo con la mayor repugnancia se le sometían; y temiendo que sus continuas piraterías atrajeran un día contra él las armas de los cristianos, determinó poner sus estados bajo la protección del **Gran Señor**, quien le dió un cuerpo de soldados turcos harto respetable para defenderle de las insurrecciones de los enemigos interiores y de los ataques de los exteriores. Al fin, yendo cada día en aumento la fama de sus hazañas, ofrecióle **Soliman** el mando de la escuadra turca, como al único mortal que por su valor y táctica marítima merecía oponerse á **Andrés Doria**, el mayor marino del siglo. Envejecido **Barbaroja** con esta distincion, va á **Constantinopla**, donde con su carácter flexible supo con tanto acierto reunir la astucia del cortesano con la autoridad de corsario, que se atrajo la entera confianza del sultan y de su visir. Instruyóles de un plan que habia formado para apoderarse de **Túnez**, que en aquel entonces era el mas floreciente reino de la costa de **Africa**. Aprobaron su proyecto el sultan y el visir, y le concedieron todo cuanto pidió para poderlo poner en ejecucion. Tenian puestas sus esperanzas para el feliz logro de esta empresa en las divisiones intestinas que destrozaban el reino de **Túnez**. **Mahmed**, el último monarca de este reino, habia sido padre de treinta y cuatro hijos con diferentes y muchas mugeres, de entre los que eligió para sucederle al mas jóven de todos, llamado **Muley Assan**. Este principe débil ningun mérito tenia que le pudie-

se valer tal predileccion, sino el ascendiente que se habia grangeado su madre sobre el debilitado espíritu del viejo monarca. A fin pues de prevenir el que su anciano padre pudiese mudar de resolucion, comenzó por envenenarle; é insiguendo aquella bárbara política que se tiene en todos los paises donde se permite la poligamia, sin que empero esté bien señalado el orden de sucesion, quitó tambien la vida á cuantos de sus hermanos cayeron en sus manos. Uno de los mayores, Alraschid, tuvo la fortuna de escapar de su rabia y encontró un refugio entre los árabes errantes; y esté ayudado de algunos de sus gefes hizo varias tentativas para recobrar el trono que de derecho le tocaba, pero todas le salieron frustradas, y cuando los árabes insiguendo su natural veleidad estaban dispuestos á entregarle á su implacable hermano, se fugó á Argel, único asilo que le quedaba. Imploró la proteccion de Barbaroja, quien viendo fácilmente todas las ventajas que á sí mismo le resultarian de sostener los derechos de aquel desgraciado príncipe le recibió dándole toda especie de muestras de amistad y de respeto.

Hallándose pues Barbaroja en visperas de partir para Constantinopla en aquel entonces, fácilmente persuadió á Alraschid que le acompañase prometiéndole los mas eficaces socorros de parte de Soliman á quien le pintó como el mas generoso y potente monarca del Universo. Seducido Alraschid por el brillo de una corona, estaba dispuesto á creerlo y emprenderlo todo para obtenerla. Empero apenas llegados á Constantinopla, el pérfido corsario imbuyó al sultan la idea de la conquista de Túnez, y de incorporar aquel reino á su imperio aprovechándose del nombre del príncipe desheredado y del partido que estaba pronto á declararse

Año 1535. á su favor. Prestóse fácilmente Soliman á esta perfidia, muy propia sí del carácter de su autor, indigna empero de un gran soberano. Juntó el sultan en breve un ejército numeroso y equipó una respetable escuadra; el harto crédulo Alraschid al ver estos inmensos preparativos creíase ya en vísperas de entrar triunfante en su nueva capital. Pero al momento de irse á embarcar le detuvieron arrestado por orden del sultan y custodiado en el serrallo; desde aquel dia no se ha oido hablar mas de él. La escuadra de Barbaroja, fuerte de 250 bajeles dió la vela hácia el Africa, y despues de haber devastado las costas de Italia y anonadado las playas de esta region, apareció delante de Túnez. Al momento de desembarcar sus tropas declaró que venia para sostener los derechos de Alraschid, á quien decia haber dejado enfermo á bordo de la galera almiranta. Apoderóse luego del fuerte de la Goleta que domina la bahía, lo que logró en parte por su astucia y en parte por la traicion del comandante. Disgustados los tunecinos por el gobierno de Muley Assan se armaron y declararon por Alraschid con un entusiasmo tan vivo y universal, que su hermano se vió precisado á huir apresuradamente sin tener ni tiempo para llevarse consigo sus tesoros. Abriéronse al momento á Barbaroja las puertas como al restaurador de su soberano legitimo; empero cuando vieron que el tal Alraschid no parecia en la ciudad, y que el nombre de Soliman era el único que resonaba entre las aclamaciones de los soldados turcos, empezaron los tunecinos á sospechar la traicion del corsario, y pronto cambiados en certidumbre sus recelos, acudieron furiosos á las armas y rodearon la ciudadela, adonde habia conducido Barbaroja sus tropas; empero este consumado corsario habia

Su feliz éxito.

ya previsto la revolucion y habia tomado sus medidas : Año 1535.
mandó inmediatamente asestar contra ellos los cañones de los terraplenes, y dispersó con un vivo cañoneo, junto con numerosas descargas de mosqueteería á los asal-tantes, que si bien eran en gran número, no tenian em-pero caudillo alguno, y desordenados, pronto les precisó á reconocer á Soliman por su soberano y á él por su virey.

Ocupóse en primer lugar con sumo cuidado de poner en estado de defensa el reino que acababa de conquistar. Mandó construir, gastando en ello inmensas sumas, una regular fortificacion en el fuerte de la Goleta, el que se convirtió en el principal abrigo de su escuadra y en su grande arsenal de mar y guerra. Dueño ya de tan estenso pais continuó ejerciendo sus latrocinios contra los estados cristianos, y se vió dispuesto á llevar aun mas lejos y con mayor impunidad sus robos y violencias. El emperador recibia todos los dias de sus vasallos españoles é italianos quejas relativas á los robos que continuamente cometian contra ellos los buques de este pirata. Toda la cristiandad tenia puestos en él los ojos, y en realidad tocaba al mas potente y dichoso monarca que gobernaba entonces, poner fin á esta especie de opresion tan odiosa y tan nueva. Por otra parte Muley Assan, que arrojado de Túnez no encontraba á ninguno de los príncipes mahometanos de Africa con voluntad ó poder de ayudarle á recobrar su reino, acudió tambien á Carlos como al único monarca que podia defender sus derechos contra un usurpador tan pujante. El emperador deseaba tambien por otra parte libertar sus dominios de un vecino tan peligroso como Barbaroja y declararse el protector de un infeliz príncipe, y al mismo tiempo queria recoger la gloria que se vinculaba entonces cualquiera expedicion

Formidable poder de Barbaroja.

El rey des-tronado de Túnez implora el socorro del emperador. 21 abril de 1533.

Año 1535. **contra mahometanos. Concluyó pues al punto un tratado con Muley Assan y se preparó á probar un desembarco en Túnez. Después del ensayo que de sus talentos militares habia hecho en la última campaña de Hungría, le habia dado tanta codicia de adquirir fama militar que resolvió mandar sus tropas en persona.**

Hace preparativos para esta expedición.

Reunió todas las fuerzas de sus estados para una aventurada empresa en la que iba á arriesgar su gloria, y en la que tenia fija su atención la Europa. Una escuadra flamenca llegó de los Países-Bajos con un cuerpo de infantería alemana (1). Las galeras de Nápoles y Sicilia llevaron á bordo los batallones españoles é italianos compuestos de soldados aguerridos y señalados con muchas victorias alcanzadas contra los franceses. Embarcóse en el puerto de Barcelona el emperador con lo mas distinguido de la nobleza española, á la que se reunió una respetable division llegada de Portugal al mando del infante D. Luis, hermano de Carlos. Andres Doria se hizo á la vela con sus galeras, que eran las mas bien equipadas de los navíos de toda Europa y mandadas por los mas hábiles oficiales; suministró igualmente el papa cuantos auxilios dependieron de él para conseguir el logro de esta santa intencion. La órden de Malta, eterna y encarnizada enemiga de los infieles, equipó igualmente una escuadra, que si bien era poco numerosa era sin embargo temible por el valor de los caballeros que conducia. El puerto de Cagliari en Cerdeña fue el punto de reunion general. Doria fue nombrado almirante de la escuadra, y al marques de Guasto se le dió el mando en jefe del ejército de tierra.

Desembarca en Africa.

Componíase esta escuadra de cerca 300 navios y

(1) Arzel, *Anales Brabant.* I, 599.

trayendo á su bordo mas de treinta mil hombres de tropas regulares se hizo á la vela de Cagliari el dia 16 de julio, y despues de una feliz navegacion ancló á la vista de Túnez. Barbaroja que ya de antemano estaba informado del inmenso armamento que hacia el emperador, y que con facilidad habia descubierto su objeto, habia tomado sus precauciones con tanta prudencia como valor en defender con firmeza su nueva conquista. Mandó venir á sus corsarios de los lugares donde cruzaban, transportó allí todas las tropas de Argel que pudo sacar sin dejar desguarnecida la plaza; envió mensajeros á todos los reyes africanos, moros y árabes, pintándoles á Muley Assan como un infame apóstata que instigado únicamente por la ambicion y espíritu de venganza, habia prestado vasallage á un príncipe cristiano y á quien se aliaba para destruir la religion mahometana; y de esta suerte supo de tal modo enardecer el celo de estos príncipes ignorantes y supersticiosos, que empuñaron todos las armas como si se tratara de una causa comun. Reuniéronse en Túnez veinte mil caballos con un numeroso ejército de infantería, y Barbaroja repartiéndoles á tiempo regalos, estimulaba su ardor y les impedia entibiarse; empero conocia demasiado bien al enemigo con quien tenia que lidiar para esperar que sus tropas ligeras pudieran resistir á la caballería pesada y á la infantería aguerrida del ejército del emperador; por lo que su principal confianza la tenia puesta en el fuerte de la Goleta, y en su cuerpo de soldados turcos, armados y disciplinados á la europea. Colocó en el fuerte seiscientos de estos turcos mandados por Sinan, judío renegado, y el mas valiente y experimentado de sus piratas. Atacó el emperador al momento el fuerte, y como era el dueño del mar, abun-

AÑO 1535. daba su campo no solo en los comestibles necesarios si que tambien en todas las comodidades de la vida, y con tanta profusion que Muley Assan, poco acostumbrado de ver pelear con tanto orden y lujo, admiraba sin cesar el poder del emperador. Enardecidas las tropas de Carlos con la presencia de este, y haciendo un honor de derramar su sangre por una causa tan santa, se disputaban á porfia todos los puestos donde podia haber honor y peligro. Ordenó tres diversos ataques, los que encargó por separado á los españoles, á los alemanes y á los italianos, que los ejecutaron con toda la energía y valor que inspira la emulacion nacional. Sinan, por su parte, dió muestras de una energía y habilidad, que justificaron la confianza con que le habia honrado Barbaroja: con constante ánimo suportó la guarnicion la fatiga de un servicio penoso y continuo; empero á pesar de las continuas salidas con que interrumpian los trabajos de los sitiadores, á pesar de los improvisados ataques y alarmas que los moros y árabes daban al campo del emperador con sus continuas incursiones, llegaron á hacerse de tanta consideracion las brechas por la parte de tierra, mientras que con el mismo resultado se batian las fortificaciones construidas por la parte de mar, que la plaza fue ganada por medio de un asalto general, y Sinan despues de la mas obstinada defensa se retiró con el resto de su guarnicion á la ciudad, traspasando la bahía por donde habia menos agua. Luego de tomado el fuerte de la Goleta quedó el emperador dueño de la escuadra de Barbaroja, que se componia de diez y ocho galeras y galcotes, é igualmente de su arsenal con trescientos cañones, los mas de ellos de bronce, que estaban colocados sobre los terraplenes. Este número de cañones era pro-

digioso en aquel tiempo, y da igualmente una prueba de cuán importante era aquel fuerte y cuán grande el poder de Barbaroja. Al entrar el emperador en la Goleta volvióse á Muley Assan y le dijo: *Ved ahí una puerta abierta por la que entraréis otra vez en vuestros dominios.*

Barbaroja comprendió toda la estension de la pérdida que acababa de tener, empero lejos de amedrentarse por esto, no se determinó á defender con menos cuidado á la capital. El circuito de Túnez era demasiado vasto y sus murallas estaban bastante mal paradas para poder oponer una ventajosa defensa; además tampoco podia contar con la adhesion de los habitantes, ni menos esperar que los moros y árabes resistiesen los trabajos y fatigas anexas á un sitio; así es que tomó la osada determinacion (1) de adelantarse al encuentro del ejército enemigo al frente del suyo fuerte de cincuenta mil hombres, y confiar la suerte de su reinado al éxito de una batalla. Dió parte de sus descos á sus principales oficiales; advirtióles del peligro que habia en dejar en la ciudadela á unos diez mil esclavos cristianos que estaban en ella presos, puesto que podrían fácilmente rebelarse estando ausentes sus tropas, por cuyo motivo les propuso como á una medida de comun seguridad, degollar sin compasion á todos estos esclavos antes de emprender la marcha. Con suma satisfaccion recibieron sus oficiales el designio de arriesgar una batalla; empero por mas que sus piraterías les hubiesen familiarizado con toda especie de barbaridades, esta atroz propuesta de asesinar de una vez y á sangre fria á diez mil hombres, les horrorizó, y Barba-

(1) Ruscelli, *Lettere de' princ.* 119.

Año 1535. roja mas por miedo de agriarse con ellos que por ninguna especie de sentimiento de humanidad, consintió en dejar la vida á los esclavos.

Destruccion
del ejército de
Barbaroja.

Mientras esto se pasaba empezó el emperador á adelantarse hácia Túnez, y si bien padecian sus soldados increíbles fatigas, teniendo que marchar por los encendidos arenales que necesariamente tenian de pasar sin poder encontrar una gota de agua, y bajo los rayos de un sol abrasador, llegaron pronto á vista del enemigo. Animosos los moros y árabes con su superioridad numérica, atacaron á los soldados del emperador al momento que llegaron á avistarse, y se arrojaron sobre ellos con descompasados gritos; empero su arrojo sin disciplina no pudo resistir un momento al sostenido choque de las tropas regladas, y á pesar de la presencia de espíritu y valor de Barbaroja, y de cuantos esfuerzos hizo para replegarlos, á pesar de que él mismo les daba el ejemplo de esponerse á los mayores riesgos, fue tan completa la derrota que hasta á él mismo arastraron los soldados con su fuga hácia la ciudad, á la cual halló en la mayor confusion: parte de sus moradores huian de ella con sus familias y haciendas, otros se preparaban para abrir las puertas al vencedor, disponianse igualmente los soldados turcos á retirarse, y los esclavos cristianos se habian ya apoderado de la ciudadela, que era lo único que le hubiera podido servir de refugio en esta desgracia. Los desgraciados cautivos, animados por la desesperacion, habianse aprovechado de la ausencia de Barbaroja, como ya lo habia él presumido: asi que supieron que se habia ya alejado el ejército de la ciudad, ganaron á dos de sus guardias, rompieron sus cadenas, y forzando sus prisiones, arrollaron á la guarnicion turca y dirigieron la artille-

ría contra sus verdugos. Furioso y desesperado Barbaroja se fugó hácia Bona, reprendiendo á sus oficiales su mal entendida compasion, y asimismo la debilidad en que habia caido de ceder á su dictámen.

Año 1535.

Interin Carlos, satisfecho de una victoria tan fácil y que tan poca sangre le habia costado, se adelantaba hácia Túnez con toda la lentitud y precauciones que se requieren en un pais enemigo. No sabia aun toda su dicha. Un parte dirigido por los esclavos libertados llegó á notificarle el feliz éxito de sus nobles esfuerzos y la noticia de su libertad; vió llegar al mismo tiempo comisionados de la ciudad á presentarle sus llaves é implorar su proteccion para guarecerlos de los insultos de los soldados. Mientras que meditaba los medios de detener el desórden y pillage, sus tropas que temian se les frustrase el botín que habian esperado, echáronse repentinamente y sin órden alguna sobre la ciudad, y comenzaron á matar y robar sin ninguna consideracion. Era ya entonces tarde para pensar en reprimir su crueldad, rapacidad y libertinage. Túnez fue el cebo de todas las barbaridades que el soldado es capaz de cometer en una ciudad tomada por asalto, y de cuantos escesos pueden arrastrar las pasiones cuando estan ultrajadas por el desprecio y ódio que inspira la diferencia de costumbres y religion. Mas de treinta mil inocentes habitantes fueron pasados á degüello en este dia fatal, y mas de diez mil quedaron esclavos. Muley Assan ascendió de nuevo á su trono por entre torrentes de sangre y carnicería, con la maldicion de sus vasallos sobre quienes habia derramado tantas desgracias, y hasta fue un objeto de compasion para los mismos cuyo furor era causa de todos sus males. El emperador sintió el fatal aca-

Ríndese Túnez.

Año 1535. so que había empañado el lustre de su victoria. A pesar de esto, en medio de esta horrorosa escena, un espectáculo interesante le hizo probar una grata y consoladora sensación; diez mil esclavos cristianos, entre los que había muchas personas de alto linaje, salieron á su encuentro al entrar en la ciudad, y postrándose á sus plantas le agradecieron y bendijeron como á su libertador.

Repone á
Muley Assan
en su trono.

Cuando cumplió Carlos la promesa de recobrar y restablecer al rey moro en sus dominios, no olvidó tomar todas las precauciones para contener el poder de los piratas africanos y para asegurar la tranquilidad de sus súbditos y los intereses de la corona de España; concluyó pues un tratado con Muley Assan, cuyas condiciones eran las siguientes: el rey moro obtendrá el reino de Túnez como á feudo de la corona de España y prestará vasallage al emperador como á su señor propietario; que todos los esclavos cristianos, de cualquier nacion que fuesen y que estaban en aquel entonces en su reino, serian al momento puestos en libertad, sin mediar rescate alguno; que los vasallos del emperador gozarian en su reino de libertad en su comercio como tambien en profesar públicamente la religion cristiana; que ademas del fuerte de la Goleta, del que quedaba dueño el emperador, se le cederian todos los puertos fortificados del reino; que Muley Assan pagaria doce mil escudos al año para mantener á la guarnicion española que custodiaria el fuerte de la Goleta: que Muley Assan no se aliaria nunca jamas con los enemigos del emperador, y que ademas en muestra de su homenaje le regalaria todos los años seis caballos moriscos é igual número de halcones (1).

(1) D'umont, *Corps Diplom.* II, 128. Summonte, *Hist. di Napoli.* IV, 89.

Arreglados de esta suerte los negocios de Africa, y castigada la osadía de los piratas, asegurado á sus vasallos un retiro y á sus escuadras una rada propicia en las mismas costas de donde tantos corsarios habian salido para devastar sus dominios, reembarcóse Carlos para Europa: era tempestuosa la estacion, y las enfermedades del ejército le impidieron perseguir á Barbaroja (1).

Año 1535.
17 agosto.

Esta expedicion, cuyo mérito compararon los contemporáneos con la aparente generosidad de la empresa por la magnificencia con que se llevó á cabo, por la victoria que la coronó, mas bien que por sus interesantes consecuencias que llevó consigo, elevó al emperador á lo sumo de la gloria é hizo de esta época la mas famosa de su reinado. Los veinte mil esclavos que ya con las armas, ya con su tratado con Muley Assan (2) arrebató de la esclavitud y á quienes socorrió con dinero y ropas para ponerles en estado de regresar á sus hogares, hicieron retumbar en toda la Europa alabanzas de la generosidad de su libertador y ensalzaron su poder y talentos con la exageracion que es tan natural al agradecimiento y admiracion. La gloria de Carlos ofuscó la de los demas monarcas de Europa. Y mientras que estos príncipes solo pensaban en sí mismos y en sus intereses particulares, patentizó Carlos ser digno de ocupar el puesto de principal soberano de la cristiandad, puesto que al parecer solo tenia su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano y en asegurar la felicidad y sosiego de toda la Europa.

Gloria que
adquirió el
emperador.

(1) Joh. Etropii. *Diarium expedition Tunetanae*, ap. Scard V II, p. 320, etc. Jovii *Hist. l. XXXIV*, 153, etc. Sandov. II, 154, etc. Vertot. *Hist. de Malte. Epitres des princes par Ruscelli*, p. 119, 120, etc. *Ant. Pontii Consentini, Histor. belli adv. Barbar.*

(2) Summonte, *Hist. di Nap. vol IV*, p. 103.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO SEXTO.

DESGRACIADAMENTE, la conducta que entonces observó **Francisco I**, para su reputacion pareció á los contemporáneos formar una evidente contraposicion con la de su rival. Achacábanle el haber aprovechado la ocasion en que el emperador habia llevado sus fuerzas contra un enemigo comun para hacer renacer sus pretensiones tocantes á la **Italia** y volver á encender en **Europa** una nueva guerra fratricida. Hemos ya dicho que el tratado firmado en **Cambray** no habia sufocado las chispas de ódio que animaban á los dos principes uno contra otro, y que habia encubierto, pero no apagado, los fuegos de la discordia. **Particularmente Francisco**, que descaba un momento favorable para recobrar su reputacion y dominios que habia perdido, continuaba tratando con las cortes estrangeras. En quanto de era posible procuraba irritar mas el ódio y envidia que en la mayor parte de los reyes habia encen-

Año 1535.
Causas de
una nueva
guerra entre el
emperador y
Francisco.

Año 1535.

dido el poder y designios del emperador, y para comunicar á los demas las sospechas y temeres de que él estaba poseido. Dirigióse mas que á ningun otro á Francisco Sforzia, quien bien es verdad que era deudor á Carlos de la posesion del ducado de Milan, empero lo posesia con unas condiciones tan duras que le hacian no solo vasallo, si que tambien tributario y personal dependiente del imperio. El honor de haber adquirido en matrimonio una sobrina del mas grande soberano de Europa no podia hacer que olvidase la vergonzosa esclavitud á la que se hallaba sometido; y semejante estado le pareció tan insufrible, que por mas flaco y tímido que fuese escuchó con avidéz las primeras insinuaciones que le hiciera Francisco para libertarle de tal yugo. Merveille, un caballero milanés que habitaba en Paris, le llevó la declaracion, y poco tiempo despues, para apresurar mas los tratados, fue enviado á Milan por el motivo de hacer una visita á sus parientes, empero con credenciales secretas que le daban el título de embajador de Francisco. Bajo este título le recibió Sforzia; sin embargo á pesar de todo el cuidado que se puso en guardar este secreto, adivinólo Carlos, ya fuese por sospechas, ya por confidencias positivas. Reprendió pues y amenazó con tanta severidad al duque, que sus ministros y hasta él mismo, asustados igualmente, dieron á la Europa la mas afrentosa prueba para ellos del bajo temor de ofender al emperador. Lograron que Merveille se metiese en una disputa con un empleado y criado del duque, y el embajador, que le faltaba la prudencia y moderacion que exigiera el cargo que se le habia confiado, mató á su contrario. Prendiósele al momento, se le siguió causa y se le condenó á ser decapitado; y en el mes de di-

ciembre de 1533 fue ejecutada la sentencia. Francisco, aturdido de que de tal suerte se hubiese violado el mas sagrado carácter aun entre las mas bárbaras naciones, é indignado por el ultraje que la dignidad de su corona habia recibido, amenazó á Sforzia con los efectos de su indignacion, y se quejó al emperador á quien creia ser el verdadero autor de este agravio inaudito. Empero no habiendo podido alcanzar satisfaccion del uno ni del otro, apeló á todos los príncipes de Europa y juzgó entonces que tenia derecho de vengarse de un ultraje que no podia dejar sin castigo, so pena de envilecer su preeminencia y degradar su dignidad.

Favorecido de este motivo para empezar una guerra que tenia ya resuelta, aumentó sus esfuerzos para animar á los demas reyes á tomar parte en su querrela, empero imprevistos sucesos frustraron todas sus disposiciones. Despues de haber sacrificado el lustre de su familia, emparentando á su propio hijo con Catalina de Médicis, á fin de atraerse la voluntad de Clemente, la muerte de este pontífice le privó de los beneficios que podia esperar de esta alianza. Pablo III, que sucedió á Clemente, si bien estaba inclinado á servir los intereses del emperador, pareció estar determinado á conservar la neutralidad que era propia del título de padre comun de los príncipes discordes. El rey de Inglaterra, ocupado en planes y cuidados domésticos, se evadió esta vez de tomar parte en los asuntos del continente, y se negó á socorrer á Francisco, á no ser que se determinara á seguir su ejemplo y desprenderse del yugo del poder de los papas.

Estas inesperadas negativas precisaron á Francisco á solicitar con mas ahinco al auxilio de los príncipes protestantes de la liga de Smalkalde. Para alcanzar me-

Francisco no encuentra aliados.

Sus tratados con los protestantes de Alemania.

Año 1535. jor su confianza procuró halagar el celo que demostraban por sus nuevas doctrinas, y que era su pasión dominante. Manifestó una singular moderación acerca de todos los principios contestados. Dió poderes á Du Bellay, su encargado en Alemania, de demostrar su modo de pensar relativo á los mas interesantes artículos, de suerte que no habia mucha diferencia de ellos á los que empleaban los protestantes (1): hasta llegó su condescendencia á convidar á Melancthon, cuyas pacíficas costumbres y apacible genio, le hacian reparable entre los reformadores, á que fuera á Paris á fin de querer convenir con él las disposiciones mas aptas para avenir las contrarias sectas que tan fatalmente desunian á la iglesia (2). Todos estos cumplidos eran mas propiamente las políticas mañas de este príncipe que verdadero efecto de su conviccion; porque cualquiera impresion que las recientes doctrinas hubiesen causado en el pecho de la reina de Navarra, y de la duquesa de Ferrara, hermanas suyas, la alegría y amor al deleite no le daban tiempo de meterse en profundizar cuestiones teológicas.

Los irrita. Pronto perdió el fruto que esperaba coger de estos poco honrosos ardides, con una accion que desdecia mucho de sus anteriores declaraciones á los príncipes alemanes. A pesar de esto es necesario recordar que le precisaron á dar tal paso las preocupaciones de su siglo, y á causa de las supersticiosas ideas de sus mismos súbditos. Su íntima amistad con el rey de Inglaterra, herege escomulgado; sus frecuentes tratados con los príncipes protestantes de Alemania, y la au-

(1) Camerarii, *Vita Ph. Melancthonis*, in-12. Hag. 1655. p. 12.

(2) Frecheri, *Scip. rer. Germ. III*, 354, etc. Steid. *Hist.* 178, 183. Seckend. *l. III*, 103.

diencia pública que dió á un enviado del gran sultan Soliman, habian originado vehementes sospechas acerca de su verdadera y fuerte adhesion á la religion, y estos recelos se habian aumentado aun particularmente por la determinacion que habia tomado de atacar al emperador, quien habia en todas partes y en cualquier ocasion manifestado vehemente celo de defender la religion, y de acometerle aun en el mismo instante en que se preparaba para una expedicion contra el corsario Barbaroja, expedicion que se miraba en aquel entonces como una santa empresa. El monarca francés necesitaba pues patentizar sus ideas con alguna ruidosa prueba de su respeto á la doctrina recibida en la iglesia. El indiscreto celo con que algunos de sus súbditos habian abrazado la secta protestante, le dió la ocasion que buscaba. Habian fijado en las puertas del Louvre y en los parages mas públicos, pasquines y sátiras las mas indecorosas contra los artículos y ceremonias de la iglesia romana. Descubrióse y prendióse á seis de los autores y cómplices de semejantes pasquines. El monarca para apartar de sí la tempestad de desgracias que estas blasfemias podrian atraer sobre la nacion, mandó hacer una procesion solemne, llevóse el santísimo sacramento por las principales calles de la ciudad; Francisco iba delante desnuda la cabeza y una hacha en la mano, los príncipes de la familia real llevaban el palio, y toda la nobleza seguia con orden al detras. Delante de esta numerosa reunion, el rey que comunmente proferia sus discursos en lenguaje enérgico y animado declaró en alta voz que si una de sus manos estuviese afectada de heregía la cortaria con la otra, y que ni aun á sus mismos hijos perdonaria, si los supiese culpados de este delito; y en prueba de que esta protesta era

Año 1535. sincera profirió la sentencia de ser quemados públicamente los seis infelices que se habían preso, al acabar la procesion, y esta ejecución fue acompañada de los mas bárbaros y atroces tratamientos (1).

Rehusan unirse á él.

Los príncipes de la liga de Smalkalde, inspirados sobre manera de enojo é indignacion por la barbaridad como se habia tratado á sus hermanos, no querian ya creer en las declaraciones del rey de Francia, cuando les prometia proteger en Alemania las opiniones que en su propio reino perseguia tan bárbaramente, de modo que por mas arte y elocuencia que Du Bellay desplegó para justificar á su rey, no pudieron variar en nada su opinion. Además el emperador jamas habia usado de ninguna violencia contra los reformados, jamas habia hecho oposicion á los progresos de sus opiniones, y aun en la dieta de Ratisbona habia prometido no perseguir á aquellos que la abrazasen. Cometieron la imprudencia de confiar mucho mas con este empeño efectivo, que aunque corto era cierto, que no con las esperanzas precarias y remotas con que les queria entretener Francisco. La particular cobardía con que habia dejado abandonados á sus aliados en la paz de Cambray era harto fresca para ser olvidada, y nadie osaba fiarse en su amistad, y contar con su generosidad. Movidos por todas estas causales, los príncipes protestantes se negaron á prestar á Francisco ninguna especie de auxilio contra el emperador. El mas celoso de ellos, el elector de Sajonia, temiendo que el emperador sospechase, ni tan solo quiso permitir que Melanthon se trasladase á la corte de Francisco, y esto á pesar del intenso deseo que tenia Melanthon de hacer aquel via-

(1) Beletii, *Comment. rer. Gallic.* 646. Sleid. *Hist.* 175, etc.

ge, ya por el orgullo de ser convidado de un gran monarca, ya por el partido que de su presencia allí sacaría el protestantismo de la Francia (1).

Año 1535.

A pesar de que ninguno de los príncipes á quienes el poder, cada dia en aumento, de Carlos, infundia miedo ó envidia, quiso socorrer á Francisco para poner en equilibrio ó limitarle aquel poder, no por eso dejó de hacer adelantar sus ejércitos hácia la frontera de Italia. Como el objeto de emprender la guerra habia sido el castigar la insolencia del duque de Milan que habia osado violar bárbaramente el derecho de gentes, parecia que todo el peso de su venganza no debiera haber caído sino sobre los dominios del delincuente. Empero de repente y aun desde el principio de la campaña, los movimientos y operaciones tomaron otra direccion. Carlos, duque de Saboya, el menos valiente y sabio de los príncipes de cuya familia descendia, estaba casado con Beatriz de Portugal, hermana del emperador. El sumo talento de esta extraordinaria muger, logró bien pronto hacerse señora absoluta de la voluntad de su esposo; envanecida con el título de hermana del emperador, ó engañada con las magníficas promesas con que contentaba su ambicion, formó entre la corte imperial y la de su marido el duque una union que no podia competir con la neutralidad que con la ayuda de una sana política y la colocacion de sus estados le habian hecho conservar hasta aquel punto entre dos poderosos rivales. Francisco conocia ya á las claras el peligro á que se podia ver espuesto si entrando en Italia dejase á sus espaldas los estados de un monarca de tal modo adicto á los intereses del emperador, y que

El ejército francés marcha á Italia.

(1) Cameronii, *Vita Melancthonis*, 117, 115. Seeck *I*, III, 107.

Año 1535. habia remitido á su hijo mayor á la corte de Madrid, para educarse allí y como en rehenes de la fidelidad de su padre. Clemente VII en sus conversaciones con Francisco en Marsella habiale presentado este peligro con los mas fuertes colores y le habia al mismo tiempo imbuido la idea para precaverse de él, de empezar su ataque por el Milanesado, apoderándose de la Saboya y del Piemonte, como si fuese este el único recurso que tenia para asegurarse una libre comunicacion con su reino. Francisco, que por muchas razones debia odiar al duque, no podia tampoco perdonarle el haber proporcionado á Borbon el dinero con que aquel habia levantado ejército y vencidole en la fatal batalla de Pavia; aprovechó pues con entusiasmo la ocasion de demostrar cuánto le habian ofendido estos agravios; y del modo que sabia castigarlos. No le faltaron causas bastantes para dar algun vislumbre de justicia á la conquista que meditaba. Eran contiguos los estados de Francia y de Saboya, y aun estaban los unos metidos dentro los otros; por cuyo motivo se suscitaban frecuentes é inevitables disputas que siempre estaban en pie por lo que toca á los límites de la propiedad respectiva á los dos monarcas. Francisco por razon de su madre Luisa de Saboya pretendia muchas cosas con respecto la reparticion que esta con el duque su hermano debian hacerse de los estados hereditarios de su padre. A pesar de esto no queria empezar la campaña sino por motivos mas poderosos de lo que se podian mirar estas equívocas y viejas pretensiones; pidió permiso para pasar por el Piemonte, á fin de entrar en el Milanesado, teniendo por cierto que el duque se lo negaria por motivo de su suma adhesion al emperador, y de este modo daba mas motivos para la invasion que

Se apodera
de los estados
del duque de
Saboya.

proyectaba. Empero si hemos de dar crédito á los historiadores saboyanos, que deben saber mejor que los de Francia las particularidades de este hecho, el duque se apresuró en conceder sin titubear y con el mayor agrado, lo que no podia negar sin ponerse en sumo peligro, y prometió dar libre paso al ejército francés. No quedó pues ya otro arbitrio al monarca francés para poder declararse abiertamente y dar un viso de justicia á su proyecto, sino pedir una completa satisfaccion de cuantas reclamaciones la corona de Francia podia hacer á la casa de Saboya en razon de los derechos de Luisa (1). Este artículo fue contestado elusivamente, y esto es lo que sin duda esperaba. Al momento el ejército francés al mando del almirante de Brion acometió por diferentes puntos los dominios del duque. Las provincias de Bressa y de Bugy, que estaban entonces adictas á la Saboya, fueron en un instante invadidas. Casi todas las ciudades del ducado se entregaron al acercarse el enemigo, y las pocas que quedaron y quisieron hacer resistencia fueron bien pronto tomadas y se vió el duque despojado de todos sus dominios antes de finir la campaña, esceptuando el Piemonte donde solo le quedaron algunas plazas fuertes, capaces de oponer alguna resistencia.

Para colmo de desgracia la ciudad de Ginebra, cuyo soberano pretendia ser el duque y de que lo era ya en parte, sacudió el yugo y su sublevacion arrastró tras sí la pérdida de todas las posesiones contiguas. Ginebra era entonces ciudad imperial, aunque subyugada al directo maño de sus propios obispos, y reconociendo por soberanos remotamente á los duques de

La ciudad de Ginebra recobra su libertad.

(1) *Hist. Généalog. de Savoie*, par Guichenon, in-folio. Lyon, 1660, I, 639, etc.

Año 1535. Saboya. La forma de su gobierno interior era puramente republicana: gobernábanse por síndicos y un consejo cuyos miembros eligiera el pueblo. De tan varias jurisdicciones, contrarias muchas veces las unas á las otras, se engendraron dos partidos que permanecieron por mucho tiempo en este estado. Uno de estos bandos se componia de aquellos que se daban á sí mismos el título de defensores de los privilegios republicanos, y se titulaban *Eignotz*, ó aliados para defender la libertad comun, y vilipendiaban á los del otro dándoles el apodo de *Hammelus*, ó esclavos de los defensores del partido que defendia las prerogativas de los obispos y de los duques de Saboya. Finalmente cuando la religion protestante comenzó á introducirse en esta ciudad, inspiró á los que la siguieron aquel espíritu atrevido y audaz que transferian por lo comun junto con la opinion al alma de sus secuaces. ó no tardaba á manifestarse en ella. Como tanto el duque como el obispo eran ya por interes ó preocupacion, ó ya por miras de política, enemigos declarados de la reforma, todos los que de nuevo abrazaban el protestantismo se unian con fervor al partido de los *Eignotz*, y el celo religioso unido al amor á la libertad, cobraba esta noble pasion doubles fuerzas. El furor, la rivalidad de los dos partidos encerrados en un mismo recinto, motivaron frecuentes conmociones, que casi siempre finieron con ventaja de la libertad, cuyos partidarios iban aumentando su poder todos los dias.

1532.

El duque y el obispo echando á un lado sus viejos resentimientos acerca los límites de su potestad, se aliaron contra su enemigo comun y le acometieron cada uno de ellos con las armas que le eran propias. El obispo escomulgó al pueblo como á culpado de dos de-

litos, el primero de apostasia, pues dejaba la religion establecida, y el segundo de sacrilegio, pues se apoderaba de los derechos de la sede episcopal. El duque les atacó como rebeldes á su príncipe legitimo y procuró hacerse dueño de la ciudad, al principio sorprendiéndola y luego despues atacándola á viva fuerza. Los ginebrinos se defendieron de las censuras eclesiasticas con el desprecio, y sostuvieron su independencia con valor, y sostenidos por su animosidad al mismo tiempo que con los poderosos auxilios que su aliado el canton de Berna les enviaba, y con los soldados que en secreto llegaban de Francia, hicieron inútiles todas las tentativas del duque. No contentos aun los ginebrenses con haberle rechazado, y no limitándose ya á su defensa, aprovecharon la ocasion de serle en aquel entonces imposible la resistencia al duque, y mientras que á este le batia el ejército francés, se apoderaron de muchos castillos y fortalezas de los alrededores de su ciudad; de esta suerte se libraron de ver aquellos aborrecidos monumentos de su antigua esclavitud, y aseguraron para lo sucesivo, una columna mas para sostener su libertad. Al propio tiempo el canton de Berna atacó y conquistó el pais de Vaux sobre el que tenia algunas pretensiones. El canton de Fribourg, aunque sumamente apasionado á la religion católica y careciendo de todo asunto particular de disputa con el duque, quiso tambien participar de los despojos de este príncipe desgraciado. Gran parte de estas conquistas que han conservado despues estos cantones, han aumentado mucho su poder y han llegado á formar la mas hermosa parte de su territorio. A pesar de todos los planes y tentativas de los duques de Saboya para recobrar en lo sucesivo su dominio sobre Ginebra, esta ciudad ha perma-

Año 1535. necido siempre independiente, y esta ventaja le ha alcanzado un grado de importancia y riqueza á que jamas habria llegado á no ser libre su gobierno (1).

El emperador no puede socorrer al duque de Saboya.

En medio de esta fuente de calamidades y pérdidas, el duque de Saboya no previendo remedio sino en el auxilio del emperador, lo pidió con la mayor asiduidad, asi que este príncipe regresó victorioso de la expedicion de Túnez, y tenia derecho á ser socorrido porque su adhesion á los intereses de Carlos habia sido el principal motivo de sus calamidades. A pesar de esto Carlos no estaba en estado de auxiliarle con el ardor y presteza que requería su posicion. Casi todos los soldados que habian servido en la expedicion de Africa, habian sido alistados solo para aquel servicio, y habian recibido su licencia al finir la campaña. Los cuerpos de veteranos que mandaba Antonio de Leyva, apenas eran suficientes para la defensa del Milanesado, y las arcas del emperador estaban del todo agotadas por los inmensos gastos que se habian invertido en la guerra de Africa.

Muerte de Sforzia, duque de Milan, el día 24 de octubre.

Empero el fallecimiento de Francisco Sforzia, duque de Milan, que segun algunos ocasiona el miedo que penetró en su corazon por la invasion de los franceses, cuyas dos antecedentes habian sido tan desgraciadas para su familia, dió al emperador harto tiempo para hacer sus preparativos de guerra. Este acontecimiento inesperado varió del todo los motivos de la disputa y la naturaleza de la guerra. Francisco desde un principio solamente habia dado por motivo de empezar la guerra el castigar á Sforzia del ultrage que habia

(1) *Hist. de la ville de Genève*, par Spon. in-12; *Utr.* 1685, p. 99. *Hist. de la Réformation de Suisse*, par Rouchot, Gen. 1728, tom. IV, p. 294, tom. V, p. 216, etc. *Mém. de Du Bellay*, 181.

Año 1535.

hecho á la corona de Francia, y esta razon se estinguíó con su muerte: empero como el difunto duque no dejaba descendientes, todos los derechos que Francisco tenia al ducado de Milan y que no habia cedido ni á Sforzia ni á sus hijos, velvian enteros á la corona de Francia. El principal deseo de este rey era recobrar el Milanesado; por cuya razon presentó al momento sus reclamaciones, y si estas las hubiese apoyado, mandando al momento penetrar su fuerte ejército que tenia acantonado en la Saboya, se hubiera fácilmente asegurado su posesion, que era lo que mas le interesaba. Empero Francisco á medida que iba avanzando en edad, iba disminuyendo en valor; la memoria de sus pasadas desgracias, que no le abandonaba un momento, le precipitaba á veces á una excesiva timidez. En vez de usar de sus fuerzas, se limitó á los tratados, y por una moderacion causada por el miedo, y que por lo comun es fatal en todos los negocios de mucha importancia, olvidó aprovechar la coyuntura favorable que se le presentaba. Entre tanto Carlos á título de señor feudal, tomó posesion del ducado, como á feudo imperial que se hallaba vacante, y mientras Francisco malgastaba el tiempo en esponer y defender sus derechos con silogismos y recuerdos, mientras empleaba todo su saber en familiarizar á las potencias italianas con la idea de verle de nuevo establecido en Italia; Carlos silenciosamente tomaba todas las disposiciones para frustrar este proyecto. Puso sumo cuidado en no dejar prever demasiado pronto sus intentos interiores; manifestaba reconocer ser justas las reclamaciones de Francisco, y al parecer solo le desasosegaba el modo como lo pondria en posesion del Milanesado, sin que por esto se turbase la paz de Europa y sin echar

Pretensiones
de Francisco á
este ducado.

Año 1535. á perder el equilibrio de los dominios italianos, el que querian con tanto celo sostener los políticos de aquel siglo. Alucinó de esta suerte á Francisco, y de tal modo logró la confianza de los demas gobernantes de Europa, que sin darles siquiera ocasion de sospechar, supo detener el negocio, poner nuevos embarazos y alargar á su gusto los tratados. Sus proposiciones eran una vez de dar la investidura del duque de Milan al duque de Orleans, hijo segundo de Francisco, otra vez al duque de Angulema, su hijo tercero, y como los partidos é ideas de la corte de Francia estaban equilibradas entre estos dos príncipes, varió alternativamente su eleccion del uno al otro con tanta destreza y profundo disimulo, que al parecer ni Francisco ni sus ministros pudieran adivinar sus verdaderas ideas, y que todos los movimientos de guerra parecieron del todo suspendidos, como si ya no tuviera mas que hacer el rey de Francia sino tomar pacíficamente posesion del ducado que reclamaba.

Año 1536.
Prepárase Carlos
para la
guerra.

Carlos supo tambien aprovechar el tiempo que habia sabido ganar, y alcanzó de los estados de Nápoles y Sicilia que le concediesen socorros mas numerosos de los que se acostumbraban conceder entonces. Empero teniéndose por muy afortunados entonces con la presencia de su soberano al volver de Túnez, prendados por otra parte del desinterés que habia manifestado en su expedicion al Africa, y deslumbrados con la victoria que habian ganado sus armas, quisieron mostrarse generosos. Este subsidio le facilitó volver á completar los cuerpos veteranos, reclutar uno nuevo en Alemania, y tomar todas las precauciones necesarias para poner en ejecucion los planes que habia formado. Du Bellay, enviado por el rey de Francia á Alemania, á pesar de

todo el secreto y pretextos que se emplearon para engañarle, traslució la intencion que se tenía de levantar tropas, y al momento informó á su dueño de estos preparativos que manifestaban claramente la poca sinceridad (1) del emperador. Esta noticia hubiera debido desvelar á Francisco y sacarle de la indolencia en que estaba sumergido; empero habia tomado con tanta passion los tratados, cuyas mañas y sutilezas conocia mucho mejor su enemigo que él, que en vez de levantarse y proseguir con ardor sus operaciones militares, apoderándose del Milanesado antes que se pudiese reunir el ejército imperial, se contentó con hacer nuevas proposiciones al emperador para lograr con su plana voluntad, la investidura del ducado de Milan. Eran tan ventajosas las promesas, que si Carlos hubiese obrado con sinceridad no hubiera podido menos de aceptarlas; empero las eludió cautelosamente, asegurando no poder tomar determinacion definitiva, respecto á un asunto que era de un interes tan vital para la Italia, antes de haber hablado de ello al papa. Logró con este efugio ganar un poco mas de tiempo, el que le fue muy útil para dejar llegar á sazón los planes que meditaba.

Por fin dirigióse el emperador á Roma, donde hizo públicamente su entrada con el mayor lujo. Ocurrió un caso sencillo que algunos historiadores relatan, y que dan en la simpleza de mirar como á un presagio de la sangrienta guerra que iba á empezar; y fue que para hacer mas anchas las calles y dar mas libre paso á la comitiva del emperador, fue menester quitar los restos y escombros de un antiguo templo dedicado á

6 abril.
El emperador
entra en Roma

(1) *Mem. de Du Bellay*, p. 192.

Año 1536. la paz. Lo cierto es que ya entonces Carlos había desterrado de su corazón toda idea de paz, y por fin se quitó la máscara con que por tanto tiempo había encubierto sus deseos de la vista de la Francia, manifestando entonces su opinión de un modo tan positivo como extraño. Los embajadores franceses habían demandado en nombre de su dueño una categórica contestación á las ofertas que hacía para lograr la investidura del ducado de Milan; y Carlos les prometió dársela al otro día ante el sumo pontífice y los cardenales congregados en concilio pleno. No hicieron falta en él el papa y los cardenales, y se invitó también á que concurriesen á todos los embajadores de las cortes extranjeras: levantóse el emperador y dirigiéndose al papa fue bastante difuso en manifestar que eran verídicos sus deseos de paz en el orbe cristiano, que aborrecía la guerra y calamidades que consigo arrastra; peroró largo rato con un discurso preparado y estudiado de antemano; manifestó que cuantos esfuerzos había él hecho para no interrumpir y conservar la paz, siempre se lo había estorbado la inagotable é injusta ambición del monarca francés; que este príncipe, ya desde niño, había dado muestras de ser su enemigo, y de sus dañadas intenciones; que tampoco había con el tiempo podido ocultar sus ideas, y que hasta había probado de arrebatárle á viva fuerza la corona imperial, que le tocaba por los derechos mas justos y naturales; que muy poco tiempo había que había invadido su reino de Navarra, y que no contento con estos actos injustos, había asaltado sus dominios como también los de sus aliados de Italia y de los Países-Bajos; que cuando él, con el denuedo de sus tropas que habían llegado á ser invencibles con el auxilio del Omnipotente, había derrotado

Su declamación pública contra Francisco.

á los ejércitos de Francisco y detenido sus progresos, y que aun el mismo Francisco habia sido hecho prisionero, no por esto renunció á sus injustas pretensiones, y que habia proseguido empleando la astucia, ya que no podia la fuerza; que habia roto todos los artículos del tratado de Madrid, al que debió su libertad, y que apenas regresado á sus dominios, habíase preparado para encender de nuevo la guerra que aquel tratado habia estinguido; que precisado aun por nuevas calamidades á pedir la paz en Cambray, solo la habia firmado y observado con la mayor mala fe: que pronto formó peligrosas alianzas con los cismáticos príncipes de Alemania, escitándolos á perturbar la tranquilidad del imperio; que últimamente acababa de despojar de la mayor parte de sus dominios al duque de Saboya, cuñado y aliado del emperador; que despues de tan innumerables agravios, y entre tantos motivos de enemistad no habia ya esperanza alguna de union ni reconciliacion. Añadió aun Carlos, que por mas que conviniese en conceder la investidura del ducado de Milan á un príncipe francés, probablemente tampoco lo pudiera verificar, por cuanto Francisco de una parte no querria recibirla con las condiciones que él creia necesario dictar para mantener la paz en Europa, y que por otra parte, no veia puesto en razon ni prudente entregarle sin restriccion alguna la tranquila posesion de aquel ducado. A pesar de esto añadió: No derramemos la sangre de nuestros vasallos inocentes; concluyamos nuestra cuestion de hombre á hombre, con las armas que le plazca escoger, ó que todo el riesgo y peligro sea nuestro, en una isla, en un puente ó á bordo de una galera amarrada en un rio. Que los ducados de Borgoña y de Milan, sean el pre-

Lo desafia á
combate sin-
gular.

Año 1536. mio del vencedor; reunamos luego las fuerzas de Alemania, las de España y las de Francia contra el imperio otomano, y para destruir la heregía de entre la iglesia cristiana. Empero si Francisco se niega á concluir de este modo todas estas contiendas, si se determina por la guerra, que ya es inevitable, nada será capaz de estorbarme entonces de llevarla adelante hasta que alguno de los dos quede reducido al estado del mas pobre caballero de sus dominios. No temo que sea á mí á quien acontezca esta desgracia, pues entro en la lucha con las mas brillantes esperanzas de victoria; pues la justicia de mi causa, la union de mis vasallos, el número y valor de mis soldados, la táctica y lealtad de mis generales, todo se reúne para asegurarme el triunfo. Fáltanle al rey de Francia todas estas ventajas, y si mis recursos no fueren mas sólidos y mis esperanzas de salir airoso mas bien cimentadas que las suyas, correria inmediatamente con los brazos atados y con una sogá al cuello á precipitarme á sus pies é implorar su misericordia (1).

El emperador pronunció este largo discurso en alta voz, con acento imperioso y con las mas enérgicas expresiones. Los embajadores franceses que no entendieron completamente el sentido, porque habló en lengua española, se avergonzaron y no supieron qué contestar á esta inesperada invectiva; uno de ellos sin embargo quiso hablar para defender la sinceridad de la conducta de su dueño; Carlos le interrumpió secamente sin permitirle continuar. El sumo pontífice, sin entrar en cuestion alguna, únicamente encargó el sostenimiento de la paz con pocas palabras pero muy patéticas, y ofre-

(1) Du Bellay, 199. Sandov. *Hist. del Emper.* II, 226.

ció al propio tiempo emplear seriamente todas sus fuerzas en lo posible, para proporcionar esta ventaja á la cristiandad. Disolvióse la junta, asombrada tambien por la sorpresa que tan inesperada escena les había escitado. Preciso es confesar que jamas Carlos se habia separado tanto de su carácter en sus procedimientos. En vez de aquella prudencia hija de la reflexion; de aquella conducta moderada y siempre regular; de aquella escrupulosa exactitud en observar el decoro que con tanto arte escondia sus secretas pasiones, y que en tantas ocasiones fue admirado; se le ve alabarse con orgullo de su poder y proezas, delante de la mas augusta reunion europea, declamar contra su enemigo con tanto rencor como impolítica, y desafiarle á combate particular con un aire de baladronada, mas propio de un campeón de los libros de caballería que del mas poderoso monarca del orbe cristiano; muy fácil es sin embargo explicar esta aparente inconsecuencia en sus modales, por las poderosas y ya sabidas resultas que producen en los mas fuertes corazones, una serie no interrumpida de victorias, y las desmedidas alabanzas de los cortesanos. Despues de haber precisado á Soliman á huir en su presencia, y conquistado á Barbaroja un reino, se juzgó ya invencible. A su regreso de Africa, las multiplicadas fiestas, los públicos regocijos en que sin cesar se aplaudian sus victorias; le hacian pensar continuamente en su poderío. Los oradores y poetas de Italia, el pais de Europa en que las bellas artes estaban entonces mas florecientes, habian agotado sus talentos en publicar sus alabanzas, y los astrólogos unian á tales adulaciones la perspectiva de una fortuna aun mas hermosa que le esperaba. Orgullosos con tal incienso, olvidó su prudencia y moderacion acostumbra-

Causas de semejante erupcion de su vanidad.

Año 1536.

da, y no le fue dable detener aquel loco arrojó de su vanidad, que fue tanto mas notable cuanto mas extraordinario y solemne era.

Carlos dió muestras de haber conocido por sí mismo el esceso á que se habia arrastrado él mismo, y cuando al otro dia los embajadores franceses fueron á pedirle una esplicacion mas clara de lo que habia dicho el dia antes acerca del desafio, les contestó que aquello se debia únicamente mirar como una proposicion hecha para ahorrar sangre mas bien que como á un desafio formal. Igualmente procuró suavizar las demas espresiones de su discurso, y les habló de su rey con espresiones respetuosas; empero aunque estas alabanzas tardías no fueran bastantes para borrar sus injurias contra Francisco, este monarca prosiguió aun con sus negociaciones, por una ceguera de ánimo inconcebible, como si en aquel estado hubiera sido fácil finir amistosamente tales contiendas. Carlos, conociendo que de todos modos queria él mismo lanzarse en el lazo, le sostuvo en su error, y oyendo al parecer sus proposiciones, fue ganando mas tiempo para estar mejor preparado para ejecutar sus designios (1).

Carlos entra
en Francia.

Finalmente el ejército del emperador compuesto de cuarenta mil infantes y diez mil caballos, se reunió en las fronteras del Milanesado; el ejército francés, muy inferior en número, estaba acampado cerca de Verceil en el Piamonte, y aun se habia debilitado mas, por la retirada de una division de suizos, que los cantones católicos habian retraido á causa de las astutas maquinaciones de Carlos, bajo el pretesto de que no era justo que combatesen contra el duque de Saboya que era

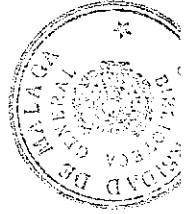
(1) *Mém. de Du Bellay, 205, etc.*

su antiguo aliado. El general francés no atreviéndose á aventurar una batalla iba en retirada á medida que se adelantaban los imperiales. El emperador se puso al frente de sus tropas mandadas por el marques del Guasto, el duque de Alva y Fernando de Gonzaga, empero el generalísimo de todos era Antonio de Leyva, de cuyo cargo le hacian digno su saber y esperiencia. Manifestó luego Carlos que no se limitaban únicamente sus deseos á la reconquista del Piamonte y la Saboya, sino internarse mas é invadir las provincias meridionales de Francia. Mucho tiempo habia que meditaba esta empresa y que se ocupaba en allegar todos los preparativos necesarios para llevarla á cabo con un vigor que le asegurara el feliz éxito. Habia remitido inmensas sumas de dinero á su hermana que mandaba los Países-Bajos, y á su hermano el rey de romanos, dándoles órden de levantar cuantas tropas le fuese posible para formar dos divisiones distintas, de las cuales la una se dirigiria contra Francia por la Picardía y la otra por el lado de la Champaña, mientras que él con su ejército imperial invadiria la Francia por las fronteras opuestas.

Sus ministros y generales, distantes de concebir tan vastas esperanzas, le manifestaron con los mas espresivos términos, el peligro á que se esponia, sacando sus ejércitos para tan lejos de sus dominios y provisiones, y llevándolos á unas provincias en que apenas se podian alimentar sus habitantes. Pidióronle que por una parte tomase en consideracion los inagotables recursos de la Francia, cuando únicamente debia sostener una guerra defensiva, por otra la actividad y celo de una nobleza animosa y guerrera, que tomaba las armas en defensa de un príncipe que idolatraba, y para resistir

Año 1533.

6 de mayo.



Año 1536. á los enemigos de su patria; recordáronle el mal éxito de Borbon y de Pescara, cuando se arrojaron á la misma empresa y en circunstancias aun mas favorables. Particularmente el marques del Guasto, se echó á sus plantas y de rodillas le suplicó que abandonase tan temeraria empresa. Empero las infinitas razones que habian inducido al emperador á tomar esta resolucion, no le permitian ceder en nada á las súplicas de sus generales. Raras veces variaba él una resolucion una vez tomada; moviáale en este caso el disminuir y despreciar los talentos de su enemigo el monarca francés, talentos que efectivamente eran muy otros que los suyos. La vanidad que acompaña á la dicha, le cegaba al propio tiempo, y quizá era harto débil para creer con las predicciones que le habian prometido mayor elevacion en su grandeza. No solo pues insistió obstinadamente en sus deseos, sino que se determinó á marchar contra la Francia aun antes de tener sujeto el Piamonte, ciñéndose á apoderarse de algunos fuertes sumamente necesarios para sostener la comunicacion de su ejército con el Milanesado.

Recobra parte de los estados del duque de Saboya.

El marques de Saluces, á quien habia encargado Francisco el mando de una de las divisiones pequeñas de tropas destinadas para la defensa del Piamonte, le facilitó este paso mas de lo que podia desear. Este caballero, educado en la corte de Francisco, y á quien este habia continuamente llenado de favores, y á quien acababa de honrar aun confiándole un puesto de tanta entidad, abandonó repentinamente á su bienhechor, y le hizo traicion sin alegar razon alguna y hasta sin el mas leve indicio de descontento; y los motivos que le movieron á esta accion fueron tan de niño como de co-barde. Creia supersticiosamente en la adivinacion y en

la astrología judiciaria; persuadióse que la nacion francesa habia tocado á su fin; que el emperador, sobre las ruinas de Francia iba á fundar una monarquía universal; que era por esta razon muy prudente seguir la fortuna del emperador, y que no le servia de vilipendio alguno abandonar á un príncipe cuya destruccion habia decretado el cielo (1). Tanto mas aborrecible fue su traicion quanto se valió para hacerla de la misma autoridad que le habia otorgado su rey para franquear el paso del territorio á sus enemigos. Todo lo que sus segundados oficiales pudieron disponer ó emprender para conservar sus conquistas, lo despreció ó echó á perder. Olvidó enteramente las precauciones y deberes que le imponia su cargo de comandante en jefe; y con esta perversa conducta imposibilitó la defensa á las plazas fuertes, dejándolas sin víveres ni municiones, desguarneciéndolas y quitando su artillería: no hubiera sido necesario al ejército imperial mas que recorrer el territorio para apoderarse de él, si Mompezat, gobernador de Fossano no los hubiese detenido casi todo un mes delante de aquella plaza, aunque pequeña, con un extraordinario esfuerzo de valor y pericia.

Este interesante servicio, hecho tan á buena sa-
 zon, proporcionó tiempo á Francisco para reunir
 fuerzas y meditar su plan de defensa contra peligros
 que le parecieron entonces inminentes é inevitables. Es-
 te monarca adoptó el plan único que podia darle lu-
 gar de contrarrestar el ataque de un poderoso enemi-
 go; su prudencia en elegir los medios como su cons-
 tancia en ejecutarlos merecen tantos mas encomios,

Plan de
 Francisco pa-
 ra defender su
 reino.

(1) Du Bellay, 222, á 246, b.

Año 1536. cuanto aquel sistema no era conforme ni á su índole ni á la de sus súbditos. Resolvió mantenerse en la defensiva, no arriesgar ninguna accion decisiva, ni aun ningun choque algo considerable, á no ser que fuese muy seguro el éxito; circuir su campamento de regulares fortificaciones; no dejar guarnicion sino en las plazas mas fuertes; estrechar por hambre al enemigo, devastando todo el pais de los alrededores, y salvar de este modo todo el reino sacrificando una provincia.

Montmorency es el encargado de la ejecucion del plan.

Encargó la ejecucion de estas combinaciones al mariscal de **Montmorency**, quien fue su inventor y á quien la naturaleza parecia haber creado para su realizacion. Orgullosa, severo, inexorable, envaneido de sus talentos y despreciador de los de los demas, igualmente insensible al amor y á la piedad, nunca jamas **Montmorency** habia abandonado la resolucion que una vez habia adoptado.

Forma el acampamento cerca de Avignon.

Dispuso el mariscal un campo bien fortificado debajo las murallas de **Avignon** en la confluencia del **Ródano** y del **Duranzo**: el uno de estos rios llevaba á sus soldados, desde lo interior de las provincias, los víveres, mientras que el otro cubria su campo por el lado que era probable que se accreasen los enemigos. Trabajó constantemente en la fortificacion de este campo, y en hacerlo inespugnable, y reunió allí un respetable ejército, si bien que muy inferior al imperial. El rey colocó el suyo con otro ejército cerca de **Valencia**, un poco mas arriba siguiendo la orilla del **Ródano**. **Marsella** y **Arles** fueron las dos únicas plazas que juzgó necesario defender, la primera para poder tener suyo el mar y la segunda para servir de barrera al **Languedoc**, y colocó en estas ciudades numerosas guarniciones, escogiendo para ello sus mejores tropas y los oficiales de

conocido valor y lealtad. Precisése á los habitantes de las demas ciudades, como tambien á los del campo, á abandonar sus casas y haciendas, y á quienes se repartió una parte en los montes y otra en los acampamentos, ó en el interior del reino. Demoliéronse las fortificaciones de todas las ciudades que hubieran podido servir de refugio ó defensa al ejército del emperador. Se quemaron ó quitaron de aquellos lugares; los granos, forrages y provisiones de todas clases, se destruyeron todos los hornos y se cegaron ó echaron á perder todos los pozos de agua. La destruccion llegaba desde los Alpes á Marsella y desde las orillas del mar hasta lo último del Delfinado. La historia no ofrece ningun ejemplo de que naciones civilizadas se hayan servido con tanta crueldad de tan horrible remedio para defender un estado.

En esto llegó el emperador con la vanguardia de su ejército á las fronteras de Provenza; estaba tan envanecido con las esperanzas de alcanzar sus pretensiones, que precisado á hacer algunos dias de alto para esperar lo restante de su ejército, empezó á repartir entre sus oficiales la conquista que iba á hacer, ofreciéndoles con liberalidad, á fin de animar su celo, los destinos, las posesiones y títulos de Francia (1). Empero al ver la desolacion que se presentó á su vista al entrar en el territorio, empezaron á desvanecerse sus altas esperanzas. Pronto conoció que un monarca que para hacer sentir el hambre á sus enemigos habia puesto en práctica el reducir á un desierto una de sus mas fértiles provincias, habia tomado la determinacion de

Carlos entra
en Provenza.

(1) Du Bellay, 266. á.

Año 1536.

Sitio á Marsella.

defender las demas hasta el último trance. La escuadra en que fundaba Carlos sus principales medios de obtener víveres, estaba detenida por los vientos contrarios y otros reveses propios del mar, estuvo largo tiempo sin poder acercarse á las playas de Francia, y cuando llegó no tenia bastantes víveres para un ejército tan numeroso (1): tampoco podia esperarlas de la Provenza ni podia sacar grandes socorros de las posesiones del duque de Saboya, aniquiladas ya con los gastos de dos grandes ejércitos. Encontrábase asimismo apurado, ya por el destino que debia dar á sus tropas, ya para proporcionarles alimentos; porque aunque tuviera en su poder toda una provincia entera, no se podia decir dueño de ella puesto que no poseia sino las ciudades indefensas, mientras que los franceses, parapetados en el campo de Avignon, eran siempre dueños de Marsella y de Arles. Carlos quiso al principio atacar el campamento y procurar acabar la guerra con una batalla decisiva; empero los hábiles generales á quienes habia dado el encargo de reconocer el terreno, declararon ser impracticable la empresa. Dió pues órdenes de atacar á Marsella y Arles, pensando que por auxiliar á estas dos ciudades abandonarían los franceses aquel puesto ventajoso en que estaban parapetados; empero Montmorency, siempre constante en su plan, permaneció inmóvil en su campo, y el ejército del emperador fue recibido con tal denuedo por las guarniciones de aquellas dos ciudades, que tuvo que abandonar su intento, despues de mucha pérdida y con descrédito. Finalmente el emperador hizo el último esfuerzo y se adelantó mas hácia Avignon; empero hostilizado su ejército por ata-

(1) Sandov. II, 231.

ques sucesivos de pequeñas partidas de tropas ligeras, y debilitado por las enfermedades, perdió la esperanza de arrollar tantas dificultades, que le quitaban tanto mas el ánimo cuanto menos lo esperaba.

Mientras continuaban estas operaciones, tuvo mas que hacer Montmorency en defenderse de sus mismos soldados que del ejército enemigo; su intrepidez sin límites por poco precipita á la Francia á todos los horrores de que queria guardarla con sus trabajos y prudencia. No podian pasivamente los franceses ver á su enemigo devastar sin resistencia alguna su patria bajo sus propios ojos; impacientes por la larga inaccion en que estaban detenidos, y no comprendiendo las ventajas seguras, si bien que lentas y lejanas, que pretendia lograr Montmorency con el plan de defensa que habia adoptado, pedían con tanto ahinco ser conducidos á la pelea como lo pudieran hacer los mismos soldados del emperador. Miraban el modo de obrar de su general como á vilipendioso para su nacion; trataban de cobardía á su prudeucia; á su táctica, de pusilanimidad; y á la constancia con que la seguia, de capricho y orgullo. Estos rumores que al principio se esparcieron seriamente entre los soldados y subalternos, fueron tomando incremento poco á poco entre oficiales de un grado superior; y como á la mayor parte de estos les animase la envidia del favor de que gozaba Montmorency con el monarca, ó les disgustase su altivez, ó les amostazase su carácter imperioso, el descontento se hizo pronto general en el acampamento, y oficiales y soldados todos empezaron á murmurar y aun á quejarse en alta voz de su conducta. Montmorency no se dejó mover ni por la opinion ni por las quejas de sus soldados, como tampoco lo habia hecho por los insultos

Año 1556.

Firmeza de Montmorency en cuanto á seguir su sistema de defensa.

Año 1536. de los enemigos, y no por eso prosiguió con menos constancia su plan; empero para unir los ánimos con aquellos principios que eran tan opuestos al genio de su nación, como á las ideas que se forman de la guerra tropas indisciplinadas, revistió sus modales de una amabilidad que no le era comua; encontró á bien esponer á menudo á sus oficiales los motivos por qué obraba de aquel modo, en manifestarles las ventajas que ya con esto habian conseguido, y la segura victoria que al fin le seguiria. Finalmente vino á reunirse Francisco en el acampamento de Avignon, donde recibió aun mas refuerzos el ejército, y él lo creyó ya bastante en estado de hacer frente al de los enemigos. Como ya él mismo rey se habia tenido que reprimir su índole para consentir en que sus soldados permaneciesen por tanto tiempo sobre la defensiva, es muy probable que su pasion para todas las empresas arriesgadas y que requerian valor, estimulado todavía mas por el ardor de sus oficiales y soldados, hubiera podido mas que la sabia conducta de Montmorency y desbaratar sus buenos efectos (1).

Retirada del ejército imperial: estado in-feliz á que se hallaba reducido.

Por dicha, la retirada del enemigo puso al reino fuera del peligro á que tal vez le hubiera espuesto alguna resolución temeraria. El emperador, despues de haber malgastado dos meses en Provenza, donde se habia detenido demasiado tiempo para su gloria, se vió precisado á abandonarla sin haber alcanzado nada que fuera digno de los inmensos preparativos de esta campaña, ni que pudiera justificar la altivez con que se habia envanecido. Ademas de haber perdido á Antonio de Leyva, y á otros muchos oficiales distinguidos,

(1) *Mém. de Du Bellay*, 269, etc. 312, etc.

vió que habia perdido la mitad de sus tropas, aniquiladas por las enfermedades y el hambre, y que los que le quedaban no se hallaban en estado de luchar por mas tiempo contra las desgracias que habian sido causa de la perdicion de tanta gente. Bien á su pesar prestó el yugo á la necesidad, y por fin ordenó la retirada. Los franceses no conocieron desde un principio el objeto de las operaciones del ejército, y no les vino á la idea de perseguirle; empero una division de tropas ligeras ayudada de muchos aldeanos deseosos de vengar la destruccion de su pais, se echaron sobre la retaguardia de los enemigos, y acechando todos los momentos favorables de atacarlos, introdujeron muchas veces en el ejército imperial la confusion y el desórden. Esta retirada, ó mas bien fuga del emperador, se hizo con tal premura y desórden, que todo su tránsito quedó sembrado de armas y bagages abandonados, y lleno de enfermos, heridos y muertos: finalmente **Martin Du Bellay**, que fue testigo ocular de estos desastres, no puede dar de ellos una exacta idea sino comparándolos con los que padecieron los judíos oprimidos por los ejércitos vencedores (1) y bárbaros de los romanos. Si **Montmorency** hubiese hecho avanzar sus tropas en aquellos criticos instantes, nada hubiera podido defender al ejército del emperador de su total ruina; empero este caudillo, sosteniéndose por tanto tiempo sobre la defensiva, y con tanta tenacidad, habia llegado á ser en extremo prudente. Su corazon, acostumbrado á conservar por mucho tiempo el impulso que una vez habia recibido, no podia mudar de opinion con tanta facilidad como variaban las circunstancias. Proseguia aun repitiendo

(1) *Mém. de Du Bellay*, 316. *Sandov. Hist. del Emper.*, II, 232.

Año 1536. de sus sentencias favoritas, tales como que es mas prudente dejar huir al leon que precizarle á que se desespere, y que es necesario hacer un puente de plata al enemigo que huye.

Cuando el emperador hubo llevado los restos de su diseminado ejército hasta las fronteras de Milan y nombrado al marques del Guasto para que sucediese á Leyva en el gobierno de aquel ducado, marchó en direccion á Génova. Despues de esta derrota vilipendiosa, no quiso esponerse á la befa de los italianos, pasando otra vez por las mismas ciudades que poco antes atravesara con todo el lucimiento de un monarca victorioso y que se dirigia aun á nuevas conquistas; prefirió pues el embarcarse, para dirigirse sin rodeos á España (1).

Noviembre
de 1536.

Operaciones
en la Picardía.

No encontraron sus armas en las fronteras opuestas de Francia, laureles bastantes para borrar los desastres que acababa de sufrir en Provenza. Du Bellay con suma astucia y á puras intrigas habia determinado á los príncipes de Alemania á reunir el contingente de soldados que habia reunido el rey de romanos, que se vió precisado á abandonar enteramente el proyecto de invadir la Champaña. El poderoso ejército de los Países-Bajos habia entrado en la Picardía, la que habia hallado muy desahastecida puesto que todas las tropas del reino se habian dirigido al mediodía; empero acudieron los nobles á las armas, suplieron con su valor y actividad acostumbrada la falta de preparativos y la pereza de su rey, y defendieron á Perona y á las demas ciudades invadidas con tanto ánimo y valor, que los enemigos se vieron precisados á retirarse sin

(1) *Journ. Hist. l. XXXI, p. 174, etc.*

haberse podido apoderar de ninguna plaza importante (1). Año 1536.

De este modo fue como Francisco, con sus acertadas disposiciones, con la unión y valor de sus vasallos, frustró todos los extraordinarios esfuerzos con que su enemigo destruyó sus propias fuerzas. Nunca jamas recibió el emperador sensación mas penosa en toda la duración de sus disputas con el monarca francés, y esta fatalidad, á la vez que realmente humilló su vanidad, debilitó tambien su poder.

Un imprevisto acontecimiento vino empero á acibarar la alegría que el éxito de esta campaña movió en el corazon de Francisco. Fue la muerte del delfín, su hijo mayor, príncipe en quien se fundaban las mayores esperanzas, y particularmente apréciado del pueblo, por su semejanza con su padre. Este súbito fallecimiento se achacó á veneno, no únicamente por el vulgo, quien se complace en imputar á causas sobrenaturales la muerte de las personas de alta gerarquía, si que tambien pensaron lo mismo el rey y sus ministros. Pendióse al conde de Montecuculli, noble italiano, sumiller de la cava del delfín, solamente por sospechas, y se le dió tormento. Dió la culpa en alta voz á los generales del emperador, Gonzaga y Leyva, acusándolos de haberle iuducido á cometer tal atentado; y hasta contra el mismo emperador echó indirectas y equívocas insinuaciones. En una época en que á todo francés movía un aborrecimiento implacable contra Carlos, no eran menester mas indicios, para que toda la nacion se diese ya por convencida de la verdad de este crimen, y no se tuvo ninguna mira ni á la tranqui-

Muerte del delfín.

Se atribuye al veneno.

(1. Mem de Du Bellay, 316, etc.

Año 1536. lidad con que el emperador y sus generales protestaron de su inocencia, ni al enojo y horror que demostraron por haberse podido siquiera sospecharles capaces de una accion tan abominable (1). A pesar de esto es manifesto que Carlos no tenia objeto alguno por el que le hubiera podido interesar perpetrar semejante delito; sin el delfin le quedaban al rey de Francia otros dos hijos, ya en edad de sucederle, y él mismo disfrutaba al mismo tiempo de una salud robusta. Sin cuidarnos ahora del carácter del emperador, á quien jamas se ha podido echar en cara ningun acto de tanta atrocidad, esta única idea es capaz por sí sola de abalanzar el poder de una declaracion equívoca arrancada por los dolores del tormento (2); los historiadores menos escrupulosos atribuyen la muerte del delfin al agua fria que imprudentemente bebió un dia un momento despues de haberse acalorado infinito jugando á pelota, y esta causa, que es de las mas sencillas, es igualmente la mas verosímil. Empero si fuese verdad el envenenamiento, la mas verdadera opinion fuera la del emperador, cuando dijo que el veneno le habia sido suministrado por mandato de Catalina de Médicis, por el deseo de fijar la corona real en el duque de Orleans su marido (3). Es claro que ella hubiera sacado el mejor partido de la muerte del delfin, y es muy sabido que su desmedida y desenfrenada ambicion jamas puso miramiento en los medios que podian hacerle alcanzar su objeto.

Año. 1537.
Decreto del
parlamento de
Paris contra el
emperador.

Principió el año siguiente con un acontecimiento muy extraordinario, si bien que de poco interes en sí mismo, y que no merecia hacerse mencion de él, si no

(1) *Mém. de Du Bellay*, 289.

(2) *Sandov. Hist. del Emper. II*, 231.

(3) Vera y Zuñiga, *Vida de Carlos V*, p. 75.

hubiese sido una manifiesta prueba de aquella enemistad personal que se puso siempre entre los negocios de Carlos y Francisco, que los condujo el uno contra el otro á excesos indecorosos, y que hacian poco favor á entrambos. Francisco en compañía de los pares y de los príncipes de la familia real, habiendo ido á ocupar su lugar en el parlamento de Paris, con las formalidades de costumbre, el fiscal general se levantó, y despues de haber acusado á Carlos de Austria (cuyo nombre dió con afectacion al emperador) de haber violado el tratado de Cambray, que le esceptuaba de prestar el vasallage que debia á la corona de Francia por la posesion de los condados de Flandes y de Artois, se escudó en que este tratado no se habia llevado á efecto, y que por esto el emperador debia aun reputarse como á súbdito del rey de Francia; que por lo mismo habia incurrido en rebeldía, por haber hecho armas contra su soberano; concluyó pues que el emperador debia ser citado á comparecer por sí ó por legítimo apoderado ante el parlamento de Paris como á su juez competente. Esta estraña demanda fue admitida; envióse un rey de armas á las fronteras de Picardía, quien notificó á Carlos del modo acostumbrado que se presentara ante él dentro cierto tiempo. Habiendo finido este y no compareciendo el acusado ni nadie en su nombre, el parlamento promulgó su sentencia por la que se declaraba á Carlos de Austria delinciente, y como á tal confiscados sus feudos por culpado de rebelion y contumacia; declaróse como á formando parte de la monarquía francesa los condados de Flandes y de Artois, y se mandó publicar la sentencia á son de trompetas en las fronteras de estas dos provincias (1).

(1) *Lettres et Mémoires d'Etat*, par Ribier, tom. 2. Blois 1666. tom I, p. 1.

Año 1537.
Abrese la
campana en
los Países-Ba-
jos.

El monarca francés, casi en el mismo instante de esta vana demostracion de su resentimiento mas que de su poder, se dirigió á los Países-Bajos como para poner en ejecucion la sentencia que habia proferido su parlamento, y para posesionarse de los dominios que le adjudicaba. La reina de Hungría á la que su hermano el emperador habia confiado el mando de esta parte de sus posesiones, como no estuviere dispuesta para este repentino ataque, dió causa á que al principio adelantase algo Francisco y se apoderase de algunas plazas importantes. Empero precisado luego á no mandar su ejército para dirigir las demas operaciones de la guerra, los flamencos reunieron un numeroso ejército, con el que recobraron la mayor parte de las ciudades que habian ya perdido, y empezaron á su vez á tomar posesiones enemigas. Atacaron por fin á Turena; el duque de Orleans, ya del fin entonces por la muerte de su hermano, y Montmorency, á quien habia condecorado Francisco con la espada de condestable en remuneracion de los grandes servicios que habia prestado en la campana precedente, determinaron arriesgar una batalla para hacer levantar el asedio de la plaza. Mientras que se adelantaban con este objeto, detuviéronse á la distancia de algunas millas del ejército enemigo por la llegada de un heraldo que les dirigia la reina de Hungría para participarles el convenio de un armisticio.

Suspension
de armas en
los Países-Ba-
jos.

Debióse esta imprevista suspension de armas al celo y esfuerzos de las dos hermanas las reinas de Francia y de Hungría que no cesaban de trabajar en la reconciliacion de los dos rivales. La guerra de los Países-Bajos habia destruido las provincias fronterizas de ambos dominios, sin ninguna ventaja real de los dos partidos; los franceses y flamencos hallaban igualmente á menos

la alteracion de su comercio que hacia su comun felicidad; y Carlos y Francisco, que habian destruido á sus vasallos para mantener las costosas operaciones de la antecedente lucha, conocieron que no podian en aquel entonces sostener en aquel suelo sus ejércitos en campaña, sin debilitar sus fuerzas en el Piamonte, donde querian poner los dos todas sus fuerzas. Todas estas circunstancias ayudaron á las dos reinas para lograr aquella negociacion; concluyóse pues una tregua de diez meses, la que únicamente seria guardada con respecto á los Países-Bajos (1).

Continuaba la guerra con ardor en el Piamonte. Verdad es que Carlos y Francisco no se hallaban en estado de hacer los esfuerzos que su enemistad mutua hubiera deseado, empero continuaban la lucha como dos guerreros á quien anima aun el rencor cuando sus fuerzas se han ya agotado. Unas mismas fortalezas eran ganadas y recobradas alternativamente; todos los dias se sucedian batallas parciales, en las que se vertia mucha sangre, sin que se diese ninguna accion que decidiese la superioridad para el uno ó el otro partido. Finalmente las dos reinas, no queriendo dejar incompleta la benéfica negociacion que habian principiado, tanto instaron é importunaron, la una á su hermano y la otra á su marido, que les precisaron igualmente á firmar una tregua de tres meses en el Piamonte. Se convino que cada uno de los dos monarcas se quedaria con el pais de que estaba posesionado y retiraria sus tropas de la provincia dejando guarniciones en las ciudades, y que cada uno nombraria su plenipotenciario para terminar todas las contiendas con un convenio definitivo (2).

En el 30 de julio, verificase en el Piamonte.

(1) *Mém. de Ribier*, 56.

(2) *Mém. de Ribier*, 62.

Año 1537.
Causas de
esta tregua.

Las causas que indujeron á los dos monarcas á firmar este convenio son las mismas que ya repetidas veces se han mencionado. Los gastos de la guerra escedian de mucho á los réditos que podian sacarse de sus rentas, y no osaban ya añadir nuevas contribuciones á las que estaban ya establecidas. Los pueblos no estaban acostumbrados á suportar en aquel entonces la inmensa carga que despues se les ha ido echando. El emperador, aun mas, habíase endeudado con unas sumas que en aquel siglo parecian enormes (1) y no podia pagar las inmensas cantidades que debia á su ejército desde mucho tiempo atras. Ya no tenia esperanzas de lograr auxilios en gente ni en metálico del sumo pontífice ni de los venecianos, á pesar de que no habia perdonado ni promesas ni amenazas para lograrlo. El papa, siempre constante en la determinacion que habia tomado, de conservar una perfecta neutralidad, manifestó que esta era lo único que se conformaba con su carácter, y trabajó todo lo que pudo para restituirles la paz. Los venecianos continuaban constantemente su antiguo sistema, cuyo objeto era igualar las fuerzas de los dos enemigos, y por consiguiente evitar dar demasiado peso á uno de ellos que rompiese el equilibrio.

El mas fuerte motivo de haberse aliado Francisco con el emperador.

Sin embargo lo que en el ánimo de Carlos causó mayor emoeion que todas estas razones, fue el miedo á los turcos, á los que habia Francisco movido de nuevo contra él, firmando un tratado con Soliman. Aunque Francisco hubiese tenido que sostener una guerra contra un enemigo de tantas fuerzas como el emperador, sin auxilio de aliado alguno, habia estado dudoso por mucho tiempo: horrorizábales tanto á los cristia-

(1) Ribier, I, 294.

nos entonces, esta especie de alianza con los infieles, alianza que miraban como deshonrosa é impía, y que por mucho tiempo dudó aprovecharse de las ventajas que aquel tratado con el Sultan le ofrecia. Finalmente, á pesar de todo la necesidad acalló sus escrúpulos, y sobrepujó su delicadeza. Laforet, que era su enviado secreto cerca del gran Sultan, habia firmado á fines del año antecedente con Soliman un convenio por el que este le daba su palabra de atacar en la campaña siguiente el pais de Nápoles y de atacar al rey de romanos en Hungría con un numeroso ejército; mientras que Francisco por su parte se encargaba de invadir el Milanesado con un ejército suficiente para posesionarse de él. Soliman habia puntualmente cumplido sus promesas. Presentóse Barbaroja con una formidable escuadra delante las costas de Nápoles, puso en consternacion á aquel reino desprovisto de las tropas imperiales que habian salido para el Piemonte, efectuó pues sin embarazo alguno su desembarco cerca Tarento, obligó á rendirse la ciudad fuerte de Lastres, devastó todo el territorio adyacente y se disponia á afianzar y dilatar sus conquistas, cuando la impensada llegada de Doria, favorecido por las galeras pontificias, y de una parte de la escuadra veneciana, precisó al corsario á retirarse. Los turcos habian hecho mas temibles adelantos en Hungría. Mahmet, su general, despues de algunas pequeñas victorias, destrozó en una gran batalla á los alemanes, en Essek, sobre el rio Drava (1).

Dichosamente para los cristianos no le fue dado á Francisco ejecutar con la misma exactitud la parte del convenio que habia tomado de su cuenta, no pudo en-

(1) Istvanheffi, *Hist. Hung.* l. XIII, p. 139.

Año 1537. tonces reunir un ejército bastante fuerte para invadir el Milanesado, y le escapó de esta suerte la ocasion de recobrar el dominio de este ducado. De este modo su insuficiencia preservó á la Italia de las desgracias de una nueva guerra y de los desastres de ser la presa del furor destructivo de los mahometanos, despues de todas las calamidades que ya habian pesado sobre ella (1). El emperador conoció que no podia por mucho tiempo resistir á los esfuerzos combinados de dos aliados tan poderosos, y que no tenia esperanzas de que nuevas felices casualidades viniesen á libertar á Nápoles y defender el Milanesado; vió de antemano que los estados italianos le acusarian con energía de desmedida ambicion, y que tal vez dirigirian contra él sus propias armas, si tan poco se interesaba en el peligro que les amenazaba, si se obstinaba en continuar la guerra. Todas estas razones le manifestaron la necesidad de firmar una tregua que interesaba á su gloria y á su propia seguridad. Tampoco Francisco quiso cargar él solo con la afrenta de la oposicion por sí solo á la restauracion de la paz, ni ponerse en riesgo de que le abandonasen los suizos y demas soldados estrangeros que le servian y á quienes podia desagradar su negativa. Empezaba tambien á temer que sus propios vasallos le servirian de mal grado, si contribuia á que se aumentase el poder de los infieles, poder que su propia conciencia y el ejemplo que le habian dado sus abuelos le ordenaban humillar, proseguia en obrar de un modo directamente contrario á todos los principios que debieran ser el norte de un príncipe que se titulaba rey cristianísimo. Estas reflexiones fueron de mas pe-

(1) *Jov. Hist. l. XXXV, p. 183.*

so y prefirió correr el riesgo de disgustar á su nuevo aliado que esponerse á peligros mucho mas graves por una fidelidad intempestiva en cumplir las obligaciones del tratado que habia firmado con Soliman.

Año 1537.

Aunque convinieran los dos monarcas en una suspension de armas, á pesar de esto, cuando llegó el caso de arreglar los artículos de un convenio definitivo, los plenipotenciarios encontraron dificultades insuperables. Cada uno de los dos príncipes queria tomar el rango de vencedor, y dictar al otro su ley; ni el uno ni el otro queria confesarse vencidos, ni sacrificar ningún punto de honor ni de interes. De modo que los plenipotenciarios malgastaron el tiempo en difosos é inútiles altercados, y finieron por separarse despues de haber únicamente firmado una prolongacion de la tregua por algunos meses mas.

Negociaciones para la paz entre Carlos y Francisco.

Año 1538.

A pesar de esto, el sumo pontífice, pensando ser mas dichoso que los plenipotenciarios, tomó á su cargo todo el manejo del tratado de paz; sus dos grandes planes eran formar una union bastante para defender á la cristiandad de los formidables ataques de los sarracenos, y convenir en disposiciones suficientes para esterminar la heregia de Lutero; y miraba la alianza del emperador con el rey de Francia como el primer paso y mas necesario para alcanzar estos objetos. Ademas de esto, reconciliando por su medio aquellos dos monarcas rivales á quienes sus predecesores habian enemistado infinitas veces con sus indecentes é interesadas intrigas, esta accion no podia menos de dar mayor brillo á su carácter, y honrar á su gobierno. Podia tambien esperar que insiguiendo tan laudables miras sacaria ventajas para su familia, cuyo engrandecimiento no echaba en olvido, aunque para este pro-

Las trata el Papa en persona.

Año 1538. yecto emplease menos atrevimiento y ambicion que por lo comun usaban los pontífices de aquel siglo. Habiéndole determinado todas estas razones, propuso unas vistas de los dos monarcas en Niza, y prometió asistir á ellas en persona, á fin de obrar como mediador y ajustar sus contiendas. Al ver un sumo pontífice, venerable por su alta dignidad y avanzada edad, determinarse, deseoso de la paz, á sufrir las incomodidades de tan largo viage, Carlos ni Francisco pudieron negarse con honradez á tales vistas. Acudieron ambos al punto de reunion; empero promoviéronse tantas contiendas acerca el ceremonial, y quedaba en el interior de su pecho tanta desconfianza y enemistad, que se negaron á verse y todo se hizo por la buena voluntad del papa, que iba á visitarlos alternativamente. A pesar de todo su celo, á pesar de sus buenas intenciones y de su conducta, no pudo remover los estorbos que impedían una reconciliacion definitiva por todo lo pertenciente á la posesion del Milanesado; y todo el influjo de su autoridad no pudo lograr que alojase la obstinacion con que cada uno de los dos monarcas insistia en sus pretensiones. Finalmente, por que no pareciese haberse trabajado infructuosamente, les precisó á consentir en firmar una tregua de diez años, con las mismas condiciones con que se habia verificado la primera, y con la que se convino que cada uno conservaria sus posesiones, y que los dos monarcas en este intermedio enviarian á Roma sus respectivos embajadores para tratar allí con toda detencion sus pretensiones respectivas (1).

Junio 18.
Conclúyese
en Niza una
tregua de 10
años.

De este modo finalizó una guerra que si bien no du-

(1) *Rec. des trait. II, 210. Relazione del Nicolo Tiepolo dell' Abboccamento di Nizza. Dumont, Corps diplom. part. II, p. 174.*

ró mucho fue con todo de mucha importancia por la inmensa estension de operaciones que abrazaba y por las fuerzas que en ella desplegaron los dos enemigos.

Aunque le hubiera salido frustrado el objeto que se proponia Francisco, que era el recobro del Milanesado, alcanzó á pesar de esto mucho honor, por la victoria de sus ejércitos, y por las prudentes disposiciones que tomó para rechazar una invasion formidable; y la mitad de las posesiones del duque de Saboya, cuyo dominio se aseguró, no dejó de aumentar en su monarquía un estado de harta consideracion. Carlos por el contrario, rechazado, humillado, despues de haberse jactado con tanta vanidad de una victoria de que tan seguro éxito se prometió, veíase precisado á comprar una tregua nada honrosa sacrificando un aliado que tanta confianza habia puesto en su amistad y poder. El desgraciado duque de Saboya murmuró, se quejó y declamó contra un tratado que le era tan contrario, pero todo fue en vano; y demasiado flaco para resistir á las circunstancias, debió contentarse con ellas. De todos sus dominios únicamente conservó á Niza con sus adyacencias, y vió lo demas repartido entre un poderoso enemigo y aquel mismo amigo cuyo socorro habia impetrado: es este un doloroso ejemplo de la inprudencia de los débiles monarcas, que siendo por desgracia vecinos de otros poderosos, y hallándose metidos en sus disputas, son por necesidad destruidos por el mismo choque.

Pasados algunos dias despues de firmada la tregua, Conferencias de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas. embarcóse el emperador para Barcelona, empero los vientos opuestos le arrastraron á la isla de santa Margarita, en las costas de Provenza. Francisco que estaba cerca de allí, asi que lo supo, miró como una obli-

Año 1538.

gacion convidarle con un asilo en sus dominios, y le propuso una conferencia particular en Aguas-Muertas. El emperador no quiso que su enemigo le ganase en generosidad, y se confirió al punto al lugar indicado; luego que hubo anclado en la rada, Francisco, dejando á un lado toda etiqueta y con una ciega confianza de seguridad, en el punto de honor del emperador, fue á visitarle á bordo de su galera, donde le recibió Carlos con todas las muestras de aprecio y amistad la mas sincera. Al otro dia, dió el emperador muestras á Francisco de la misma confianza; desembarcó en Aguas-Muertas, con tan poca precaucion, y fue recibido con la misma afabilidad. Los dos principes estuvieron toda la noche en la playa, y al parecer querian con sus mutuas visitas contender sobre quién de los dos mostraria al otro mas respeto y amistad (1). Despues de veinte años de guerra abierta ó de ódio secreto, despues de tantos mutuos agravios, despues de haberse desmentido formalmente el uno al otro, y de haberse desafiado públicamente por escrito; despues de haberse manifestado el emperador á la faz de la Europa toda perorando contra Francisco, tratándole de monarca sin honor ni probidad, al propio tiempo que Francisco acusaba al emperador de complicidad en el envenenamiento de su hijo mayor, debieron parecer estraordinarias y fuera del órden natural semejantes vistas; empero la historia de ambos monarcas abunda en contraposiciones tan maravillosas como precipitadas. Al parecer pasaban en un momento del mas furioso aborrecimiento á la mas verdadera reconciliacion, de la

(1) Sandov. *Hist.* vol. II, 238. *Relation de l'entrevue de Charles V et de François I*, par M. de La Rivoyre. *Hist. de Languedoc*, par D. D. Vic. et Vaissette, tom. V, preuves, p. 93.

desconfianza y sospechas á la tranquilidad y seguridad ilimitada; de todas las ocultas astucias de una falsa y pérfida política á la noble franqueza de dos valientes caballeros.

El papa reunió a la gloria de haber pacificado a la Europa la satisfacción de haber trabajado con buenos resultados en el engrandecimiento de su familia. Logró del emperador que consintiera en que Margarita de Austria, su hija natural, viuda de Alejandro de Médicis, contrajera matrimonio con Octavio Farnesio; y Carlos respecto a este enlace, concedió al propio tiempo a su futuro yerno honores y posesiones cuantiosas. Margarita habia quedado viuda a últimos del año 1537 por un acontecimiento de los mas trágicos. Aquel jóven príncipe a quien el emperador con su benevolencia habia ascendido en Florencia al poder supremo sobre las ruinas de la libertad pública, olvid se absolutamente de la dirección del estado y se abandonó a la mas desenfrenada licencia. Lorenzo de Médicis, su mas próximo pariente, no se contentaba en ser su compañero en la disolución, pues que era tambien su ministro; y valiéndose para esta vil ocupación de todos los medios de un hábil talento, con la práctica   invención, sabia mezclar en este libertinage tanta variedad y galantería que ganó sobre el corazón de Alejandro el mas absoluto poderi . Empero mientras que al parecer Francisco se sepultaba con él en la vida desenfrenada, y que mostraba a su vista tanta molici  y pereza, y que no queria ce nir espada, y que fingia horrorizarse a la sola vista de sangre derramada, ocultaba bajo esta capa de hipocresía un corazón arrastrado de una atrevida y fuerte ambición. Ya sea por amor a la libertad, ya esperanza de llegar al poder supremo,

Añ. 1538. resolvió asesinar á Alejandro , su bienhechor y amigo. Aunque allá en su mente hubiera resuelto este horroroso proyecto , su genio suspicaz y prudente le impidió confiarlo á nadie , y continuó viviendo con Alejandro en la misma intimidad ; finalmente , so pretexto de proporcionarle una entrevista con una dama de distincion , cuyos favores habia solicitado muchas veces Alejandro , llevó consigo una noche á este imprudente príncipe á un aposento retirado de su casa , y le dió de puñaladas en el momento mismo que acostado lascivamente en una cama , se disponia á recibir á la dama cuyo goce se le habia prometido ; empero apenas Lorenzo hubo cometido esta maldad , que quedando estático y confundido , amilanado á vista de su barbaridad , olvidó en un momento todos los motivos que le habian inducido á ello. En vez pues de animar al pueblo á recuperar su libertad , noticiándole la muerte del tirano , en vez de tomar disposiciones para apoderarse de la dignidad que acababa de dejar vacía , cerró la puerta del aposento y se fugó precipitadamente saliéndose del territorio de Florencia , como un hombre que ha perdido la razon. No se supo la desgracia de Alejandro hasta al otro dia ya muy tarde , puesto que sus domésticos , acostumbrados á su vida licenciosa , nunca entraban temprano en su aposento. Reuniéronse al punto los principales del gobierno. El cardenal Cibo , animado por su celo á favor de la casa de Médicis , de la que descendia muy próximamente , y favorecido por Francisco Guicciardini , quien recordó á los florentinos , con las mas vivas espresiones , las locuras y disturbios de su antiguo gobierno popular , les determinó á colocar al frente del mando á Cosme de Médicis , joven de diez y ocho años de edad y único heredero va-

Cosme de Médicis es colocado al frente del estado de Florencia.

ron de aquella famosa familia. Al propio tiempo el amor que aquel pueblo conservaba hácia su libertad, les movió á promulgar varios estatutos que moderaban y ponian límites á su poder. Año 1538.

Entre tanto habiéndose puesto en cobro Lorenzo, contó su obra á los florentinos desterrados y á aquellos que de su propia voluntad se habian fugado al anularse el gobierno republicano, para dar lugar á la fundacion del gobierno de los Médicis. Aquellos republicanos alabaron con estravagancias semejante maldad, y compararon la virtud de Lorenzo con la de los dos Brutos que para la libertad de su patria sacrificaron, el uno los derechos de la naturaleza y de la sangre, y el otro las obligaciones del reconocimiento y de la amistad (1). No se limitaron á infructiferos elogios; salieron de sus varios refugios, reunieron tropas, é infundieron valor á sus vasallos y partidarios animándoles á tomar las armas y á aprovechar una ocasion tan propicia para reponer las libertades públicas sobre sus antiguas bases. Protegidos manifiestamente por el embajador de Francia en la corte de Roma, y animados en secreto por el sumo pontífice, que aborrecia á la familia de los Médicis, invadieron el territorio de Florencia con un ejército bastante respetable. Empero los que habian elegido á Cosme estaban proveidos de cuantos socorros necesitaban para sostener al que habian elegido, y tambien poseian los talentos á propósito para valerse á tiempo de aquellos recursos. Levantaron con la mayor presteza harto gran número de tropas y emplearon toda su astucia en grangearse el afecto de los ciudadanos mas respetables y en hacer probar al

Los desterrados de Florencia se oponen á su elevacion.

(1) *Lettere de' principi*, tom. III, p. 52.

Año 1538. pueblo la bondad del mando del jóven príncipe. Festejaron principalmente al emperador, y procuráronse su proteccion como el mas sólido fundamento que podia sostener la elevacion y poder de Cosme. Sabia Carlos cuán aficionados eran los florentinos á la alianza con Francia, y sabia tambien cuánto le aborrecian á él los partidarios de la república, puesto que le miraban como al opresor de su libertad. Interesábale pues impedir se restableciese la antigua constitucion. Reparólo, y no únicamente se contentó en reconocer á Cosme por gefe del gobierno de Florencia y en tributarle todos los honores con que habia sido adornado Alejandro, sí que tambien se obligó á defenderle cuidadosamente; y en prueba de su promesa, mandó á los comandantes de su ejército imperial, acantonado en las fronteras de Toscana, que le auxiliasen contra todos sus enemigos. Cosme, auxiliado de esta suerte, quedó fácilmente victorioso de los desterrados, y sorprendiendo á sus tropas por la noche hizo prisioneros á la mayor parte de sus generales. Este suceso desbarató todos los planes de la faccion, y el poder de Cosme quedó solidado perfectamente. Hubiera sin duda querido añadir á los honores de que estaba colmado contraer matrimonio con la viuda de su antecesor Alejandro, la hija de Carlos; empero el emperador creyéndose seguro de la amistad de Cosme prefirió dar gusto al papa casándola con su sobrino (1).

Debilitase la amistad que mediaba entre el emperador y Enrique VIII.

Mientras que peleaban el emperador y Francisco, aconteció un lance que debilitó bastante la buena armonía y amistad recíproca que mediaba desde mucho

(1) *Jov. Hist. l. XCVIII, p. 218, etc. Bolear. Comment. l. XXII, p. 696. Istoria de, suo tempi di Giov. Bat. Adriani, Venet. 1587, p. 10.*

tiempo entre el monarca inglés y el rey de Francia. Jaime V, rey de Escocia, príncipe jóven y valiente, al saber que el emperador habia ideado invadir la Provenza, quiso demostrar que no habia en él degenerado la adhesion de sus antepasados á la Francia: con vehementes deseos al propio tiempo de hacerse célebre con alguna proeza militar, formó una division con la intencion de mandarla en persona, para ausiliar á Francisco. Muchos desgraciados acontecimientos no le permitieron conducir su corto ejército á Francia, pero no por esto renunció á sus deseos de pasar allí él mismo. Al momento de haber desembarcado se apresuró á llegar á Provenza; empero era ya tarde; puesto que detúvose por tan largo tiempo en su viage que no se pudo hallar en ninguna accion, y solo se reunió al rey de Francia despues que se habia retirado el ejército del emperador. Un celo tan animado, reunido á unos modales y política muy finos, prendaron tanto á Francisco que no le pudo negar en matrimonio á su hija Magdalena. Enrique sintió muy visiblemente esta noticia; habia llegado á envidiar á Jaime, á quien lo mismo que á sus vasallos habia por mucho tiempo tratado con harto desprecio, y no podia mirar indiferentemente una boda que de necesidad debia aumentar las fuerzas y predominio del joven príncipe á quien aborrecia (1). A pesar de esto no podia con justos pretextos impedir á Francisco que diese la mano de su hija á un monarca descendiente de una familia de príncipes, antiguos y fieles aliados de la monarquía francesa; empero habiendo casi al mismo tiempo dejado de existir Magdalena, y habiendo Jaime pedido en segundas nup-

1 enero de
1537.

(1) *Hist of Scotland, vol. I, p. 77.*

Año 1538. cias á María de Guisa , Enrique suplicó energicamente á Francisco que negara su consentimiento para este enlace ; y para con mas seguridad frustrar las intenciones de Jaime , pidió á aquella princesa para sí mismo. A pesar de todo , Francisco prefirió al monarca escocés , porque conoció que era sincero su amor , y desechó las artificiosas y mal intencionadas del monarca inglés , quien se ofendió por ello con enojo. Por otra parte , la paz concluida en Niza y las familiares visitas de los dos soberanos en Aguas-Muertas habian infundido en el ánimo de Enrique nuevos recelos ; pensóse que Francisco habia desechado del todo su amistad para formar nuevas alianzas con el emperador. Carlos , que penetraba en lo interior de las ideas del rey de Inglaterra , observaba atentamente todas las variaciones y caprichos de sus pasiones , y creyó haber llegado el punto de renovar sus antiguos tratados por tanto tiempo interrumpidos. La muerte de la reina Catalina , cuyos intereses no habia podido abandonar honrosamente , habia apagado el principal motivo de sus desuniones , por lo que sin mentar siquiera la intrigada contienda del divorcio , supo emplear con Enrique los medios que juzgó mas á propósito para renovar su amistad. Le propuso á este fin varios enlaces ; hasta le brindó con su sobrina , la hija del rey de Dinamarca , pidióle á la princesa María para un infante de Portugal , y hasta consintió en admitirla como á hija ilegítima de Enrique (1). Ninguno de estos enlaces se efectuó , y quizá tampoco se propusieron formalmente ; empero no por eso hubo menos motivo de seguir una no interrumpida correspondencia entre los dos monarcas , y

(1) *Mém. de Ribier, t. I, p. 496.*

á tantas mutuas protestas de miramiento y amistad, se siguió la disminucion de la cólera de Enrique contra el emperador, y prepararon muy de antemano aquella alianza que tan fatal debia ser un dia al rey de Francia. Año 1538.

Las grandiosas empresas en que le habia empeñado al emperador su ambicion, y las guerras que por muchos años habia mantenido, habian continuado en favorecer y fomentar los progresos de la reforma en Alemania. Mientras duró su expedicion á Africa, y mientras le traian ocupado sus grandes pensamientos contra la Francia, su principal conato en Alemania fue impedir que las cuestiones religiosas no perturbaran la tranquilidad pública, y á este objeto trató siempre á los príncipes protestantes con una indulgencia propia para hacérselos de su favor, ó á lo menos hacer de modo que no se aliasen á su enemigo. Por esta razon procuró asegurar á los protestantes la posesion de todos los beneficios que les habian sido concedidos en los artículos de la paz concluida en Nuremberg el año 1552 (1); esceptuando algunos procedimientos judiciales de la cámara imperial, no se les contrarió de ninguna manera en el ejercicio de su religion, y nada les estorbó su celo y buca éxito en la propagacion de sus dogmas. Durante estas cosas, el sumo pontífice continuaba sus negociaciones para la reunion de un concilio general, y á pesar del descontento que los protestantes habian demostrado acerca la eleccion de Mantua, continuó en su resolucion, y el dia 2 de junio del año 1556 espidió una bula, que prefijaba el dia de la reunion en aquella ciudad para el dia 25 de mayo del año siguiente: nombraba á tres cardenales para que la presidiesen

Progresos de la reforma.

Negociaciones é intrigas para el concilio general.

(1) Dumont, *Corpus diplomat. tom. IV, part. 2, p. 138.*

Año 1538. en su nombre, ordenaba á todos los príncipes cristianos apoyasen aquel concilio con su autoridad, é invitaba á todos los prelados de todas las naciones á que se confiriese allí. La convocacion de un concilio de esta suerte, que requiere por su naturaleza tiempos de bonanza y pechos dispuestos para la paz, pareció muy fuera de propósito, en una época en que el emperador marchaba contra la Francia, y estaba á punto de sepultar á la mayor parte de Europa en los horrores de la guerra. No por esto dejó de notificarse la bula á todas las potencias por medio de nuncios extraordinarios (1). El emperador para grangearse el afecto de los alemanes, habia vivamente instado al sumo pontífice, durante su permanencia en Roma, á reunir un concilio; pero al propio tiempo, á fin de lograr que Pablo rompiese la neutralidad que continuamente habia conservado entre él y Francisco, envió en compañía del nuncio destinado por el papa á Alemania, á su vicescanciller Heldo, con el encargo de apoyar todas las pretensiones del nuncio y sostenerlas con todo el poder de la autoridad imperial. Diéronle los protestantes audiencias en Smalkalde, donde se habian reunido para recibirles; empero despues de haber meditado detenidamente sus discursos, se negaron unánimemente á reconocer un concilio, reunido á nombre y poder del papa, y en el que se tomaba por sí mismo el derecho de presidencia; que debia celebrarse en una ciudad lejos de Alemania y súbdita de un monarca extranjero y aliado estrechamente con la corte romana; en un lugar en que sus teólogos no podian conferirse seguramente, y principalmente cuando sus opiniones eran apellida-

Febrero 15
de 1537.

(1) Pallavic. *Hist. concil. Trid.* 113.

das con el dieterio de heregía en la misma bula de convocacion. Estas objeciones contra aquel concilio, reunidas á otras varias que les parecian convincentes, las esplanaron en un difuso manifesto que publicaron para no dejar dudas acerca de su conducta (1).

Año 1538.

La corte de Roma se enfureció contra el insulto de los protestantes, y lo manifestó como una cierta prueba de su evanecimiento y orgullo, y el papa insistió en su resolucion de celebrar el concilio en la poblacion, forma y tiempo que habia presijado. Opuso sin embargo algunas dificultades el duque de Mantua, tanto por lo que miraba á su derecho de jurisdiccion sobre las personas que asistirian al concilio, como tambien acerca la seguridad de su capital con una reunion tan numerosa de estrangeros, las que no habiendo podido terminar el papa desde un principio, retardaron la reunion del concilio por algunos meses; cambiándose el lugar de la reunion en Vicenza, en los dominios venecianos, y quedó emplazado para el dia 1.º de mayo del siguiente año. Como ni el emperador ni el monarca francés se habian aun avenido en parte alguna de su contienda, negaron á sus súbditos el consentimiento de asistir á él, y por consiguiente ni un solo prelado compareció en el dia presijado, y entonces el sumo pontífice citó el concilio para un tiempo indeterminado (2), para evitar de este modo comprometer su autoridad con tan inútiles repetidas convocatorias.

Octubre 8 de 1538.

A pesar de esto, Pablo, que no queria demostrar haber colocado su atencion en verificar una reforma que no estaba en su poder llevar á cabo, mientras dejaba en olvido lo que dependía de él, comisionó un deter-

El papa reformó algunos abusos.

(1) Sleidan, l. XII, 123, etc. Serkend. Com. l. III, p. 143, etc.

(2) Fra-Paolo, 107. Pallavic. 117.

Año 1538. minado número de cardenales y de obispos con plenos poderes de examinar los abusos y desórdenes que se estaban cometiendo en la corte romana, y proponer los medios mas á propósito para su enmienda. Admitiése esta comision de mal grado y se llevó á cabo con lentitud y tibieza; aplicóse en todos los abusos una mano débil que temia profundizar demasiado la cicatriz, ó quitar del todo la capa que los cubria. A pesar de toda la flojedad de este exámen se descubrieron sin embargo muchos desórdenes y aclararon increíbles abusos; empero los remedios que para ello se señalaban, ó no eran bastantes, ó dejaron de ponerse en práctica. Habíase enteramente resuelto á mantener siempre secreto el informe y opinion de los comisionados; empero sucedió que por alguna casualidad se vislumbraron en Alemania, donde se hicieron luego públicos, y dieron ancho campo á las reflexiones y al triunfo de los protestantes (1). Por otra parte patentizaban que era necesaria una reforma en todo el cuerpo de la iglesia, y demostraban que muchos de los abusos con los que se acordaba eran aquellos mismos contra los que se habian opuesto con el mayor vigor Lutero y sus sectarios; y por otra probaban cuán inútil era esperar en el clero bastante valor para efectuar por sí mismo esta reforma, el que, segun decia el propio Lutero, *se entretenia en curar berrugas mientras olvidaba las llagas*, ó las encobria aun mas.

Liga formada en oposicion á la de Smaikalde.

La actividad con que desde un principio parecia solicitar el emperador que los príncipes protestantes se adhiriesen á la reunion de un concilio en Italia, les puso tan cuidadosos que juzgaron prudente dar aun mas

(1) Sleidan, 233.

Fuerzas á su alianza admitiendo en ella á muchos nuevos miembros que deseaban ser admitidos y en particular al rey de Dinamarca. Helder que durante su permanencia en Alemania habia reparado las inmensas ventajas que resultaban de esta union, intentó igualar su fuerza, formando otra igual entre las potencias católicas del imperio. Esta liga, á la que se honró con el nombre de Santa, era únicamente defensiva; y aunque Helder la formó á nombre del emperador, reprobola despues Carlos y unicamente ingresaron en ella un cortísimo número de principes (1).

Pronto supieron los protestantes esta union apesar de cuantas precauciones se tomaron para llevarla oculta. Su celo siempre pronto á sospechar y temer excesivamente todo cuanto podia amenazar á la religion, receló al momento como si el emperador hubiera estado preparado para poner en práctica alguna terrible combinacion para destruir su doctrina. Ocupados seriamente de esta idea y queriendo ponerse á salvo de este temor panico, se reunieron con frecuencia, festejaron con empeño á los reyes de Francia é Inglaterra, y hasta empezaron á tratar del número y cantidad de tropas y metálico que cada individuo de la liga estaba obligado á entregar conforme al tratado de Smalkalde. Empero no tardaron en conocer que eran infundados sus temores y que el emperador que era quien mas necesidad tenia de paz y tranquilidad, despues de la destruccion á que le habiau reducido los estraordinarios esfuerzos que debió hacer para sostener la guerra contra la Francia, ni siquiera le habia venido al pensamiento el turbar la paz de Alemania. Quedaron de

Año 1538.

Temores de los protestantes.

19 de abril de 1539.

(1) Seeckend. I. III, 171. *Recueil des traités*

Año 1539. ello convencidos los príncipes protestantes en una reunión celebrada en Francfort con sus embajadores: estableciöse en ella que por quince meses mas subsistirian las mismas concesiones que antes se les habian hecho y particularmente aquellas en las que se habia convenido en el tratado de Nuremberg: que la cámara imperial por todo este tiempo suspenderia todos sus actos judiciales contra ellos, que se reuniria un consejo de unos pocos teólogos de ambos partidos á fin de dilucidar los puntos de disputa y disponer los artículos de reconciliacion que se deberían proponer en la próxima dieta. El emperador segun su costumbre tampoco ratificó este convenio, á fin de no enojar al papa quien pretendia que el primer artículo era directamente contrario á los verdaderos intereses de la sede apóstolica; á pesar de esto sin embargo no dejó de cumplirse con la mayor escrupulosidad y aseguró la base de aquella libertad religiosa por la que tanto clamaban los protestantes (1).

Pasados algunos dias del tratado de Francfort se supo el fallecimiento de Jorge duque de Sajonia, acontecimiento muy propicio para la reforma. Este príncipe, principal de la línea Albertina, segunda de los príncipes de Sajonia, poseia los marquesados de Misnia y de Turingia que ocupaban una muy vasta estension de terreno, y en los que estaban situadas las ciudades de Dresde, Leipsick y otras varias de las mas principales del electorado. Desde que se manifestó la reforma, habiase declarado este príncipe su enemigo con tanto ardor cuanto habian manifestado en su defensa los príncipes electores. Habíase opuesto infati-

(1) Fra-Paolo, 82. Steid. 247. Secken. l. III, 200.

gablemente á sus progresos con todo el celo que inspira el fanatismo religioso, con todo el rigor que le dictaba su antipatía natural contra Lutero y con toda la amarga enemistad de familia que dominaba entre él y la otra rama de su estirpe. Como murió sin dejar sucesor alguno de sus descendientes, tocaron sus dominios á su hermano Enrique cuya afición á favor de la religion protestante, excedia aun si es posible, á la de su hermano para la católica. Apenas tomó posesion Enrique de su nuevo patrimonio, cuando sin ninguna consideracion á una cláusula del testamento de su difunto hermano que le habia dictado su fanatismo, y con la que dejaba todos sus dominios al emperador y al rey de romanos dado caso que su hermano intentase variar la religion, invitó á algunos doctores protestantes y juntó con ellos á Lutero á que se trasladasen á Leipsick. Ayudado de sus consejos y valimiento, anuló en el espacio de algunas semanas el antiguo culto, y restauró el entero ejercicio de la religion reformada, con universal aplauso de sus vasallos, que deseaban desde mucho tiempo aquella mudanza, la que unicamente habia diferido hasta entonces la autoridad del difunto duque (1). Semejante revolucion salvó á los protestantes del peligro de que se veian amenazados á cada instante por el inveterado aborrecimiento de un enemigo, que estaba situado en el centro de su territorio: vieron entonces ensancharse sus dominios y formar una liga seguida casi sin interrupcion desde las playas del mar báltico hasta las márgenes del Rin.

Poco tiempo despues de la tregua de Niza, sobrevino un acontecimiento que manifestó á la Europa en-

Sedicion de las tropas imperiales.

(1) Sleidan, 249.

Año 1539. tera que el emperador se habia empeñado en la lucha todo cuanto le habia permitido el estado de sus cosas. Debía desde mucho tiempo innumerables sumas á su ejército al que habia alimentado siempre con esperanzas y frustradas promesas. Como conocieron que aun se tendria menos cuidado en atender á sus demandas, despues de estar afirmada la paz por cuyo motivo no eran tan necesarios sus servicios, perdieron la paciencia, se sublevaron descaradamente, y manifestaron que se creian autorizados á tomarse por fuerza lo que se les debia con justicia. Este germen de sedicion no quedó aislado á una parte de los dominios del emperador; el levantamiento casi se hizo general tanto como lo era el objeto que la promovió. Las tropas que estaban en el Milanésado, devastaron sin restriccion la campiña y pusieron terror en la capital. La guarnicion del fuerte de la Goleta, amenazó entregar esta importante fortaleza á Barbarroja. Los soldados imperiales cometieron aun con el tiempo mayores tropelías, y despues de haber depuesto á sus oficiales y elegido otros en vez de aquellos, destrozaron una partida que el virey habia enviado contra ellos, apoderárouse y entregaron al saqueo muchas ciudades, y obraron con tal tino que sus movimientos mas se parecian á las regulares operaciones de una meditada rebelion que á la fugitiva violencia y desórden de una soldadesca afortunada. Sin embargo, los generales de Carlos, con tanta astucia como prudencia ya tomando dinero á préstamo unos en su nombre y otros en el del emperador, ya obligando á las ciudades de sus respectivas provincias, á satisfacer crecidas contribuciones recaudaron el dinero suficiente para pagar el sueldo á los soldados y sufocaron de esta suerte la rebelion; despidieron despues la mayor parte

de los soldados y solo se quedaron con los necesarios para guarnecer las principales plazas y para defender las playas del mar de los insultos de los turcos (1). Año 1539.

Felizmente para el emperador la pericie de sus generales le sacó de este estado apurado del que no se hubiera podido salvar por sí solo. Todas sus esperanzas y recursos para desquitarse de las deudas que habia contraído con sus soldados estribaban en los auxilios que esperaba de sus vasallos de Castilla. A este objeto reunió las cortes de este reino en Toledo; les manifestó los inmensos dispendios que le habian ocasionado sus operaciones militares y las cuantiosas deudas que de precision habia debido contraer, y las insinuó que le proporcionasen los socorros que el actual estado de sus cosas exigia, gravando á todas las mercancías con un impuesto general. Empero los españoles que estaban ya cargados de contribuciones desconocidas de sus abuelos, y que infinitas veces se habian ya quejado de ver á su patria exausta de hombres y dinero á causa de unas querellas que en nada les tocaban y de unas guerras cuya victoria no les llevaria ninguna ventaja, habian ya detenidamente resuelto, á no imponerse nuevos tributos, y en no dar nada al emperador para empeñarse en nuevas contiendas, tan desgraciadas para la España como lo habian sido casi todas las que hasta entonces habia promovido. En particular la nobleza, protestó con energia contra aquel impuesto que proponia, y mantuvieron que les usurpaba el primero y mas principal privilegio de su orden, cual era el ser exentos de pagar cualquiera especie de cantidad señalada. Pidieron se les dejase tratar con los representau-

Las cortes de Castilla se reanen en Toledo.

Quejas y descontento de esta junta.

(1) Jov. *Hist.* XXXVII, 203 e Sandov Ferreras, IX, 309.

Año 1539. tes de las ciudades sobre el estado de la nacion; manifestaron á Carlos que si imitando á sus antecesores permanecia constantemente en España, y evitaba entrometerse en una infinidad de asuntos agenos de este reino, las rentas fijas de la corona ascenderian á cubrir todos los gastos necesarios; añadieron tambien que mientras olvidase este sabio y siempre cierto modo de restaurar el crédito público y de hacer á una nacion rica (1), seria sobremanera injusto, gravar aún mas con nuevos impuestos al pueblo. Carlos despues de haberse valido aunque inutilmente de todas las razones, súplicas y promesas para vencer el tema de las cortes las disolvió enojado. Desde esta fecha los nobles y prelados no fueron convocados mas para estas reuniones bajo el pretexto de que cuando se trataba de imponer nuevos impuestos públicos no podian tener voto en ellas los que no estaban obligados á pagar sus cuentas. Solo se admitieron en las cortes á los procuradores ó representantes de las diez y ocho ciudades. Estos formaban el número de treinta y seis porque cada uno nombraba dos de estos comisionados, y quienes formaban una junta que carecian del poder y dignidad de las antiguas cortes y que era siempre del parecer del rey en todas las deliberaciones (2). De este modo fue como el inconsiderado celo con que los nobles de Castilla habian defendido los derechos del soberano contra las pretensiones de los comuneros, en los disturbios del año 1521, finió en ser fatal para todo su cuerpo. Auxiliando á Carlos para destruir una de las órdenes del estado, aniquilaron aquel equilibrio que formaba

Destrúyese
la antigua
constitucion
de las cortes.

(1) Sandov. *Hist.* vol. II, 269.

(2) Sandov. *ibid.* *La Science du Gouvernement*, par M. de Real, tom. II, p. 102.

la seguridad de la constitucion y colocaron á aquel príncipe y á sus sucesores en estado de deprimir despues á la nobleza y quitarla sus mas honrosos privilegios.

Año 1559.

A pesar de esto, quedaba al propio tiempo á los grandes de España un poder y privilegios extraordinarios que ponian en práctica y defendian con el orgullo que les era propio. El emperador, tuvo una prueba de ello bien á su pesar durante la convocacion de cortes en Toledo. Al regresar cierto dia de un torneo, en compañade la mayor parte de la nobleza, uno de los alguaciles de su corte, movido de un cuidado demasiado oficioso para hacer paso al emperador pegó con su vara al caballo del duque del Infantado; el orgulloso duque se ofendió de esto y desenvainando su espada hirió al ministro de justicia. Encolerizado Carlos de esta violencia ejercida á su propia vista y sin miramiento á su persona, mandó al alcalde de casa y corte Ronquillo que prendiese al duque del Infantado; como Ronquillo se adelantase para poner en ejecucion esta órden el condestable de Castilla se opuso á ello; lo prendió él mismo, reclamó como un privilegio de su destino el derecho de jurisdiccion que le competia sobre un grande de España, y se llevó al duque del Infantado á su propio aposento. Los nobles que estaban presentes quedaron tan contentos de este valeroso celo por los privilegios de su clase, que dejaron al emperador y siguieron al condestable hasta su palacio con festivas aclamaciones: Carlos se vió precisado á retirarse acompañándole unicamente el cardenal Tavera. Por mucho que le descontentara este insulto, previó el peligro que corria en malquistarse con un cuerpo tan celoso y orgulloso al que el mas leve ultrage podia arrastrar al úl-

Los grandes de España disfrutaban aun de grandes fueros.

Al . . . 559) timo extremo. En vez de insistir en hacer prevalecer sus derechos con un rigor fuera de tiempo, pasó por alto con prudencia respetando el orgullo de aquella clase demasiado poderosa, á la que no podia castigar sin peligro, y al otro dia por la mañana envió recado al duque del Infantado, invitándole á que mandara castigar del modo que quisiese al alguacil que le habia agraviado. El duque vió en esta accion una entera satisfaccion de la injuria, perdonó al momento al alguacil y hasta le hizo un espléndido regalo para indemnizarle de la herida. Pronto quedó este asunto olvidado del todo (1); y no hubiera sido menester hacer de ello mencion aquí, si no fuese un manifesto ejemplo del espíritu activo é independiente que demostraba entonces la nobleza de España, y al propio tiempo una prueba de la sabiduría con que el emperador sabia obrar conforme las circunstancias.

Motin de la ciudad de Gante.

Lejos estuvo Carlos de demostrar la misma condescendencia y benignidad con los habitantes de Gante cuando se insurreccionaron contra su gobierno algun tiempo despues. Un acontecimiento ocurrido en el año 1556 fue el movíl de la temeraria sublevacion que tan fatal fue para esta hermosa y rica ciudad. La reina viuda de Hungría que gobernaba los Países Bajos, habia recibido de su hermano la orden de atacar la Francia con las tropas que pudiese levantar, convocó á los estados de las provincias unidas y logró de ellos un subsidio de un millon y dos cientos mil florines para el gasto de este intento. El condado de Flandes, debia satisfacer la tercera parte por su cuota; empero los habitantes de la ciudad de Gante, la mas principal de aquel condado

Pretensiones de los ganteses.

(1) Sandov. II, 274. Ferreras, IX, 212. Miniana 113.

les convenia evitar la guerra con la Francia porque hacian en ella un comercio muy dilatado y ventajoso; negáronse pues á satisfacer su contingente, y sostuvieron que en virtud de los tratados convenidos entre ellos y los antecesores del emperador, su soberano actual, no se podia imponer ninguna contribucion á su ciudad á no ser que ellos la hubiesen espresamente consentido. La reina de Hungría estaba firme por su parte en que el socorro de un millen doscientos mil florines, como fuese otorgado por los estados de Flandes de los que formaban parte los procuradores de Gante, esta ciudad estaba obligada por la concesion de dichos estados, y que uno de los principales fundamentos de una sociedad, aquel del que esencialmente dependen el buen orden y sosiego de todo gobierno, es que la voluntad de la minoria no debe ser un obstáculo á la determinacion de la mayoria.

Estas razones no convencian á los ganteses, que no estaban con ánimo de dejarse quitar de entre manos un privilegio de tanta importancia. Avezados durante el gobierno de la casa de Borgoña á disfrutar de amplias inmunidades, y á que les tratasen con suma indulgencia se negaron á sacrificar al mando de una regenta unos derechos y unos privilegios que tan dichosamente habian repetidas veces defendido, contra sus mayores monarcas y soberanos mismos. La reina probó al principio vencerlos por medio de la suavidad y procuró á precisarles á cumplir su obligacion, con varias señales de condescendencia; empero no habiendo podido conseguir su intento de vencer su aferramiento, se enojó tanto que mandó prender á todos los ganteses que se pudieran haber en toda la estension de los Países Bajos. Este acto violento no era cdecuado para imponer

Año 1539. respecto á unos hombres movidos por todas las ardientes pasiones que promueven el horror á la esclavitud y el amor á la libertad. Menos conmovidos por el peligro que podrían correr sus compatriotas y amigos que enojados contra la gobernadora, despreciaron su autoridad y enviaron comisionados á las demas ciudades de Flandes suplicándolas que no abandonasen la causa comun en este apurado trance y que se reunieran á ellos para mantener sus derechos contra las intenciones de una muger que no sabia á quanto se estendian sus privilegios, ó que demostraba despreciarlos. Exceptuadas algunas cortas ciudades todas las demas se negaron á aliarse contra la gobernadora; reuniéronse sin embargo para suplicarla que no pasase adelante en la recaudacion del subsidio hasta que los moradores de Gante pudiesen enviar algunos diputados á España, para manifestar al soberano los títulos de su excepcion. La reina concedió esta demora despues de haber opuesto algunos inconvenientes; Carlos recibió aquellos comisionados con un orgullo, que no habian acostumbrado conocer en sus antiguos dueños; les mandó que obedeciesen á su hermana como á él mismo y envió sus pretensiones para que las examinasen al consejo de Malinas. Este tribunal que en efecto no era mas que una comision emanada del parlamento de aquel condado, pero con una jurisdiccion superior en todas las materias civiles y criminales (1), declaró sin fundamento la pretension de los ganteses y les mandó pagar inmediatamente su parte de subsidio.

Tomaron las armas y ofrecen entregarse á la Francia.

Enojados por esta sentencia á la que miraron como una tiránica injusticia, y desesperados de ver que el tribunal que debia favorecerlos, despreciaba sus fueros,

(1) *Descrizione di tutti paesi bassi di Lud. Guicciardini. Ant. 1571, in-fol. p. 53.*

acudieron los ganteses por todas partes á las armas, echaron de la ciudad á cuantos nobles habitaban en ella, prendieron á muchos empleados del emperador y hasta dieron tormento á uno de ellos, á quien acusaron de haber hecho desaparecer furtivamente ó rasgado el libro de registro en que estaban todos los títulos de exención que reclamaban; nombraron al propio tiempo una junta á la que encargaron la dirección de sus negocios; y dieron órdenes para reparar las fortificaciones viejas, hacer de nuevas y levantar ya sin rebozo el pendon de sublevación contra su soberano (1). Á pesar de esto como ya se conocían poco fuertes para defender por sí solos aquella acción á la que acababa de arrastrarles su fogosidad, pensaron en buscarse un protector contra la tempestad temible que proveían iba á caer bien pronto sobre ellos. Decidieronse pues á enviar algunos comisionados al monarca francés para invitarle á reconocerle no tan solo por su monarca si que también ofreciéndole socorrerle con todas sus fuerzas para que pudiese recobrar en los Países Bajos las provincias que antiguamente pertenecieran á la corona de Francia, y que acababan de serles adictas en cumplimiento de una providencia del parlamento de Paris. Tan inesperada propuesta por parte de un pueblo que podia poner inmediatamente en ejecución una parte de sus ofertas, y ser de mucho valor para el logro de las demas, debia alagar la ambición de Francisco, y presentarle á su mente un punto de vista halagüeño y vasto. Más valian los condados de Flandes y de Artois que el ducado de Milan, cuya posesion deseaba tan ar-

(1) *Mémoires sur la révolte des Gantois en 1539, par Jean d'Hollander, écrits en 1557. A La Haye, 1747. P. Heuter. Rev. Austr. t. XI, p. 262. Sandov. Hist. tom. II, p. 282.*

Año 1539. dientemente y que le costaba desde mucho tiempo gastos, padecimientos é inútiles esfuerzos: el estar tan cerca aquellos dos condados de la Francia hacian mucho mas fácil su conquista y conservacion; y podia hacerse con ellos un principado á parte para el duque de Orleans, tan propio para la dignidad de un príncipe de la familia, como el que su padre le pretendia dar. Era muy probable que los flamencos que sabian ya las costumbres y modo de gobernar de los franceses, no pondrian dificultad en someterse á ellas y que ellos mismos, cansados ya de las mortíferas y devastadoras guerras de Italia, se pondrian de mayor voluntad de parte de los Paisés-Bajos y pelearian alli con mayor valor y mas felizmente. Aunque esta ocasion de ensanchar sus dominios y de abatir al emperador, fuese al parecer la mas propicia que jamas se hubiera presentado al rey de Francia, muchas consideraciones le impidieron sin embargo ponerla en práctica. Desde que se vieron los dos monarcas en Aguas Muertas, Carlos habíase puesto de observacion para indagar lo que idea el monarca francés; y le hacia esperar que al cabo le concederia lo que tanto deseaba tocante al Milanesado, dándole su investidura ya la quisiese para sí, ya para uno de sus hijos. Todos estos lisonjeros ofrecimientos estaban lejos de ser verdaderos, pues no guiaba otro fin al emperador que apartar á Francisco de la alianza con el gran sultan ó infundir recelos en el corazon de este con manifestacion de un amistoso y continuado trato entre las cortes de Madrid y de Paris; empero Francisco conservaba siempre la locura de ir tras la fantasma que le habia engañado, y su pasion en adherírsele le hizo desechár un logro mucho mas ventajoso que aquel á que aspiraba. Por otra parte el

Francisco
reusa sus ofer-
tas.

Deñin excesivamente envidioso de su hermano cuyo atrevido y valeroso genio conocía, veía á su pesar que se le dispusiese un acomodo, que por su situacion podia tenerse como á colocado en el interior del reino. Valiose de Montmorency que por una estraña casualidad era el favorito del padre y del hijo, á que hiciese de modo que desechase el rey la oferta de los flamencos y que no abrazase sus intereses.

Montmorency para este logro ponderó á Francisco la fama y poder que iba á adquirir recobrando unas posesiones que otras veces habia tenido en Italia, y le manifestó que una rígida observancia de la tregua y la negativa que iba á dar de favorecer á unos súbditos sublevados eran los medios mas seguros para vencer la repugnancia del emperador en darle la posesion del Milanesado. Francisco, guiado naturalmente á exagerar la importancia de aquel ducado, cuyo valor equiparaba con el tiempo y esfuerzos que debió poner para reconquistarlo, ciego ademas por la pasion que le inspiraba, todo lo que se le presentaba bajo la capa de la generosidad, dejose convencer facilmente por unas razones tan adecuadas á sus deseos y carácter; se negó pues inmediatamente á las proposiciones de los ganteses y despidió á sus enviados con una acre contestacion (1).

Francisco no se limitó á esto; notició al emperador por un efecto de su magnanimidad cuanto habia mediado entre él y los sublevados, y le instruyó de todo lo que sabia, de sus proyectos y disposiciones (2). Una muestra tan patente del desinterés de Francisco, quitó

(1) *Mém de du Bellay*, p. 263. P. Heuter, *Her. Austr.* l. XI, 263.

(2) *Sandov. Hist. tom. II*, 284.

Año 1539. á Carlos sus mas fuertes temores, y la trazó la senda para salir de todos los peligros. Sabia ya lo que estaba pasando en los Países Bajos y del ardor con que los habitantes de Gante estaban animados contra él. Conocia en todos sus pormenores la índole y costumbres de aquellos súbditos suyos, su apego á la libertad, su adhesion á sus antiguos fueros y á sus usos, la invencible obstinacion de su carácter lento en tomar sus primeras determinaciones, empero firme y constante en lo que una vez habian determinado. No dejó de conocer el apoyo y recursos que les hubiera resultado de la proteccion de Francisco, y aun que estaba ya tranquilo por este lado, conocia perfectamente que se necesitaba obrar sin demora y con energía para detener el espíritu de descontento y de sublevacion que iria irremisiblemente en aumento en un territorio en el que las muchas ciudades, la innumerable poblacion, y las riquezas que el comercio habia reunido en ellas hacian poderoso y formidable y colocaban en estado de encontrar inagotables recursos. Despues de haberlo meditado detenidamente, juzgó que lo mas que convenia hacer era pasar á los Países Bajos; este fue tambien el parecer de su hermana, la cual le instó vivamente á que emprendiese este viage. Por dos caminos podia llegar alli, el uno por tierra atravesando la Italia y la Alemania y el otro por mar, haciéndose á la vela en algun puerto de España para abordar en otro de los Países Bajos. El primero era harto largo para emplearlo en aquellas circunstancias que requerian suma velocidad; al pasar por Alemania su dignidad de emperador, la misma seguridad de su persona, requerian que trajese en su compañía un séquito y tropas que habrian alargado aun mas el viage y malgastarian un tiem-

Deliberacion de Carlos, acerca del viage que quiere hacer á los Países Bajos.

Año 1539.

go precioso. La estacion no era propia para embarcarse y mas que todo en una época en que estaba encamistado con el monarca inglés, hubiera sido imprudente ir por mar sin ir acompañado de una respetable escuadra. En esta dudosa alternativa, precisado á escoger, sin saber que camino preferir, concibió el particular y loco intento al parecer de pasar por Francia, como que era el mas breve camino para llegar á los Países Bajos. Propuso pues á su consejo que pidiesen para ello el competente permiso á Francisco. Todos sus ministros desaprobaron á una voz este pensamiento al que apellidaron temerario; al pensar que esta demanda le espondria sin duda á un sonrojo si no se concedia la demanda, ó á un riesgo cierto, si se le permitia, porque se entregaria de este modo á manos de un rival á quien habia ultrajado muchas veces, y que tenia viejos agravios que vengar, y presentes motivos de disputa y contienda que arreglar. Carlos no escuchó nada; habia comprendido el corazon de su enemigo con mas detencion que ninguno de sus consejeros y lo conocia mucho mejor. Persistió en su idea, y se lisongé de que no tan solo no correria ningun peligro al pasar por Francia, si que tambien lograria su demanda sin que por ello tuviese que hacer ningun sacrificio que perjudicase á su corona.

Propone pasar por Francia.

Esplanó sus deseos al embajador francés residente en su corte y diputó á Paris á su primer ministro para que pidiese al rey de Francia permiso para pasar por sus dominios, y asegurarle que el asunto del Milanésado se acabaria bien pronto á su satisfaccion. Carlos pedia al propio tiempo á Francisco que no exigiese otra promesa, y tambien que no permaneciese en sus antiguos deseos, á fin de que aquello á que estaba

Consentimiento de Francisco.

Año 1539. dispuesto á otorgar no pareciese ser ejecutado por necesidad, si que únicamente dictado por la amistad y por el amor á la justicia. Francisco en vez de poner atencion en el mal disimulado incentivo que le ofrecia el emperador bajo tan ruda astucia, dejóse alucinar por la hechicera idea de aterrar á su enemigo con acciones generosas, y se envaneció tanto por el aire de supremacia que su buena fe y desinterés de sus acciones le daban en este caso, que otorgó cuanto se le pedía. Juzgando del corazon del emperador por el suyo propio, creyóse que los sentimientos de agradecimiento que resultarían de la memoria de los buenos servicios y trato generoso que de él hubiese recibido Carlos, le precisarian á efectuar finalmente lo tantas veces prometido, con mas facilidad aun de lo que pudieran hacer las mas claras y terminantes posiciones de un tratado.

Recibimiento de Carlos en Francia.

Carlos, para quien eran preciosísimos los momentos, se puso en marcha inmediatamente, sin detenerle los recelos y temores de sus vasallos españoles, no trayendo consigo sino un acompañamiento corto pero sumamente lucido, compuesto de unas cien personas. A su llegada á Bayona, á las fronteras de Francia, le recibieron el Delfin y el duque de Orleans acompañados del condestable de Montmorency. Ambos príncipes le invitaron á que ellos irían á España donde permanecerían hasta su regreso como á rehenes de la seguridad de su persona. No admitió Carlos sus ofertas y declaró que no exigía otra prenda de su seguridad que la palabra de su rey, y que jamas habia pedido ni menos aceptaria otros rehenes que su propio honor. Todas las ciudades por donde pasó manifestaron á mas no poder el mayor lujo; los magistrados le presentaban sus

díves, abríanse las cárceles, y al ver cuanto se le honraba, se hubiera mas bien tenido por el soberano de Francia que por un monarca estrangero. Salióle á recibir el rey hasta Chatellerant; prodigáronse en su encuentro recíprocas muestras de la mas fina amistad y verdadera confianza; anduvieron juntos hasta Paris y dieron á esta capital el extraño espectáculo de dos soberanos enemigos cuyo odio habia revuelto y devastado toda la Europa por espacio de veinte años, hacer entonces juntos su solemne entrada con todos los visos de la mas íntima amistad, como si hubieran dejado en olvido para siempre sus pasados agravios, y como si hubiesen resuelto vivir en lo sucesivo en una eterna paz (1).

Seis dias permaneció Carlos en Paris entre los multiplicados festejos de la corte francesa y de las variadas funciones que se idearon para divertirle y honrarle; mostraba suma impeciencia de continuar su viaje, y esta provenia ya del miedo que interiormente le heria al pensar en el riesgo á que estaba espuesto, ya de la necesidad de su presencia en el pais sublevado. La idea de la poca confianza que ponía en sus intentos le hacia temblar á él mismo; el pensamiento que por alguna fatalidad podía descubrirlas á su enemigo, ó al menos hacerlas sospechar, y aunque sus ardidés para ocultárselas le salieran segun sus deseos, no podia dejar de temer que el poder del interés prevaleceria á los escrúpulos del honor, y que Francisco caeria en la tentacion de aprovecharse en la propicia ocasion que le habia venido á manos. Verdad es que hubo algunos consejeros del rey de Francia cuyo parecer era de cas-

Inquietud
del emperador.

(1) *Hist. de Thou, l. I, c. 14.* Du Bellay, 264.

Año 1539. ligar al emperador con sus propias mañas, y castigarle de tantas falsedades y perfidias, asegurándose de él hasta que Francisco hubiese recibido una total satisfacción respecto á todas las justas pretensiones de la corona de Francia. Empero nada pudo alcanzar que faltase á su palabra, nada fue capaz de convencerle de que Carlos despues de cuanto le habia prometido, despues de todos los favores que habia recibido, fuera aun capaz de engañarle (1). Con tan incauta confianza le acompañó hasta San Quintin y los dos príncipes que le habian ido á recibir á la frontera de España, no le dejaron hasta que hubo entrado en los Países Bajos.

Mala fe de Carlos.
21 enero de 1540.

Al llegar el emperador á sus estados los embajadores franceses le instaron á cumplir su promesa y á otorgar la investidura de Milan; empero Carlos bajo el especioso pretexto de que todas sus ideas estaban entonces concentradas en procurar los mas eficaces medios de sofocar la revolucion de la ciudad de Gante, pidió nuevas dilaciones. Para prevenir los pensamientos que pudiera Francisco formar acerca de su veracidad, prosiguió al propio tiempo en hablar de sus intenciones sobre esto de la misma manera como hablaba á su entrada en el reino de Francia; hasta escribió al rey una carta bastante difusa perteneciente á este negocio aunque en términos vagos y con palabras equívocas que se reservaba poder interpretar á su tiempo del modo que le acomodase.

Sumision de Gante.

En esto los desgraciados ganteses careciendo de gefes capaces de dirigir sus consejos y de mandar sus soldados, abandonados del monarca francés y no hallando niágun apoyo entre sus propios compatriotas, se vieron

(1) *Mém. de Ribier*, I, 504.

imposibilitados de resistir á su soberano enojado que estaba dispuesto para atacarles al frente de un ejército levantado en los Países Bajos, de otro venido de Alemania y de otro que venia de España por mar. Finalmente la proximidad del riesgo les manifestó su temeridad; se amedrentaron tanto que enviaron comisionados al emperador para implorar su clemencia y ofrecerle la entrega de la ciudad.

Año 1570.

Carlos dió únicamente por respuesta que se presentaría en medio de ellos como á su soberano con el cetro y espada en mano, y se puso en marcha á la cabeza de sus tropas. Negóse á entrar en la ciudad hasta el dia 24 de febrero, dia de su nacimiento; empero no sintió aquella pasion de afecto é indulgencia que naturalmente se conserva al lugar en que ha rodado la cuna por primera vez. Veinte y seis de los mas principales ciudadanos fueron ejecutados; muchos mas desterrados, y la ciudad perdió todos sus derechos é inmunidades; confiscáronse sus rentas, anulóse la antigua forma de su gobierno, quedó el nombramiento de sus magistrados para siempre adherido á la voluntad imperial; establecióse una nueva constitucion y administracion (1); se mandó edificar una ciudadela para contener el espíritu de sublevacion de los habitantes; se les mandó pagar una multa de quince mil florines para costear el importe de su construccion y se les impuso una contribucion anual de seis mil florines para el mantenimiento de la guarnicion (2). La crueldad con que Carlos castigó á los habitantes de Gante, fué al propio tiempo útil para contener á sus demas vasa-

Castigo de los ciudadanos.

(1) *Les Coutumes et Lois du comté de Flandre*, par Alex. Le Grand: 3 tom. in-fol. Cambrai, 1710, tom. 1, p. 169.

(2) *Hercel Annales Brabantue*, vol. 1, 616.

Año 1540. llos de los Países Bajos; aprovechó pues gustoso la ocasion de atemorizarles y de hacer venerar su autoridad, aun mucho mas que la anchura de sus privilegios y exenciones, que eran en parte lo que motivaba su tráfico pero que al propio tiempo ponian límites á la autoridad imperial, en realidad bastante estrechos, estorbaba con frecuencia las intenciones del emperador, en las operaciones que ideaba, y le ponía impedimentos que retardaban la ejecucion.

Carlos se niega á efectuar sus promesas á la Francia.

Así que hubo Carlos vengado y restablecido su autoridad en los Países Bajos, y que no le era ya necesario encubrir su engaño con la capa que se servía para alucinar á Francisco, empezó lentamente á quitarse la máscara con que habia encubierto hasta entonces sus verdaderas intenciones por lo que respecta al Milanésado. Eludió primero las representaciones de los embajadores de Francia, cuando le recordaron sus empeños; propuso despues como en trueque del ducado de Milan, otorgar al duque de Orleans la investidura del condado de Flandes, empero concediéndolo con unas condiciones tan fuera de razon que ya estaba seguro que no serian admitidas (1). Finalmente cuando le precisaron á dar una contestación categórica ya no encontró paso para eludir sus instancias, negóse terminantemente á despojarse de un dominio tan ventajoso, por una generosidad gravosa, dirigida á disminuir su poder para aumentar el de su rival (2). Negó al propio tiempo que jamas hubiese ofrecido lo que pudiera precisarle á un sacrificio tan loco y contrario á sus intereses (3).

(1) *Mém. de Ribier, I, 509, 514.*

(2) *Ribier, I, 519.*

(3) *Du Bellay, p. 365, 6.*

De todos los actos que mas se pueden hechar en cara á Carlos, esta accion de insigne mala fe es sin duda el mayor borron para su gloria (1). Aunque este monarca no hubiese jamas atendido en los medios que empleaba para el logro de sus ideas, y que tampoco tuviera en aprecio el observar estrictamente las reglas del honor y de la sinceridad, jamas sin embargo habia roto descaradamente las ideas de aquella ancha moral que los soberanos se han juzgado con poder de adoptarla para arreglar segun ella su conducta. Empero el meditado deseo que habia formado en esta ocasion de engañar á un monarca lleno de generosidad, franqueza y sinceridad, la vileza de las astucias que puso en práctica para cumplirlos, la insensibilidad con que admitió todas las señales de amistad y la ingratitud con que las recompensó, eran al propio tiempo que indignas de su carácter, improcedentes con la grandeza de sus planes.

Todo cuanto se vituperó la mala fe del emperador, se despreció la necesidad de Francisco. Despues de quanto habia experimentado en un largo reinado, despues de tantas veces cuantas se habia podido convencer de las artimañas y perfidia de su enemigo, la ciega confianza que manifestó en esta circunstancia, pareció que merecia la suerte que le cupo. A pesar de esto clamó Francisco contra el modo de obrar de Carlos, como si fuese esta la vez primera que aquel príncipe le hubiese alucinado. Fuele mas sensible segun costumbre, esta afrenta mas por lo que abatia su amor propio que por lo que dañaba á sus intereses, y la manifestacion de su cólera no dejó duda alguna de que aprovecharia el primer momento de venganza, y que pronto se veria

(1) Jovius, *Hist. l. XXXIX, p. 235. A.*

Año 1540. renovar en Europa, una guerra tan sangrienta como la que acababa de sufocarse.

Autoriza el papa la institucion del orden de la compañía de Jesus.

El año de 1540 es digno de recordacion por la fundacion de la compañía de Jesus; esta orden ha sido de tanto influjo en los asuntos eclesiásticos y civiles que una esplicacion del carácter de sus leyes y de su gobierno, merece se haga de ello mencion en la historia. Al considerar con cuanta rapidez ascendió á la opulencia y crédito aquella sociedad, la maravillosa prudencia de su gobierno, el sistema y constancia con que ha ideado y llevado á cabo sus intenciones, casi está uno tentado á honrar en esta singular institucion la superior inteligencia del fundador, y á creer que la combinacion y plan de aquel establecimiento fueron el fruto de la mas sana política. Empero los jesuitas como todas las demas órdenes religiosas son menos deudoras á la inteligencia que al entusiasmo de sus fundadores. Ignacio de Loyola de quien se ha ya hablado respecto de la herida que recibió en el asedio de Pamplona (1), se hizo inmortal tanto por sus talentos como por su conducta. Animado por el amor ó fanatismo para la celebridad de que no se expectan ni los que aspiran á una suma santidad, anheló Loyola llegar á ser el fundador de una orden monástica. El plan como compuso la constitucion y régimen de este orden, si se ha de dar crédito á sus propios escritos, ó á las palabras de sus propios discípulos fuele sugerido por inmediata inspiracion celeste (2). A pesar de este acerto, encontró Loyola en los principios inmensas dificultades para poner en plata su de-

(1) Voy. l. II, p. 189.

(2) *Compte rendu des constitutions des jésuites au parlement de Provence par M. de Monclar, p. 285.*

signio. Dirigióse al papa suplicándole que confirmase con su poder la creacion de la compañía. El papa remitió su demanda á una junta de cardenales, nombrada al efecto para examinarlo; y como hubiesen estos opinado que la fundacion de esta compañía era á la par que inútil peligrosa, el pontífice Pablo se negó á dar su aprobacion. Loyola halló finalmente á pesar de esto un medio para subsanar todas estas dificultades por medio de una promesa á la que no podia ser que resistiese un sumo pontífice. Propúsole añadir á los tres votos que comunmente hacian todas las órdenes religiosas monásticas á saber de pobreza, de castidad y de obediencia, uno cuarto qual era el de obediencia al papa, por el que todos los individuos de la compañía estaban obligados á ir do quiera que se les quisiese enviar en servicio de la religion, sin demandar nada á la Santa Sede para los gastos de su manutencion. En una época en que la autoridad pontificia acababa de experimentar tantas pérdidas por la segregacion de muchas naciones rebeldes á la iglesia romana, y entre los que se atacaba tan facilmente y sin interrupcion el poder temporal de las papas, una compañía consagrada en particular al pontificado romano que el papa podria oponer en cualquiera ocasion á sus enemigos, llegaba á ser una adquisicion de suma importancia. Conociólo Pablo y por medio de una bula aprobó la Compañía de Jesus, concediendo á sus individuos los mas anchos privilegios y nombró á Loyola su general. Los acontecimientos han justificado enteramente el juicio de Pablo, y su modo de pensar acerca los inmensos beneficios que lograria la iglesia romana de una tal fundacion. La nueva compañía adquirió en menos de medio siglo, habitaciones en todas las regiones adictas á la religion católica; su po-

Año 1540. der y riquezas se aumentaron con maravillosa rapidez; sus individuos se multiplicaron é hicieron célebres por su carácter y sabiduría, y la Compañía de Jesus fue desde luego alabada por los amigos de la religion católica y temida por sus enemigos, como la mas científica y valerosa de las órdenes religiosas.

Su constitucion y carácter merecen particular atencion.

La constitucion y régimen de la compañía fue perfeccionado por los dos generales sucesores de Loyola, Laynez y Aguaviva quienes fueron mas hábiles que su maestro, en talentos y en el arte de gobernar. Estos son los fundadores de ese plan de intriga y de política profunda con que se distingue la compañía. Muchas circunstancias se reunieron para proporcionar á los jesuitas aquel carácter que les es particular, y les colocaron en posicion de tomar en los asuntos del siglo, mucha mas parte que ninguna otra de las comunidades religiosas, y de tener un influjo en la direccion de estos mismo mucho mayor que las demas órdenes monásticas.

Objeto de esta órden y privativo de ella sola.

El principal fin de casi todas las órdenes religiosas es el de segregar de la sociedad á sus individuos y vedarles toda suerte de participacion de los negocios mundanos. Un fraile es llamado á la soledad y quietud del claustro para trabajar asiduamente por su salvacion por medio de actos extraordinarios de mortificacion y religion. Es muerto para el mundo y no debe inmiscuirse mas en sus asuntos. No puede ser útil de nada al público, mas que con sus oraciones y ejemplo. Todo lo contrario son los jesuitas: el reglamento demuestra á sus individuos á que se consideren como destinados á una vida laboriosa. Son soldados escogidos, reunidos para dedicarse enteramente al servicio de Dios y al de su vicario en la tierra el sumo pontífice. Todo cuanto tiende á enseñar al ignorante, todo cuanto pue-

de ser útil para restituir al gremio de la iglesia á los enemigos de la sede apostólica, ó rechazar sus ataques, es su objeto particular. Para tener tiempo suficiente para cumplir este activo servicio estan del todo exep-tuados de aquellas prácticas piadosas cuyo uso es la principal obligacion de las demas órdenes religiosas. Jamas van en procesiones, no practican ninguna austeridad rigurosa, no consumen la mitad de su vida en recitar oficios (1), su ocupacion es observar cuanto sucede en el mundo y aprovecharse del influjo que los acontecimientos de la sociedad pueden tener sobre la religion, deben estudiar la índole de las primeras notabilidades del estado y procurarse su amistad (2), por cuyo motivo el carácter de la órden, como tambien sus constituciones, se dirigen á inspirar á todos sus individuos un intrigante y activo espíritu.

La institucion de la compañía no podia en su objeto ser en tanta manera diferente de el de las demas costumbres monásticas, sin diferenciarse tampoco mucho en la forma de su gobierno. Necesario es mirar á las demas órdenes religiosas como otras tantas sociedades voluntarias, en las que todo cuanto pertenece á la comunidad se arregla conforme al voto comun de todos los componentes. El poder ejecutivo existe en las personas colocadas al frente de cada convento ó de toda la órden y el poder legislativo existe en la corporacion. Los asuntos interesantes que competen á las casas particulares, son fijados por artículos conventuales, y los que pertenecen á toda la órden se discuten en los generales. Empero Loyola abundando en ideas de

Forma particular de su gobierno, singularmente con relacion al poder del general.

(1) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 13, 290. Sur la destruction des jésuites, par M. d'Alembert, p. 42.*

(2) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 12.*

Año 1540. una obediencia ciega, ideas que habia adquirido en el estado militar, quiso que fuese monárquico el instituto de su órden. Un general elegido de por vida por los comisionados de las diversas provincias, tenia un poder superior é independiente que pesaba sobre todas las personas y en todas las ocasiones. Nombraba por su propia autoridad todos los provinciales, rectores y demas empleados en el gobierno de la compañía y podia deponerlos siempre y cuando gustase. El solo poseia la suprema administracion de las rentas y patrimonio de la órden: podia mandar á su arbitrio á todos los miembros de la compañía, hacerles satisfacer por su órden las cuotas que juzgaba necesarias segun su propia voluntad, y aplicar sus rentas á lo que mas le acomodase. Todos sus súbditos debian no solo obedecer exteriormente sus mandatos, sino someterle á ciegas todas sus voluntades é ideas de su entendimiento. Estaban obligados á obedecer sus órdenes como si fuese el mismo Jesus: eran bajo su férula unos instrumentos enteramente pasivos, cual la arcilla en manos de un alfarero, ó como inertes cuerpos incapaces de resistencia (1). Este particular gobierno de precision debia imprimir su índole á todos los individuos de la compañía, y dar un poder particular á todas sus pretensiones. En los anales del género humano no hay otro ejemplo de tan puro despotismo, ejercido, no únicamente sobre frailes encerrados en los claustros de su convento, si que sobre hombres esparcidos por todas las naciones del globo.

Circunstancia. La constitucion de esta órden al poner en manos de

(1) *Compte rendu au parlement de Bretagne* par M. de La Chataignais, p. 41, etc. *Compte rendu* par M. de Monclar, 83, 185, 334.

su general un poder tan absoluto sobre todos los individuos, proveyó igualmente con cuidado los medios de informarle con toda exactitud del carácter y calidades de todos los religiosos. Todo novicio que se presenta para ser admitido en la compañía, está precisado á abrir su conciencia á su superior ó á la persona que aquel designare, á quien debe confesar no solo sus pecados y faltas si que tambien las pasiones é inclinaciones de su corazon. Esta confesion debe renovarse cada medio año (1). La compañía no se ha limitado unicamente á este medio para sondear en lo mas recóndito de los corazones; cada individuo tiene el encargo de observar las conversaciones y acciones de los novicios; estos son espías que velan sobre su conducta. y á cuyo cargo está el informar al superior de todo lo notable que reparen. Para que este descubrimiento salga en cuanto se pueda verdadero, están sujetos á un largo noviciado, durante el que se les hacia pasar gradualmente por todos los diversos empleos de la compañía, y hasta despues de haber cumplido la edad de treinta y tres años, no pueden ser admitidos á emitir sus últimos votos, únicos por los que llegan á ser miembros profesos (2). Toda esta reunion de circunstancias dan á los inmediatos superiores de los novicios, la facilidad de tener una entera ciencia de sus disposiciones y talentos; de modo que el general es el resorte que anima y vivifica toda la compañía y puede tener ante los ojos todos los conocimientos necesarios para dirigir sus operaciones. Los gefes de provincia y los superiores de los conventos tienen por obligacion enviar á menudo y á cier-

Año 1540.
cias que le colo-
can en esta-
do de ejecutar-
lo con mayor
provecho.

(1) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 121, etc.*

(2) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 215 241. Sur la dest. des jés. par M. d'Alamb. p. 39.*

Año 1540. tas épocas memorias acerca los religiosos sometidos á su gobierno; deben comprenderse en estas instrucciones los mas leves pormenores acerca la índole de cada súbdito, sus talentos naturales ó adquiridos, su tacto en los negocios y la clase de ocupaciones ó destinos para que son mas aptos. Estas relaciones extendidas y puestas en orden se trasladan en registros custodiados de manera (1) que el general pueda ver de una ojeada el estado de la compañía entera en todas las partes del mundo, conocer las propiedades y sabiduria de sus individuos y ponerse en estado de elegir con seguridad los instrumentos que su despótica autoridad puede emplear en los ejercicios que juzgaba poder ser mas propios para cada uno de ellos (2).

(1) Mr. de La Chalotais, ha calculado que el número de estas memorias que el general debe recibir todos los años, conforme al reglamento de la compañía llegan á 6584; dividiendo esta suma por 37, número de las provincias de la órden, resulta que se envían anualmente á Roma, 177 memorias acerca el estado de cada provincia. *Compte, etc. p. 52.* Necesario es añadir aun á estas las cartas extraordinarias, ó las de los monitores ó espías que el general ó los provinciales tienen en cada una de las casas. *Compte rendu par M. de Monclar. p. 431. Hist. de Jesuit. Amst. 1761 tom. IV, 56.* Las memorias de los gefes de provincia y las de los superiores de cada casa, no tienen por único objeto á los individuos de la compañía; están tambien precisados á noticiar al general todos los asuntos civiles del país donde habitan, en cuanto pueden interesar estas uociones á los asuntos de la religion. Esta cláusula puede ampliarse á todos los casos particulares, de modo que el general quedaba completamente instruido de todo cuanto acontecia en todas las cortes del universo. *Compte rendu par M. du Monclar, 443. Hist. des jés. ibid. p. 58.* Cuando los provinciales y ractores debían escribir algo perteneciente á algun asunto de entidad debían valerse de una cifra, de las que había una para cada uno de ellos á quienes la habia dado el general. *Compte rendu par M. de La Chalotais, p. 54.*

(2) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 215, 439. Compte rendu par M. de La Chalotais, 52, 222-*

Como el principal objeto de la orden de los jesuitas consistía en trabajar con infatigable ardor en la salvación de las almas, se han hallado empeñados en muchos actos de la vida activa. Desde su primera institución miraron á la educacion de la juventud como uno de sus principales ejercicios; desearon los destinos de directores y confesores, predicaron á menudo para instruccion del pueblo y enviaron misioneros para convertir á los infieles. La novedad de este domicilio y la particularidad de su objeto proporcionaron á la compañía muchos entusiastas y patronos. Los principales que gobernaban la orden fueron bastante hábiles para aprovechar todas las circunstancias de las que podian sacar alguna ventaja, y sus compañeros se aumentaron admirablemente en muy corto tiempo y adquirieron un poder extraordinario. Ante de finir el siglo XVI la compañía estaba al frente de la educacion de la juventud en casi todas las regiones católicas de Europa. Habian logrado ser los confesores de todos los monarcas, cargo interesantísimo en toda suerte de reinado y superior al de ministro en el de un rey apocado. Eran los directores espirituales de casi todas las personas poderosas ya por sus títulos ya por sus calidades; gozaban de la mayor amistad y confianza del Papa, quien los miraba como á los mas celosos y sábios defensores de su autoridad. Conócense á primera vista las inmensas ventajas que una compañía de hombres tan activos, arduos é inteligentes, podia sacar de todas las ocasiones. Formaban la inteligencia de los hombres, educándolos cuando jóvenes, y conservaban aquella especie de predominio hasta en su vejez. Gobernaron en diversos tiempos las mas respetables monarquias de Europa, se entrometieron en todos los asuntos y toma-

Año 1540.
Progresos
del poder é in-
flujo de la or-
den en la so-
ciedad.

Año 1540. ron parte en todas las intrigas y revoluciones. El general, guiado de las noticias que de por todas partes recibia, podia disponer todas las operaciones de la órden con el mas seguro tino, y el despótico poder de que gozaba le colocaba en posicion de dirigirlas con rigor, y asegurar la ejecucion y el logro (1).

Aumento de sus riquezas.

Las riquezas de la compañía prosiguieron aumentándose al propio tiempo que su poder; ideáronse varios medios para eludir el voto de pobreza. Adquirió la órden vastas haciendas en los dominios católicos: podía rivalizar con las mas ricas comunidades en el número y lujo de sus edificios públicos y la riqueza de sus propiedades muebles é inmuebles. Además de los recursos de riqueza que le eran comunes con todo el clero regular, los jesuitas poseían uno que les era particular: lograron de la santa sede el permiso especial de comerciar con las naciones, en cuya conversion trabajaba, so pretexto de afianzar el éxito de sus misiones y de facilitar la manutencion de sus misioneros. En consecuencia empezaron un comercio muy continuo y lucrativo con las indias Orientales y Occidentales; establecieron en diferentes puntos de Europa almacenes provistos de toda especie de mercancías que vendían. No se limitaron á este tráfico; siguieron igualmente el ejemplo de las otras sociedades comerciales, y se dedicaron á edificar domicilios permanentes; adquirieron

(1) Cuando Loyola pidió en el año 1540 al papa la creación de la Compañía de Jesus, contaba con diez discípulos, empero el número de los individuos de la compañía ascendían ya en el año 1608 á 10,581, solamente sesenta y ocho años despues de su creación. La órden poseía en el año 1710, 24 edificios de profesos, 49 de novicios, 340 residencias, 612 colegios, 200 misiones, 150 seminarios y escuelas públicas y el número de los individuos de la religion llegaba á 19,998. *Hist. des jes. t. I, p. 20.*

El dominio de una grande y fertil provincia en el continente meridional de América y ejercieron un poder soberano sobre millares de vasallos (1).

Año 1540.

El sumo influjo que la compañía de Jesus cobró por desgracia con todos estos medios, ha causado repetidas veces al linage humano las mayores calamidades. La disciplina que observaba la compañía para formar sus individuos y las máximas constituyentes de su fundacion, se dirijian á hacer considerar á cada miembro el interés de la compañía como el principal objeto á que debian posponer toda consideracion. Esta aficion á la orden, la mas poderosa quizas que haya animado á una sociedad, es la índole característica de los jesuitas (2); sirve para manifestar el espíritu de su política y la particularidad notable de sus principios y de su conducta.

Funestos efectos que resultaron de esto á la sociedad civil.

Como los individuos debian procurar por el honor y beneficio de la compañía á tomar imperio sobre el corazon de las personas mas eminentes ya por su nobleza, ya por su poder; el deseo de procurarse y conservar mas facilmente la confianza de los hombres, habia hecho que los jesuitas aprobasen un sistema de una relajada y lata moral que pudiese aliarse con las pasiones, presentar bajo buen aspecto los vicios y autorizar casi todos los actos que podian agitar al mas atrevido y poco escrupuloso político.

Como estuviese la prosperidad de la orden intimamente ancha á la conservacion de la potestad del papa, los jesuitas adictos á los intereses de su compañía por el mismo objeto, han debido de ser los mas acerrimos defensores de cualquiera opinion dirigida á ensalzar la

(1) *Hist. des jés. IV*, 168, 196.

(2) *Compte rendu par M. de Monclar*, p. 285.

Año 1540.

potestad eclesiástica sobre la destrucción de la civil. Han dado á la corte romana un amplio y soberano poder de jurisdicción, á que en los siglos de ignorancia apenas pudieron alcanzar las pretensiones de los mas presuntuosos pontífices. Han sostenido que los eclesiásticos de ninguna manera deben depender de la autoridad civil. Respeto á la obligacion de resistir á los enemigos de la religion católica han publicado una doctrina que patrocinaba á los delitos mas atroces, y que se dirigia á destrozar los nudos que unen á los príncipes con sus pueblos.

Como la compañía debia su crédito y poder al abinco con que patrocinaba á la iglesia romana contra los tiros de los reformados, sus individuos envaneidos por esta distincion se han trazado como un deber esencial, combatir las opiniones y cortar los adelantos del protestantismo. No existe astucia ni medio alguno de que no se hayan servido para este objeto. Siempre continuamente se han opuesto á todos los dócmas de vanidad y tolerancia que se proponian á favor de los reformistas. Siempre han procurado mover contra ellos todo el furor de las persecuciones tanto eclesiásticas como seculares.

Los demas religiosos se han aventurado verdaderamente á enseñar tambien iguales perniciosas doctrinas, y han sostenido unos dócmas tan opuestos al buen órden como á la prosperidad de la sociedad civil; empero han espereido estas doctrinas ó mas ocultamente ó las han imbuido con menos fruto por unos motivos que son fáciles de adivinar. Cualquiera que recopile los acontecimientos de Europa que se han visto de dos siglos á esta parte, verá que con toda justicia se puede acusar á los jesuitas de la mayor parte de las calami-

ciades atraídas por esa peligrosa y corrompida moral; por esas locas opiniones acerca el poder eclesiástico, y por ese intolerante espíritu que ha manchado la reputación de la iglesia romana durante toda esta época y que ha ocasionado tantas desgracias al orden social (1).

Año 1540.

Pero entre tan lastimeros efectos de la institución de esta sociedad, preciso es confesar que el linage humano ha logrado con ella algunas ventajas importantes. Como la compañía de Jesus miraba como uno de sus principales objetos la educación de la juventud, y como las primeras pruebas que practicaron para abrir colegios en donde pudieran tener escolares, sintieron la mayor oposición por parte de las universidades en diversos países de Europa, les fue necesario procurar aventajar á sus rivales en sabiduría y talentos á fin de atraerse la voluntad pública, y por lo mismo se aplicaron con mayor esmero á la literatura antigua. Ideáronse varios métodos para mas fácilmente instruir á la juventud; el logro de sus esfuerzos no les ha servido de poco para apresurar los adelantos de las bellas letras; y en cuanto á esto se les debe mucho. No solamente lograron enseñar los rudimentos de la literatura, si que tambien han salido de la compañía sabios maestros en los diversos ramos de todas las ciencias, y puede envanecerse de haber visto salir de entre ellos muchos mas escelentes escritores que todas las otras comunidades religiosas reunidas (2).

Ventajas originadas de la fundación de esta órden.

(1) *Dict. Encyclop. art. Jésuites*. t. VIII. p. 513.

(2) M. de Aíembert ha observado que si bien los jesuitas habian ejercido con feliz éxito todas las clases de erudición; si bien han salido de entre ellos, matemáticos, anticuarios, críticos famosos; si bien han formado oradores de nombredía, nunca jamas han produ-

Año 1540. Empero el Nuevo Mundo es el lugar en que los jesuitas han practicado su sabiduría con el mayor lustre y del modo mas propio para el bienestar del genero humano. Los conquistadores de esta infeliz porcion del universo, no tuvieron otro objeto que el robar, esclavizar y esterminar á sus moradores; la compañía de Jesús, es la única que se ha establecido allí con miras de humanidad. Lograron á principios de este último siglo la entrada en la provincia de Paraguay, la que se estiende por el centro del continente meridional de América desde lo interior de las montañas del Potosí hasta los límites de los establecimientos españoles y portugueses en las riberas del rio de la Plata.

Y mas particularmente la residencia de los jesuitas en el Paraguay.

Hallaron á los habitantes de estas tierras á poca diferencia en el estado en que se hallan los hombres cuando empiezan á reunirse en sociedad; carecian de todo oficio, procurábanse una precaria subsistencia con el producto de su caza ó pesca, y apenas conocian los primeros rudimentos de subordinacion y de política. Los jesuitas tomaron á su cargo la instruccion y civilizacion de aquellos salvages. Les enseñaron á cultivar la tierra, á criar animales domésticos y á construir edificios.

cido un solo hombre de un entendimiento bastante claro, de un juicio bastante sano para merecer el nombre de filósofo. Parece que esto procede inevitablemente de la educacion monástica, que limita el entendimiento humano y encadena al talento. La parcial adhesion de un fraile para los intereses de su orden, intereses casi siempre en oposicion con el de los demas ciudadanos, la costumbre de una ciega obediencia á las órdenes de su superior, envilecen las facultades del alma, apagan aquella energia en la voluntad, y el valor que inspiran unas ideas justas por lo que respecta á quanto tiene relacion con la moral y el régimen de la vida. Fra-Paolo es tal vez el único religioso que haya sobresalido de entre las preocupaciones monásticas, que haya estudiado las acciones humanas y juzgado de los intereses sociales con la vasta vista de un filósofo, el tacto de un hombre práctico en los negocios y la nobleza de una alta cuna.

Les arrastraron á reunirse en aldeas, instruyéronlos en las artes y fabricacion; hiciéronles probar los atractivos del trato y las ventajas que proporcionan la seguridad y el buen órden. Estos pueblos se convirtieron de esta suerte en vasallos de sus bienhechores, quienes les gobernaron con el amor y cuidado que un padre á sus hijos. Respetados, amados y casi idolatrados, unos cuantos jesuitas imperaban sobre millares de indios. Sostenian una igualdad perfecta entre todos los individuos de aquella innumerable comunidad. Cada uno estaba obligado á trabajar, no únicamente para sí sino tambien para el público. El producto de sus campos, los frutos de su industria, todo se depositaba en almacenes comunes desde los que se iba repartiendo á cada individuo segun sus necesidades. Esta especie de constitucion arrancaba de raiz casi todas las pasiones que promueven los disturbios en la sociedad y hacen infelices á los hombres. Un corto número de ministros públicos, nombrados por los mismos indios, miraban por la tranquilidad pública y aseguraban el respeto á las leyes. Las sangrientas penas, tan comunes en los demas gobiernos, no eran allí conocidas: una reprension de un jesuita, una ligera señal de infamia, ó algunos azotes en los casos mas extraordinarios, eran suficientes para conservar el órden público entre aquel pueblo inocente y feliz (1).

Empero en este mismo esfuerzo de los jesuitas para la felicidad del género humano, y que merece su reconocimiento, la clase de su política y el espíritu de sus costumbres se mezclaron tambien y fácilmente se reco-

La ambicion
y política de
la compañía
se callan en
esto.

(1) *Hist. du Paraguay, par le P. de Charlevoix, tom II, p. 42, etc. Voyage au Pérou, par Don G. Juan et D. Ant. de Ulloa, tom. I. p. 540. etc. Paris, in-4º, 1752.*

Año 1540. nocen. Dirigianse descaradamente á fundar en el Paraguay un imperio independiente, solamente sujeto á la compañía, y que no hubiera dejado de dilatar la dominacion de la órden en todá la parte meridional de América, por motivo de su escelente constitucion y gobierno. Con este deseo y con el de que los españoles y portugueses, cuyos dominios eran fronterizos á los suyos, no tomaran ninguna suerte de poder sobre el pueblo que dominaban, los jesuitas procuraron imbuir á los indios, aborrecimiento y desprecio hácia estas dos naciones, y habian interceptado toda suerte de comunicacion entre estas y las del Paraguay. Habian prohibido que ningun comerciante español ni portugués pisase su territorio. Si se veian precisados á recibir entre ellos, de parte de los gobiernos inmediatos, alguna persona honrada con algun cargo público, no la permitian ninguna relacion con los indios ni permitian la entrada á ninguno de estos en la casa que habitaba el extranjero, á no ser que fuese en compañía de algun jesuita. Para poner aun mas trabas á toda relacion con los estrangeros, evitaban, cuidadosamente enseñar á los indios la lengua española, como tambien las demas de Europa; empero asi como iban civilizando alguna nueva tribu, procuraban introducir en ella una especie de dialecto de la lengua indiana, que procuraban hacer general en todos sus dominios.

Como todas estas precauciones no hubieran sido suficientes, sin una fuerza armada, para asegurar en lo sucesivo la tranquilidad de su imperio, instruyeron á sus vasallos en el arte de pelear al estilo europeo. Organizaron cuerpos de caballería y de infantería, bien armados y disciplinados. Se abastecieron de gran cantidad de artillería, y edificaron grandes almacenes bien

provistos de armas y municiones de toda clase. Lograron organizar de esta suerte un ejército bastante crecido y bien mantenido para ser poderoso en un territorio, en que las fuerzas armadas de los españoles y portugueses se limitaban á algunos destrozados y mal ejercitados batallones (1).

Año 1540.

El poder de los jesuitas no progresó mucho durante el reinado de Carlos V, quien columbró con su acostumbrada inteligencia el objeto y plan peligroso de aquella compañía y la impidió dilatarse (2). Empero como su institucion pertenece al período de tiempo de esta historia, y que el siglo en cuyo tiempo se escribió esta ha visto su disolucion, la reseña que se acaba de dar de las leyes y gobierno de esta formidable compañía, no puede disgustar á los lectores, tanto mas cuanto una favorable casualidad ha ofrecido la ocasion de dilucidar este asunto con la mayor veracidad. La Europa habia ya conocido por el espacio de dos siglos la ambicion y engrandecimiento de la compañía, empero no podia ver claramente sus verdaderas causas, aunque habia probado asaz fuertemente sus fatales efectos. No tenia conocimiento de sus estatutos particulares que formaban el carácter de la constitucion política y el gobierno de esta órden: á pesar de esto estas instituciones eran bajo las que se dirigian el espíritu de intriga y ambicion que hacia remarcables á los individuos, y que se inclinaba á aumentar constantemente el poder de la sociedad. Uno de los principios favoritos de los jesuitas, ya desde su fundacion, fue no publicar jamas

Razones que han inducido al autor á dilatarse respectivamente al gobierno y propagacion de esta órden.

(1) *Voyage de Juan et d'Ulloa, tom. I, 549. Recueil de toutes les pièces qui ont paru sur les affaires des jesuites en Portugal, tom. I, p. 7, etc.*

(2) *Compte rendu par M. de Motelay, p. 312.*

Año 1540. los institutos de su orden, y los que ocultaban como un secreto impenetrable. Nunca jamás los comunicaban á extraños, y hasta á muchos de sus mismos individuos se les tenía oculto (1); y cuando algun tribunal les requería que los presentasen, negáronse siempre á obedecer. De esta suerte la potestad civil autorizó, ó á lo menos toleró, por una extraordinaria falta de política, en diversas regiones el domicilio de una sociedad de hombres que aparentaban esconder con suma diligencia sus instituciones y leyes, precaucion que por sí sola debia ya ser motivo bastante para espulsarlos. Durante las investigaciones últimamente hechas contra ellos en el reino de Portugal y en Francia, han cometido finalmente la imprudencia de enseñar los misteriosos registros de sus institutos; hace reconocido por medio de estos originales documentos los principios de su gobierno, y se ha dado con el origen de su formidable poder con un grado de exactitud y veracidad imposible de haberse logrado (2) antes de este acontecimiento.

Despues de haber hecho mencion del influjo poderoso de la constitucion y del espíritu de la orden de la compañía de Jesus, con la libertad aneja á un histo-

(1) *Hist. des jés. tom. III, 236, etc. Compte rendu par M. de La Chalotais. p. 38.*

(2) Hanse sacado la mayor parte de estas nociones, acerca la constitucion y gobierno de los jesuitas, de las relaciones presentadas por M. de la Chalotais y M. de Monclar. A pesar de esto no se ha únicamente afianzado en solo la autoridad de estos magistrados, tan dignos de respeto por su carácter como por sus talentos; si que tambien en los numerosos pasages extractados de las constituciones de la orden, las que han estado depositadas en sus manos. Hospinian, doctor protestante de Zurich, en su historia jesuítica que se imprimió en el año 1619, ha publicado una pequeña parte de sus constituciones, cuya copia habia casualmente llegado á su poder. p. 13, 54.

riador, la veracidad é imparcialidad que imprime este carácter han precisado al autor á añadir en favor de la compañía algunas observaciones, y es que ninguna clase del clero regular se ha señalado tanto por la pureza de sus costumbres como los individuos de la compañía en general. Las ideas de su intrigante, ambiciosa é interesada política (1) era fácil que obrasen su influjo en el pecho de los que mandaban la compañía, y hasta pervertir el corazón y conducta de algunos de sus miembros; empero su mayor parte, ocupada en la carrera literaria, ó empleada en los ritos religiosos, llevaba por guía los acostumbrados principios que separan á los humanos del vicio y los guían á ser honrados y virtuosos. Nada es mas adecuado á la atención de un hombre sabio, descoso de conocer las revoluciones de el género humano, que los motivos que han influido en arruinar esta compañía tan formidable, como las circunstancias y resultados que han seguido á este acontecimiento en los diversos reinos de Europa, pero pertenecen á una época, que dista mucho de la historia esta.

Apenas hubo Carlos repuesto el sosiego en los Países-Bajos, que se vió precisado á poner su atención en los asuntos de Alemania. Los protestantes le importunaban con ahínco á que hiciese practicar la conferencia que debía celebrarse entre algunos teólogos elegidos de entre los dos partidos, lo que se habia espresamente pactado en el convenio celebrado en Francfort. El proyecto de hacer igualmente examinar y hasta determinar los puntos de la cuestion, pareció al Sumo Pontífice un ataque al derecho que él propio se

Negocios de
Alemania.

(1) Sur la destruction des jésuites, par M. d'Alambert, p. 55.

Año 1540. confería de ser su juez supremo. Convencido de que la conferencia, ó bien seria inútil si no decidía nada, ó muy peligrosa si decidía nubes, hizo cuanto pudo para impedir se realizase. Empero Carlos que juzgaba interesarle mas poseer el corazón de los alemanes que el dar gusto al papa, hizo poco caso de sus pretensiones. Dispusiéronse en una dieta celebrada en **Hague**-**nau** los asuntos de que se deberian ocupar en la conferencia, y esta se entabló en otra dieta que se celebró en **Wormes**; por una parte **Melanethon** y por otra **Eckius** fueron los dos mas principales diputados; habian ya hecho algunos adelantos, pero sin haber concluido aun nada, cuando por orden del emperador se interrumpió la conferencia; y mandó que se empezara de nuevo con mayores solemnidades y en su presencia en una dieta que al efecto convocó en **Ratisboaa**. En efecto abrióse la reunion con la mayor solemnidad, y todo el mundo esperaba una contienda de las mas encarnizadas, y un éxito decisivo, cuando los dos partidos se convinieron en conceder al emperador la facultad de nombrar las personas que debian sostener la disputa, y en vez de darle la forma de un público certamen convinieron en examinar é indagar amistosamente los artículos que habian motivado la contienda. Nombró el emperador por parte de los católicos á **Eckius**, **Cropper** y **Pflug** y por la de los protestantes á **Melanethon**, á **Bucer** y á **Pistorius**, que disfrutaban los seis de la mejor reputacion en su bando, y todos sobresalientes, por su moderacion y deseos de buena armonia, escepto **Eckius**. Cuando iban á empezar sus contestaciones, envióles el emperador una obra escrita, segun decia, por un eminente teólogo de los **Países-Bajos**, con moderacion y tanta claridad, que podia á su parecer su-

Conferencia
entre los teólo-
gos católicos y
protestantes.

25 junio, y
6 de diciem-
bre del año
1540.

Año 1541.

tisfacer y poner en buena armonía á los dos partidos. Sospechése con el tiempo que aquel escrito era obra del canónigo Gropper, uno de los mismos doctores nombrados, sugeto que reunia á su mucha astucia, una vasta erudicion. Dicha obrita la formaban varios asertos sobre veinte y dos de los principales principios teológicos que abrazaban casi todas las cuestiones suscitadas entonces entre los luteranos y la iglesia romana. El autor habia procurado esponer sus ideas de un modo natural, darlas á entender sencillamente, no emplear otras espresiones que las mismas vertidas en la sagrada Escritura, ó de los antiguos padres de la iglesia, mitigar el rigor de algunas opiniones, modificar y esplanar lo que en otras parecia ridiculo, aproximar las opuestas opiniones, concediendo algunos puntos ya del uno ya del otro partido; habia puesto todo su conato en evitar, cuanto le fuese posible, las frases escolásticas y todas aquellas espresiones de disputa, que son como otras tantas señales de division entre las diversas sectas, y que han originado mas furiosas contiendas entre los teólogos que lo mas esencial de las opiniones; finalmente habia trabajado en su obra de manera que se esperaba alcanzaria avenir y concluir las contiendas religiosas (1).

Empero los hombres de aquel siglo ponian tanta atencion y maña en las contiendas religiosas que no se les podia engañar con ningun pretesto por especioso que fuese. El calor y larga duracion de esta disputa habian de tal suerte separado á los dos bandos uno de otro, y habia metido tan grande oposicion en los animos, que era imposible avenirles con parciales con-

Inutilidad
de la conferen-
cia.

(1) Goldast. *Constit. imper. l. II, p. 182.*

Año 1541. cesiones. Todos los celosos católicos, en particular el clero que estaba presente en la dieta, condenaron unánimes la obra de Gropper, como demasiado propicia á las doctrinas de Lutero, y supusieron que encerraba el veneno de su heregía de un modo tanto mas perjudicial cuanto mas la ocultaba. Los fanáticos protestantes, particularmente Lutero, y su protector el elector de Sajonia, querian por su parte que se despreciase aquel libro, como á una impía mezcla de verdad y mentira, dispuesto engañosamente para alucinar á las almas candorosas, flacas y tímidas.

Empero los doctores nombrados para examinarlo procedieron con mayor tino y moderacion. Era efectivamente mucho mas asequible y menos contrario á la dignidad de la iglesia hacer algunas concesiones y consentir en alguna variacion en opiniones de pura especulacion, cuya determinacion no sale de lo interior de las escuelas, y que nada demuestran al pueblo que ataque á su imaginacion ú ofenda á sus sentidos; no les costó mucho convenirse en este punto y hasta conciliar á comun satisfaccion el interesante artículo de la justificacion de los hombres. Empero cuando llegaron á los negocios de jurisdiccion que pertenecia á los intereses y poder de la santa sede, ó á los ritos y fórmulas del culto exterior, artículos con respecto á los que de necesidad debia toda variacion hacerse pública y manifestarse á los ojos de todo el pueblo; manifestáronse los católicos de todo punto inalterables: la iglesia no podia anular las viejas instituciones, sin que peligrase su seguridad y su honor de que se le faltase al respeto. Todos los puntos relativos al poder pontificio, á la autoridad de los concilios, á la administracion de los sa-

eramentos, al culto de los santos, y otros muchos no admitian por su naturaleza ninguna concesion: de modo que despues de muchos esfuerzos para lograr algun convenio acerca estos varios asuntos, se convenció el emperador de que todos sus trabajos serian infructuosos. A pesar de esto, sumamente deseoso de acabar la dieta, alcanzó que la pluralidad de votos accediese á aprobar la siguiente resolucion, á saber: que los artículos acerca los que se habian convenido los doctores en esta dieta, se tendrian como á determinados y se observarian inviolablemente por entrambas partes; en cuanto á los artículos en que no estaban acordes los ánimos, se remitirian á la determinacion de un concilio general, y que si este no era dable efectuar, á la de un sínodo que tendria lugar en Alemania; ó finalmente que si no se alcanzaba reunir el sínodo, que convocaria dentro diez y ocho meses una dieta general del imperio para pronunciar un fallo definitivo acerca el total de la cuestion, que el emperador se valdria de toda su amistad y autoridad para con el papa, para convocar á un concilio general ó á un sínodo nacional; que durante este término no se trabajaria para aumentar los prosélitos y que no se usurparian las rentas de la iglesia ni las de los monasterios (1).

Todo cuanto se obró en esta dieta y sus últimas consecuencias, ofendieron altamente al papa. El derecho que los alemanes se habian abrogado de nombrar sus teólogos para examinar y determinar los puntos de la cuestion, le pareció un peligroso ultraje de sus derechos; se agravió tambien, como de un acto de inobediencia de que habian vuelto á proponer la antigua

Año 1541.

Julio 28.
Resuélvese la
dieta de Ratis-
bona á favor
de un concilio
general.

Disgusta
igualmente á
católicos y pro-
testantes.

(1) Steidan, etc. Pallav. l. IV, c. II, p. 136. Fra-Polo, 86. Seck. l. III, p. 256.

Año 1541. pretension de convocar un sínodo nacional al que tantas veces se habian negado él y sus antecesores; empero la sola idea de una dieta que se compondria de muchos mas legos que eclesiásticos, y que tendria el poder de sentenciar definitivamente sobre artículos de fe, pareció á los católicos una profanacion tan criminal como la mayor de aquellas heregias que con tanto ahinco pretendian estirpar. Los protestantes por su parte, tampoco se contentaron con una determinacion que constreñia infinito á su libertad de que habian disfrutado hasta entonces. Prorumpieron con violentas quejas contra esta decision, y Carlos para no dejar gérmenes de discordia en su imperio, otorgóles una concesion particular redactada con espresiones las mas terminantes, que les esceptuaba de cuanto de injurioso ó despótico encontraban en la decision de la dieta, y les conservaba en la entera posesion de todas las prerogativas que se les habian concedido (1). Tanta benevolencia por parte del emperador, podia parecer extraordinaria, empero se veia precisado á obrar de aquel modo por el estado de sus negocios en aquella época. Conocia como inevitable un rompimiento con la Francia, y que este no podia tardar; y no osaba esponerse á dejar en el corazon de los protestantes un desasosiego que podria llevarlos á procurarse de nuevo para su propia seguridad el apoyo de la Francia, contra la que estaban en aquel entonces muy resueltos. La moderacion con que Carlos los trataba, se fundaba todavia en una razon mas perentoria y necesaria; cuales eran los rápidos progresos que estaban haciendo los turcos en Hungría. Acababa de verificarse en aquel

Procura Carlos contentar á los protestantes.

Asuntos de Hungría.

(1) Sleid. 283. Seckend. 366. Dumont, *Corps diplom. H.*, part. II, 210.

Reino una grande revolucion. Juan Zapol Scæpus, habia como ya se ha dicho preferido poseer un reino tributario antes que renunciar á la potestad real de que disfrutaba: habia quitado á Fernando, auxiliado de Soliman su formidable protector, mucha parte de la Hungría; y solamente le habia dejado una precaria posesion de lo restante. Empero Juan queria la paz, y las frecuentes tentativas que Fernando y los de su bando hacian continuamente para recobrar lo que se les habia quitado, le ponian en grande aprieto: por otra parte, no era menos sensible á la necesidad á que se hallaba reducido de llamar en su ayuda á los turcos, á los que miraba mas como á dueños que como amigos, y que en realidad hablaban como á tales. A fin de salir de esta sensible alternativa; y asegurarse la tranquilidad necesaria, para disfrutar pacíficamente de su afición á las artes y pasatiempos favoritos, verificó con su rival un convenio secreto, cuya única condicion era que Fernando le reconoceria por rey de Hungría y le dejaria gozar con sosiego por la duracion de su vida la porcion del reino que poseia, con la condicion de que despues de su muerte todo el reino pasaria bajo el dominio de Fernando (1). Como el rey de Hungría era soltero y ya de avanzada edad, las condiciones de este tratado parecieron muy favorables para Fernando; empero los nobles del reino, deseosos de estorbar el que un extranjero les gobernase, poco tiempo despues indujeron á Juan á que dejase su estado de soltero, contrayendo matrimonio con Isabel, hija de Segismundo, rey de Polonia.

Juan tuvo el gusto de ver nacer antes de su muerte

Muerte del

(1) Istvanhaffi, *Hist. Hung. lib. XII, p. 135.*

Año 1541.
rey de Hun-
gría.

que se verificó en el mismo año de su matrimonio, un heredero de su nombre y de su reino. Le dejó la corona sin atender á su convenio con Fernando, al que tuvo seguramente por nulo por un acontecimiento que no se habia previsto al tiempo de firmarlo. Dejó á la reina viuda y á Jorge Martinuzzi obispo de Varadin por tutores de su hijo y por regentes del reino. La mayoría de la nación reconoció al punto al niño rey á quien apellidaron Estéban, en recuerdo del fundador de aquella monarquía (1).

Fernando aunque sumamente avergonzado por este imprevisto acontecimiento, no quiso á pesar de esto renunciar á un reino al que tenia derecho por su tratado con Juan. Envió comisionados á la reina, reclamando su posesion y convidándola con la Transilvania como un dominio de su hijo. Preparóse al propio tiempo para apoyar sus reclamaciones con la fuerza de las armas. Empero los sujetos en quienes habia puesto Juan la confianza para cuidar de su hijo, estaban dotados de harto valor para ceder tan fácilmente su corona, y tenían todos los necesarios recursos para defenderla con valor. La reina reunia á la astucia particular de su sexo un corage varonil, orgullo y magnanimidad. Martinuzzi que debia su elevacion únicamente á su mérito, desde la mas ínfima clase al elevado cargo que ocupaba, era uno de aquellos hombres extraordinarios, destinados, por la estension y diversidad de talentos, para representar un magnífico papel en tiempos de revueltas y facciones. Aparentaba un exterior humilde y una piedad austera en el ejercicio de sus atribuciones eclesiásticas. Demostraba en los asuntos gubernativos

Carácter de
Martinuzzi y
su poder.

(1) Jovius, *Hist. l. XXXIX, p. 239, A. etc.*

ta actividad y astucia como energía. En la guerra, se deshacía de la sotana, y montaba á caballo armado con su espada y rodela, tan intrépido, valiente y arrogante como cualquiera otro de sus compatricios. En medio de las varias y contrarias formas que sabia tomar, manifestaba un insaciable deseo de autoridad y dominio. Fácil era adivinar la contestacion que iba á recibir Fernando. Bien pronto quedó convencido que únicamente debía contar con la fuerza para poder tomar posesion del reino de Hungría. Levantó una division de alemanes á la que reunieron sus partidarios sus vasallos é hizo marchar este ejército contra la porcion del reino que se habia decidido por Estéban. Martinuzzi ya conoció que no podia oponerse en el Hano á un ejército tan numeroso, contentóse pues en poner fuera de peligro á las ciudades, y particularmente á la de Buda que con esmero proveyó de todo lo necesario para su defensa. Euvió al propio tiempo embajadores á Soliman suplicándole que otorgase al hijo el mismo patrocinio que al padre habia sostenido por tanto tiempo en el trono. Fernando se esforzó para estorbar este ajuste, y hasta se abajó á recibir la corona de Hungría con las mismas condiciones que la poseia Juan y á hacerse tributario de la Puerta Otomana; empero el sultan conoció convenirle mas proteger al niño rey, lo que le prometió, y realmente mandó marchar un ejército á Hungría, al que siguió él inmediatamente poniéndose al frente de otro. Entre tanto los alemanes descando acabar la guerra con la toma de una ciudad en la que estaban encerrados el rey y su madre, emprendieron el sitio de Buda. Martinuzzi que habia reunido allí todas las fuerzas de la nobleza húngara, defendió la ciudad con tanto denuedo y pericia que dió tiempo á

Llama á los
turcos en su
ayuda.

Año 1541. los turcos de venir en su ayuda. A su llegada atacaron á los alemanes debilitados por el cansancio, las enfermedades y deserciones, los derrotaron é hicieron en ellos gran destrozo (1).

Conducta
malvada de
Soliman.

Soliman no tardó en reunirse á sus vencedoras tropas; cansado de costosas expediciones para defender estados que no eran suyos, ó inducido quizás por la hermosa ocasion y favorable que se le presentaba de apoderarse de un reino que poseia un niño bajo la tutela de una muger y de un sacerdote, sacrificó bastante fácilmente á estos motivos de interes personal todos los principios de honor y afectos humanos. Acudió Soliman al artificio para la ejecucion de un plan cuyo proyecto solamente era una infamia; hizo de modo que la reina consintiese en traer á su campo al rey niño, á quien decia deseaba ardientemente ver; invitó al propio tiempo á los magnates de la nobleza húngara á conferirse allí y presenciar una fiesta que iba á dar. Mientras todos disfrutaban sin recelo de la alegría y bullicio de la fiesta, una partida de sus mejores tropas se apoderó de una de las puertas de Buda. Dueño de la capital, del niño rey y de los principales de la nobleza, mandó conducir á la reina y su hijo á la Transilvania que les señaló por herencia, y nombró un hajá para permanecer en Buda con un ejército respetable, y juntó de esta suerte la Hungría al imperio otomano. No pudieron commoverle las lágrimas ni reconvenções de una desgraciada reina; y Martinuzzi, harto débil para oponerse á la voluntad absoluta del sultan, se esforzó en vano para disuadirle de su resolucion (2).

(1) Istuanhallí. *Hist. Hung. l. XIV. p. 150.*

(2) Istuanhallí *Hist. Hung. l. XIV, p. 56. Nov. Hist. l. XXXIX.*

Antes que Fernando supiese esta violencia usurpación, por su desgracia habia enviado á Soliman nuevos embajadores para manifestarle aun sus derechos á la corona de Hungría y retirar sus primeras promesas de poseer aquel reino de manos de la Puerta Otomana y pagarle por ello una pensión anual. El sultan envanecido por su victoria y creyéndose con derecho de imponer la ley á un monarca que le invitaba de su propio corazon con espresiones tan poco decentes, manifestó que no detendria el curso de sus movimientos militares á no ser que Fernando evacuase al momento todas las ciudades que tenia aun en su poder en Hungría y que consintiese en satisfacerle un tributo anual sobre el Austria, con el objeto de indemnizar al sultan de las grandes sumas que la invasion orgullosa de Fernando en Hungría habia ocasionado á la Puerta Otomana para defender aquel reino (1).

Año 1541.
Proposicion
que hace Fernando á Soliman.

Tal era el estado de los negocios de Hungría. Como estos fatales acontecimientos habian tenido lugar antes del decreto de la dieta de Ratishona, y que daba entonces ocasion de temerlos, Carlos conoció el riesgo que habia en oscitar el enojo de los alemanes en el momento en que tan poderoso enemigo estaba próximo á precipitarse sobre el imperio, y que únicamente obteniendo con los protestantes y concediéndoles sus pretensiones, podia esperar que estos le auxiliasen con valor, ya para ganar por fuerza de armas la Hungría, ya para defender las fronteras del Austria. Alcanzó su intento con las concesiones de que se ha ya hablado; los protestantes accedieron en suministrarle para sos-

(1) Istvanhalli. *Hist. Hung. l. XIV. p. 58.*

Año 1541. tener la guerra contra los turcos, socorros de hombres y dineros en tanta abundancia que ya quedó tranquilo acerca la tranquilidad de la Alemania para la próxima campaña (1).

El emperador visita la Italia.

Al momento de concluida la dieta partió el emperador para Italia. A su paso por Luca, tuvo una corta conferencia con el papa, en la que se convinieron en los medios mas á propósito para terminar las contiendas religiosas que asolaban la Alemania; empero esta conciliacion no podia llevarse á cabo entre dos príncipes cuyas miras é intereses en este asunto estaban tan opuestos. Todos los esfuerzos del papa para sanar los motivos de discusion que separaban á Carlos de Francisco, y para destruir la enemistad natural que amenazaba estallar bien pronto con una guerra abierta, no tuvieron mejor resultado.

Su expedicion contra Argel y lo que la motivó.

Tenia el emperador tan ocupada su mente con la grande empresa que tenia ideada contra Argel, que bien poca atencion puso en las propuestas y medidas del papa; apresuróse pues á reunirse con su escuadra y ejército (2).

Argel continuaba siempre dependiente del imperio turco, bajo cuyo poder le habia puesto Barbaroja. Desde que mandaba la escuadra del sultan en clase de capitán bajá, mandaba en Argel Hassen-Agá, cuneco renegado, quien habiendo pasado á servir á los piratas por todos los grados, habia adquirido grandes conocimientos en la guerra y era capaz de obtener una colocacion que requiriese á la vez valor y saber á toda prueba. Hassen para manifestar que era digno de este honor, ejercia sus piraterías contra todos los domi-

(1) Sleidan, 183.

(2) Sandov Hist. tom II, p. 298.

ños de la cristiandad con una actividad tan maravillosa que sobrepujaba si es posible al mismo Barbaroja en atrevimiento y barbarie. Sus rapiñas habían casi paralizado el comercio del Mediterráneo. Aterrorizaba con tanta frecuencia las costas españolas que se vieron precisados á edificar de trecho en trecho cuerpos de guardia y á mantener continuamente vigías para avisar cuando se acercaban los berberiscos y salvar de sus invasiones á los habitantes (1). El emperador desde mucho tiempo recibía ejecutivas lamentaciones de parte de sus vasallos; se le manifestaba que su propio interes á la par que la humanidad le imponían igualmente la obligacion de ganar á Argel, transformado desde la toma de Túnez en el nido de todos los piratas, y de aniquilar esta especie de bandidos, encarnizados enemigos de todo lo que llevaba el nombre de cristiano. Determinado por estas súplicas, halagado igualmente por la esperanza de añadir nuevos laureles á la gloria de su última expedicion contra los turcos, Carlos antes de salir de Madrid para dirigirse á los Países-Bajos, había dado sus disposiciones tanto en España como en Italia para preparar una armada y levantar un ejército destinado para esta empresa. Las variaciones que acontecieron en las circunstancias no mudaron su resolucion: ni las ventajas de los turcos en el territorio, ni las súplicas de sus mas leales amigos de Alemania, representándole que su principal objeto debía estar fijo en la defensa del imperio; ni los dietorios de los que le odiaban, y que se burlaban de él porque se apartaba del enemigo que tenia cerca, para ir lejos en busca de otro que no era dig-

(1) Jovii. *Hist. l. XXX, p. 266.*

Año 1541. no de su enojo, nada pudo moverle á que condujesé sus ejércitos á Hungría. Verdaderamente hubiera sido una guerra honrosa ir á atacar al sultan en aquel suelo; empero no llegaba á tanto su poder, y tampoco se conformaba con sus intereses. Hubiera sido necesario hacer venir las tropas de España é Italia, para llevarlas á unas tierras lejanas; proveer á los grandiosos preparativos que eran necesarios, para transportar la artillería, las municiones y bagages de todo un ejército; acabar en una sola campaña una guerra de dudoso éxito; y este proyecto habria llevado consigo harto cuantiosos y duraderos gastos para que los pudiese soportar el exausto tesoro del emperador, cuando se hubiese puesto en planta con muchas campañas.

A mas de todo esto, empleando en aquellas regiones sus principales fuerzas, los dominios que poseia en Italia y en los Países-Bajos hubieran quedado expuestos al ataque del rey de Francia, que no dejaria de aprovechar una ocasion oportuna para hacerle allí la guerra. Aun mas, su expedicion de Africa, cuyos preparativos estaban ya concluidos, y verificados los gastos, requeria solo un esfuerzo, el que ademas de la tranquilidad y placer que daria á sus vasallos, gastaria en ello tan poco tiempo que el monarca francés no tendria oportunidad de aprovechar su ausencia para atacar sus dominios de Europa.

Los aprietos. Todos estos motivos indujeron á Carlos á persistir en su primera determinacion con invariable resolucion; desechó los consejos del papa, los de Andres Doria que le suplicaba no espusiese toda una escuadra á una casi inevitable ruina, aventurando el abordage en las peligrosas costas de Argel, en una estacion tan adelantada en que casi siempre reinaban con violencia los

vientos de otoño. Despues de haberse hecho á la vela con las galeras de Doria en Porto-Vénere en el Genovesado, pronto conoció que aquel inteligente marino habia formado mejor opinion que él, de un elemento que realmente debia conocer mas. Levantóse una tormenta horrorosa que solo despues de los mayores esfuerzos y de haberse visto en el mayor riesgo, pudo abordar Carlos en la isla de Cerdeña donde se habia señalado el punto de reunion de toda la escuadra. Empero como el valor del emperador era constante y de un carácter decidido, las reflexiones del papa, las de Doria, los mismos riesgos á que se acababa de ver expuesto, solo hicieron ponerle mas firme aun en su primera resolucion. Bien es verdad que las fuerzas que habia reunido eran suficientes para infundir las mayores esperanzas de un feliz éxito, hasta á un monarca menos valiente y presuntuoso. Consistian estas fuerzas en veinte mil hombres de infantería y dos mil de caballería entre españoles, italianos y alemanes, cuya mayor parte eran ya veteranos, y en tres mil voluntarios lo mas brillante de la nobleza italiana y española, que se habian apresurado á dar gusto al emperador acompañándole á esta expedicion, y que se manifestaba deseosa de repartirse con él la gloria de que juzgaba que iba á llenarse. Ademas habiansese reunido de Malta mil soldados que le daba la orden de San Juan, mandados por ciento de sus mas valientes caballeros.

La navegacion desde la isla de Mallorca á las playas de Africa fue tanto mas larga y peligrosa que la que acababa de verificar. Cuando se aproximó á la costa, la furia del mar y fuertes vientos no permitieron que desembarcasen sus tropas. Finalmente el emperador aprovechó un propicio momento y las desembarcó sin

Año 1541.

Desembarco
en Africa.

1541. dificultad, harto próximas á la capital de Argel, contra la que marchó inmediatamente. Únicamente tenía Hassen para resistir á este brillante ejército ochocientos turcos y cinco mil moros, la mitad oriundos del mismo suelo y la otra mitad fugitivos de Granada. Contestó sin embargo con altivez á la intimacion que se le envió de entregarse; empero á pesar de su valor y entera ciencia en el arte de la guerra, no habria podido con el corto número de sus tropas defenderse por mucho tiempo de fuerzas tan superiores, que habian destrozado á Barbaroja mandando este á sesenta mil hombres y conquistado á Túnez á pesar de todos los esfuerzos de aquel famoso pirata.

Desgracias
del ejército.

En el instante en que el emperador se juzgaba mas seguro contra sus enemigos, se vió en un momento espuesto á una desgracia mucho mas horrible, y contra la que era de ningun valor y fuerza toda la prudencia humana. Pasados dos dias de su desembarco, cuando solo habia tenido tiempo de derrotar algunas pequeñas divisiones árabes, que molestaban á su ejército en las marchas, negras nubes se amontonaron y el cielo se encapotó de horrorosa oscuridad hácia el anochecer; la lluvia precipitada por un violento viento empezó á caer con ímpetu; la tempestad aumentó por la noche; el ejército imperial, que únicamente habia desembarcado sus armas, estuvo sin tiendas ni abrigo espuesto á toda la furia de la tempestad. Cubrióse en poco la tierra de agua hasta tal punto que no pudieron acostarse, y su acampamento colocado en un suelo bajo estaba del todo inundado; hundíanse á cada paso en el lodo hasta las pantorrillas, y soplabá con tal violencia el viento que ni les era dado sostenerse en pie, viéndose precisados á hincar sus lanzas en el suelo para po-

der sostenerse. Harto activo era Hassen para dejar perder tan favorable coyuntura de atacar á sus enemigos. Hizo al amanecer una salida con sus tropas, las que como habian por la noche permanecido bajo sus techos al abrigo de la tormenta, se encontraban descansadas y con toda su fuerza. Algunos soldados italianos que estaban colocados cerca de la ciudad, desanimados, y entorpecidos sus miembros por el frio, huyeron al acercarse los enemigos; los que estaban situados en puestos menos avanzados demostraron el mayor valor, empero la lluvia habia apagado sus mechas y mojado la pólvora ó inutilizado sus mosquetes, y pudiendo apenas sostener el peso de sus armas fueron bien pronto derrotados. Casi el ejército entero con el emperador á su frente tuvo que hacer movimiento para rechazar al enemigo, el que despues de haber causado gran número de muertos á los imperiales y amedrentado á los restantes, se retiró con buen orden.

El pesar de esta desgracia y primer peligro se desvaneció luego para dar cabida á un espectáculo mas horroroso y deplorable aun. Era ya de dia y continuaba el huracan con toda su furia; veíase al mar agitarse con toda la violencia de que es capaz aquel temible elemento; los navíos de que dependia el sustento y salvacion del ejército, arrancados de sus áncoras iban á estrellarse unos contra otros, ó se destrozaban entre las rocas; muchos de ellos fueron arrojados á la playa y otros sumergidos en las aguas. Quince navíos de guerra y ciento sesenta transportes fueron destruidos en menos de una hora; ahogáronse ochocientos hombres de su tripulacion; ó si algunos de estos desgraciados escapaban al furor de las olas y llegaban á nado á la orilla, eran bárbaramente asesinados por los árabes. El emperador.

Desastres de
la escuadra.

Año 1541. estático de asombro y pesar veía con silencio este horrible desastre; veía sumergirse en las amargas ondas todos sus pertrechos de guerra y grandes provisiones destinadas para la manutención de sus tropas; todas sus esperanzas se frustraban. El único arbitrio que le quedaba en su poder era enviar algunas partidas á la playa para sacar de ella á los árabes apostados y recoger los pocos que tenían la dicha de llegar á tierra. Finalmente empezó á disminuir el viento, y se esperanzó que se podrían aun conservar las embarcaciones necesarias para salvar al ejército de los horrores del hambre y restituirlo á Europa. Empero no pasó esto mas que de esperanzas. Cubrióse el mar de densas tinieblas al anocheecer; los comandantes de las embarcaciones que se habían libertado del naufragio, hallándose en la imposibilidad de dar ningun aviso á las tropas que estaban en tierra, permanecieron estas toda la noche en el mas horrible desasosiego. Cuando apareció de nuevo el día, una lancha enviada por Doria logró llegar á tierra, y notició al acampamento que el almirante se había librado de la tormenta mas furiosa que en cincuenta años de navegacion hubiese visto, y que tuvo por precision que retirarse al cabo de Metafuz con sus despedazados buques. Como el cielo continuaba mostrándose tempestuoso y terrible, Doria aconsejaba á Carlos que marchase con presteza hácia aquel cabo, el lugar mas propio para reembarcar sus soldados.

Vese precisado Carlos á retirarse.

En estos infortunios era gran felicidad para el emperador el saber que parte de su escuadra se había salvado; empero este motivo de placer estaba muy acibarado, por los apuros é inconvenientes en que le ponía aun el estado de su ejército. Metafuz estaba á cuatro jornadas de distancia del lugar del acampamento. Los víveres que

se habían desembarcado se habían agotado todos; los soldados, cansados y abatidos, apenas se hubieran hallado en estado de hacer tal viage en su propio país; sin valor por una continuacion de trabajos, que aun saliendo victoriosos no hubieran podido suportar, carecian del vigor necesario para resistir á nuevas penas. A pesar de esto el estado del ejército no permitia siquiera meditar, y no habia dos partidos que tomar. Dió pues Carlos la orden de marchar, al ejército, los enfermos y heridos se colocaron en el centro, y los que parecían mas robustos en la vanguardia y retaguardia. Entonces el cruel resultado de los males que habían padecido, se manifestó mejor, y nuevas desgracias vinieron á aumentar las primeras. Unos apenas podian sostener el peso de las armas, los otros rendidos por una marcha penosa por hondas veredas y casi intransitables, caian y morian en el mismo lugar; muchos murieron de debilidad, puesto que el ejército no tenia otro alimento que raices, simientes salvages y los caballos que mandaba matar el emperador y repartir entre sus tropas; parte se ahogó en los torrentes de tal modo copiosos por las grandes lluvias, que al pasarlos á vado, llegaba el agua hasta la barba; muchos tambien murieron á manos del enemigo que continuamente les incomodó y fatigó de dia y noche durante la mayor parte de la marcha. Llegaron finalmente al cabo de Metafiz, y el tiempo mudándose de repente en bonancible para favorecer la comunicacion de las tropas con la escuadra, volvieron á hallar abundantes víveres, y se felicitaron con la esperanza de verse pronto en salvo.

En esta horrorosa cadena de desgracias el emperador demostró muy buenas cualidades, que la no interrumpida serie de sus prosperidades no le habia pue-

Año 1546.

Su magnanimidad.

Año 1541. to en estado de manifestar. Hízose admirar por su energía, constancia, magnanimidad, valor y compasión; sufría las mas duras molestias como el último soldado de su ejército; esponia su persona por do quier amenazaba el mas inminente riesgo; reanimaba el valor de los que se dejaban intimidar, visitaba á los heridos y enfermos, é infundia ánimo á todos con sus palabras y ejemplo. Cuando se volvió á embarcar el ejército, se quedó de los últimos en la playa, aunque una division árabe que no estaba lejos, amenazaba á cada punto atacar á la retaguardia. Carlos con tan noble conducta se indemnizó en algun modo de la presuncion y locura que le habian hecho emprender una expedicion tan fatal para sus vasallos. No se limitaron aqui sus desgracias, puesto que apenas estuvieron reembareadas sus divisiones, que estalló otra nueva tempestad no tan horrorosa en verdad como la primera, pero que bastó para dispersar todos sus buques y les precisó á procurarse cada uno de por sí, ya en España, ya en Italia, puertos á donde pudieran abordar. De esta suerte fue como se esparció la noticia de estas calamidades con las exageraciones con que las comentaban ánimos terrorizados aun. El mismo emperador, despues de tamaños riesgos, se vió precisado á abordar en el puerto de Bregia en Africa, donde le detuvieron los vientos contrarios por algunas semanas; llegó finalmente á España en un estado muy contrario de aquel en que se habia presentado á su regreso de la primera expedicion contra los berberiscos (1).

Regresa á Europa.

2. diciembre.

(1) *Caroli V expeditio ad Argvriam, per Nicolaum Villaguenonem Equitem Rhodium, ap. Scavdium, V, II, 365. Jovii. Hist. V. XI, p. 269. Vera y Zuñiga Vida de Carl. V, p. 83. Sand. y. Hist. II, 299, etc.*

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO SÉPTIMO.

El emperador había padecido en su fatal expedición contra los argelinos inmensas pérdidas que la voz pública no dejaba de aumentar aun mas, á proporción de la distancia que la alejaba del suelo de aquella desgracia; aprovechóse de ella Francisco para empezar la guerra que ya desde algun tiempo tenia ideada, empero no juzgó prudente alegar en apoyo de esta pretension ni sus antiguos deseos de poseer el Milanesado, ni las tantas veces rota promesa que le habia hecho el emperador de restituirle aquel ducado: la primera de estas causas, que habria sido suficiente para impedirle el firmar la tregua de Niza, no lo era sin embargo para hacérsela quebrantar, y la segunda no podia manifestarla sin hacer patente su necia credulidad, descubriendo al propio tiempo la mala fe de su rival: un general del imperio le facilitó un motivo mejor para hacer la guerra, con un atentado que no podia menos

Año 1541.

Año 1541. de escitar su cólera por mas que hubiera deseado la paz en vez de anhelar por la guerra. Francisco I habia ya adivinado que firmando la tregua de Niza sin tomar para ello el parecer del sultan, ofenderia á este orgulloso monarca que miraba á la alianza con la Puerta un honor con el que debieran ennoblecerse los monarcas cristianos. Las conferencias del rey de Francia con Carlos en Provenza, y la acogida que le dió fueron acompañadas de tantas muestras de confianza y amistad, que Soliman juzgó que los dos enemigos habian finalmente olvidado su mutuo rencor para formar contra su poder aquella alianza general, tan vivamente deseada desde tanto tiempo por la cristiandad, y siempre en vano ideada. Esforzabase Carlos con sus acostumbradas astucias á afirmar y animar estas sospechas, haciendo de modo que sus comisionados en Constantinopla y en todas las cortes en que tenia correspondencia Soliman, esparciesen la voz de que el emperador y el rey de Francia estaban ya tan íntimamente convenidos que en lo sucesivo todas sus ideas, proyectos y ejecuciones serian comunes (1). Alcanzó el rey aunque difícilmente hacer perder estas impresiones, empero la astucia de Rincon, su embajador en la Puerta, y la manifiesta utilidad que á esta corte resultaba de empezar de comun acuerdo con la Francia las hostilidades contra la casa de Austria, decidieron por fin á Soliman á ligarse mas estrechamente que nunca con Francisco. Rincon regresó junto á su rey con el encargo de comunicarle una idea del sultan para hacer de modo que los venecianos abrazasen su partido contra del emperador. Soliman que acababa

(1) *Mém. de Ribier, t. I, p. 502.*

le convenir con aquella república una paz á la que la intervencion de Francisco y buenos servicios de Rincon habian contribuido en gran parte, pensó que podría ponerse de su parte al senado con ofrecimientos ventajosos, los que reunidos al ejemplo del monarca francés prevalecerian en el ánimo de los venecianos á toda consideracion de recato y bien parecer. Francisco aprovechó con ahinco esta proposicion y envió inmediatamente á Rincon á Constantinopla, le mandó dirigirse acompañado de Fregoso, genoves desterrado de su pais, y confió á estes dos ministros pleno poder de tratar con el senado el asunto que un embajador de Soliman habia ya entablado (1).

Durante estas cosas el marques del Guasto, que mandaba en el Milanesado, inteligente oficial, emperro capaz de idear y poner en ejecucion las atrocidades mas violentas, tuvo noticia de la intencion é instrucciones de los embajadores; sabia cuanto descaba su monarca indagar los secretos del rey de Francia, y cuán imprudente seria retardar su cumplimiento; apostó pues á algunos soldados de la guarnicion de Pavia, quienes asaltaron á Rincon y Fregoso al tiempo de embarcarse en el Pó, acribilláronles de cuchilladas, asesinando igualmente á muchos de su comitiva, y les tomaron sus papeles. Cuando supo Francisco la noticia de tan horroroso asesinato cometido durante la tregua y en unos sujetos cuyo carácter era sagrado hasta en las menos civilizadas naciones; el pesar que sintió por la sensible pérdida de dos leales servidores, la inquietud de ver paralizados sus proyectos, finalmente todas las demas sensaciones de su corazon se

El asesinato de los embajadores franceses es el motivo de la guerra.

(1) *Hist. di Venet. da Paruta, IV, 125.*

Año 1541.

mezclaron con el enojo del insulto hecho á su corona: acusó con energía á Guasto, quien á pesar de su atrevimiento en disculparse de este delito, quedó sonrojado sin poder sacar de él el fruto que esperaba, puesto que los embajadores habian dejado atras sus instrucciones y demas papeles interesantes. El monarca francés envió un comisionado al emperador pidiéndole una satisfaccion de un ultrage que el mas pobre y humilde soberano no podria determinarse á sufrir sin quejarse; precisado entonces Carlos á partir para su expedicion de Africa, intentó en vano eludir las quejas de Francisco con espresiones ambiguas, pues este requirió á todas las cortes de Europa y manifestó lo atroz del agravio, lo justo de su conducta y la injusticia del emperador que al parecer despreciaba sus quejas.

A pesar del valor con que Guasto afirmó su inocencia, la acusacion del rey fue mucho mas poderosa que todos sus juramentos. Du Bellay que gobernaba en nombre de la Francia el Piamonte, llegó con trabajo y astucia á obtener una minuciosa relacion de la trama, la que unida á las declaraciones de un gran número de sujetos interesados, formaba casi una entera prueba legal en contra del culpable. Segun la opinion pública robustecida con este reciente descubrimiento, parecieron muy justas las quejas de Francisco; y sus preparativos de guerra no se pensó que fuesen fruto de su ambicion ó rabia, sino promovidos por la necesidad de dejar vengado el honor de su corona (1).

A pesar de esto, por mas justa que fuese su causa y por mas que le auxiliase el sultan, este monarca no se descuidó en procurarse otros aliados para equilibrar las

(1) Du Bellay, 367, etc. Jovii, *Hist. l. XL*, 268.

mayores fuerzas del emperador; empero sus diligencias quedaron sin fruto alguno. Enrique VIII mas y mas aferrado á sus ideas contra de Escocia, conocia ser esto una causa de un próximo rompimiento entre él y Francisco, por lo que estaba mas dispuesto á aliarse con el emperador que con la Francia; el papa continuaba invariablemente en su sistema de neutralidad, y los venecianos seguian su ejemplo á pesar de las instancias de Soliman; los alemanes con la libertad de conciencia que se les habia concedido se hallaban interesados en satisfacer mas que descontentar al emperador; los únicos que se aliaron á Francisco fueron los reyes de Dinamarca y de Suecia, que les habia seducido en esta última discordia el tomar parte en las contiendas de los mas formidables soberanos del mediodía; y despues de estos el duque de Cleves que disputaba á Carlos la posesion del ducado de Gueldres, empero las posesiones de aquellos dos monarcas estaban tan lejos del teatro de la guerra y era tan corto el poder del último, que muy poco ganó Francisco con su alianza. Con todo esto suplió Francisco con su actividad los recursos que le faltaban; atacado en aquel entonces por una enfermedad originada por sus estragadas costumbres y cuyo germen debia destruir, le proporcionó todo el tiempo necesario para dedicarse á sus asuntos con mas ahínco que antes; por lo que esta misma enfermedad, privándole de sus diversiones, le puso al mismo tiempo de tan mal humor y descontentadizo de sus ministros, y aumentándose su mal genio al pensar con los equivocados pasos á que se acababa de conducirle y de los agravios que habia recibido, algunos de aquellos en quienes ponía toda su mayor confianza se vieron destituidos de sus destinos. Finalmente le cayó en desgracia el mismo Montmorency

Actividad de Francisco en sus preparativos de guerra.

Año 1541. que estaba desde mucho tiempo al frente de todos los asuntos civiles y militares con todo el poderío de un ministro tan bienquisto y apreciado de su rey, y deseoso Francisco de patentizar que ni la energía ni ciencia de su mando no se resentirían de la separación de tan poderoso cortesano, aumentó su esmero en prepararse para empezar la guerra por algún memorable acontecimiento.

Año 1542.
Pone cinco
ejércitos en
campana.

Levantó pues cinco ejércitos; el uno debía operar en el Luxemburgo al mando del duque de Orleans, ayudado por el de Lorena que debía instruirle en el arte militar; otro mandado por el delfín debía marchar contra las fronteras de España; el Brabante fue el lugar destinado para operar el tercero y lo mandaba Van Rossen, mariscal de Güeldres; el cuarto cuyo general era el duque de Vandoma custodiaba las fronteras de Flandes, y el último compuesto de las tropas que estaban acantonadas en el Piemonte encargóse al almirante Annebaut. Colocados de esta suerte el delfín y su hermano se veían en situación de abrir una brillante y gloriosa carrera de conquistas; el ejército que mandaba el primero constaba de cuarenta mil hombres, y el otro de treinta mil. Causa verdaderamente admiración que poseedor Francisco de tan numeroso y brillante ejército no se echase sobre el Milanesado que tanto anhelaba poseer y objeto de sus tan antiguas empresas; empero los recuerdos de las desgracias que había sufrido en sus primeras campañas y la dificultad de sostener la guerra tan lejos de sus dominios, habían insensiblemente sofocado sus deseos de domiciliarse en Italia. Juzgó que debía tentar por otro lado la fortuna de sus armas, y como en la frontera de España existía únicamente un corto número de ciudades que

hubiesen resistir y carecia de ejército para oponérsele, se envaneceia que antes que Carlos pudiese ponérsele al frente hubiera recobrado sin impedimento alguno el condado del Rosellon, quitado poco antes de la corona de Francia, y la necesidad de ausiliar á su aliado el duque de Cleves unido á la creencia de poseer por su medio un respetable ejército de soldados alemanes le precisaron á operar con vigor en los Países Bajos. Año 1542.

El delfin y el duque de Orleans empezaron casi al mismo tiempo la campaña; el primero puso sitio á **Perpiñan**, capital del Rosellon, y el segundo se apoderó del Luxemburgo, el duque siguió sus movimientos con presteza y felicidad; apenas se habia tomado una ciudad cuando acontecia lo mismo á otra, hasta que por último solo quedó en aquel grande ducado, para Carlos, la ciudad de Thionville; y ni aun las provincias fronterizas le hubieran podido resistir á no haberse detenido en medio de sus victorias. Esparciose la voz de que Carlos queria aventurar una batalla para libertar á Perpiñan; movido el duque por un ardor juvenil ó tal vez por envidia de un hermano á quien odiaba, abandonó de repente todo lo conquistado y voló al Rosellon para repartirse el laurel de la victoria. Una vez puesto en marcha algunos de sus soldados se dispersaron, otros desertaron y los pocos que quedaron reducidos á la inaccion se quedaron en las ciudades de que se habian apoderado ya. Esta conducta que pone un indeleble borron en el juicio ó ánimo de este príncipe, y tal vez en uno y otro, no únicamente le quitó cuantas bellas esperanzas le inspiraba una lucha de tan hermosos principios, si que tambien proporcionó tiempo al enemigo el recobrar cuanto habia perdido, á últimos del verano. El emperador tenia

Mes de junio.
Operaciones de estos ejercicios

Año 1542. demasiada prudencia para aventurar en las mismas fronteras de España una acción general cuya pérdida hubiera puesto en peligro á todo el reino. El fortificado Perpinan era arduosamente atacado; empero se hallaba muy provisto de municiones de guerra y boca por la diligencia de Doria (1); y el duque de Alba á quien su inflexible pecho le penia en estado de sostener un asedio hasta el último trance, defendió la ciudad con tanta bizarría que por fin los franceses, debilitados por las enfermedades, rechazados en todos los asaltos y desanimados de lograr su presa, abandonaron aquella intencion despues de medio año de fatiga y regresaron á su pais (2). De este modo pues, ya sea por haber tomado por su parte mal las disposiciones, ya por serle superior en ciencia y fuerzas su enemigo, no alcanzó Francisco ningun fruto que respondiese á sus esperanzas y á la espectacion de la Europa entera despues de haber visto aquellos inmensos preparativos que tantos sacrificios y dinero le habian costado. El único sólido beneficio de esta guerra consistió en la adquisicion de algunas ciudades del Piamonte que tomó Du Bellay, mas por astucia y ardidés que á fuerza de armas (3).

Año 1543.
Preparativos
para otra cam-
paña.

A pesar de todo esto el emperador y el monarca francés, aunque debilitados del todo los dos á causa de tan inútiles esfuerzos, no conocian disminuir su mutuo rencor. Cada cual se ocupó por su parte con vigilancia y habilidad en proporcionarse nuevos aliados que fuesen bastantes para hacerles superiores en la próxi-

(1) Sigonii *Vita A. Doria*, p. 1191.

(2) Sandov *Hist tom II*, 315.

(3) Sandov *Hist. tom. II*, 318. Du Bellay, 387. etc. Ferrer. IX, 251.

una campaña, y Carlos aprovechándose del terror que la inopinada invasion de su suelo le habia ocasionado, logró obtener de muchas de las cortes de sus varios reinos mas numerosos socorros que los acostumbrados (1); al propio tiempo tomó prestada una cuantiosa suma en metálico á Juan, rey de Portugal, y en prenda de esta deuda le entregó la posesion de las islas Molucas, dejándole á su arbitrio el rico comercio de esperiencia que proporciona aquella porcion del universo, y contento de estos preparativos trató el matrimonio de su hijo único Felipe que entonces tenia diez y seis años, con Maria, hija de este monarca, quien la dotó como podia desearse del mas rico monarca de Europa. Poco tiempo despues hizo de modo que las Cortes de Aragon y Valencia reconociesen á Felipe por heredero de aquellos dos reinos, y logró de ellas la donacion acostumbrada en iguales ocasiones. Dichos extraordinarios subsidios le proporcionaron aumentar los ejércitos españoles hasta tal número que pudiese sacar de ellos una formidable division destinada á los Países-Bajos y dejar á pesar de esto los suficientes para la defensa de aquel reino. Despues de haber mirado por la seguridad de este, cuyo mando dejó á su hijo, se embarcó para llegar á Alemania pasando por Italia; empero á pesar de su conato en procurarse capitales para sostener la guerra supo con todo negarse á las ofertas de Pablo III, quien sabia la necesidad de metálico en que se hallaba aquel monarca: este pontífice ambicioso que acechaba y aprovechaba todas las ocasiones de engrandecer á su familia, pretendió la investidura del ducado de Milan,

(1) Ferreras, IX, 238, 241. Jovii Hist. l. XLII, 298, 6.

Año 1543. ya del yerno del emperador, é intentó para lograr esto ofrecerle una cantidad que le hubiera bastado para los gastos de sus preparativos; empero este, resuelto á no deshacerse de tan hermosa posesion y no muy contento del papa por haberse negado constantemente á reunirse con él en contra de Francisco, negóse altamente á sus pretensiones y hasta llevó su encono á oponerse al despojo de Pablo que quería desmembrar Parma y Plaseacia del patrimonio de la santa sede, para cederlas á su hijo y nieto á título de feudo del pontificado romano. Como ya no le restaba ningun medio de sacar dinero de los estados de Italia, retiró las guarniciones que hasta entonces habia guardado en las ciudades de Florencia y de Liorna, lo que le proporcionó un cuantioso regalo por parte de Cosme de Médicis, que tuvo de este modo asegurada su independencia y se vió dueño de dos fortificaciones llamadas con justo motivo los grillos de Toscana (1).

Tratados
del emperador
con Enrique
VIII.

Empero iban mucho mas lejos las miras de Carlos, y la alianza ofensiva que habia tratado con Enrique VIII podia proporcionarle mucho mayores ventajas que todos sus preparativos. Algunas desazones de poca monta que he referido ya, habian empezado á indisponer á este soberano con la alianza de Francisco, y nuevos eventos se reunieron para apartarle de ella del todo. Tan celoso Enrique de poner por un igual la religion de Inglaterra como deseoso de lograr prosélitos de sus opiniones, habiase ideado persuadir á su sobrino el rey de Escocia que despreciase el supremo poder del papa y adoptase la re-

Rompimien-
to de este con
Francia y Es-
cocia.

(1) Adriani, *Istoria*, I, 195. Sleid. 312. Jovii, *Hist.* l. XLIII, p. 310. *Vita di Cos. Medici di Baldini*, p. 34.

forma que acababa de instalar en su reino; dedicóse á este proyecto con todo el ardor que le era natural, y como no juzgaba á Jaime muy escrupuloso en puntos de religion, le hizo tan ventajosas ofertas que casi no dudó de lograr sus pretensiones, y en efecto se recibieron de un modo que halagó sus esperanzas; empero el clero escocés conociendo que la destruccion de la iglesia seguiria inmediatamente á la amistad de su rey con el monarca inglés, y los partidarios de Francisco temiendo por su parte que su rey perderia todo su influjo en los asuntos de Escocia, aliáronse estos dos partidos y destruyeron enteramente con sus insinuaciones y actividad el plan de Enrique en el momento mismo que mas confiaba en su feliz éxito (1). Este monarca, demasiado altivo para sufrir semejante ultrage que pensaba ser efecto de las astucias francesas como tambien de la ligereza de Jaime, tomó al momento las armas y amenazó quitar su reino á un soberano con cuya amistad no le era dado contar. Apresuróse al propio tiempo por su ódio contra Francisco á tratar con el emperador una alianza que fue aceptada tan pronto como se invitó con ella; empero antes de concluir del todo este convenio, mientras el rey de Inglaterra hacia la guerra á Escocia murió Jaime V dejando la corona á su hija única Maria, que todavía estaba en la niñez, y este acontecimiento varió todos los proyectos de Enrique respecto á aquel reino; y renunciando á conquistarlo por fuerza de armas creyó mas conveniente unirlo al suyo por medio del casamiento de Eduardo, su hijo único, con la jóven reina: tenia empero que los partidarios de Francia que esta-

(1) *Hist. of Scottl. v. I, p. 74, etc. 9. edit. in-8.º*

Año 1543. ban en Escocia se le opusiesen con vigor, puesto que empezaban ya á trabajar para destruir sus planes. La necesidad de ganar por mano á esta faccion ó impedir á Francisco el auxiliarla, indujo mas y mas á Enrique á que persistiese en la resolucion de romper con aquel monarca, y le obligó á finir enteramente su tratado de alianza con el emperador.

Febrero 2.
Alianza de
Carlos y Enrique.

Los primeros artículos de esta alianza se dirigian á afianzar en primer lugar la union entre los dos monarcas y su mutua defensa; tratábase despues las demandas que deberian hacer al rey de Francia cada uno por su parte, y se disponia el plan de sus movimientos en caso de negarse á ellas. Quedaron pues convenidos en exigir de él que no solamente abandonase su alianza con los turcos, origen de tantos desastres á la cristiandad, si que tambien concediese resarcimientos por los males que esta ilegal alianza habia ocasionado, que devolveria la Borgoña al emperador, y que suspenderia inmediatamente toda hostilidad contra Carlos á fin de que este quedase con entera libertad para oponerse á los enemigos de la fe, que finalmente pagaria sin tardanza las sumas que adeudaba á Enrique ó le daria alguna ciudad en prenda de la deuda. Si no se convenia en estos artículos dentro el término de cuarenta dias los dos soberanos se obligaban mutuamente á entrar en Francia cada uno al frente de veinte mil infantes y cinco mil caballos, con la estipulacion de no dejar las armas hasta despues de haber el uno reconquistado la Borgoña y las ciudades del Soma; y el otro la Normandía, la Guiena y hasta toda la Francia (1). Envióronse heraldos para estas imperativas condiciones, y aunque no era lícito entrar en aquel rei-

(1) Rym. XIV, 768. Herb. 218.

no los dos monarcas se juzgaron facultados para llevar á cabo este convenio. Año 1533.

Por su parte Francisco no era menos diligente en sus aprestos de la campaña próxima; desde mucho tiempo conocia el descontento de Enrique; todos sus esfuerzos para agradarle fueron infructuosos, por lo que no dudó segun el conocimiento que tenia de su carácter que una guerra abierta seguiria pronto á su frialdad; sus gestiones se redujeron pues á aumentar sus instancias para con Soliman, á fin de obtener de él un socorro bastante para equilibrar la reunion de fuerzas de Carlos y el monarca inglés. Tratándose pues de sustituir á los dos embajadores asesinados por orden de Guasto, envió primero á Venecia y desde allí á Constantinopla á un tal Paulin, capitán de infantería, pues Francisco le juzgó á propósito para esta interesante misión, puesto que le habia recomendado Du Bellay quien habia probado su saber y astucia en varios asuntos y Paulin confirmó la idea que se tenia de su adhesion y talentos; no le intimidaron los riesgos del viage, y al momento de llegar á Constantinopla instó con tanto ardor las demandas de su dueño y supo sacar tan buen partido de las circunstancias, que superó cuantas dificultades le oponia Soliman; hasta los bajás que en el divan, ya movidos por su opinion ya instigados por los enviados del emperador, se habian declarado contra toda alianza con el rey de Francia, se vieron precisados á callar (1). Barbaroja pues recibió orden de embarcarse con una formidable escuadra y unir sus operaciones á las del monarca francés, empero este no fue tan feliz en las negociaciones con los

Tratados de Francisco con Soliman.

(1) Sandov. *Hist.* tom. II, 346. Jovius, *Hist. lib. XLI*, 285, etc. 320, etc. Brantome.

Año 1543. príncipes imperiales, pues con el deseo de demostrarse celoso por la fe católica á fin de borrar la mancha que en él habia impreso su alianza con los turcos, habia juzgado necesario castigar con excesivo rigor á sus vasallos que se habian declarado por la religion protestante; empero con esto solo logró levantar entre él y aquellos alemanes, que por su voluntad se hubieran unido con él, una insuperable barrera (1). Tenia á pesar de esto una verdadera superioridad sobre el emperador; la reunion de todas sus posesiones unas junto á otras y la grandeza del poder real en Francia le salvaban de las dilaciones é inopinados lances que de precision deben suceder en aquellos dominios en que el pueblo socorre para los gastos de la guerra con precarios y á veces demasiado cortos subsidios, por cuyo motivo sus preparativos se hacian siempre con ardor y presteza mientras que los de Carlos eran siempre pesados é interrumpidos, á no ser de que por medio de auxilios estraños ó algun arbitrio singular le sacara de aprieto.

Principia la
campañ en
los Países-Ba-
jos.

Dirigiendo Francisco todas sus fuerzas á los Países-Bajos empezó allí la guerra antes que se le opusiese el enemigo; entró en Landrecy y mandó fortificara cuidadosamente aquella plaza porque era la llave del Hainaut; desde allí revolviendo sobre su derecha penetró en el ducado del Luxemburgo al que halló tan desprovisto como el año antecedente. En esto el emperador que habia formado con soldados reunidos de entre todos sus dominios un ejército formidable, precipitose sobre los dominios del duque de Cleves, de quien habia jurado vengarse ejemplarmente, y este duque

(1) Seeck lib. III, 403.

cuyo estado y conducta eran una copia de la situación en que se había hallado Roberto de La-March en la primera guerra de Carlos y Francisco, probó también la misma suerte, puesto que como no tenía suficientes fuerzas para resistir al emperador que se adelantaba al frente de cuarenta y cuatro mil hombres, se retiró al acercarse estos, y los imperiales vencedores sin combatir atacaron inmediatamente á Duren, y esta ciudad aunque defendida con valor fue tomada por asalto, pasados á cuchillo sus habitantes y reducidas sus casas á cenizas. Tan horrible ejemplo de crueldad esparció en los alrededores un terror tan universal que todas las restantes plazas hasta las que se hallaban en estado de hacer resistencia se apresuraron á rendirse al emperador, y el mismo duque antes de que pudiese llegar para auxiliarle un cuerpo de ejército francés se vió precisado á humillarse á un acto de degradación que abatia su dignidad de soberano. Admitido ante aquel monarca se hincó de rodillas junto con ocho de sus principales vasallos para implorar su compasión. Dejó Carlos que permaneciese en esta humillante posición, y mirándole con un orgullo implacable le volvió á remitir á sus ministros; empero las leyes que se le impusieron no eran crueles como hacia esperar semejante recibo, pues únicamente se le obligó á renunciar á sus pretensiones del ducado de Güeldres, á dejar su alianza con el rey de Francia y unirse al emperador y al rey de romanos. Bajo estas condiciones se le devolvieron todos sus estados, quedando únicamente en poder del emperador como en rehenes dos de sus principales ciudades, y despues de la guerra se le devolvieron y se le reintegró en todos sus privile-

Año 1543.

El emperador se apodera del ducado de Cleves.

7 setiembre.

Año 1543. gios como á príncipe del imperio; poco tiempo despues le casó el emperador con una hija de su hermano Fernando en prueba de su sincera reconciliacion (1).

Sitio de Landrecy.

Despues de haber castigado al duque de Cleves con lo que se quitaba á Francisco un aliado y se añadia á las posesiones de Carlos una gran provincia fronteriza de sus estados en los Países-Bajos, internóse el emperador en el Hainant y puso sitio á Landrecy donde se le reunió una division de seis mil ingleses mandados por el caballero Juan Wallow: este era el primer fruto de su alianza con Enrique. La guarnicion de esta ciudad cuyo sitio mandaba Carlos en persona compuesta de soldados aguerridos mandados por Lalande y Dessé, oficiales acreditados, se resistió con valor, y Francisco marchó á su socorro con todas sus fuerzas. Ambos contendentes estaban resueltos á aventurar una batalla decisiva, y toda la Europa deseaba ver finalizar tan largas disputas con una accion decisiva entre dos poderosos ejércitos capitaneados por sus soberanos en persona. Empero el trecho de terreno que separaba los dos ejércitos estaba colocado de tal modo que era muy desventajoso para el primero que empezase el ataque, y ni uno ni otro quisieron arriesgar este peligro, y durante los movimientos que cada cual hacia para atraer á su contrario, Francisco los dirigió con tanta felicidad y tino que alcanzó meter tropas de refuerzo y un abundante convoy de víveres en la plaza y entonces el emperador desesperado de tomarla tomó cuarteles de invierno (2) para guare-

(1) Haueus, *Annal. Brabant. tom. I*, 628. *Recueil des traités. II*, 226.

(2) Du Bellay, 409, etc.

cerse de los hielos de la estación que hubieran podido arruinar á su ejército. Año 1543.

Entre tanto fiel Soliman á todos sus convenios con la Francia, invadió la Hungría á la cabeza de un formidable ejército; los príncipes del imperio, viendo que Carlos ocupaba todas sus fuerzas contra Francisco, no hicieron grandes esfuerzos para defender un país que al parecer quería sacrificar, de modo que ninguna division de tropas se presentó para oponerse á los progresos de Soliman, quien puso sitio una despues de otra á las ciudades de Cinq-Eglises, Alba y Gran que eran las tres principales de Hungría y pertenecian á Fernando; la primera fue tomada por asalto, las otras dos se rindieron y casi todo el reino se entregó al yugo otomano (1). Barbaroja se habia al propio tiempo hecho á la vela con una escuadra de ciento diez galeras, costeó la Calabria, abordó en Reggio cuya ciudad entregó al saqueo é incendió; pasando desde allí á la desembocadura del Tiber para hacer agua, los habitantes de Roma ignorando adónde se dirigia aquella armada se asustaron tanto que huyeron precipitadamente; iba á quedar abandonada la ciudad si el embajador francés Paulin no les hubiera tranquilizado escribiéndoles protestando que ningun estado aliado de su rey debía temer ni insulto ni ataque de parte de los mahometanos (2). Hízose á la vela Barbaroja desde Ostia para Marsella donde se le reunió la escuadra francesa que llevaba á bordo una division de tropas al mando del conde de Enguien, jóven y valeroso príncipe de la casa de Borbon; estas dos escuadras se di-

Soliman invade la Hungría.

Desembarca Barbaroja en Italia.

(1) Astenbathli, *Hist. Hung.* t. XV, 167.

(2) Jovi, *Hist.* l. XLIII, 304, etc. Pallavic. 160

Año 1543. rigieron unidas hácia Niza, último refugio del desgraciado duque de Saboya. Vióse allí con grande afrenta de la cristiandad, las lises de Francia y la media luna mahometana pelear unidas contra un fuerte en el que ondeaban enarboladas las cruces de Saboya; á pesar de esto defendióse la plaza con valor, contra de entrambos ejércitos, mandada por Montfort, caballero saboyano, quien sostuvo un asalto general y causó inmensa pérdida á los enemigos antes de refugiarse al castillo, el cual colocarlo encima un peñasco no podía ser decentado por la artillería ni las minas. Por tanto tiempo se resistió que Doria tuvo ocasion de aproximarse con su escuadra y de

Setiembre 8. llegar á Milan el marques del Guasto con una division de tropas; al momento que los franceses y turcos supieron la aproximacion de estas fuerzas levantaron el sitio (1); y el rey en resarcimiento del oprobio de que le cubria aquella alianza, ni tan solo tuvo la dicha de la victoria.

Preparativos para una nueva campaña.

Al ver cuán poco habian adelantado uno y otro contrincante en esta lucha, era de creer que se prolongaria la guerra entre dos soberanos cuyas fuerzas estaban de tal modo equilibradas y que hallaban en sus propios talentos y actividad eternos recursos; á cada uno de ellos le era dado arruinar sus propias posesiones sin que por ello ganase á la fuerza las de su contrario, por lo que tanto Carlos como Francisco hubieran deseado la paz si únicamente hubiesen puesto atencion en sus intereses y en la prudencia; empero el ódio personal que se mezclaba en sus contiendas habia llegado á ser tan

(1) Guichenon, *Histoire de Savoie*, tom 1, p. 651. Du Bellay, 425, etc.

violento é intratable que el placer de satisfacerlo podía mas que otra cualquiera consideracion, y que cada uno mas se ocupaba en lo que podia causar daño á su enemigo que en lo que podia ser útil á sí mismo. No bien el rigor de la estacion les precisó á suspender los movimientos militares, cuando sin ningun respeto á las repetidas súplicas del papa ni á sus benéficas exortaciones en beneficio de la paz, empezaron á prepararse para las operaciones de la próxima campaña con un ahinco que se aumentaba á la par que su ódio. Dedicóse en primer lugar Carlos á ganar la voluntad de los príncipes alemanes del imperio, y puso todo su conato en sublevar contra Francisco toda la poderosa mole del cuerpo germánico, empero para mejor conocimiento de los trámites de este negocio es preciso retroceder á la historia de Alemania desde la dieta de Ratisbona celebrada en 1541.

Año 1543.

Asuntos de Alemania.

Por el tiempo en que se disolvió esta asamblea Mauricio sucedió á su padre Enrique en el mando de aquella porcion del reino de Sajonia que era propia de la linea Albertina, de la casa soberana de este electorado. Este príncipe jóven, pues únicamente contaba veinte años, demostraba ya aquellos superiores talentos que debian hacerle representar tanto papel en los asuntos de Alemania; así que se puso en la direccion del gobierno despreció las comunes vias, y sus primeros actos pronosticaron inmensos designios. Aunque adicto enteramente por sus propios principios al protestantismo, negóse á formar parte de la liga de Smalkalde puesto que, segun decia, deseaba sostener la pureza de la religion empero no embarrancarse en las disputas políticas y partidos que

Mauricio de Sajonia hereda á su padre.

Proyectos y conducta de este jóven príncipe.

Año 1543. engendraba; preveía ya en aquel tiempo la desavenencia que iba á estallar entre el emperador y los aliados, y presumiendo cuál sería el partido que sacaría mas ventajas y en vez de demostrar al emperador desasosiego ó sospechas como los otros protestantes, manifestóle una entera confianza y le festejó asiduamente. Cuando en el año 1542 se negaron los reformados ó á lo menos solo difícilmente accedieron á conceder débiles auxilios á Fernando para defender la Hungría, Mauricio fue á reunirsele y se hizo célebre por su celo y valor; desde la primera campaña de Carlos le dió una division de sus mejores tropas.

La belleza de su persona, su destreza en todos los ejercicios militares y un valor innato que le hacia desear los mayores peligros, le hacian aun menos remarkable que la pericia y arte como supo grangearse la aficion del emperador; (1) y mientras que Mauricio ganaba de esta suerte la amistad de aquel monarca iba patentizando su envidia contra de su primo el elector de Sajonia: esta oculta pasion que acabó en lo sucesivo en ser tan fatal para este último habia ya casi originado un rompimiento entre los dos príncipes. Desde que Mauricio empezó á mandar se armaron el uno contra el otro con igual enojo por un inútil derecho de jurisdiccion en una pequeña poblacion á orillas de la Moldavia; empero en el acto de llegar á las manos fueron interrumpidos por la mediacion del Landgrave de Hesse y por la poderosa autoridad de las insinuaciones de Lutero (2).

En esto el sumo pontífice, enojado á lo sumo por lo que habia otorgado el emperador á los reformistas en

El p. p. propone reunir un concilio general en Trento.

(1) Sleidan, 317. Seckend. l. III, 317, 336, 428.

(2) Sleidan, 292. Seckend. l. III, 403.

La dieta de Ratisbona, era con tantas veras instado para la reunion de un concilio ya por los partidarios mas celosos de la santa sede ya tambien por sugetos cuyas opiniones y deseos podian infundirle sospechas, que no juzgó poder retardar mas el convocarlo; quanto mas trabajo habia costado el lograrlo con tanto mas ahinco se esperaba el éxito de sus decisiones; sin embargo queriendo á lo menos mandar en él y dirigir todos los actos de la reunion, el papa no descuidó un momento su primera resolucion de escoger para este fin una ciudad de Italia cuyo clero estaba pagado por él y donde necesitaba su aprecio, pudiese conferirse con menos estipendios y fatiga: dió pues al nuncio que tenia en Spira el año 1542 la órden de renovar esta proposicion tantas veces despreciada por los alemanes, y le autorizó, hallando siempre la misma repugnancia en los ánimos, para proponer para el lugar del concilio la ciudad de Trento en el Tirol, súbdita del rey de romanos y situada en las fronteras de Alemania é Italia. Los principes católicos despues de haber manifestado en la dieta que el escoger Ratisbona ó Colonia ó cualquiera otra ciudad de las principales del imperio hubiera sido mas ventajoso al bien comun, finieron contentándose con el último ofrecimiento de Pablo, empero los protestantes demostraron un descontento general y decidieron que no reconocerian un concilio tenido fuera de los dominios del imperio por sola la autoridad pontificia y en el que se reservaba el derecho de presidir (1).

Sin desasosegarse Pablo por esta negativa, publicó la bula del concilio, nombró á tres cardenales para asis-

Año 1543.

22 de mayo
de 1542.

(1) Sleidan, 291. SeckenJ. l. III, 282.

Año 1543. tir á él en su representacion , y les mandó se confirió-
sen á Trento antes del primero de noviembre, dia prefijado
para la apertura del concilio; con todo si hubiese deseado
celebrarlo con tanta sinceridad como manifestaba , no
hubiera buscado una época tan fuera de propósito para
reunirlo. No se podia esperar mucho que reinase en los
ánimos aquella buena armonía y tranquilidad únicas que
pueden asegurar la libertad y autoridad en las sesiones;
á más de esto la feroz guerra que se habia entónces
principiado entre el emperador y Francisco, no permitia
conferirse á Trento á la mayor parte del clero de Europa.
Los legados estuvieron allí por muchos meses sin que
nadie se presentase á escepcion de algunos prelados de los
dominios pontificios, y Pablo para evitar la mófa y desprecio
de los enemigos de la iglesia se vió precisado á llamar á sus
cardenales y prorogar el concilio (1).

Se ve precisado á prorogarlo.

El emperador procura ganar á los protestantes.

Desgraciadamente por la corte romana, mientras que los reformistas de Alemania aprovechaban todas las ocasiones de ridiculizar su autoridad, el emperador y el rey de romanos creyeron que les convenia no sujetarlos, si que hacérselos de su partido con nuevas concesiones: en la misma dieta de Spira en la que del modo mas insultante habian protestado contra la reunion del concilio en Trento, Fernando que necesitaba su socorro en Hungría permitió vaciar sus protestas en los registros de esta junta, y renovando á su favor los fueros que habian logrado en Ratisbona, juntó á ellos todas las seguridades que podian desear; concediéndoles entre otras cosas la suspension de una orden emanada de la cámara imperial contra la ciudad de Goslar que

(1) Fra-Paolo, p. 97. Steidan, 296.

habíase entrado en la liga de Smalkalde y apoderado de las posesiones del clero en sus dominios, y en consecuencia se mandó á Enrique, duque de Brunswick, que no pasase adelante en la ejecucion de aquella órden; empero este príncipe, cuya religion rayaba en fanatismo, tan temerario como tenaz en sus intenciones, no abandonó sus correrías en los dominios de Goslar. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse no pudiendo sufrir que se ultrajase á los miembros de la liga, reunieron sus fuerzas, declararon la guerra á Enrique, y despues de haberle tomado todos sus dominios solo en algunas semanas, le precisaron á buscar un asilo en la corte de Baviera. Este acto de una pronta y rigida venganza asombró á toda la Alemania, y los confederados de Smalkalde manifestaron con esta primera accion de armas que poseian el valor y poder necesarios para defender á sus compañeros (1).

Animados por tantas concesiones y por los adelantos que todos los dias iban haciendo sus ideas, los príncipes de la liga de Smalkalde protestaron formalmente contra la cámara imperial, y se negaron á reconocer su jurisdiccion bajo el pretesto de que aquel tribunal no habia sido visitado ni reformado conforme al decreto de Ratisbona, y de que no cesaba de manifestar su parcialidad indecente en todos sus actos. Poco tiempo despues dieron aun otro paso mas osado, protestando contra una órden emanada de una dieta celebrada en Nuremberg que habia dado sus disposiciones acerca la defensa de Hungría; negáronse pues á aprontar su

Año 1543.

Acto de vigor de la liga de Smalkalde.

23 abril de 1543.

(1) Sleid. 296. *Commemoratio succinta causarum belli, etc.*, à Smalkaldicis contra Henr. Brunsw. ab ii dem edita. Ap. Sevardium, tom. II, p. 357.

Año 1543. cuota para este fin á no ser que se reformara la cámara imperial y se les concediese una entera seguridad respecto á los puntos relativos á religion (1).

Dieta de
Spira del año
1544.

Tal era el estado de los protestantes y la confianza que tenían en sus fuerzas cuando regresó Carlos de los Países-Bajos para celebrar la dieta que había convocado en Spira. El respeto á la magestad imperial y el interés de los negocios que se tenían de tratar fueron las causas por que fue tan numerosa esta dieta, puesto que asistieron á ella todos los electores, infinidad de príncipes, eclesiásticos y seculares, y los diputados de las ciudades. Bien conoció Carlos que no era aquel el oportuno momento de agitar el inquieto partido de los protestantes defendiendo con altivez la doctrina de la iglesia ó quitándoles la menor cosa de los privilegios que disfrutaban, sino que muy al contrario necesitaba calmarles con nuevos favores y dar mas libertad que nunca al fuero de conciencia para lograr de ellos algunos socorros; por este motivo se ocupó en ganar la amistad del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, los principales del partido reformista, haciéndoles sesiones sobre algunos artículos, prometiéndoselo todo sobre de otros, y de este modo se paso á cubierto de los obstáculos que le hubieran podido suscitar. Tomada esta precaucion juzgó que podia emitir sus ideas en la dieta con entera libertad. Empezó por alabar su celo y trabajos incansables respecto á los dos mas interesantes objetos de la cristiandad: el uno era el proporcionar la convocacion de un concilio general para apaciguar las contiendas religiosas que perturbaban la Alemania, y el otro tomar las

El emperador reclama un consejo contra la Francia.

(1) Steid. 304, 307. Seck. l. III, 404, 416.

mas acertadas disposiciones para detener los formidables adelantos de los ejércitos mahometanos; empero todos estos religiosos deseos habian sido, segun decia, frustrados por la malvada ambicion del monarca francés, quien habiendo promovido en Europa una guerra que se crecia sufocada por la tregua de Niza, habia impedido á los padres de la iglesia que se confiriesen al concilio, ó deliberar allí con seguridad, y hasta á él mismo le habia precisado á emplear todos sus soldados para su propia defensa aunque hubiera querido mas emplearlos contra los moros en honor de la cristiandad y por su propia satisfaccion; añadió que Francisco no satisfecho aun con haberle frustrado este proyecto, acababa, con una irreligion sin ejemplar, de atraer á los turcos al centro de los dominios católicos, y que reuniendo sus ejércitos á los de aquellos habia atacado descaradamente al duque de Saboya, miembro del imperio; que la escuadra de Barbaroja en la actualidad se hallaba surta en un puerto de Francia no esperando sino la llegada de la primavera para llevar el terror y destruccion á la tierra de cristianos; que seria una locura pensar en las actuales circunstancias en hacer expediciones lejanas contra los mahometanos ó desalojarlos de Hungría mientras que un aliado tan poderoso como Francisco les concedia un asilo en el centro mismo de Europa; que era muy prudente hacer cara primeramente al mas próximo é inevitable peligro, y por consiguiente abatir á la Francia para privar de este modo á Soliman del provecho que sacaba de esta alianza poco natural en un soberano que se honraba todavia con el título de rey cristianísimo; que respecto á lo demas la guerra contra la Francia era como si se hiciese contra Soliman, porque no se podian hacer men-

Año 1544. guar las fuerzas al primero sin que se descargase el golpe sobre el segundo, y despues de todo acababa pidiendo auxilios contra Francisco porque no solamente atacaba al cuerpo germánico y á su principal gefe, si que tambien se declaraba aliado de los moros y enemigo público de la cristiandad. Para infundir mayor valor á estas fuertes invectivas del emperador, el rey de romanos tomó la palabra é hizo una relacion de las maravillosas conquistas de Soliman en Hungría, cuya causa estaba, segun decia, en la fatal desgracia en que su hermano se hallaba de tener que dirigir sus armas contra el rey de Francia. A mas de esto los comisionados del duque de Saboya trataron muy por estenso de los movimientos de Barbaroja en Niza y de sus barbaridades en aquella costa; dichas quejas reunidas á la universal indignacion que escitaba en Europa la alianza sin ejemplo del monarca francés con los otomanos, causaron en la dieta todo el efecto que el emperador deseaba, y determinaron á la mayor parte de sus individuos á concederle poderosa ayuda; y negóse á los embajadores que enviaba Francisco para esponer los motivos de su conducta, la entrada en territorio del imperio: en vano proclamaron estos las alabanzas de su dueño é intentaron sincerar su alianza con Soliman por medio de ejemplos sacados de la sagrada Escritura y conducta de los principes cristianos, pues no adelantaron nada con espíritus predispuestos y enojados contra aquel monarca para hallarse en estado de oír ninguna razon á su favor.

Concede grandes privi legios á los protestantes para conciliarlos.

Al considerar Carlos esta disposicion de los estados de Alemania, conoció que ya nada pondria obstáculo en sus proyectos á no ser los temores y desconfianzas

de los reformistas, por lo que se decidió á tranquilizarlos concediéndoles todo cuanto podian apetecer para su seguridad; con este fin consintió en un acuerdo que paralizaba todos los decretos hasta aquel día espeditos contra ellos; quedó convenido que se tendria un concilio general ó á lo menos nacional para devolver la paz á la iglesia, que pondria todo su esmero el emperador para hacer de modo que se verificase á la mayor brevedad, que mientras tanto los protestantes disfrutarian del libre ejercicio de su culto, que la cámara imperial no tendria ya poder de molestarles, y que los ministros de este tribunal al finir el plazo de sus atribuciones serian reemplazados por sujetos hábiles, sin diferencia de religion: enamorados les protestantes por estos actos de condescendencia, se obligaron á reunirse con los demas individuos de la dieta para declarar la guerra á Francisco en nombre del emperador, y otorgaron á Carlos una division de veinte y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos que serian pagados y por medio año á costa de la liga, y la dieta impuso al propio tiempo á toda la Alemania una contribucion personal sin escepcion alguna para subvenir á los gastos de la guerra contra los turcos.

Año 1544.

Ausilio que da la dieta al emperador.

Mientras que Carlos seguia con suma atencion el curso de los negocios mas intrincados en medio de una numerosa dieta donde se trataba de hacer reunir tan varios intereses al blanco de su política ambiciosa, trataba por otra parte sus particulares negociaciones con el rey de Dinamarca, quien sin haber hecho aun ninguna tentativa que mereciese la pena en socorro de su aliado Francisco, podia á pesar de esto hacer en su favor algun movimiento formidable (1). Conveniase al propio

Tratados del emperador con Dinamarca y la Inglaterra.

(1) Doment, *Corps diplom. tom. IV, p. 11, p. 73.*

Año 1544. tiempo con el rey de Inglaterra para inducirle á aumentar sus esfuerzos contra el enemigo comun, y la época era favorable para alcanzarlo todo. Los últimos acontecimientos de Escocia infundian en Enrique el mayor enojo contra Francisco, y despues de haber concluido con el parlamento de aquel reino un tratado de boda entre su hijo y la reina jóven, María, esperaba ver bien pronto colmados del mas feliz éxito sus deseos con la union de las dos monarquías. apetecido proyecto de sus antecesores y que siempre habia salido desgraciado. Empero la reina madre, María de Guisa, el cardenal Beáton y los demas amigos de la Francia alcanzaron, no únicamente disolver este enlace, si que tambien enemistar á la Escocia con la Inglaterra y revalidar su antigua alianza con la Francia: no por eso renunció Enrique á tan importante asunto; ademas de la satisfaccion de vengarse de un rival que le llenaba mas el ánimo, le pareció que abatir á Francisco era el modo mas seguro de volver á atraer á los escoceses al convenio que habian despreciado; tan resuelto estaba por este proyecto, que Carlos le halló dispuesto á ayudarle en cuanto quisiera emprender en contra del monarca francés. El plan que trataron juntos era tal que su ejecucion, arrastrando seguramente la pérdida de aquel pueblo, haria mas grandiosos los dominios del emperador y ensalzaria su poder hasta el punto de hacerlo fatal para la libertad europea; los dos soberanos se convinieron á entrar en Francia cada uno al frente de un ejército de veinte y cuatro mil hombres, é internarse en el corazon del reino para reunir junto á Paris (1) sus fuerzas sin entretenerse en sitiarse las ciudades fronterizas.

(1) Herbert, 245. Du Bellay, 448.

Con todo esto Francisco quedaba solo contra tantos enemigos como Carlos escitaba contra él, y Soliman era el único aliado que no le habia abandonado; empero esta alianza habia hecho tan aborrecido al rey por toda la cristiandad, que prefirió perder las ventajas que de ella podia sacar á ser por mas tiempo el objeto de ódio y maldicion pública; con este motivo despidió al empezar el invierno á Barbaroja, quien devastó las playas de Nápoles y Toscana al regresar á Constantino-
 plá; pero como Francisco ya no esperaba poder equiparar las fuerzas de su enemigo, quiso suplir á ellas con la actividad, siendo el primero en abrir la campaña. Al empezar la primavera el conde de Enghien atacó á Carinán, ciudad del Piamonte, la que el mar-
 ques del Guasto despues de haberla tomado al principio de la campaña antecedente la creyó de bastante monta para fortificarla á toda costa; el conde continuó este sitio con tanto ardor, que Guasto, deseoso de conservar su conquista, no halló otro medio de defenderla de caer en poder de los franceses que aventurar una batalla. Acudió desde Milan, y como no pretendia ocultar sus deseos, se divulgó bien pronto en el campo contrario, y Enghien, jóven intrépido y valeroso, deseaba con ardor probar la suerte de una batalla, la que no descaban menos vehementemente sus soldados; empero el rey retenido por el crítico estado de sus asuntos y preocupado su corazon por las desgracias, habia privado las acciones del príncipe prohibiéndole formalmente aventurar una accion general, y este á pesar de esto no quiso abandonar á Carinán en el mismo instante que iba á rendirse; y al propio tiempo ardiendo en deseos de hacerse célebre por alguna accion ruidosa envió á Monluc á la corte para manifestar al monarca la necesidad

Año 1544.
 Los franceses abren la campaña en el Piamonte.

Atacan á Carinán.

Los imperiales marchan al auxilio de aquella ciudad.

Año 1544.

de una batalla y la esperanza de la victoria; Francisco remitió este asunto á la decision de su consejo, y todos los ministros uno tras otro fueron de contraria opinion de arriesgar la batalla, fundando sus dictámenes en muy laudables motivos; pero Monluc que estaba presente á sus sesiones pareció tan descontento -en lo que acababa de oír y tan deseoso se demostró de hablar á su vez, que admirado el rey de sus gestos le llamó y preguntó qué era lo que podría decir contra de un parecer tan general y juicioso. Monluc, que á un valor acreditado unia la mayor franqueza, manifestó la buena situacion de las tropas, el ardor que manifestaban en atacar al enemigo, la confianza que tenian con sus gefes y finalmente el eterno opróbio de que se cubririan las armas francesas de rehusar una batalla: apoyó estas razones con un valor tan natural, con una elocuencia militar tan animosa, que decidió no únicamente al rey, siempre amante de osadas acciones, si que tambien á muchos de sus consejeros; por lo que animado Francisco de igual entusiasmo con que ardian sus tropas se conmovió y alzando las manos al cielo: «Marchad, dijo á Monluc, volved al Piemonte y allí pelead en nombre de Dios (1).»

Batalla de
Cerasoles.

Al momento que se supo esta decision del monarca, un ardor marcial que se apoderó de los corazones de la nobleza dejó casi desierta la corte; cuantos podian servir y querian señalarse marcharon al Piemonte para repartir como voluntarios los peligros y la gloria de una accion general. Cobrando aun más ánimo Englisha por la llegada de tantos valientes oficiales, se

(1) *Discours de Monluc.*

dispuso inmediatamente para dar la batalla que aceptó Guasto. Casi igual era la caballería en entrambos ejércitos; empero los imperiales tenían á lo menos diez mil de á pie mas que los franceses. Avistáronse cerca de Cerisoles en una vasta llanura cuyo suelo no daba ventaja á ninguno de los dos ejércitos, y en el que pudieron muy fácilmente ordenarse en batalla. El primer choque fue el que debía esperarse de soldados tan aguerridos, intrépidos y valientes; la caballería francesa cargó con su arrojo acostumbrado, arrollando á cuanto osaba hacerle frente, empero por otra parte la disciplina y valor de la infantería española, habiendo hecho retirar á la division que le hacia frente, quedó incierta la victoria dispuesta á declararse en favor de aquel general que dispusiese mejor en aquel crítico momento: Guasto, que se hallaba entre los soldados desbandados, temiendo caer en manos de los franceses que hubieran quizas veagado en su persona el asesinato de Rincon y de Fregoso, perdió su sangre fria y no se acordó de hacer pasar adelante su gran cuerpo de reserva, cuando en aquel tiempo Enghien, con un valor y pericia admirables, retiene puesto al frente de sus gendarmes la division que cedía; manda al propio tiempo á los suizos, que siempre habian vencido á donde habian peleado, que ataquen á los españoles. Este momento fue decisivo y solo se vió despues confusien y carnicería. Herido en un muslo el marques del Guasto debió únicamente su salvacion á la ligereza de su caballo, y la victoria de las armas francesas fue completa: diez mil muertos del ejército imperial, un sinúmero de prisioneros y las tiendas, bagages y artillería fueron el fruto de esta victoria. Pura fue la satisfaccion de

Año 1544.

Abril 11.

Año 1544. los vencedores y no se halló un solo gefe distinguido, (1) entre la poca gente que perdieron.

Resultados
de esta victo-
ria.

Esta brillante batalla que cubria de gloria á los franceses les libertó de un gran peligro, pues Guasto se proponia invadir con su ejército todo el territorio situado entre el Ródano y el Saona en que no se le podian oponer, por no haberlas, ni fortalezas ni tropas de línea; empero no fue dable á Francisco llevar adelante con harto vigor estas ventajas para sacar todo el fruto de aquella victoria, pues que aunque el Milanesado estuviera indefenso y sus moradores que desde mucho tiempo se lastimaban del rigor del mando de los imperiales estuviesen dispuestos enteramente á romper el yugo; aunque el duque de Enghien animado por su victoria precisára con energía al monarca para que aprovechase la feliz coyuntura de recobrar la posesion de un territorio que continuamente habia ambicionado, á pesar de todo esto fuele necesario sacrificar toda idea de conquista á la seguridad del estado, por lo que se vió forzado á llamar á doce mil hombres de los que servian al mando del conde de Enghien para venir al socorro del reino el que el emperador y monarca inglés estaban dispuestos á invadir cada uno por opuesta direccion y con fuerzas formidables; de esta suerte las operaciones de aquel príncipe solo hicieron consumirse lentamente; y la rendicion de Carinán y de algunas otras ciudades del Piamonte fue todo lo que ganó con su gran victoria de Cerisoles (2).

(1) Du Bellay, 429, etc. *Mém. de Montuc. Jovii Hist. lib. XLIV, p. 327, 6.*

(2) Du Bellay, 433, etc.

El emperador fue el último en abrir la campaña, conforme á su antigua costumbre, pero finalmente se dejó ver á principios de junio al frente del mas formidable y mejor pertrechado ejército que jamas hubiera reunido contra la Francia, pues llegaba á cincuenta mil hombres, una parte de los que se habian ya apoderado del Luxemburgo y de algunas ciudades de los Países-Bajos antes de que Carlos se les hubiese juntado. Marchó con todo el ejército hácia las fronteras de la Champaña y hubiera debido dirigirse á Paris como habia ya convenido con el rey de Inglaterra. El delfin, que mandaba las únicas tropas á las que podia Francisco confiar la salvacion de su reino, no se hallaba en estado de oponerse al emperador, empero el feliz éxito de las armas francesas en defender la Provenza en el año 1556 les habia patentizado el mejor medio de promover dificultades á un enemigo que ataca, y la Champaña que produce mucho mas vino que trigo no podia bastar para la manutencion de un numeroso ejército; se habia ademas tenido la mira antes de acercarse el emperador de sacar ó destruir las cortas provisiones que se hallaban allí; el recurso pues de Carlos fue procurar apoderarse de algunas ciudades fuertes á fin de poner á salvo de todo riesgo los convoyes de que dependia su manutencion. Las ciudades de la frontera se encontraban en tan pésimo estado que se lisonjeó de tomarlas con prontitud y sin mucha dificultad; atacó primero á Ligny y á Commercy que pusieron muy poca resistencia, envistió despues á Saint-Dizier que no tenia nada de lo que se necesitaba para sostener un sitio á pesar de que defendiera un interesante paso en el rio Marne; empero el conde de San-

Año 1544.
Principio de
la guerra en los
Países-Bajos.

Junio.

Año 1544.
El emperador pone sitio á Saint-Dizier el día 8 de julio.

cerre y Mr. de La Lande que tan inmarcesible gloria habian adquirido en la defensa de Landrecy, se encerraron animosamente en la plaza resueltos á conservar la para su dueño hasta el último extremo, y el emperador que sabia de cuánto eran capaces, desesperando de tomar aquella ciudad en un solo ataque, resolvió ponerla formalmente sitio; y como su carácter era de no abandonar jamas una empresa que habia una vez intentado, continuó esta con mas obstinacion que prudencia.

Enrique VIII ataca á Bolo-
nia.

Las disposiciones del monarca inglés para aquella guerra habian sido concluidas mucho antes que las del emperador, empero no queriendo atacar solo á todas las fuerzas francesas ni dejar en la inaccion á sus tropas, aprovechó esta coyuntura Enrique para castigar á la Escocia, y destacó una escuadra con gran número de su infantería á las órdenes del conde de Hertfort para hacer un desembarco en aquel reino; este cumplió con suma pericia sus órdenes; saqueó y quemó á Edimburgo y á Leith, devastó el país y se volvió á embarcar con tanta presteza que la escuadra alcanzó al rey al momento de su entrada en Francia (1). El emperador que en aquel entonces estaba ocupado en el asedio de Saint-Dizier remitió un embajador á Enrique para felicitarle por su próspera llegada y pedirle se dirigiese inmediatamente á Paris conforme á lo convenido en su tratado; empero Carlos gastando el tiempo y las fuerzas en apoderarse de algunas plazas por su propia cuenta, daba tan mal ejemplo á su aliado que este juzgó convenirle el imitarle y tomar igualmente para sí las ciudades que le

14 julio.

(1) *Hist. of Scotland* tom. 1, p. 112.

convenían; por lo que sin atender á los ruegos del emperador, sitió luego con sus tropas á Boloña y mandó al duque de Norfolk que continuase el de Montreuil que se habia puesto ya antes de su llegada por una division de flamencos reunida á algunas tropas inglesas. Mientras que el emperador y el monarca inglés estaban cada uno ocupado en sus particulares intereses, su causa comun padecia por ello, pues en vez de aquella union y confianza que tanto se necesitan para poner en obra el grandioso proyecto en que habian convenido, demostraron pronto una mutua envidia, de que poco á poco nacieron las sospechas y acabó con un entere rompimiento (1).

Mientras tanto Francisco acababa de reunir á fuerza de fatigas un ejército que podia contraponerse al enemigo, ya por el número, ya por el valor de sus soldados. El delfin como á entendido general eludia con prudencia arriesgar una batalla que el perderla hubiera puesto en peligro al reino, y se limitaba á molestar al emperador por medio de tropas ligeras, con detener el paso de los convoyes y devastar el pais de su alrededor. A pesar del apuro en que estas operaciones ponian á Carlos, continuaba siempre el asedio de Saint-Dizier, cuya plaza defendia Sancerre con un valor y destreza admirables; este gefe sostuvo repetidos asaltos y los rechazó todos, ni la muerte de La Lande que cayó de un cañonazo no disminuyó su firmeza ni su ardor; pasadas cinco semanas se encontraba todavía en estado de resistir por algun tiempo, cuando una astucia del cardenal Granvella le precisó á rendirse; este sabio político habiendo interceptado la llave de sello que

Gloriosa defensa de Saint-Dizier.

(1) Herbert.

Año 1544. usaba el duque de Guisa en su correspondencia con Sancerre, fingió una carta en nombre de aquel duque que facultaba al gobernador para capitular so pretexto de que el monarca, aunque contentísimo de su conducta, no creía prudente aventurar una batalla para auxiliárle. Llevóse esta carta á la ciudad de modo que en nada fuese sospechosa, y Sancerre cayó en la trampa; empero al rendirse logró condiciones dignas de su valor, entre otras una suspension de armas de ocho días; finido este término se obligaba á entregar por sí mismo las llaves al enemigo si Francisco durante este tiempo no acometía al ejército imperial ni lograba meter tropas en la ciudad (1). De este modo Sancerre teniendo por tanto tiempo entretenido al emperador delante de una ciudad de tan poca monta, dió tiempo á su rey de reunir todas las fuerzas y se cubrió de una gloria harto estraña en un subalterno, la de salvar á su patria.

Agosto 17.
El emperador se interna en el centro de la Francia.

Luego que se hubo rendido Saint-Dizier se adelantó el emperador internándose en la Champaña, pero la tenaz resistencia que se le acababa de hacer le había frustrado todas sus esperanzas de internarse hasta Paris, haciéndole prever lo que le costaría el sitiar otras ciudades mas fuertes y mejor pertrechadas; además la dificultad de proveer á su manutencion se iba aumentando á medida que se alejaba de las fronteras; muchos de sus mejores soldados habian perecido en el asedio de Saint-Dizier y cada dia se iban los restantes disminuyendo á causa de los pequeños encuentros que no podia evitar y que insensiblemente iban arruinando á su ejército sin alcanzar una batalla decisiva. En esto se adelantaba la estacion y el empe-

(1) Brantome, tom. VI, 489.

Yador no se habia podido apoderar de bastante terreno ni tomar ciudades harto respetables para pensar en tomar sus cuarteles de invierno en territorio enemigo, y sus soldados á quienes adeudaba muchos meses de paga se hallaban en disposicion de sublevarse y no tenia caudales para satisfacerlos; todas estas consideraciones le resolvieron á escuchar las propuestas de paz que su hermana la reina de Francia le propuso por la secreta mision de dos frailes dominicos, confesores de entrambos, á cuyo fin se nombraron plenipotenciarios por ambos beligerantes y empezaron sus sesiones en Chaussé, aldea cercana á Chalons, empero Carlos ya que quisiese hacer otro último esfuerzo contra la Francia, ya sea que únicamente buscase un pretexto de abandonar á su aliado y finir una paz aparte, comisionó un embajador á Enrique para requerirle formalmente que se adelantase contra Paris conforme habian pactado. Mientras aguardaba la contestacion del monarca inglés y el éxito de las sesiones de Chaussé, continuó en adelantarse á pesar de la falta de viveres; finalmente ya sea por destreza ó felicidad por su parte ya que hubiese algun descuido ó traicion por parte de sus enemigos, sorprendió primeramente á Espernay y luego á Chateau-Tierry donde habia almacenes muy provistos. Al saberse la toma de estas dos ciudades de las que la última dista únicamente dos jornadas de Paris, difundióse el terror en aquella indefensa ciudad, donde se aumentó el susto á proporcion de su estension; sus moradores entregados á la desesperacion huian como si ya estuviesen viendo el ejército imperial á sus puertas; muchos remitieron sus mugeres é hijos á Ruan por el Sena, otros á Orleans y á las ciudades colocadas en las márgenes del Loira; el mismo Francisco, mas en-

Año 1544. tristecido por este suceso que por otra cualquiera desgracia de su reinado, con igual pesar por la victoria de su enemigo dispuesto á venir á insultarles hasta en su misma capital, y por el riesgo á que se iba á ver espuesto todo el reino, no pudo detener en el primer momento de su dolor esta esclamacion: ¡Dios mio! ¡cuán cara me haces pagar esta corona que juzgaba haber recibido como una dádiva de tu misma mano (1)! Empero reprendiéndose inmediatamente este arranque de dolor, añadió en un religioso arrepentimiento: «Cúmplase tu voluntad;» y recobrando su primitiva calma, dió órdenes para oponerse al enemigo. Envió el delfín ocho mil hombres á Paris, con lo que se reanimó el espíritu de sus moradores, puso una fuerte guarnición en la ciudad de Meaux, y ganó con una marcha forzada á la Ferté, que se hallaba situada entre la capital y el ejército del emperador: y este que empezaba á sentir de nuevo el hambre, viendo que el delfín eludía siempre la batalla, y no osando acometerle en su campo con tropas causadas y muy disminuidas, volvió inmediatamente por la derecha y emprendió su retirada por Soisson. Entonces fue cuando al recibir la contestacion de Enrique, que se negaba á levantar el sitio de Boloña y de Montreuil que estaba próximo á ganar, juzgóse Carlos suelto por su parte de todas las condiciones de su convenio y libre de no mirar mas que lo que únicamente le conviniese; por lo que convino en renovar las sesiones que habia estorbado la sorpresa de Epernay. No era difícil de convenirse la paz entre dos monarcas de los cuales el uno la deseaba con ardor y al otro le era mucho mas necesaria;

Se ve precisado á retirarse.

(1) Brantome, tom. VI, 381.

por lo que luego se firmó esta en **Crespy**, aldea cercana á **Meaux**, el día 17 de setiembre, y los principales artículos de ella fueron que se devolverían por entrambas partes todo lo conquistado desde la tregua de **Niza**; que el emperador casaría á su hija primogénita ó á la segunda de su hermano **Fernando** con el duque de **Orleans**; que si fuese esta su hija propia le cedería en dote todas las provincias de los **Países-Bajos** con todo el poder soberano para transmitirlo á los hijos varones que naciesen de aquel matrimonio; que si prefería fuese su sobrina traería á su marido la investidura del ducado de **Milan** con sus posesiones; que el emperador determinaría dentro cuatro meses cuál de las dos princesas escogería, y que las respectivas condiciones para la conclusión del matrimonio se verificarían dentro el término de un año, empezando á contar desde la fecha del convenio; que al momento en que el duque de **Orleans** tomase posesion de los **Países-Bajos** ó del **Milanesado** devolvería **Francisco** al duque de **Saboya** cuanto le había conquistado, escepto **Piñerol** y **Montmelian**; que este monarca renunciaría á todas sus pretensiones al reino de **Nápoles** y al poder soberano de **Flandes** y el **Artois**; que en cambio **Carlos** desistiría de las suyas al ducado de **Borgoña** y al condado de **Charolois**; que **Francisco** en nada auxiliaría al rey de **Navarra** en su retiro, y por último que los dos soberanos declararían unidos la guerra á los turcos, á cuyo efecto aprontaría **Francisco** cuando se lo pidiese el emperador y el imperio, seis mil gendarmes y diez mil infantes (1).

Año 1544.
Paz firmada
en Crespy.

A mas de los tristes apuros en que la falta de vi- Motivos de

(1) *Recueil des traités*, tom. I, p. 227. *Belius, de causis pacis Crepinæ in Actis erudit.* Lips. 1763.

Año 1511.
Carlos para
convenirse.

veres ponía al ejército imperial, de la dificultad en asegurar su retirada ó la imposibilidad de hacer tomar cuarteles de invierno á sus soldados en Francia, Carlos tenia ademas para desear firmar la paz otros motivos igualmente poderosos aunque mas indirectos. El papa estaba sumamente enojado con él, ya por lo que habia concedido á los reformistas en la última dieta, ya porque habia prometido reunir un concilio y habia autorizado contiendas públicas en Alemania sobre los puntos de disputa; estos dos desprecios de la autoridad y facultades de la silla apostólica se presentaron á Pablo como otros tantos sacrilegios; por lo que remitió á Carlos una reprension en vez de una carta, cuyo estilo era tan altivo y acre que se conocia claramente mas bien ser su intencion el buscar renchillas á este monarca que no deseos de reducirle; y esta cólera se habia aun aumentado por la alianza del emperador con el monarca inglés, cuya intimidad con un herege escomulgado era á los ojos del papa una profanacion tan aborrecible como la del rey de Francia con los turcos. Por otra parte su hijo y nieto clamaban con fuerza contra Carlos porque se oponia á otorgar en su favor las ciudades de Parma y Plasencia, y su odio hacia que Pablo aumentase mas y mas el suyo; y debe añadirse á todo esto el incentivo de los ofrecimientos y adulaciones con que Francisco procuraba ganar el afecto del pontífice; y aunque este hubiera en aquel momento podido sofocar su cólera, desvanecido los artificios de su familia y resistido á las pretensiones de Francisco, no se podia á pesar de esto confiar mucho en la entereza de un hombre que á un mismo tiempo debia resistir á sus pasiones, á sus enemigos y á su interes. Sabia Carlos que la intimidad

del papa y el rey de Francia ponía en riesgo á sus dominios de Italia; conocía que los venecianos seguirían inmediatamente el ejemplo de un pontífice al que miraban los italianos como un ejemplar de política, y también sabía que una alianza formada contra él podía al fin abrumarle (1) en una situación en que apenas podía sostener la guerra; los turcos como no habían hallado resistencia en Hungría, habían por aquel tiempo tomado casi todas las plazas, y se acercaban con rapidez al Austria (2). Empero para lo que más necesitaba su principal atención el emperador, eran los extraordinarios progresos de la doctrina reformista en Alemania y la peligrosa alianza formada por los príncipes de aquella comunión. Casi la mitad de sus súbditos alemanes habían sacudido el yugo de la iglesia católica, y se hallaba socavada la lealtad de los restantes; los nobles austríacos habían suplicado á Fernando les concediese el libre uso del protestantismo (3); los bohemios que aun guardaban alguna semilla de la doctrina de Juan Hus, favorecían descaradamente las nuevas opiniones; el arzobispo de Colonia, animado por un extraño celo entre el clero, había empezado ya la reforma en su diócesis; era pues imposible no atajándose á tiempo este espíritu de innovaciones prever en qué vendría á parar, y el mismo Carlos había presenciado el tono firme y resuelto con que habían hablado los reformados en la última dieta; había conocido que con una entera confianza en su número y alianza tenían á menzua emplear el suplicante estilo de sus primeras solicitudes, y llevaban su descaro has-

(1) Fra-Paolo, 100. Pallavic. 103.

(2) Istambullii. *Hist. Hung.* 177.

(3) Sleid. 285.

Año 1544. ta despreciar altamente al papa sin manifestar mucho mas respeto á la dignidad imperial; por lo que si queria sostener la primitiva religion y hasta su propia autoridad, y no contentarse con el vano apodo de cabeza del imperio, le era necesario obrar con vigor; lo que le era absolutamente imposible mientras tuviese que sostener una guerra estraña contra un poderoso enemigo.

Prosigue la guerra entre Francia é Inglaterra.

Estos eran los motivos que movian á Carlos á firmar la paz, y habia tenido la astucia de dirigir el tratado de Crespy para conseguirlo á favor de sus miras. Las condiciones con que se convino con Francisco privaban al papa de todos los beneficios que esperaba, prefiriendo la amistad de aquel monarca á la del emperador; por el artículo sobre la guerra contra los turcos, dirigia Carlos contra Soliman las armas de un aliado que le arrebatava; finalmente por una cláusula particular que no se insertó en el tratado por no promover temores fuera de ocasion oportuna, convino el emperador con Francisco que ambos emplearian todo su valimiento y fuerzas para hacer reunir un concilio general para asegurar su autoridad y aniquilar la heregía protestante en sus dominios, y este último artículo quitaba á la alianza de Smalkalde toda esperanza de socorro por parte de la Francia (1); empero temiendo que sus súplicas ó la envidia que debia conservar contra un antiguo enemigo no hiciesen olvidar á Francisco sus obligaciones, dejóle en medio de la guerra contra los ingleses, imposibilitándole de esta suerte el tomar parte en los asuntos de Alemania.

Preocupado siempre Enrique de que era sumamen-

(1) Seck. L. III, 496.

te importante y poderoso, sintió en el alma el poco miramiento que le habia demostrado el emperador firmando la paz sin su intervencion; sin embargo, en el actual estado de sus asuntos encontraba alguna templanza en su despecho. Verdaderamente las tropas alemanas habian recibido la orden de retirarse, y se habia visto precisado á llamar á sí al duque de Norfolk, quien tuvo que abandonar el sitio de Montreuil; empero por otra parte habiase rendido Boloña antes de finirse el tratado de Crespy, y Enrique envanecido y orgulloso por la conquista que acababa de hacer, se hallaba enardecido todavía de su enojo contra el emperador cuando le llegaron los embajadores franceses con las condiciones de paz, de modo que le hallaron poco preparado para admitir unas de justas y moderadas; sus locas pretensiones que dictó con tono de conquistador, eran que el rey de Francia abandonase su alianza con la Escocia, que le pagase los atrasos de sus deudas antiguas, como tambien que le reembolsase de todos los gastos de aquella guerra; y Francisco aunque desease ansioso la paz para comprarla con costosos sacrificios, no debiendo de combatir ya con el emperador rehusó con desprecio tan viles proposiciones; marchó Enrique para Inglaterra y continuó la guerra entre ambas naciones (1).

El tratado de Crespy, que tan ventajoso era á los franceses pues les libraba de un enemigo metido ya en el centro del reino, fue á pesar de esto criticado agríamente por el delfin, que lo miraba como una evidente prueba de que su padre preferia á su hermano menor, el duque de Orleans: quejóse de que el rey sacrificaba

El delfin se
descontenta
por la paz de
Crespy.

(1) *Mém. de Ribier, tom 1, p 572. Herbert, 244.*

Año 1544. el honor de su reino y los antiguos derechos de la corona al deseo de acomodar á un hijo que disfrutaba de toda su predileccion; empero como no se atrevia á aventurar enojar al rey negándose á ratificar aquel tratado, y que á pesar de esto queria poder algun dia reclamar contra cualquiera renuncia que redundase en perjuicio suyo, protestó oculta- mente ante algunos de sus partidarios contra dicho convenio, declarando de antemano nulo todo cuanto se viera precisado á obrar para su confirmacion; el parlamento de Tolosa efectuó lo mismo probablemente á instigacion de los amigos de este príncipe (1); pero Francisco ratificó la paz con el mayor placer. Igualmente satisfecho de haber salvado á sus vasallos de una invasion como de la esperanza de lograr para su hijo menor un poder soberano, no juzgó comprar demasiado caros tantos beneficios, renunciando á ilegítimas adquisiciones, á títulos hasta entonces ruidosos y fatales á su nacion, y á unos derechos que sin la posesion no valian nada. En el tiempo prefijado en el tratado, Carlos manifestó la intencion en que estaba de dar por muger al duque de Orleans la hija de Fernando con el Milanesado (2); todo al parecer prometia la estabilidad de la paz; el emperador, molestado cruelmente por la gota, se manifestaba imposibilitado de emprender nada que necesitara gran fuerza de cuerpo y alma; conocíalo él mismo ó á lo menos descaba que así se le creyese. Cuando mas oprimido se hallaba de esta dolorosa enfermedad, llegó un embajador francés á Bruselas para presenciar la ratificacion de la paz. Al poner trabajosamente su firma Carlos, dijo que no se debía temer

(1) *Recueil des traités*, tom. II, 235, 238.

(2) *Recueil des traités*, tom. II, 238.

violase semejante convenio, y que una mano que apenas podía sostener una pluma no valia nada para enristrar de nuevo una lanza. Año 1544.

La enfermedad del emperador le retuvo por muchos meses en Bruselas, y esto fue lo que al parecer le hizo prorogar el grande proyecto que se habia formado para abatir en Alemania al partido reformista; pero movíanle tambien otros motivos para estas alargas: á pesar de los motivos interesantes que le habian decidido á aquella empresa, la temible federacion que iba á atacar y el estado de sus propios asuntos le ponian en la necesidad de pensar detenidamente, de obrar con prudencia y de no quitarse demasiado aprisa el velo bajo el cual habia encubierto su verdadero juicio interior y sus planes. Conocia en los protestantes, á pesar de lo confiados que estaban en sus propias fuerzas, mostrarse inquietos en cuanto á sus designios; tan pronto á recelar como dispuestos á defenderse, reunian la envidia de un débil partido á la osadía de un bando poderoso. Además siempre ocupado el emperador en la guerra contra los turcos, y queriendo libertarse de ella, habia enviado un comisionado á la Puerta Otomana con el encargo de ofrecer condiciones sumisas de paz; empero las decisiones de aquella corte orgullosa eran inciertas, y hubiera sido muy imprudente en Carlos, antes de tenerlas bien conocidas, promover el incendio de una guerra civil en sus propios dominios.

Designios del emperador en cuanto á la Alemania.

En esta ocasion inmediatamente despues de firmada la paz de Crespy publicó una bula convocando un concilio general en Trento para el principio de la primavera, rogando á todos los príncipes cristianos que aprovecharan el feliz sosiego de Europa para estermi-
nar las heregías que amenazaban revolver todo cuanto

El papa convoca un concilio general en Trento.

Año 1544. tenía de mas sagrado el cristianismo; mostróse al principio descontento el emperador por esta precipitacion; sin embargo, despues de haber simulado reprender al papa á fin de alucinar mejor, aprobó este concilio que podia llegar á ser útil á sus pretensiones, y no solo no se limitó á nombrar embajadores para asistir en su nombre, si que tambien mandó á todo el clero de sus dominios de conferirse allí al tiempo prefijado (1).

Año 1545.
Reúnesse una
dieta en Worms
el dia 24
de marzo.

Este era el plan del emperador cuando la dieta imperial se reunió en Worms despues de muchas dilaciones. Los protestantes, que disfrutaban de la libertad de conciencia pero de un modo precario y sin otra garantía que el *reces* ó decreto de la última dieta, que ni tan solamente podia ser válida hasta que se celebrase un concilio, deseaban con ardor colocar este importante privilegio sobre bases sólidas que les asegurasen su perpetua duracion; empero, lejos de tranquilizarles, los dos puntos principales que propuso Fernando que tratase la dieta fueron la continuacion de la guerra contra los turcos y el ser de la religion, diciendo que el primero era tanto mas necesario quanto Soliman despues de haberse apoderado de casi toda la Hungría estaba dispuesto á invadir las provincias austriacas; que Carlos, que desde un principio se habia ocupado de su mando hasta con peligro de su propia vida para rechazar los ataques del temible sultan, continuaba siempre animado del mismo ardor y acababa de interrumpir voluntariamente la continuacion de sus victorias en Francia, únicamente para oponerse, en union con su antiguo rival, con todas sus fuerzas contra el comun enemigo de la fe; que al propio tiempo era ya

(1) Fra Paulo, 104.

de obligacion é interesaba á todos los miembros del imperio auxiliar los piadosos esfuerzos de su principal prestándole socorros en esta precisa necesidad; que respecto á las contiendas religiosas estaban estas tan enredadas y de tan difícil discusion que no era de esperar se viese pronto su desenlace; que las muchas y repetidas súplicas y la constancia del emperador habian recabado finalmente del papa que convocase un concilio por tanto tiempo deseado y pedido, y que finalmente habiendo llegado el término señalado para esta reunion, los dos bandos debian esperar su fallo con intento de someterse á él como á determinado por la iglesia universal.

Fernando obliga á los alemanes á que reconocen la autoridad del concilio.

Los católicos de la dieta recibieron estas declaraciones con aprobacion unánime y contestaron que consentirian en todas sus demandas; empero los protestantes manifestaron suma sorpresa al oír unas proposiciones tan manifestamente en contradiccion con el *reces* ó decreto de la anterior dieta; sostuvieron pues que el exámen de doctrina debia ser el primero en la consulta por lo interesante de su objeto; que la inviolabilidad del libre ejercicio de su culto les tocaba mas de cerca que el miedo que causaban á la Alemania los triunfos de los turcos, y que no podian entrometerse en una guerra estraña mientras que estuviese en peligro su sosiego doméstico; que á pesar de todo, si se les tranquilizaba sobre estos puntos, no se mostrarian menos celosos que sus compatriotas en rechazar al comun enemigo de la cristiandad; pero que si tan inminente era el peligro que por parte de los turcos se temia que no permitiese tratar en aquel momento otros asuntos, supplicaban que se reuniese al menos sin demora una dieta para decidir definitivamente las controversias reli-

Año 1545. giosas y que se explicara al mismo tiempo con toda claridad el decreto de la primera dieta perteneciente á ese esencial artículo. Habíase convenido por el decreto de Spira que disfrutarían ellos con tranquilidad el público ejercicio de su culto hasta la legal reunion de un concilio; pero el sumo pontífice acabando de convocar uno al que Fernando exigía que se sometiesen empezaron á sospechar que sus contrarios procuraban sacar ventaja de algunas frases ambiguas del decreto, y de sacar de ahí que el término de la libertad de conciencia iba á acabarse al reunirse el concilio: á fin de eludir esta interpretacion renovaron sus protestas contra una reunion celebrada fuera del territorio del imperio y únicamente convocada por la autoridad del papa y á quien se reservaba el derecho de presidencia; declararon que juzgaban el decreto de la última dieta como si aun existiese con todo su vigor á pesar de la ilegal convocacion de este concilio.

Llegada del
emperador á
Wormes.

Mientras el emperador habia juzgado que le interesaba contemporizar y ganar el afecto de los protestantes, habia sabido proporcionarse hasta aquel momento medios para contentarlos sobre unas pretensiones que al parecer estaban fuera de razon; empero habiendo del todo variado sus miras, habia precisado á Fernando á ceñirse á sus primeras proposiciones y á no otorgar nada que pudiera disminuir en algo la legitimidad ó poder del concilio. No estuvieron menos firmes por su parte los protestantes, y tanto los unos como los otros emplearon mucho tiempo y esfuerzos para convencerse únicamente de que era imposible la conciliacion; ni la presencia del emperador que despues de curado se tras-

Año 1545.

ladó á Wormes no contribuyó en hacer mas sumisos á los reformados, quienes creidos de que defendian la causa de Dios y de la verdad, igualmente insensibles al atractivo del interes que á la impresion del temor, ya el emperador aumentase sus demandas ya que dejase traslucir sus ideas de amenaza, solo sirvió para aumentar su valor. Declararon finalmente á cara descubierta que tenian á menos justificarse ante un concilio convocado, no para discutir su doctrina sino para juzgarla, que miraban como inútil semejante reunion dirigida por la autoridad de un papa que se habia abrogado el derecho de juzgarlos calificando de antemano sus opiniones de heregía y abusando de una potestad usurpada para oprimirles con el peso de sus excomuniones (1).

Los protestantes se niegan á tratar de modo alguno con el concilio.

En esto los protestantes, siempre mas constantes en su liga, se negaban á toda comunicacion con el concilio, como tambien á dar socorros la emperador contra los turcos, y únicamente Mauricio de Sajonia se manifestó dispuesto á satisfacer los deseos de aquel monarca; á pesar de su aficion inviolable para la reforma, demostrando una moderacion util á sus miras, confirmó mas y mas al emperador en la preocupacion de ánimo que habia sabido grangeársele á su favor y allanarse por su medio el camino para la ejecucion de los grandiosos planes que ideaba sin descanso su corazon activo y ambicioso (2); su ejemplo sin embargo influyó poquísimamente en los demas protestantes, y Carlos conoció que no podia esperar sacar de ellos refuerzos para pelear contra los turcos, ni

Conducta de Mauricio de Sajonia en la dieta.

(1) Steid. 343, etc. Seck. III, 543, etc. Thuan. Hist. lib. II, p. 56.

(2) Seck. I. III, 571.

Año 1545. sosegar sus temores y recelos en cuanto á la religion; empero no habiendo llegado á buena sazón todavía sus proyectos, y como no estuviesen harto adelantados sus preparativos para poderles á la fuerza reducir á su obediencia ó castigar su tenacidad, tuvo la astucia de ocultar sus intenciones; á fin de darles esperanzas señaló para principios del año próximo una dieta en Ratisbona donde se terminarian los puntos contenciosos por medio de sesiones de cierto número de eclesiásticos de cada partido que debían concurrir á ella (1).

Los protestantes empiezan á sospechar del emperador.

Empero por mas que deseara el emperador alucinar á los protestantes con estos visos de moderacion, no podia sostener un disimulo harto duradero para ocultarles sus artimañas. Hermant, conde de Wied, arzobispo y elector de Colonia, prelado digno de recomendacion por sus virtudes y costumbres sencillas á lo antiguo, pero tan poco inteligente, por otra parte, como todos los nobles que en aquel entonces poseían todos los mas ricos beneficios de Alemania, habia caido en seguir la doctrina reformada; en el año 1543, ayudado de Melancton y Bucer habia empezado á anular el antiguo culto en su diócesis para mejor introducir el protestantismo; pero los canónigos de su catedral, animados contra este celo de innovacion, y previendo el modo como la igualdad evangélica de la reforma seria nociva á su poder y riquezas, se opusieron á las inauditas intenciones de su obispo con todo el ardor que el interes podia añadir á su celo por las antiguas instituciones, y este digno obispo, no viendo mas en las dificultades que

(1) Sleid. 351.

se le oponían que una nueva prueba de cuán necesario era fundar la reforma, no se debilitó su resolución ni su energía. Finalmente los canónigos habiendo conocido la nulidad de su resistencia protestaron con toda solemnidad contra la usurpación de su arzobispo contra de quien apelaron ante el papa como á su juez eclesiástico y ante el emperador como á su señor temporal, y esta apelación llegó al emperador durante su permanencia en Wormes; tomó al momento bajo su protección á los canónigos de Colonia, intimándoles que procediesen con todo rigor contra cuantos intentasen sacudir el yugo de la iglesia romana; prohibió al arzobispo el cambiar nada en su diócesis, y le citó á que compareciese en Bruselas dentro el término de treinta días para responder allí de las acusaciones hechas contra él (1).

No se limitó Carlos á demostrar su aborrecimiento á los protestantes únicamente con este rasgo de autoridad, sí que tambien en sus propiedades patrimoniales de los Países-Bajos persiguió incansablemente á todo cuanto tenia visos de luteranismo. Desde su llegada á Wormes hizo callar á los predicadores protestantes de aquella ciudad, y hasta permitió que un fraile italiano perorara en el púlpito de su propia capilla contra el luteranismo y designara á él mismo como al enviado de Dios para esterminar tan perniciosa herejía: envió al propio tiempo á Constantinopla la embajada de que ya se ha hablado, proponiendo la paz á fin de libertarse del temor de los turcos. Ni estos pasos, ni sus dañosas consecuencias pudieron escapar de la desvelada curiosidad de los protestantes;

(1) Sleid. 310, 340, 351. Seckend. III, 443, 553.

Año 1545. se renovaron sus cuidados y se aumentó su vigilancia á proporcionacion del riesgo.

8 de setiembre de 1545.
Muerte del duque de Orleans.

Sin embargo la fortuna de Carlos, que salia siempre vencedora de su rival, le sacó de una dificultad que toda su sabiduría y astucia no le hubieran abierto el paso; falleció el duque de Orleans de una calentura maligna al mismo tiempo en que debia casarse con la hija de Fernando y tomar posesion del Milanesado; este acontecimiento libertó al emperador de la obligacion de abandonar aquella tan interesante provincia á su enemigo, ó de la venganza que este hubiera empleado por la falta de una obligacion tan reciente y solemne cuyo rompimiento hubiera á poco atraido una nueva guerra con la Francia. En medio de todo esto demostró sumo pesar por la prematura muerte de un príncipe tan jóven que debia llegar á ser su tan cercano pariente; pero evitó cuidadosamente entrar en nuevos tratados acerca el Milanesado, y jamas quiso alterar en lo mas mínimo el convenio de Crespy á pesar de las instancias de Francisco que pedia algunos resarcimientos por las ventajas que le habia hecho perder la muerte de su hijo. La declaracion de guerra hubiera sido sin duda la próxima consecuencia de una negativa injusta en los prósperos y florecientes tiempos del reinado de dicho soberano; pero el descacimiento de su salud, el aniquilamiento de sus dominios y la necesidad de rechazar los ejércitos ingleses, le precisaron á disimular su cólera y á dejar sus ideas de venganza para una época mas propicia; á pesar de esto, como el duque de Saboya únicamente debia volver á entrar en la posesion de sus dominios por la celebracion del matrimonio estipulado en el tratado de Crespy, los derechos ó pretensiones de Francisco desvanecie-

con las esperanzas de este infeliz príncipe y se conservaron solamente para servir de excusa á nuevas guerras (1).

Efectivamente los coligados de Smalkalde se lisonjearon de que las contiendas que iban á renovarse por la muerte del duque de Orleans producirían una guerra entre los dos soberanos y les darían tiempo de animarse; empero se equivocaron en esta idea, como igualmente en la que habían formado acerca de un acontecimiento que debía ser el motor de un rompimiento entre Carlos y el papa. Los poderosos deseos de Pablo de engrandecer á su familia aumentaban con los años, mayormente cuando veía disminuir diariamente la dignidad y poder vinculados en la tiara; y como no ignoraba que se negaría el emperador á sus miras ambiciosas, arriesgó con peligro de enojar á aquel monarca entregar la investidura de los ducados de Parma y Placencia á su hijo Pedro Luis. Este maravilloso engrandecimiento de un hombre cuyo ilegítimo origen cubría de ignominia á Pablo y cuya licenciosa vida movía la indignación de todas las personas de honor, motivó un escándalo universal, particularmente en el momento en que la mayor parte de Europa clamaba claramente contra las corrompidas costumbres y exorbitante poder del clero, desórdenes tan despóticos que uno de los mas esenciales objetos de la junta era su reforma. Algunos cardenales amigos del emperador representaron á Pablo respecto á esta indecorosa alienación del patrimonio eclesiástico; el embajador de España se negó á asistir á la solemnidad de la toma de posesion, y Carlos rehusó determinadamente confirmar el acta de la investidura por

Año 1545.
El papa entrega á su hijo los ducados de Parma y Placencia.

(1) Belcarius, *Comment.* 769. Paruta, *Hist. Venet.* IV, p. 177.

Año 1545. el motivo de que **Parma** y **Plasencia** formaban una parte integrante del **Milanesado**; empero el emperador y el papa, ambos atentos en los asuntos de **Alemania** sacrificaron sus propias pasiones á la causa comun y sufocaron su envidia y enojo para ocuparse en asuntos que conceptuaban de mucha mayor importancia (1).

Enrique de Brunswick promueve la guerra en Alemania.

En aquel mismo tiempo se interrumpió la paz de **Alemania** por una irrupcion de **Enrique de Brunswick**; este príncipe, privado de sus dominios de que estaba en posesion el emperador á título de secuestro hasta que se hubieran convenido sus contiendas con los aliados de **Smalkalde**, disfrutaba con todo de tan grande poder en **Alemania** que se obligó á formar allí un respetable ejército á disposicion del rey de **Francia** contra la **Inglaterra**. Dió **Francisco** de autemano el dinero necesario, y se levantaron las tropas; empero en vez de conducir las á **Francia** el duque de **Brunswick** invadió repentinamente al frente de este ejército sus propios estados, esperando reconquistarlos antes que se le pudiese oponer ningun ejército. Este improvisado ataque admiró á los aliados y aun mas á **Francisco** le asombró un artificio tan vil é indigno de un poderoso; el landgrave de **Hesse** reunió con presteza increíble el mayor número de soldados que le fue posible para oponerse á los progresos de las indisciplinadas tropas de **Enrique**. Pronto alcanzó señaladas victorias contra su enemigo con la ayuda de su yerno **Mauricio** y de algunos refuerzos del elector de **Sajonia**. El duque, enérgico y valeroso para formar proyectos, pero cobarde é irresoluto para ejecutarlos, se vió precisado á ren-

(1) Paruta, *Hist. Venet. IV*, 178. Pallavic. 130.

dirse él mismo á discrecion junto con su hijo primogénito, y permaneció encarcelado en un estrecho calabozo hasta que una variacion en los asuntos políticos le devolvió la libertad (1).

Año 1545.

La victoria del landgrave aumentó la fama de los ejércitos protestantes, y la reforma del Palatinado aumentó las fuerzas de su bando. Federico que habia sucedido á su hermano Luis en aquel electorado, despues de haberse desde mucho tiempo hecho sospechoso de una oculta inclinacion por la doctrina protestante, no dudó ya en manifestarse á las claras al momento mismo que alcanzó el soberano poder. Sin embargo como esperaba que el resultado de tantas dietas, sesiones y tratados atraeria finalmente el cimentar su religion, no osó al principio alterar nada públicamente en sus dominios; empero cansado de una esperanza tan inútil se juzgó obligado á defender con su autoridad la doctrina de que se habia hecho prosélito, y á ceder á los deseos de sus súbditos, secuaces generalmente de las nuevas doctrinas por su tráfico con los demas países protestantes. Como el fuego y vigor de los primeros esfuerzos en introducir la reforma habian disminuido un tanto la alteracion en el Palatinado, se verificó con mucho orden y seguridad; abolióse el antiguo culto, y el nuevo sistema se introdujo con toda tranquilidad y sin violencia alguna; pero aunque Federico adoptara la religion protestante, siguió las huellas de Mauricio y se negó á entrar en la liga de Smalkalde (2).

Reforma del Palatinado.

Enero 10 de 1546.

Algunas semanas antes de la variacion acaecida en el Palatinado, se empezó el concilio general en Trento con las solemnidades de costumbre; los países cató-

Reúñese el concilio en Trento.

(1) Sleid. 354. Seck. III, 567.

(2) Sleid 356. Seck. I. III, 616.

Año 1546. licos lo esperaban todo de esta reunion que habian mirado desde el principio de las contencidas eclesiásticas como el mejor remedio para apaciguarlas; temian empero muchos que fuese ya demasiado tarde, y que un mal que tantos progresos habia hecho en el espacio de veinte y ocho años se habria envejecido ya demasiado. Aunque el papa hubiese señalado en su última bula de convocacion la primera sesion del concilio en el mes de marzo, sus ideas y las del emperador eran tan discordes, que casi todo el año se pasó en tratados; y conociendo Carlos que el rigor del concilio haria que los protestantes tomasen las armas y que su cólera les arrojase quizas á un acto violento, ponía todas sus fuerzas en alargar cuanto le fuese dado la apertura del concilio hasta que sus preparativos le hubiesen puesto en estado de sostener sus decretos con las armas. Por otra parte el papa, que se habia apresurado á enviar sus legados á Trento para presidir en su nombre el concilio, temia que se despreciase su autoridad ó que se sospechase de sus intenciones, si los preladados del concilio permanecian pasivos en una ocasion en que el riesgo de la iglesia requeria remedios prontos y fuertes; por cuyo motivo persistió en trasladar esta reunion á alguna ciudad de Italia, ó ya para suspender por algun tiempo sus deliberaciones, ó ya para autorizarla á que las comenzase inmediatamente. Despreció el emperador las dos primeras proposiciones como que ofendian por igual á todos los alemanes, ya protestantes ya católicos; empero conociendo lo imposible de eludir la última, se limitó á pedir que se trabajara en el concilio en la reparacion de los desórdenes eclesiásticos antes que pasar al exámen ó determinacion de los artículos de fe. Precisamente esto era lo que mas temia la corte de Roma,

y el objeto de todos sus artillos era evitar una averiguacion tan arriesgada; y Pablo, aunque con mas facilidad que sus antecesores habia accedido á la convocacion de un concilio, no por esto estaba menos cuidadoso que ninguno de ellos de su autoridad; preveia que semejante principio seria una causa de victoria para los hereges; conocia quanto podia atraer de humillante ó funesto á la santa sede si el concilio juzgaba que únicamente debia tratar de la correccion de los abusos, y si los prelados de segundo orden podian segun les convenia para sus intereses ó deseos dictar la ley á los que eran mas que ellos en dignidad y poder; de esta suerte dió instrucciones á sus legados para empezar el concilio sin prestar atencion á las siniestras proposiciones del emperador.

La primera sesion se empleó en meras formalidades; en la segunda se convino que lo mas necesario era entender una confesion de fe que incluyera todos los artículos cuya creencia mandaba la iglesia, y que al propio tiempo se estenderia á reformar las costumbres y disciplina del clero. Este primer paso, que manifestaba ya cuál seria el resultado del concilio, el tono imperioso de los legados que le presidian y la ciega sumision de la mayor parte de los vocales que seguian las huellas de los principales, hacian prever fácilmente á los protestantes qué decisiones debian esperar. Se admiraron con todo al ver que cuarenta prelados, únicos que asistieron al concilio, se atribuian la potestad de representantes de la iglesia universal y juzgar en su nombre las mas interesantes cuestiones de la fe, y al propio tiempo asombrada la junta de la indecencia y ridiculez que se les podia echar en cara, obró muy lentamente y procedió durante algun tiempo con co-

Año 1556.

Enero 8.
Operaciones
del concilio.

Año 1546. bardía y flojedad (1). Al saber los aliados de Smalkalde la apertura del concilio, publicaron un difuso manifiesto que contenía nuevas protestas contra esta reunión, y los motivos que les determinaban á no reconocer su jurisdicción (2). A pesar de esto el papa y el emperador deteníanse tan poco en apresurar las operaciones, que fácilmente se conoció que les ocupaba algun negocio de mayor entidad.

Temores de los protestantes.

Empero los protestantes no podían permanecer tranquilos espectadores de las diligencias del pontífice y de Carlos; aumentábanse diariamente sus recelos en fuerza de las noticias que recibían de todas partes acerca las asechanzas que se trataban contra ellos. Participóles el rey de Inglaterra que el emperador, resuelto desde mucho tiempo á destruir su secta, aprovecharía este intervalo de tranquilidad en Alemania como la mas propicia ocasion de ejecutar su proyecto. Los comerciantes de Anshurgo, ciudad de mucho tráfico desde aquella época, fueron avisados por sus correspondientes de Italia, quienes, á lo menos algunos, favorecían ocultamente el protestantismo (3), de que el papa y el emperador disponían contra los de la confederacion una peligrosa alianza; al propio tiempo recibieron de los Países-Bajos la nueva de que Carlos había dado órdenes de levantar allí tropas como igualmente en otras partes de sus señoríos, pero con cuantas precauciones fuesen necesarias para ocultar sus medidas; todas estas noticias avivando la desconfianza y vigilancia de los protestantes, no les quedó duda alguna acerca de los verdaderos intentos del emperador; entraron en cuida-

(1) Fra-Paolo, 120. etc. Pallavic. p. 180, etc.

(2) Seck. lib. III, 602, etc.

(3) Seck. l. III, 579.

do, los diputados de Smalkalde reuniéronse en Francfort; se comunicaron recíprocamente sus noticias y se convencieron mas y mas del riesgo que les amenazaba; á pesar de esto su union no era tan íntima como exigian las circunstancias y los preparativos de sus enemigos. Permanecía esta alianza desde diez años antes, pero las posesiones de la mayor parte de los príncipes confederados se hallaban metidas unas dentro de otras: casamientos entre las familias, alianzas y convenios de diferentes clases habian segun los usos de Alemania fundado derechos y pretensiones recíprocas, y estos eran otras tantas causas inevitables de quimeras y disensiones. Los unos, partidarios del duque de Brunswick, aborrecian deseubiutamente al landgrave por el rigor con que habia tratado á aquel príncipe tan feliz como imprudente; otros acusaban al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse, gefes de la confederacion, por haber metido á la liga en inútiles y excesivos gastos por su dilapidacion y falta de economía. Estos dos grandes soberanos, que gobernaban del todo por su superior poder y autoridad al cuerpo de la liga, tenian á pesar de esto tan diversas miras que todas sus operaciones se consumieron al momento en que se requería mayor energía: el landgrave era hombre arrebatado y de genio animoso; pero como su celo religioso no le hacia olvidar sus intereses políticos, sostuvo que en el inminente riesgo que les amenazaba solo tenian un medio seguro de resguardarse de él, cual era el procurarse el patrocinio del monarca francés é inglés, ó coligarse con los cantones protestantes de Suiza, de los que podian sacar un socorro proporcionado á su actual estado; por otra parte el elector, que poseia mayor grado de rectitud que ningun otro príncipe de aquella época, no

Año 1546
Sus convul-
tas.

Año 15,6. carecía de habilidad para gobernar en tiempos de sosiego; pero adoraba supersticiosamente los dogmas de Lutero, y llevaba su fanatismo en defensa de su religion hasta aborrecer toda coligacion con aquellos cuya creencia hubiera sido diferente de la suya en un solo ápice; por cuyo motivo su tenacidad por el luteranismo le hacia incapaz de sostenerlo en tiempos de disturbios y peligros; seguramente pensaba que los intereses religiosos debian decidirse por axiomas y principios del todo diversos de la prudencia humana, y dejándose arrastrar por los dogmas de Lutero, quien ignoraba no solamente las reglas de política si que tambien las desechaba, manifestó á menudo una tenacidad de alma que dañó al mismo bando que queria defender. Guiado en esta ocasion por la rígida moral del reformador, se negó á aliarse con Francisco so pretexto de que era un perseguidor del partido de la verdad; á llegarse á Enrique, á quien tenia por tan impío como al papa, y hasta confederarse con los suizos porque no opinaban como él acerca algunos puntos de fe que en su sentir eran esenciales. Esta variedad de opiniones en un asunto de tal interes, produjeron el fruto que se debia esperar; de una y otra parte se vituperaban y condenaban en secreto. El landgrave únicamente veia en el elector un pobre entendimiento y lleno de preocupaciones indignas de un príncipe llamado á representar el principal papel en un gran teatro: el elector acusaba al landgrave de principios desmoralizados y ambiciosas ideas, que no se avenian bien con los sagrados intereses de la causa en que ambos se hallaban metidos; pero aunque los escrúpulos del elector hubiesen hecho perder la coyuntura de sacar auxilios del estrangero, y que la envidia y descontento de los otros príncipes ha-

Año 1546

biesen estorbado la renovación de la liga cuyo término estaba para finir, á pesar de todo la ciencia interior del peligro comun convino á los aliados respectivamente á otros artículos; determinaron á solas no reconocer la reunion de la iglesia en Trento por un concilio legitimo, y no permitir se oprimiese en nada al arzobispo de Colonia, porque habia querido establecer la reforma en su diócesis (1).

El landgrave, que queria sondear las intenciones del emperador, sabiendo que Granvela conocia muy bien los proyectos de su dueño, le escribió participándole muchas particularidades que habian motivado recelos en los protestantes, y pidiéndole una declaracion decisiva de lo que debian temer ó esperar; contestóle Granvela que lo que ellos sabian de los preparativos militares del emperador era sumamente abultado y sus temores carecian de fundamento; que bien era verdad que habia mandado Carlos levantar tropas en los Países-Bajos á fin de resguardar sus fronteras de todo ataque por parte de la Francia ó de la Inglaterra, pero que deseaba entonces tanto como siempre conservar el sosiego en Alemania (2).

La conducta del emperador no convino con todo con estas declaraciones; en vez de elegir sujetos de genio pacífico y moderado para sostener la doctrina católica en las sesiones que habian pactado escogió fanáticos, coléricos y de una tan ciega obstinacion en sus ideas, que se frustró toda esperanza de conciliacion entre los dos partidos. Malvenda, sacerdote español que habia tomado á su cargo el defender la causa católica, la sostuvo con toda la sutileza de un metafísico escolar, mas

Sus tratados
con el emperador.



(1) Seeck. I. III, 566, 570, 613 Sleid. 355.

(2) Sleid. 356.

Año 1546. ocupado en promover dificultades á sus rivales que en convencerles, y en paliar el error que en buscar la verdad. Enojados los protestantes de sus sofismas y de la parcialidad de los bandos que Carlos habia publicado para esta contienda, rompieron de repente la conferencia, bien convencidos de que el emperador únicamente queria entretenerlos y pasar tiempo hasta tanto que pudiese poner en planta sus proyectos (1).

(1) Strid. 258. Seck. lib. III, 620.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO OCTAVO.

MIENTRAS que parecia aumentarse diariamente el riesgo, y que la tormenta despues de haber amagado á la iglesia protestante por tanto tiempo iba á caer con toda su furia, llegó la muerte á privar á Lutero de presenciarse el sensible espectáculo de esta crisis de destruccion. Como el mal estado de su salud no le pudo impedir trasladarse en estacion tan rigurosa á Eysleben, donde nació, para apaciguar allí por medio de su fama una division promovida entre los condes de Mansfield, fue atacado de una fuerte inflamacion de entrañas, de la que falleció en pocos dias á los sesenta y tres años de edad. Destinado por la providencia á operar una de las mayores y mas importantes revoluciones que la historia haya jamas referido, nunca ningun hombre fue descrito con tan contrarios colores: las opiniones de su siglo fueron estremadas en cuanto á su carácter.

Año 1546.
Muerte de
Lutero.

Unos guiados mas allá de lo que debian, indignados

Año 1546

Su carácter.

de verle transformar con osada mano cuanto sus preocupaciones ó intereses miraba como sagrado, le acumularon no únicamente todos los vicios humanos, si que tambien toda la maldad de un demonio; otros mirándole, arrebatados de admiracion y reconocimiento, como á la luz de la iglesia y restaurador de la libertad, le concedieron virtudes superiores al poder humano, y consideraron todos aquellos actos con aquel respeto religioso que únicamente deberia concederse á hombres inspirados del cielo; empero en el siglo presente debe arreglarse su juicio por su propia conducta, y no por la crítica ó alabanzas exageradas de sus contemporáneos. Lutero, al mayor celo por lo que él creia verdad, reunia un valor intrépido para publicarla, una habilidad que únicamente pueden prestar la naturaleza y el estudio para defenderla, y una incansable actividad para apresurar sus progresos; y en tanto grado poseyó estas prendas, que ni aun se las habian podido negar sus enemigos: débense añadir á estos rasgos unas costumbres muy puras y aun austeras, como convenia al carácter de un reformador, una vida regular que daba crédito á sus doctrinas, y aquel puro desinterés que no permite dudar en nada de su buena fe. Respecto á lo demás, superior á toda consideracion personal y despreciando el lujo y las delicias, desechó los honores y rentas eclesiásticas á sus prosélitos, contentándose únicamente con su primera clase de catedrático en la universidad de Wittemberg y cura de aquella ciudad, con el sueldo moderado que para aquello estaba señalado. A pesar de todo ofuscaban un tanto estas sobresalientes circunstancias algunos horrones inseparables de la debilidad humana; empero sus culpas en vez de poder achacarse á maldad ó corrupcion de ánimo, nacian

al parecer de sus mismas virtudes. Su pecho naturalmente valiente y ardoroso cuando le estimulaban grandes objetos ó arrebatada alguna violenta pasión, se precipitaba, por decirlo así, fuera de su seno con aquella fuerza que amedrenta siempre á los juicios débiles y cobardes, y hasta á los hombres á quienes ha colocado la fortuna en un estado de sosiego. Muchas de sus grandes propiedades llevadas á lo sumo, escediendo algunas veces la línea del bien, le arrastraron á acciones dignas de vilipendio. Su confianza en sus opiniones llegaba á ser orgullo; su ánimo en ejecutarlas, temeridad; su firmeza en no abandonarlas jamás, obstinación; y su celo para aterrar á sus contrarios, un furor que se exalaba con viles injurias. Avezado á subyugarlo todo á la verdad, exigía de todos los hombres la misma sumisión á ella y no escaseaba los dictérios ni el desprecio contra aquellos que no eran de su opinión, y no les perdonaba sus debilidades ó preocupaciones. Cuando atacaban su doctrina se desplomaba sobre sus contrarios con igual furia, sin atender á su clase ni á su mérito; ni el poder real de Enrique VIII ni los talentos y sabiduría de Erasmo les pudieron guarecer de los mismos ultrages con que oprimía á Tetzels ó Eccius; á pesar de esto no debe atribuirse esta indecencia á fruta del genio arrebatado de Lutero, si que en su mayor parte procedía del vicio del siglo. Entre un pueblo grosero en el que se ignoran aquellas máximas que encadenando continuamente el choque de las pasiones, civilizan la sociedad y la convierten en mas agradable, debía llegar á lo sumo el calor de las disputas; espresábanse las conmociones fuertes en su lenguaje natural, sin delicadeza ni miramientos. Como todos los sabios escribían entonces sus obras en latin,

Año 1546 se estaba autorizado, siguiendo el ejemplo de los primeros escritores de esta lengua, á emplear contra sus contrarios las mas insolentes burlas; ademas los insultos parecian entonces menos ultrajantes espresados en una lengua muerta que si se profirieran en una lengua viva cuyas dicciones, siendo mas familiares, dan á los agravios una marca mas ruda.

Cuando se quiere apreciar el carácter de un hombre es necesario juzgarle por los principios y dogmas del siglo en que vive; porque si bien las virtudes y vicios son los mismos en todas las épocas, son continuamente varios los usos y costumbres; así es que lo que nos parece digno de reprension en la conducta de Lutero no lo era para sus contemporáneos, y hasta algunos de los excesos que en el dia le reprendemos sirvieron para hacer progresar la revolucion que habia emprendido. Para sacar al linage humano del letargo de la ignorancia y supersticion era necesario un celo impetuoso, un talento lleno de atrevimiento. Dulces súplicas no hubieran atraido ni conmovido los corazones; una alma mas amable pero menos ardorosa que la de Lutero hubiera temido los riesgos que él supo arrostrar y vencer; sus enfermedades, sin debilitar su valor y talento, alteraron á últimos de su vida su complexion y le hicieron mas tétrico, mas colérico é impaciente en contradicción. Disfrutó del fruto de sus trabajos al ver que una gran porcion de la Europa abrazaba sus dogmas, vió titubear los fundamentos del poder de los papas ante quienes habian temido los mas poderosos monarcas, y no pudo libertarse de algunas emociones de orgullo y vanidad, y hubiera sin duda sido superior al linage humano si hubiera sabido contener su amor propio por las grandes cosas que habia practicado (1).

(1) Hállase en su última disposicion un manifiesto ejemplo de su

Advirtió disminuir sus fuerzas poco tiempo antes de su muerte; muy destruida estaba ya su complexión por una maravillosa multitud de negocios reunidos á los trabajos sin reposo que exigía su ministerio y al cansancio de sus continuos estudios, de que salieron tan voluminosas obras como hubiera podido componer á estar en un tranquilo retiro; su natural firmeza tampoco le abandonó al aproximarse su último suspiro. Conversó con sus amigos acerca de la bienaventuranza conservada para los justos en la otra vida, y esto era con todo el fervor y éstasis de una alma que suspira por el momento de disfrutar de ella (1). La noticia de su fallecimiento se recibió entre los católicos con una alegría excesiva y casi brutal, pero desanimó á todos sus partidarios; ninguno de los dos bandos juzgó cimentada la nueva doctrina con bastante firmeza para conservarse, no sosteniéndola la mano que la había fundado. El elector de Sajonia mandó celebrar sus exequias con una magnificencia extraordinaria: Lutero dejó muchos hijos de su muger Catalina Bore, que le sobrevivió, y existían aun en Sajonia á últimos del antecedente siglo al-

vanidad, como igualmente de la elevación singular de sus ideas. Aunque los bienes de que podía disponer fuesen de muy poca monta, creyóse obligado á hacer testamento, y tuvo á menos seguir en esto las costumbres legales. *Notus sum, siijo. in cælo, in terrâ et in inferno, et auctoritatem ad hoc sufficientem habeo, ut mihi soli credatur, cum Deus mihi, homini licet dominabili, et miserabili peccatori, ex paternâ misericordiâ evangelium filii sui crediderit, dederitque ut in eorum et fidelis fuerim, ita ut multi in mundo illud per me acceperint, et me pro doctore veritatis agnoscerint, spreto banno papæ, Cæsaris, regnum, principum et sacerdotum, immo omnium dæmonum odio. Quidni, igitur, ad dispositionem hanc, in re exigud, sufficiat, si adsit monus meæ testimonium, et dici possit Hæc scripsit D. Martinus Luther, notarius Dei, et testis evangelii ejus. Seck. Lb. III, p. 651.*

(1) Sleid. 362. Seck. III, 632, etc.

Año 1546. gunos descendientes suyos que ocupaban empleos eminentes (1).

El emperador procura hacer perder tiempo y dar chasco á los protestantes.

28 de marzo.

Mientras tanto el emperador siguiendo continuamente su plan de disimulo se servia de toda su astucia para llevar alucinados á los protestantes y sosegar sus temores y sospechas; hasta se ideó para mejor chasquearlos; tener una entrevista con el landgrave, el mas activo gefe de la liga y el que mas sabia acerca de sus designios. Hablóle Carlos con tal calor del interes que tomaba en la felicidad de la Alemania y de su odio á las medidas violentas; se disculpó tan afirmativamente de haber formado parte de ninguna alianza ó de haber hecho ningun preparativo militar que pudiera causar recelos á los protestantes, que el landgrave no tuvo ya temor y se retiró muy satisfecho por lo que pertenecía á las intenciones del emperador. Dicha astucia de este monarca obró los felices resultados que de ella esperaba. Al salir el landgrave de esta entrevista, que tuvo lugar en Spira, dirigióse á Wormes donde se habia reunido la confederacion de Smalkalde, y ponderó infinito las propicias disposiciones del emperador; de esta suerte los aliados juzgaron impropcedente prevenirse precipitadamente para impedir un riesgo que estaba muy remoto, y tal vez existia únicamente en su imaginacion (2) por efecto de la serenidad alemana, ó ya por aquel espíritu de lentitud é indeterminacion que prevalece en las grandes comunidades en sus resoluciones.

Procedimientos del concilio contra los protestantes.

Empero nuevos acontecimientos frustraron bien pronto la segura esperanza de los reformados en las promesas de Carlos. El concilio de Trento, si bien que

(1) Seeck. *lib. III*, 651.

(2) Steid. *Hist.* 367, 373.

Año 1546.

compuesto de un pequeño número de prelados italianos y españoles, sin un solo comisionado de los muchos dominios que pretendían someter á sus deliberaciones, quisieron determinar artículos de sumo interés como si se hubieran avergonzado de su larga inacción. Discutióse en primer lugar el punto esencial de la contienda entre la iglesia romana y los reformistas acerca la regla decisiva en materias de fe. El concilio sentó por base á favor de su infalible autoridad que los libros designados hasta aquel día con el título de apócrifos, merecerían el mismo aprecio que los demás de la Biblia tenidos como canónicos en tiempos del judaismo y de los principios de la cristiandad; que las tradiciones transmitidas y guardadas en la iglesia desde el siglo de los apóstoles tenían derecho á igual veneración que el mismo texto de los autores sagrados; que la versión latina de las escrituras, hecha ó corregida por san Jerónimo y conocida con el título de Vulgata, sería admitida como auténtica en las iglesias y escuelas; pronunciáronse excomuniones en nombre del Espíritu Santo contra de todos los que se negaran á prestar su adhesión á la veracidad de estos artículos. Semejante determinación, que minaba los fundamentos de la doctrina de Lutero, hizo prever claramente á los protestantes cuánto debían esperar del concilio al momento que tendría tiempo de examinar detenidamente cada uno de los puntos de su creencia (1).

Abril 8.

Con tanta precipitación como esta reunión demostró para condenar sus dogmas, otra tanto puso el papa para castigar á sus secuaces. Habiendo llegado á Roma la apelación de los canónigos de Colonia contra su arzo-

(1) Fra-Paolo, 141. Pallav. 206.

Año 1546. hispo, aprovechó inmediatamente el pontífice esta ocasión de manifestar la totalidad de su poder y demostrar al clero alemán cuán peligroso era resistir á la iglesia romana. Como no compareciese nadie en favor del arzobispo, se le juzgó convicto del crimen de heregía, publicó el papa una bula que le interdecía todas sus dignidades eclesiásticas, profería contra él una sentencia de excomunion y absolvía á sus vasallos del juramento de fidelidad que le debían como á su señor temporal. El auxilio que este prelado había prestado á la heregía de Lutero, fue el único motivo de su condenacion y el único principio con que se apoyó el rigor de este decreto. A pesar de todo el abineo de Pablo en defender los derechos de la iglesia y por aniquilar á los que osaban atentar contra ella, no pudieron creer los protestantes que se hubiese atrevido á tal extremo contra un príncipe y un elector del imperio sin estar antes seguro de un auxilio harto poderoso que diera á sus sentencias todo el suficiente poder para afianzar sus resultados. Sobresaltáronse vivamente con esta sentencia, la que miraron como una irrecusable prueba de los dañados intentos, no solo del papa, sí que tambien del emperador contra su partido (1).

Dispónese Carlos para empezar sus hostilidades contra los protestantes.

Dispertaron los reformados de su simulada seguridad con todo el furor que sigue siempre á la vergüenza de haberse dejado alucinar. Conoció Carlos que le era necesario arrojar la máscara y declararse abiertamente por el partido que queria abrazar; y aunque el poner en planta sus planes no estoviese del todo preparado, á pesar de esto había ganado tiempo á fuerza de astucias y rodeos para apresurarlo; el papa había sabido

(1) Sleid. 354. Fra-Paolo, 155 Pallav. 274.

conducir los asuntos de manera que era ya inevitable el rompimiento entre el emperador y los protestantes, ya por lo que habia hecho contra el elector de Colonia, ya por los mismos decretos del concilio, por lo que Carlos únicamente podia elegir ya ó el favorecer la reforma contrariando las determinaciones de la iglesia romana, ó defender la religion católica con la fuerza de las armas; empero no era suficiente al papa el haber obligado á Carlos á decidirse, si que le estrechó para que empezase sus movimientos y le prometió ayudarle con cuantos medios podrian ser suficientes para el buen logro de la empresa. Movidó por un ciego ardor contra la heregía, se olvidó de que uno de los axiomas políticos de la santa sede era impedir á la autoridad imperial sacar algo fuera de sus límites, y con el deseo de aniquilar á los luteranos, contribuyó á hacerse por sí mismo súbdito de un señor que podia hacérsele temible como tambien á la Italia.

Año 1546.

Sus negociaciones con el papa.

No temía ya Carlos que le estorbasen sus proyectos los turcos, puesto que sus tratados con la Puerta, que se habian seguido constantemente desde la paz de Crespy, estaban para acabarse felizmente, y el rey de Francia que deseaba evadirse de la vergonzosa obligacion de tenerse que reunir al emperador contra Soliman, su antiguo aliado, trabajó con mucho ahineo para un convenio entr ambos monarcas, y Soliman consintió fácilmente en una tregua de cinco años, ya por acceder á las demandas de Francisco, ya porque necesitaba dirigir sus ejércitos contra la Persia, cuyas tropas amenazaban invadir sus dominios: el principal artículo de este convenio fue que por entrambas partes se conservaria cuanto poseian en Hungría; y Fernando por satisfacer en algo el orgullo del sultan, se

Concluye una tregua con Soliman.

Año 1546. humilló á satisfacerle un tributo anual de cincuenta mil escudos (1).

Gana á Mauricio y á otros príncipes alemanes.

Empero el emperador confiaba mas que en ninguna otra cosa en los ausilios que esperaba de Alemania; sabia que el vasto cuerpo germánico era invencible cuando estaba unido, y que únicamente podia subyugarse volviendo contra sí sus propias fuerzas; dichosamente para Carlos la construccion de este cuerpo era tan débil, la union de sus miembros tan delicada, y todas sus partes pretendian con tanta fuerza separarse unas de otras, que casi era imposible verlas reunir para hacer un vigoroso esfuerzo; las semillas de desunion habíanse aumentado entonces mas que nunca; los católicos romanos al ver aniquilada su religion en muchas provincias y á punto de estarlo en otras, animados en su defensa de un ardor proporcionado á la furia de sus enemigos, se manifestaron preparados á favorecer toda empresa contra los reformistas. Juan y Alberto de Brandeburgo, como igualmente otros príncipes, enojados por la altivez y orgullo que los confederados de Smalkalde habian manifestado al duque de Brunswick, ardian en deseos de sacarle de la prision y vengarle de sus adversarios; observaba con placer Carlos los progresos de su ódio, y creyéndolos ya sumisos á sus gustos juzgóse obligado ya mas en mitigar su enojo que en encenderlo.

Reunion de una dieta en Ratisbona.

Tal era el estado de los negocios y las precauciones del emperador para cualquier evento, cuando se empezó la dieta imperial en Ratisbona. Casi todos los miembros católicos comparecieron en ella personalmente; pero la mayor parte de los coligados de

(1) Istvanbaffi *Hist Hung.* 180. *Mém. de Ribier, tom. I, 582.*

Smalkalde solo enviaron sus comisionados, dando por escusa que no podian suportar los gastos que acarrearban estos congresos tan frecuentes como inútiles; pero el verdadero motivo por el que dejaron de asistir fue su desconfianza en el emperador y el temor de que se usase de la violencia para precisarles á aprobar lo que se propusiera en la dieta; á pesar de todo hizo Carlos su apertura con un discurso sumamente artificioso, y despues de haber demostrado en términos generales cuánto le interesaba la prosperidad del cuerpo germánico; despues de haber declarado que con la intencion de restablecer allí el órden y el sosiego habia abandonado cuidados que le eran mas propios y se negaba á las súplicas de otros vasallos suyos que le constreñian á vivir entre ellos, añadió con una especie de enojo que sin embargo de esta muestra de desinteres digno de ser imitado, muchos individuos se habian escusado de encontrarse en una reunion á la que se habia conferido él mismo con perjuicio de sus propios asuntos: habló despues de las fatales discordias de religion, se quejó de su poco esfuerzo para pacificarlas y de la atropellada disolucion de la dieta última; finió preguntando la opinion de la reunion acerca del mas seguro medio de restablecer la union en las iglesias de Alemania y aquella dichosa conformidad en materias de fe tan apreciada de sus antepasados, que no la juzgaban menos útil para sus intereses temporales que necesaria para el sosten del cristianismo que profesaban.

Este modo incitativo y popular de consultar el parecer de los vocales de la dieta en vez de prescribirles el suyo, daba al emperador el aire de una suma moderacion; de este modo evitaba manifestar sus

Año 1546. ideas, y al parecer únicamente se reservaba el derecho de poner en práctica lo que hubieren determinado; empero el demostrar tanto aprecio y deferencia á las resoluciones de aquellos, era porque ya estaba seguro de que no serian contrarias á su modo de pensar. Instigados los católicos por su propio celo, ó prevenidos por sus intrigas, se reunieron para representarle que la autoridad del concilio convocado en Trento debía decretar en última resolutive acerca de todos los puntos de disputa, y que todo cristiano estaba precisado á prestar obediencia á sus decretos como á reguladores infalibles de la fe, por lo que rogaban al emperador que usase del poder que le concedia la Providencia para proteger aquella conferencia y obligar á los protestantes á que se sometiesen á su decision. Estos por el contrario presentaron una memoria en la que despues de repetir sus objeciones contra el concilio reunido en Trento proponian como el único medio de acabar todas las contiendas el convocar un concilio en Alemania, ya fuese este general ya nacional, en el que un determinado número de prelatos nombrados por cada partido examinaría y determinaría los artículos de fe; hacian memoria despues de los *reces* ó decretos de varias anteriores dietas que favorecian sus proposiciones y que les habian hecho concebir la esperanza de ver terminar todas las disputas amistosamente; en fin suplicaban al emperador que no faltase á sus promesas, porque queriendo forzar las conciencias abriría en Alemania una fuente de desgracias cuya sola idea horrorizaba á los que sinceramente apreciaban su patria: recibió Carlos esta manifestacion con una sonrisa de desprecio, y no tuvo ninguna atencion hácia ella pues habia ya to-

mado su última decision. Convencido de que únicamente con la fuerza podia reducir á los protestantes á la obediencia, envió al cardenal de Trento á Roma para tratar allí con el papa una alianza cuyas condiciones estaban ya de antemano convenidas; mandó reclutar en los Países-Bajos un ejército para marchar á Alemania, y á muchos gefes encargó reuniesen tropas en diferentes partes del imperio, y despues notició á Juan y Alberto de Brandeburgo que habia llegado la ocasion de operar para restituir la libertad de su aliado Enrique de Brunswick (1).

Todos estos movimientos no podian practicarse á hurto de los protestantes, puesto que necesitaba demasiados confidentes el secreto; y aunque astutamente ocultase el emperador sus deseos, como sus subalternos carecian de la misma circunspeccion, tratábase de ello descubiertamente entre sus aliados y vasallos. Los diputados de los coligados, asustados con estos rumores y bélicos preparativos que oían y veían, pretendieron una audiencia de Carlos y le preguntaron en nombre de sus representados si se levantaba tropas en su nombre, á qué fin y contra cuáles enemigos? Tan directa pregunta en una ocasion en que ya le era imposible negar los hechos, pedía una decisiva respuesta; por lo que confesó el emperador que la órden de levantar tropas emanaba de él; sin embargo protestó de que por materias de religion no molestaría á ninguno mientras obrase como sumiso vasallo, declaró que únicamente queria conservar los derechos y preeminencias de la dignidad imperial, castigando á algunos sediciosos cuya li-

Temores de los protestantes.

(1) Sleid p. 374. Seck. I. III, p. 658.

Año 1546. cenciosa é irregular conducta se dirigia á corromper ó derribar la antigua constitucion del imperio. Aunque no nombrase Carlos las personas contra quienes caian sus acusaciones, muy fácil era conocer que aborrecia al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse; por cuyo motivo los comisionados de estos viendo en todo lo que acababa de espresar una terminante declaracion de guerra, salieron al momento de Ratisbona (1).

Convenio
del emperador
con el papa.

Dia 26 de
junio.

El cardenal de Trento no halló ninguna dificultad en avenirse con el papa, quien satisfecho de haber logrado finalmente hacer adoptar su plan al emperador, consintió gustoso en todo cuanto le propuso de su parte y se firmó la alianza á pocos dias de la llegada del cardenal á Roma. Las peligrosas heregias que infestaban la Alemania, la terquedad de los protestantes en negarse á reconocer la autoridad del concilio de Trento, la necesidad de conservar en su pureza los dogmas y disciplina de la iglesia, fueron los públicos motivos de esta alianza; alegábase que á fin de detener los progresos del mal y castigar la irreligion de los que habian contribuido á aumentarlo, despues de haber probado el emperador, sin resultado alguno, desde mucho tiempo por medios suaves, se pondria luego en campaña con un ejército suficiente para obligar á los que despreciaban el concilio ó que habian abandonado la creencia de sus antepasados, á restituirse al gremio de la iglesia y á la debida obediencia á la dignidad del sumo pontífice. Obligábase igualmente á no tratar paz con los hereges por espacio de seis meses sin el consen-

(1) Steid. p. 376.

timiento del sumo pontífice y sin concederle una parte de lo que les hubiese conquistado, y aun finido aquel término no podía hacer ningún convenio que pudiese recaer en perjuicio de la santa sede ó de la religion. Por su parte prometia el papa depositar en el banco de Venecia una cantidad bastante para los gastos de la guerra; sostener á su coste por espacio de seis meses en campaña á doce mil infantes y quinientos caballos; conceder al emperador por espacio de un año la mitad de las rentas eclesiásticas de España; autorizarle por medio de una bula para vender en aquel reino posesiones y haciendas de las casas religiosas hasta el valor de quinientos mil escudos; finalmente emplear no solamente los anatemas espirituales sí que tambien la fuerza de las armas contra cualquier soberano que intentare oponerse á la ejecucion de este convenio (1).

Aunque en este se alegara por motivo de la guerra la destruccion de la heregia, intentó Carlos persuadir á los alemanes que nada obraria contra la libertad de conciencia, y que únicamente pensaba en vengar su autoridad de algunos que la habian despreciado. Escribió á la mayor parte de los príncipes y de las ciudades libres que segnian la religion reformada, cartas circulares corroborando su contestacion á los diputados de Ratisbona, declarando aun que tomaba las armas no por una contienda religiosa sino por discordias civiles, y que no confundiria á sus vasallos pacíficos y obedientes con aquellos genios revoltosos que olvidaban la deferencia que le debian como á jefe del cuerpo germánico. Por rudo que

Nuevas asuncias del emperador para ocultar sus deseos á los protestantes.

(1) Steid p. 381. Pallav. p. 255. Dumont, Corps. Diplom. t. II.

Año 1546. fuese este artificio y por fácil que fuese penetrarlo á cualquiera que examinase la conducta de aquel monarca, juzgólo á pesar de esto necesario y lo puso en práctica con harta confianza y habilidad para sacar de él los mayores beneficios. Si de una vez hubiese confesado el deseo que habia formado de derribar la iglesia protestante, y restituir toda la Alemania al antiguo yugo de la santa sede, ni las ciudades ni los príncipes que seguian la reforma hubieran permanecido neutrales, y aun menos hubiéranse atrevido á ayudar al emperador para este intento; pero el ocultar ó disimular su pensamiento impedía por una parte una union de todos los estados protestantes, cuyas fuerzas reunidas hubiéranle tal vez oprimido; además daba á los mas tímidos de su bando un motivo para permanecer pasivos y á los ambiciosos un motivo para renírsele, sin incurrir en la vergüenza de haber abandonado sus principios ó ayudar sacrilegamente á su destruccion. Bien preveia el emperador que si alcanzaba abatir al elector de Sajonia y al landgrave con el propio auxilio de los reformados, estaria despues á su disposicion el dictar las condiciones que quisiese prescribir á los débiles restos de un partido desunido, sin gefes, y que lloraria entonces, pero ya demasiado tarde, la falta de haber abandonado á sus compañeros confiando en él.

Son descubiertos por el papa.

Pero estuvo á punto de ser desbaratado este plan por una precipitada manifestacion de celo del papa, á pesar de las providencias que con tanta astucia y cuidados habia tomado Carlos. Pablo tan envanecido como satisfecho por ser el motor de una coligacion tan formidable contra la heregia de Lutero y de pensar que la gloria de destruirla estaba reservada

para su pontificado, divulgó los artículos de su alianza con el emperador como una prueba de sus religiosas intenciones y de los esfuerzos extraordinarios que iba á poner en planta él mismo para conservar en toda su pureza los dogmas de la religion. Poco tiempo despues publicó una bula de indulgencia para cuantos tomasen parte en esta santa guerra, exortando al propio tiempo á los fieles que no podian asistir á ella á aumentar el fervor de sus ruegos y el rigor de sus mortificaciones para llamar la bendicion del cielo en favor de las armas católicas (1). Empero á Pablo no le guiaba únicamente el celo de la religion en estas declaraciones tan en contradiccion con las razones que daba el emperador para justificar sus preparativos militares; escandalizábale la ficcion de Carlos, quien avergonzándose al parecer de su humillacion á la iglesia, se esforzaba en hacer creer que emprendia una guerra política cuando hubiera debido envanecerse de no dedicar sus armas sino en defensa de la fe; así es que todo cuanto se esforzaba el emperador para disimular el verdadero objeto de la alianza, tanto mas se apresuraba el papa para hacerlo tan público como pudiese, queriendo que aquel monarca rompiese abiertamente y sin restriccion con los protestantes, con el objeto de que no pudiese caer en la tentacion de abandonar los intereses de la iglesia por algun convenio del que él solo sacara el provecho (2).

Aunque sumamente agraviado el emperador de la indiscrecion ó malicia de Pablo que publicaba sus

(1) Dumont, *Corps diplom.*

(2) Era-Paolo, 188. Thuan. *Hist. I*, 61.

Año 1546. secretos, no por eso llevó adelante con menos valor su proyecto, y aseguró siempre que sus objetos no habian variado; por lo que muchos estados protestantes que habia ya alucinado se determinaron á auxiliarle en fuerza de estas protestas.

Preparativos de los protestantes para defenderse.

Emperador esta astucia no engañó á la mayor y mas sana parte de los protestantes, quienes quedaron convencidos de que el emperador tomaba las armas contra la reforma, y que si podia contar con bastante fuerza para llevar á cabo sus designios en toda su estension, aniquilaria no solo su religion si que tambien junto con ella todos los fueros de Alemania, por cuyo motivo se dispusieron para defenderse, no queriendo abandonar ni las verdades celestes que Dios les habia manifestado por tan milagrosas vias, ni los privilegios temporales que les habian legado sus pasados. Entre tanto sus comisionados, despues de haber marchado rudamente de Ratisbona, se confirieron, para convenir en sus preparativos, á Ulm, donde volvieron á seguir sus sesiones con tanto ardor y unanimidad como lo pedia el riesgo tan inminente, y habiéndose designado desde un principio en su tratado de confederacion el número de tropas que cada uno debia aprontar, se despacharon las oportunas órdenes para ponerle inmediatamente en campaña: los coligados echaron entonces de ver que los vanos escrúpulos de algunos de ellos y la imprudente confianza de otros les habian hecho olvidar por demasiado tiempo buscar un apoyo en alianzas estrangeras; por lo que se apresuraron en pedir auxilios á los venecianos y á los suizos.

Piden socorro á los venecianos.

Manifestaron á los primeros que como el deseo del emperador era derribar el actual sistema de Ale-

mania y abrirse paso para el poder absoluto por medio de los estrangeros socorros que le prestaba el papa, si lograba este atentado debia de precision ser fatal á la libertad de Italia, y que llegando una vez Carlos á un poder sin límites en cualquiera de los dos paises, poco tardaria en cimentar su despotismo en el otro; finalmente pedian á los venecianos que cuando no otra cosa negasen al menos el paso á unas tropas que se debian mirar como enemigas, puesto que esclavizando á la Alemania preparaban igualmente el yugo al resto de Europa. Semejantes reflexiones no se habian ocultado á la prudencia de aquellos republicanos; habíanse ya esforzado á disuadir al papa de contraer una alianza que tenia por objeto aumentar el poder de un soberano cuya ambicion sin límites tenia harto conocida; pero Pablo estaba tan ennegado en la continuacion de sus proyectos, que desechó todas sus representaciones (1); á pesar de todo ni la ciencia del peligro logró determinar á los venecianos á que tomasen fuertes precauciones para resguardarse de él, por lo que contestaron á los aliados de Smalkalde que no les era dado impedir el paso á las tropas del papa por un pais abierto, á menos de levantar un ejército bastante poderoso para detenerlas, y que semejante accion les espondria á todo el poder del enojo del papa y del emperador, y por este mismo motivo se negaron á prestar cantidad alguna de dinero al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse para gastos de la guerra (2).

Por lo que mira á los suizos no se limitaban los protestantes á pedirles que impidiesen la entrada en

Divigense
después á los
suizos.

(1) Adriani, *Istoria de' suoi tempi*, lib. V, p. 332.

(2) Sleid. 38r. Paruta, *Istor. Venet. tom. IV*, 180. Lambertus Hortentius, *de bello germanico*, apud. Scardium, vol. II, p. 547.

Año 1546. Alemania á tropas estraangeras, si que esperaban de un pueblo vecino y natural amigo del imperio, que con todo abineo y con su acostumbrado celo abrazaria la causa de la libertad y que no permaneceria pasivo espectador de la esclavitud y cadenas que se preparaban para sus hermanos; empero por mas dispuestos que estuviesen los cantones protestantes á ausiliar á los coligados, el mismo cuerpo helvético estaba tan desunido en puntos de religion, que los protestantes no se atrevian á hacer nada sin consultar á los cantones católicos; y ademas tal era el influjo de los agentes del papa y del emperador en la Suiza, que quanto estos pudieron ofrecer en esta guerra fue el conservar una estrecha neutralidad (1).

Recurren á
Francisco I y
á Enrique
VIII.

Quedando pues frustradas sus esperanzas por estos dos lados, apresuráronse los protestantes á dirigirse á los monarcas de Francia é Inglaterra; lo inminente del peligro habia echado por tierra los escrúpulos del elector de Sajonia, y le precisó á ceder á las instancias de los coligados, y la situacion de los dos monarcas infundia algunas esperanzas á la liga. La guerra habia por algun tiempo continuado entre los franceses é ingleses despues de la paz de Crespy, pero por fin cansados de una lucha que no les proporcionaba ninguna ventaja ni gloria, acababan de terminar todas sus contiendas por medio de una paz firmada en Campe, cerca de Ardres. Muy difícil le habia sido á Francisco hacer entrar en la paz á su aliada la Escocia, y por pago de esta concesion habia empeñado su palabra de satisfacer una gruesa suma que Enrique decia adeudársele por muchas razones, y el monarca francés dejó en poder de

(1) Steil. 392.

los ingleses, como en fianza de esta duda, la ciudad de Bolonia. Empero aunque el restablecimiento de la paz dejara á estos monarcas tiempo de ocuparse en los asuntos de Alemania, no pudieron los protestantes sacar ninguna ventaja de esta propicia coyuntura, puesto que Enrique les concedia su alianza con unas condiciones que le habrian hecho no solo el jefe sí que el dueño absoluto de la confederacion. No se tenia el ánimo de concederle esta preeminencia; sus opiniones en materia de religion eran demasiado diferentes de las de los reformados de Alemania para que pudicra cimentarse una perfecta union entre ellos y aquel monarca (1). Francisco por sus planes politicos estaba mejor dispuesto para ayudar á los confederados; empero como veia devastado su reino por una larga guerra y que por otra parte temia enojarse al papa haciendo causa comun con hereges escomulgados, no osó aventurarse á ausiliar la liga. De este modo una prudencia fuera de propósito ó escrúpulos religiosos en que ni hubiera reparado en otras ocasiones, hicieron perder á este monarca la mas propicia ocasion que durante su reinado se le hubiese ofrecido de estorbar y abatir á su rival.

Empero si los aliados no sacaron ningun provecho de los gabinetes estrangeros, por lo menos lograron con facilidad organizar un ejército suficiente para sostener la lucha. Estaba en aquel entonces la Alemania sumamente poblada, las leyes feudales vigian allí con toda su fuerza, y colocaban á los nobles en estado de reunir sus numerosos vasallos y hacerlos marchar siempre y cuando quisiesen; el espíritu belicoso de los alemanes no se habia aun menguado con la introduccion del co-

Los protestantes ponen en campaña un numeroso ejército.

(1) Rymer, *XX*, 93. Herbert, 258.

Año 1546. mercio y las artes, y aun habia adquirido mayor energía por las continuas guerras en que habian tomado parte por espacio de medio siglo al servicio de los emperadores contra los soberanos de Francia. Al momento que se trataba de tomar las armas se les veia acudir con entusiasmo, y la sola vista de una bandera atraia un enjambre de voluntarios (1), y la religion aumentaba tambien en esta coyuntura su natural ardor. Los principios de la reforma habian causado en ellos aquella enérgica impresion que produce la verdad al momento de manifestarse, y se dispusieron á defenderla con tanto valor como celo; ademas de esto hubiera sido mengua para un pueblo belicoso permanecer pasivo cuando la defensa de la religion le llamaba á las armas. Un acontecimiento se reunió entonces á estos motivos para facilitar el alistamiento de reclutas para los coligados. El rey de Francia, dispuesto á firmar la paz con el monarca inglés, habia licenciado á un considerable número de alemanes que servian bajo sus banderas, y estos fueron á reunirse bajo una sola bandera en el ejército de los protestantes (2).

Semejante reunion de favorables circunstancias puso á esta liga en estado de reunir en el espacio de algunas semanas un ejército de setenta mil hombres de infantería y de quince mil de caballería, provisto de un tren de artillería de ciento veinte cañones, ochocientos carros de municiones, ocho mil acémilas y seis mil gastadores (3). Este ejército á pesar de esto no era ni el mas numeroso ni el mas poderoso que vió levan-

(1) Seck. *lib. III*, 161.

(2) Thuan. *lib. I*, p. 68.

(3) Thuan. *lib. I*, 601. Ludovici ab Avila et Zuñiga *Commentariorum de bel. germ. lib. duo. Antw. 1550*, in 12, p. 13. A.

tar aquel siglo en Europa por los esfuerzos reunidos de los protestantes. Las únicas potencias que contribuyeron á estos preparativos militares fueron el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Wittemberg, el príncipe de Anhalt y las ciudades imperiales de Ulm, Ausburgo y Strasburgo; empero los electores de Colonia, de Brandeburgo, y el conde palatino, amedrentados con las amenazas del emperador ó engañados por sus protestas, permanecieron neutrales. Juan de Brandeburgo-Bareith y Alberto de Brandeburgo-Anspach, si bien que adictos entrambos al protestantismo desde su introduccion, colocáronse manifiestamente al servicio de Carlos so pretesto de que les habia prometido no obrar nada contra la inviolabilidad de la reforma; y Mauricio de Sajonia siguió pronto el ejemplo de aquellos.

El poderoso ejército de los coligados y la maravillosa rapidez con que se habia reunido, asombraron al emperador, y le asustaron tanto mas cuanto no estaba en estado de resistirle. Encerrado en Ratisbona, ciudad poco fuerte y cuyos moradores, en su mayor número protestantes, mas dispuestos estaban á hacerle traicion que á ayudarle, no teniendo junto á sí mas que tres mil hombres de infantería españoles que habia hecho llegar á las fronteras de Hungría, y cerca de cinco mil alemanes que habian llegado de diferentes puntos del imperio, no podia menos de temer la proximidad de un enemigo que no le dejaba escoger ni el combate ni la retirada. Por otra parte los soldados del papa que venian á su socorro apenas estaban en las fronteras de Alemania, y las tropas que esperaba de los Países-Bajos, ni siquiera se habian completado (1).

El emperador carece de suficientes fuerzas para resistirles.

(1) Sleid. 369. Avila, 8. A.

Año 1546. Con todo su posición pedía pronto socorro y no podía confiar mucho en la llegada de aquellas tropas todavía tan lejanas y cuya llegada parecía tan incierta.

Los protestantes entran en ajustes en vez de obrar.

Dichosamente para Carlos no supieron los coligados aprovecharse de esta superioridad; pues los primeros pasos de las guerras civiles son siempre débiles y dudosos, y fingiendo entonces un exterior moderado y equitativo se procura ganar prosélitos con una apariencia de apego á las reglas establecidas y no se atreve á romper de un golpe antiguos estatutos que se acataban en tiempos quietos.

Estas consideraciones, que tanto influyen en el corazón humano por la dicha de la paz de las tierras, hicieron que los coligados no olvidasen lo que debían al jefe del imperio hasta tomar contra él las armas sin recurrir solemnemente á su justicia y al parcial juicio de la nación; por lo que dirigieron una carta al emperador y un manifiesto á toda la Alemania; ambos documentos espresaban las mismas razones; en ellos protestaban de su lealtad y sumisión á los derechos temporales del emperador; recordaban la inviolable union en que habian vivido con sus jefes y los recientes testimonios de amistad y agradecimiento con que les habian honrado; aseguraban que la religion era el único pretesto de la guerra que ideaba contra ellos, y las pruebas que daban no podian menos de convencer á los que habian sido harto débiles para dejarse engañar con las astucias de Carlos; finalmente declaraban que estaban decididos á aventurarlo todo para conservar su creencia religiosa, y presagiaban la entera destruccion del cuerpo germánico si el emperador podia mas que la confederacion (1).

(1) Sleid. 334.

Carlos cuyas pasiones debian mostrarse mas moderadas en ocasion tan arriesgada, se mostró resuelto y tan orgulloso como si se hallara en estado de dictar la ley; su única contestación, así á la carta como al manifiesto de los protestantes, fue publicar el decreto de proscripcion contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, cabezas de la liga, y contra cuantos les prestasen socorro. En fuerza de esta sentencia, la mas rigurosa que el derecho público de Alemania haya decretado jamas contra los enemigos ó traidores á la patria, fueron declarados rebeldes y desterrados, despojados de los privilegios que disfrutaban como á miembros del imperio; confiscáronseles sus bienes y sus vasallos fueron absueltos del juramento de fidelidad: en general, no solo fue lícito sí que tambien laudable atacar su territorio. A pesar de esto la nobleza y las ciudades libres á quienes se debia el origen ó perfeccion de las leyes del cuerpo germánico, no habíanse olvidado bastante de su seguridad para conceder tan poderosa jurisdiccion al emperador. Necesitábase la decision de una dieta del imperio para desterrar á alguno de sus individuos, pero desechando Carlos esta formalidad legal sabia bien que si le iba bien la guerra nadie podria entonces tener valor de pedirle cuenta de esta infraccion de la ley (1). A pesar de esto este monarca, en vez de dar por escusa de sus procedimientos contra el elector y el landgrave su rebelion contra la iglesia ó su conducta en materia de religion, afectó no dar sino motivos de estado que refirió en términos generales y dudosos sin entrar en detalles ó la clase de su delito, de modo que esta accion mas bien

Año 1546.
El emperador proscribió á los dos gefes de la liga.

(1) Sleid 386. Dumont, *Corps diplom. tom. IV, p. 11, 314.*
Pfiffel, *Hist. abrégée du droit publ. de l'Allem.* 168, 736, 155

Año 1546. parecía seaca de una potestad despótica que de una autoridad legal. Por lo demas, si empleó palabras ambiguas es porque no osaba fundar su sentencia de un modo demasiado terminante por temor de que los mismos agravios con que hubiera acriminado al elector y al landgrave servirian quizas para condenar á los demas protestantes á quienes le interesaba tratar como á leales vasallos, para conservar si no su adhesion al menos su neutralidad. Despues de haber perdido toda esperanza de convenio, solo quedaba á los coligados el medio de someterse sin restriccion á placer del emperador, ó empezar al momento la campaña, y el celo y resolucion no les faltaron en este caso. Pasados algunos dias de publicada la proscripcion del imperio, enviaron segun costumbre un rey de armas al acampamento imperial para declarar con toda solemnidad la guerra á Carlos, á quien no daban ya otro nombre que de emperador intruso, abjurando la sumision y lealtad que le habian jurado hasta aquel instante; pero parte de sus tropas habian ya empezado á obrar antes de esta formalidad. La ciudad de Ausburgo, que habia reunido un ejército considerable, encargó su mando á Sebastian Schertel, oficial aventurero que habia tomado un rico botin cuando saquearon á Roma los imperiales. Su capital reunido á sus grandes servicios, le conferian una autoridad que le equiparaban con la principal nobleza de Alemania. Este anciano guerrero, lleno de valor, quiso antes de reunirse al grande ejército de los coligados, probar alguna accion digna de su celebridad y de la espectacion de sus compatriotas. Mientras que los soldados del papa se avanzaban hácia el Tirol para entrar en Alemania por medio de aquel estrecho paso de los Alpes, les previno Scher-

Declaran la guerra á Carlos.

Sus primeras operaciones.

tel y se apoderó de Ehreberg y de Cuffstein, dos fortalezas que dominaban los principales desfiladeros; sin detenerse un momento continuó su marcha hácia Inspruck, cuya plaza si hubiera podido tomar habria detenido á los italianos y guardada por un puñado de soldados habria podido resistir á los mayores ejércitos; empero Castlealto, gobernador de Trento, viendo que se frustrarian todas las intenciones del emperador si se privaba el camino á sus tropas auxiliares, levantó de repente una pequeña division y se encerró en la ciudad; á pesar de esto no abandonó Schertel sus intenciones y se disponia á atacar la ciudad, cuando la nueva de la llegada del ejército italiano y las órdenes del elector le precisaron á renunciar á ello. El paso quedó libre con su retirada, y el ejército pontificio entró en Alemania sin hallar otro obstáculo que las guarniciones colocadas por Schertel en Ehreberg y Cuffstein que no tardaron en rendirse (1) por carecer de esperanzas de auxilio.

El llamamiento de Schertel no fue la única falta de los coligados, pues habiéndose encargado el mando

Año 1546.

Mala disposicion de los generales.

(1) Seckend. l. II, p. 70. *Adriani Ist. de'suoi tempi, lib. 335.* Seckendorf, ese hábil autor del *Commentarius apologeticus de lutheranismo*, que se ha seguido como un guía seguro en los asuntos de Alemania, era un descendiente de Schertel. Ha publicado con todo el esmero y exactitud de un alemán, que desea probar su nobleza, una difusa arenga acerca de sus antepasados, en la que demuestra principalmente el modo cómo Schertel se había elevado y las alianzas que sus descendientes habían contraído con las mas antiguas casas del imperio. Entre otras curiosidades acerca de este guerrero, forma un cálculo de sus riquezas, que procedian del saqueo de Roma. Sus nietos se vendieron sus posesiones por el valor de seiscientos mil florines. De aquí se deducen las inmensas riquezas reunidas por los *Condottieri* ó comandantes de tropas mercenarias en aquel siglo. Schertel era un simple capitán en la toma de Roma. Seckend. l. II, 73.

Año 1546. general del ejército al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse en fuerza del convenio de la confederacion de Smalkalde, no se vieron bien claros todos los inconvenientes que son siempre el resultado de esta division de autoridad, siempre fatal á las operaciones militares.

El elector que miraba con tanto desprecio su vida como con ardor la causa comun, era á pesar de esto pesado en sus deliberaciones, incierto y perplejo en sus determinaciones, y preferia siempre la sagacidad y aseguranza en sus medidas á un valor determinado y ardiente: el landgrave por el contrario, de un espíritu mas pronto y valeroso, marchaba al impreviso, obraba con vigor y escogia siempre los medios mas sencillos. De esta suerte aquellos dos generales que habian tomado parte en semejante guerra por razones bien opuestas, no se avenian mejor en sus operaciones que en sus causales. Esta entera contrariedad de pareceres despertó insensiblemente entre ellos la envidia y el ódio, y las contiendas que provenian de la oposicion de sus genios se aumentaron mas y mas. Con todo los demas individuos de la confederacion que no eran súbditos del elector ni del landgrave, sino en fuerza de los artículos de una alianza voluntaria, dejaron pronto de obedecer á unos gefes que tan poco se conformaban para el gobierno. De esta suerte aquel numeroso ejército de protestantes, igual á una inmensa máquina de mal dispuestas partes y careciendo de un muelle para dar alma y arreglar sus movimientos, tuvo únicamente una accion floja é incapaz.

Las tropas del papa se reunen á las del emperador.

Temiendo el emperador que su permanencia en Ratisbona imposibilitase al ejército pontificio de reunirsele, avanzó valerosamente hasta Landshut sobre el rio

Isar, los coligados perdieron algunos días en deliberar si le irían al alcance al territorio del duque de Baviera, que se mantenía neutral, y después de haberse finalmente vencido este escrúpulo empezaron á marchar hácia su campo; empero abandonaron pronto esta idea para ir á atacar á Ratisbona, donde había dejado Carlos muy corta guarnición. A pesar de todo las tropas pontificias llegaron enteras á Landshut, á las que siguieron pronto seis mil aguerridos soldados de los tercios españoles sacados de Nápoles. Desde la atrevida pero inútil expedición de Schertel dijérase que los coligados querían dejar reunir con tranquilidad á todas estas fuerzas en el punto convenido, en vez de atacar separadamente á las divisiones ó al mismo emperador antes de su reunión (1). El ejército imperial que ascendía entonces á treinta y seis mil hombres, era aun mas formidable por la disciplina y valor de sus soldados que por su número; Avila, comendador de Alcántara, famoso por haberse hallado en todas las guerras de Carlos y servido entre las tropas que salieron vencedoras en la memorable batalla de Pavía, conquistado á Túnez é invadido la Francia, asegura que jamas había visto otro tan formidable como el que conducía el emperador contra los protestantes de Alemania (2). Octavio Farnesio, nieto del papa, ayudado por hábiles gefes que se habían practicado en las largas guerras de Carlos con Francisco, mandaba las tropas de Italia y le acompañaba su hermano el cardenal Farnesio bajo el título de legado pontificio. Este prelado teniendo esta guerra como á un asunto de religion se propuso marchar al frente del ejército precedido de una cruz

(1) Ariani *Istoria de suoi tempi*, l. V, 340.

(2) Avila 18.

Año 1546. y proclamar indulgencias para cuantos le auxiliaran del mismo modo que se practicaba en tiempos de las cruzadas; empero Carlos se opuso á este escesivo celo que no respondia á sus promesas hechas á los protestantes de su bando, y aquel legado admirado de ver ejercer á sus anchuras en medio del ejército imperial una religion, cuya estirpacion parecia ser el objeto de aquella guerra, volvió á tomar irritado el camino de Italia (1).

La llegada de las tropas pontificias dió proporcion al emperador para aumentar la guarnicion de Ratisbona, de manera que los coligados desesperados de apoderarse de ella marcharon hácia Ingolstad sobre el Danubio, donde Carlos habia entonces colocado su campo. No se cesaba con todo de calmar contra aquel monarca que quebrantaba descaradamente las leyes y constituciones del imperio, llamando á el estrangero para devastar el pais y oprimir sus privilegios. Como el dominio de la santa sede era en aquel siglo tan aborrecido por los reformados que solo el nombre de papa era suficiente para causarles horror, y hasta llegaron á creer que el pontífice no satisfecho con venirles á atacar á fuerza de armas habia esparcido sus comisionados por toda la Alemania para pegar fuego á sus ciudades y almacenes, y envenenar las fuentes y pozos; estas voces vagas cuya tontería podia únicamente servir para alucinar la sencillez del vulgo, encontró con toda cabida en los ánimos de los gefes del partido. Obcecados por sus prevenciones publicaron un edicto en el que acusaban á Pablo de haber usado contra ellos de tan infernales recursos (2), y si algo podia jus-

(1) Fra-Paolo, p. 191.

(2) Steid. 399.

tificar tales rumores era la conducta de los soldados del pontífice, los que, creyendo íntimamente que toda barbarie era permitida contra herejes escomulgados, ejercían los mas viles excesos en los territorios protestantes, aumentando las acostumbradas fatalidades de la guerra con toda la furia del fanatismo. Empero las operaciones de la guerra no eran conformes al furioso ódio de que estaban poseidos los corazones de uno y otro bando. El emperador habia prudentemente resuelto de no aventurar una batalla con enemigos que le aventajaban mucho en número (1), conociendo además que un ejército compuesto de individuos tan mal avenidos, de precision debía disolverse á no ser que se precisara á sus miembros á unirse con mas fuerza por medio de un atropellado ataque. A pesar de todo aunque los coligados conociesen perfectamente cuánto perdían en cada momento de demora, la flaqueza ó desunión de sus gefes les impidió obrar con el vigor que reclamaba su situación y el ardor de sus soldados. A su llegada á Ingolstad hallaron á Carlos en un acampamento que sin serle demasiado ventajoso le rodeaba únicamente una pequeña trinchera. Había delante del campo una vasta llanura en que no solo cabia todo su ejército, si que tambien sobraba lugar para sus operaciones; todo inducia á los coligados á aprovechar aquella ocasion de atacar al emperador; su superioridad numérica, el impaciente ardor de las tropas y el valor y serenidad de la infantería alemana en la batalla, les eran otras tantas garantías de la victoria. El landgrave quería decididamente combatir, diciendo que mandando él la suerte de los dos partidos quedaria pronto

Año 1546.

Los confederados avanzan hacia el ejército imperial.

Agosto 19.

(1) Avila, 78. A.

Año 1546.

El emperador rehusa la batalla.

decidida; pero meditando el elector acerca del ánimo y subordinacion de los caemigos entusiasmados con la presencia del emperador y mandados por los mas sabios gefes de aquella época, no osaba aventurar una batalla decisiva contra tropas aguerridas, atrincheradas en un campo que ellos mismos habian escogido y cuyas fortificaciones, aunque imperfectas, les hacian muy superiores. A pesar de su irresolucion y meditaciones, se convino adelantarse en órden de batalla contra los imperiales y probar si este movimiento sostenido por un vigoroso fuego de artillería lograria sacarlos de sus trincheras. Demasiado experimentado el emperador para caer en esta celada, continuaba siempre su proyecto, y disponiendo sus tropas al enves de las trincheras preparadas del todo para recibir á los coligados si tenian la osadía de emprender el asalto, esperó con tranquilidad su aproximacion, y prohibió cualquier movimiento de su ejército que pudiese empeñarle en la accion. A pesar de esto recorria las líneas, y perorando á todos sus batallones compuestos de diversas naciones, hablaba á cada uno en su propio idioma, animaba su valor con su jovialidad y con su heroico ánimo en medio de los riesgos, y él mismo se esponia al mas formidable fuego de la artillería mas numerosa que jamas se hubiese presentado en campaña, y á vista de este modo de obrar ninguno se atrevió á salir de la línea, pues habria sido muy indecoroso manifestar temor en presencia de un valeroso monarca que manifestaba en público que el rehusar la batalla no era causado por cobardía sino por prudencia. Los coligados, despues de haber seguido su fuego por muchas horas contra el ejército del emperador, con mas ruido que resultados, desesperados ya de obligarles á combatir, se retiraron á

su campo, y el emperador pasó la noche haciendo fortificar el suyo con tanta presteza, que los enemigos, preparados el día siguiente para alguna mas atrevida tentativa, repararon al momento que habian dejado perder la ocasion (1).

Año 1546.

Despues de este inútil ensayo que únicamente manifestó su indeterminacion y el ánimo resuelto del emperador, solo pensaron en los medios de impedir la llegada de un numeroso refuerzo compuesto de diez mil hombres de infanteria y cuatro mil caballos que el conde de Buren habia sacado de los Países-Bajos. Emperero aunque este general tuviese que hacer un largo camino, atravesando dominios algunos de los cuales estaban en disposicion de favorecer á sus enemigos, aunque estos mismos avisados de su proximidad, hubieran podido sin peligro destacar de su numeroso ejército, fuerzas considerables para destruirlo, con todo esto marchó con tal celeridad y dispuso tan bien sus operaciones á las que únicamente se oponian lentitud é ignorancia, que consiguió conducir sus tropas al campo del emperador sin haber sufrido el menor reves (2).

Las tropas flamencas se reuven al emperador.

to de setiembre.

La llegada de los flamencos en quienes fundaba el emperador sus mayores confianzas, varió casi enteramente el plan de sus acciones; quiso tomar á su vez la ofensiva, pero evitando siempre una batalla decisiva. Apoderose de Neubourg, Dilligen y Douawert sobre el Danubio, de Nordlinga y otras muchas ciudades de las márgenes de aquellos grandes rios que desaguan en aquel vasto. A pesar de todo aunque se apoderó de tan estenso pais no fue sin sostener combates muy fuertes y en los que no le fue siempre propicia su estre-

(1) Sleid. 395, 397. Avila, 27. A. Lamb Hortens. ap. Scard II.

(2) Sleid. 403.

Año 1546.
Situacion de
los dos ejérci-
tos.

lla. Pasóse todo el otoño en estas alternativas sin que ninguno de los dos partidos se hubiese podido hacer superior al otro, y nada presagiaba aun cuál sería el final de aquella guerra. Infinitas veces habia predicho el emperador que la desunion y falta de metálico precitaria á los coligados á diseminar los miembros de un cuerpo que no tenian habilidad de gobernar ni medios de sostener (1). Empero aunque con ansia aguardábase este acontecimiento, no parecia que pudiese estar muy próximo este; los forrages y víveres le empezaban á faltar, y hasta las provincias de católicos estaban tan enojadas de ver tropas estrangeras en el centro del imperio que con repugnancia entregaban las vituallas al propio tiempo que nadaba en la abundancia el campo de los confederados por el celo y largueza de los amigos que su religion les hacia encontrar en las comarcas contiguas. Las enfermedades originadas sin duda de la variacion de clima ó de alimentos (2) habian imposibilitado de servir á gran número de italianos y de españoles; debíanse sueldos atrasados á los soldados, quienes apenas habian recibido dinero desde el principio de la campaña, lo que manifestó esta ocasion al emperador, como ya otras veces le habia sucedido, que su dominacion se estendia mucho mas que sus caudales, y que si su poder le proporcionaba levantar gran número de soldados su erario no bastaba para mantenerlos; y por sí mismo se convenció de la imposibilidad de sostener por mas tiempo la campaña. Algunos de sus mas inteligentes generales, hasta el duque de Alba, quien nunca dejaba ninguna empresa para

(1) *Belli Smalkaldici Commentarius græco sermone scriptus à Joach. Camerario ap. Freherum, vol. III, p. 479.*

(2) *Camerar. ap. Freher. 483.*

acabar, le aconsejaron diseminar sus tropas en cuarteles de invierno; pero el emperador á quien las mas convincentes razones no podian torcer cuando habia formado, una resolucion lejos de escuchar sus consejos, se obstinó en cansar á los coligados con su constancia, convencido de que si podia una sola vez precisar á disolverse aquel gran ejército, pocas probabilidades habia de que se pudiese reunir de nuevo (1). Entre todo esto era difícil de prever qué debia ceder mas pronto ó la constancia de Carlos ó el celo de la liga, y cuál de los dos partidos diseminando sus fuerzas daria superioridad al otro, cuando un inesperado acontecimiento causó fatal variacion en los asuntos de los coligados.

Habiendo Mauricio de Sajonia ganado, con sumisiones, la voluntad del emperador con sus astucias de que se ha ya tratado, apenas conoció que se iba á dar principio á las hostilidades entre los protestantes y aquel monarca, que ya esperó de ella la mas próspera fortuna para sus designios. La parte de Sajonia que habia heredado de sus antepasados estaba muy distante de ser suficiente á su ambicion; veia con placer los principios de una guerra civil cuyas violentas y convulsivas variaciones facilitan siempre á los atrevidos la ocasion de progresar en su fortuna, ocasion que es muy rara y lenta en tiempos tranquilos. Como se hallaba enteramente instruido del estado de los bandos y del talento de sus gefes, no vaciló en adherirse al partido de que podia sacar mayor provecho, por lo que resolvió unirse al emperador, de lo que se hizo un mérito en ser de los primeros, á fin de

Proyectos de
Mauricio de
Sajonia.

(1) Thuan. 83.

Año 1546. disfrutar de sus liberalidades. Con esta idea se habia ya conferido á Ratisbona por el mes de mayo con el presteo de asistir á la dicta, y despues de muchas sesiones ya con el emperador ya con sus ministros, concluyóse un convenio secreto en fuerza del cual prometió Mauricio servir al emperador como fiel vasallo, y el emperador en cambio le designó todos los despojos del elector de Sajonia, ya consistiesen estos en dignidades ya en dominios (1); con dificultad se hallaria en la historia otro ajuste que mas manifiestamente violase todos los principios por los que se deben regular las acciones humanas. Mauricio, acérrimo protestante en una época en que el fanatismo religioso tenia tanto influjo en las almas, se obliga á pesar de todo á servir en una guerra cuyo objeto era la destruccion de su culto, compromete su palabra de tomar las armas contra su suegro y de arrebatar á su mas próximo pariente sus posesiones y títulos, y finalmente se reune á un amigo poco seguro contra un bienhechor á quien debia recientes y considerables favores; y sin embargo no era este príncipe un político sin vergüenza que desprecia los mas sagrados deberes hasta envanecerse de pisar las leyes del honor ó de la decencia en pidiéndolo su interes; la conducta de Mauricio fue mas prudente; si se atribuye únicamente á la política, alcanzó realizar todas las partes de su proyecto procurando siempre imprimir en sus acciones la apariencia de la honradez y la virtud; insiguiendo su conducta es verosímil que á lo menos en cuanto á la religion protestante eran sanas sus intenciones y que solamente debió avergonzarse de su impru-

(1) *Harcei Annales Brandenburgici* vol. I, 633. Struvii Corp. 1048. Thuan. 84.

dente confianza en las promesas del emperador, y le aconteció sin duda lo que á aquellos, queriendo obrar con demasiada astucia en los asuntos políticos caminan por senderos lóbregos y tortuosos, y Mauricio se vió burlado á sí mismo cuando creía burlar á los demás.

Sin embargo su primer cuidado fue mantener ocultos sus empeños, y hasta supo llevar tan adelante el arte de fingir, que los coligados no sospecharon nada de sus proyectos á pesar de haberse negado á aliarse con ellos y de su constancia manifiesta en festejar al emperador: hasta el mismo elector de Sajonia cuando marchó al principio de la campaña para reunirse á sus aliados, puso sus posesiones bajo el mando de Mauricio, quien con falsas demostraciones de amistad le prometió defendérselas (1). Empero apenas se hubo alejado el emperador, cuando Mauricio tomó sus secretas medidas con el rey de romanos para alzarse con el depósito que se le había confiado, y el emperador pronto le envió una copia de la proscripeion del imperio dada contra el elector y el landgrave. Pertenecia á Mauricio como el mas cercano pariente defender estos dominios de cualquier ataque, y Carlos le requirió por la obediencia que debía al jefe del imperio, sin tratar de su interes personal, que se apoderase inmediatamente de los dominios confiscados del elector, avisándole al mismo tiempo que si se negaba á poner en planta esta orden se complicaria en los delitos de su pariente y se veria espuesto á la misma pena (2).

Oculto astutamente sus fines.

Esta astucia fue seguramente sugerida por Mauricio

(1) Struvii. Corp. 1046.

(2) Sleid. 391. Thuan. 84.

Año 1546.

á fin de hacer parecer su conducta para con el elector como un acto necesario de obediencia, y no por un atentado á los derechos de familia. Pero á fin de ocultar su ambicion con excusas aun mas especiosas, convocó inmediatamente de su regreso de Ratisbona los estados de su principado, y les dijo que como era inevitable la guerra entre los aliados de Smalkalde y el emperador, le era necesaria su consejo para portarse bien en este lance. Preparados sin duda para esta pregunta, y en disposicion de contentar á su principe, los estados procuraron conformarse á sus ideas aconsejándole que convidase con su mediacion á los dos bandos, y que si la despreciaban les parecia que debía obedecer al emperador conviniéndose antes por la seguridad de la religion protestante; entre tanto habiendo recibido Mauricio el decreto imperial como tambien la proscripcion contra el elector y el landgrave, reunió de nuevo los estados, manifestóles las órdenes que acababa de recibir y la pena con que se le amenazaba en caso de resistencia; noticióles despues que los coligados se habian negado á su mediacion, y que el emperador le habia hecho las promesas mas lisonjeras en punto á la religion; habló de cuanto le interesaba poner á cubierto las posesiones del electorado, y del riesgo que corria en permitir avecindarse extranjeros en Sajonia, finalmente dijo que como á sus vasallos les interesaba igualmente que á él este asunto, queria arreglar su conducta con el dictámen que le diesen en tan apuradas y críticas circunstancias. Los estados siempre sumisos y complacientes, fiados en los ofrecimientos del emperador acerca la libertad de conciencia, propusieron antes de llegar á medios violentos escribir en nombre de la junta al elector manifestán-

dole que el mejor modo de apaciguar al emperador é impedir que sus posesiones fueran secuestradas por via de confiscacion ó conquista, era consentir que Mauricio tomase de ellos pacífica y amistosa posesion, y este príncipe favoreció al propio tiempo esta súplica con una carta que escribió al landgrave su cuñado. Tan descabellada proposicion fue despreciada con el desden é indignacion que merecia: el landgrave echó en cara en su contestacion á Mauricio su mala fe é injusticia contra su bienhechor, y le demostró el mas alto desprecio por su afectacion en poner en práctica el destierro del imperio cuya ilegal y despótica forma no le podía dejar duda alguna acerca su ningun valor; en fin le instó á que no llevara adelante su ciega ambicion hasta olvidar cuánto debia al honor y la amistad, y hasta ser traidor á la religion reformada, la que segun confesion del papa intentaban destruir, con la presente guerra, en toda la Alemania (1).

Empero habiase comprometido demasiado para que le pudiesen detener los vituperios, y el único partido que le quedaba era poner en ejecucion con exactitud lo que con la astucia y disimulo habia preparado, y con tanto valor para llevar á cabo su proyecto como sagacidad con que lo habia formado, reunió cerca de doce mil hombres y atacó una parte del electorado mientras que Fernando se precipitaba sobre la otra con un ejército de bohemios y de húngaros. Mauricio derrotó en dos combates sangrientos las tropas que habia dejado el elector para su guarda, y aprovechándose de sus victorias se posesionó de todo el electorado, escepto de Wittenberg, Gotha y Eisenach plazas fuertes que

Se apodera
del electorado
de Sajonia.

(1) Sleid. 405, etc Thuan. 85. Camerar. 484.

Año 1546

defendidas por briosas guarniciones se negaron á abrir sus puertas. La nueva de estas rápidas conquistas llegó pronto á los dos campos, al de los imperiales y al de los confederados; en el de los primeros se recibió con muestras de alegría á proporción del interes que se vinculaba con aquel dichoso éxito, empero el otro bando se sobrecogió de susto y terror. Hizose execrable el nombre de Mauricio á quien se miró como á un apóstata de la religion, un traidor á la libertad alemana, un villano en fin que habia roto todos los deberes mas sagrados; la rabia y el espíritu de partido se desencadenaron contra él, sátiras, invectivas, libelos, declamaciones en los púlpitos y por escrito con todo el descaro del estilo de aquella época, nada se perdonó para denigrarle y hacerle odioso. A pesar de todo, éonfiado en su acostumbrada maña, como si hubiera podido justificar su conducta publicó un escrito en el que se hallaban todos los frívolos pretextos que alegó al principio en la junta de sus estados y en su carta al landgrave (1).

Los confederados proponen un ajuste con el emperador.

Proponíase el elector marchar á Sajonia con un cuerpo de tropas á la primera noticia que recibió de las operaciones de Mauricio, pero los diputados de la confederacion reunidos en Ulm lograron de él en aquel momento que prefiriera la causa comun á la seguridad de sus posesiones. Finalmente, compadecido por las penas y continuas quejas de sus vasallos, mostróse el elector en sumo grado impaciente para libertarles de la esclavitud de Mauricio y de la barbarie de los húngaros que pelecaban con aquella especie de crueldad que se ercia legal contra los turcos, y que se entregaban por do quier á los mayores excesos de violencia y re-

(1) Sleid. 409. 410.

bo. El deseo del elector era tan natural y lo tomó con tal resolución, que los comisionados de Ulm no osaron negarse del todo á concederle lo que pedía, aunque adivinaban las fatales consecuencias que atraería la división del ejército. A pesar de esto antes de determinar nada se confirieron al campo de los coligados en Giengen sobre el río Brentz, para consultarles, y estos no se vieron con menos apuros en cuanto á lo que habían de decidir en tan crítica situación. Por una parte veían con horror la manifiesta deserción de una parte de sus aliados, la frialdad é indiferencia de otros muchos que hasta entonces no habían contribuido en nada para el sostenimiento de la guerra, y el peso de la carga que iba á caer entera sobre los mas celosos defensores de la causa comun; por otra parte el mal éxito de sus esfuerzos para alcanzar socorros del extranjero y el rigor de la estación que precisaba á un gran número de soldados y hasta de oficiales á dejar el servicio, acababan de desanimarlos. Todas estas consideraciones les hicieron pensar que no les quedaba otro medio sino precisar á los imperiales á una batalla por medio de un ataque violento, ó bien entrar en convenios con el emperador; pero el abatimiento y temor se habían en tanto grado apoderado de los corazones, que entre estos dos medios escogieron el de menos valor y facultaron al ministro del elector de Brandeburgo para que en su nombre hiciese proposiciones de paz.

Al momento que el emperador conoció que aquella orgullosa liga que le había amenazado espulsarle de Alemania se humillaba hasta dar el primer paso para los preliminares, juzgó que había ya perdido sus fuerzas con el espíritu de union, y tomando al instante el

Carlos se niega á ello.

Año 1546. tono de vencedor como si los coligados estuviesen ya á su disposicion, no quiso oír hablar de paz á no ser que por preliminar de ella consintiese el elector de Sajonia entregarse él y sus estados á su entera disposicion (1). Tan vergonzosas condiciones no habrian sido llevaderas aun en el mas deplorable estado, por lo que fueron despreciadas por un partido que mas bien estaba amedrentado que rendido; pero al negarse á obedecer redondamente la voluntad del emperador, faltóles el valor suficiente para adoptar el único arbitrio de conservar su libertad, cual era el de permanecer reunidos en un solo cuerpo; reunion que hasta aquel dia habia hecho la confederacion temible hasta tal punto, que el ejército del emperador habia ya mas de una vez pensado en retroceder; sin embargo los coligados, que si hubiesen quedado convenidos hubieran detenido siempre al emperador á pesar de sus desgracias en Sajonia, despues de acceder á los ruegos del elector conviniéronse en diseminar el ejército. Hasta nueve mil hombres quedaron en el ducado de **Wittemberg** á fin de defender la provincia y auxiliar á las plazas de la **Alemania alta**; un respetable ejército siguió al elector á Sajonia; pero los mas de los coligados regresaron con sus gefes á sus provincias, donde se diseminaron (2).

Las tropas de la confederacion se dividen.

La mayor parte se sometien al emperador.

Al momento que dividió su ejército la confederacion, no se la temió ya mas y cada uno de sus miembros que en la union hallaba su seguridad personal empezó á temer al verse solo tener que sostener todo el peso de la venganza del emperador, quien no les dió tiempo de reanimarse ni de formar nueva alianza, pues; aunque en lo mas cruel de la estacion, al momento de

(1) Hortensius, *ap. Scard. II*, 485.

(2) Sleid. 411.

su desmembracion hizo marchar al ejército determinado á sostener la campaña y aprovechar una ocasion tan propicia que por tanto tiempo habia esperado. Algunas pequeñas ciudades en que habian dejado guarniciones los confederados se le rindieron; Nordlingen, Rottenberg y Halle, ciudades imperiales, siguieron poco tiempo despues aquel ejemplo; á pesar de todo no pudo Carlos impedir que el elector al volverse á sus estados exigiese crecidas contribuciones del elector de Maguncia, al abad de Fulda y otros príncipes eclesiásticos (1), pero este pesar quedó en gran parte compensado con la entrega de Ulm, una de las mas fuertes y principales de Suavia, y de las mas adictas y celosas de la liga. Unicamente se necesitó un ejemplo de desercion en la causa comun para guiar á ella á los demas individuos, y cada uno deseó ser de los primeros en someterse para sacar mejor partido: el elector palatino habia enviado á los coligados cuatro mil caballos á pesar de haber ofrecido permanecer neutral, y á pesar de ser un servicio tan leve que apenas debia hacerse mencion, fue de grande culpa para con el emperador, quien precisó á aquel flaco monarca á una vil reparacion: los moradores de Ausburgo, amedrentados por la derrota general, echaron de su ciudad al denodado Schertel y se sometieron á las condiciones que les quiso imponer Carlos.

El duque de Wittemberg, si bien que fue de los primeros en someterse, se vió precisado á pedir su perdón arrodillado y aun solo lo alcanzó con mucho trabajo (2).

Meiningen y otras ciudades libres del círculo

Año 1547

(1) Thuan. 88.

(2) *Mém. de Ribier, tom I, p. 589.*

Año 1547. de la Suavia, viéndose abandonadas de sus primeros aliados, solo se vieron seguras rindiéndose á discrecion al emperador; Strasburgo y Francfort sobre el Mein, si bien que lejanas del riesgo, no por esto manifestaron mayor valor. De esta suerte aquella liga, cuyas fuerzas amenazaban con mover hasta el mismo trono imperial, fue dispersada y aniquilada en pocas semanas; casi ninguno de los coligados quedó con las armas en las manos menos el elector y el landgrave, á los que el emperador ni se dió el trabajo de reducir por haber ya desde un principio determinado sacrificarlos á su venganza; empero hasta los mismos que se entregaron no pudieron lograr un perdon generoso y sin condiciones, pues Carlos los trató con orgullo y sin miramiento, abusando de su autoridad; por cuyo motivo todos los principes y comisionados de las ciudades se vieron precisados á pedir su perdon en la abatida postura de suplicante: como accetaba con la mayor precipitacion dinero, les impuso crecidas multas, las que cobró sin hacer rebaja alguna. El duque de Wittemberg por sí solo pagó trescientos mil escudos; la ciudad de Aushurgo, ciento cincuenta mil; Ulm, cien mil; Francfort, ochenta mil; Memmingen, cincuenta mil, y los demas estados proporcionadamente á su riqueza y á la grandeza de su delito; ademas vieron-se forzados á renunciar á la liga de Smalkalde, á auxiliar, si se les pedia, para desterrar del imperio al elector y al landgrave, á entregar al emperador toda su artilleria y municiones, á admitir guarniciones en sus principales ciudades y fortalezas, y les fue necesario en tal estado de subordinacion y desarme esperar la última sentencia que se habia reservado el em-

Carlos les impone condiciones rigurosas.

perador para dictarla al finir la guerra (1). Pero al prescribirles así las leyes según su voluntad, este monarca fue siempre harto hábil de no manifestar nada contrario á la religion, y los coligados olvidando con sus temores el celo de que hasta entonces habian estado animados, no trataron sino de su tranquilidad particular sin osar tratar de ningun artículo respecto al que Carlos les hacia callar dándoles de ello el ejemplo. Los habitantes de Memmingen fueron unicamente los que aventuraron unos débiles esfuerzos para lograr la promesa de ser protegidos para ejercer la religion reformada, pero los ministros del emperador recibieron su demanda de una manera que luego les precisó á retractarse de ella.

Año 1547.

El elector de Colonia, que con permiso de Carlos habia quedado en posesion de su arzobispado sin embargo de la sentencia proferida contra él por el papa, intimidó entonces el mismo Carlos que se sometiese á las censuras de la iglesia; empero este virtuoso y desinteresado prelado renunció voluntariamente á su dignidad temiendo que cayesen sobre sus vasallos las desgracias de la guerra, y así prefirió por su espíritu de moderacion adecuada á su edad y ministerio, disfrutar de la verdad y ejercicio de sus dogmas en la soledad de una vida particular, que perturbar la sociedad esponiéndose á la incierta suerte de los combates por conservar sus dignidades (2).

Enero 25.

A pesar de todo presentóse el elector á las fronteras de sus dominios, y como Mauricio no pudo reunir suficientes tropas para hacerle frente, recobró inmedia-

El elector vuelve á Sajonia y recobra sus estados.

(1) Sleid p. 411, etc. Thurot, lib. IV, p. 125. Mém. de Richer, tom. I, p. 606.

(2) Sleid, p. 410. Thuan, lib. IV, p. 128.

Año 1547. tamente su posesion, conquistó de su rival la Misnia, y le despojó de todos sus dominios á escepcion de Dresde y de Leipsick, plazas bastante fuertes para resistir algun tiempo. Obligado Mauricio á huir y encerrarse en su capital, envió un correo tras de otro al emperador para participarle el riesgo que corria y precisarle fuertemente á acudir á su auxilio; pero ocupado entonces Carlos en dictar leyes á los individuos de la confederacion que regresaban uno tras otro á sus obligaciones, juzgó suficiente enviar á Sajonia á Alberto, marques de Brandebourg-Anspach, al frente de tres mil hombres: este general, aunque muy á propósito para semejante expedicion, se dejó atacar descuidado por el elector; quien le mató la mayor parte de sus soldados, dispersó á los restantes y le hizo prisionero á él mismo (1). De esta suerte Mauricio se veia espuesto aun á mayor riesgo; su destruccion casi era inevitable si su adversario se hubiese sabido aprovechar de la coyuntura; empero siempre detenido el elector por su pereza y poca determinacion, ya tuviese solo ó repartido el mando, no dió mas prueba de actividad que la sorpresa de Alberto, y en vez de marchar directamente contra Mauricio, á quien habia aterrorado la destruccion de su refuerzo, cometió la imprudencia de prestar oidos á proposiciones de un ajuste por parte de un falaz enemigo que solo queria ganar tiempo y continuar la guerra.

El emperador se halla imposibilitado de atacar al elector y al landgrave.

El estado de los asuntos del emperador no le permitian en aquel momento marchar al auxilio de su aliado; para ahorrarse de mantener un superfluo número de tropas, habia licenciado al conde de Buren con los flamencos (2) al momento que se dispersó el ejército

(1) D'Avila, 99, 6. *Mém. de Ribier, tom. I, 620.*

(2) D'Avila, 33. *Mém. de Ribier, tom. I, 592.*

de los coligados, juzgando que los españoles y alemanes reunidos á las fuerzas del papa serian suficientes para desbaratar los últimos esfuerzos de los confederados; empero Pablo comenzaba, aunque tarde, á arrepentirse de haberse empeñado en una alianza de la que mas prudentes los venecianos le habian desaconsejado aunque en vano. Los rápidos progresos del ejército imperial y el pronto aniquilamiento de la liga protestante le hizo entrar en recelos: desde aquel punto olvidó toda la utilidad que esperaba de una victoria completa sobre la heregía, y únicamente reparó ya en la falta que habia cometido contribuyendo á estender el poder del emperador hasta el grado de proporcionarle, con la esclavitud y opresion de Alemania, un medio para adquirir el absoluto dominio de toda la Italia. Al momento que conoció su ligereza procuró repararla; y sin dar parte al emperador de sus intenciones mandó á Farnesio, su nieto, que regresase inmediatamente con las tropas de su mando, y recogió la facultad que habia concedido á Carlos de apropiarse en España una gran parte de las haciendas del clero: no faltaban motivos para sincerar esta atropellada desercion, puesto que acababan de terminar los seis meses á que se limitaban las cláusulas de su tratado con el emperador, y ademas el objeto de aquella alianza era la destruccion de la liga y esta estaba ya del todo disuelta. Por otra parte Carlos en todos sus convenios con las ciudades y príncipes que se le sometian, nunca habia pedido el parecer del papa ni pensado siquiera en designarle parte alguna de las conquistas ni de las cuantiosas contribuciones que habia cobrado; finalmente nada habia hecho para la estirpacion de la heregía ó para el restablecimiento del culto católico, únicos objetos que

Año 1547. se había propuesto el papa al cederle los tesoros eclesiásticos. Estos motivos, por verdaderos que fuesen, no alucinaron al emperador acerca la verdadera causal de la conducta del papa; pero como la orden dada para el regreso de las tropas de Italia era tan imperativa como inopinada, no le fue posible detenerlas. Ponderó Carlos infinito la mala fe del papa que le abandonaba sin motivo en el instante mismo de acabar una guerra emprendida á sus ruegos, y que si su éxito era propicio debía atraer tanta gloria y beneficios á la iglesia; unió á estas quejas las amenazas é instancias, pero no por eso dejó Pablo de manifestarse mas resuelto, sus soldados prosiguieron su camino hácia los dominios eclesiásticos, y aquel publicó un manifiesto escrito con artificio para su apología, en el que se observaba aun mas manifestamente cuán separado estaba del emperador, y cuántos temores le causaba su engrandecimiento (1). Carlos, cuyo ejército había ya recibido grandes bajas por las guarniciones que por precaucion había colocado en las ciudades sometidas, viéndole aun mas disminuido con la desercion de los italianos, creyó necesario reforzarse con nuevas levadas antes de aventurarse personalmente á dirigirse á Sajonia.

Conspiracion en Génova para alterar su gobierno.

La noticia y brillo de los triunfos de Carlos le hubieran sin duda atraído muchos soldados de todas las regiones que acababan de someterse á su autoridad para ponerle en estado de ponerse en marcha contra el elector; pero le detuvo una conspiracion que estalló súbitamente en Génova; las grandes revoluciones que al parecer presagiaba este suceso, envuelto con la capa del misterio, le precisaron á indagar su origen y

(1) Fra Paolo, 203. Pallavicin *part II*, p. 5. T. II. 126.

Año 1547.

penetrar su objeto antes de empezar nuevas operaciones en Alemania. Aunque la especie de gobierno dada á los genoveses en la época que Andres Doria recobró la libertad de su patria fuera buena para cechar en olvido las primeras disensiones, y que se hubiese recibido con unánime aprobacion, á pesar de todo no pudo satisfacer la inquietud de algunos turbulentos y sediciosos republicanos, despues de veinte años de esperiencia; hallándose entouces el gobierno de los asuntos ceñido á un cierto número de familias nobles, envidiáronles las otras esta prerogativa, y desearon recobrar el gobierno popular al que se habian ya acostumbrado. El mismo respeto que infundia el virtuoso desinterés de Doria y la admiracion á su saber no impedian que tuviese envidiosos por el ascendiente que habia adquirido en todos los asuntos de la república; á pesar de esto, su edad, moderacion y amor á la libertad debian asegurar á todos sus compatriotas de que jamas abusaría de su poder, y que no aventuraria manchar sus últimos dias derribando aquel edificio que habia sido el trabajo y gloria de toda su vida; empero preveian los genoveses que aquel poder é influjo, siempre puros en sus manos, finirian con facilidad en fatales á la nacion si se apoderaba de ellas algun ciudadano que tuviese mas ambicion que virtud, y en efecto un hombre habia ya formado este proyecto, y con esperanzas de alcanzarlo; Juanito Doria, á quien su tio abuelo Andres habia hecho heredero de sus bienes, esperaba serlo tambien al propio tiempo de su autoridad. Su altivo, insolente y bárbaro carácter, que con dificultad se hubiera podido tolerar en el heredero de un trono absoluto, era todavia mas odioso en el ciudadano de una república; y ya los mas re-

Objeto de
los malconten-
tos.

Año 1547. celosos de los genoveses le temian y aborrecian como al enemigo de aquella libertad que debian á su tío; á pesar de todo el mismo Andrés, obcecado con aquella interna é involuntaria inclinacion con que los ancianos miran á los mas jóvenes vástagos de su familia, no ponía coto á su indulgencia para él, y parecia ocuparse menos en asegurar y perpetuar la dicha del estado que en ayudar á la elevacion de aquel indigno sobrino.

Fieschi, conde de Lavagne, es la cabeza de la conjuracion.

Empero aunque sospechasen los deseos de Doria y se criticase el actual sistema de gobierno, todas estas causas probablemente no habrian producido mas que quejas y murmuraciones, si Juan Luis de Fieschi, conde de Lavagne, que acechaba los progresos del descontento para aprovecharse de él, no hubiera ideado una de las empresas mas osadas de que hace mencion la historia. Este jóven patricio, el mas rico y noble de los vasallos de la república, poseía en el mayor grado todas las propiedades que cautivan los ánimos, infunden respeto y se adquieren la estimacion: la gracia y nobleza se manifestaban en su persona; liberal hasta ser pródigo, su generosidad se anticipaba á las voluntades de sus amigos y escedía á la espectacion de los estraños; unía á unos modales afables y á una amabilidad sin afectacion, una astucia fina. Empero bajo la máscara de estas interesantes prendas encubria todos los requisitos que pueden poner al hombre á la cabeza de las mas peligrosas tramas: era una desmedida y turbulenta ambicion, un ánimo superior á todo miedo, un talento enemigo por naturaleza de toda subordinacion; semejante carácter no podia avenirse con el estado de dependencia en que le habia colocado la fortuna. Fieschi, émulo del poder que él

anciano Doria se habia vinculado, no podia mirar sin enojo en que aquel pararia algun dia en manos de Juanito como á una herencia, y estas diferentes pasiones conmovian con tanta fuerza á este hombre revoltoso y atrevido, que resolvió derribar un gobierno al que su vanidad no podia subyugarse.

Para mejor alcanzarlo juzgó al principio deber aliarse con Francisco I, y hasta lo propuso al embajador de aquel monarca en la corte de Roma; su deseo era, luego de haber espelido á Doria y al partido imperial con tan poderosa ayuda, restituir despues á la república bajo la proteccion de la Francia, prometiéndose lograr el primer asiento en la direccion del gobierno en remuneracion de aquel servicio; pero habiendo manifestado su proyecto á algunos de sus intimos confidentes, Verrina, el principal de ellos, sugeto á quien su arruinada hacienda le hacia capaz de idear y poner en planta los mas osados proyectos, le representó con viveza la locura de esponerse á un gran peligro de que otro cogeria el provecho; animóle para asegurarse para sí mismo el mando de su patria, al cual su noble nacimiento, el voto de sus compatriotas y la adhesion de sus amigos podian con facilidad elevarle. Este lenguaje presentó al ardoroso genio de Fieschi tan hermosa perspectiva, que adoptó el plan de Verrina, abandonando inmediatamente el suyo, y cuantos se hallaban presentes, aunque persuadidos del riesgo del proyecto, no osaron oponerse á lo que una vez habia adoptado su protector con tanto ardor. Al momento esta negra conspiracion formó la idea de asesinar á entrambos Dorias y á sus principales partidarios, alterar el sistema de gobierno de Génova y colocar en la silla ducal á Fieschi. Con todo necesitábase cierto tiempo para

Año 1547.

Manejos y
preparativos
de los confede-
rados.

Año 1547. poner en práctica esta idea, y Fieschi tomaba todas las precauciones necesarias para tenerlo oculto y no causar ninguna sospecha mientras se estaban haciendo los mas necesarios preparativos, y el papel que fingió era en realidad insondable; manifestó abandonarse enteramente á los deleites y disipaciones; los placeres y diversiones de su edad y de su clase al parecer ocupaban todo su tiempo y pensamientos, pero en medio de este bullicio iba continuando su proyecto con la mayor madurez, sin mezclar en él ni la lentitud del temor ni la precipitacion de la impaciencia. Continuó su correspondencia con el embajador de Francia en Roma con el objeto de contar con el apoyo de su rey si en lo sucesivo necesitaba auxilios, pero tuvo la sagacidad de ocultarle sus verdaderas intenciones. Alióse secretamente con Farnesio, duque de Parma, quien siempre enojado contra el emperador por haberle negado el tomar la posesion de aquel ducado, estaba preparado á vengarse de él en la persona de los Dorias, entregados del todo á aquel soberano cuyo influjo en Italia pretendia menguar. Sabiendo Fieschi que lo mas interesante en unas posesiones marítimas era apoderarse de las fuerzas navales, pidió cuatro galeras al papa, quien probablemente sabia la conspiracion y no la desaprobaba, y bajo el motivo de armar una de ellas para cruzar contra los turcos, alistó un crecido número de sus propios súbditos y una gran cantidad de osados aventureros á quienes la paz convenida entre el emperador y Soliman dejaba sin empleo y sin sustento.

Mientras que Fieschi estaba ocupado en estos interesantes preparativos, demostraba siempre no cuidarse mas que de los placeres; constante en cortejar á los dos Dorias, supo engañar no solo la ingenuidad del tío, si que tam-

bien la astucia del sobrino, á quien sus mismas intrigas ponian mas en estado de desconfiar de las de los demas. Todo estaba dispuesto, únicamente faltaba descargar el golpe; tuvo Fieschi varias sesiones con los conjurados acerca el modo de asegurar mejor el éxito de la conspiracion. Propúsose primero asesinar á los **Dorias** y á sus mas adictos partidarios en la celebracion del oficio en la catedral; pero como no iba á ella **Andres** á causa de su avanzada edad, tuvo que variarse el plan; convinose despues que Fieschi convidaria á su casa al tío y sobrino con todos sus amigos ya destinados, y que seria fácil deshacerse de ellos sin hallar resistencia; empero como **Juanito** se vió obligado á salir de la ciudad el mismo dia que habian elegido, fue necesario variar de nuevo las disposiciones: finalmente viendo que con la mañã no podian ejecutarlo, resolvieron verificarlo á viva fuerza, para cuyo efecto señalaron la noche del 2 al 5 de enero. La ocasion era propicia; el dogo del año antecedente debia segun uso dejar su destino el primero de aquel mes, y no podia elegirse su sucesor hasta despues del 4. Fieschi podia con mayor facilidad apoderarse de aquel empleo vacante, quedando la república durante este intermedio en una especie de anarquía.

Empleó la mañana del dia prefijado para la irrupcion en visitar á sus amigos, y manifestó por do quier la misma alegría y presencia de ánimo que acostumbraba; por la noche hizo su corte á los **Dorias** siempre con el mismo aire de adhesion y respeto, pero acechando su semblante con la suspicacia necesaria en tan crítico momento, fue bastante feliz para hallarlos en una entera tranquilidad y sin ningun recelo de la tormenta que se formaba desde mucho tiempo, y que iba á descargar sobre sus personas.

Se reunen
para ejecutar
su proyecto.

Año 1547.

Corrió de aquel palacio al suyo que estaba aislado en medio de una gran plaza y rodeado de altas paredes; desde por la mañana se habian abierto las puertas y habia sido lícito á todo el mundo, sin distincion de personas, su entrada en él; empero se habian apostado guardias para impedir la salida. A pesar de esto Verriña y el pequeño número de confidentes en la conjuración habian conducido en pelotones al palacio á los vasallos de Fieschi, y á los soldados de sus galeras los esparcieron sin rumor por toda la ciudad. Invitaron despues á nombre de su dueño á una comida á los principales ciudadanos que estaban malcontentos del gobierno de los Dorias, y que manifestaban con los deseos de una variacion violenta el valor de cooperar á ella. Los mas de los que ocupaban el palacio no sabian para qué se les habia reunido en él y los demas aturridos de ver en vez de los preparativos de un banquete, un patio lleno de hombres armados y aposentos llenos de instrumentos bélicos, se miraban unos á otros con muestras de curiosidad mezcladas de impaciencia y temor.

Fieschi los predispone con sus discursos.

En medio de aquella incertidumbre en que nadaban los corazones se manifestó Fieschi con un aire de alegría y confianza; dirigió la palabra á los sujetos mas distinguidos y les dijo que no los habia convocado para los placeres de un banquete, sino para repartirse la gloria de una heroica accion cuyo fruto seria la libertad seguida de una gloria inmortal. Púsoles á la vista al propio tiempo el gobierno tan excesivo como intolerable del viejo Doria, el cual tendia todos los dias á aumentarse y perpetuarse por la ambicion de Juanito y el manifesto favor del emperador por una familia mucho mas adicta á aquel extranjero monarca que á su patria; pero á vuestra

disposicion está, añadió, disolver este tiránico gobierno; asesinemos á los tiranos; he tomado mis medidas, mis compañeros son muchos, y en caso de necesidad puedo contar con aliados y protectores; todo lo tengo previsto y nuestros tiranos descansan con seguridad. Un altivo desprecio de sus conciudadanos ha desterrado de su corazon la desconfianza y timidez que por lo comun hacen avisados á los delincuentes y les pone siempre sobre sí contra la venganza que han provocado. Sentirán el golpe antes que perciban el brazo levantado contra ellos; vamos á librar á nuestra patria con un generoso esfuerzo al cual no sigue casi ningun riesgo. Semejante discurso pronunciado con aquel enérgico entusiasmo que da valor al corazon cuando está animado por grandes objetos, causó en la reunion la mas fuerte conmocion. Los súbditos de Fieschi, siempre dispuestos á marchar bajo sus órdenes, le contestaron con un murmullo de aprobacion; muchos sugetos cuyas haciendas estaban arruinadas entrevieron la esperanza de recobrarlas con el libertinage y tumulto de una revolucion, empero aquellos á quienes su clase ó virtud ponian sobre los demas, osaron manifestar la sorpresa y horror que les causaba una accion tan atroz, y cada uno de ellos temiendo que su vecino estuviese en el secreto de la conspiracion solo veia á su alrededor hombres preparados, á la menor señal de su gefe, á arrojarse á los mayores excesos; por lo que todos aplaudieron ó á lo menos fingieron aplaudir.

Al momento que Fieschi hubo dispuesto é infundido valor de esta suerte á sus cómplices, voló antes de darles sus últimas órdenes al aposento de su muger. Esta señora, de la noble familia de Cibo, habia encendido en su esposo la mas ardiente pasion,

Su confidencia verbal con su muger.

Año 1547. y su virtud la hacia tan digna de ella como su hermosura; el rumor de los hombres armados de que estaba lleno el patio del palacio habiendo llegado á sus oídos, conoció que se tramaba alguna disposicion arriesgada, y tembló por los días de su esposo; hállala sumergida en el terror y consternacion, apresuráse en manifestarla un proyecto que no podia ya ocultar. La proximidad de tantos horrores y riesgos acaba de conmoverla, vaticina el desgraciado éxito de aquella intencion, y se esfuerza con su llanto, súplicas y desesperacion á apartar de él á su marido; y este despues de haber intentado aunque en vano tranquilizarla é infundirla sus propias esperanzas, cortó inmediatamente una visita á que imprudentemente le habia arrastrado un exceso de amor, pero que no fue bastante para hacerle variar su resolucion y « adios, le dijo al salir, ó no me veras ya mas ó mañana todo Génova se postrará ante tí.»

Los conjurados atacan la ciudad.

Al momento que se reunió á sus compañeros dió á cada uno de sus respectivas órdenes; los unos debian apoderarse á viva fuerza de todas las puertas de la ciudad y otros de las principales calles ó fortalezas, y Fieschi se encargó del ataque del puerto donde se hallaban las galeras de Doria, como del mas interesante y arriesgado punto. Era entonces media noche y los habitantes reposaban tranquilos, cuando aquella numerosa reunion de conspiradores, completamente armados, empezó su movimiento para ejecutar el proyecto. Apoderáronse sin resistencia de algunas puertas y forzaron las demas despues de un reñido combate con las guardias; Verrina empleó una de las galeras que estaban destinadas contra los turcos en bloquear la entrada de la Dársena ó del pequeño puerto que guarecia la armada

de Doria; y esta precaucion quitando á los moradores todo medio de fuga, probó Fieschi subir á las galeras de la república por la parte que estaban amarradas y no estaban en estado de resistir. La turbacion y tumulto se esparcieron pronto por la ciudad, en cuyas calles se oian incesantemente los gritos de *Fieschi y libertad*. A este nombre tan querido se armó el populacho y se reunió á los conspiradores; los nobles y partidarios de la aristocracia, embargados de susto y temor, cerraron las puertas de sus casas y solo procuraron salvarse del pillage. La nueva de este desorden. Llegó por último al palacio de Doria; salta Juanito inmediatamente de la cama, y creyéndose seria únicamente una sublevacion de los marineros, sale con algunos sugetos y se dirige al puerto; y como debía pasar por la puerta de Santo Tomas, de la que se habian apoderado los conjurados, estos se precipitaron con furia sobre él y le cosieron á puñaladas en el mismo momento que se presentó: el anciano Doria hubiera sin duda sufrido la misma suerte si Gerónimo de Fieschi hubiese atacado repentinamente el palacio conforme al proyecto de su hermano el conde de Lavagne, pero aquel prohibió á sus servidores que pasasen adelante temiendo que el saqueo quitaria á su avaricia un rico botin, y al saber Andres la muerte de su sobrino y del riesgo que él mismo corria, montó con precipitacion á caballo, y con la fuga se escondió de sus enemigos. A pesar de todo muchos senadores se determinaron á reunirse en el palacio de la república (1); hasta algunos se atrevieron al principio á reunir algunos soldados dispersos y atacar algun grupo de sediciosos; pero vién-

(1) *Il palazzo della Signoria.*

Año 1547. dose rechazados con pérdida, tomaron la decision de entrar en tratados con una faccion á la que no podian resistir, á cuyo fin se enviaron comisionados á Fieschi para indagar sus pretensiones, ó mejor, para someterse á todo cuanto le gustase mandar.

Causa del mal éxito de esta empresa.

Empero este caudillo de los sublevados no existia ya: en el mismo momento en que estaba dispuesto á volverse á reunir con sus compañeros vencedores, despues de haberse apoderado de la escuadra oyóse un extraño ruido á bordo de la galera almiranta, por lo que temiendo con sobresalto que los forzados rompiesen las cadenas para acabar con sus partidarios, acudió allí; pero la tabla por la que pasaba precipitadamente de la playa al navío habiéndose volcado, cayó al mar; el peso de su armadura le echó al hondo y pereció en el mismo instante en que iba á disfrutar del feliz logro de su empresa. Verrina fue quien primero tuvo conocimiento de esta fatal desgracia; previó al momento todas las consecuencias de este lance y lo avisó á un corto número de conjurados, á quienes no era difícil tener oculto este secreto en medio de las tinieblas y oscuridad de la noche hasta que un convenio con los senadores hubiese puesto á la ciudad en su poder; pero desvaneciéronse pronto todas sus esperanzas por la imprudencia de Gerónimo de Fieschi. Los comisionados del senado, encargados de sus proposiciones, como le preguntasen adónde estaba el conde de Lavagne, les contestó con un orgullo pueril: «Yo lo soy ahora, y conmigo es con quien debeis tratar;» y estas pocas palabras ilustrando á un mismo tiempo á sus amigos y enemigos, hizo en entrambos partidos la impresion que era de esperar. Animados los diputados con este acontecimiento, el único que pudiera cambiar en su be-

neficio la revolucion, cambiaron de tono con un animo varonil y enérgico, y convinieron en sus proposiciones á favor de las circunstancias. Empero mientras ellos procuraban diferir la negociacion, los demas magistrados se ocuparon en reunir sus partidarios para formar de ellos una division capaz de defender el palacio del senado. Por otra parte atemorizados los conjurados por la pérdida de un hombre que idolatraban y en quien fundaban sus mayores esperanzas, no teniendo confianza en Gerónimo, que únicamente poseia el atolondramiento y presuncion de la mocedad, perdieron el valor y soltaron las armas de la mano. De esta suerte el profundo y maravilloso secreto que hasta entonces contribuyó al buen éxito de la conjuracion fue el principal motivo que la frustró; pereció su gefe, y la mayor parte de los que hacia obrar no conocian ni á los confidentes de sus deseos ni el objeto que deseaba; ninguno de ellos se hallaba dotado de bastante autoridad y talentos para ocupar el lugar de Fieschi y completar su obra, y aquel cuerpo privado del espíritu que le animaba quedó inerte y sin vida. Muchos de los conjurados se retiraron á sus casas esperando que la oscuridad de la noche encubriese con su persona su delito; otros buscaron su salvacion en una pronta fuga; finalmente antes que amaneciese se fugaron todos precipitadamente de una ciudad que pocas horas antes estaba dispuesta á recibirlos como á dueños.

Toda Génova quedó tranquilizada á la mañana siguiente, sin verse en ella un solo enemigo y ni apenas se reparó ninguna huella del desorden de la noche; pues esta conjuracion habia causado mas ruido que sangre, porque la sorpresa habia favorecido mas á

Restablecese
el sosiego en
Génova.

Año 1547. los conjurados que la fuerza: Andrés Doria regresó por la noche á la ciudad entre las festivas aclamaciones de los genoveses que acudieron á su encuentro, y aunque estuviese todavía turbado por el riesgo de la noche antecedente, aunque tuviese á la vista el ensangrentado cuerpo de su sobrino, fue tal su moderacion y grandeza de alma que el decreto dado por el senado contra los conjurados no pasó los límites de la justa severidad que exigia el apoyo del gobierno, y que nada dictó el espíritu de partido ni el rencor de la venganza (1).

Temores del
emperador por
esta conjura-
cion.

Así que fueron tomadas las mas acertadas precauciones para impedir que volviese á encenderse un fuego tan dichosamente estinguido, el primer cuidado del senado consistió en enviar un embajador á Carlos con el encargo de noticiarle los pormenores de este suceso y pedirle socorro para atacar á Montobbio, respetable fortaleza de la familia de los Fieschi, donde se habia encerrado Gerónimo, y el emperador se asustó y maravilló á un tiempo por una empresa tan extraordinaria. No podia creer que por mas ambicioso que fuese el conde de Lavagne y temerario, se hubiese atrevido á aventurarse sin las instigaciones ó auxilio de alguna potencia estrangera, y al momento que supo que el duque

(1) Thuau, 93. Sigonius, *Vita Andrea Doria*, 1196. *La conjuration du comte de Fiesque*, por el cardenal de Retz, Adriani, *Istoria*, lib. VI, 369. Folletta, *Conjuratione Jov. Lud. Fieschi*, ap. *Grey. Thes. Ital.* 1, 883.

Cosa digna de advertir es que el cardenal de Retz, que á los diez y ocho años de edad habia ya escrito la historia de esta conjuracion, manifiesta en ella tanta admiracion por Fieschi que no maravilla que un ministro tan astuto y despótico como Richelieu haya profetizado al leer dicha obra que aquel jóven eclesiástico tendria un genio turbulento y peligroso. *Mém. de Retz*, t. 1, p. 13.

de Parma sabia el plan de la conspiracion, supuso que el papa sabia un proyecto que favorecia á su hijo, y esta conjetura le llevó á otra mas remota pero que la conducta política de Pablo hacia probable, á saber, que este pontifice estaba ya convenido con el rey de Francia para aprovechar los resultados de esta conspiracion. Desde entonces temió Carlos que aquel fuego volviera á propagar el incendio que tantos estragos habia causado en Italia, y como la guerra de Alemania le habia hecho retirar sus tropas de los dominios ultramontanos, y que no le era dado evitar una invasion, á lo menos se requeria que se encontrase en estado de llevar allá sus mayores fuerzas al primer anuncio de peligro. Hubiera pues cometido una imprudencia en esta ocasion si hubiese marchado en persona contra el elector sin estar cierto de que no se preparaba en Italia una revolucion que le impidiese sostener la campaña en Sajonia con bastantes fuerzas.

Suspende sus operaciones en Alemania.

CARLOS QUINTO.

IV.

*Esta traduccion es propiedad del infrascrito. Todos los
ejemplares irán señalados y firmados por el mismo.
Los que no tengan este requisito se tendrán por con-
trahechos.*

J. Oliveres.

IMPRESA DE J. OLIVERES Y GAVARRO.
CALLE DE ESCOBELLERS, N. 67



FRANCISCO I.

Rey de Francia.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS QUINTO,

PRECEDIDA

DE UNA DESCRIPCION DE LOS PROGRESOS DE LA SOCIEDAD
EN EUROPA, DESDE LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO
HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

POR

W. ROBERTSON.

NEVA TRADUCCION HECHA CON TODO ESmero Y EXACTITUD

*Por D. José María Gutierrez
de la Peña.*

EDICION ADEORNADA CON LÁMINAS.

TOMO IV.

BARCELONA,

LIBRERIA DE J. OLIVERES Y GAVARRO.
CALLE DE ESCOCELLERS, N. 67.

1859.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO NOVENO.

No se fundaba en imaginarias y frívolas sospechas el temor que inspiraban al emperador las disposiciones de guerra del papa y del rey de Francia; Pablo habíale ya dado pruebas inequívocas de su emulación y de su ódio, y bien podía pensar Carlos que sus victorias contra los protestantes confederados no dejarían de hacer renacer en el corazón de Francisco la antigua enemistad que por tanto tiempo les trajera divididos. Los sucesos justificaron estas conjeturas. Francisco vió con pesar los rápidos progresos de las armas imperiales, á las que no pudo hasta entonces oponerse; impedido por las circunstancias ya mencionadas; pero conoció en fin que, si no hacía algún extraordinario esfuerzo, adquiriría su rival tanta pujanza, que le pondría en estado de dictar la ley al resto de la Europa. A consecuencia de esta idea, que no dimanaba solamente de los zelos de la rivalidad, sino que era la de los mas hábiles

Año 1547.
El poder y victorias del emperador ponen zeloso á Francisco.

Año 1547. políticos de aquel siglo, buscó diferentes medios para atajar el curso de las victorias del emperador y para formar poco á poco una liga capaz de detenerle en su carrera.

Entabla negociaciones con los protestantes.

A este fin, encargó Francisco á sus emisarios en Alemania que pusiesen todo su conato en reanimar el valor de los confederados, y en impedir que se sometiesen al emperador. Al paso que ofreció grandes socorros, entabló una seguida correspondencia con el elector y el landgrave, que eran los dos príncipes mas celosos y fuertes de todo el cuerpo; y alegó todas las razones y ventajas que podian confirmarlos en el temor que los proyectos del emperador les infundian, ó determinarlos á no imitar la crédulidad de sus asociados, entregando á la discrecion de Carlos su religion y su libertad.

Con Soliman.

Mientras echaba mano de este arbitrio para prolongar la guerra civil que dividia á la Alemania, procuraba por otra parte suscitar contra el emperador enemigos estrangeros. Solicitó á Soliman á que se valiese de esta favorable ocasion para invadir la Hungría, privada entoncés de todas las tropas que hubiesen podido defenderla, pues habian sido llamadas para reunir un ejército contra los confederados de Smalkalde; y al mismo tiempo exortó al papa á que aprovechase semejante coyuntura para reparar por medio de un vigoroso esfuerzo la falta que cometiera al contribuir á la elevacion del emperador á tan formidable grado de pujanza. Pablo, que comprendia á fondo la gravedad de esa falta y cuyas consecuencias temia, acogió con placer semejantes declaraciones, y Francisco se apoyó en las favorables disposiciones del papa para decidir á los venecianos. Procuró persuadirles de que el único medio de libertar á la Italia y á la misma Europa de

Con el papa y con los venecianos.

la opresion y servidumbre, era unirse al papa y á él para formar una confederacion general, que llevaria por objeto abatir el poder de un príncipe ambicioso á quien todos debian temer con iguales motivos.

Año 1547.

Entabladas estas negociaciones con los gabinetes del mediodía de la Europa, dirigió sus miras á los del norte. Teniendo el rey de Dinamarca razones particulares para estar quejoso del emperador, no dudó Francisco que aquel príncipe aprobaria la proyectada liga; y para oponer un contrapeso á todas las consideraciones dictadas por la prudencia que tal vez le estorbasen el unirse á ella, ofrecióse á su hijo la mano de la jóven reina de Escocia (1). Por otra parte, como los ministros que en nombre de Eduardo VI gobernaban á la Inglaterra abiertamente se declararan á favor de las opiniones de los reformistas, desde que con la muerte de Enrique pudieron arrojar la máscara con que les forzara á cubrirse su desapiadado fanatismo, lisonjeóse de que su celo no les permitiria permanecer tranquilos espectadores de la ruina total de los que profesaban la misma religion que ellos; y esperó que, á pesar de los movimientos de faccion que lleva consigo una menor edad, y á pesar de la apariencia de un cercano rompimiento con la Escocia, determinaria á los ministros ingleses á tomar parte en la causa comun (2).

Con los reyes de Dinamarca y de Inglaterra.

Mientras recurria á estos medios, y se esforzaba con tan extraordinaria actividad en escitar los zelos de los diferentes estados de la Europa contra su rival, no descuidaba ninguno de los que estaban en su mano. Levantó tropas en todo su reino; le proveyó de municiones de guerra; trató con los cantones suizos para tener

(1) *Mém. de Bibier*, tom. 1, p. 600, 606.

(2) *Mém. de Bibier*, tom. 1, p. 635.

Año 1547. un numeroso cuerpo de soldados ; estableció un orden admirable en su hacienda ; remitió al elector y al landgrave sumas considerables ; finalmente tomó todas las medidas necesarias para hallarse pronto á romper las hostilidades luego que le pareciesen favorables las circunstancias (1).

Temores del emperador. No podian mantenerse ocultas al emperador operaciones tan complicadas que exigian el concurso de tantos instrumentos diversos ; y pronto supo las intrigas de Francisco en los varios gabinetes , y sus preparativos interiores. Convencido de que una guerra estrangera echaria á perder la ejecucion de sus proyectos en Alemania , la idea de semejante acontecimiento le hizo temblar. Sin embargo el peligro le parecia tan inevitable cuanto era temible , pues conocia la insaciable pero previsora ambicion de Soliman , y sabia que este hábil sultan siempre escogia el momento de principiar sus operaciones militares con una prudencia igual al valor con que las dirigia. No le faltaban motivos para creer que el papa no dejaria de hallar pretextos para justificar un rompimiento , y ningun escrúpulo tendria en empezar las hostilidades. Efectivamente , al demostrar Pablo una alegría no muy decorosa é impropia de la cabeza de la iglesia cuando recibió la noticia de la victoria que el elector de Sajonia alcanzara contra Alberto de Brandeburgo , habia dejado traslucir cuáles eran sus sentimientos ; y creyéndose entonces seguro de encontrar en el rey de Francia un aliado bastante poderoso para apoyarle , ni siquiera se dió la pena de ocultar la violencia y estension de su ódio (2). Sabia ademas Carlos que tiempo hacia que los venecianos miraban el acrecentamiento de su poder con cierta inquietud

(1) *Mem de Ribier, tom. I, p. 595.*

(2) *Mem de Ribier, tom. I, p. 637.*

Año 1547.

que añadía nueva fuerza á las solicitudes y promesas de la Francia; y temia que, á pesar de la lentitud y circunspeccion con que ordinariamente procedian en sus resoluciones, al fin tomarian aquellos republicanos un partido decisivo. Erale evidente que dinamarqueses é ingleses tenian tambien sus razones particulares de estar descontentos, y muy poderosos motivos para coaliarse contra él; pero sobre todo temia la activa envidia del mismo Francisco, á quien miraba como el alma y el móvil de la confederacion. Y como este monarca habia dispensado su proteccion á Verrina, que se embarcara para Marsella en el mismo momento en que se descubrió la conspiracion de Fieschi, á cada instante esperaba Carlos ver principiar en Italia hostilidades de las cuales no era en su concepto mas que un preludio la rebelion de Génova.

En semejante estado de inquietud y perplejidad, vislumbraba sin embargo una circunstancia que le dejaba alguna esperanza de evitar el riesgo que le amenazaba. Comenzaba á descaecer la salud del rey de Francia, cuya complexion iba sordamente destruyendo una enfermedad, fruto de la intemperancia y del inmoderado abuso de los placeres. Los preparativos de guerra y las negociaciones entabladas con varias cortes caian en la languidez, como el espíritu del monarca que era su móvil. Entre tanto, los genoveses rindieron Montobbio, hicieron prisionero á Gerónimo de Fieschi, y condenándole á muerte junto con sus principales cómplices, extinguieron los restos de la conspiracion. Desesperando muchas ciudades imperiales de Alemania de recibir á tiempo socorro de la Francia, sometieron al emperador, y hasta el landgrave pareció dispuesto á abandonar al elector y á entrar en com-

Esperanza que Carlos concibe por el descaecimiento de la salud del rey.

Marzo.

Año 1517. posición bajo las condiciones que pudiese obtener. Por su parte esperaba Carlos con impaciencia el fin de una enfermedad que debía decidir si tendría que desistir de todos sus demás proyectos para prepararse á combatir contra una confederacion de la mayor parte de los príncipes de la Europa, ó si debería seguir el plan que formara de entrar en Sajonia, sin que le detuviese ninguna consideracion ni le intimidase peligro alguno.

Muerte de Francisco; reflexiones acerca de su carácter y de su rivalidad con Carlos.

No se desmintió en esta ocasion esa fortuna singular y constante, que ha distinguido á Carlos y á su familia de un modo tan extraordinario, que muchos historiadores la han apellidado *la estrella de la casa de Austria*. El último día de marzo murió en Rambouillet Francisco I, á los cincuenta y tres años de su edad y á los treinta y tres de su reinado. Por espacio de veinte y ocho de estos separóle del emperador una animosidad declarada, que envolvió no solo á sus propios estados, sino aun á la mayor parte de la Europa en guerras sostenidas con encarnizamiento mas violento y durable que ninguna de las que se hicieran en los tiempos pasados. Muchas fueron las circunstancias que á ello contribuyeron: la rivalidad de estos príncipes fundábase en una oposicion de intereses escitada por la envidia personal y enconada por recíprocos insultos. Al mismo tiempo, si uno de los dos al parecer tenia alguna ventaja propia para darle la superioridad, esta misma ventaja hallábase contrabalanceada por alguna circunstancia favorable al otro. Los dominios del emperador eran mas estensos; los del rey de Francia mas unidos. Francisco gobernaba su reino con autoridad absoluta: Carlos solo gozaba de poder limitado, pero suplíalo con su experiencia y saber. Si las tropas del primero eran

mas audaces ó impetuosas, las del segundo mas sufridas y mejor disciplinadas. Diferenciábanse los talentos de ambos monarcas tanto como las respectivas ventajas de que disfrutaban: diferencia que no poco contribuyó á la prolongacion de sus querrelas. Tomaba Francisco una resolucion con celeridad, sosteníala al principio con calor y proseguíala con actividad y osadía; pero carecia de la perseverancia necesaria para vencer las dificultades, y á menudo abandonaba sus proyectos ó aflojaba en su ejecucion, ya por impaciencia, ya por ligereza. Carlos deliberaba con calma y decidíase con lentitud; mas cuando habia resuelto su plan, seguíalo con obstinacion inflexible, y, ni peligros ni obstáculos podian retraerle de llevarlo á cabo. De consiguiente el influjo que sus caractéres ejercieron en sus empresas debió de diferenciar de un modo análogo sus triunfos. Con su impetuosa actividad desconcertó muchas veces Francisco los planes mejor combinados del emperador, quien, siguiendo sus miras con mas sangre fria pero con constancia, detuvo frecuentemente á su rival en su rápida carrera y rechazó sus mas vigorosos esfuerzos. Aquel, al principiar una guerra ó una campaña, caía sobre su enemigo con la violencia de un torrente, arrastrando cuanto á su frente encontraba; este, aguardando para obrar á que empezasen á disminuir las fuerzas de su rival, recobraba al fin cuanto perdiera, y raras veces dejaba de hacer nuevas adquisiciones. Formó el rey de Francia varios proyectos de conquistas, pero por brillantes que hubiesen sido los principios de sus expediciones, pocas acabaron con buen éxito; al paso que el mas feliz coronó muchas empresas del emperador que se miraban como imposibles y desesperadas. Dejábase Francisco fascinar por el esplendor de

Año 1517. un proyecto, y á Carlos solo le sedacia la perspectiva de las ventajas que pudiese acarrearle. Sin embargo todavía no se ha fijado el grado de su mérito y de su reputacion respectiva, ni por medio de un escrupuloso exámen de sus talentos en gobernar, ni por medio de la imparcial consideracion de la grandeza y del éxito de sus intentos; Francisco es uno de esos príncipes cuya fama excede á su genio y á sus acciones, y muchas son las circunstancias, cuyo concurso ha producido esta preferencia. Era tan manifiesta la superioridad que dió á Carlos la victoria de Pavía y que conservó hasta al fin de su reinado, que la mayor parte de los demas estados miraron los esfuerzos de Francisco para debilitar el poder enorme y siempre creciente de su rival, no solo con la ventajosa prevencion que naturalmente inspiran los que con valor sostienen un desigual combate, sino tambien con el favor que merecia el que atacaba un enemigo comun y procuraba reprimir el poder de un soberano tambien formidable para todos los demas. Por otra parte la reputacion de los príncipes, mayormente á los ojos de sus contemporáneos, depende tanto de sus calidades personales como de su talento para el gobierno. Graves y repetidas faltas cometió Francisco, ya en su conducta política, ya en su administracion interior; pero fue humano, benéfico y generoso; tenia dignidad sin orgullo, era afable sin lujería y cortesano sin falsedad; amábanlo y respetábanlo cuantos se acercaban á su persona, y todo hombre de mérito en él encontraba favorable acogida. Fascinados por las calidades del hombre, olvidaron sus vasallos los defectos del monarca; y como admiraban en él al mas cumplido cortesano de su reino, sometieron sin murmurar á unos actos de rigorosa admi-

nistracion, que no hubieran perdonado á un príncipe
menos acusable. Parece sin embargo que semejante ad-
miracion no debiera pasar de momentánea y fenecer
con los cortesanos del monarca; ya debió de desvanecerse
la ilusion que producian sus virtudes privadas, y
la posteridad hubiese de haber juzgado su conducta
pública con su acostumbrada imparcialidad; pero otra
circunstancia ha contrabalanceado este efecto natural,
y el nombre de Francisco ha pasado á la posteridad
lleno de una gloria, á que el tiempo ha dado nuevo
esplendor. Pocos progresos antes de su reinado hicie-
ran en Francia las ciencias y las artes, que apenas em-
pezaban á salvar los límites de la Italia, donde acaba-
ban de renacer y que hasta entonces fuera su única man-
sion. Tomólas bajo su proteccion, y quiso igualar á
Leon X en el ardor y magnificencia con que alentó á
las letras, llamando los sabios á su corte, conversando
familiarmente con ellos, empleándolos en los negocios,
elevándolos á las dignidades y honrándolos con su con-
fianza. Como los literatos se envanecen de verse tratados
con la distincion á que se creen acreedores tanto como
estan dispuestos á querellarse cuando se les niegan las
debidas consideraciones, creyeron que nunca seria de-
masiada la gratitud que profesasen á tan generoso pro-
tector, y á porfia celebraron sus virtudes y sus talen-
tos: elogios que adoptaron, si ya no los aumentaron,
los escritores de los posteriores tiempos. El título de *pa-
dre de las letras*, que dieron á Francisco, ha consagrado
su memoria entre los historiadores, que parece han mi-
rado como cierta impiedad revelar sus debilidades y cen-
surar sus defectos. Asi con menos talento y fortuna que
Carlos, goza Francisco tal vez de mas brillante reputa-
cion; habiéndole acarreado sus prendas personales mas

Año 1547. admiracion y alabanzas que las que ha inspirado el vasto genio y los felices cálculos de un rival mas hábil, pero no tan amable.

Efectos de la muerte de Francisco.

La muerte del rey de Francia cambió notablemente el estado de la Europa. El emperador, que envejeciera en el arte de reinar, solo tenia por rivales, jóvenes monarcas indignos de luchar con el que habia combatido con príncipes tales como Enrique VIII y Francisco I; y disipando esta muerte todas sus inquietudes, gozoso vió que podia comenzar contra el elector de Sajonia las operaciones que habia tenido que suspender. Ademas sabiendo cuán inferior á su padre era en talento Enrique II, que acababa de subir al trono de Francia, previó que mucho tiempo estaria ocupado aquel nuevo monarca en despedir los antiguos ministros, que aborrecia, y en satisfacer los ambiciosos deseos de sus favoritos para que pudiesen inspirar temor ya sus esfuerzos personales, ya alguna confederacion formada por tan inesperto príncipe.

Carlos marcha contra el elector de Sajonia.

13 de abril.

Siendo difícil adivinar cuánto duraria semejante intervalo de seguridad, resolvió Carlos aprovecharlo al punto. Luego que tuvo noticia del fallecimiento de Francisco púsose en camino desde Egra, en las fronteras de Bohemia; pero con la partida de las tropas del papa y la retirada de los flamencos habíase de tal manera disminuido su ejército, que solo pudo reunir diez y seis mil hombres. Con tan escasas fuerzas emprendió una expedicion de cuyo éxito dependia el grado de autoridad que gozaria en adelante en Alemania. Sin embargo componiéndose su corto ejército particularmente de tercios veteranos españoles é italianos, sin aventurar mucho podia confiar en su valor y hasta lisonjearse con la esperanza del triunfo. Aunque el elector habia

puesto en pie un ejército muy superior en número; con todo no podía compararse con el del emperador ni por la experiencia y disciplina de los soldados, ni por la instrucción de los oficiales. Además aquel príncipe ya cometiera una grave falta, que por sí sola hubiera podido ocasionar su ruina, privándole de toda la ventaja que le daba la superioridad numérica. En vez de mantener reunidas sus fuerzas, destacó un cuerpo considerable hacia las fronteras de Bohemia para facilitar su reunión con los malcontentos de aquel reino, y acantonó buena parte de las restantes en diferentes ciudades de la Sajonia, contra las cuales creía que se dirigiesen los primeros ataques del emperador, teniendo la debilidad de presumir que aquellas plazas abiertas y custodiadas por cortas guarniciones podrían sostenerse contra semejante enemigo.

Entró el emperador en Sajonia por la frontera meridional, y atacó Altorf junto al Elster. Pronto se echó de ver cuán insensata era la manobra del elector, pues las tropas que guarnecían aquella ciudad rindieronse sin resistencia, cuyo ejemplo siguieron ó huyeron al acercarse los imperiales las que se habían enviado á las demas plazas situadas entre Altorf y el Elba. No dió Carlos á los sajones tiempo para reponerse del pánico terror que parecia haberles sobrecojido, y avanzó sin perder un instante. En su cuartel general de Meissen fluctuaba el elector en la indecision é incertidumbre que le era natural, y mostrábase tanto mas indeciso cuanto mas urgente se hacia el peligro y mas prontas eran las resoluciones que reclamaba. Unas veces parecia que estaba resuelto á defender las márgenes del Elba y á probar la suerte de una batalla, luego que estuviesen á punto de reunírsele los

Progresos de
sus armas.

Año 1547. destacamentos que llamara ; otras reputando temerario y demasiado peligroso este partido , inclinábase á tomar medidas mas prudentes y á procurar la prolongacion de la guerra , retirándose al pie de las fortificaciones de **Wittemberg** , donde no podrian los imperiales atacarle sin evidente desventaja , mientras allí aguardaria seguro los socorros que debian venirle de **Meklemburgo** , de la **Pomerania** y de las ciudades protestantes del **Báltico**. Sin adoptar decididamente uno ú otro de estos dos planes , rompió el puente de **Meissen** , y marchó siguiendo la orilla oriental del **Elba** hasta **Muhlberg**. Allí deliberó otra vez , y despues de haber vacilado por mucho tiempo , tomó uno de esos partidos medios que agradañ á los espíritus débiles , incapaces de resolucion y de energía. Dejó en **Muhlberg** un destacamento para que se opusiese á los imperiales , si intentasen pasar por aquel parage el río ; y separándose con su ejército á algunas millas , sentó allí su campamento esperando el suceso por el cual proponíase arreglar sus acciones ulteriores.

Pasa el Elba. Entre tanto **Carlos** , que caminaba con rapidez , llegó el **25** de abril por la tarde á las márgenes del **Elba** , frente de **Muhlberg**. En aquel parage tenia el río treinta pasos de ancho y mas de cuatro pies de profundidad ; era rápida su corriente , y la orilla que ocupaban los sajones mas elevada que la en que él se hallaba. Pero no detuvieron al emperador semejantes obstáculos ; reunió sus generales , y sin preguntarles su opinion , comunicóles su resolucion de probar al día siguiente el paso del río y de atacar al enemigo donde quiera que le encontrase. No pudieron todos dejar de espresarle la sorpresa que les causaba tan osado intento ; el duque de **Alba** , y **Mauricio** de **Sajonia**.

aunque naturalmente atrevido y ardiente aquel é impaciente este por acabar con el elector su rival, hicieron vivas objeciones contra semejante partido; pero Carlos, fiándose mas en su propio juicio ó en su fortuna, ningun caso hizo de sus razones y dió las órdenes precisas para la ejecucion de su plan.

Al despuntar el dia un cuerpo de infantería española é italiana se dirigió hácia el rio, y rompió un vivo y bien sostenido fuego contra el enemigo. Mucho estrago hacian en la opuesta orilla los largos y pesados mosquetes que entonces se usaban; muchos soldados imperiales, llevados de ardor guerrero, y queriendo aproximarse mas al enemigo, metiéronse en el rio, é internándose en él hasta llegarles el agua al pecho, tiraban con mejor efecto y con mas certera puntería. Al amparo de este fuego de mosquetería empezóse á establecer un puente de barcas para los infantes; púsose en movimiento la caballería, despues que un paisano prometió que la haria pasar por un vado que conocia; los sajones apostados en Mühlberg quisieran estorbar estas operaciones con el fuego bastante nutrido de una batería que habian levantado; mas, como una espesa niebla cubria las partes bajas de las márgenes del Elba, no podian ajustar la direccion de sus disparos, y asi poco daño causaron á los imperiales. Los sajones, al contrario, sufriendo mucho por el fuego de los españoles é italianos, incendiaron algunas barcas que se habian juntado cerca de la aldea, y prepararon su retirada. Echando de ver los imperiales este intento, al punto desnudáronse diez soldados españoles, y cogiendo con sus dientes sus espadas, echáronse al agua, atravesaron el rio á nado, pusieron en fuga á algunos sajones que quisieron oponérseles, y salvaron de las Ha-

Año 1547. mas tantas barcas como necesitaban para acabar el puente; accion en estremo atrevida y feliz, que añadió nuevo aliento á sus compañeros y lanzó el espanto entre los enemigos.

Al mismo tiempo, tomando cada ginete un infante á la grupa, empezaron todos á meterse en el agua; marchaba á la cabeza la caballería ligera, siguiéndola los hombres de armas que conducia el emperador en persona, montado en un hermoso caballo, vestido en traje magnífico y empuñando una javalina. Interesante y magnífico era el espectáculo que á los compañeros que dejaban en la orilla presentaba aquella numerosa division de caballería moviéndose en medio de un gran rio, en el cual, segun la direccion de su guia, veíanse obligados á hacer diversos rodeos, caminando á veces sobre un terreno sólido, y otras echándose á nado (1). El valor de aquella tropa venció en fin todos los obstáculos, pues nadie osaba manifestar temor, cuando el emperador participaba de los mismos peligros que el último soldado. Asi que puso el pie Carlos en la opuesta orilla, sin aguardar el resto de su infantería, avanzó contra los sajones á la cabeza de las tropas que pasaron el rio con él, las cuales, alentadas por el buen éxito de su tentativa y despreciando á un enemigo que no se atrevió á atacarles cuando podia verificarlo tan ventajosamente, no se amedrentaron en vista de la superioridad numérica, y marcharon al combate como á una segura victoria.

Errado proceder del elector.

Durante todas estas operaciones, que necesariamente debieron de durar mucho espacio, permaneció el elector en su campo sin hacer movimiento alguno, y ni

(1) Avila, 125 A.

Año 1547.

siquiera queria creer que el emperador hubiese pasado el rio y que se hallaba tan cerca (1); ceguedad tan extraordinaria, que los historiadores mejor instruidos la atribuyen á la perfidia de sus generales, que le engañaron con falsos avisos. Cuando en fin le hubieron convencido de su fatal descuido los reunidos testimonios de muchos que lo presenciaron, dió sus órdenes para retirarse hácia Wittemberg; pero un ejército alemán no podía ponerse en movimiento con mucha celeridad, embarazado como de costumbre por sus bagages y artillería; así es que apenas comenzara á ponerse en marcha, descubriéronse las tropas ligeras del enemigo, y el elector vió que no podía evitar una batalla. Dotado de tanto valor en el obrar como de indecision en el resolver, ordenó sus disposiciones para el combate con la mayor presencia de ánimo y mucha prudencia; aprovechóse de un gran bosque para cubrir sus alas de modo que no tuviese que temer verse envuelto por la caballería enemiga, mucho mas numerosa que la suya. Por su parte, el emperador formaba sus tropas en batalla á medida que iban avanzando, y recorriendo las filas á caballo, exortaba á sus soldados con breves pero enérgicas palabras á que hiciesen su deber. Muy distintos eran los sentimientos que animaban á uno y otro ejército. Serenándose de repente el cielo, que hasta entonces estuviera sombrío y cubierto de nubes, produjo esta circunstancia en las dos partes contrarias una impresion análoga á la disposicion de los ánimos. Los sajones, sorprendidos y desalentados, sintieron verse espuestos á las miradas de sus enemigos; los imperiales, seguros de que las tropas

Batalla de
Mulhausen.

(1) Camerar. ap. Frecher. t. III, p. 193. Stuv. Corp. Hist. Germ. 1047, 1049.

Año 1547. protestantes no podían escapárseles, regocijéronse de la reaparición del sol como de un presagio cierto de la victoria. Breve y no dudoso hubiera sido el combate si no hubiese reanimado y sostenido el valor de los sajones la intrepidez personal del elector y la actividad que desplegó desde que la aproximación del enemigo le hizo considerar como inevitable una acción general. Rechazaron al principio la caballería ligera húngara, que rompió el ataque, y recibieron con mucha firmeza á los hombres de armas que en seguida avanzaron á la carga; pero, siendo estos la flor del ejército imperial y combatiendo á la vista y mando del emperador, tuvieron que cejar los sajones; y volviéndose á formar al mismo tiempo las tropas ligeras de los imperiales, pronto se hizo general la derrota. Continuaba aun defendiéndose una pequeña división de soldados escogidos, que el elector mandaba en persona, y procuraba salvar á su soberano retirándose hácia el bosque; pero arrollada por todos lados, el elector herido en el rostro, estenuado de fatiga, y convencido de que era inútil la resistencia, se dió á prision. Condujéronle luego delante del emperador que, regresando entonces del alancee que se diera á los fugitivos, gozaba en medio del campo de batalla del espectáculo de su triunfo, y recibía los parabienes de sus oficiales por la completa victoria que acababa de alcanzar. Reducido á tan desgraciada y humillante situación, el elector conservó sin embargo una postura á la par noble y decorosa. Al paso que se presentó á su vencedor sin afectar un aire de orgullo ó de rencor, que ciertamente fuera inoportuno en un prisionero, no se abatió á darle ninguna muestra de sumisión indigna del alto rango que ocupaba entre los príncipes de Alemania. — «El azar de la

El elector es derrotado y hecho prisionero.

« guerra, dijo, me ha hecho vuestro prisionero, muy
 « gracioso emperador; y espero se me tratará... » — « Ah!
 « con que al fin se me reconoce por emperador? inter-
 « rumpióle Carlos bruscamente; Carlos de Gante era el
 « solo título que hasta el presente me habiais dado. Se
 « os tratará como mereceis. » Y volviendo la espalda al
 elector con firmeza, le dejó. A tan severo trato, añá-
 dió el rey de romanos en su propio nombre represio-
 nes mezcladas con palabras aun menos generosas y mas
 insultantes; pero el elector no dió respuesta alguna,
 y con sesegado y tranquilo aspecto, sin manifestar ni
 abatimiento ni sorpresa, siguió á los soldados españoles
 designados para su custodia (1).

Solo cincuenta hombres costó á los imperiales esta
 victoria decisiva, perdiendo la vida en el combate mil
 doscientos sajones, cuya mayor parte perecieron en la
 derrota, y siendo mucho mayor el número de prisio-
 neros. Pudo con todo escaparse una division de cuatro-
 cientos hombres, y llegó á Wittenberg con el prin-
 cipe electoral, que fue herido en la accion.

Progresos de
 Carlos despues
 de su victoria.

Dos dias permaneció el emperador en el campo de
 batalla, ya para abastecer á su ejército, ya para reci-
 bir los diputados de las ciudades vecinas, que acudie-
 ron solícitos á reclamar su proteccion sometiéndose á
 su voluntad; y despues se puso en marcha para Wit-
 temberg, resuelto á terminar de una vez la guerra apo-
 derándose de aquella ciudad. El desventurado elector
 fue conducido como en triunfo y espuesto en todas
 partes á los ojos de sus mismos vasallos en su estado
 de cautivo; y aunque aquel espectáculo afligió á todos

(1) Sleid. *Hist.* 426. Thuan. 136. Hortensius, *de Bello Germ.*
ap. Scard. vol. II, 498. *Descrip. pugne Mulberg.* *ibid.* p. 509.
 P. Heuter. *Res Austr.* lib. XII, c. 13, p. 298.

Año 1547. los que le estimaban y honraban, no pudo tan cruel ultrage abatir la grandeza de su alma, y ni siquiera turbar su acostumbrada sangre fria y tranquilidad.

Pone cerco
á Wittemberg.

Era entonces Wittemberg la mansion de la línea electoral de la familia de Sajonia, y una de las mas fuertes ciudades de Alemania, muy difícil de tomar, si fuese proporcionada la defensa. A ella marchó el emperador con la mayor celeridad, confiando que con la consternacion que hubiese tal vez promovido la noticia de su victoria decidiríanse los habitantes á seguir el ejemplo de sus compatriotas, y á someterse á sus armas luego que se presentase delante de sus murallas. Pero Sibila de Cleves, esposa del elector, que hermanaba felizmente pura virtud y gran talento, en lugar de entregarse á la desesperacion y al llanto por la desgracia de su esposo, procuró con su ejemplo y exortaciones animar á los ciudadanos; y tanta confianza é intrepidez supo inspirarles que, cuando se les intimó la rendicion, respondieron con altivez, advirtiéndole al emperador que tuviese con su soberano todas las consideraciones debidas á su rango, pues resueltos estaban á tratar á Alberto de Brandeburgo, que continuaba siendo su prisionero, de la misma manera que tratarían al elector. Así pues, pareció que la decision de los habitantes y lo fuerte de la plaza hacían indispensable un sitio en regla. Tras tan ruidosa y célebre victoria, hubiera sido una mengua para el emperador dejar de emprenderlo; pero al mismo tiempo carecía de todo lo necesario para semejante expedicion. Mauricio hizo desaparecer todas estas dificultades comprometiéndose á proveerles de víveres, de artillería, de municiones, de gastadores y de cuanto pudiese necesitarse. Bajo esta promesa, mandó Carlos abrir la

trinchera delante de la plaza; pero Mauricio habíase dejado llevar de la impaciencia en que ardía de ver la rendición de la capital de aquellos mismos estados, cuya posesion debía ser su recompensa, de haber tomado las armas contra su pariente y desertado de la causa protestante. En efecto, poco tardóse en conocer que habia prometido mas de lo que en realidad podia cumplir. Es verdad que sin obstáculo alguno se transportó un tren de artillería por el Elba, desde Dresde á Wittemberg; mas, no teniendo Mauricio fuerzas bastantes para asegurar las comunicaciones de sus dominios con el campo de los sitiadores, el conde de Mansfeldt, que mandaba un destacamento de tropas electorales, se apoderó de un convoy de viveres y municiones de guerra, y dispersó una partida de gastadores destinados al servicio de los imperiales. Esta desgracia detuvo los progresos del sitio; y no pudiendo ya el emperador contar con las ofertas de Mauricio, conoció que debía echar mano de cualquier medio mas pronto y eficaz para apoderarse de la plaza.

En su poder tenia al infeliz elector, y fue bastante cruel y poco generoso para sacar partido de esta circunstancia, probando si podría llevar á cabo su intento poniendo en juego la ternura de la esposa para con su marido, y el afecto de los hijos para con su padre. A este fin por segunda vez intimó á Sibila que abriese las puertas de la ciudad, participándole que, si se negaba á obedecerle, el elector pagaria su obstinacion con su cabeza; y para convencerla de que no se reducía aquello á simple amenaza, al punto mandó formar causa al prisionero. Fue el proceso tan irregular como bárbara era la estratagemá. En vez de consultar á los estados del imperio, ó de remitir la causa á algun

Trata al elector con poca generosidad.

Año 1547. tribunal que, según la constitucion germánica, pudiese legalmente conocer en el delito, sometió Carlos el mayor príncipe del imperio á la jurisdiccion de un consejo de guerra compuesto de oficiales españoles é italianos, y presidido por el duque de Alba, instrumento siempre pronto á servir para un acto de violencia. Fundaba aquel extraño tribunal su acusacion en el decreto de destierro del imperio contra un prisionero, sentencia pronunciada por la sola autoridad del emperador, y destituida de todas las formalidades legales que podian hacerla válida; mas el consejo de guerra, considerando por aquella reo convicto de traicion y rebeldía al elector, le condenó á ser decapitado. Notificósele este fallo mientras estaba jugando al ajedrez con Ernesto de Brunswick, tambien prisionero. Guardó silencio por un rato, sin dejar traslucir movimiento alguno de turbacion ni de terror; luego, observando cuán irregular é injusto era el proceder del emperador: «Fácil es, dijo, adivinar su plan; es preciso que yo muera porque Wittemberg no quiere rendirse; yo daré, pues, mi vida gustoso, si con este sacrificio puedo conservar la dignidad de mi casa y transmitir á mis descendientes la herencia que les pertenece. ¡Quiera Dios que esta sentencia alija á mi esposa y á mis hijos tan poco como á mí me intimida, y que no renuncien los títulos y posesiones á que les destinó su nacimiento, llevados de la esperanza de añadir algunos dias á una vida ya demasiado larga (1)!» Dirigiéndose entonces al príncipe de Brunswick, propúsole que continuasen la partida. Jugó con la misma atencion é interes, y habiéndola ganado, mostró la mis-

Grandeza
de alma del
elector.

(1) Thuau, t. I, p. 142.

ma satisfaccion que hubiese podido caberle en diferente coyuntura , retirándose luego á su aposento para dedicar sus últimos instantes á los piadosos ejercicios que su situacion exigia (1).

Año 1547.

No se recibió con igual tranquilidad en Wittemberg la noticia del peligro del elector. Sibila , que con inalterable firmeza habia sobrellevado la desgracia de su marido , mientras solo hubo que temer una disminucion de su poder y de sus dominios , perdió todo su valor al saber que estaba amenazada su vida. Resuelta á salvarle , cerró los oídos á todas las consideraciones , y no hubo sacrificio que no estuviese pronta á hacer para aplacar á un vencedor irritado. Al mismo tiempo , el duque de Cleves , el elector de Brandeburgo y Mauricio , á quienes ocultara Carlos los verdaderos motivos de su rigurosa resolucion contra el elector , intercedian con ardor para obtener que se le concediese la vida ; animaba al primero pura compasion á su hermana y á su cuñado ; los dos últimos temblaban al considerar el oprobio de que se llenarian si , despues de haber ponderado tanto la promesa que Carlos les hiciera de entera seguridad por lo tocante á su religion , el primer fruto de su union con el emperador era la pública sentencia de un príncipe justamente respetado como el mas celoso protector de la causa protestante. Mauricio en particular preveia que seria objeto de horror para los sajones , y que en vano esperaria jamas gobernarlos con seguridad , si llegaran á concebir sospechas de que hubiese tenido parte en la muerte de su próximo pariente para alzarse con sus estados.

Deseosue-
lo de la fami-
lia del elector.

Mientras aquellos príncipes , impulsados por moti-

(1) Struvius, *Corp.* 1050.

Año 1547.
del elector tra-
ta con Carlos
y la cede el
electorado.

vos diferentes, solicitaban del emperador con la mas viva importunidad que no hiciese ejecutar el fallo del consejo de guerra; Sibila y sus hijos le escribian, enviándole repetidos mensajes para conjurarle á que pusiese término á las inquietudes que les causaba el peligro de un esposo y de un padre, y á que fijase el precio que quisiese á la libertad y á la vida de aquel desventurado príncipe. Gozoso el emperador del buen éxito del arbitrio que imaginara, alojó poco á poco en su primera severidad, manifestó disposiciones á la clemencia, y prometió el perdón del elector si queria hacerse digno él, consintiendo en razonables condiciones. Este príncipe, que viera sin inmutarse la proximidad de una muerte ignominiosa, enterneciéndose al llanto de una esposa querida, y no pudo resistir á las instancias de su familia: vencido por sus reiteradas súplicas, convino en una composicion, que en cualquier otro momento hubiera desechado con orgullo. Estipulaba aquel tratado que en su nombre y en el de su posteridad, reuniria la dignidad electoral en manos del emperador, que seria dueño de disponer de ella á su voluntad; que las ciudades de Wittemberg y de Gotha al punto se entregarían á las tropas del emperador; que Alberto de Brandeburgo seria puesto en libertad sin exigirle ningún rescate; que el elector se someteria al decreto de la cámara imperial y se conformaria con todos los cambios que el emperador juzgase á propósito verificar en la constitucion de aquel tribunal; que renunciaria á toda coalicion contra el emperador ó el rey de romanos, y no formaria en lo sucesivo alianza alguna de que no formasen parte estos dos príncipes. En cambio de tan importantes concesiones, prometia el emperador no solo dejarle la vida, sino aun venderle,

19 de mayo.

para él y sus descendientes, la ciudad y el territorio de Gotha, con una pensión anual de 50,000 florines, pagaderos sobre las rentas del electorado, y una suma de dinero contante para el pago de sus deudas. Pero amargaba todos estos actos de gracia la cruel condicion impuesta al elector de permanecer prisionero del emperador para toda su vida (1). Habia Carlos querido exigir tambien que el elector se sometiese á los decretos del papa y del concilio respecto á los puntos de religion que entonces se controvertian; mas ni las súplicas ni las amenazas pudieron obligar á este desgraciado príncipe, que habia consentido en sacrificar lo que los hombres miran comunmente como lo mas querido y precioso, á renunciar á lo que le parecia ser la verdad, ni decidirle á una accion contraria á las inspiraciones de su conciencia.

Año 1547.

Luego que hubo salido de Wittemberg la guarnicion sajona, desquitóse el emperador de sus obligaciones para con Mauricio, y, para recompensarle el haber desertado de la causa protestante y contribuido tan prósperamente á la disolucion de la liga de Smalkalde, dióle la posesion de aquella plaza y de todas las demas ciudades del electorado. No sin repugnancia, con todo, consentia Carlos en tan gran sacrificio; pues la extraordinaria fortuna de sus armas ya empezaba, como siempre suele acontecer, á inspirar á su ánimo ambicioso mas altas miras, sugiriéndole nuevos y vastos proyectos de engrandecimiento, para cuya ejecucion hubiérale sido muy útil conservar en su poder la Sajonia. Mas, no llegando todavía su plan al estado de madurez necesaria para que pensase po-

Mauricio
entra en posesion del electorado.

(1) Sleid. 427. Thuan, *lib. 1, 142*. Dumont, *Corps diplom. IV*, p. 11, 332.

Año 1547. nerlo en práctica, temió dejarlo traslucir; y por otra parte hubiera sido algo arriesgado é imprudente ofender á Mauricio en tal ocasión, faltando descaradamente á todas las promesas por las cuales este príncipe habia abandonado sus naturales aliados.

Negociacion
con el land-
grave.

El landgrave, suegro de Mauricio, permanecía siempre sobre las armas; y, aunque era entonces el único defensor que quedaba de la causa protestante, no era ni débil ni despreciable tal enemigo. Poseía dilatados dominios, y estaban sus súbditos animados del mas vivo celo por la reforma. Si hubiese podido imponer por algun tiempo á los imperiales, mucho habia que esperar de un partido cuya fuerza no estaba aun desunida, que podia recobrar su union á la par que su vigor, y que tenia poderosas razones para contar con eficaces socorros por parte del rey de Francia. Pero no formaba el landgrave planes tan atrevidos y arriesgados; sino que, lleno de la misma consternacion que se apoderara de todos los confederados, era su único objeto obtener condiciones favorables del emperador, que consideraba como un conquistador á cuya voluntad la necesidad le obligaba á someterse. Alentaba Mauricio estas tímidas y pacíficas disposiciones, encareciendo por un lado la pujanza del emperador, ponderando por otro su crédito personal con aquel victorioso aliado, y haciendo valer las ventajosas condiciones que por precision debia obtener á favor de un amigo y suegro, cuya salvacion tanto deseaba. En ciertos momentos manifestaba el landgrave tanta confianza en las promesas de Mauricio, que parecia arder en impaciencia de concluir un tratado definitivo; pero cuando consideraba la desenfrenada ambicion del emperador, á quien no contenian ni escrúpulos del de-

coro ni derechos de la justicia, y cuando traia á la memoria el modo cruel y tiránico con que habia tratado al elector de Sajonia, causábanle estas ideas tan viva impresion, que rompía bruscamente las negociaciones empezadas, pareciendo que creia mas prudente buscar su seguridad en sus propias fuerzas que confiar en la generosidad de Carlos. Pero poco duraba esta osada resolucion, que la desesperacion inspiraba á un espíritu impaciente é irritado por las contradicciones. Al reflexionar con mas calma acerca del poder de su enemigo y de su propia debilidad, sentia renacer su incertidumbre y sus recelos, y con ellos el fastidio de la negociacion y el desco de un tratado.

Hubiéronse mediadores entre el emperador y el landgrave Mauricio y el elector de Brandeburgo; pero á pesar de todo el crédito de que aquel se habia envanecido, muy duras fueron las condiciones que Carlos exigió: obligóse al landgrave á renunciar á la liga de Smalkalde, á reconocer la autoridad del emperador, y á someterse á los decretos de la cámara imperial. Además de estas condiciones, que tambien se habian impuesto al elector de Sajonia, el landgrave debia poner su persona y estados á disposicion del emperador; implorar su perdón de rodillas; pagar ciento cincuenta mil coronas por indemnizacion de los gastos de la guerra; demoler las fortificaciones de todas sus ciudades, excepto una; mandar prestar juramento de fidelidad al emperador á la guarnicion que pusiese en esta; dar libre paso á través de sus estados á las tropas imperiales siempre que se le requiriera; entregar al emperador todas sus municiones de guerra y su artillería; poner en libertad, sin exigir rescate, á Enrique de Brunswick y á los demas prisioneros que habia cogi-

Condiciones
prescritas por
el emperador.

Año 1547. do durante la guerra; finalmente obligarse á no tomar jamas las armas y á no permitir que ninguno de sus vasallos sirviese contra el emperador ó sus aliados (1).

Sométese el landgrave á estas condiciones.

Ratificó el landgrave los artículos de este tratado, pero con estremada repugnancia, pues no veia en ellos ninguna estipulacion acerca del modo con que se procederia con él, siéndole forzoso abandonarse enteramente á la clemencia del emperador. Solo la necesidad le precisó á dar su consentimiento. Carlos, que desde la sujecion de la Sajonia tomara el tono imperioso y altivo de un conquistador, insistió en exigir una sumision sin reserva; y no permitió que á las condiciones que habia impuesto se añadiera alguna modificacion que limitase la plenitud de su poder ó le estrechase acerca del modo con que juzgaria conveniente tratar á un príncipe que se hallaba enteramente á su disposicion. Mas, aunque no se dignó negociar con el landgrave como de igual á igual, ni permitir que se insertase en el tratado que dictara ninguna cláusula que pudiese mirarse como una estipulacion formal para la seguridad y libertad de aquel príncipe; no obstante el elector de Brandeburgo y Mauricio obtuvieron de él ó de sus ministros, en su nombre, las mas positivas y seguras promesas tocante á este punto; de manera que aseguraron al landgrave que se le trataria como al duque de Wittenberg, y que despues de haberse sometido al emperador tendria la libertad de regresar á sus estados. Mas abrigando siempre el landgrave su primera desconfianza de las intenciones del emperador, y no queriendo atenerse á declaraciones

(1) Sleid. 43o. Thuan, lib. IV, p. 146.

verbales y equívocas en tan importante asunto como era: el de su libertad, remitiéronle una acta firmada por su propia mano, por la cual se obligaban del modo mas solemne. en caso de que sufriese alguna violencia cuando su entrevista con el emperador, á ponerse al punto ambos en poder de sus hijos, para recibir de estos el mismo trato que su padre recibiria del emperador (1).

Año 1547.

Esta promesa, unida á la obligacion indispensable de ejecutar lo que contenian los artículos que ya aceptara, triunfó de todos sus temores y escrúpulos. Pasó al campo imperial, en Halle en Sajonia, donde una inesperada circunstancia vino á despertar de nuevo sus sospechas y á redoblar sus temores. Al ir á entrar en la cámara de audiencia donde debia verificar su sumision, presentáronle una copia de los artículos que habia aprobado para que otra vez los ratificase. Leyéndolos vió que los ministros imperiales habian añadido dos cláusulas, de las cuales la una contenia que, si se suscitaba alguna cuestion sobre el sentido de los primeros artículos, seria del emperador el derecho de darles la interpretacion que mas razonable juzgase, y en la otra se obligaba al landgrave á someterse á ciegas á las decisiones del concilio de Trento. Tan indigno artificio, cuyo objeto era arrancar al landgrave por sorpresa su consentimiento á unas condiciones que estaba muy lejos de aceptar, presentándose las en un momento y circunstancia en que estaba lleno de agitacion y turbado su espíritu con motivo de la humillante ceremonia que iba á sufrir, le encendió en viva indignacion, que estalló con todas las espresiones de furor que le sugirió

Pasa á la corte imperial.

(1) Dumont, *Corps diplom. t. IV, part. II, p. 336.*

Año 1547. la violencia de su carácter. Mucho les costó al elector de Brandeburgo y á Mauricio lograr de los ministros del emperador que se suprimiera como injusto el primer artículo, y que el segundo se esplanase de modo que el landgrave pudiese adherirse á él sin abjurar abiertamente de la religion protestante.

Modo con
que se recibe el
emperador.

Superado este obstáculo, quisiera en su impaciencia el elector ver ya terminada una ceremonia que, por mortificante que le pareciera, era indispensable para obtener su perdón. Estaba el emperador sentado en un trono magnífico, revestido con todas las insignias de su dignidad y rodeado de un numeroso séquito de príncipes del imperio, entre los cuales hallábase Enrique de Brunswick, que en aquella circunstancia por un extraño y frecuente cambio de fortuna era espectador de la humillacion de un príncipe, cuyo prisionero fue pocos dias antes. Introdujeron con mucho aparato en la sala al landgrave, que se dirigió al trono y se arrodilló. Su canciller, que le seguía, leyó entonces por orden de su amo un papel en que aquel príncipe confesaba humildemente el crimen de que se había hecho culpable, y para cuya espiacion reconocia era merecedor del mas severo castigo; poníase con sus estados á la entera disposicion del emperador; imploraba sumisamente el perdón, que solo esperaba de la clemencia del emperador; y acababa prometiendo portarse en lo sucesivo como vasallo cuyos principios de fidelidad y obediencia se robustecerian aun mas con la gratitud que conservaria en el fondo de su corazón. Mientras leía el canciller tan humillante declaracion, el desdichado landgrave era el blanco de las miradas de todos los espectadores; pues al ver abatido á pedir perdón en la actitud de un suplicante á un príncipe tan altivo y po-

deroso, difícil era no sentirse conmovido y no entregarse á tristes reflexiones acerca de la inestabilidad y vanidad de las humanas grandezas. Miró el emperador todo aquel espectáculo con fiero continente y sin dar muestra alguna de sensibilidad; guardó profundo silencio, y únicamente hizo señal á uno de sus secretarios para que leyese su respuesta, que en sustancia decia: que si bien pudiera con justicia imponer al landgrave la rigurosa pena que habia merecido, sin embargo, cediendo á un sentimiento de generosidad, vencido por las súplicas de algunos príncipes en favor del culpable, y conmovido por su confesion y su arrepentimiento, no le trataria con el rigor de la justicia, ni lo sujetaria á castigo alguno que no estuviese especificado en los artículos del tratado. Al terminar su lectura el secretario, levantóse Carlos bruscamente, se alejó del infeliz suplicante sin manifestarle piedad ni reconciliacion, y dejóle de rodillas sin dignarse hacerlo poner en pie. Abandonando el landgrave por sí solo tan humillante postura, acercóse al emperador para besarle la mano, lisonjeándose de que habiendo plenamente espionado su crimen, podia permitirle semejante libertad; mas detúvolo el elector de Brandeburgo, temeroso de que tal familiaridad no ofendiese al emperador, y le invitó á que con Mauricio y él pasase á la habitacion del duque de Alba en el castillo.

Fue recibido con la cortesanía y miramientos debidos á su rango; pero despues de cenar, mientras estaba empeñado en una partida de juego, llamó el duque aparte al elector y á Mauricio, y comunicóles las órdenes del emperador, segun las cuales el landgrave debia quedar prisionero allí mismo, custodiado por un destacamento de soldados españoles. No habiendo aque-

Queda prisionero.

Año 1547. Illos príncipes hasta entonces tenido desconfianza alguna de la sinceridad y rectitud de las intenciones del emperador, estremadas fueron su indignacion y su sorpresa, al ver el engaño de que eran víctimas y la infame traicion por cuyo medio se les habia hecho servir de instrumento del oprobio y de la ruina de su amigo. Recurrieron á las quejas, á las razones, á las súplicas para librarse de la ignominia de que iban á cubrirse y sacar al landgrave del abismo en que su confianza en ellos le habia precipitado; pero mantúvose inflexible el duque de Alba, alegando la necesidad de ejecutar las órdenes del emperador. Cerraba la noche: el landgrave, que nada sabia de cuanto habia pasado y que ninguna sospecha tenia de la pérfida red que le envolvía, ya disponíase para partir, cuando le participaron la órden fatal. Embargóle al principio la sorpresa el uso de la voz; pero, tras algunos momentos de silencio, prorumpió fuera de sí en las mas violentas espresiones que le dictó el horror que le inspiraba tamaño esceso de injusticia y mala fe. Quejóse, suplicó, se enfureció, ya clamando contra los artificios del emperador como indignos de un príncipe poderoso y magnánimo; ya reprendiendo la credulidad con que se fiaron sus amigos de las insidiosas promesas de Carlos, ó acusándoles de cobardes y de que prestaban su apoyo á la ejecucion de tan vergonzosa perfidia; y recordándoles por fin las obligaciones que contrajeran con sus hijos, les intimó que las cumpliesen al instante. Dejando que se calmasen los primeros transportes de su cólera, el elector y Mauricio con la mayor solemnidad protestaron de su inocencia y de la pureza de sus intentos en todo aquel asunto, y le hicieron esperar que, así que pudiesen hablar al emperador, ob-

tendrían satisfacción de una injusticia en que tan interesado estaba el honor de los dos como su libertad. Al mismo tiempo, para procurar aplacar su furor é impaciencia, quedóse á su lado Mauricio toda la noche en el aposento donde estaba encerrado (1).

Año 1547.

Por la mañana del día siguiente, el elector y Mauricio dirigiéronse juntos al emperador, y le representaron de cuánta infamia se cubrirían en toda la Alemania si el landgrave quedaba prisionero; y añadieron que nunca le hubieran aconsejado una entrevista, y que tampoco él hubiese consentido en ella, á haber podido sospechar que la pérdida de su libertad sería el fruto de su sumision; que se habían obligado á procurarle aquella, pues habían dado su palabra y empeñado sus propias personas para que sirvieran de garante de la suya. Escuchó Carlos sus exposiciones con la mayor sangre fría; conocía que ya no necesitaba de sus servicios, y así vieron con dolor que habíase cehado en olvido su antigua lealtad, y cuán poco caso hacía de su intercesion. Díjoles que ignoraba las obligaciones particulares que contraído hubiesen con el landgrave; que no era esto lo que debía reglar su conducta; que ya sabía lo que había prometido, y que no era la absoluta libertad del landgrave, sino que no quedaría preso por toda su vida (2). Despues de pronunciar esta resolución con tono firme y absoluto, puso

El elector de Brandeburgo y Mauricio piden en vano su libertad.

(1) Sleid §33. Thuan. lib. IV, p. 147. Struv. Corp. Hist. Germ. t. II, p. 1052.

(2) Según varios historiadores que gozan de mucha reputacion, en su tratado con el landgrave el emperador estipuló que no le detendría en prision alguna. Mas al copiar el acta, que se escribió en alemán, los ministros imperiales sustituyeron la palabra *verboten* á la de *erhalten*; así, en vez de una promesa de que no se detendría al landgrave en *ninguna* prision, hallóse en el tratado que no se le de-

Año 1547. fin á la conferencia; y no viendo el elector y Mauricio esperanza alguna de ablandar al emperador, que parecia habia tomado su partido con reflexion y estaba muy resuelto á sostenerlo, tuvieron que participar al desgraciado preso el poco efecto de sus esfuerzos á su favor. A esta noticia entregóse á nuevos arrebatos de corage aun mas violentos que los primeros; de manera que, para impedir que cometiese algun exceso de desesperacion, los dos príncipes le prometieron que no se apartarian del lado del emperador hasta que instando é importunando repetidas veces le arrancasen su consentimiento, para poner en libertad al landgrave. De consiguiente pocos dias despues volvieron á las súplicas; pero hallaron á Carlos mas fiero aun é inflexible, y hasta se les indicó que: si continuaban insistiendo en asunto tan desagradable y del cual no queria que se le hablase, mandaria al punto trasladar el preso á España. Temieron pues perjudicar al landgrave con un celo excesivo ó inoportuno, y no solo desistieron de su demanda, sino que tambien resolvieron dejar la corte; y como no quisieron esponerse á los primeros movimientos del furor que arrebataria al landgrave, al saber el motivo de su partida, se lo no-

tendria en una prision *perpetua*. Pero autores muy versados en la historia y excelentes críticos han puesto en duda la verdad de esta anecdota popular, y corrobora mucho á esta opinion el silencio de Sleidan tocante á este hecho, que por otra parte este historiador no ha citado en ninguna de las varias memorias que acerca de la prision del landgrave ha publicado. Sin embargo, como muchas obras que contienen las instrucciones necesarias para discutir con exactitud este hecho se escribieron en idioma aleman, que yo no entiendo, no puedo tratar este punto de controversia con la misma precision con que procuré aclarar otros asuntos contestados de que se ha hablado en el curso de esta historia. Véase Struv. *Corp. Hist. Germ.* 105; y Mosheim, *Hist. eccl. vol. II*, p. 161, 162 de la traduccion inglesa.

tificaron por medio de una carta, en que le escortaban á ejecutar todo lo que habia prometido al emperador, como el mas seguro medio de alcanzar pronto la libertad.

Por mucha que fuese la violencia de la desesperacion del landgrave al verse de este modo abandonado por aquellos dos príncipes, se decidió á seguir sus consejos movido de la impaciencia que le aquejaba por recobrar su libertad. Pagó la suma que se le habia impuesto, espidió sus órdenes para hacer demoler sus fortificaciones, y renunció á todas las alianzas que podian infundir recelos. Pero ningun efecto produjo esta pronta deferencia á la voluntad del vencedor; pues se continuó custodiándole con la misma vigilancia y severidad, y asi le condujeron, como al desventurado elector de Sajonia, donde quiera que iba el emperador, renovándose de este modo cada dia el oprobio de ellos y el triunfo de este. La grandeza de alma y la firmeza con que sufría el elector repetidos ultrages, no eran menos dignos de atencion que el furor é impaciencia del landgrave, cuyo carácter ardiente é impetuoso apenas podia contenerse: cuando traia á la memoria los ignominiosos artificios con que le habian arrastrado al estado en que se hallaba y la injusticia con que le detenian en prision, aumentaba su enojo y frecuentemente precipitábalo á cometer los mas estravagantes excesos de rabia.

Los habitantes de las varias ciudades donde Carlos así esponia en espectáculo á esos ilustres presos sentian vivamente el insulto que hacia al cuerpo germánico una crueldad tan arbitraria, y murmuraban altamente de ver tratados de un modo tan indecoroso á dos de los principales príncipes del imperio. Mas poco tardaron

Rígoros
escaseaciones del
emperador en
Alemania.

Año 1547. en tener otros motivos de queja sobre asuntos que les interesaban mas de cerca. El emperador, añadiendo la opresion al ultraje, se arrogó todos los derechos de un conquistador, y los ejéció con rigor estremado. Mandó á sus tropas que se apoderasen de la artillería y de las municiones de guerra pertenecientes á los individuos de la liga de Smalkalde. Reuniendo de esta manera quinientos cañones, cosa muy considerable para aquel tiempo, parte envió á los Países Bajos, parte á Italia, y parte á España, á fin de esperar por todas partes la fama de sus victorias, y para que aquellos trofeos fuesen monumentos y pruebas que atestiguaran su triunfo contra una nacion tenida hasta entonces por invencible. Enseguida, por su sola autoridad, recaudó sumas considerables, que impuso así á los que le habian fielmente servido en la guerra como á los que tomaron las armas contra él: á los primeros, como contribucion para los gastos de una guerra que habiéndose, segun él, hecho para el bien comun de todos los miembros del imperio, debia sostenerse en comun á costas de todos; y á los últimos, como una especie de multa para espantar su rebelion. Produjeron estas exacciones mas de un millon seiscientas mil coronas, cantidad prodigiosa en el siglo décimo sexto. Tan general era la consternacion que habian hecho cundir entre los alemanes los rápidos triunfos de Carlos y el terror que les inspiraban sus tropas vencedoras, que todos obedecieron sus órdenes sin la menor resistencia; mas al mismo tiempo estos nuevos actos de poder arbitrario por precision debian alarmar á un pueblo celoso de sus privilegios, y acostumbrado siglos habia á considerar la autoridad imperial como limitada y poco temible. Por mucho que se procurase ocultarlos, el descontento y el

resentimiento pronto se hicieron universales, y estas pasiones, comprimidas por entonces, debian por esta misma razon estallar en breve con mas violencia.

Año 1547.

Mientras dictaba Carlos la ley á los alemanes como á un pueblo vencido, en Bohemia Fernando usaba aun de mas rigor para con sus vasallos. Gozaba aquel reino inmunidades y privilegios tan latos como ninguno de los estados en que hubiese regido el gobierno feudal, pues eran muy limitadas las prerogativas de los reyes y electiva la corona. Cuando Fernando fue llamado al trono, reconoció y confirmó los derechos de los bohemios con todas las ceremonias que estableciera su estramado celo por el sostenimiento de una constitucion gubernativa á que tenian tan fuerte adhesion. Pronto con todo se cansó de una autoridad tan limitada, y empezó á mirar con desprecio un cetro que no podia transmitir á sus hijos. Hollando todos sus juramentos, acometió la empresa de derribar la constitucion desde sus cimientos y de hacer hereditaria la corona; mas no parecieron estar dispuestos los bohemios á dejarse tranquilamente despojar de privilegios que de tan antiguo gozaban. Y como muchos hubiesen abrazado la doctrina de los reformistas, cuyas semillas habian esparcido por aquel pais á principios del siglo pasado Juan Hus y Gerónimo de Praga, á su celo por la defensa de su libertad civil agregóse el deseo de adquirir la libertad de conciencia; y cobrando mutuamente con su reunion mas calor y energia estos dos sentimientos análogos, inspiraron á los bohemios violentas resoluciones. No solo se habian negado á servir á su soberano contra los confederados de Smalkalde, sino que hasta formaron intima alianza con el elector de Sajonia, y por medio de una asociacion solemne se ha-

Ataca Fernando la libertad de sus vasallos de Bohemia.

Año 1547. **Bian** obligado á defender su antigua constitucion , re-sueltos á insistir en este designio , hasta obtener nuevas concesiones , que juzgaban necesarias . para dar mas perfeccion ó solidez á la forma de su gobierno. Eligieron por su general á **Gaspar Phlog** , gentil hombre de conocido mérito y distinguido nacimiento , y reunieron un ejército de treinta mil hombres para apoyar sus pretensiones ; pero ; ó por la debilidad de su gefe , ó por las disensiones que se suscitaron en cuerpo tan vasto y pesado , cuyas partes reunidas aprisa no tenían union perfecta ; las operaciones militares de aquellos descontentos no correspondieron al celo y al ardor que brillara en sus primeras revoluciones. Dejáronse entreteuer mucho tiempo con varias negociaciones y proposiciones , de manera que antes que pudieran entrar en Sajonia ya se habia perdido la batalla de **Muhlberg** , despojado al elector de su dignidad y de sus estados , arrestado al landgrave en rigurosa prision , y disuelto enteramente la liga de **Smalkalde**. Sobrecogióles tambien entonces el temor que inspiraba á toda la **Alemania** el poder del emperador. Asi que vieron que se acercaba su soberano á la cabeza de una division de tropas imperiales , dispersáronse al punto , no pensando mas que en espiar su pasado crimen y en procurarse por medio de una su-mision pronta alguna esperanza de perdon. Pero **Fernando** , que entraba en sus estados rebotando desapiadado resentimiento , muy natural en los príncipes cuya autoridad se ha visto hollada , no estaba dispuesto á dejarse aplacar por el tardío arrepentimiento de sus rebeldes vasallos y por aquella forzada vuelta á su deber : asi escuchó sin conmoverse las súplicas entremezcladas de sollozos de los ciudadanos de **Praga** , que fueron á cecharse á sus pies implorando su

elemencia. Escesivamente severa fue la sentencia que pronunció: abolió muchos de sus privilegios, limitó otros y mudó la forma de su gobierno, condenó á muerte á algunos de los que manifestaran mas ardimiento y actividad en la formacion de la postrera asociacion contra él, y muchos otros mas sufrieron la confiscacion de sus bienes ó un perpetuo destierro. Obligó á todos sus súbditos, de cualquiera condicion que fuesen, á entregar sus armas para depositarlas en fortalezas guarnecidas por sus tropas; y despues de haber desarmado á aquel pueblo, cargólo con nuevos y enormes tributos. Tal fue el resultado de la desgraciada y mal concertada empresa de los bohemios para ensanchar sus privilegios; no solo ampliaron la esfera de las prerrogativas reales que habian querido limitar, sino que aun aniquilaron casi enteramente aquellas mismas libertades que querian establecer sobre una base mas lata y mas sólida (1).

Año 1547.

Habiendo asi humillado y creyendo haber domado el espíritu independiente é intratable de los alemanes con el terror de sus armas y con el rigor de sus castigos, convocó el emperador una dieta en Augsburgo para terminar definitivamente las disputas religiosas, que tanto tiempo hacia turbaban la paz del imperio. No se atrevió sin embargo á cometer la decision de tan interesante objeto á los libres votos de los alemanes, por muy dispuestos que debiesen hallarse entonces á obedecer á la voluntad de su soberano. Entró en la ciudad al frente de sus tropas españolas, á las cuales señaló cuarteles, y acantonó el resto de sus soldados en las vecinas aldeas; de manera que, al proceder en sus

Dieta celebrada en Augsburgo.

(1) Steid. 408. 419, 334. Thuan. lib. IV, p. 129, 150. Struv. Corp. Hist. Germ. II.

Año 1547. deliberaciones, se vieron los miembros de la dieta escudados por el mismo ejército que había vencido á sus compatriotas. Luego despues de su entrada pública dió una prueba de la violencia que estaba pronto á ejercer. Apoderóse á mano armada de la catedral y de una de las principales iglesias, y habiéndolas sus sacerdotes purificado con diferentes ceremonias para borrar las supuestas manchas que, segun ellos, allí dejara el ministro protestante, restablecieron en ellas con gran pompa los ritos del culto romano (1).

El emperador los escorta á que se sometan al concilio general.

Fue prodigioso el número de miembros que concurrieron á aquella dieta; la importancia de los objetos sobre que iba á deliberarse y el temor de ofender al emperador con una ausencia que pudiera interpretarse mal habian reunido casi todos los príncipes, nobles y representantes de las ciudades que tenían derecho de votar en aquella asamblea. Abrió el emperador la sesión con un discurso en que invitó á la dieta á que fijase particularmente su atención en el asunto que iba á esponerle. Despues de haber explicado las funestas consecuencias de las disputas religiosas que se suscitaran en Alemania, y recordado sus constantes esfuerzos para obtener la convocacion de un concilio general, único medio de poner remedio á tantos males; exhortó á los miembros de la dieta á que reconociesen la autoridad de aquella asamblea, á la cual habian por sí mismos apelado al principio, como único juez que gozase del derecho de decidir en semejantes materias.

Diferentes revoluciones acaecidas en el concilio.

Pero aquel concilio, al cual deseaba Carlos se cometiese la decision de todas las disputas, ya sufriera un cambio considerable. Cada día avivabause mas el

(1) Steid: 435, 437.

temor y la envidia que concibiera el papa de los primeros triunfos del emperador contra los confederados de Smalkalde. No contento con procurar retardar el progreso de las armas imperiales por medio del súbito llamamiento de sus tropas, miraba ya Pablo al emperador como un enemigo que pronto le haría sentir el peso de su pujanza y contra quien debía precaverse con mucha anticipacion. Previó que el efecto inmediato de la absoluta autoridad que gozaria el emperador en Alemania seria hacerle enteramente dueño de todas las decisiones del concilio, si continuaba este reunido en Trento. Era peligroso dejar á tan ambicioso monarca la disposicion de tan formidable instrumento, de que podría servirse á su antojo para limitar ó para derribar quizas el poder de los papas. Juzgó Pablo que no habia otro medio de prevenir aquella revolucion que trasladar la asamblea del concilio á alguna ciudad, que estuviese bajo su jurisdiccion mas inmediata y donde el emperador tuviese menos influjo, ya por el terror de sus armas, ya por medio de sus intrigas y de su crédito. Felizmente ofrecióse una circunstancia que pareció hacia en cierto modo necesaria semejante mudanza. Habiendo fallecido de muerte repentina uno ó dos padres del concilio y algunos de sus criados, sin que se supiese la causa del mal; los médicos, equivocándose por los síntomas ó seducidos por los legados del papa, aseguraron que era efecto de una enfermedad pestilencial y contagiosa. Algunos prelados espantados con tal peligro se retiraron precipitadamente; otros clamaron con impaciencia por abandonar aquel lugar, y finalmente, tras una corta consulta, el concilio fue trasladado á Bolonia, ciudad sujeta al dominio del papa.

Todos los obispados del partido imperial se opusie- 11 de marzo.

Año 1547.
El concilio
se trasladó de
Trento á Bolo-
nia.

ron vivamente á semejante resolución, como que se ha-
bia tomado sin necesidad y fundándose en pretextos fal-
sos ó frívolos. Por orden espresa del emperador que-
daronse en Trento todos los prelados españoles y la
mayor parte de los napolitanos; y los demas, en nú-
mero de treinta y cuatro, acompañaron los legados á
Bolonía. De este modo vióse nacer un cisma en aque-
lla asamblea convocada para poner remedio á las divi-
siones de la iglesia cristiana; pues los padres de Bolo-
nia clamaron contra los que se quedaron en Trento,
teniéndolos por desobedientes y refractarios á la auto-
ridad del pontífice, al paso que estos les acusaban de
que se dejaban intimidar por un riesgo imaginario has-
ta el punto de retirarse á un lugar, donde ninguna
utilidad podían traer sus deliberaciones al restableci-
miento de la paz y del buen órden en Alemania (1).

Señales de
mutuo descon-
tento entre el
papa y el em-
perador.

Valióse al mismo tiempo el emperador de todo su
crédito para hacer volver el concilio á Trento; pero
Pablo, que altamente se envanecía de su habilidad, al
tomar una medida que quitaba á Carlos los medios de
señorear aquella asamblea, no hizo caso de una de-
manda cuya instancia le era bien manifiesta. Transcur-
rió el verano en negociaciones inútiles acerca de este
asunto, pues crecía cada día la obstinacion del uno
cuanto mas importunaba el otro. Sucedió en fin un he-
cho que enconó mas que nunca el mutuo aborrecimien-
to de aquellos dos príncipes, y que determinó al pa-
pa á no dar oídos á ninguna proposicion que partiese
del emperador. Carlos, como ya se dijo, negando la
investidura de Parma y de Plasencia á Pedro Luis
Farnesio, hijo del papa, habíalo de tal manera irrita-

(1) Fra-Paolo, 248, etc.

do, que Farnesio buscaba sin cesar, con toda la vigilancia de un activo resentimiento, la ocasion de vengarse. Habia procurado con ahinco empeñar á su padre á una guerra abierta contra el emperador, incitando tambien vivamente al rey de Francia á que invadiese la Italia. Como su odio y su resentimiento se estendian á todos los que el emperador favorecia; persiguió á Gonzaga gobernador de Milan y animara á Fieschi en su conspiracion contra Andres Doria, porque Gonzaga y Doria poseian la estimacion y la confianza de Carlos. No ignoraba el emperador aquella enemistad y esas secretas intrigas; solo esperaba ocasion para vengarse, y nada deseaban tanto Gonzaga y Doria como ser los instrumentos de su venganza. Con sus costumbres las mas depravadas y cometiendo todo género de esceso, iguales á todos los crímenes que se reprehenden en los tiranos que mas han afrentado la naturaleza humana, habiase Farnesio hecho tan odioso que toda violencia parecia legitima contra su persona. Hallarónse entre sus mismos súbditos hombres que se apresuraron, ó mas bien miraron como una accion meritoria prestar sus manos para un asesinato. Devorado por esa envidia que roe ordinariamente el corazon de los pequeños soberanos, habia Farnesio recurrido á todos los medios de crueldad y perfidia, con los cuales se procura suplir la falta de poder, para abatir y exterminar la nobleza sujeta á su dominio. Cinco nobles de la primera clase de Plasencia uniéronse para vengar los ultrajes que habian tenido que sufrir de parte de aquel principe, ellos personalmente y toda su clase en general. Concertaron su plan de acuerdo con Gonzaga; pero todavía no se sabe con certidumbre si fue él quien concibió aquel proyecto ó si no hizo mas que

Asesinato del
hijo del papa.

Año 1547. aprobar lo que ellos le propusieran. Combinaron todas sus acciones con tanta prevision, con tan profundo secreto procedieron en sus intrigas, mostraron tanto valor en la ejecucion de su conjuracion, que bien puede considerarse como una de las acciones mas audaces de este género que haya mencionado la historia.

10 de setiembre. Una partida de los conjurados sorprendieron al mediodia las puertas de la ciudadela de Plasencia, donde residia Farnesio, dispersaron sus guardias, y le dieron muerte, mientras los demas se apoderaban de la ciudad y escitaban á sus conciudadanos á tomar las armas para recobrar su libertad. Precipitóse la muchedumbre á la ciudadela, de la cual se habian disparado tres cañonazos, que era la señal concertada con Gonzaga. Antes de que pudiese saber la causa y los autores del tumulto, vió el pueblo colgado por los pies de una ventana de la ciudadela el sangriento cuerpo del tirano; mas era tan generalmente aborrecido que ninguno de sus vasallos dió muestras ni de compadecerse de tan gran raves de fortuna, ni de indignarse del modo ignominioso con que trataban á su soberano. Universal fue la alegria que causó el buen éxito de aquella conspiracion, y aplaudióse como libertadores de la patria á los que habian sido sus autores. Echaron el cadaver de Farnesio en los fosos que circunian la ciudadela, donde quedó espuesto á los insultos del poblacho, y luego todos los ciudadanos volvieron á sus acostumbradas ocupaciones, como si nada de extraordinario hubiese acontecido.

Las tropas imperiales se apoderan de Plasencia.

Aquel mismo dia una division de tropas, que venia de las fronteras del Milanesado donde habian apostado aguardando el suceso, tomó posesion de la ciudad en nombre del emperador y restableció á los habitan-

tes en el goce de sus antiguos privilegios. Quisieron también los imperiales apoderarse de Parma por sorpresa; pero esta ciudad debió su salvación á la vigilancia y fidelidad de los oficiales á quienes Farnesio confiara el mando de la guarnición. Vivo dolor causó á Pablo la noticia de la muerte de un hijo que, apesar de sus vicios, idolatraba; y acabó de hacer mas amarga su aflicción la pérdida de una plaza tan importante como Plasencia. En pleno consistorio acusó á Gonzaga de haber cometido un abominable asesinato para abrirse la seada de una usurpacion injusta, y pidió al punto al emperador que vengase aquellos dos atentados haciendo castigar á Gonzaga y restituyendo Plasencia á su nieto Octavio, que era su heredero legítimo; mas antes que soltar una adquisicion tan preciosa, hubiérase espuesto Carlos á si mismo á la imputacion de ser cómplice del crimen que se le habia dado, y á la infamia de defraudar á su propio yerno la herencia que le pertenecia; y así eludido todas las instancias del papa, resolvió quedarse en la posesion de Plasencia y de su territorio (¶).

Esta resolución, hija de una ambicion insaciable que no podía moderar ninguna consideracion de decoro ni de justicia, hizo que rompiese el papa los límites de su circunspeccion y de su timidez acostumbradas; de modo que estaba pronto á tomar las armas contra el emperador para vengarse de los asesinos de su hijo, y para recobrar la herencia de que se habia querido despojar á su familia. Conociendo sin embargo perfectamente cuanto distaba de poder lidiar con tan poderoso enemigo, instó con mucho ahinco al rey de Francia y á la república de Venecia á que se le uniesen

Solicita el papa la alianza del rey de Francia y de los venecianos.

(¶) Fra-Paolo, 257. Pallav. 41, 42. Thuon. l. IV, p. 156. Mém. de Biblicr, 59, 67. Natalis Comitís Histor. l. III, p. 64.

Año 1547. para formar una alianza ofensiva contra Carlos; pero otros proyectos ocupaban entonces á Henrique: habiendo los ingleses batido á sus antiguos aliados los escoceses en una de las mas sangrientas batallas en que hayan combatido jamas dos naciones rivales; preparábase á enviar á Escocia una numerosa division de sus tropas veteranas, asi para impedir su conquista á los ingleses, como para enriquecer la monarquía francesa con un nuevo reino casando el delfin su hijo con la jóven reina de Escocia. Y es evidente que debia preferir una empresa, que reunia tantas ventajas positivas y cuyo buen logro parecia seguro, á la lejana esperanza del fruto que podria tal vez sacar de una alianza con no papa de ochenta años, de salud achacosa y cuyo único objeto era satisfacer su particular resentimiento. En lugar, pues, de empeñarse imprudentemente en tal alianza, entretuvo al papa con promesas y vagas protestas, suficientes para retraerle de pensar en ajustar un tratado con el emperador; pero eludia al mismo tiempo una promesa bastante determinada para ocasionar un inmediato rompimiento con el emperador y precipitarle en una guerra á que no estaba preparado. Aunque no sin inquietud viesen los venecianos Plasencia en poder de los imperiales, imitaron con todo la conducta equívoca del rey de Francia; y en esto no hicieron mas que conformarse al espíritu que ordinariamente dirigia todas sus negociaciones (1).

Pide la dieta de Augsburgo que la asamblea del concilio vuelva á Trento.

No obstante de hallarse Pablo falto de todos los medios de volver á encender al punto la antorcha de la guerra, no por eso olvidó los agravios que se veia forzado á sufrir por entonces; velaba el resentimiento en el fondo de su corazon, y la dificultad de poderlo

(1) *Mém de Ribier, tom. II, p. 63, 71, 78, 83, 95. Paruta, Istor. di Venez. 199, 203. Thuan, l. IV, p. 160.*

satisfacer solo sirvió para acrecentar su violencia. Mientras llegaban á su colmo sus sentimientos de odio y venganza fué cuando la dieta de Augsburgo, conformándose á las órdenes del emperador, en nombre de todo el cuerpo germánico presentó una solicitud al papa pidiendo que mandase á los prelados que se retiraron á Bolonia volver á Trento, y continuar allí sus deliberaciones. Mucho le costó á Carlos decidir á los miembros de la dieta á unírsele para aquella demanda. Había notado mucha diversidad en las opiniones de los protestantes relativamente á la sumision á los decretos del concilio que les esigiera: unos no querian absolutamente tratar de semejante artículo, y otros estaban dispuestos á reconocer el derecho de jurisdiccion del concilio, mediante ciertas modificaciones. Valióse de toda su sagacidad para ganar parte de ellos y para desunir los restantes; y amenazó ó intimidó al elector Palatino, débil príncipe, que temia no le castigase el emperador por los ausilios que prestara á los confederados de Smalkalde. La esperanza de alcanzar la libertad del landgrave y la solemne confirmacion de la dignidad electoral vencieron todos los escrúpulos de Mauricio, ó alomenos hicieron que no se opusiese á lo que era del agrado del emperador. El elector de Brandeburgo, que entre todos los príncipes de su siglo era el que menos se cuidaba de asuntos de religion, facilmente se dejó persuadir de que imitase el ejemplo de los primeros, desiriendo en un todo á la voluntad de Carlos. Faltaba todavia que ganar á los diputados de las ciudades, que estaban mas firmes y alictos á sus principios; aunque se empleó todo cuanto podia inspirarles esperanza ó temor, jamas quisieron obligarse á reconocer la jurisdiccion del concilio, á no ser que se

Año 1547. tomaron eficaces medidas para asegurar á los teólogos de todos los partidos libre acceso á la dieta con entera libertad de discusion, y que todos los puntos de disputa se decidiesen conforme al testo de la escritura y á los usos de la primitiva iglesia. Cuando presentaron al emperador el memorial que contenia esta declaracion, echó mano de un estraordinario artificio. Sin leer el papel, y sin tomar ningun conocimiento de las condiciones en que insistian las ciudades imperiales, fingió que creia que habian consentido en lo que les pedia, y dió las gracias á los diputados por su plena y entera sumision á los decretos del concilio. Aunque se pasaron ellos de lo que acababan de oir, se guardaron muy bien de procurar desengañar al emperador; y ambos partidos prefirieron dejar el asunto en aquel estado de ambigüedad que entrar en una explicacion que hubiera ocasionado una disputa y tal vez un rompimiento (1).

El papa elu-
de la petición.

Habiendo obtenido Carlos este aparente sumision de la dieta á la autoridad del concilio, sirvióse de ella como de un nuevo motivo para apoyar la demanda del regreso del concilio á Trento; pero llevado el papa tanto del deseo de mortificar al emperador como de su propia repugnancia á lo que se le pedia, resolvió sin vacilar no consentirlo: sin embargo, como no quisiera que pudiesen echarle en cara que se dejaba dominar por el resentimiento, tuvo la astucia de lograr una oposicion formal de los doctores que estaban en Bolonia. Remitióles la demanda de la dieta para que la cesaminasen; y aquellos doctores, siempre prontos á confirmar con su consentimiento todo lo que les pro-

(1) Fra-Paolo, 259. Sleid, §10 Thuan, t. 1, p. 155.

ponia el legado, declararon que, sin faltar á su dignidad, no podia el concilio volver á Trento, á no ser que los prelados que al quedarse allí tanto espíritu de cisma manifestáran, pasasen antes á Bolonia para reunirse á sus hermanos; y añadieron que, aun despues de aquella reunion, no podria el concilio renovar sus deliberaciones con la esperanza de ser útil á la iglesia, si no probasen los alemanes que su intencion era obedecer á los futuros decretos del concilio, sujetándose desde entonces á los que ya habia pronunciado (1).

Año 1547.
20 de diciembre.

Comunicó al emperador esta respuesta el papa, que al mismo tiempo le escortó á que cesase á demandas que tan puestas en razon parecian; mas demasiado conocia Carlos el artificioso carácter de Pablo para dejarse engañar con tan grosero manejo. Sabiendo que los prelados de Bolonia no se atrevian á pensar de otro modo que del que les insinuaba aquel pontífice, los miró como meros instrumentos en las manos de otro, y en su respuesta no vió mas que una esposicion de las intenciones del papa. No pudiendo ya tener esperanzas de tomar bastante ascendiente sobre el concilio para hacerlo cooperar á sus proyectos; comprendió cuanto urgía privar al papa de valerse contra él de la autoridad de tan imponente asamblea. Con este objeto envió á Bolonia dos jurisconsultos, quienes en presencia de los legados protestaron que la traslacion del concilio á aquella ciudad habiase verificado sin necesidad y bajo pretextos falsos ó frívolos; que mientras continuasen teniendo allí sus sesiones, solo podia considerarse co-

El emperador protesta contra el concilio de Bolonia.

Año 1548.

(1) Fra-Paolo, 250. Pallavicini, l. II, p. 49.

Año 1548. mo un conventículo ilegal y cismático; que por consi-
 guiente serían nulas y sin ninguna validez todas
 16 de enero. sus decisiones; finalmente, que habiendo el papa y los
 corrompidos eclesiásticos que de él dependían aban-
 donado el cuidado de la iglesia, el emperador, que
 era su protector, emplearía todo el poder que Dios
 le había dado para preservarla de las calamidades
 27 de enero. que la amenazaban. Algunos días después, el emba-
 jador imperial en Roma pidió al papa una audien-
 cia y, en presencia de todos los cardenales y minis-
 tros extranjeros, protestó contra todo lo que habían
 hecho los prelados de Bolonia en términos no muy
 mesurados ni respetuosos (1).

El emperador dispone un sistema que sirva de regla de fe en Alemania.

Pronto trató Carlos de procurarse los medios de poner en ejecución aquellas amenazas, que alarmaron vivamente al papa y al concilio de Bolonia. Participó á la dieta el poco fruto de sus esfuerzos para alcanzar una respuesta favorable á su petición; y añadió que el papa, haciendo tan poco caso de sus súplicas como de los servicios que había hecho á la iglesia, no había querido permitir que el concilio se volviese á reunir en Trento; que, aunque no se debía perder toda esperanza de ver convocada aquella asamblea en parage donde pudiese disfrutar de la libertad de discutir y pronunciar, este suceso todavía era incierto y lejano; que la Alemania veíase despedazada por las disenciones religiosas; que multitud de opiniones nuevas y controversias no conocidas antes entre los cristianos turbaban la pureza de la fe y el espíritu del pueblo; que considerando lo que debía al imperio como su soberano y á la iglesia co-

(1) Fra-Paolo, 264. Pallavicini, 50. Sleid. 446. Goldast. *Consz. imperii* t. 1, p. 561.

su protector, habia empleado algunos distinguidos teólogos, célebres por su talento é instruccion, en preparar un sistema de doctrina, al cual tendrian que conformarse los pueblos hasta que pudiese convocarse un concilio tal como se deseaba. Aquel sistema habia sido compuesto por Pflug, Helling y Agricola; los dos primeros eran dignatarios de la iglesia romana, apreciados por su caracter pacifico y conciliador, y el último un teólogo protestante, de quien con razon se ha sospechado haber recibido dádivas y promesas para vender ó descarriar á su partido. Sirvieron de modelo al nuevo sistema los artículos que se habian presentado á la dieta de Ratisbona en 1541 con el fin de reconciliar los opuestos partidos. Pero como habia cambiado en aquella época la situacion del emperador, y no hallándose ya en la necesidad de tratar á los protestantes con iguales consideraciones; ya no les hacia concesiones tan latas é importantes como las que les habia antes ofrecido. Contenia el nuevo tratado un completo sistema de teologia, conforme á la doctrina de la iglesia romana en casi todos los puntos; pero explicado en su mayor parte en estilo mas dulce, con frases sacadas de la Escritura ó en términos de concertada ambigüedad. En él se confirmaban todos los dogmas peculiares á los papistas, al paso que se mandaban observar todos los ritos que los protestantes condenan como invenciones humanas introducidas en el culto de Dios. En dos solos puntos cedia el rigor de los principios, y se admitia algun ensanche en la práctica. A los eclesiásticos que se hubiesen casado y que no quisieren separarse de sus mugeres se les permitia ejercer todas las funciones del sagrado ministerio; y las pro-

Año 1548 vincias que se habian acostumbrado á recibir el pan y el vino en el sacramento de la Eucaristia, podian canservar el privilegio de comulgar de aquel modo en las dos especies; pero declarábase que aquellos artículos eran concesiones hechas únicamente por una temporada, á fin de procurarse la paz, y por consideracion á la debilidad y preocupaciones de los pueblos (1).

Este sistema llamado *Interim*, es presentado á la dieta.

15 de mayo.

En lo sucesivo fue conocido aquel sistema de doctrina con el nombre de *Interim*, porque contenia reglamentos provisionales, que solo debian valer hasta que pudiese verificarse un concilio libre y general. Presentólo el emperador á la dieta; y anunciando pomposamente al mismo tiempo su intencion de restablecer la tranquilidad y el orden en la iglesia, dijo que esperaba que aquellos reglamentos, aprobados por aquella, contribuirian eficazmente al logro de tan deseable objeto. Al acabar de leer su discurso, levantóse bruscamente el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral; y despues de haber dado las gracias al emperador por sus piadosos y constantes esfuerzos para devolver la paz á la iglesia, en nombre de la dieta declaró que esta aprobaba el nuevo sistema de doctrina, y que estaba resuelta á conformarse á él en todo. Pasmóse toda la asamblea así de una declaracion tan poco conforme con las reglas y la costumbre, como de la osadia con que pretendia el elector declarar los sentimientos de la dieta acerca de un punto que, hasta entonces, ni siquiera habíase puesto en deliberacion y discutido; pero ningun miembro tuvo valor para contradecir lo que el

(1) Fra-Paolo, 275 Pallav. l. II, p. 6. Sleid 453, 457. Struv. Corp. 1051. Goldost. Constit. imper. t. I, p. 518.

elector habia afirmado: pues á unos les contuvo el temor y otros callaron por complacencia. Recibió el emperador la declaracion del arzobispo como una entera y legal ratificacion del *Interim*, y preparóse á sostener su ejecucion como de un decreto del imperio (1).

Año 1548.

Aprobacion forzada de la dieta.

Durante esta dieta, la esposa y los hijos del landgrave, vivamente apoyados por Mauricio de Sajonia, procuraron interesar los individuos de la asamblea á favor de aquel desventurado príncipe, que continuaba gimiendo en prision. Pero temiendo Carlos verse en la necesidad de desechar una demanda que le viniese de parte de un cuerpo tan respetable, procuró anticiparse á aquellas representaciones: á este efecto presentó á la dieta una detallada relacion de lo que pasára con el landgrave, alegando al mismo tiempo los motivos que al principio habíale precisado á asegurarse de la persona de aquel príncipe y que no le permitian, segun decia, devolverle la libertad. No era facil sin duda encontrar buenas razones para justificar accion tan injusta; pero sabia muy bien que bastaria alegar los mas frivolos pretextos ante una asamblea que queria la engañasen, y que nada temia tanto, como que pudiese parecer que miraba las acciones del emperador bajo su verdadero punto de vista. Admitióse, pues, como muy satisfactoria la explicacion que dió de su conducta, y, despues de algunas débiles instancias, para moverle á usar de clemencia con el landgrave, no se habló mas de aquel desgraciado príncipe (2).

Nueva é inútil instancia para obtener la libertad del landgrave.

Quiso sin embargo Carlos disminuir la impresion

(1) Sleid. 460. Fra-Paolo, 273. Pallavicini, 63.

(2) Sleid, 441r.

Año 1548. desfavorable que tal vez causaría á los ánimos tan inflexible rigor; y para probar que su gratitud era tan sólida é invariable como su resentimiento, dió á Mauricio la investidura de la dignidad electoral. Celebróse aquella ceremonia con todas las formalidades legales y con extraordinaria pompa en un patio tan cercano al aposento en que estaba encerrado el elector destronado, que podia verla desde sus ventanas. Mas no alteró aquel insulto su tranquilidad ordinaria; miró aquel espectáculo, y vió á un rival afortunado recibir las insignias de dignidad de que le despojaban, sin manifestar un sentimiento que desmintiese la grandeza de alma que conservara en medio de todos sus infortunios (1).

Papistas y protestantes, repuebaban igualmente el *Interim*.

Inmediatamente despues de disuelta la dieta, mandó el emperador publicar el *Interim* en aleman y en latin. Tuvo aquel acto la suerte ordinaria de todos los planes de conciliacion, cuando se proponen á hombres enardecidos por la disputa. Declaráronse ambos partidos con igual violeneia contra el sistema del *Interim*; condenáronlo los protestantes como que contenia los mas groseros errores del papismo, tan mal disfrazados que solo podian ocultarse á los mas ignorantes, ó á los que quisieran engañarse. Rechazáronlo los papistas como una obra en que la doctrina de la iglesia estaba ó escandalosamente abandonada, ó vilmente disimulada, ó enunciada en términos concertados mas bien para estraviar los espíritus débiles que para ilustrar á los ignorantes, ó convertir á los enemigos de la verdad. Mientras por una parte declamaban

(1) Thuan. *Hist. lib. V, p. 176.* Stevius, *Corp.* 1051. *Investitura Mauritií á Mannerano Lucemburgo descripta, ap. Scard. t. II, p. 508.*

con frenesí los doctores luteranos contra aquel sistema, por otra, con no menor violencia, lo atacaba el general de los dominicos; pero cuando se supo en Roma el contenido del acta, estalló furiosamente la indignacion de los cortesanos y eclesiásticos: clamaron contra la audacia impía del emperador, que usurpaba las funciones del sacerdocio pretendiendo definir artículos de fe, y arreglar formas de culto con el solo concurso de los legos; compararon esta temeraria accion con el atentado de Ozias que con mano profana habia tocado el arca del Señor, ó con las osadas empresas de aquellos emperadores que habian hecho ceseerable su memoria, queriendo reformar á su arbitrio la iglesia cristiana. Hasta supusieron que hallaban muy parecida á la de Enrique VIII la conducta de Carlos, y pareció que temian no siguiese el emperador el ejemplo de aquel monarca, usurpando el título y la jurisdiccion que pertenecia al jefe de la iglesia. Todos, pues, sostuvieron unánimamente que estaban minados los cimientos de la autoridad eclesiástica, y que estando á pique de ser derribado por un nuevo enemigo el edificio entero, era preciso recurrir á algun poderoso medio de defensa y hacer desde el principio la resistencia mas vigorosa, antes que los progresos del ataque estuviesen tan adelantados que hiciesen inútiles todos sus esfuerzos.

El papa, que á su buen juicio unia mas larga experiencia y una observacion mas general de las cosas humanas, juzgó aquel asunto con mas sagacidad, encontrando un motivo de tranquilidad en la misma circunstancia que consternaba á sus cortesanos y consejeros. Maravillóse de que un príncipe tan hábil, como el emperador, se dejase fascinar por una sola victoria, hasta el punto de imaginarse que podria dictar la ley á

Opinion del
papa en este
asunto.

Año 1548.

los hombres y hacerles recibir sus decisiones, aun en las materias en que con más impaciencia sufren se les mande. Conoció que uniéndose á uno de los partidos opuestos de Alemania facilmente habia Carlos podido oprimir al otro, y que sin duda la embriaguez del triunfo habíale inspirado el vano pensamiento de que se hallaba en estado de subyugarlos á los dos; previó que no podia durar mucho un sistema al cual atacaban todos y que nadie defendia, y que por consiguiente no necesitaria cooperar con sus fuerzas para acelerar su caída; y pensó en fin que, luego que cesase de sostenerlo la poderosa mano que lo erigiera, el edificio hundiríase por sí mismo en eterno olvido (1).

El emperador quiere hacer ejecutar el *Interim*.

Aficionado á su plan el emperador, quiso sostener la resolución que tomara de hacerlo rigurosamente ejecutar; pero aunque el elector Palatino, el de Brandeburgo y Mauricio, siempre llevados de las mismas consideraciones, parecieron dispuestos á obedecer á ciegas cuanto les mandase, no en todas partes encontró igual sumisión. Juan, marques de Brandeburgo-Auspach, que se habia comprometido con el mayor celo en la guerra contra los confederados de Smalkalde, no quiso abjurar principios que miraba como sagrados; y recordando al emperador las reiteradas promesas que habia hecho á sus aliados protestantes de concederles el libre ejercicio de su religion, pretendió por consiguiente le dispensase de recibir el *Interim*. Algunos otros príncipes se arriesgaron tambien á manifestar los mismos escrúpulos y á pedir la misma indulgencia. Pero en aquella ocasión, como en todas las que cesgijan valor, mostróse de una manera muy distinguida la firmeza

(1) Steid 408. Fra-Pablo, 271, 277. Pallavicini, L. II, p. 64.

del elector de Sajonia, que mereció los mayores elogios. Sabiendo Carlos cuanto influiría el ejemplo de aquel príncipe en todo el partido protestante; no perdonó medio alguno para obligarle á aprobar el *Interim*; y procuró alternativamente seducirle con la esperanza é intimidarle con el temor, ya prometiéndole ponerle en libertad, ya amenazándole de tratarle con mas rigor; pero el elector se mantuvo inalterable. Despues de haber declarado su inflexible creencia en la doctrina de la reforma: «No abandonaré, dijo, en «mi vejez unos principios á favor de los cuales combatí «en los mis primeros años; ni, queriendo procurarme mi «libertad durante los pocos años de vida que puedo es- «perar, desertaré de una buena causa por la cual he pa- «decido mucho, y mucho quiero aun padecer; prefiero «gozar en esta soledad de la estimacion de los hombres «virtuosos y de la aprobacion de mi propia concien- «cia, que regresar al mundo cargado con el crimen de «la apostasia, que acibarara y marchitara el resto de «mis días.» Con tan noble resolucion, ofreció el elector á sus compatriotas un modelo de conducta bien diferente de la que el emperador esperaba. Irritado de la resistencia de su prisionero, tratólo Carlos con mas rigor, hizolo custodiar con mas estrechez, disminuyó el número de sus criados, despidió los eclesiásticos luteranos que hasta entonces tuviera á su lado aquel infeliz príncipe, y hasta se le quitaron los libros de devocion, que habian sido su mas dulce consuelo durante tan larga y fastidiosa cautividad (1).

No manifestó igual constancia el landgrave de Hesse, su compañero de infortunio, pues la duracion de

(1) Sleid. 461.

Año 1548. su encarcelamiento habia agotado toda su paciencia y valor. Resuelto á comprar su libertad á cualquier precio, escribió al emperador y le ofreció no solamente aprobar el *Interim*, sino aun someterse en todo y sin reserva á su voluntad. Pero sabia Carlos que, cualquiera que fuese la conducta que observase el landgrave, ni su ejemplo, ni su autoridad podrian obligar á sus hijos y á sus vasallos á recibir el *Interim*; y asi; lejos de aceptar sus ofertas, lo tuvo encerrado con el mismo rigor. De este modo sufrió el landgrave la cruel humillacion de ver puesta su conducta en oposicion con la del elector, sin reportar la mas pequeña ventaja de la vil accion con que se habia acarreado justamente el público desprecio (1).

No quieren las ciudades libres admitir el *Interim*.

En las ciudades imperiales fue donde mayormente halló Carlos la mas violenta oposicion al *Interim*. Aquellas pequeñas repúblicas, cuyos ciudadanos estaban acostumbrados á la libertad y á la independencia, abrazaron con notable entusiasmo la doctrina de la reforma asi que cundió por Alemania: pues el espíritu de innovacion es particularmente propio de los gobiernos libres. En aquellas ciudades era donde los predicadores protestantes hicieron mayor número de prosélitos, y donde se establecieron en calidad de pastores los teólogos mas distinguidos del partido. Teniendo de este modo todas las escuelas de instruccion, habian formado discipulos tan versados en los principios de su creencia, como celosos en defenderla. A aquellos discipulos ni los debia conducir el ejemplo ni subyugar la autoridad: como aprendieran á ecsaminar y discutir las materias disputables, creian tener derecho y hallarse

(1) *Ibid.*

en estado de juzgar por sí mismo; de consiguiente, luego que se publicó el *Interim*, reuniéronse y unánimemente se negaron á admitirlo. Strasburgo, Constanza, Breme, Magdeburgo y muchas otras ciudades menos considerables presentaron al emperador solicitudes en las cuales, despues de haber espuesto el modo irregular é ilegal con que habia pasado el *Interim* en la dieta, le suplicaban que no forzase sus conciencias á recibir una forma de doctrina y de culto, que les parecia opuesta á los preceptos positivos de la ley divina. Pero habiendo Carlos hecho recibir su nuevo plan á tantos príncipes del imperio, poco caso hizo de las representaciones de aquellas ciudades: si hubiesen formado una sola masa, fueran temibles; pero distando mucho unas de otras, podian ser subyugadas por separado y facilmente antes que les fuese posible reunirse.

Para lograrlo, conoció el emperador cuan necesario le era echar mano de medidas fuertes, y de hacerlas ejecutar con celeridad, para no dar tiempo de concertar un plan comun de oposicion. Tomando esta máxima por regla de su conducta, dirigió su primera operacion contra la ciudad de Augsburgo; mas aunque la presencia de las tropas imperiales debiese imponer á los habitantes, sabia Carlos que eran tan enemigos del *Interim* como ningun otro pueblo del imperio. Mandó á una division de sus tropas que se apoderase de las puertas, apostó el resto en los varios cuarteles de la ciudad, y reuniendo todos los ciudadanos, por su plena y entera autoridad publicó un decreto por el cual abolia su actual forma de gobierno, disolvia todas sus corporaciones y cofradias, y nombraba un corto número de personas á quienes con-

Tienen que someterse.

Año 1548. fiaba en lo sucesivo el cargo de la administracion: al mismo tiempo cada uno de aquellos nuevos gobernantes prestó juramento de conformarse al *Interim*. A todos indignó tan arbitrario é inaudito acto de autoridad, que privaba al cuerpo de los habitantes de participar en nada del gobierno de su comunidad, sujetándolos á hombres que no tenian otro mérito que una cobarde y vil sumision á la voluntad del emperador; mas como no podian oponer la fuerza, tuvieron que obedecer y someterse en silencio (1). Dejando guarnicion en Augsburgo, marchó Carlos Quinto á Ulm; mudó con igual violencia su gobierno, mandó prender y encarcelar á los pastores que no querian admitir el *Interim*, y al partirse los llevó consigo cargados de cadenas (2). Semejante severidad no solo hizo recibir el *Interim* á dos de las mas poderosas ciudades, sino que tambien fué para las demas un presagio de lo que las amenazaba, si insistian en desobediencia. El efecto del ejemplo fué tan pronto y eficaz quanto podia desearlo, y muchas fueron las ciudades que, por libertarse de la venganza de tan temible príncipe, se sometieron á quanto se les cesigió. Con todo, esta obediencia, arrancada por el rigor de la autoridad, ningun cambio produjo en las opiniones de los alemanes: no hicieron mas que conformarse á la letra de la ley tanto como lo creyeron necesario para guarecerse del castigo. Al explicar las ceremonias cuya observancia prescribia el *Interim*, los predicadores protestantes esponian al mismo tiempo su tendencia y sus efectos, de un modo mas propio para confirmar que para disipar los escrúpulos de sus oyentes. Habíase ya

(1) Steid. 496.

(2) *Id.* 472.

formado una generacion de hombres desde el establecimiento de la religion reformada; y aquellos hombres, acostumbrados á la nueva forma del culto, miraban con horror y desprecio las pomposas solemnidades de la iglesia romana; cómo que en muchas partes los eclesiásticos católicos que volvieron á tomar posesion de sus iglesias, no sin mucho trabajo se garantieron de los insultos del populacho y ejercieron las funciones de su ministerio. Asi, apesar de la aparente sumision de tantas ciudades, los habitantes, nacidos con el espíritu y el amor de la libertad, solo con gran repugnancia se sometieron al yugo que les imponian; y los dogmas y nuevos ritos que se les forzaba á recibir chocaban con sus creencias y con sus pasiones. Veíanse precisados á ocultar el resentimiento y la indignacion en que ardian; pero esta sujecion debia tener un término, pasado el cual reventarian sus sentimientos con tanta mas violencia, cuanto mas habian estado comprimidos (1).

Entretanto Carlos, contento por haber doblegado con su autoridad el intratable carácter de los Alemanes, partió para los Países Bajos, resuelto á hacer recibir á la fuerza el *Interim* á las ciudades que todavia se resistian. Llevóse consigo sus dos prisioneros, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, ya fuese porque no se atrevia á dejarlos en Alemania, ya porque quisiese presentar á sus compatriotas los Flamencos una brillante prueba del triunfo de sus armas y de la grandeza de su poder.

Antes de llegar á Bruselas, supo que los legados del papa en Bolonia habian disuelto el concilio por

El papa disuelve el concilio de Bolonia.

17 de setiembre.

(1) *Mém de Hubier, tom II p. 218. Steud. 491.*

Año 1548. medio de una prorogacion indefinida, y que los pre-
lados que estaban reunidos en aquella ciudad habian
regresado cada uno á su patria. La necesidad habia
reducido al pontifice á este estremo. Con la separa-
cion de los que votaron contra la traslacion del concilio
á Bolonia, y despues de la partida de otros
muchos que se cansaron de morar en donde no les
era permitido proceder á los negocios en que consistia
el objeto del concilio, eran tan pocos los que queda-
ban y de tan poca suposicion é importancia en su ma-
yor parte, que sin faltar al decoro ya no se podia
calificar aquella asamblea con el pomposo título de
concilio general. No le quedó á Pablo otro partido
que disolver una reunion convertida ya en el objeto
de desprecio, y que estaba presentando á toda la cris-
tidad la mas evidente prueba de la impotencia de
la Santa Sede. Mas aunque fuese inevitable seme-
jante medida, era susceptible de poco favorables in-
terpretaciones; pues dijérase que quitaba el remedio
en el mismo momento en que aquellos, á quienes se
destinaba, se dejaban persuadir de reconocer su va-
lor y probar sus efectos. No se desconfió Carlos de pre-
sentar la conducta del papa bajo este punto de vista;
y por medio de una sutil comparacion entre los es-
fuerzos que hiciera para esterminar la heregia y la
escandalosa indiferencia de Pablo en tan esencial
asunto, procuró hacer odioso el pontifice á todos los
buenos católicos. Al mismo tiempo mandó á los pre-
lados de su partido que permanecieran en Trento, pa-
ra que pareciese que todavía existia el concilio y tal
vez pudiese, á su tiempo, continuar sus deliberacio-
nes para el bien de la iglesia (1).

(1) Pallavicini, p. 11, 72.

Aunque gustaba Carlos de pasar de una á otra parte de sus estados; no era esta afición particular el solo motivo de su viage á Flandes; sino que queria recibir allí su hijo único, que contaba entonces veinte y un años de edad, y al cual habia llamado no solo para darlo á reconocer á los estados de los Países Bajos por su presunto heredero, sino tambien para facilitar la ejecución de un gran proyecto, cuyo objeto y éxito esplicaremos pronto.

Año 1548.

Dejando Felipe el gobierno de la España en manos de Maesimiliano, primogénito de Fernando, á quien el emperador casara con la princesa Maria, su hija; embarcóse para Italia, acompañado de un numeroso séquito de la nobleza española (1). Mandaba la escuadra que le escoltaba Andres Doria, que, apesar de lo avanzado de su edad, solicitó el honor de ejercer para el hijo las mismas funciones que tan amenudo desempeñara para el padre. Desembarcó Felipe felizmente en Génova, de donde se fue á Milan, y atreviendo enseguida la Alemania llegó á la corte que estaba en Bruselas. Los estados de Brabante y luego los de las demas provincias, segun su rango, reconocieron su derecho de sucesion en las formas acostumbradas, presentando él por su parte el juramento de mantener sus privilegios en su cabal integridad (2). Fue recibido Felipe con extraordinaria pompa en todas las ciudades de los Países Bajos por donde pasó; no se olvidó nada de lo que podia manifestar el respeto del pueblo á su persona ó contribuir á su recreo: fiestas, torneos, espectáculos públicos de toda especie sucediéronse con esa afectacion de magnificencia, que tanto place desplegar á

El emperador recibe á su hijo Felipe en los Países-Bajos.

25 de noviembre.

Año 1549.
1 de abril.

(1) Ochoa, *Carolea*, 362.

(2) Haræus, *Annal. Brab.* 652.

Año 1549. las naciones comerciantes en todas las ocasiones que se separaran de sus ordinarias máximas de economía; pero en medio de los regocijos y de las fiestas, dejó asomar Felipe de un modo bastante notable la natural severidad de su carácter. Aunque estaba todavía en su primera juventud, nada agradable veíase en su persona, y ni el interés mismo que tenía de complacer á un pueblo, cuyos votos venia á solicitar, pudo inspirarle maneras amables y finas: siempre conservó grave y reservado aspecto, y la declarada parcialidad que manifestó á favor de los españoles de su comitiva, y la clara preferencia que daba á las costumbres de su país disgustaron á los flamencos, siendo el origen de aquella antipatía que despues ocasionó, en aquella parte de sus estados, una revolucion tan funesta á la monarquía española (1).

Mucho tiempo detuvo á Carlos en los Países Bajos un violento ataque de gota, cuyos accesos habíanse hecho tan frecuentes y dolorosos que habían debilitado, en gran manera, la robustez de su constitucion. Sin embargo, no aljó en sus esfuerzos para la ejecucion del *Interim*. Los habitantes de Strasburgo, tras larga resistencia, conocieron era preciso obedecer; los de Constanza, que tomaran las armas para su defensa, fueron obligados por la fuerza no solo á aceptar el *Interim*, sino tambien á renunciar á sus privilegios como ciudadanos de ciudad libre, á prestar homenaje á Fernando en calidad de archiduque de Austria, y á recibir un gobernador y guarnicion austriaca como vasallos de este príncipe (2). Magdeburgo, Brene, Ham-

(1) *Mém. de Ribier, tom. II, p. 29. L'Evêque, Mém. del card de Granvelle, t. I, 21.*

(2) *Sleid. 474, 491.*

burgo y Lubeck fueron las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Carlos. Año 1547.

FIN DEL LIBRO NONO.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO DÉCIMO.

AFANÁBASE Carlos con infatigable constancia por vencer la obstinacion de los protestantes; mas en la ejecucion de este proyecto hallábanse frustrados los efectos de su energia por los de la animosidad del papa, que cada día iba haciéndose mas violenta. Por una parte, la firme resolucion que parecia haber tomado el emperador de no restituir Plasencia, y por otra sus reiteradas tentativas contra la jurisdiccion eclesiástica ya por medio de los reglamentos que contenia el *Interim*, ya con el proyecto de convocar un concilio en Trento, escitaban la mas viva indignacion de Pablo que, por una debilidad comun á los ancianos, cobraba mas adhesion á su familia, y se hacia mas celoso de su autoridad á medida que iba entrando en años. Animado por estos sentimientos, hizo nuevos esfuerzos para incitar al rey de Francia á entrar en una liga contra el em-

Año 1549.
Medidas del
papa contra el
emperador.

Año 1549. perador (1). Mas, apesar del odio a Carlos Quinto, que heredára con su corona, y de los recelos que le infundian el continuo aumento de su poder, no parecia estar aquel monarca mas dispuesto que antes á empezar una nueva guerra; de consiguiente tuvo el papa que limitar sus miras, y, no hallándose en estado de vengarse de las pasadas usurpaciones del emperador, trató alomenos de anticiparse á las que venir pudiesen. Para esto revocó la sesion que hiciéra de Parma y de Plasencia, y despues de haber declarado que las reunia á la santa sede, indemnizó á Octavio con un nuevo establecimiento en el estado eclesiástico. Esperaba obtener por este medio dos cosas muy importantes: la primera era la seguridad de Parma, pues estaba bien persuadido de que aunque sin escrúpulo podría apoderarse el emperador de una ciudad que pertencía á la casa de Farnesio, no se atrevería á invadir el patrimonio de la iglesia: en segundo lugar veía alguna probabilidad de recobrar Plasencia, como que podría decorosamente avivar sus solicitudes acerca de este asunto, al paso que tendrían estas mas peso cuando abogase por la causa de la iglesia, y no por la de su familia. Mientras lisonjeábase Pablo con esta idea como con su obra maestra de política; no pudiendo Octavio, jóven lleno de ambicion y de osadía, ver sin impacientarse que la rapacidad de su suegro le despojaba de la mitad de sus dominios, y que le privaban de la otra los artificios de su abuelo, preparóse para atajar la ejecucion de aquel proyecto. Partióse secretamente de Roma y probó de apoderarse de Parma por sorpresa; pero habiéndose frustrado esta tentativa por la

(1) *Mém de Ribier, tom. II, 230.*

Año 1549.

fidelidad del gobernador á quien confiara el papa la defensa de la plaza, hizo Octavio proposiciones al emperador, ofreciéndole renunciar á todos los vínculos que le unian con el papa y no esperar sino de él sus adelantos y su fortuna. Pablo, que á un carácter naturalmente triste unia todo el mal humor de la vejez, encendiéndose en cólera al saber la inesperada desercion de su nieto y su alianza con un príncipe que aborrencia, pudiéndose decir que no hay severidad con que aquel pontifice no estuviese pronto á tratar á Octavio, á quien apellidaba apóstata desnaturalizado. Afortunadamente para este, la muerte detuvo los efectos de su resentimiento terminando su carrera á los diez y seis años de su pontificado y ochenta y dos de su edad (1).

Muerte de
Pablo III.
10 de noviem-
bre.

(1) Entre los muchos ejemplos de la credulidad de los historiadores que atribuyen á causas extraordinarias la muerte de las personas ilustres, puede citarse el siguiente. Casi todos los historiadores del siglo décimo sexto afirman que la muerte de Pablo III fue efecto de la violenta impresion que causó á su ánimo la inesperada conducta de su nieto; que habiéndole participado la noticia de la empresa de Octavio contra Parma y de sus negociaciones con el emperador, mientras se paseaba por uno de sus jardines cerca de Roma, desmayóse, permaneció algunas horas privado de todo sentido, sobrecogióle luego una gran fiebre y murió al cabo de tres dias. Tal es la relacion que de su fallecimiento se halla en la historia de M. de Thou lib. IV, p. 211, en Adriani (*Istor. di suoi tempi*, lib. VII, p. 480), y en Fra-Paolo (*Istor. del concil. Trid.* p. 280). El mismo cardenal Pallavicini, que debió estar mejor instruido que ningun otro escritor de lo que pasaba en la corte de Roma, y que habla de ello mas exactamente cuando no se deja llevar de las preocupaciones y espíritu de sistema, está conforme con estos historiadores en las principales circunstancias de su relacion. (*Pallavic. l. II, p. 64*). Del mismo modo cuenta la muerte de Pablo. Paruta que escribió su historia por órden del senado de Venecia (*Paruta, Istor. Ven. vol. IV, p. 212*). Pero no habia para que recurrir á una causa extraordinaria para explicar la muerte de un anciano de ochenta y dos años, y nos ha quedado una relacion auténtica de aquel suceso, en la cual no se encuentra ninguna de las circunstancias maravillosas de que gustan tan-

Año 1550. Como ya hacia tiempo que se esperaba este suceso, hubo en Roma gran concurso de cardenales; y habiendo los varios competidores podido con anticipacion formar sus partidos y combinar sus medidas, su ambicion y sus intrigas prolongaron muchísimo la duracion del conclave. Procuraban á porfia la faccion imperial y la de Francia hacer recaer la eleccion en una de sus hechuras, y parecia que alternativamente obtenian la ventaja. Pero habiendo Pablo en el ecurso de su pontificado creado gran número de cardenales, distinguidos la mayor parte por sus talentos y enteramente adictos á

to los historiadores. El cardenal de Ferrara, encargado de los negocios de Francia en la corte de Roma y M. de Ursé, que residia alli en calidad de embajador de Henrique, escribieron á este monarca los detalles del asunto de Parma y del fallecimiento del pontífice. Segun su escrito, verificóse á 20 de octubre la tentativa de Octavio para sorprender á Parma; por la tarde del dia siguiente, pero no mientras se paseaba por los jardines de Monte Cavallo, recibió el papa la noticia de lo sucedido, encendióse en la mas violenta cólera y prorrumpió en gritos que se oyeron en muchos aposentos de su palacio; con todo, el 22 se halló en bastante buen estado de salud para dar audiencia al cardenal de Ferrara y despachar varios negocios; Octavio escribió al papa, y no al cardenal Farnesio su hermano, una carta en que le declaraba su resolucion de arrojarle en los brazos del emperador; el papa la recibió el 21, sin manifestar emocion alguna y contestando á ella; el 22 de octubre dia de que fecha la carta del cardenal de Ferrara, se hallaba el papa como de ordinario (*Mém. de Ribier, t. III, p. 247*). Por carta de M. de Ursé, del 5 de noviembre, vese que el papa gozaba de tan cabal salud, que el 3 de aquel mismo mes habia celebrado el aniversario de su coronacion con todas las ceremonias de costumbre (*ibid.* 251). Por otra del mismo embajador sabemos que, el 6 de noviembre, tuvo un ataque de una especie de catarro, que le afectó los pulmones con tan peligrosos síntomas, que al punto se desconfió de su vida (*ibid.* 21). Por otra del mismo consta que murió á 10 de noviembre. En ninguna de estas cartas se atribuye su muerte á una causa extraordinaria, al paso que resulta que transcurrieron mas de veinte dias entre la tentativa de Octavio contra Parma y la muerte de su abuelo, y que la enfermedad de que falleció aquel pontífice fue efecto de la vejez, y no consecuencia de un violento acceso de cólera.

su familia, hallóse el cardenal Farnesio al frente de un partido muy unido y poderoso, cuya diligencia y firmeza lograron elevar al trono pontifical el cardenal del Monte, que Pablo había empleado como su legado principal en el concilio de Trento, y á quien confiara sus mas secretas intenciones. Tomó el nombre de Julio III, y para manifestar su reconocimiento á su bienhechor, el primer acto de su administracion fue poner á Octavio Farnesio en posesion de Parma. Cuando le representaron el perjuicio que acarrea á la santa sede enagenando tan importante territorio, respondió con vivacidad que preferiria ser un papa pobre con la reputacion de un gentil hombre, que un papa rico con la ignominia de haber olvidado los beneficios que recibiera y las promesas que había hecho (1). Mas pronto una accion indecorosa borró el honor de que se cubrió con aquel rasgo de sencillez y generosidad. Segun una costumbre antigua y recibida, al ser elegido cada pontífice tiene el derecho de conceder á quien le place el capelo que deja vacante al recibir la tiara. Con gran admiracion del sagrado colegio, confirió Julio esa brillante prenda de distincion, con muy considerables rentas eclesiásticas y con el derecho de usar su nombre y sus armas, á un jóven de diez y seis años, llamado Inocente, nacido de padres oscuros y al cual apellidaban el *mono*, porque en la familia del cardenal cuidaba de un animal de aquella especie. Semejante prostitucion de la primera dignidad de la Iglesia hubiera parecido chocante hasta en aquellos tiempos de ignorancia y de tinieblas, en que la crédula supersticion del pueblo alenta-

Año 1550.

Eleccion de
Julio III.
7 de febrero.

(1) *Mém de Robier.*

AÑOS 1560.

ba á los eclesiásticos á hollar abiertamente todas las leyes del decoro. Pero en un siglo ilustrado, en que los progresos de la razon y de la filosofía daban á conocer mejor los derechos de la decencia y de la virtud; en que poco á poco iba menguando la ciega veneracion, que por tanto tiempo se habia profesado al carácter pontifical; y en que la mitad de la cristiandad habia alzado el estandarte de rebelion contra la sede romana; no podia dejar de causar horror aquella accion del sumo pontífice. Inundaron al punto Roma sinnúmero de libelos y pasquines, que atribuian á la pasion mas vergonzosa la estravagante predileccion de Julio por un sujeto tan indigno de ella. Clamaron los protestantes contra el absurdo de suponer que pudiese morar en tan impuro corazon el espíritu infalible de la verdad divina, y con mas brio y apariencia de justicia que nunca, pidieron la pronta y entera reforma de una iglesia cuyo gefe deshonoraba el nombre cristiano (1).

Correspondió toda la conducta del papa á este primer rasgo de su carácter; pues luego que se vió elevado á la cumbre de la grandeza eclesiástica, apresuróse á satisfacer todos sus deseos, indemnizándose así del fingimiento y privaciones á que se condenára por prudencia mientras permaneció en estado inferior. Manifestó tanta aversion á cualesquiera negocios serios, que no se podia recabar de él que pusiese en ellos la menor atencion, excepto en los casos de suma necesidad; y dándose á la disipacion y á todo género de placeres, quiso mas imitar la voluptuosa elegancia de Leon X que la severa virtud de Adriano: severidad que le hubiera sido necesaria para luchar con una secta que á

(1) SIBBI (9), Fra Paolo, 281 Pallav. I II, p. 76. Thuau, t. VII, p. 215.

la rigidez y austeridad de costumbres de los que la profesaban debía gran parte de su crédito y de su fuerza (1). Año 1550.

Apesar de lo pronto que estaba á cumplir sus promesas para con la familia de los Farnesios, no se cuidó de guardar el juramento que cada cardenal habia prestado al entrar en el conclave; y por el cual aquel en quien recayese la eleccion obligábase á convocar al punto el concilio y hacerle continuar sus deliberaciones. Sabia Julio por esperiencia cuan difícil era retener una reunion de semejante modo; compuesta en los estrechos limites que tanto importaba á la iglesia romana prescribir, y con cuanta facilidad el celo de unos, la temeridad de otros y las sugerencias de los príncipes, de quienes la mayor parte dependian, podian inducir una asamblea popular, sin reglamento y sin jefe, á pesquisas y decisiones peligrosas. Procuró, pues, sustraerse de la obligacion de su juramento, y dió una respuesta equívoca á las primeras proposiciones que le hizo el emperador acerca de este asunto. Mas, ó por efecto de su natural obstinacion en seguir las disposiciones que empezára á adoptar, ó por solo puro orgullo de ejecutar lo que casi rayaba en imposible, insistió Carlos en la resolucion de obligar á los protestantes á volver á entrar en el seno de la iglesia. Como habíase persuadido de que las decisiones auténticas del concilio podrian servir con eficacia para combatir la oposicion de aquellos, pidió una nueva bula de convocacion con las mayores instancias, á que no se pudo negar el papa sin faltar á su dignidad. Viendo Julio que no podían librarse de convocar un concilio,

Su objeto y sus manejos relativamente al concilio general.

(1) Fra-Paolo, 281.

Año 1550. procuró al menos hacerse un mérito de semejante acción que era objeto de voto tan general. Una congregacion de cardenales, á la cual remitió el escámen de las medidas que debian tomarse para la paz de la iglesia, conformándose á sus intenciones recomendó una pronta convocacion como el mas propio medio para llenar aquel objeto; y considerando ademas que en Alemania era donde las nuevas heregias promovian mas trastornos y hacian mas progresos, propuso se escogiese la ciudad de Trento para punto de reunion del concilio, á fin de que pudiendo desde allí observar el mal de mas cerca se le pudiese aplicar el remedio con mas prudencia y acierto. Aprobó altamente el pontífice esa opinion que el mismo dictára, y envió nuncios á la corte imperial y á la de Francia para declararles sus intenciones (1).

Dieta celebrada en Augsburgo para confirmar el *Interim*.

15 de junio.

Entretanto convocára el emperador una nueva dieta en Augsburgo, con el objeto de activar la ejecucion del *Interim* y de hacer firmar á aquella asamblea un acta mas auténtica, para reconocer la jurisdiccion del concilio, con la positiva promesa de conformarse á sus decretos. Acudió á ella en persona, acompañado de su hijo el príncipe de España; mas pocos electores asistieron, y todos enviaron sus diputados. Apesar del tono despótico con que por espacio de dos años habia Carlos dictado la ley al imperio, conocia que no estaba enteramente apagado en los alemanes el espíritu de independencia, y esperaba imponer á la dieta con el aparato de una considerable division de tropas españolas, de que se hizo escoltar. La necesidad de convocar un concilio fue el primer punto que se

(1) Fra Paolo, 281. Pallav. l. II, p. 77.

sometió á las deliberaciones de la dieta. Conviniéron sin dificultad todos los católicos romanos en que aquella asamblea debia volverse á establecer en Trento, prometiéndose sujetarse á ciegas á sus decretos. Intimidados y desunidos los protestantes, hubieran seguido este ejemplo y sido unánime la resolución de la dieta, si Mauricio de Sajonia no hubiese empezado á manifestar nuevos intentos, y á representar un papel muy distinto del que hasta entónces.

Por medio de una artificiosa simulacion de sus propios sentimientos, con el aparente celo que mostrara en apoyar los ambiciosos proyectos de Carlos y por su asiduidad en hacerle la corte, habia Mauricio ascendido á la dignidad electoral, y reuniendo á sus dominios los de la linea primogénita de la casa de Sajonia llegara á ser el mas poderoso príncipe de la Alemania. Mas á favor de tan larga é íntima union con el emperador habia tenido ocasion de notar cuan peligroso era el objeto de los proyectos de aquel monarca; conoció que él mismo cooperaba á forjar los hierros que debian encadenar á su pais, y considerando los rápidos y formidables progresos del poder imperial, vió claramente que solo le faltaban á Carlos algunos pasos mas que dar para ser tan absoluto en el imperio, como lo habia llegado á ser en España. Cuanto mas elevado era el rango á que ascendiera, tanto mas celoso debia naturalmente estar de conservar sus derechos y sus privilegios, y mas tenia que temer el bajar de la condicion de príncipe casi independiente á la de vasallo sujeto á la voluntad de un señor. Veia al mismo tiempo que, en vez de conceder la libertad de conciencia que prometiéra para empeñar á muchos príncipes protestantes á unirsele contra los confedera-

Desígnios
de Mauricio
contra el em-
perador.

Año 1550.

Año 1550. dos de Smalkalde, parecia que queria Carlos escigir que se conformasen escattamente á los dogmas y á los ritos de la iglesia romana. Apesar de cuantos sacrificios hiciera ya por motivos de interés, ya por un esceso de confianza en el emperador, era Mauricio sinceramente adicto á la doctrina luterana, y no pudo permanecer pacifico espectador de la destruccion de un sistema que creia se fundaba en la verdad.

Motivos políticos que influyen en su conducta.

Consideraciones políticas y su interés personal robustecian esa resolucion, que le dictaba el amor á la libertad ó el celo por su religion. En la brillante situacion en que se hallaba entonces este príncipe, ofreciase á su imaginacion un nuevo porvenir de grandeza, pues su rango y su pujanza naturalmente le designaban para jefe de los protestantes en el imperio. Con menos talento y estados menos vastos su predecesor, el elector destronado, habia ejercido el mayor influjo en todos los actos de su partido, y Mauricio tenia bastante ilustracion para ver toda la ventaja de semejante preeminencia y bastante ambicion para desear obtenerla; pero en las circunstancias en que se hallaba, la dificultad de la empresa corria parejas con la importancia del objeto. Por una parte, era tan estrecha su union con el emperador que ningun partido podia tomar que tendiese á romperla sin que alarmase los recelos de tan temible príncipe, y sin atraerse encima todo el peso de aquel mismo poder, que acababa de aplastar la mas importante coalicion que jamas se hubiese formado en Alemania. Por otra, eran tan recientes y terribles las calamidades que habia causado á los protestantes, que casi parecia imposible volver á conquistar su confianza y darles union y vigor, despues de haber sido el principal instru-

mento de su division y de su ruina. Era menester toda la audacia de Mauricio para no desalentarse con semejantes consideraciones; pero la grandeza y los peligros de la empresa eran otros tantos alicientes que á ella le incitaban. Sin vacilar tomó una resolucion tan atrevida, que no hubiera concebido su idea cualquier hombre de un genio inferior, si ya no hubiese temblado ante los riesgos que á su ejecucion debian acompañar.

Concurrían con sus intereses las pasiones de Mauricio para confirmarle en su designio, y el resentimiento de una injuria, cuyo ultrage aun sentia profundamente, daba nueva fuerza á los motivos que le sugeria una sana política para oponerse al emperador. Con su crédito habia decidido al landgrave de Hesse á ponerse en manos de Carlos, al paso que obtuviéramos de los ministros imperiales la promesa de que no se detendria preso al landgrave. Como ya se ha visto, esta promesa violóse del modo mas ignominioso, y el desgraciado landgrave quejábase tan amargamente de su yerno como del mismo Carlos. Instaban los príncipes de Hesse vivamente á Mauricio para que cumpliera con la obligacion que habia contraido con su padre, que solo por efecto de su confianza en él perdiera su libertad. Por otra parte, la Alemania entera le acusaba de haber vendido á un amigo á quien debiera proteger, y de haberlo entregado á un enemigo implacable. Movidó por tantas instancias, por tantas inculpaciones y por el conocimiento de lo que debia á su suegro, habíase Mauricio valido no solo de las súplicas sino hasta de las instancias y recuerdos para alcanzar la libertad del landgrave, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. La vergüenza de verse engaña-

Año 1550. do y desairado por un príncipe, á quien sirviéra con tanto celo y prosperidad, habia causado profunda impresion en el ánimo del elector, que desde entonces esperó con impaciencia ocasion para vengarse.

Con mucha astucia y precaucion debia Mauricio proceder en las operaciones que á tal objeto se dirigian, pues por un lado debia recelar no infundiese prematuras sospechas al emperador, y por otro estaba obligado á hacer alguna accion ruidosa para volver á poseer la confianza del partido protestante. Puso en práctica toda su sagacidad y disimulo para conciliar ambos intereses. Sabiendo que Carlos era inflexible tocante á la sumision que escigia al *Interim*, no vaciló un momento en establecer en sus Estados aquella forma de doctrina y de culto; mas como al mismo tiempo conocia cuan odiosa era semejante novedad á sus vasallos, en vez de forzarles á recibirla por medio de la violencia de la autoridad, como se habia practicado en otras partes de Alemania, procuró transformar su obediencia en acto voluntario. Para ello reunió en Leipsick el clero de sus estados, entregándole una copia del *Interim* con las razones que probaban la necesidad de someterse á él. Gauó á los unos con promesas; impuso á los otros con amenazas; y ya á todos tenia espantados el rigor con que en las vecinas provincias se escigia la sumision á aquella nueva ley. Melancton, que por sus virtudes é instruccion merecia ocupar el primer rango entre los teólogos protestantes, hallábase entonces privado de los varoniles y enérgicos consejos de Lutero, que ordinariamente reanimaban su valor y le sostenian en medio de los peligros y borrascas que combatian á la Iglesia; así la timidez natural de su carácter, su amor á la

Establece
Mauricio el
Interim en Sa-
jonia.

paz y su excesiva deferencia á las personas de elevada clase, le arrancaron concesiones que no se pueden justificar. Arrastrada por sus razones y autoridad, y seducida por los artificios de Mauricio, declaró la asamblea que en los artículos puramente indiferentes debíanse obedecer las órdenes de un superior legítimo. Partiendo de este principio, tan incostestable en teoría como peligroso en la práctica, mayormente en materias religiosas, calificó de cosas indiferentes muchas máximas que Lutero habia atacado como groseros y perniciosos errores de la doctrina romana, y la mayor parte de las ceremonias que distinguen el culto romano del de los reformados; de consiguiente, el clero escortó al pueblo á someterse á los mandatos del emperador (1).

Con tan astuto proceder logró Mauricio establecer el *Interim* en la Sajonia, sin escitar ninguna de las violentas reacciones que aquella novedad habia ocasionado en otras provincias; pero aunque se hubiesen sometido los sajones, los mas celosos luteranos clamaron contra Melancton y sus asociados, teniéndolos por falsos hermanos que eran ó bastante corrompidos para renegar enteramente de la verdad, ó tan artificiosos que la vendian con sutiles distinciones, ó tan viles que la sacrificaban, por una criminal complacencia, a un príncipe capaz por si mismo de inmolar á su interes político cuanto habia mas sagrado. Conociendo cuanto valor daba á semejantes acusaciones su pasada conducta y temiendo perder para siempre la confianza de los protestantes, publicó Mauricio una declaracion llena de protestas de celo y adhesion á la religion

Protesta de su celo por la religion protestante.

(1) Steid. 481, 485 Jo. Laur. Mosheimii *Instit. Hist. eccl.* l. IV. Helmst. 1755, in-4º, p. 748. Jo. Aud. Schmidii *Historia Interimistica*, p. 70, etc. Helmst. 1730.

Año 1550. reformada, prometiendo en ella defenderla contra todos los errores y usurpaciones de la corte de Roma (2).

Al mismo tiempo hace la corte al emperador.

Habiendo así logrado calmar los temores de los protestantes, comprendió cuan necesario era borrar la impresión que al emperador aquella declaración tal vez habría causado. A este fin no solamente le renovó las protestas de adhesión inviolable á la alianza que les unía, sino que se encargó de reducir á la obediencia á la ciudad de Magdeburgo, que aun insistía en no admitir el *Interim*, y al punto levantó tropas destinadas á aquella expedición. Tan extraordinaria acción derribó todas las esperanzas que la última declaración de Mauricio hiciera concebir á los protestantes, que mas que nunca se encontraron confusos para adivinar sus verdaderas intenciones. Revivieron con mas fuerza la desconfianza y las sospechas que les infundiera su pasada conducta, y los teólogos de Magdeburgo inundaron la Alemania toda con escritos en que le representaban como el mas temible enemigo de la religion protestante y como un traidor, que solo aparentaba celo por los intereses de aquella para ejecutar, con mas seguridad, el proyecto que formara de destruirla.

Protesta contra la forma de proceder en el concilio.

Fué tan generalmente adoptada esta acusación apoyada en hechos recientes y públicos y en la conducta equívoca de Mauricio, que para justificarse se vió obligado á tomar una enérgica resolución. Cuando se propuso á la dieta reunir en Trento el concilio, protestaron sus embajadores que su señor no reconocería su autoridad sino con las condiciones siguientes: 1.^o que se sometiesen á nuevo escámen todos los puntos de controversia que ya se habían decidido, y que se tuviese

(1) Sleid. 485.

por nula la primera decision; 2.^a que los teólogos protestantes tuviesen en el concilio plena libertad de hablar y voz decisiva; 3.^a que renunciase el papa á la pretension de presidir en él, se obligase á someterse á las decisiones de la asamblea y absolviere á los obispos del juramento de obediencia, para que pudiesen con mas libertad espresar sus sentimientos. Tan osadas demandas, que los reformadores no se hubieran atrevido á pedir en la época misma en que mas ardiente era el celo de su partido y estaban sus negocios en la situacion mas favorable, contrabalancearon en parte el efecto de los preparativos de Mauricio contra Magdeburgo, y sumergieron á los protestantes en nueva incertidumbre acerca del objeto de su proceder. Supo al mismo tiempo hacer que el emperador considerase esa accion bajo un punto de vista tan favorable que no pareció ofenderse, no alterándose así en nada la íntima union que entre ellos mediaba. Ninguna noticia nos han dejado los historiadores contemporáneos acerca de los pretextos de que se valió para pintar, como inocente, la atrevida declaracion que acababa de hacer; pero lo cierto es que sus razones persuadieron á Carlos, pues continuó este monarca insiguiendo con el mismo ardor su plan, tanto para el establecimiento del *Interim* como para la convocacion del concilio, y manifestando la misma confianza en Mauricio tocante á la ejecucion de esos dos puntos.

No sabiendose todavía en Augsburgo la resolution del papa acerca del concilio, el principal objeto de la dieta fué mantener la observancia del *Interim*. Apesar de cuantos esfuerzos se hiciéran para intimidarle ó seducirle, el senado de Magdeburgo no solo se obstinaba en no admitir el *Interim*, sino que empezó á aumen-

Resuelve la dieta hacer la guerra á la ciudad de Magdeburgo.

Año 1550. tar las fortificaciones de la ciudad y á alistar tropas para defenderla. Requirió Carlos á la dieta que le ayudase á reprimir tan osada rebelion contra un decreto del imperio; pero si sus miembros hubiesen tenido la libertad de seguir el impulso de sus sentimientos particulares, sin vacilar hubiesen rechazado aquella demanda. Todos los alemanes que mas ó menos apoyaban las nuevas opiniones, y otros muchos á quienes no podia dejar de infundir recelos el acrecentamiento del poder del emperador, miraban la resistencia de los ciudadanos de Magdeburgo como un generoso esfuerzo á favor de la libertad de su patria; de modo que hasta los que no tuvieron suficiente valor para manifestar igual energía admiraban la audacia, de la empresa y deseaban su feliz éesito; pero la presencia de las tropas españolas y el temor de ofender al emperador de tal manera impusieron á todos los que asistian á la dieta que, sin atreverse á esponer sus opiniones, ratificaron con sus votos cuanto plugo al emperador prescribirlas. Fueron confirmados los rigurosos decretos que de su propia autoridad habia Carlos espedido contra los habitantes de Magdeburgo; mandóse alistar tropas para hacer el sitio en regla, y nombráronse comisarios para fijar el contingente que en hombres y dinero daría cada estado. Pidió al mismo tiempo la dieta que se diese á Mauricio el mando de aquel ejército, á que asintió Carlos con mucha satisfaccion, elogiando altamente el acierto de semejante eleccion (1). Como Mauricio guardó en todas sus acciones impenetrable secreto, es probable que no tomára abiertamente ninguna medida para lograr la distincion que le concedian.

(1) Steidl. 503, 512.

Así pues la elección de sus compatriotas fué ó puro efecto de la casualidad, ó de la opinion general que se tenia de sus grandes calidades. Las consecuencias que de este nombramiento dimanaron ni podian preverse por la dieta, ni infundir recelos al emperador. Aceptó Mauricio sin vacilar el honor que se le dispensaba, y vió con una sola ojeada todas las ventajas que de él podria reportar.

Entretanto, preparando Julio su bula para la convocacion del concilio, no descuidaba ninguna de las minuciosas formalidades de que con tanta finura sabe valerse la corte de Roma, para retardar las operaciones que estan conformes con sus miras. Promulgóse por fin esta bula, y se invitó al concilio á reunirse en Trento á 1 de mayo del año siguiente. Como sabia el papa que una parte de los alemanes rechazaba ó ponía en duda la autoridad y jurisdiccion que la santa sede pretende ejercer en los concilios generales; puso mucho cuidado en establecer en términos muy enérgicos, en el preámbulo del acta, el derecho que tenia no solo de convocar aquella asamblea, sino aun de dirigir sus operaciones; y nunca quiso permitir que se variasen ni que se suavizasen sus espresiones, apesar de las repetidas instancias del emperador, que de antemano veia cuanto ofenderian y como serian interpretadas. Muchos miembros de la dieta censuraron en efecto con amargura aquel artículo, mas aunque iba creciendo notablemente el descontento que produjo, habíase el emperador de tal manera señoreado de las deliberaciones, que hizo dar un decreto por el cual la autoridad del concilio fue reconocida y declarada único remedio propio para curar los males que afligian á la iglesia: requirióse á todos los príncipes y estados del imperio,

Vuelve á convocarse el concilio en Trento.

Diciembre.

Año 1551.

Año 1551. tanto á los que habían hecho innovaciones en su religion, como á los que permanecían fieles á la religion de sus antepasados que enviasen sus representantes al concilio; el emperador prometió un salvo-conducto á los que lo pidiesen, asegurándoles la libertad de hablar y de discutir su opinion en aquella asamblea; obligóse á fijar su residencia en alguna ciudad del imperio cercana á Trento, para que pudiese proteger con su presencia á los miembros del concilio y procurar que, dirigidas siempre las deliberaciones conforme á la escritura y á la doctrina de los padres, pudiesen tener el resultado que de ellas se esperaba. En este decreto con mas rigor que nunca mandábase la observancia del *Interim*, y el emperador amenazaba á cuantos hasta entonces no se hubiesen sometido con el peso de los terribles efectos de su resentimiento, si perseveraban en su desobediencia (1).

Nueva tentativa inútil para poner en libertad al landgrave.

Durante aquella dieta probóse otra tentativa para poner en libertad al landgrave. El tiempo, en vez de calmar el espíritu de aquel príncipe, habia aumentado su impaciencia. Aprovechaban Mauricio y el elector de Brandeburgo cuantas ocasiones se les ofrecian para solicitar en favor suyo al emperador; mas viendo el landgrave que ningun efecto producian sus instancias, mandó á sus hijos que intimasen con todas las formalidades de la ley á aquellos dos príncipes que cumpliesen con la obligacion, que contrajéran por medio de un acta auténtica, de ponerse en su poder para ser tratados con el mismo rigor que ejerciese el emperador con el landgrave. Dióles esta intimaacion nuevo pretesto para renovar sus instancias al empe-

(1) Steid. 5ra. Thuan, l. VI, p. 233. Goldast. *Constit. imper.* vol. II, p. 340.

rador, y nueva razon para insistir en ellas con mas firmeza. Aunque estaba Carlos bien resuelto á no concederles lo que pedian; sin embargo, como deseaba vivamente librarse de sus importunidades; procuró que el landgrave desistiese de la promesa que le hiciéran los dos electores. Pero negándose constantemente este príncipe á renunciar una garantía que miraba como esencial para su seguridad; entonces cortó el emperador el nudo que no podia desatar, y en una acta pública anuló la que firmáran Mauricio y el elector de Brandeburgo, dispensándoles de todas las obligaciones que hubiesen contraido con el landgrave. Poder tan peligroso y perjudicial de revocar á su autojo las mas sagradas leyes del honor y las mas positivas obligaciones de la fe pública; hasta entonces solo fué reclamado y ejercido por los pontífices romanos que, en virtud de su pretendida infalibilidad, se arrogaban el privilegio de dispensar de toda especie de deberes y preceptos. Pasinóse toda la Alemania al ver que Carlos se apropiaba igual prerogativa, al paso que se tuvo por mas duro é intolerable que el de las naciones esclavas el estado de servidumbre á que quedaria reducido el imperio, si por medio de un decreto arbitrario podia el emperador disolver contratos solemnes, en que se funda la mútua confianza que mantiene unidos á los hombres.

Perdida en fin toda esperanza de recobrar la libertad por consentimiento del emperador, probó el landgrave de procurársela por su astucia; pero habiéndose descubierto el plan que formára para burlar la vigilancia de sus guardias, fueron condenados á muerte todos los que se probó habian querido favorecer su evasion, y se le trasladó á la ciudadela de Matinas,

Año 1551. donde se le encerró con mas rigor que antes (1).
 Proyecta Aquella misma dieta se ocupó de un asunto que
 Carlos traspa- una interesaba mas al emperador, y que tambien
 sar la corona produjo general alarma entre los príncipes del im-
 imperial á su perio. Aunque dotado de talentos que le hacian pro-
 hijo Felipe. pio para concebir y ejecutar vastos proyectos, no se
 hallaba Carlos, como ya se observó, en estado de re-
 sistir á la embriaguez del triunfo; y, de tal modo se
 dejaba facinar por este que, traspasaba entonces todos
 los límites de la moderacion, poniendo toda la ac-
 tividad de su espíritu en otros objetos grandiosos pe-
 ro quiméricos. Tal habia sido el efecto de su victo-
 ria contra los confederados de Smalkalde; pronto no
 pudo contentarse con las sólidas ventajas que repor-
 tára de aquel acacimiento, y mirándolas como frutos
 poco considerables de tan gran suceso, se propuso
 nada menos que establecer en toda la Alemania la
 uniformidad de religion, y hacer despótica la autori-
 dad imperial. Era sin duda brillante semejante pro-
 yecto; pero acompañaban la ejecucion riesgos evi-
 dentes, y hasta el buen écsito no podia dejar de
 ser incierto y precario; no obstante, habiéndolo te-
 nido feliz en cuanto habia hecho para alcanzar su ob-
 jeto, acalorada su imaginacion por la grandeza de
 la empresa, ya no veia dificultades ó las desprecia-
 ba. Y no le bastaba mirar como infalible el écsito
 de su plan, sino que andaba ya discurriendo
 con que medios perpetuaria en su familia las im-
 portantes adquisiciones que iba á hacer, trasmitien-
 do á su hijo á la vez el imperio de Alemania,
 los reinos de España, y sus estados de Italia y

(1) Steid. 504. Thuan, lib. VI, p. 234, 235.

de los Países Bajos. Después de haber por largo tiempo revuelto en su pensamiento tan alhagüeña idea, sin comunicarla ni á los ministros en quienes tenia mas confianza; hizo venir de España á Felipe, esperando que la presencia de su hijo le facilitaria los medios de poner su proyecto en ejecucion.

Año 1551.

Debía sin embargo encontrar grandes obstáculos y tales, que hubieran bastado para contener una ambicion menos acostumbrada que la suya á vencer las dificultades. En 1550 tuvo la imprudencia de esforzarse en procurar á su hermano Fernando la dignidad de rey de los romanos; y no habia apariencias de que este príncipe, que todavía se hallaba en la flor de la edad y tenia un hijo jóven, renunciase á favor de un sobrino la esperanza de ocupar un dia el trono imperial; suceso que podian tal vez acelerar los achaques del emperador que siempre iban en aumento. No vaciló con todo este en proponérselo; y habiéndolo rehusado Fernando en tono muy absoluto apesar de su profundo respeto á su hermano y de su submission á su voluntad, no se desanimó Carlos con tal negativa. Hizo que le instase su hermana Maria, reina de Hungría, á quien era deudor Fernando de las coronas de Hungría y Bohemia, y que con sus grandes dotes, unidas á un carácter insinuante y amable, habia cobrado el mayor ascendiente sobre sus dos hermanos. Adoptó ella con ardor un proyecto que tan visiblemente tendia á engrandecer la casa de Austria; y lisongeándose de que la actual posesion de un nuevo establecimiento tal vez incitaria á Fernando á desistir de la sucesion al trono imperial, aseguróle que,

Obstáculos
que se le oponen.

Año 1551. para indemnizarle del sacrificio que se le pedía, estaba pronto el emperador á concederle Estados considerables, en particular los del duque de Wittenberga, que podrian confiscarse por varios pretextos. Pero era Fernando harto ambicioso para dejarse seducir por la astucia y súplicas de Maria hasta el punto de aprobar un plan, que del primer rango que ocupaba entre los monarcas de Europa lo hubiera hecho descender al de un príncipe inferior y dependiente. Amaba ademas demasiado á sus hijos para arrebatarles, por medio de una imprudente concesion, las brillantes esperanzas que les hacian concebir su educacion y su nacimiento.

Sus esfuerzos para superar esos obstáculos.

Apesar de la inalterable firmeza que manifestó Fernando, no pudo el emperador resolverse á abandonar su proyecto; confiaba que se podria llevar á cabo por otro medio, y que no seria imposible incitar los electores á revocar su primera eleccion hecha á favor de aquel, ó alomenos á nombrar á Felipe segundo rey de romanos, y á designarle para sucesor inmediato de su tio. Con este objeto hizo que le acompañase Felipe á la dicta: queria proporcionar á los alemanes una ocasion de conocer al príncipe á cuyo favor pensaba solicitar sus votos, y echó mano de cuantos recursos de astucia y de insinuacion era capaz para ganar los electores, y prepararlos á recibir favorablemente la medida que iba á proponerles. Pero cuando al fin se determinó á comunicársela, todos de autemano vieron estremecidos las alteraciones que produciria. Ya tiempo hacia que reconocieron cuán inconveniente era poner al frente del imperio un príncipe tan poderoso y posesor de tan vastos estados; y fa-

en les era adivinar que repitiendo la falta que habian cometido, y conservando la corona imperial en la misma familia como una dignidad hereditaria, daban al hijo los medios de continuar el sistema de opresion comenzado por el padre, y de destruir lo poco que aun quedaba íntegro en el antiguo y respetable edificio de la constitucion germánica:

Año 1551.

Hacia aun mas desagradable á los alemanes esta proposicion el carácter del príncipe á cuyo favor se verificaba. Aunque devorado por insaciable sed de poder, carecia Felipe de cuanto puede atraer la benevolencia. Activo y severo; en lugar de grangearse nuevos amigos, alejaba de sí los mas antiguos y adictos partidarios de la casa de Austria; desdenábase de tomarse la molestia de aprender el idioma de un pueblo sobre el cual aspiraba á reinar, y mientras estuvo en Alemania ni siquiera tuvo la complacencia de conformarse á las costumbres y usos del país. Permitia que los príncipes de mayor categoria permaneciesen delante descubiertos en su presencia, afectando siempre un continente orgulloso y reservado, que los mas grandes emperadores y el mismo Carlos no se habian atrevido á tomar en medio de su gloria y de su pujanza (1).

Disgusta á los alemanes el carácter de Felipe.

Fernando, al contrario, desde que estaba en Alemania procurára hacerse grato al pueblo conformándose á sus costumbres sin esfuerzo ni afectacion, al paso que su hijo Maximiliano, que habia nacido en aquel país, estaba dotado de las mas amables calidades, que le hacian el ídolo de sus compatriotas, quienes miraban su elevacion al imperio como el acontecimiento para ellos mas apatecible. La estimacion y afeccion de los

(1) Ferdinan Andreæ Zulich, *Dissertatio politica historica de navis politicis Caroli V.* Lips. 1706, tom. IV, p. 21.

Añ. 1571. alemanes para este príncipe les afirmaron en la resolución que les dictaba su sana política, y los determinaron á preferir las virtudes populares de Fernando y de su hijo á la feroz austeridad de Felipe, que ni podia el interes dulcificar, ni le habia podido mover á disimular la ambicion. Todos los electores tanto eclesiásticos

Carlos se ve obligado á renunciar á su proyecto.

como seglares, manifestaron tan firme y unánime oposicion al proyecto del emperador, que apesar de su estremada repugnancia á desistir de lo que una vez habia emprendido, vióse este obligado á mirar su plan como impracticable. Su intempestiva obstinacion en llevar su ejecucion adelante no solo despertó los recelos de los alemanes acerca de sus miras ambiciosas, sino que abrió tambien un manantial de rivalidad y de discordia en su propia familia. A su hermano Fernando el cuidado de su propia defensa le precisó á procurarse la amistad de los electores, particularmente de Mauricio de Sajonia, y á formar con ellos alianzas capaces de quitar á Carlos toda esperanza de volver algun dia á su proyecto con mejor resultado. Al mismo tiempo envió el emperador su hijo á España, para volverlo á llamar cuando algun nuevo sistema de ambicion hiciese necesaria su presencia (1).

El papa y el emperador proyectan robar Parma y Plasencia.

Viendo Carlos fallidas las esperanzas que formára para el engrandecimiento de su familia y que tanto tiempo revolviéra en su imaginacion; creyó que ya era tiempo de poner toda su atencion en otro proyecto que asimismo le interesaba en gran manera, que era establecer la uniformidad de religion en el imperio; obligando á los varios partidos á obedecer las decisiones del concilio de Trento. Mas la grande estension de sus do-

(1.) Meid. 505. Thuan. 180, 238. *Mem. de Ribier, tom. II, p. 219, 281, 314. Adriani Ist. lib. VIII, p. 507, 520.*

minios empeñábase en tantas alianzas y motivaba tantos diversos intereses, que casi no le era posible aplicar toda su fuerza á un solo objeto. Era tan vasta y complicada la máquina que debía dirigir, que un estorbo ó una irregularidad imprevista en alguna rueda particular impedía amenudo el movimiento general, y desconcertaba los mas importantes resultados. Efectivamente sobrevinieron circunstancias que produjeron nuevos obstáculos á la ejecucion de su plan tocante á la religion. En la primera efusion de su alegría y gratitud cuando su elevacion al trono pontifical, habia **Julio III** confirmado á **Octavio Farnesio** en la posesion del ducado de **Parma**; mas no tardó en arrepentirse de su generosidad y á adivinar sus consecuencias, que no habia previsto, ó que no le habian hecho impresion, cuando era aun reciente el conocimiento y recuerdo de sus obligaciones para con la familia de **Farnesio**. Conservára siempre el emperador **Plasencia**, y no habia renunciado sus pretensiones contra **Parma**, que miraba como un feudo del imperio. **Gonzaga**, gobernador de **Milan**, que fué uno de los principales autores del asesinato de **Pedro Luis Farnesio**, último duque de **Parma**, conociendo que nunca se le perdonaria semejante ultraje, jurára la ruina de una casa que debía abominarle, y valiése de cuanto crédito le daban sus talentos y sus largos servicios con el emperador, para persuadirle que se apoderase de **Parma** con las armas. Llevado por estas instancias y por el deseo en que ardía de reunir **Parma** al **Milanesado**, adoptó **Carlos** esta proposicion; y **Gonzaga**, á quien alentaba la menor apariencia de aprobacion, empezó á reunir tropas y á hacer otros preparativos para la ejecucion de su proyecto.

Año 1551.
Solicita
Octavio Far-
nesio el ausi-
lio de la Fran-
cia.

Advertido del peligro que le amenazaba, vió Octavio cuan necesario le era velar á su propia seguridad, aumentando la guarnicion de su capital y alistando soldados para defender el resto del pais. Mas impidiéndole la cortedad de sus rentas hacer esfuerzos demasiado costosos, espuso su situacion al papa, é imploró la proteccion y asistencia que tenia derecho á esperar en calidad de vasallo de la iglesia. Pero como ya el ministro imperial habia prevenido al papa, cesagerándole sin cesar el peligro de ofender al emperador, y la imprudencia de sostener á Octavio en una usurpacion tan perjudicial á la Santa Sede; habia logrado separar enteramente á Julio de la familia de los Farnesios. Asi recibióse con mucha tibieza la peticion de Octavio; y desesperando este de alcanzar algun auxilio del papa, tuvo que buscar en otra parte la proteccion de que necesitaba. El rey de Francia, Henrique II, era el único príncipe bastante poderoso para apoyarle, y felizmente hallábase en circunstancias que le permitian adoptar semejante proposicion. Acababa de terminar, conforme á sus deseos, los asuntos que hacia tiempo negociaba con los dos reinos de la Gran Bretaña, asuntos que hasta entonces desviáran su atencion de los del continente; debia este buen resultado parte á la fuerza de sus armas, y parte á su habilidad en sacar ventajas de las facciones políticas, que asolaban ambos reinos y que tan violentas y precipitadas hacian las acciones de los escoceses como débiles é inciertas las de los ingleses. Habia obtenido de estas condiciones de paz favorables á los escoceses sus aliados; indojéra á los nobles de Escocia no solo á desposar su jóven reina con el Delfin, sino á hacerla pasar á Francia para educarse allí á su vista; y habia en fin recobrado Boloña

y su territorio que fué conquistado por **Henrique VIII.** Año 1551.

Terminadas estas disposiciones tan ventajosas para su corona, y habiéndose libertado con honor del peso de la guerra que hacia á la Inglaterra y de los socorros que daba á los escoceses; hallábase en fin **Henrique** en entera libertad de adoptar las medidas que naturalmente le sugeria su heredada envidia contra el poder del emperador. Recibió pues plácentero las primeras proposiciones de **Octavio Farnesio**; y asiéndose con avidez de aquella ocasion de volver á entrar en Italia, concluyó al punto un tratado en que prometió sostener la causa de **Octavio** y darle cuantos auxilios hubiese menester. No podia semejante negociacion quedar por mucho tiempo oculta al papa, quien; previendo las calamidades que acarrearía la guerra si se volvía á encender tan cerca del estado eclesiástico, espidió al punto cartas monitoriales en las cuales intimaba á **Octavio** que rompiese su nueva alianza. Negándose aquel príncipe á acceder á esta demanda, poco despues publicó **Julio** que **Octavio** habia perdido todos sus derechos á su feudo, y le declaró la guerra como á vasallo desobediente y rebelde. Mas no pudiendo esperar, con sus solas fuerzas, triunfar de un príncipe sostenido por tan poderoso aliado como era el rey de Francia; acudió al emperador, que por su parte temiendo no se estableciesen los franceses en **Parma**, mandó á **Gonzaga** que hiciese marchar todas sus tropas para favorecer al pontífice. De este modo los franceses tomaron las armas como aliados de **Octavio**, y los imperiales como protectores de la santa sede; y mientras que se rompian entre ellos las hostilidades, publicaban afectadamente **Carlos** y **Henrique** que permanecerian inviolablemente

Su alianza con Henrique II.

Vuelven á romperse las hostilidades entre Carlos y Henrique.

Año 1551. te fieles á la paz de Crespy. Ningun acontecimiento memorable ilustró la guerra de Parma. Trábaronse ligeros combates con écsito vario; talaron los franceses parte del territorio eclesiástico; los imperiales devastaron al Parmesano, y despues de haber principiado el sitio de Parma, tuvieron que abandonar vergonzosamente aquella empresa (1).

Retárdase la convocacion del concilio.

Las alarmas y movimientos que ocasionaban en Italia los preparativos y las operaciones de aquella guerra, hicieron que la mayor parte de los prelados no se hallasen en Trento á 1 de mayo, dia fijado para la convocacion del concilio. Aunque ya estaban allí el legado y los nuncios del papa, tuvieron que emplazarse para el 1 de setiembre, esperando que asistirian entonces prelados y doctores en suficiente número para principiar con alguna regularidad las deliberaciones. En aquella época acudieron al concilio unos sesenta prelados, la mayor parte del estado eclesiástico ó de España, y algunos alemanes (2). Abrióse la sesion con las formalidades de costumbre, y ya iban los padres del concilio á principiar las negociaciones cuando apareció Amyot, abad de Bellosane, y presentando sus credenciales en calidad de embajador de Henrique, pidió audiencia. Habiéndola obtenido, en nombre del rey su señor protestó contra una asamblea convocada en circunstancias tan inoportunas, y en el momento en que una guerra, movida sin motivo por el papa, imposibilitaba á los miembros de la iglesia galicana pasar á Trento con seguridad, ó deliberar allí

Protesta de Henrique contra el concilio.

(1) *Adriani Istor lib VIII, p 505, 514, 524 Sleid 513 Paruta, p. 220. Lettere del Caro scritte al mane del Card. Farnese, t. II, p. 11, etc.*

(2) *Fra-Paolo, 268.*

con la tranquilidad necesaria acerca de los artículos de fe y de disciplina; y declaró que su señor consideraría aquella asamblea no como un concilio general ecuménico, sino como un conventículo particular y parcial (1). Aparentó el legado que despreciaba semejante protesta, y á pesar de este incidente procedieron los prelados al escámen y decision de los grandes puntos que estaban en controversia sobre la eucaristía, penitencia y estremauncion. Con todo, aquella accion de la Francia necesariamente debia conmoer la autoridad del concilio; pues poca consideracion podia merecer á los alemanes una asamblea cuya autoridad, al empezar sus sesiones, habia atacado el segundo monarca de la cristiandad; y no estaban dispuestos á respetar las decisiones de un corto número de hombres que, sin estar autorizados para ello, arrogábanse todos los derechos propios de los representantes de la iglesia universal.

Echó mano sin embargo el emperador de todos los recursos de su poder para establecer la reputacion y la jurisdicción del concilio. Al paso que habia tenido para con los tres electores, eclesiásticos, que despues del pontífice eran los mas eminentes príncipes de la iglesia en poder y dignidad, bastante crédito para determinarles á asistir al concilio en persona; obligó á muchos obispos alemanes de inferior gerarquía á trasladarse á Trento, ó á enviar allá sus representantes. Concedió salvo-conducto imperial á los embajadores nombrados por el elector de Brandeburgo, el duque de Wittemberga y otros príncipes protestantes para asistir al concilio, eesortando al mismo tiem-

Violento proceder del emperador contra los protestantes.

(1) Sleid, 5:8. Thuan, 282. Fra-Paolo, 301.

Año 1551. po á estos que enviasen tambien sus teólogos para proponer, explicar y defender su doctrina. Anticipóse su celo á los decretos del concilio, y como si ya estuviesen condenadas las opiniones de los protestantes, trabajó para acabarlas de aniquilar. Con este objeto hizo reunir los ministros de Augsburgo, y despues de haberles interrogado sobre varios puntos de controversia, mandóles que no ensenasen nada contrario á los dogmas de la iglesia romana tocante á aquellos artículos. Negándose ellos á conformarse con una eesigencia tan contraria á las inspiraciones de su conciencia; mandóles Carlos que saliesen de la ciudad en el término de tres días, sin revelar á nadie la causa de su destierro; prohibióles para lo sucesivo predicar en ningun país sometido á la jurisdiccion imperial, y les hizo jurar que obedecerian escrupulosamente estas órdenes. Y no fueron estas las solas víctimas de su despotismo: en la mayor parte de las ciudades de Suabia fué tratado con igual rigor el clero protestante, en algunos puntos fueron destituidos bruscamente y sin forma judicial los magistrados que se habian distinguido por su adhesion á las nuevas opiniones, y el emperador dispuso arbitrariamente de sus cargos á favor de sus mas fanáticos adversarios. Fué abolido el culto reformado en toda la estension de aquella vasta provincia, violáronse los antiguos privilegios de las ciudades libres, y el pueblo tuvo que asistir al ministerio de sacerdotes que horrorizado miraba como idólatras, y sujetarse á la jurisdiccion de magistrados que detestaba como usurpadores (1).

Sus esfuerzos
para sostener al
concilio.

Habiendo con estas violencias manifestado el empe-

(1) Steid. 5:6, 528. Thuan, 276.

rador de un modo mas claro, que no lo hiciéra hasta entonces, su intencion de derribar la constitucion germánica y estirpar la religion protestante, partió para Inspruck en el Tirol, y fijó su residencia en aquella ciudad, que por su situacion cercana á Trento y en los confines de la Italia, parecia plaza cómoda desde donde podria observar á la vez las operaciones del concilio y los progresos de la guerra de Parma, sin perder de vista lo que talvez pasase en Alemania (1).

Año 1551.

Entretanto proseguíase el sitio de Magdeburgo con vario suceso. Cuando proscribió Carlos los habitantes de aquella ciudad y los desterró del imperio, valióse al mismo tiempo de las escortaciones y de la autoridad para que los estados vecinos tomasen las armas contra aquellos ciudadanos, á quienes apellidaban rebeldes y enemigos comunes del imperio. Seducido por sus escortaciones y promesas, Jorge de Mecklemburgo, segundo hermano del duque reinante, príncipe activo y ambicioso, reunió considerable número de los aventureros que acompañáran á Henrique de Brunswick en sus caballerescas expediciones; y aunque era un celoso Luterano, invadió el territorio de Magdeburgo, esperando que el emperador le concederia la propiedad de parte de aquellos dominios. Los ciudadanos, que no estaban aun acostumbrados á suportar con paciencia las calamidades de la guerra, hicieron una salida para salvar del saqueo sus tierras; atacaron al duque de Mecklemburgo con mas valor que prudencia, y fueron rechazados con mucha pérdida; mas como estaban animados de ese indomable espíritu que da el celo de la religion, cuando se uné con el amor á la libertad, lejos

Sitio de
Magdeburgo.

(1) Steid. 329.

Año 1551. de desalentarse con aquel primer contratiempo, preparáronse para la mas vigorosa defensa. Habiendo ofrecido á los sitiados sus servicios muchos veteranos, que sirviéran en las largas guerras del emperador y del rey de Francia bajo el mando de oficiales valientes y experimentados, familiarizáronse gradualmente los habitantes con los conocimientos militares, y á la actividad del valor añadieron la ventaja de la disciplina. Apesar de su primer triunfo contra los habitantes, no se atrevió el duque de Mecklemburgo á cercar una ciudad tan fuerte y defendida por tan buena guarnicion, y continuó talando la campiña.

Mauricio toma el mando del ejército sitiador.

Acudiendo al campo de los sitiadores gran número de aventureros llevados de la esperanza del botin, concibió celos Mauricio de Sajonia del crédito que talvez adquiriria un príncipe que á sus órdenes tenia tan numerosa division. Y así marchando al punto á Magdeburgo con sus tropas, tomó el mando en gefe de todo el ejército: honor á que le daban derecho incontestable, su rango, sus talentos y el nombramiento de la dieta. Con aquellas dos divisiones reunidas cercó la ciudad y comenzó un sitio en regla; y mientras á los ojos de Carlos se hacia un mérito de aquella expedicion y de su celo en ejecutar el decreto imperial, todavía volvió á esponerse á las censuras y maldiciones del partido cuyos sentimientos religiosos eran tambien los suyos. Sin embargo, proseguianse lentamente los ataques de la plaza, cuya guarnicion traia recelos á los sitiadores con frecuentes salidas, en una de las cuales cayó prisionero el duque de Mecklemburgo, y destruia en lo posible sus trabajos, llevándose soldados de las avanzadas. Animados los ciudadanos de Magdeburgo, por los discursos de sus pastores, y alentados los soldados

de la guarnición por el ejemplo de sus oficiales, sufrían sin quejarse todas las fatigas del sitio y defendíanse siempre con el mismo celo que mostraron al principio: por otra parte, los soldados de los sitiadores, al contrario, alojaban en su ardimiento y murmuraban de todos los sufrimientos á que se veían obligados en un servicio que les disgustaba, y hasta se sublevaron repetidas veces pidiendo el sueldo que se les debía, que hacia algun tiempo no podía pagárseles porque con mucha repugnancia contribuían los alemanes á los gastos de aquella guerra (1). Tenia ademas Mauricio motivos particulares, que no se atrevia á declarar, para no estrechar con vigor el cerco, prefiriendo permanecer al frente de un ejército, espuesto á todas las imputaciones que podria motivar la lentitud de sus operaciones, á precipitar una conquista que, dándole alguna gloria mas, hubiérale puesto en la necesidad de licenciar sus tropas.

Contodo, empezaban los habitantes á sufrir los horrores del hambre, y viendo Mauricio que era imposible prolongar por mas tiempo el sitio sin dar al emperador sospechas que hubieran desconcertado todos sus planes, concluyó al fin un tratado de capitulación con la ciudad, bajo las siguientes condiciones: Que los habitantes implorarian sumisos la clemencia del emperador, que en adelante no tomarian las armas ni entrarían en alianza alguna, contra la casa de Austria; que reconocerian la autoridad de la cámara imperial; que se conformarian á los decretos de la dieta de Augsburgo en cuanto á religion; que se derribarian las nuevas fortificaciones que se habian añadido á la plaza;

Año 1551.

La ciudad
se rinde á
Mauricio.

3 de noviembre.

(1) Thuan, 277. Sleid. 514.

Año 1551. que pagarían una multa de cincuenta mil coronas, que entregarían al emperador doce piezas de artillería; y finalmente que pondrían en libertad sin rescate al duque de Mecklemburgo y á todos los demas prisioneros. Al dia siguiente salió de la ciudad la guarnicion, y Mauricio tomó posesion de ella con toda la pompa militar.

Miras de Mauricio en estas circunstancias.

Antes de convenirse enteramente en los articulos de la capitulacion, habia Mauricio tenido varias conferencias con Alberto conde de Mansfeldt, que tenia el mando superior en Magdeburgo, y con el conde Heideck, oficial que sirviéra con mucha distincion en las tropas de la liga de Smalkalde, proscrito por el emperador á causa de su celo por la causa protestante, y á quien Mauricio tomára secretamente á su servicio y admitiera en su mas íntima confianza. Comunicóles un plan que tiempo habia ocupaba su ánimo y cuyo objeto era volver la libertad á su suegro el landgrave, restablecer los privilegios del cuerpo germánico, y poner límites á las peligrosas usurpaciones del poder imperial. Despues de haberles consultado acerca de las medidas que seria necesario tomar para asegurar el buen éxito de tan arriesgada empresa, aseguró secretamente á Mansfeldt que no serian destruidas las fortificaciones de Magdeburgo, ni los habitantes perturbados en el ejercicio de su religion, ni privados de sus antiguas libertades. Y á fin de empeñar con mas seguridad á Mauricio por su propio interes á cumplir sus promesas, el senado de Magdeburgo le eligió por su burgrave, dignidad que antiguamente perteneciéra á la casa electoral de Sajonia y que le daba muy amplia jurisdiccion tanto en la ciudad como en su territorio (1).

(1) Sleid: 5 8. Thuan, 276. *Obsidionis Magdeburg Descrip. per Sebast Besselmeierum, ap. Scard. l. II, p. 518.*

De este modo despues de haber los habitantes de Magdeburgo sostenido un sitio de todo un año, despues de haber combatido por su libertad civil y religiosa con una intrepidez digna de la causa que defendian, fueron al fin bastante dichosos concluyendo un tratado, que les dejó en mejor estado que el de sus compatriotas, que por temor y falta de espíritu público se sometieran tan vilmente al emperador. Mas, mientras gran parte de la Alemania aplaudia el valor de los magdeburgueses, y se regocijaba de ver que se habian salvado de la destruccion que les amenazara; todos admiraron la habilidad de Mauricio en el manejo de su negociacion con ellos, y la astucia con que supo sacar partido de cada acontecimiento. Véase con pasmo que despues de haber hecho sufrir á los habitantes de Magdeburgo todos los horrores de la guerra durante muchos meses, al fin por eleccion voluntaria se hallaba revestido de la autoridad suprema en aquella misma ciudad que acababa de siliar, y que habiendo por mucho tiempo sido el blanco de sus sátiras é invectivas, como apóstata y enemigo de la religion que profesaba, parecia que aquellos mismos habitantes ponian una ilimitada confianza en su celo y benevolencia (1). Al mismo tiempo los artículos públicos del tratado de capitulacion eran tan eesactamente conformes á los que el mismo emperador concediera á las demas ciudades protestantes, y tanto supo Mauricio hacer valer el mérito de haber sujetado una plaza que se habia defendido con tanta obstinacion, que Carlos, lejos de sospechar ó engaño ó colasion en las condiciones del tratado, lo ratificó sin vacilar y absol-

Año 1551.
Ventajas que
reporta de sus
negociaciones
con los habi-
tantes de Mag-
deburgo.

(1) Arnold. *Vita Mauriti. ap. Menken. l. II, p. 1227.*

Año 1551. vió á los magdeburgueses de la sentencia contra ellos pronunciada.

Medio de que se vale para mantener en pie un ejército.

La única dificultad que aun podía estorbar á Mauricio era el tener reunidas las tropas que habian servido á sus órdenes, y las que estuvieran empleadas en la defensa de la plaza: y para lograrlo ideó un medio de singular astucia. Sus proyectos contra el emperador no habian aun llegado al grado de suficiente madurez para que se atreviese á manifestarlos, y á trabajar abiertamente para ponerlos en ejecucion; y el invierno que se acercaba no le permitia entrar al punto en campaña. Recelaba tambien dar una sospecha prematura al emperador reteniendo á su sueldo division tan considerable, hasta que con la primavera volviese la estacion de las operaciones militares. Asi luego que Magdeburgo le abrió sus puertas, permitió á sus soldados sajones regresar á sus casas, pues como eran sus vasallos estaba muy seguro de hacerles volver á tomar las armas y reunirlos cuando lo hubiere menester; pagó al mismo tiempo parte de lo que se les debía á las tropas mercenarias que siguieron sus estandartes y á los soldados que sirvieron en la guarnicion; y despues de haberles declarado libres de su juramento de fidelidad los licenció. Pero en aquel mismo instante, Jorge, duque de Mecklemburgo, que acababa de ser puesto en libertad, ofrecióse á tomar aquellas mismas tropas á su servicio, y constituirse fiador para el pago de lo que aun se les debía. Acostumbrados aquellos aventureros á mudar de amo muy a menudo, aceptaron facilmente la propuesta; y de este modo permanecieron reunidas las mismas tropas, y prontas á marchar donde quiera que les llamase Mauricio. Engañado con este artificio el emperador, y cre-

Año 1551.

yendo que el duque de Mecklenbergo solo habia alistado aquellos soldados para sostener con las armas sus pretensiones á una parte de los estados de su hermano, miró con indiferencia aquel negocio (1). Habiendo aventurado acciones tan esenciales para la ejecucion de sus proyectos, y queriendo estorbar que el emperador adivinase su objeto y anticiparse á las sospechas que pudiesen infundirle; conoció Mauricio cuan necesario era echar mano de algun nuevo artificio para fijar en otra parte la atencion de aquel príncipe y confirmarle en su seguridad. Como sabia que el principal asunto que le traia ocupado era obligar á los estados protestantes de Alemania á reconocer la autoridad del concilio de Trento, y á enviar embajadores en su nombre y diputados de sus respectivas iglesias; supo aprovecharse de estas disposiciones de Carlos para entretenerle y engañarle. Afectó el mayor celo en satisfacer los deseos del monarca en este asunto; nombró embajadores á quienes autorizó para pasar al concilio; y encargó á Melancton y á algunos de los mas distinguidos teólogos de su comunión que preparasen una profesion de fé y la propusieran á aquella asamblea. A ejemplo suyo y probablemente á sus instancias, tambien nombraron para lo mismo embajadores y teólogos el duque de Wittemberg, la ciudad de Estrashurgo y otros estados protestantes. Dirigiéronse todos al emperador para tener su salvo-conducto, que obtuvieron en la forma mas auténtica, lo que bastó para la seguridad de los embajadores que al punto se pusieron en camino; pero los teólogos protestantes pidieron ademas un salvo-conducto particular

Sugirió al de Mauricio en ocultar al emperador sus fines.

(1) Thuan. 278. Scavii Corp. Hist. Germ. 1064. Amoh. Vita Mauriti. ap. Meuken. l. II, p. 127.

Año 1551. del mismo concilio, precaucion que hacia necesaria y prudente la infeliz suerte de Juan Hus y Gerónimo de Praga, que el de Constanza condenára á las llamas sin hacer caso del salvo-conducto imperial de que iban provistos. Mas hallándose el papa tan ocupado en impedir que los teólogos protestantes tuviesen libertad de hablar en el concilio, quanto Carlos se mostrára impaciente en hacerles solicitar esa misma libertad; con promesas y amenazas logró el legado que los padres del concilio no quisiesen expedir un salvo-conducto, en la misma forma que el de Basilea lo concediera á los secuaces de Juan Hus. Insistian por su parte los protestantes para que se copiasen exactamente los términos de aquel acta, y los ministros imperiales interpusieron su mediacion para que se les otorgase. Propusieronse algunos cambios en la forma; se sugirieron arbitrios; hicieronse protestas y contra-protestas; y al paso que el legado y sus asociados procuraban lograr su objeto por medio del artificio y de los ardidés, sostenian los protestantes su parecer con firmeza y obstinacion. Recibia en Inspruck el emperador los detalles de lo que pasaba en Trento; y dejándose arrastrar por un exceso de celo ó de confianza en su habilidad, probó de unir los opuestos partidos, mas se halló enredado en un laberinto de negociaciones interminables. Secundaban sinembargo todas esas intrigas los planes de Mauricio; pues mientras absorbian todos los momentos del emperador, desviando su atencion de cualquiera otra objeto, tuvo el elector tiempo para dejar madurar su proyecto, formar sus asociaciones y acabar sus preparativos antes de arrojar la máscara, y descargar el gran golpe que tanto tiempo hacia estaba meditando (1).

(1) Hist. del Sac. 529. Fr. Pedro, 323, 336. Thuan. 286.

Pero antes de entrar en estos detalles, es necesario referir una nueva revolucion que pasó en Hungría, y que no poco contribuyó á los extraordinarios efectos que produjeron las operaciones de Mauricio. Cuando en 1541, por medio de una estratagema, mas propia de la baja é insidiosa política de un usurpador vulgar que de la magnanimidad de un poderoso conquistador, despojó Soliman al jóven rey de Hungría de los dominios heredados de su padre, dejó á aquel desventurado príncipe la sola Transilvania, provincia que hacia parte de la herencia paterna; y permitiéndole que conservase el título de rey, que ya no era para él mas que un vano nombre, confió el gobierno de aquella y el cargo de educar al jóven príncipe á la reina y á Martinuzzi, obispo de Waradin, á quien el difunto rey designara para tutor de su hijo y regente de sus estados, en tiempos en que eran de la mayor importancia esos dos empleos. En tan pequeño principado escitó aquella division de autoridad las mismas disenciones que hubiese ocasionado en un dilatado reino; y una reina jóven, ambiciosa y capaz para el gobierao, y un prelado altivo y no menos ambicioso disputáronse sobre quien ejerceria mas influjo en la administracion. Ambos tenian su partido en la nobleza, y ya empezaba Martinuzzi á cobrar ascendiente, gracias á sus grandes talentos, cuando torció Isabel contra el mismo los artificios de que se valia y solicitó la proteccion de los turcos.

Envidiosos los bajáes vecinos del poder y crédito del obispo, gustosos prometieron á la reina los socorros que pedía; y pronto hubieran obligado á Martinuzzi á abandonar la direccion de los negocios, si su ambicion, fértil en recursos, no le hubiese inspirado un nuevo medio que solo no tendia á conservar, sino aun á au-

Año 1551.
Asuntos de
Hungría.

Apoya Martinuzzi las pretensiones de Fernando.

Año 1551. mentar su autoridad. Mientras transigia con la reina por la mediacion de algunos nobles que temian ver á su patria presa de las calamidades de una guerra civil; envió secretamente á Viena uno de sus confidentes, y entabló negociaciones con Fernando. Como no era difícil persuadir á este príncipe que el mismo hombre, cuya enemistad é intrigas le habian echado de parte de sus estados, podria asimismo servirle para recobrar lo que perliéra; recibió con alegría las primeras proposiciones de un convenio. Presentóle Martinuzzi ventajas tan considerables, y con tanta confianza se obligó á hacer tomar las armas en su favor á los mas poderosos nobles de la Hungría que, apesar de la tregua que firmára con Soliman, prometió Fernando entrar á mano armada en la Transilvania. Compouíanse las fuerzas destinadas á aquella expedicion de viejos soldados alemanes y españoles; y dióse el mando á Castaldo, marques de Piadena, que se formára en la escuela del famoso marques de Pescara, á quien se parecia singularmente tanto por su genio emprendedor en los negocios, como por su gran talento en el arte de la guerra. Martinuzzi y los húngaros de su partido secundaron vigorosamente aquel ejército, menos temible por el número que por la disciplina de los soldados y la habilidad del general. Hallábase entonces el sultan en las fronteras de Persia á la cabeza de su ejército; y no pudiendo los bajáes turcos dar á la reina auxilios tan poderosos y eficaces como los esigiese el estado de los negocios, pronto conoció que tocaba á su fin su autoridad de regenta, y empezó á desesperar de la seguridad de su hijo.

Feliz desit de sus disposiciones. No dejó Martinuzzi de aprovechar tan favorable acción para lograr su objeto; sino que cuando vió á Esa-

bel en aquel estado de desaliento, atrevi6se á hacerle una proposici6n que en cualquier otra circunstancia hubiera ella desechado con desprecio. Representándole su imposibilidad de resistir á las armas victoriosas de Fernando; demostr6le que, aun cuando la pusiesen los turcos en estado de hacerles frente, no por esto mejoraria su situacion, y que no podria mirarlos como libertadores, sino como amos, á cuyas 6rdenes tendria que sujetarse; y suplicándole por lo que debia á su dignidad, á la seguridad de su hijo y al sosiego de la cristianidad, que cediese la Transilvania á Fernando y le sacrificase las pretensiones de su hijo á la corona de Hungría, antes que ver entrambas presa de los inveterados enemigos de la religion cristiana. Al mismo tiempo, en nombre de Fernando prometi6 procurarle, á ella y á su hijo, una compensacion proporcionada á su rango y al valor de lo que debian sacrificar. Viéndose abandonada por muchos de sus partidarios, desconfiando de otros, sin amigos y rodeada por las tropas de Castaldo y de Martinuzzi, convino Isabel aunque con gran repugnancia en tan duras condiciones. De consiguiente entreg6 las plazas fuertes que todavía tenia en su poder, y cedi6 todas las insignias de la monarquía particularmente una corona de oro que, segun una traduccion húngara, bajara del cielo y daba al que la llevaba incostestable derecho al trono. Y no pudiéndose resolver á quedarse reducida al rango de una persona particular, en un país donde antes ejerciera el poder supremo, parti6 al punto con su hijo á la Silesia para tomar posesion de los principados de Oppelen y de Ratibor, cuya investidura, acompañada del enlace con una de sus hijas, habia Fernando prometido al jóven príncipe.

Año 1551.
Martinuzzi
 es nombrado
 gobernador de
 la parte del rei-
 no de Hungría
 que estaba su-
 jeta á Fernan-
 do.

Publicada la renuncia de este, **Martinuzzi** y á su ejemplo el resto de los nobles de **Transilvania** prestaron juramento de fidelidad á **Fernando**, que por su parte afectó honrar á aquel prelado con los mas esplícitos testimonios de favor y de confianza, para mostrarse agradecido al celo y prosperidad con que le sirvié. Nombróle gobernador de **Transilvania** con autoridad casi ilimitada; mandó á **Castaldo** que en todo defiriese á su dictámen y voluntad; aumentó las considerables rentas que ya gozaba, dióle el arzobispado de **Gran**, y obtuvo del papa la promesa de que se le nombraría cardenal. Sin embargo no era sincera tanta ostentacion de benevolencia, y solo servia para ocultar sentimientos enteramente opuestos. Temia **Fernando** el talento de **Martinuzzi**, desconfiaba de su fidelidad, y preveía que aquel prelado, cuyo crédito habia sido bastante poderoso para frustrar todas las tentativas, que hasta entonces se hicieron para abolir ó cercenar los privilegios esorbitantes de la nobleza húngara, preferiria en toda ocasion el papel de defensor de las libertades de su pais al de virey sumiso á la voluntad de su soberano.

Empieza
Fernando á
 formar desig-
 nios contra él.

Encargó pues en secreto á **Castaldo** que observase todos los movimientos de **Martinuzzi**. desconfiase de sus designios y pusiese estorbos á todas sus medidas; mas, ya porque no reparó que **Castaldo** era el espia de todos sus pasos, ya porque despreciase los insidiosos artificios de **Fernando**, tomó el prelado la direccion de la guerra contra los turcos con el tono de autoridad que le era peculiar, y la condujo con mucha energia y no menor fortuna. Recobró algunas ciudades de que se habian apoderado los infieles y frustró las empresas que concibiéran contra otras, estableciendo la auto-

ridad de Fernando no solo en la Transilvania, sino aun en el baunato de Temeswar y en muchos de los países vecinos. En estas operaciones era amenudo de opinion contraria á la de Castaldo y de sus oficiales, y trataba á los prisioneros turcos con una humanidad y hasta generosidad que aquel reprobaba altamente. Pintóse en Viena este proceder como artificio de Martinuzzi para conciliarse la amistad de los infieles, asegurarse su proteccion y ponerse en estado de hacerse después independiente del soberano que entonces reconocia. Aunque para justificar su conducta alegaba Martinuzzi cuan contrario seria á la sana política irritar, con nuevas crueldades inútiles, á un enemigo siempre ardiente en sus deseos de venganza, no por eso menguó la impresion que produjeron las acusaciones de Castaldo en el ánimo de Fernando, que abrigaba ya cierta prevencion contra el prelado y estaba tan receloso de todo lo que pudiese menoscabar su autoridad en Hungría, cuanto sabia hasta donde llegaba su poca solidez. Confirmaba Castaldo todas esas sospechas con los continuos avisos que comunicaba á los confidentes del rey, envenenaba, por decirlo así, las acciones inocentes de Martinuzzi, y presentaba las equívocas bajo el punto de vista menos favorable; atribuíale designios que nunca concibiéra, y le acusaba de crímenes de que no era culpable; por medio de estos manejos logró finalmente persuadir á Fernando de que solo desliaciéndose de tan ambicioso prelado podria conservar la corona de Hungría. Pero convencido aquel de cuan peligroso seria emplear los procedimientos del ordinario curso de la justicia, contra un súbdito que tenia bastante poder para desafiar á su soberano, resolvió valerse de la violencia para lograr la satisfaccion que no podia darle la ley.

Año 1551.
Martinuzzi
es asesinado
por orden de
Fernando.

18 de dici-
embre.

Efectos de
este asesinato.

Mandó de consiguiente á Castaldo que le desembarazase de Martinuzzi, abominable encargo que aquel aceptó gustoso; y comunicauo su intento á algunos oficiales italianos y españoles de confianza, concertó con ellos los medios de ejecutarlo. Entraron un dia muy de mañana en la habitacion de Martinuzzi so pretexto de presentarle algunos despachos que convenia espedir al punto para Viena; y mientras leia con atencion un escrito, uno de los conjurados le dió una puñalada en la garganta. Como no era mortal la herida, con su natural intrepidez arrojóse Martinuzzi sobre el asesino y le derribó á sus pies; pero precipitándosele encima los demas, aquel anciano, solo y desarmado, poco tiempo pudo resistir á tan desigual combate, y cayó traspasado de cien puñaladas. Aunque, contenidos por la presencia de las tropas extranjeras, no se atrevieron los pueblos de la Transilvania á tomar las armas para vengar la muerte de un prelado, que por tanto tiempo fuera objeto de su respeto y de su amor; hablaron con todo con cesecacion de aquel asesinato; clamaron contra Fernando que, apesar de lo agradecido que debiera estar á tantos recientes é importantes servicios y de la veneracion que merecia un carácter mirado por los cristianos como sagrado é inviolable, no habia temido derramar la sangre de un hombre cuyo único crimen era su amor á su patria. Detestando la suspicaz y cruel política de una corte, que por sospechas no probadas é inverosimiles, hacia asesinar á un sugeto tan distinguido por su mérito como por su rango; retiráronse los nobles á sus tierras, ó si permanecieron en el ejército austriaco solo sirvieron con mucha repugnancia y tibieza. Animados al contrario los turcos con la muer-

te de un enemigo cuyo talento temian, preparáronse para volver á romper las hostilidades á principios de la primavera; así, en vez de la seguridad que esperaba Fernando tener quitando de enmedio á Martinuzzi, vió á sus estados de Hungría en visperas de ser atacados con mas vigor y defendidos con menos celo que antes (1).

Año 1551.

Entretanto habiendo Mauricio combinado todas sus intrigas y casi concluido todos sus preparativos, estaba á punto de dar á conocer sus proyectos y romper las hostilidades contra el emperador. Tomada esta resolucion, fue su primer cuidado no admitir aquella supersticiosa y mezquina política por la cual evitaron los confederados de Smalkalde toda suerte de alianza con los estrangeros. Viendo cuan funesto fue á su causa esta mácsima, é instruido por su falta, puso tanto empeño en solicitar la proteccion de Henrique II cuanto mostráran los confederados en desechar la mediacion de Francisco I. Afortunadamente para Mauricio; halló á aquel muy dispuesto á acceder á las primeras proposiciones que le hizo y en estado de poner en movimiento todas las fuerzas de la monarquía francesa. Hacía tiempo que observaba Henrique con envidia los progresos de las armas del emperador, y ardía en deseos de medir sus fuerzas con aquel enemigo de la Francia y de señalarse por una rivalidad que habia formado la gloria del reinado de su padre. Habia sido la primera ocasion que se le presentara de atravesarse en los proyectos de Carlos, tomando el ducado de Parma bajo su proteccion; y ya no

Solicita Mauricio la proteccion del rey de Francia.

(1) Sleid. 535. Thuau, l. IX, p. 309, etc. Istvanhoizi Hist. regn. Hung. l. XVI. v. 183. Mem de Ribier, tom. II, p. 871. Natalis Comit's Hist. l. IV, p. 84, etc.

Año 1551. solo en este sino tambien en el **Piamonte** empezaron las hostilidades. Despues de haber terminado una guerra con la **Inglaterra** con una paz tan ventajosa para él, como honrosa para los escoceses sus aliados; vió cuan impaciente estaba la nobleza francesa por desplegar su valor inquieto y emprendedor en mas brillante teatro que el de **Parma** y del **Piamonte**.

Su tratado con Henrique. **Juan de Fienne**, obispo de **Bayona**, á quien enviára **Henrique** á **Alemania** so color de alistar tropas destinadas á servir en la guerra de **Italia**, recibió autorizacion para firmar un tratado en forma con **Mauricio** y sus asociados. Como no fuera decoroso que un rey de **Francia** se obligase á defender la iglesia protestante, en ninguno de los artículos se hizo mencion de los objetos de controversia, cualquiera que fuese la parte que en el tratado tuvieron. Segun este, abandonábanse enteramente á la disposicion de la divina providencia los intereses de la religion; y los únicos motivos que se alegaban, para formar semejante confederacion contra **Carlos**, eran poner en libertad al landgrave, é impedir la ruina de la antigua constitucion y de las leyes del imperio germánico. Para lograr estos dos objetos, acordóse que ambas partes contratantes declararían á un mismo tiempo la guerra al emperador; que no se podría firmar ni paz, ni tregua sin el unánime consentimiento de todos los confederados, y sin estar comprendido cada uno de ellos; que para prevenir los inconvenientes de la anarquía, **Mauricio** se declararía gefe de la confederacion con absoluta autoridad en todas las operaciones militares; que aquel y sus asociados pondrían en campaña siete mil hombres de caballería con proporcionado número de infantes; que para próvver á la subsistencia de aquel ejército durante

los tres primeros meses de la guerra, daría **Henrique** Año 1551.
 doscientas cuarenta mil coronas, y despues sesenta mil
 cada mes mientras durase la campaña; que este ata-
 caria al emperador por la **Lorena** con poderoso ejér-
 cito; finalmente que si se juzgase conveniente elegir otro
 emperador, solo se podria nombrar al que fuese del
 agrado del rey de **Francia** (1). Firmóse este tratado el
 primero de octubre, poco antes de la toma de **Mag-**
deburgo; y con tan profundo secreto se practicaron
 las negociaciones preliminares, que de todos los prínci-
 pes que despues accedieron á él, solo á dos lo confió
Mauricio, que fueron **Juan Alberto**, duque reinante de
Mecklemburgo, y **Guillelmo de Hesse**, hijo del land-
 grave. La misma liga estuvo tan feliz y cuidadosamente
 oculta que ni el emperador, ni sus ministros dieron
 señal alguna de la menor sospecha.

Activo en buscar de todas partes nuevos socorros,
 dirigióse **Mauricio** á **Eduardo VI**, rey de **Inglaterra**, Solicita el au-
 pidiéndole un subsidio de cuatrocientas mil coronas, en silio de **Eduar-**
 apoyo de una confederacion formada para la defensa de do **VI**, rey de
 la religion protestante; mas las facciones que ardan en **Inglaterra**.
 la corte de **Inglaterra** durante la menor edad de aquel
 príncipe, y que privaban al consejo y á las armas de
 la nacion de su acostumbrada firmeza, quitaba á los
 ministros ingleses el tiempo y el deseo de ocuparse
 en negocios estrangeros, y no pudo **Mauricio** alcanzar
 el socorro que debia esperar de su celo por la re-
 forma (2).

Seguro empero de la proteccion de tan poderoso **Mauricio**
 monarca como era **Henrique II**, procedió con confian- vuelve a pe-
 za, pero con igual circunspeccion, á la ejecucion de su didir la libertad
 del landgrave.
 Diciembre.

(1) *Recueil des traites*, t. II, p. 258. Thuan. l. VIII, p. 279.

(2) *Burnet, Hist. of the reform. vol. II, append. 37.*

Año 1551. plan, y juzgando necesario hacer todavía un esfuerzo para alcanzar del emperador la libertad del landgrave, envió á Inspruck una solemne embajada en nombre suyo y del elector de Brandeburgo. Despues de recordar detalladamente todos los hechos y razones en que fundaban su demanda, y de representar en términos los mas enérgicos las particulares obligaciones que contrajeran con el landgrave; renovaron en favor de este príncipe la peticion que tantas veces en vano presentaron. El elector Palatino, el duque de Wilttemberg, los duques de Mecklemburgo, el duque de Deux-Ponts, el marques de Brandebur-Barcithy el de Bade enviaron tambien embajadores encargados de apoyar aquella demanda, al paso escribieron para el mismo objeto el rey de Dinamarca, el duque de Baviera y los duques de Luneburgo. El mismo rey de romanos uniése á ellos en apoyo de sus instancias, ya se compadeciese de la infeliz situacion del landgrave, ya le dominase tal vez un secreto recelo contra su hermano, cuyo poder y designios miraba con otros ojos despues de su tentativa para cambiar el órden de la sucesion al imperio.

Firme en la resolucion que tomara socante al landgrave, eludió Carlos una demanda que le dirigian tan poderosos intercesores; y declarando que participaria sus intenciones á Mauricio luego que llegase este á Inspruck, donde le esperaban de un día á otro, no quiso el emperador dar ninguna explicacion mas detallada (1). Ninguna utilidad reportó al landgrave semejante paso; pero Mauricio supo sacar grandes ventajas. Al paso que justificaba las disposiciones que luego tomó, y demostraba la necesidad de valerse de las ar-

(1) Steid. 531. Thurn l. VIII, p. 280.

mas para arrancar el acto de justicia que no pudieran alcanzar ni su mediacion ni sus ruegos; sirvió tambien para confirmar al emperador en su seguridad, pues que, en vista de la solemnidad de la demanda y del interes que parecia tomaban en ella tantos principes, debió convencerse que solo de su voluntad podíase esperar la libertad del landgrave.

De mas sutiles artificios aun se valió Mauricio para ocultar sus intrigas, distraer al emperador y ganar tiempo. Fingió estar mas que nunca ocupado en buscar algun expediente para vencer todas las dificultades relativamente al salvo-conducto que pedian los teólogos protestantes nombrados para asistir al concilio. Sus embajadores en Trento tenian frecuentes conferencias acerca de ello con los del emperador, á quienes comunicaban sus sentimientos aparentando confianza sin reserva. Queriendo por fin que se creyese que le parecia estaban terminadas todas las disputas sobre aquel artículo, y á fin de acreditar esa opinion; mandó á Melancthon y á sus colegas que se pudiesen en camino para Trento. Al mismo tiempo mantenía seguida correspondencia con la corte imperial residente en Inspruck, renovando en todas ocasiones sus protestas de adhesion y fidelidad al emperador. Hablaba continuamente de su intencion de ir á Inspruck, donde hasta hizo alquilar para sí una casa, y dió órdenes para que á la mayor brevedad posible la pusiesen en estado de recibirle (1).

Continua Mauricio entreteniendo al emperador.

Por hábil que fuese Mauricio en todos los artificios del fingimiento y por impenetrable que le pareciese el velo con que encubria sus designios, habia

Empieza el emperador á sospechar de las intenciones de Mauricio.

(1) *Arnold. Vita Mauri. ap. Menken. l. II, p. 12.9.*

Año 1552. con todo en su conducta muchas circunstancias que aten-
 nuaban la seguridad del emperador y que le hacian sos-
 pechar algun extraordinario intento. Pero no fundán-
 dose sus sospechas mas que en hechos poco importan-
 tes por si solos, ó de naturaleza incierta y equívoca,
 la astucia de Mauricio destruía facilmente sus efectos;
 y por otra parte temia el emperador privar con de-
 masiada ligereza de su confianza á un hombre á quien
 la diéra entera y colmára de favores. Una sola cir-
 cunstancia le pareció bastante grave para merecer una
 explicacion. Habiendo establecido su cuartel en Thuringia,
 las tropas que despues de la capitulacion de Mag-
 deburgo Jorge de Mecklemburgo tomára á su sueldo;
 vivían á discrecion á costa de las tierras de los ri-
 cos eclesiásticos de su vecindad. Los que sufrían ó te-
 mían sus escacciones quejéronse altamente al empera-
 dor, y le hicieron considerar aquellos soldados como
 una division destinada á alguna desesperada empresa.
 Mauricio ya disminuía los escesos que se imputaban
 á aquellas tropas, ya esponía la imposibilidad de li-
 cenciarlas ó de sujetarlas á regular disciplina, hasta que
 se les hubiese pagado el sueldo que el mismo empe-
 rador les debía; y de este modo supo calmar los rece-
 los que hubiese producido este asunto, si es que, no
 hallándose Carlos en estado de satisfacer las demandas
 de aquellos soldados, no se vió obligado á guardar
 silencio sobre el particular (1).

Prepárase á
 obrar Mauri-
 cio.

Acercábase sin embargo el tiempo de obrar. Mau-
 ricio enviára secretamente á Paris Alberto de Bran-
 deburgo por confirmar su confederacion con Henrique
 y apresurar la marcha del ejército francés, al paso

(1) Sicut 579. Thuan 339.

que tomára disposiciones para hallarse en estado de reunir sus vasallos cuando lo necesitase, y para defender la Sajonia durante su ausencia ocasionada por el mando de las tropas, de las cuales las de Thuringia, sobre quienes contaba particularmente estabau prontas á marchar á la primera señal. Verificáronse tan complicadas operaciones sin que la corte imperial tuviese de ellas la menor noticia. Continuaba Carlos en Inspruck en la mas completa tranquilidad, unicamente ocupado en contraminar las intrigas del legado de Trento, y en arreglar las condiciones bajo las cuales pudiesen los teólogos protestantes ser admitidos en el concilio; y ni siquiera sospechaba que pronto iban á llamar su atencion objetos de diferente importancia.

Tan imprudente seguridad por parte de un príncipe cuya observacion de cuanto pasaba á su alrededor le llevó muchas veces á un exceso de desconfianza, parecerá tal vez inexplicable, y solo á una ceguera extraordinaria se ha podido atribuir; pero ademas de la singular sagacidad con que supo Mauricio disfrazar sus acciones, dos circunstancias concurren para engañar al emperador. Poco despues de su llegada á Inspruck aquejóle con mayor violencia la gota, que con tan frecuentes ataques debilitó su temperamento, y perdiendo tambien su espíritu su fuerza natural; ya no podia dedicarse á los negocios con su acostumbrada vigilancia y penetracion. Grauvelle, obispo de Arras su primer ministro, aunque uno de los mas hábiles políticos de su siglo y quizás de todos los siglos, fué en aquella ocasion juguete de su propia sagacidad. Tenia tan alto concepto de su habilidad, y en tanto menosprecio á los talentos políticos de los alemanes, que ningun caso hizo de los avisos que le

Circunstancias que contribuyeron á engañar al emperador y á sus ministros.

Año 1552.

dieron sobre las secretas intrigas y los osados proyectos de Mauricio. Habiendo el duque de Alba por efecto de su sombría desconfianza concebido sospechas de la sinceridad del elector, propuso se le llamase al punto á la corte para dar cuenta de su conducta; pero Granvelle contestó con desprecio que semejantes sospechas carecian de fundamento, y que la cabeza de un aleman embriagado era incapaz de formar proyecto alguno que no le fuese facil adivinar y frustrar. Pero no era solo su confianza la que le dictaba un tono tan decisivo pues habia sobornado dos ministros de Mauricio, que le enviaban frecuentes y detalladas noticias de todos los pasos de su señor; mas este mismo medio, por el cual esperaba penetrar todos los designios y pensamientos del elector, solo sirvió para mejor burlarle. Habiendo Mauricio descubierto secretamente la correspondencia de sus dos ministros con Granvelle, en lugar de castigarlos supo habilmente emplear contra aquel prelado sus mismos artificios. Aparentó que los trataba con mas confianza que nunca; admitiólos en sus deliberaciones particulares y dijérase que les descubria sus mas secretas intenciones; pero caidaba de dejarles entrever unicamente lo que le convenia que supiesen, de manera que los dos espías solo servian para convencer mas á Granvelle de la sinceridad y buenas intenciones de Mauricio (1). El mismo emperador estaba tan confiado que no paró la atencion en un memorial, que le presentaron en nombre de los electores eclesiásticos, y en el cual le avisaban que se guardase de Mauricio; pues solo contestó á él con demostraciones de su entera confianza en la

(1) Melvil, *Memoir's*, fol edit. p. 12.

fidelidad y adhesión de aquel príncipe (1).

Año 1552.

Terminó en fin este sus preparativos y gozó el placer de ver que continuaban ignorados sus proyectos é intrigas; pero, aunque estaba tan próximo á romper las hostilidades, no quiso arrojar la máscara que conservára hasta entonces, y por medio de un nuevo ardid supo todavía burlar algunos dias mas á sus enemigos. Anunció que iba á emprender el viage para Inspruck de que tanto hablára, y escogió para que le acompañase uno de los dos ministros que Granvelle habia sobornado. Despues de haber corrido algunas postas, fingió que se hallaba fatigado del viage, y despachó á Inspruck su pérfido ministro con el encargo de presentar al emperador sus excusas por aquel retardo y de asegurarle que llegaria á la corte dentro de pocos dias. No bien hubo partido aquel espía, montó Mauricio á caballo, voló á la Hungría, reunióse con su ejército compuesto de veinte mil hombres de infantería y cinco mil caballos, y al punto lo puso en movimiento (2).

Entra Mauricio en campaña contra el emperador.

Publicó al mismo tiempo un manifiesto que contenia las razones porque tomaba las armas, y alegó tres motivos: 1.º defender la religion protestante amenazada de próxima destruccion; 2.º mantener la constitucion y las leyes del imperio, y libertar á la Alemania del mando de un monarca absoluto; 3.º arrancar al landgrave de Hesse de los horrores de un largo é injusto

Publica un manifiesto para justificar su conducta.

(1) Sleid. 235.

(2) Melv, Memoirs, p. 13. Ningun historiador alemán menciona las circunstancias referidas tocante á los ministros sajones sobornados por Granvelle; pero, como el caballero James Melvil recibiera del mismo elector Palatino aquellos detalles, que son perfectamente conformes á toda la conducta de Mauricio, se pueden considerar como auténticos.

Año 1552. cautiverio. Con el primero sublevaba á su favor los numerosos partidarios de la reforma, formidables por su entusiasmo, y á quienes la opresion incitaba á tomar un partido desesperado. Con el segundo grangéabase el apoyo de todos los amigos de la libertad así católicos como protestantes, igualmente interesados en unírsele para defender derechos y privilegios comunes á unos y á otros. Finalmente, dejando á un lado la gloria de que se llenaba por su celo en cumplir sus promesas al landgrave, el tercer motivo era ya objeto de general interes no solo por la compasion que inspiraban los padecimientos de aquel desventurado príncipe, sino aun por la indignacion que escitára el rigor é injusticia con que le trató el emperador. Ademas del de Mauricio, apareció otro manifiesto en nombre de Alberto, marques de Brandebourg-Culmbach, que se le habia reunido con una division de aventureros que alistára; y en él esponia los mismos agravios, pero con escesiva amargura y violencia, propia del carácter del príncipe en cuyo nombre se publicaba.

Le apoya
poderosamente
el rey de
Francia.

Tambien el rey de Francia dió un manifiesto en el suyo: despues de recordar en él la antigua alianza que subsistió entre la francesa y la germánica, descendientes ambas de unos mismos antepasados, y habiendo indicado las proposiciones que á consecuencia de aquella primitiva union le habían hecho para pedirle su proteccion algunos de los mas ilustres príncipes de la Alemania; declaraba que tomaba las armas para restablecer la antigua constitucion del imperio, libertar de la esclavitud á algunos de sus príncipes, y asegurar los privilegios é independencia de todos los miembros del cuerpo germánico. Tomaba en aquel manifiesto el título de *protector de las libertades de la Ale-*

manía y de sus príncipes cautivos, y había hecho grabar al principio un birrete, antiguo símbolo de la libertad, puesto entre dos puñales, como si quisiese dar á entender á los alemanes que solo con las armas podían adquirir y conservar la libertad (1).

Tenia entonces que representar Mauricio un papel enteramente nuevo, mas su genio flexible acomodábase á todas las circunstancias; así es que desde el momento en que tomó las armas, mostróse tan osado é intrépido á la cabeza de su ejército cuanto fuera circunspecto y sagaz en el gabinete. Avanzando á marchas rápidas hasta la alta Alemania, abriéronle sus puertas todas las ciudades que se encontraban á su paso. Repuso en sus cargos á los magistrados destituidos por el emperador, y devolvió la posesion de las iglesias á los ministros protestantes que habian sido echados de ellas. Dirigióse hácia Augsburgo; y, no siendo bastante fuerte para probar una defensa, la guarnicion imperial retiróse precipitadamente, y Mauricio se apoderó de aquella ciudad en la cual hizo las mismas mudanzas que en las demas por donde pasára (2).

No hay términos para explicar el pasmo y la consternacion que se apoderaron del emperador al recibir la noticia de tan inesperados sucesos. Veia armados contra él muchos príncipes de Alemania y prontos los demas á reunirseles deseando su triunfo, y que al mismo tiempo un poderoso monarca se aliaba con ellos y secundaba sus operaciones, mandando en persona un formidable ejército, mientras por causa de una negligencia y credulidad que le esponian á la vez al pú-

(1) Steid. 549. Thuau. lib. X, p. 339. Mem. de Bihier, tom. II, p. 371.

(2) Steid. 555. Thuau. 342.

Año 1552.

Operaciones de Mauricio.

1 de abril.

Pasmo y confusion del emperador.

Año 1552. blico escarnio y al mayor peligro, no se hallaba en estado de tomar disposicion alguna eficaz ni para reprimir la rebelion de sus vasallos, ni para rechazar la invasion de extranjeros enemigos. Parte de sus tropas españolas enviáranse á Hungría contra los turcos, al paso que se llamaron las restantes á Italia para la guerra que se continuaba en el ducado de Parma. Licenciáranse las partidas de veteranos alemanes, porque no podia pagarlas, y muchas se habian alistado á las banderas de Mauricio despues del sitio de Magdeburgo, quedando asi Carlos en Inspruck con una division apenas suficiente para guardar su persona. Hallábase agotado su tesoro; y hacia tiempo que no habia recibido ninguna cantidad del Nuevo Mundo, al paso que perdiéra todo su crédito con los comerciantes de Génova y Venecia que, apesar de ofrecerles interes escorbitante, no quisieron prestarle. De este modo aquel principe, que sin disputa era el mas considerable potentado de la cristiandad y el mas capaz de desplegar mayores fuerzas, pues ningun menoscabo habia padecido aun su poder, hallábase con todo en la imposibilidad de librarse del riesgo que le amenazaba por medio de un esfuerzo bastante pronto y vigoroso.

Procura ganar tiempo con negociaciones.

Cifró toda su esperanza en las negociaciones, único recurso de los que conocen á fondo su debilidad; pero temiendo comprometer su dignidad si hacia él las primeras proposiciones á súbditos rebeldes, evitó este inconveniente valiéndose de la mediacion de Fernando. Lleno de confianza en sus talentos y no dudando que sabia sacar partido de semejante negociacion, esperó Mauricio que, aparentando facilidad en escuchar las primeras declaraciones de convenio, podria entretener al emperador y entorpecer la actividad de los preparativos que este

empezaba para ponerse en defensa; así es que sin dificultad consintió en tener una entrevista con Fernando en la ciudad de Lentz, en Austria, á donde se dirigió al punto, dejando que su ejército continuase su marcha á las órdenes del duque de Mecklemburgo.

Año 1550.

Ejecutó fielmente el rey de Francia todo cuanto prometiera á sus aliados, pues pronto entró en campaña con un ejército numeroso y bien pagado; y, marchando directamente á la Lorena, Toul y Verdun le abrieron sus puertas sin resistencia. Presentáronse luego sus tropas delante de Metz, y habiendo el condestable de Montmorency obtenido permiso de pasar por allí con un corto destacamento para su escolta, introdujo en la plaza cuantos soldados se necesitaban para contener á la guarnición; así por medio de tan engañosa estratagemá se apoderaron los franceses de aquella ciudad, sin derramar una gota de sangre. Celebrando Henrique con mucha pompa su entrada en todas aquellas plazas; obligó á los habitantes á prestarle juramento de obediencia, y agregó á su corona tan importantes adquisiciones. Dejando en Metz fuerte guarnición, avanzó hácia la Alsacia para probar nuevas conquistas que parecían prometerle los primeros triunfos de sus armas (1).

Progresos del ejército frances.

Ningun convenio produjo la conferencia de Lentz. Al consentir en ella, seguramente no tenia Mauricio mas objeto que engañar al emperador, pues hizo, en favor de sus confederados y del rey de Francia su aliado, demandas que no podia aceptar un príncipe demasiado altivo para someterse al punto á las condiciones que le dictaba un enemigo. Pero aunque durante to-

Ningun efecto producen las negociaciones entre el emperador y Mauricio.

(1) Thuan 349.

Año 1552. da la negociación pareció que defendía constantemente los intereses de sus asociados, y si bien nunca perdió de vista los objetos que le habían hecho empuñar las armas, siempre manifestó el mas vivo deseo de terminar amistosamente todas sus cuestiones con el emperador. Animado por aquella aparente disposición á la paz, propuso Fernando una segunda entrevista para el 26 de mayo, y pidió una tregua que empezaria aquel dia y duraria hasta el 10 de junio, á fin de que hubiese tiempo de decidir todos los puntos en cuestion.

Avanza Mauricio hácia Inspruck.

Entretanto reunióse Mauricio el 9 de mayo con su ejército que se habia adelantado hasta Gundelsingen. Por la mañana del dia siguiente puso sus tropas en movimiento; y quedándole todavia diez y seis dias para operar antes de que principiase la tregua, resolvió acometer en aquel intervalo una empresa cuyo éxito tal vez fuese bastante decisivo para inutilizar las negociaciones de Passan, y para ponerle en estado de imponer las condiciones que juzgase convenientes. Conoció que la idea de un cercano armisticio y la habil solicitud que manifestára para el restablecimiento de la paz infundirian al emperador falsas esperanzas, que calmando sus temores le volverian á sumergir en parte en la seguridad que tan fatal le habia sido. Lleno de confianza en semejante conjetura, marchó Mauricio directamente á Inspruck; avanzando con la mayor rapidez que fué posible á un ejército tan considerable. Llegó el 18 á Fiessen, posicion muy importante á la entrada del Tirol, donde se encontró con una division de ocho cientos hombres bien atrincherados que alli colocára el emperador para atajar los progresos de los confederados. Atacólos Mauricio con tanto ímpetu y violencia que abandonaron sus líneas precipitadamente,

y replegándose sobre otra division apostada cerca de Ruten, le comunicaron su terror pánico, de manera que todos tomaron la fuga despues de una débil resistencia.

Año 1552.

Gozoso por aquella victoria que sobrepujaba á todos sus deseos, marchó Mauricio á Ehrenberg, castillo situado sobre un peñasco muy alto y escarpado, que dominaba el único paso que habia á traves de las montañas. Habiéndose ya aquel fuerte rendido á los protestantes al principiar la guerra de Smalkalde, porque entonces la guarnicion era muy corta para defenderse, y conociendo el emperador su importancia, no se descuidó de poner en él una division suficiente para rechazar los ataques del mayor ejército; pero un pastor, persiguiendo una cabra que se habia separado del rebaño, descubrió una senda desconocida por donde podia subirse hasta la cima del peñasco, y lo puso en noticia de Mauricio. Al punto se destinó para seguir aquel guia un pequeño destacamento de soldados escogidos, capitaneados por Jorge de Mecklenburgo. Pusieronse en camino por la noche, y trepando por una senda escarpada con trabajo y no sin peligro, llegaron en fin á la cumbre sin ser descubiertos. Comenzando Mauricio el asalto por uno de los lados del castillo, de repente á un momento y señal convenida aparecieron por otro, y preparáronse para escalar los muros que en aquel lugar eran muy débiles, pues que hasta entonces se fuéiera por inaccesible. Espantada la guarnicion al verse atacada por un punto por donde se creia segura de todo riesgo, al instante se rindió. De este modo, casi sin derramar sangre y sin perder tiempo, cosa que le importaba mas, hallóse Mauricio dueño de una plaza cuya rendicion hubiera podido detenerle

Apodérase
del castillo de
Ehrenberg.

Año 1552. mucho, y para la cual debiera echarse mano de los mayores esfuerzos de valor y habilidad (1).

Un motín de sus tropas retarda su marcha.

Distaba entonces de Inspruck solo dos jornadas, y sin perder un momento hizo avanzar hácia aquel punto su infantería; pues no pudiendo la caballería ser de ninguna utilidad en aquel montañoso país, la dejó en Fiessen para guardar la entrada del desfiladero. Proponíase adelantarse con suficiente rapidez para anticiparse á la noticia de la pérdida de Ebreuberg, y sorprender al emperador con todo su séquito en una plaza abierta é incapaz de defenderse; mas apenas empezaban sus tropas á ponerse en movimiento cuando se amotinó un batallon de mercenarios, declarando que no pasarían adelante hasta que se les pagase la gratificación que, según la usanza del tiempo, se les debía por haber asaltado una plaza. Solo con mucho trabajo y peligro, y á costa de un tiempo precioso logró Mauricio apaciguar aquella sedición y obligar á sus soldados á seguirle á una ciudad donde encontrarían un rico botín, que les recompensaría de todos sus servicios.

Fúgase de Inspruck el emperador en el mayor desorden.

Sole al retardo ocasionado por tan imprevisto accidente debió su salvacion el emperador. Hasta la noche no supo el peligro que le amenazaba, y viendo que únicamente podia librarle unapronta fuga, al punto abandonó Inspruck apesar de la obscuridad de la noche, de la violenta lluvia que entonces caía y de hallarse tan debilitado por los dolores de la gota que no podia sufrir otro movimiento que el de una litera. Dirigiéndose hácia los Alpes, viajó á la luz de las antorchas por sendas casi desconocidas, y le seguian con igual precipitacion sus

(1) Arnold. *Vita Mauriti.* 123.

cortesanos y domésticos, unos montados en caballos que se procuraron del modo posible, muchos á pie, y todos con el mayor desórden. Con tan miserable equipage, bien diferente de la pompa de que durante los cinco años precedentes se habia visto constantemente rodeado al conquistador de la Alemania, llegó Carlos á Villach, en la Carinthie, con su séquito asustado y rendido de cansancio, y apenas se creyó seguro en aquel lugar ignorado é inaccesible.

Año 1552.

Entró Mauricio en Insbruck algunas horas despues de haber partido el emperador y los suyos. Desesperado al ver que se le escapaba su presa en el mismo momento en que estaba tan seguro de asirla persiguió al emperador hasta algunas millas de distancia; pero considerando la imposibilidad de alcanzar unos fugitivos á quienes el temor daba alas, regresó á la ciudad y entregó al saqueo todos los bagajes del emperador y de sus ministros, prohibiendo al mismo tiempo que se tocase nada de lo perteneciente al rey de romanos, ya porque le uniesen á aquel príncipe los lazos de la amistad, ya porque así quiso darlo á entender. Con tanta precision y acierto habia calculado el tiempo de sus operaciones, que solo faltaban entonces tres dias para principiar la tregua convenida; y partió por tanto al punto para avistarse con Fernando en Passau el dia que se fijára.

Entra Mauricio en la ciudad.

Antes de salir de Insbruck, puso Carlos en libertad al elector de Sajonia, á quien despojára de su electorado y que hacia cinco años arrastraba en pos de sí; quizas esperaba suscitar dificultades á Mauricio soltando un rival que podia disputarle su título y estados, ó talvez emocioa cuan indecoroso era retener preso á aquel príncipe, cuando el mismo corría peligro de per-

El emperador pone en libertad al elector de Sajonia.

Año 1552. der su libertad. Pero no viendo el elector otro medio de salvarse que el de seguir al emperador, y temblando á la sola idea de caer en manos de un pariente á quien con razon consideraba autor de todos sus infortunios; tomó la resolucion de acompañar á Carlos en su fuga, y aguardar la decision de su suerte de la negociacion que debia entablarse.

Disuélvese con desorden el concilio de Trento.

No fué este el solo efecto de las operaciones de Mauricio. Apenas en Trento se supo que habia tomado las armas, cuando fué general la consternacion en los padres del concilio. Los prelados alemanes al punto regresaron á su patria para cuidar de la seguridad de sus dominios; los demas mostrábanse asimismo impacientes por retirarse, y el legado, que hasta entonces se habia resistido á todos los esfuerzos de los embajadores imperiales que querian obligar al concilio á admitir los tedagos protestantes, asió gozoso aquella ocasion para disolver una asamblea que tan difícil de gobernar le pareció. Los congregacion celebrada el 28 de abril espalió un decreto para suspender el concilio por dos años, y para convocarlo de nuevo pasado este término, si estaba entonces restablecida la paz en Europa (1). Estendióse aquella prorogacion hasta diez años; pero las operaciones del concilio, cuando su reunion en 1562, no pertenecen ya al período que abraza esta historia.

Efecto de sus decretos.

Todos los estados de la cristiandad habian ardientemente deseado la congregacion de un concilio; esperábase que de la sabiduría y piedad de los prelados, que representaban todo el cuerpo de los fieles, resultarian esfuerzos caritativos y eficaces para poner término á las disputas que desgraciadamente se habian promovido en

(1) Fra-Paolo, 353.

la iglesia. Pero otras eran las miras de los varios papas que convocaron aquella asamblea, pues pusieron en práctica todos los resortes de su política y de su autoridad para lograr su objeto. Los talentos y habilidad de sus legados, la ignorancia de muchos prelados, y la vil sumision de los obispos de Italia diéronles tanto influjo en el concilio, que dictaban todos sus decretos, y que al redactarlos menos pensaban en restablecer la unidad y concordia en la iglesia que en arraigar su propio dominio, ó en consolidar los principios en que creian que este se fundaba. Definiéronse con escrupulosa exactitud y confirmáronse por la sancion de la autoridad pontificia, dogmas, que hasta entonces solo en fé de la tradicion se recibieran y en cuya interpretacion se admitia algun ensanche. Los decretos de la iglesia establecieron y declararon partes esenciales de su culto ceremonias que solo se observáran por respeto á costumbres que se tenian por antiguas. En lugar, pues, de cerrar la herida, la ensancharon, y el mal se hizo irremediable y en vez de procurar conciliar los opuestos partidos, aparentóse que se tiraba una línea precisa que fijaba su separacion. Aun hoy sirven estos manejos para mantenerlos divididos, y si no intervienene en ello la divina Providencia harán eterna la separacion.

Tres son los autores á quienes debemos el conocimiento de las operaciones de aquella asamblea. El padre Pablo de Venecia escribió su historia del concilio de Trento cuando era aun reciente la memoria de lo acontecido, y viviendo todavia muchos de los que á él asistiéran. En ella desarrolló las intrigas y artificios, que alli reinaron, con tal libertad y severidad que de ella se han resentido la autoridad y reputacion del concilio, y describió sus deliberaciones y esplicó sus de-

Carácter de los historiadores del concilio.

Año 1552. cretos con tanta claridad y profundidad, con tan variada erudicion y maduro juicio, que su libro es justamente considerado como una de las mejores obras que en el género histórico existen. Unos cincuenta años despues el jesuita Pallavicini publicó una historia del concilio enteramente opuesta á la del padre Pablo; valiéndose de todos los recursos de un designio sutil y astuto para debilitar el testimonio y refutar los racionios de su antagonista; procuró probar, justificando las operaciones del concilio é interpretando sutilmente sus decretos, que la imparcialidad dirigió sus deliberaciones, y que sus decisiones fueron dictadas por la razon y la buena fé. Vargas, juris-consulto español, que fué nombrado para acompañar á Trento los embajadores imperiales, enviaba al obispo de Arras una relacion exacta de cuanto alli pasaba, explicándole todos los artificios de que usaba el legado para hacer que el concilio obrase segun su arbitrio. Hase publicado una carta en que clama Vargas contra la corte pontificia con la severidad natural en un hombre que por su situacion hallábase en estado de observar á fondo los manejos de aquella; al paso que estaba obligado á emplear todos sus talentos y cuidado para frustrarlos. Cualquiera de estos tres autores que tenemos por guia en el juicio que se formará del espíritu del concilio, en unos de los que lo componian descubriéndose tanta ambicion y artificio, y tanta ignorancia y corrupcion en la mayor parte de los demas, óbservaránse en él tan marcadas las pasiones humanas y tan poca y débil aquella sencillez de corazon, aquella pureza de costumbres, aquel amor á la verdad, que son los únicos que pueden dar á los hombres el derecho de decidir cual doctrina sea digna de Dios y cual culto debe serle agradable; que con dificultad se creará que un sobrenatural influjo del

Espíritu Santo haya animado á aquella **asamblea** é inspirado sus decisiones.

Año 1563.

Mientras negociaba en **Lentz** **Mauricio** con el rey de romanos ó hacia la guerra al emperador en el **Tirol**, habia el rey de **Francia** avanzado en **Alsacia** hasta **Strasburgo**. Pidió al senado permiso para atravesar la ciudad, esperando que, á favor de la misma estratagemá que le valió la posesion de **Metz**, podria apoderarse de la plaza y abrirse por el **Rin** un camino al corazon de la **Alemania**; pero escarmentados los de **Strasburgo** con la credulidad y desgracia de sus vecinos, cerraron sus puertas, y reuniendo una guarnicion de cinco mil hombres repararon sus fortificaciones, arrasaron las casas que embarazaban sus arrabales, y se mostraron resueltos á defenderse hasta el último apuro. Al mismo tiempo enviaron al rey una diputacion de los mas respetables ciudadanos para suplicarle que no ejerciese ninguna hostilidad contra ellos. Uniéronseles los electores de **Treveris** y de **Colonia**, el duque de **Cleves** y otros príncipes comarcanos para rogar á **Henrique** que no olvidase el título que tan generosamente tomára, y que no se erigiese en opresor de la **Alemania** de la cual se habia apellidado libertador. Apoyáronlos con celo los cantones suizos, é instaron á **Henrique** á que tuviese alguna consideracion con una ciudad que tanto tiempo habia estaba unida á una república por la amistad y por tratados.

Por muy poderosa que fuese aquella intercesión reunida, no hubiera determinado á **Henrique** á renunciar una conquista tan importante á encontrarse en estado de asegurársela; pero en aquel siglo se tenian escasos conocimientos acerca de los medios de hacer subsistir numerosos ejércitos lejos de las fronteras de su país.

Los franceses intentan sorprender Strasburgo.



Año 1552. y las rentas de los príncipes á la par de su habilidad en el arte de la guerra, eran muy inferiores á los complicados y vigorosos esfuerzos que exigía semejante empresa. Aunque todavía no distaban mucho los franceses de sus fronteras, ya comenzaban á escasear sus víveres y no tenían almacenes suficientes para abastecerles de provisiones, durante un sitio que necesariamente sería largo (1). Al mismo tiempo la reina de Hungría, gobernadora de los Países-Bajos, reunió considerable número de tropas, que al mando de Martín de Rossem talaban la Champaña y amenazaban las provincias vecinas. Estas circunstancias obligaron al rey, apesar de su repugnancia, á abandonar la empresa; pero quiso al menos hacerse para sus aliados un mérito de aquella retirada que no podía evitar, y aseguró á los suizos que solo por consideracion á sus instancias no tomaba aquella resolucion (2). Mandó enseguida que llevasen todos los caballos á beber en el Rin, para probar que hasta allí habíanse extendido sus conquistas, y volvió á tomar el camino de la Champaña.

Operaciones
militares de
Alberto de
Brandeburgo.

Mientras practicaban estos movimientos el rey de Francia y el grande ejército de los confederados, confiárase á Alberto de Brandeburgo el mando de una division separada de ocho mil hombres, compuesta principalmente de mercenarios, que se alistaron á sus banderas llevados del deseo de pillage, mas bien que de la esperanza de cobrar un arreglado sueldo. Viéndose al frente de aquellos aventureros determinados á seguirle á todas partes, pronto empezó aquel príncipe á mirar con desprecio el estado de subordinacion en que estuviérase hasta entónces, y á formar esos vastos

(1) Thuan. 351, 352.

(2) Sleid. 557. Brantome, t. VII, p. 39.

proyectos de grandeza que raras veces se presentan á los mas ambiciosos espíritus, á no ser cuando las guerras civiles y las facciones les incitan á arriesgadas empresas, sonriéndoles con la esperanza de un cercano triunfo. Lleno de tan grandes pretensiones, hizo Alberto la guerra de muy diferente manera que los confederados; procuró esparcir el terror de sus armas con la rapidez de sus movimientos y con la estension y violencia de sus devastaciones. En todos los distritos por donde pasó esigió contribuciones con el fin de reunir una suma suficiente para pagar y mantener su ejército en el mismo pie. Procuró apoderarse de Nuremberg, de Ulm ó de cualquiera otra ciudad libre de la alta Alemania que le sirviese de capital y donde pudiese fijar la residencia de su gobierno; mas encontrándolas á todas prevenidas y preparadas para resistirle, desahogó todo su furor contra los eclesiásticos papistas, cuyas tierras taló con tan desapiadada barbarie que les causó muy desfavorables impresiones contra el espíritu de aquella religion reformada, cuyo celoso defensor pretendia ser. Los que por su situación se vieron mas expuestos á sus violencias fueron los obispos de Bamberg y de Wurtzburgo; pues obligó al primero á que le cediese la propiedad de casi la mitad de su vasta diócesis, y forzó al otro á pagarle una suma enorme para salvar su país de la devastacion y de la ruina. En medio de aquellos excesos de tan extraño furor, ninguna caso hizo ni de las órdenes de Mauricio, apesar de la obligacion que contrajera de obedecerle como general en jefe de la liga, ni de las representaciones de los demas confederados; y claramente probó que solo pensaba en su propio interes, sin curarse de la causa comun, ni del general motivo que indujera á

Año 1551.
Negociaciones para la paz en Passau.

los confederados á empuñar las armas (1).

Entretanto habiendo Mauricio hecho regresar su ejército á Baviera, y publicando un manifiesto en que mandaba al clero luterano y á los preceptores de la juventud que volviesen á ejercer sus funciones en todas las ciudades, escuelas y universidades de donde se les habia echado; se reunió con Fernando en Passau á 26 de mayo. Era blanco de la atencion de toda la Alemania aquel congreso, donde se iban á tratar negocios de la mayor importancia para el sosten de la paz y de la independencia del imperio; así es que, además de Fernando y de los embajadores del emperador, acudieron á Passau el duque de Baviera, los obispos de Salzburgo y de Aichstat, los ministros de todos los electores y los diputados de las ciudades libres de mas consideracion. Abrieron la negociacion Mauricio, en nombre de los confederados, y Fernando, como representante del emperador, y los príncipes que estaban presentes y los diputados de los ausentes obraron como intercesores y mediadores.

Condiciones propuestas por Mauricio.

En un largo discurso espuso Mauricio los motivos de su conducta, despues de haber enumerado todos los actos de despotismo contrarios á la constitucion del imperio ejercidos por el emperador en su administracion; limitóse á tres objetos ya enunciados en el manifiesto que publicára al tomar las armas: pidió que al punto se pusiese en libertad al landgrave de Hesse, que se hiciese justicia á las quejas y cargos que presentaban los confederados contra la administracion civil del imperio; y que los protestantes tuviesen el público y tranquilo ejercicio de su culto. No mostrándo-

(1) Steud. 560. Thuan. 357.

dose Fernando y los embajadores del emperador muy dispuestos á conceder aquellas tres condiciones; los mediadores escribieron en comun una carta á Carlos para suplicarle que librase á la Alemania de las calamidades de una guerra civil, dando á Mauricio y á su partido todas las satisfacciones que pudiesen determinarles á deponer las armas. Al mismo tiempo obtuvieron de Mauricio que se prolongase el armisticio por un corto intervalo, en cuyo tiempo procurarían con ahinco lograr una contestacion decisiva á las demandas de los confederados.

Fué aquella peticion presentada al emperador en nombre de todos los príncipes del imperio, asi papistas como protestantes, tanto de los que secundáran sus ambiciosos designios como de los que miráran con temor y envidia el acrecentamiento de su poder. Tan sincera y no muy comun unanimidad, en apoyar las demandas de Mauricio y recomendar la paz, procedia de varios motivos. Los mas adictos á la iglesia romana veian á no dudarlo que un numeroso ejército sostenia al partido protestante, al paso que el emperador apenas empezaba los primeros preparativos para defenderse; y conocian cuantos esfuerzos les seria preciso hacer para luchar con un enemigo al cual se le habia dejado reunir tan considerables fuerzas. Enseñáranles la experiencia que solo el emperador recogeria el fruto de sus esfuerzos, y que la mas completa victoria no serviria mas que para hacer mas pesadas é insuportables sus cadenas. Por estas consideraciones temian contribuir, por segunda vez con un celo indiscreto, á poner al emperador en posesion de una pujanza que llegaria á ser fatal á la libertad de la Alemania; asi, no obstante la indomable violencia del supersticioso espíritu

Apóyanlas
vigorosamente
los príncipes
del imperio.

Año 1552. de aquel siglo, prefirieron ver gozar á los protestantes de la libertad de conciencia que pedian, que ayudar á Carlos á oprimirlos y ponerle en estados de derribar la constitucion del imperio, ensanchando mas aun las prerogativas imperiales. Hacía mas válidas estas consideraciones el temor de ver otra vez á la Alemania presa de todos los horrores de la guerra civil. Muchos estados del imperio habian ya sido victimas del furor destructor de las armas de Alberto; otros temian serlo, y todos deseaban entre el emperador y Mauricio una transaccion que les libertase de tan terrible azote.

Motivos que inducian entonces al emperador á firmar la paz.

Tales eran los motivos por los cuales tantos príncipes se unian, apesar de la diferencia de sus intereses políticos y de sus opiniones religiosas, para instar al emperador á que hiciese con Mauricio una composicion que les parecia no solamente saludable sino tambien absolutamente necesaria, al paso que razones casi tan numerosas y tan fuertes hacian que el mismo Carlos lo desease. Veia todas las ventajas que por su descuido habian adquirido los confederados, y conocia entonces cuan insuficientes eran sus recursos para oponérseles. Sus súbditos los españoles, descontentos de tan larga ausencia y cansados de sus eternas guerras que ninguna utilidad podian acarrear á su pais, ya no querian enviarle subsidio alguno ni en hombres, ni en dinero; y aunque talvez se lisongease de arrancarles nuevos socorros con su astucia ó con su importunidad, bien veia que no llegarían estos bastante á tiempo para valerle de ellos con utilidad, en circunstancias que esigian la mayor rapidez. Estaba agotado su tesoro, dispersas ó licenciadas sus veteranas tropas, y poco podia contar con el valor y fidelidad de las nuevas levadas que se veia precisado á hacer. Tampoco debía es-

perar usar con acierto y seguro éxito de los mismos artificios de que echó mano para debilitar y arruinar la liga de Smalkalde; pues sus ambiciosas miras eran harto notorias, y ya nadie hubiera creído en los falsos pretextos con que al principio las ocultára. Estando desconfiados y prevenidos todos los príncipes de la Alemania; en vano hubiera intentado hacerles desconocer por segunda vez sus intereses y servirse de una parte de ellos para sujetar á los demas. Habíale ademas demostrado la esperiencia que una confederacion, que tenia por gefe á Mauricio, seria dirigida muy de otro modo que lo fué la liga de Smalkalde, y que no manifestaria ni la misma irresolucion en sus proyectos, ni la misma flojedad en sus operaciones. Si se determinaba continuar la guerra, debia contar con que se le declararían enemigos los mas considerables estados de la Alemania; al paso que de los demas solo podia esperar una neutralidad equívoca; y era tambien de temer que, mientras todas sus fuerzas estuviesen operando en un lugar, aprovecharia el rey de Francia el momento favorable para hacerle la guerra en otro con casi segura victoria. Como ya habia este hecho algunas conquistas en el imperio, estaba tan impaciente Carlos por recobrarlas, como por vengarse de los auxilios que habia aquel dado á sus rebeldes vasallos. Aunque Henrique se habia entonces retirado de las orillas del Rin, no habia hecho mas que cambiar el teatro de la guerra, llevando todas sus fuerzas á los Países Bajos. Incitados los turcos por sus instancias y por su resentimiento propio contra Fernando, que violára la tregua en Hungría, aprestaban una poderosa armada para saquear las costas de Nápoles y Sicilia, que aquel dejára casi indefensas sacando de

Año 1562.
 Carta de Fernan-
 do para el
 congreso.

sus estados la mayor parte de sus tropas regulares para reforzar el ejército que entonces quería reunir.

Fernando, que en persona se trasladara á Villach para esponer al emperador el resultado de la conferencia de Passau, tenia tambien sus motivos particulares para desear la paz, por los cuales apoyó con el mayor ardor las razones que para alcanzarla habian alegado en el congreso los príncipes reunidos. Ademas de haber mirado con cierta satisfaccion el golpe fatal que sufriera el despótico poder que usurpára en el imperio su hermano; trabajaba por impedir que Carlos recobrase lo que perdiéra, pues preveia que si lo lograba volveria con nuevo empeño y con mayor esperanza de buen éxito á su proyecto favorito de transmitir el poder á su hijo, escluyendo á su hermano de la sucesion al imperio. Proponíase, pues, echar mano de todos sus medios para limitar la autoridad imperial, á fin de asegurarse así su posesion. Ademas, irritado Soliman por la pérdida de la Transilvania y aun mas por los engañosos artificios que la ocasionaron, habia puesto en campaña un ejército de cien mil hombres que, despues de derrotar una division de Fernando y tomar muchas plazas importantes, amenazaba no solo acabar de conquistar la provincia, sino tambien echar á Fernando de la porcion de la Hungría que aun obedecia su mando. Y no podia este resistir á tan poderoso enemigo; pues ningun auxilio le daria su hermano mientras estuviese metido en una guerra civil, y tampoco debia esperar que los príncipes de Alemania le enviasen el contingente en hombres y dinero que acostumbraban para rechazar las invasiones de los infieles. Notando Mauricio la perplejidad y embarazo de Fernando tocante á este último artículo, ofre-

ciérale marchar en persona á la Hungría en su ayuda á la cabeza de sus tropas, si se restablecia sólidamente la paz; de modo que tan ventajosa proposicion para Fernando hizo en su ánimo tan profunda mella, que, viéndose por otra parte falto de todo socorro, se convirtió en defensor el mas ardiente de la causa de los confederados, y consintiera en las mas duras demandas antes que retardar una paz que miraba como el único medio de afirmar en sus sienes la corona de Hungría.

Año 1552.

Conspirando tantas circunstancias á determinar un tratado, era natural que todos esperasen verle pronto concluido. Pero el inflexible carácter del emperador y la repugnancia que mostraba á renunciar súbitamente un plan que con tanto ardor y constancia siguiéra, contrabalanceaban la fuerza de todos los motivos que le inducian á la paz, y no solo la retardaban, sino que aun parecia la hacian incierta. Cuando le representaron las demandas de Mauricio y la carta de los mediadores de Passau, negóse redondamente á hacer justicia tocante á las quejas que en ellas se esponian y á conceder ninguna estipulacion para la actual seguridad de la religion protestante, y propuso que se remitiese á la siguiente dieta la discusion de aquellos dos puntos. Pidió por su parte que se le indemnizase al punto de cuantas pérdidas sufriéra en aquella guerra, ya por la desenfrenada licencia de las tropas confederadas, ya por las cesaciones de sus gefes.

Circunstancias que retardan la paz.

Conociendo Mauricio todos los artificios del emperador, convenciose de que sus proposiciones solo tendian á hacerle perder tiempo y á engañarle. Sin atender por tanto á las súplicas de Fernando, sale de Passau bruscamente, y reuniéndose con sus tropas, que estaban acampadas en Merghentheim, ciudad de

Las vigorosas operaciones de Mauricio facilitan la composicion.

Año 1552. Franconia perteneciente á los caballeros del orden teutónico, pónese en movimiento y vuelve á romper las hostilidades; y como se hubiesen tres mil hombres al sueldo del emperador metido en Francfort sobre el Mein, pudiendo desde allí invadir el vecino Hesse, marchó hacia aquella ciudad y le puso sitio. La celeridad de la empresa y el vigor con que empezó á atacar la plaza de tal manera alarmaron al emperador, que escuchó mas favorablemente las razones de Fernando á favor de la paz, al paso que, á despecho de su orgullo y natural obstinacion, conoció era necesario ceder, y mostró cierta disposicion á hacer algun sacrificio si Mauricio alojaba un tanto en sus demandas. Así que observó Fernando que el emperador comenzaba á ceder, no cesó un momento de importunarlo, hasta que le determinó á declarar que concederia cuanto quisiesen para la seguridad de los confederados. Ganado tan difícil punto, envió un correo á Mauricio, por el cual participándole la ultima resolucion del emperador, le suplicó que no inutilizase los esfuerzos que para restablecer la paz hiciéra y no frustrase con una obstinación inoportuna las esperanzas que toda la Alemania tenia en tan feliz suceso.

Tambien
Mauricio desea
la paz.

Aunque se hallaban en tan próspero estado sus asuntos, estaba Mauricio muy dispuesto á convenir en aquel dictamen. Apesar de haber sido sorprendido, ya empezara el emperador á reunir tropas; y por débiles que pudiesen ser sus esfuerzos mientras durase la impresion de la consternacion primera, veia que Carlos obraria al fin con energia proporcionada á la estension de su poder y de sus estados, y conduciria á Alemania un ejército formidable por el número, y mas aun por el terror de su nombre y la fama de sus pa-

sadas victorias. No podia casi esperar que una confederacion compuesta de tantos asociados continuase por mucho tiempo obrando con suficiente union y perseverancia, para resistir á los estrozes sostenidos y bien dirigidos de un ejército conducido por un gefe absoluto y acostumbrado á mandar y á vencer; y, aunque no le instrayera aun ningun adverso suceso, ya conocia que al cabo no era mas que gefe de un cuerpo formado de mal unidos miembros. El ejemplo de Alberto de Brandeburgo le demostraba que, apesar de toda su habilidad y crédito, bien podia alguno de los gefes confederados separarse de la asociacion, sin que fuese posible hacerle volver á entrar en los deberes de la subordinacion y disciplina. Por estas consideraciones temia por la causa comun; mientras otra no menos poderosa le traia inquieto acerca de sus propios intereses. Poniendo en libertad al antiguo elector, y revocando el acto que le privaba de su rango y de sus estados, podia el emperador herir á Mauricio por la parte mas sensible; pues que aquel desgraciado príncipe, amado de sus antiguos vasallos y venerado por todo el partido protestante, al procurar recobrar los dominios de que injustamente le despojaron, no dejaria de escitar en Sajonia algunos movimientos que pondrian á Mauricio en peligro de perder cuanto á fuerza de tanto disimulo y artificio adquiriera. Por otra parte, solo del emperador dependia hacer inútiles todas las instancias de los confederados á favor del landgrave, y no se necesitaba mas que añadir otra violencia á la injusticia y crueldad con que tratára á su prisionero; y ya habia prevenido á los hijos de este que, si persistian en su empresa, en vez de ver á su padre en libertad,

Año 1552. pronto sabrían que había recibido el justo castigo de su rebelion (1).

Fírmase en
Passau la paz
de religion.

2 de agosto

Deliberó Mauricio con sus asociados todos estos puntos; y aunque las condiciones que ofrecia el emperador fuesen menos ventajosas que las que la confederacion propusiera, juzgó que era mas prudente aceptarlas que esponerse de nuevo á los inciertos sucesos de la guerra (2). Volvió á Passau y firmó el tratado, cuyos principales artículos eran: que antes del 12 de agosto los confederados dejarían las armas y licenciarian sus tropas; que por aquel entonces ó antes seria el landgrave puesto en libertad y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld; que dentro de seis meses se celebraria una dieta para deliberar acerca de los mejores medios de prevenir en lo sucesivo las disputas y las querellas de religion, que entretanto, ni el emperador, ni ningun otro príncipe por pretesto alguno violentarian á los que seguían la confesion de Augsburgo, y que al contrario se les concederia el libre y tranquilo ejercicio de su culto; que los protestantes, por su parte no turbarian á los católicos ni en el ejercicio de su jurisdiccion eclesiástica, ni en la observacion de sus ceremonias religiosas; que la cámara imperial administraria imparcial justicia á los súbditos del imperio de entrambas religiones, y que se escogerian indiferentemente de los dos partidos los miembros de aquel tribunal; que si la siguiente dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, las cláusulas del actual tratado favorables á los protestantes quedarian válidas para siempre; que ningun confederado podria ser molestado por lo sucedido en el decur-

(1) Steid. *Hist.* 571.

(2) Steid. 563, etc. Thuan. *lib. X p* 359.

so de la guerra; que se remitiría á la dieta la discusion de las infracciones que pretendia Mauricio se habian cometido tocante á la constitucion y libertad del imperio; finalmente que Alberto de Brandeburgo seria comprendido en el tratado, con tal que quisiese acceder á el y que licenciase sus tropas antes del 12 de agosto (1).

Año 1551.

Este fué el célebre tratado de Passau, que echó al suelo el grande edificio que afanábase Carlos en levantar tantos años habia con todos los recursos que le proporcionaba su poder y su política, anuló todos los reglamentos que hiciéra tocante á los asuntos religiosos, desvaneció todas las esperanzas que concibiéra por hacer la autoridad imperial absoluta y hereditaria en su familia, y estableció finalmente sobre mas segura base la religion protestante, que hasta entonces subsistiera en Alemania solo por la tolerancia y por precarios medios. Cúpole á Mauricio toda la gloria de haber ideado y llevado á cabo tan inesperada revolucion; y es cosa bien singular que deba en Alemania la reforma su restablecimiento y solidez á la misma mano que poco tiempo antes la condujera al borde del abismo de su ruina, y que ambos acontecimientos hayan sido efecto de unos mismos artificios y de un mismo fingimiento. Contodo parece que mas se atiende al objeto que se propuso Mauricio en esas dos diferentes conjunturas, que á los medios de que se valió para su logro. Celebráronle entonces tan universalmente por su celo y patriotismo, cuan rigurosamente le condenaron antes por su indiferencia é interesada política. Debemos tambien observar que el rey de Francia, monarca celoso por la fé católica,

Reflexiones
sobre aquel
tratado y acerca
del proceder
de Mauricio.

(1) *Recueil des traités*, t. II, p. 61.

Año 1552. perseguía á sus vasallos protestantes con toda la crueldad de la superstición, al paso que empleaba todo su poder en favorecer y apoyar la reforma en el imperio, y que un obispo católico negoció y firmó la liga que tan fatal debía ser á la iglesia romana: tan maravillosas son las vías por las cuales la sabiduría divina dirige el capricho de las pasiones humanas, y las hace cooperar al cumplimiento de sus designios!

Descuidanse en el tratado los intereses del rey de Francia.

Poco se trató en las negociaciones de Passau de los intereses del rey de Francia. Habiendo obtenido lo que deseaban, ninguna atención pusieron Mauricio y los confederados en favorecer un aliado á quien talvez consideraban que las conquistas que hiciéra en Lorena le habian en demasia remunerado por los servicios que le prestára. Pareció que no reconocian los confederados todas las obligaciones que le debian mas que insertando en el tratado una cláusula, que autorizaba á Henrique II á esponer sus pretensiones particulares y los motivos que creyese tener para quejarse, para presentarlos al emperador.

Fué en aquella ocasion tratado Henrique como debe esperar serlo todo príncipe que preste su nombre y su auxilio á los autores de una guerra civil. Luego que empezó á calmarse el furor de las facciones y á vislumbrarse la posibilidad de composición, olvidáronse sus servicios, y sus asociados se hicieron para con sus respectivos soberanos un mérito de su ingratitud á su protector. Mas por muy indignado que estuviese Henrique de la perfidia de sus aliados y de la precipitacion con que á sus costas firmaban la paz con el emperador, conoció que le importaba mantenerse en buena inteligencia con el cuerpo germánico; y lejos de procurar vengarse de ninguno de los que podia quejarse, devolvió

á Mauricio y á los confederados los rehenes que de ellos recibiera, y continuó manifestando las mismas disposiciones y fingiendo el mismo celo por el sosten de la antigua constitucion y libertad del imperio. Año 1552.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO ONCE.

FIRMADO el tratado de Passau, para cumplir Mauricio con la obligacion que contrajera con Fernando, marchó á Hungría á la cabeza de treinta mil hombres. Pero las superiores fuerzas de los turcos, los motines que la falta de paga ocasionó entre sus soldados alemanes y españoles, y su desavenencia con Castaldo, que solo con despecho le sedia el mando en jefe, hicieron que no ejecutase nada digno de su celebridad ó ventajoso al rey de romanos (1).

Año 1552.
3 de agosto.
Mauricio
marcha á Hungría contra los turcos.

Apenas se pasiera en camino cuando le dejó el príncipe de Hesse con sus tropas por ir al encuentro de su padre el landgrave y entregarle las riendas del gobierno, que habia tomado en su ausencia; pero no se habia aun cansado la fortuna de perseguir aquel desgraciado preso. Reisenberg, hombre emprendedor que

Recobra el landgrave de Hesse la libertad.

(1) Istvánffy Hist. Hungar. 288. Thuan. lib. X, 371.

Año 1552. de soldado ascendiera á coronel de un batallón de mercenarios al sueldo de Hesse, los sobornó secretamente durante su marcha y los llevó á Alberto de Brandeburgo que, habiéndose negado á consentir en el tratado de Passau, continuaba sus hostilidades contra el emperador. Desgraciadamente para el landgrave supose aquella desercion cuando, acabando de salir de la ciudadela de Malinas donde estaba preso, no habia aun pasado las fronteras de los Países Bajos. Creyéndole culpable de la violencia de un tratado á que debía su libertad, la reina de Hungría que allí mandaba hizo arrestar y volviólo á entregar al mismo capitán español que durante cinco años custodiáralo con la mas severa vigilancia. De este modo, puesto otra vez entre los horrores de una carcel, perdió Felipe el valor que cobrara con el corto intervalo de su libertad y cayó en desesperacion, creyéndose condeado á prision eterna. Con todo tardando poco el emperador en saber que ni el landgrave, ni su hijo tenian parte alguna en la defecion de los mercenarios de Reifenberg, mandó soltar al preso, y Felipe vióse en fin libre del cautiverio en que tanto tiempo habia se estaba consumiendo (1). Pero aunque volvió á cobrar sus estados, parecia que sus pasados padecimientos habian amortiguado la energia y natural actividad de su espíritu; y aquel príncipe, antes el mas osado é intrépido de los soberanos del imperio, fué desde entonces el mas tímido y circunspecto, y pasó el resto de sus dias en el reposo y la indolencia.

Tambien es
puesto en li-
bertad el elec-
tor de Sajonia.

Tambien obtuvo su libertad por la paz de Passau el elector de Sajonia despojado de sus dignidades. Fre-

(1) Sleid. 373. B. learii. Comment. 851.

cisado el emperador á desistir de su proyecto de destruir la religion protestante, ninguna razon tenia ya para retenerle preso; y ademas, para volver á conciliarse la adhesion y confianza de los alemanes, de cuyos socorros necesitaba en la espedicion que meditaba contra la Francia, era el mejor medio soltar un príncipe que era no menos estimado por su mérito que compadecido por sus desgracias. Volvió pues Juan Federico á tomar posesion de aquella parte de su territorio, que se le habia reservado cuando Mauricio se apoderó de su electorado; y no menoscabando el cambio de fortuna aquella grandeza de ánimo por la cual fué objeto de la admiracion en un estado mas venturoso y brillante, y que supo conservar aun en las prisiones, vivió todavía muchos años con la alta reputacion que tan justamente adquiriera.

Entretanto estaba el emperador profundamente afligido por la pérdida de Metz, de Toul y de Verdun; y acostumbrado á terminar con ventaja todas sus guerras contra la Francia, creyó que importaba á su gloria no sucumbir en aquella, y que seria afrentoso horror para su reinado consentir que para siempre se desmembrase del imperio tan importante dominio, en lo cual tan empeñado estaba su interes como su honra. Como aquella frontera de la Champaña era mas abierta que las demas provincias de la Francia, por allí entrara siempre en aquel reino. Pero si lograba Henrique conservar sus últimas conquistas, ganaba la Francia una formidable barrera en aquella misma parte por donde fuera hasta entonces mas debil. Al mismo tiempo perdía el emperador cuanto seguridad cobraba el enemigo con aquellas tres ciudades; pues antes cubrian su pais, y perdiéndolas, como que apenas es-

Resuelve el emperador atacar la Francia.

Año: 1552. taban fortificadas, quedaban sus propias plazas expuestas á una invasion. Por estas consideraciones resolvió Carlos probar su recobro: resolucion que pronto pudo ejecutar, merced á los preparativos que hiciera contra Mauricio y sus aliados.

Sus preparativos para la guerra.

Apenas firmada la paz de Passau, avergonzado de su humilde retiro de Villach, avanzó hácia Augsburgo, al frente de una considerable division de alemanes á su sueldo y de todas las tropas que llamó de sus estados de Italia y España. Pasáronse á su servicio muchos de los batallones que acababan de licenciar los confederados, y hasta escitó á que se le uniesen con sus vasallos algunos príncipes del imperio. Para mejor ocultar el destino de tan formidable armamento que tal vez alarmaria á la Francia y la obligaria á prepararse, hizo cundir la voz de que marchaba á Hungría en auxilio de Mauricio contra los infieles; pero no sirviendo ya este pretexto luego que se adelantó hácia el Rin, publicó que como gefe del imperio, precisado á reprimir los excesos de uno de sus miembros, iba á castigar á Alberto de Brandeburgo que talaba parte de la Alemania.

Precauciones de la Francia para la defensa de Metz.

Pero harto aprendieron los franceses á sus costas á desconfiar de los artificios de Carlos para no espíar cuidadosamente todos sus movimientos; y adivinando Henrique el verdadero objeto de tan grandes preparativos, resolvió defender sus importantes conquistas con tanta energia cuanta usare el enemigo para arrancárselas. Conociendo que Metz sufriria todo el peso de la guerra y que de la suerte de aquella ciudad dependeria la de Toul y Verdun; dió el mando de ella durante el sitio á Francisco de Lorena, duque de Guisa, obligado á defender bien aquella plaza por la gloria

Francisco de Lorena, duque de Guisa,

y la seguridad de su país, y ciertamente difícil era hacer mejor elección. A todas las calidades propias del valor juntaba el duque esa sagacidad y presencia de ánimo necesarias á todo hombre encargado de mandar; era uno de aquellos ánimos heroicos que, no ambicionando mas que las grandes empresas, aspiran á la fama por medio de brillantes acciones. Complacióse de hallar en la peligrosa comision que se le confiaba una ocasion de desplegar sus raros talentos á los ojos de sus compatriotas, que ya estaban dispuestos á aplaudirlos. El espíritu belicoso que distinguia entonces á la nobleza francesa, y que le hacia mirar la inaccion como vergonzosa siempre que hubiese gloria que adquirir, condujo de todas partes multitud de guerreros que se alistaron á las banderas de un jefe digno de serles modelo y guia en el camino de la victoria; y metiéronse en Metz en clase de voluntarios algunos príncipes de la sangre, muchos gentileshombres de primer rango y todos los jóvenes oficiales que pudieron obtener el permiso del rey. Su presencia infundió nuevo valor á la guarnicion, y el duque de Guisa tuvo la ventaja de haber de mandar solamente hombres que arrian por distinguirse.

Mas, apesar del calor con que se encargó de aquella empresa, halló á Metz en tan pésima situacion, que otro ánimo menos intrépido que el suyo hubiese desesperado de salvarla: era una ciudad de considerable recinto con grandes arrabales, débiles muros y sin fortificaciones; estrechos fosos, viejas torres en vez de baluartes y demasiado distantes entre si para defender el muro que las separaba: defectos que se repararon con tanto cuidado y actividad como lo permitió el tiempo. Mandó el duque arrasar los arrabales, sin perdonar los

Año 1552
es nombrado
gobernador de
la ciudad.

Prepárase para una vigorosa defensa.

Año 1552. monasterios é iglesias, aun la de San Arnulfo donde estaban enterrados muchos reyes de Francia. Pero á fin de evitar las inculpaciones de impiedad á que quizas le espondria la demolicion de aquellos edificios y la profanacion de los sepulcros, ordenó que se trasladasen á una iglesia de la ciudad los vasos sagrados y las cenizas de los reyes con todas las solemnidades de una procesion, á cuya cabeza iba él con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Derribáronse las casas demasiado cercanas á las murallas; ensancháronse y limpiáronse los fosos; reparáronse las antiguas fortificaciones y construyéronse otras: y como estas obras exigitian la mayor celeridad, trabajó el duque en ellas por su propia mano. Siguiéron su ejemplo los oficiales y los voluntarios, y viendo los soldados que sus gefes participaban tambien de los trabajos, suportaron placenteros las mas duras fatigas. llenáronse los almacenes de municiones de boca y guerra; incendiáronse los molinos, y taláronse los granos y forrages á algunas millas de los alrededores. Hasta los ciudadanos mostraron el mismo ardor que los soldados en secudar al general; tanto ascendiente le daban sus maneras sencillas y populares. Acallando la voz de su interes personal el celo que supo inspirarles, sin dar la menor señal de pesadumbre miraron sacrificados á la necesidad de rechazar al enemigo sus bienes, sus casas y sus públicos edificios (1).

Avanza Carlos hacia Metz.

Entretanto, despues de reunir todas sus fuerzas, continuó el emperador marchando hácia Metz; y al pasar por las ciudades del Rin, vió las tristes señales de los estragos que en aquella comarca hicieron las tropas de Alberto. Al saber su llegada, retiróse Alberto á la Lo-

(1) Thuan. XI. 367.

rena como si quisiese unirse al rey de Francia, cuyas armas habia ya puesto en todas sus banderas. Pero aunque se hallaba al frente de veinte mil hombres, no le permitia su situacion venir á las manos con los imperiales (1), cuyo ejército, que alomenos constaba de sesenta mil hombres, era uno de los mas brillantes que hubiese aquel siglo visto en las guerras de Europa.

Confióse la direccion del sitio, bajo las órdenes del emperador, al duque de Alba, ayudado del marques de Mariñan y de los mas hábiles generales de Italia y de España. Como estaban entonces á últimos de octubre, representaron el inminente riesgo que se corria principiando en tan adelantada estacion una empresa que precisamente debia prolongarse; pero Carlos demasiado obstinado para desistir de su plan, y confiando ademas que sus grandes preparativos le darian la victoria, mandóse cercase la plaza. Asi que pareció el duque de Alba, una numerosa division de los franceses hizo una salida, atacó con furor su vanguardia, púsola en desórden, y mató é hizo prisioneros muchos imperiales. Aquel principio, por el cual podíase juzgar de la habilidad de los oficiales y del valor de los soldados, manifestó á los sitiadores con que enemigos tenian que batirse y cuanto talvez les costarian las mas pequeñas ventajas. Cercóse sin embargo la plaza, abriéronse las trincheras, y principiaron los trabajos del sitio.

Pero una y otra parte fijaron su atencíou en Alberto de Brandeburgo, y cada partido procuraba ganar para sí aquel príncipe que permanecia en aquellas intermediaciones con la irresolucion de un hombre que, no estando al mando de ningun príncipe, fluctuaba entre

Pone sitio á la ciudad.

Procuran ambos partidos conciliarse Alberto de Brandeburgo.

(1) Natal. Comitís-Hist. 127.

Año 1552. opuestos intereses. Haciale la Francia muy ventajosas ofertas, y no olvidaban los imperiales ninguna de las promesas que creian propias para tentarle. En fin, despues de haber mucho tiempo vacilado, decidióse por Carlos, cuyo favor podia acarrearle mas sólidas é inmediatas ventajas. El rey de Francia, que comenzaba á desconfiar de él, encargára ya al duque de Aumale, hermano del de Guisa, que vigilase de cerca todos sus movimientos; pero Alberto arrojóse por sorpresa encima de la division que le observaba, y la derrotó, muriendo en la refriega muchos oficiales, y quedando herido y prisionero el mismo Aumale. Tras aquella victoria, marchó triunfante el príncipe á Metz y reunióse con sus tropas al emperador, que en consideracion de aquella accion y de tan numeroso refuerzo, perdonóle lo pasado, y le garantió la posesion del territorio que durante la guerra habia usurpado (1).

1 de noviem-
bre.

Valiente de-
fensa del du-
que de Guisa
y de su guar-
nicion.

Aunque profundamente afligido por la desgracia de su hermano, no aflojó el duque de Guisa en sus preparativos para la defensa de la plaza, sino que fatigaba á los sitiadores con frecuentes salidas, en las cuales mostrábase sus oficiales tan ansiosos por distinguirse que con toda su autoridad difícilmente podia contener su impetuoso valor. Hasta se vió muchas veces precisado á cerrar las puertas y ocultar las llaves, para que los príncipes de la sangre y la alta nobleza no saliesen á insultar al enemigo. Por su parte atacaban los imperiales la plaza por diferentes lados; pero como no habia entonces el arte de sitiar llegado á la perfeccion que recibió á fines del siglo décimo sexto en la larga guerra de los Países Bajos, despues de continuos trabajos de muchas

(1) Sleid. 370. Thuan. lib. X^o, 389, 392.

semanas apenas podian los sitiadores envancerse de haber hecho algun progreso. Las brechas que abria su artilleria eran reparadas durante la noche, ó levantándose nuevas fortificaciones sobre las ruinas de las antiguas amenazábanles con nuevas fatigas y peligros. Irritado por tan obstinada resistencia, salió el emperador de Thionville donde hasta entonces le detuviéra la gota, y apesar de estar aun enfermo pasó en litera á su campo para animar con su presencia los soldados; y en efecto, á su llegada estrechóse el sitio y redobláronse los esfuerzos.

Año 1552.

26 de noviembre.

Manifestándose ya el rigor de la estacion, veíase el campo ora inundado por las lluvias, ora cubierto de nieve; escaseaban tanto mas los víveres como que andaba por aquellos alrededores una division de caballeria francesa interceptando los convoyes, ó alomenos turbando y retardando su llegada. Empezaban las enfermedades á postrar los soldados, mayormente los italianos y españoles no acostumbrados á tan rigurosa temperatura, y murieron muchos, quedando buena parte imposibilitados de servir. Con todo, pareciendo practicable las brechas, resolvió el emperador aventurar un asalto general contra el parecer de sus mejores generales, que esponian cuan imprudente era atacar con soldados debilitados y desanimados á una guarnicion numerosa, mandada por los varones mas valientes de la nobleza francesa. Adivinando el duque de Guisa el intento de los enemigos por el extraordinario movimiento que advertia en su campo, preparó para recibirlos todas sus tropas, que al punto dejáronse ver en los muros y en las brechas con tan firme continente y tan dispuestas á rechazar á los sitiadores, que en vez de avanzar al toque de ataque permanecieron estos inmóviles,

Triste estado del ejército imperial.

Año 1552

silenciosos y abatidos. Al ver el desaliento de su ejército, retiróse bruscamente el emperador á su tienda, quejándose de verse vendido por soldados que apenas merecian el título de hombres (1).

El emperador muda de plan de ataque.

Aunque vivamente afligido y humillado por tal afrenta, no levantó Carlos el sitio; sino que, contentándose con variar su plan de ataque, mandó cesar el fuego de artillería, resuelto á emplear la mina, cuya accion era mas lenta pero mas segura. Entretanto continuaban cayendo lluvias y nieve; los encargados de aquel trabajo suportaban fatigas increíbles, y el duque de Guisa, tan habil como valiente descubria é inutilizaba todas las minas. Conoció Carlos que era imposible luchar no solo contra los rigores de la estacion, si que tambien contra enemigos que no podian ser vencidos por la fuerza ni por la astucia; veia ademas víctimas sus tropas de una enfermedad contagiosa, que le arrebatava cada dia multitud de gefes y soldados; y precisado por fin á ceder á las instancias de sus generales, que le suplicaban salvase con una pronta retirada los restos de su ejército: « La fortuna, dijo, es como las mugeres; prodiga sus favores á la juventud y desprecia los cabellos blancos. »

26 de diciembre.

Tiene que levantar el sitio.

Inmediatamente mandó levantar el sitio, que le costára cincuenta y seis dias de trabajos, en cuyo tiempo perdió mas de treinta mil hombres que sucumbieron al rigor de la enfermedad ó de las armas enemigas. Apenas notó el duque de Guisa el intento de los imperiales, tomó prontamente sus disposiciones para inquietarles en su retirada, y destacó muchos cuerpos de caballería é infantería que picasen retaguardia y cogie-

(1) Thuan. 397.

sen á los rezagados. Verificóse con tal desórden la marcha del ejército que se podia atacarle sin riesgo y matarle mucha gente; pero, así que salieron los franceses de la ciudad, el mas espantoso espectáculo trocó en compasion toda su furia. Véíase el campo imperial cubierto de enfermos, heridos, muertos y moribundos, y llenos todos los caminos de infelices, que despues de vanos esfuerzos por escaparse volvian á caer de puro débiles y perecian por falta de auxilios. Sus enemigos les prodigaron todos los servicios que no podian prestarles sus amigos; y el duque, al paso que envió víveres para los hambrientos, encargó á los cirujanos que cuidasen de los enfermos y heridos. Unos fueron conducidos á las vecinas aldeas, y otros, no hallándose en estado de ser trasladados tan lejos, ocuparon los hospitales de la ciudad que estaban preparados por sus soldados. A medida que iban restableciéndose, restitúalos á su pais con buena escolta, dándoles algun dinero para los gastos del viage. Semejantes actos de humanidad, tan raros en un siglo en que la guerrá se hacia con mas encarnizamiento y ferocidad que en nuestros tiempos, pusieron el sello á la reputacion á que era tan justamente acreedor el duque de Guisa por la gloriosa defensa de Metz, y los mismos vencidos elogiaron á aquel héroe tanto como sus compatriotas (1).

Aquel año fué el mas desgraciado del reinado del emperador, pues todavia sufrió nuevos reveses en Italia. Durante su permanencia en Villach, pidió á Cosme de Médicis que le prestara doscientos mil escudos; pero gozaba entonces de tan poco crédito que, para lo-

Año 1552.
Destruction
del ejército
imperial y generosidad de los franceses.

Mal estado
de las cosas
del emperador
en Italia.

(1) Sleid. 575. Thuan. lib. XI, 389, etc. El P. Daniel, *Hist. de France*, t. III, 392 sacó la relacion que de este sitio presenta del diario del señor de Salignac que asistió á él. *Natal. Comit. Histor.* 129.

Año 5152 grar tan módica cantidad, tuvo que ceder á Cosme el principado de Piombino; cesion que, al paso que quitaba á Carlos el único establecimiento que tenia en Toscana, erigió en independiente la soberania de aquel. Pero mientras de este modo veíase el emperador reducido á sacrificar su territorio, sufrió su ambicion mas sensible golpe con la pérdida de Siena, motivada por el mal gobierno de D. Diego de Mendoza (1).

Rebelion de
Siena.

Del mismo modo que la mayor parte de las grandes ciudades de Italia, regíase tiempo habia Siena por gobierno republicano bajo la proteccion del imperio. Pero, despedazada por las disenciones de la nobleza y el pueblo, que traian entonces divididos todos los estados libres de Italia, la faccion del pueblo, mas poderosa, suplicó al emperador que apoyase la nueva administracion que estableciera, y hasta dió entrada en la ciudad á una corta division de soldados españoles que envió Carlos para mantener la ejecucion de las leyes y la pública tranquilidad. Dióse el mando á Mendoza, entonces embajador imperial en Roma; y este general supo persuadir á la siempre crédula muchedumbre, que construyendo una ciudadela, quedaria la ciudad para siempre garantida contra los intentos de los nobles. Esperando por este medio ponerla en poder de Carlos, apresuró la obra con la mayor celeridad; pero, antes que estuviese acabada la fortaleza, arrojó la máscara; y dejándose llevar de su carácter naturalmente duro y orgulloso, trató á los ciudadanos con la mayor insolencia. Mal pagados los soldados de la guarnicion, como lo eran comunmente las tropas del emperador, vivian á discrecion en las casas de los habitantes, cometiendo los mayores escesos.

(1) Thuan. lib. XI, 376.

Con tantos ultrajes abrieron finalmente los ojos los sieneses, y convencidos de que era preciso parar el mortal golpe que se intentaba contra su libertad antes que se concluyesen las obras de la ciudadela, acudieron al embajador de Francia en Roma que les prometió socorro y la proteccion de su rey. Acallando el común peligro todos las antiguos odios, enviáronse diputados á los nobles desterrados, invitándoles á que viniesen á salvar la patria de la servidumbre que la amenazaba. No habia que perder un momento; tomáronse prontas y seguras medidas, y ejecutáronse con energia. Corrieron á las armas los ciudadanos, los desterrados y todos sus partidarios entraron por diferentes lados en la plaza con algunas tropas que pudieron juntar, y acudieron á sostenerles algunas divisiones de mercenarios al servicio de la Francia. Aunque sorprendidos y muy inferiores en número, defendiéronse los españoles valerosamente; pero desesperando en fin de ser socorridos y de sostenerse mucho tiempo en un fuerte medio construido, resolvieron abandonarlo. Apenas salieron, arrasáronlo los sieneses hasta los cimientos, á fin que ningun vestigio quedase de aquel odioso monumento alzado para su esclavitud. Desde entonces, rompiendo todas sus relaciones con el emperador, enviaron embajadores al rey de Francia dándole gracias por su libertad y rogándole les asegurase su tranquilo goce, continuando en dispensar su hourosa proteccion á la república (1).

Año 1552.
Los Sieneses
piden socorro
á la Francia.

A tantas desgracias para Carlos añalióse un acontecimiento mas fuerte todavía. Como la severa adminis-

Desembarcan
los turcos en el
reino de Ná-
poles.

(1) Pecci Memoire de Siena, vol. III, p. 230, 261. Thuan. 375, 377, etc. Paruta, Hist. Venet. 267. Mém. de Ribier, 424, etc.

Año 1552

tracion de D. Pedro de Toledo, virrey de Nápoles, habia suscitado en todo el reino murmuraciones y ódio al gobierno; el príncipe de Salerno, gefe de los descontentos, retirárase á la corte de Francia, donde todo el que aborrecia al emperador, encontraba segura proteccion y ayuda. Usando del presuntuoso language de todos los refugiados de su rango, jactárase de tener bastantes partidarios y crédito para poner á Henrique en posesion de Nápoles; y aseguró á este monarca que, si queria entrar en la ciudad, hallaria un numeroso partido pronto á unirsele. Mas, no despreciando semejante declaracion, no creyó el rey conveniente fiarse solo en las promesas del príncipe de Salerno para el écsito de tamaña empresa; sino que, á imitacion de su padre, contó siempre con Soliman como que era el mas formidable enemigo que pudiese oponer al emperador. Instóle pues á que enviáse al Mediterráneo una poderosa flota para apoyar su invasion. Acogió favorablemente su demanda el sultan, á quien tenian entonces sumamente indignado las hostilidades de la casa de Austria en Hungría. Mandó equipar ciento cincuenta embarcaciones, que debian aparejar á un tiempo señalado por su aliado, para favorecer las operaciones de los franceses. Dióse el mando de aquella armada al corsario Dragut, general que aprendiera á las órdenes de Barbarroja, y que no cedia á tan gran maestro ni en valor, ni en talento, ni aun en fortuna. Apareció en las costas de la Calabria á la época fijada, hizo muchos desembarcos, saqueó, quemó muchas poblaciones, y anclando en la bahía de Nápoles, derramó la consternacion en toda la ciudad. Entretanto detenida por algun accidente que no han explicado los historiadores, no llegó la flota francesa al tiempo pres-

crito; y habiéndola esperado los turcos veinte dias sin recibir de ella noticia alguna, volvieron á tomar el rumbo de Constantinopla, y vióse el virrey libre de una invasion que no hubiera podido rechazar (1).

Año 1552.

Como nunca causara tanta inquietud y temores al emperador, mostró la Francia immoderada alegría por los triunfos de aquella primera campaña; y Carlos, acostumbrado á una larga serie de prosperidades, sintió profundamente sus descalabros, y de Metz se retiró á los Países Bajos. Abandonado por la fortuna en su vejez, atormentado por los dolores de la gota, que enteramente aniquilaran el vigor de su constitucion, quedó melancólico, solitario y á veces incapaz de darse á los negocios. Contodo, cuando disfrutaba algunos intervalos de salud, la venganza era el objeto de sus pensamientos; y meditaba de continuo en los medios de humillar á los franceses y borrar la mancha estampada en su fama y en la gloria de sus armas. Desde que la paz de Passau desconcertó sus ambiciosos proyectos, ya no ocupaban mas que un lugar secundario en su ánimo los asuntos del imperio, y su mas fuerte pasion fué el ódio á la Francia.

Año 1553.
Alige vivamente al emperador el mal estado de sus cosas.

Entretanto turbó aquel año á toda la Alemania la inquieta ambicion de Alberto de Brandeburgo. Aunque perdió este príncipe mucha gente en el sitio de Metz, el emperador, que queria mostrarse agradecido á sus importantes servicios en aquella ocasion, ó talvez fomentar la desunion entre los principes del imperio, pagóle cuanto le debia, con cuyo medio le puso en estado de formarse un ejército tan numeroso como antes con los restos del que licenciáran los impe-

Violencias que comete Alberto de Brandeburgo.

(1) Thuan. 575, 386. *Mém. de Bibler*, II, 403. Giannin.

Año 1553

riales. Habiendo los obispos de Bamberg y de Wurtzburgo pedido á la cámara imperial que anulase las inicuas condiciones que Alberto les obligára á firmar, por unanimidad declaróles aquel tribunal libres de semejantes promesas arrancadas por la fuerza, prohibió á Alberto proseguir su ejecucion y esortó á todos los príncipes de Alemania á hacerle la guerra si insistia en sus injustas demandas. A este decreto objetó Alberto que el emperador habia confirmado sus tratados con ambos prelados en recompensa de haberse unido al ejército imperial delante de Metz; y para atemorizar á sus enemigos y convencerles de que no abandonaria sus pretensiones, puso en marcha sus soldados para apoderarse de los territorios que se le disputaban. Propusiéronse muchos recursos, probáronse varios medios para impedir que se volviese á encender la guerra en Alemania; mas Alberto, impelido por su ardiente carácter á las mas osadas empresas y no dudando jamas de la victoria, hasta en las mas estrañas expediciones, desechó con orgullo todas las proposiciones razonables de acomodamiento.

Es condenado por la cámara imperial.

De consiguiente espidió la cámara imperial su decreto, y requirió al elector de Sajonia y otros muchos príncipes á tomar las armas para hacerlo ejecutar. Tomaron gustosos á su cargo Mauricio y sus aliados sostener la autoridad de aquel tribunal, de que la tranquilidad pública dependia; y conocieron que sin perder un instante convenia poner coto á las usurpaciones de un príncipe ambicioso cuyas únicas máximas eran las de su interes, y su sola guía la fogosidad de sus pasiones. Sospechábase que el emperador animaba á Alberto á tan injusto y violento proceder, y que aun en secreto le daba auxilio; así daba á Mauricio un rival, de quien

podía valerse á la primera ocasion para oponer un contrapeso al crédito que habia aquel adquirido en el imperio (1).

Al punto las mas poderosas príncipes de la Alemania formaron contra el usurpador una liga de la cual nombróse generalísimo á Mauricio. No vaciló por esto la decision de Alberto; pero, conociendo le era imposible resistir á tantas fuerzas juntas, apresuróse á impedir su reunion, marchando primero contra Mauricio, que de sus enemigos era de quien mas temia. Acertados anduvieron los aliados al confiar sus asuntos á tan habil príncipe; pues animados con su autoridad y ejemplo, ejecutáronse sus preparativos con una celeridad que raras veces pueden usar las confederaciones, y así vióse Mauricio en estado de oponerse á Alberto, antes que hubiese este hecho progresos de consideracion.

Encontráronse ambos ejércitos en Sieverhausen, ducado de Lunburgo, y componíase cada uno de cerca veinte y cuatro mil hombres. Poco tiempo estuvieron en inaccion, pues no se lo permitia el odio personal en que ardian sus generales.

Participando de su impaciencia, marcharon las tropas fieramente al combate, que fué encarnizado por una y otra parte, y supieron los generales aprovechar con tanto acierto las mas pequeñas ventajas, que mantúvose buen espacio indecisa la suerte de la batalla, pues cada uno ganaba alternativamente terreno contra su enemigo. Declaróse finalmente la victoria por Mauricio cuya caballería era mas numerosa, y el ejército de Alberto, puesto en derrota, dejó cuatro mil hombres en el campo de batalla, quedando en poder de sus

(1) Sleid. 585 *Mem. de Ribier*, II, 442. *Arnoldi Vita Mauriti.* ap. *Menken* II. 1042.

Año 1553. vencedores su campo, sus bagages y su artillería. **Cara** compraron semejante ventaja, pues murió mucha gente de sus mejores tropas, y allí perdieron la vida dos hijos del duque de Brunswick, un duque de Luneburgo y otras personas de distincion (1). Pero pronto la muerte de **Mauricio** hizo que se olvidáran todas las demas pérdidas. Al conducir por segunda vez á la carga un cuerpo de caballería que habia retrocedido, recibió aquel príncipe en el vientre un pistoletazo, y murió de aquella herida dos dias despues de la batalla, á treinta y dos años de edad y seis de su elevacion al electorado.

Muere Mauricio en la batalla.

Su carácter.

Debe ciertamente **Mauricio** ocupar el mas distinguido lugar entre los sujetos que figuran en la historia de aquel siglo guerrero, en que con los grandes acontecimientos y súbitas revoluciones despuntaban grandes talentos y hallaban abierta vasta carrera. Si por una parte deben privarle de los elogios reservados á la virtud su ambicion excesiva; y la injusta usurpacion de los títulos y estados de su pariente; por otra su habilidad en combinar sus disposiciones, su firmeza en la ejecucion y su constante prosperidad en todas sus empresas elévanlo al menos al rango de los grandes príncipes. En una edad en que ordinariamente la impetuosidad de las pasiones sobrepujaba la voz de la prudencia, y en que el mas feliz esfuerzo de un genio aun de primera clase se limita á concebir un proyecto atrevido, y á ejecutarlo con prontitud y valor; supo formar y seguir un complicadísimo plan, que engañó al mas artificioso soberano de la Europa. Habia casi lo-

(1) *Historia pugnae infelicis inter Mauric. et Albert. Thom. Wintzera auctore, apud Scard II, 559 Scald. 583. Boscelli Epitres aux princes, 154. Arnoldi Vita Mauric. 1245.*

Año 1553.

grado el emperador ejercer ilimitado despotismo, cuando con fuerzas que parecían poco proporcionadas á su audacia le obligó Mauricio á renunciar á sus usurpaciones, y á establecer no solo la libertad de conciencia hasta la civil de Alemania, sobre bases que hasta hoy día han subsistido indestructibles. Su conducta, es verdad, escitó por algun tiempo la desconfianza de los protestantes y el resentimiento de los católicos; mas tuvo el arte de contemporizar con unos y otros con tanta astucia, que ningun príncipe de sus contemporáneos gozó de igual crédito en ambos partidos, y que generalmente le lloraron como defensor el mas poderoso y el mas fiel de la constitucion y de las leyes de su pais.

Consternadas con la muerte de Mauricio sus tropas no pudieron aprovecharse de su victoria. Entretanto Alberto, que por impetuoso valor y prodigalidad era el idolo de una banda de aventureros, que poco cuidaban de la justicia de su causa, pronto volvió á reunir sus dispersas fuerzas; y por medio de rápidos alistamientos hallóse á la cabeza de quince mil hombres, recommenzando sus rapiñas con mas furor que nunca. Pero Henrique de Brunswick, que tomára el mando del ejército de los aliados, derrotólo en otra batalla casi tan sangrienta como la primera. No estaban agotados el valor y los recursos de Alberto apesar de semejante pérdida, y aun hizo vigorosos esfuerzos para reparar sus descalabros; pero viéndose desterrado del imperio por la cámara imperial, despojado de sus dominios hereditarios y de los que usurpára, abandonado de la mayor parte de sus oficiales, oprimido por el número de sus enemigos, fué á buscar un asilo en Francia. Aquel hombre, que por tanto tiempo fué el terror y

Alberto continúa la guerra.

12 de setiembre.

Se ve precisado á salir de Alemania.

Año 1533. azote de la Alemania, consumiéndose algunos años en la indigencia y en la precaria situación de un refugiado, víctima de toda la amargura de los infortunios, que no le permitían suportar con paciencia su inquietud y su natural fiereza. Como no dejaba posteridad, sus estados, de que se apoderaron los príncipes confederados, por un decreto imperial devolvieron después de su muerte á sus herederos colaterales de la casa de Brandeburgo (1).

Su muerte.

12 de enero de 1557.

Augusto, hermano de Mauricio, le sucede en su electorado.

Entre tanto no se pasó mucho tiempo sin que se suscitase una grave cuestión por la sucesión á los títulos y dominios de Mauricio. Su hija única, esposa de Guillermo príncipe de Orange, tenía un hijo que, habiendo heredado el nombre y los talentos de su abuelo, podía reivindicar todos sus derechos. Además, el antiguo elector Juan Federico reclamaba sus dignidades y la porción de su patrimonio que se le quitaron después de la guerra de la liga de Smalkalde, y al mismo tiempo Augusto, único hermano de Mauricio, aspiraba no solo á los bienes hereditarios que tenía aquel por su familia, sino también al electorado de que se apoderara. Las distinguidas calidades de Augusto, su candor y sus amables maneras hicieron olvidar á los estados de Sajonia el mérito y los infortunios de su primer dueño, y declaráronse altamente á su favor. Apoyaron con todo su poder sus pretensiones el rey de Dinamarca, cuya hija estaba casada con aquel príncipe, y el rey de romanos por respeto á la memoria de Mauricio. De este modo Federico, aunque secretamente protegido por el emperador su antiguo enemigo, tuvo ca fin que renunciar á sus derechos sin mas indemniza-

(1) Sleid. 592, 594, 599. Struv. *Co-p. Hist. Germ.* 1075.

cion que un corto aumento de territorio y la sucesion eventual para su familia á falta de herederos varones en la línea albertina. Aquel desventurado y siempre magnánimo príncipe murió al siguiente año, poco despues de haber ratificado este tratado, y todavía poseen los descendientes de Augusto el electorado de Sajonia (1).

Mientras esto acontecia en Alemania, proseguian la guerra con ardor en los Países Bajos, pues impaciente Carlos por vengar la afrenta que recibiera delante de los muros de Metz, puso poco despues en campaña otro ejército y comenzó el sitio de Térouanne. Aunque era tan importante aquella plaza que Francisco I la llamaba una de las almohadas sobre las cuales podia dormir seguro un rey de Francia, hallábase en pésimo estado sus fortificaciones, y Henrique, confiando demasiado por sus pasadas victorias, creyó que para desconcertar los esfuerzos de su enemigo bastaba reforzar la guarnicion con un numeroso alistamiento de jóvenes caballeros. Pero habiendo perecido de Essé, veterano oficial que la mandaba, estrecharon los imperiales el sitio con tanto ardor y constancia que ganaron la plaza por asalto. Inmediatamente, para que no volviese á caer en manos de los franceses, mandó Carlos arrasar sus fortificaciones y hasta los edificios; y dispersó á los habitantes por las vecinas poblaciones. Orgullosa con este triunfo el ejército imperial, puso cerco á Hesdin, que apesar de la mas obstinada defensa fué tambien ganada por asalto, quedando prisioneros los de la guarnicion que escaparon al filo de la espada. Dirigió aquel sitio por encargo del emperador Manuel Filiberto de Saboya,

Hostilidades
del emperador
en los Países
Bajos.

ar de junio.

(1) Sleid. 587. Thuan. 409. Struv. *Corp. Hist. Germ.*

Año 1523. príncipe del Piamonte, y allí fué donde brilló el primer ensayo de su talento militar, que pronto le elevó al rango de los primeros generales de aquel siglo, preparándole los medios de recobrar sus estados hereditarios, que habia Francisco I invadido en sus guerras de Italia (1).

Alarman al rey de Francia los progresos de los imperiales.

La pérdida de dos ciudades, en que perecieron ó cayeron en poder del enemigo muchos guerreros de distincion, no era una leve desgracia para la Francia, y Henrique la sintió profundamente; pero creíase aun mas humillado viendo que el emperador, cuyo poder creia para siempre abatido, desde su retirada de Metz, recobraba tan pronto su primera superioridad. Arrepintiéndose de semejante confianza que le indujera á no empezar antes la campaña; reunió con prontitud un numeroso ejército, y marchó á los Países Bajos.

Al ver que se le acercaba tan formidable enemigo, salió Carlos de Bruselas, donde permaneciéra tan estrechamente encerrado siete meses que corrió por varios puntos de la Europa la fama de su muerte; y aunque le habia la gota puesto tan débil que apenas podia sufrir el movimiento de una litera, apresuróse á reunirse á su ejército. La atencion general fijóse entonces en aquellos poderosos é implacables rivales, con la esperanza de una batalla decisiva; pero era Carlos muy prudente para arriesgarla, al paso que no pudiendo los franceses por causa de las abundantes lluvias del otoño emprender ningun sitio, retiráronse sin hacer nada que correspondiese á la grandeza de sus preparativos (2).

Sufren en

No fueron tan dichosas en Italia las armas del em-

(1) Thum. 411. Harcus, *Annales Brabant.* 669.

(2) Harcus, 672. Thum. 414.

perador, pues el mal estado de su hacienda casi no le permitía obrar con energía en dos puntos á la vez. Año 1553. Italia algunos reveses. Cuantos mas esfuerzos hacia en los Países Bajos, menos recursos hallaba á la otra parte de los Alpes. Poniéndose de acuerdo con Cosme de Médicis, á quien traía inquieto la entrada de las tropas francesas en Siena, quiso el virrey de Nápoles apoderarse de aquella ciudad, pero al asomar la escuadra de los turcos, que amenazaba las costas napolitanas, abandonaron prontamente su empresa los imperiales para ir á defender su país. De este modo pudo la Francia facilmente no solo sostenerse en Toscana, si que tambien conquistar con el socorro de los turcos buena parte de la isla de Córcega, sometida entonces á los genoveses (1).

Aquel año los asuntos de la casa de Austria no tomaron mejor aspecto en la Hungría. Y tambien en Hungría. Mal pagadas las tropas que Fernando tenia en la Transilvania vivian á discrecion en las casas de los habitantes, que al fin se cansaron irritados de su insolencia y de sus rapiñas. Abandonó la nacion entera á un soberano que saqueaba á sus vasallos en lugar de protegerlos, y á esta indignacion añadiase el deseo de vengar la muerte de Martinuzzi. Estaban prontos á sublevarse asi la nobleza, de suyo turbulenta y altiva, que con impaciencia sufría tantas injurias como el pueblo, naturalmente inconstante y feroz; y en semejante coyuntura apareció con su hijo en Transilvania Isabel, que habia sido su reina. No pudiendo aquella ambiciosa muger, que se arrepentia de haber cedido su corona en 1551, sufrir ya la soledad y el ocio de una vida privada; salió de su retiro, esperando que los húngaros, llevados de su

(1) Tavan. 417.

- Año 1553. descontento, quizás volverian á reconocer los derechos de su hijo al trono. Al punto se declararon á su favor algunos de los nobles mas distinguidos; el baja de Belgrado por órden de Soliman apoyó su partido contra Fernando, y no recibiendo paga alguna los soldados españoles é italianos, en vez de avanzar al enemigo, dijeron que querian regresar á Viena. Así Castaldo su general, tuvo que abandonar la Transilvania á Isabel y á los turcos, y volverse á la cabeza de los amotinados para impedir al menos que saqueasen en su tránsito al Austria (1).
- Tiene Fernando que abandonar la Transilvania.
- Disgustos domésticos de Soliman.
- Trágica historia de su hijo Mustafá.
- Hallábase á la sazón muy ocupado Fernando en las turbulencias de Alemania, y estaban por otra parte muy agotados sus fondos con estos últimos esfuerzos para intentar el recobro de tan importante provincia. Sin embargo ofrecíasele entouces ocasion favorable, pues estaba Soliman empeñado en una guerra contra la Persia, al paso que consumíalo disgustos y discenciones de familia. Oscureciendo con sus grandes calidades á todos los demas príncipes de la familia de los Otomanos, tenia todas las violentas pasiones de aquella orgullosa; y era celoso de su autoridad, pronto y terrible en su cólera, capaz de sentir en todo su furor aquel amor que produce en Oriente las catástrofes mas fuertes. Fué su favorita una esclava circasiana de rara belleza, que le dió un hijo llamado Mustafá: y Soliman nombró sucesor suyo á aquel jóven príncipe no tanto por su nacimiento como por mérito. Mas conquistando el corazon del sultan Roxelana, esclava rusa, pronto suplantó á su rival; y, teniendo bastante astucia para conservar su conquista, gozóla sola muchos años, y au-

(1) Thuan. 33.

mentó con muchos hijos é hijas la prole de Soliman. Con todo, lejos de estar satisfecha de su ilimitado poder sobre el ánimo de un monarca á quien adoraba ó temia la mitad del mundo, amargaba toda su dicha la idea de ver un dia á Mustafá en el trono, y á sus hijos sacrificados para la seguridad del nuevo emperador, segun la bárbara política de los turcos. Revolviendo sin cesar en su imaginacion semejante pensamiento, miró al heredero de la corona como el enemigo de sus hijos, y como á tal le juró el odio de una madrastra. Poco tardó en desear su perdicion para asegurar el trono á uno de sus hijos, y con su ánimo ambicioso y fecundo en artificios era capaz para todo probarlo y ejecutarlo. Despues de haber casado, conforme á los deseos del sultan, su hija única con el gran visir Rustan, confió su proyecto á aquel sagaz ministro, quien como su propio interés le incitaba á secundar el engrandecimiento de la familia real, le prometió ayudarla con todo su poder.

Concertadas estas primeras disposiciones, fingió Roxelana el mayor celo por la religion mahometana, á que era Soliman escrupulosamente adicto, y propuso fundar una mezquita, empresa muy costosa pero considerada entre los turcos como la obra mas meritoria. Consultado el mufti acerca de tan piadosa intencion, prodigóle los mayores elogios; pero como estaba sobornado por Rustan, dijo á Roxelana que privándole su estado de esclava hasta la propiedad de sus acciones, solo Soliman su amo recogeria todo el fruto de tan santa empresa. A esta respuesta pareció que lo oprimia el mas profundo pesar; fingióse alucinada en la mas negra melancolia, cual si le fastidiasen la vida y los plae-

Año 1553.

ceres. Informado de su dolor y de su motivo Soliman, que estaba entonces al frente de su ejército, mostró toda la solicitud de un amante que quiere consolar á la que adora, y la declaró libre por un escrito de su propia mano. Contenta con esta primera victoria, comenzó ella á construir su mezquita, y recobró toda su alegría y vivacidad primitivas. Entretanto, á su regreso á Constantinopla, envió Soliman un cuneco al serrallo, segun se acostumbraba, para invitar á su favorita á partir con él su lecho; mas Roxelana, aparentando el pesar mas íntimo, con tono firme y resuelto negóse á obdececer, diciendo que lo que era honor por una esclava seria un crimen en una muger libre, y nunca consentiria en que con ella se hiciese el sultan culpable de tan manifiesta violacion de las leyes del profeta. Avivando esta falsa delicadeza el fuego de la passion de Soliman, aculió á los consejos del mufti, quien, conformándose al Alcoran, respondió que eran muy fundados los escrúpulos de Roxelana, y añadió, segun las insinuaciones de Rustan, facilmente podria el sultan ponerles término tomándola por muger legítima. Era esto derogar una máxima política que el orgullo otomano mirára como inviolable desde Bayaceto I. Habiendo los tártaros violado inhumanamente la muger de este principe mientras era prisionero de Tamerlan; los sultaes que le sucedieron, para librarse de semejante afrenta, solo esclavas admitieron á su lecho. Con todo aceptose con placer la proposicion del mufti, y el enamorado Soliman casóse solemnemente con su querida.

Toda la grandeza del sacrificio convenció á Roxelana de cuanto era su ascendiente sobre el corazon de aquel monarca, y esperando todo y no temiendo ya na-

da, aventuróse á tramar la ruina de **Mustafá**. Segun la costumbre de los sultanes, habíase dado al jóven príncipe el cargo del gobierno de muchas provincias, y acababa su padre de confiarle la administracion del **Diarbequir**, la antigua **Mesopotamia**, que **Soliman** agregó á su imperio despues de quitarla á los persas. En todos estos empleos mostróse **Mustafá** justo y moderado; por su valor y generosidad, era á la vez el favorito del pueblo y el ídolo de los soldados; y tanta prudencia acompañaba á aquel arte de ganar los corazones, que nunca causó el menor recelo á su padre.

No podia imputársele vicio ni falta alguna que pudiese desvanecer la alta opinion que de él **Soliman** concebiera; era mas refinada la malicia de **Roxelana**, é hizo servir las mismas virtudes de **Mustafá** de instrumento para su perdicion. Mas de una vez afectó delante del sultan que admiraba las brillantes calidades de aquel jóven príncipe; su valor, su liberalidad y sus maneras populares. Malignamente ecsagerados y harto amenudo repetidos hicieron estos elogios todo el efecto que aguardaba; todo el afecto de **Soliman** para con su hijo no pudo disipar las mas siniestras sospechas, y no pudiendo por último pensar en **Mustafá** sin celos é inquietud. Notólo **Roxelana** y aprovechose de ello. Estando un dia con el sultan, como por casualidad, hizo recaer la conversacion en el dolor que sintió **Bayaceto** al ver rebelarse su hijo **Selim**, en seguida habló del valor de las veteranas tropas que mandaba **Mustafá**, y observó que el **Diarbequir** era limítrofe de los estados del soñ de **Persia**, enemigo mortal de **Soliman**. Mas malignas insinuaciones de **Roxelana** insensiblemente fueron revistiéndose á los ojos de su esposo de todos los colores de la verdad, y el furor de la envidia

AÑO 1553 acabó de apagar en su corazón el último resto de ternura paternal. Sucediendo á los sentimientos de la naturaleza un odio profundo, rodó Soliman, á su hijo de espías que observasen todas sus palabras y acciones, y desconfió de él como de su mas peligroso enemigo.

Entonces creyó Roxelana que podia arriesgar otro paso, que fué pedir al sultan permiso para que sus hijos se presentasen en la corte. Esperaba que pudiendo tratar libremente con su padre, con proceder sumiso y amables calidades, ocuparían tal vez en su corazón el lugar de Mustafá. Siempre complaciente, consintió aun el monarca en apartarse en aquella ocasion de las máximas de la familia otomana; pero no bastaba esto, y á semejantes intrigas de muger añadió Rustan el mas sutil artificio. Escribió á los bajaes de las provincias vecinas al Diarquebir que mantuviesen con él seguida y arreglada correspondencia para informarle del proceder de Mustafá en su gobierno, y advertía á cada uno en particular, como si quisiese obligarlos, que nada seria tan agradable al sultan como el saber las bellas acciones de un hijo á quien destinaba para sostén de la gloria de la sangre otomana. Ignorando los bajaes los perversos intentos del visir, y teniéndose por dichosos de hacer á semejante precio la corte á su soberano, llenaron sus cartas de estudiados elogios, funestos para Mustafá, á quien pintaban como un príncipe digno de suceder á su ilustre padre, dotado de todas las prendas necesarias para seguir sus huellas, y tal vez para igualar algun día su gloria. Vió Soliman todas aquellas cartas, y buen cuidado se tuvo de escoger para enseñárselas el momento en que mas fatal impresion debian producir. Cada elo-

gio dado á su hijo era una puñalada para su corazon; llegó á sospechar que los bajaes estaban prontos á favorecer los atentados de un príncipe á quien con tanta imprudencia ensalzaban; y creyendo ya ver á Mustafá atacar su trono con las armas, tomó la resolucion de prevenir el golpe y de afirmar en sus sienes la corona con la muerte de su hijo.

Con pretexto de nueva guerra contra los persas, mandó á Rustan que marchase al Diarquebir con numeroso ejército, y le librase de un hijo cuya ruina importaba á su seguridad, pero el hábil ministro guardóse muy bien de atraerse el ódio público encargándose de ejecutar una orden tan cruel. Asi que llegó á Siria, escribió á Soliman que el peligro era tan inminente que exigía su pronta presencia; pues Mustafá, decía él, habia llenado el campo de emisarios suyos, estaban sobornados la mayor parte de los guerreros, poseia el afecto de todo el ejército, al mismo tiempo habiase descubierto una negociacion entablada con el sofí de Persia para casar á Mustafá con una de sus hijas. Añadia el visir que no eran suficientes ni en su celo ni en su crédito en tan critica coyuntura, y que solo el sultan poseia bastante habilidad para resolver qual fuese el partido que se debia tomar y bastante autoridad para ponerlo en ejecucion.

Aquella calumniosa acusacion de correspondencia con el sofí era el último golpe que reservaba á Mustafá el complot de la sultana y del visir; y en efecto produjo todo el efecto que era de esperar del ódio inveterado de Soliman contra los persas, al paso que indujo á este príncipe á los mas violentos arrebatos de furor. Partió al punto á la Siria, y precipitó su marcha con toda la impaciencia del temor y de la venganza. Asi que se

Año 1553. habo reunido con su ejército junto á Alep y concertado sus medidas con Rustan, envió á su hijo un ehaúz con la orden de comparecer á su presencia. No ignoraba Mustafá las intrigas de su madrastra; y conocia la perversidad del gran visir y el violento carácter del sultan; mas, esperando que su inocencia y su pronta submission facilmente destruirian las acusaciones de sus enemigos, obedeció inmediatamente los preceptos de su padre. Al llegar al campo, hiéronle entrar en la tienda de Soliman, donde nada vió al principio que pudiese inquietarle, ni guardias armadas, ni numeroso séquito; en una palabra reinaban allí el orden y el silencio acostumbrados. Pero poco tardaron en venir algunos mudos, y al verlos conoce Mustafá cual va á ser su suerte. En vano grita «se atenta á mí vida», y procura huir; arrojánsele encima los mudos, se resiste, forceja, lucha, suplica con instancia que le dejen hablar al sultan. Enfin, dándole nuevas fuerzas ó su misma desesperacion ó la esperanza de ser socorrido por los soldados, si puede salir de la tienda, detiene por mucho espacio los esfuerzos de sus verdugos. Pero oye Soliman los gritos de su hijo y el ruido de su resistencia; ardiendo en impaciencia por vengarse, y temiendo no se le escapase la víctima, abre la cortina que divide la tienda, asoma por allí su cabeza, lanza una terrible mirada á los mudos, y parece que con sus amenazadores gestos les acusa de lentitud y cobardia. Al aspecto de un padre furioso é inflexible, pierde Mustafá sus fuerzas y su valor, échañe los mudos al cuello el cordon fatal, y al instante ponen fin á su vida.

Espusieron su cadáver delante de la tienda del sultan; rodeáronlo mudos de sorpresa los soldados, y con-

templando aquel triste objeto á la par con indignacion y sentimiento , estaban prontos á sublevarse si alguien se hubiese puesto á su cabeza. Tras aquel primer testimonio de su adhesion , encerróse cada uno en su tienda á llorar en secreto la funesta suerte de su querido príncipe , y durante el resto del día no tomaron alimento alguno , ni siquiera agua. A la mañana siguiente reinaban aun en el campo la soledad y el silencio ; y temiendo Soliman que tan tenebrosa calma amagaba una tempestad , para apaciguar los soldados quitó los sellos al gran visir , mandóse que se separase del ejército , y dió su empleo á Achmet , valiente oficial apreciado por las tropas. Pero era un manejo concertado la desgracia de Rustan , que habia ideado aquel medio como el único que podia salvarle á él y á su señor. Al cabo de algunos días , comenzó á calmarse el resentimiento de los soldados y á borrarse de su memoria el nombre de Mustafá ; entonces por orden de Soliman fué Achmet ahogado , Rustan recobró su dignidad de visir , y al ascender de nuevo al poder prosiguió el designio de esterminar la raza de Mustafá , como se lo inspirára Roxelana. Dejaba aquel desventurado un hijo único que talvez algun día vengaria la muerte de su padre , volvieron á escitar contra él los recelos del sultan que , juguete aun de los mismos artificios , consintió en la muerte de aquel jóven príncipe. Un eunuco que enviaron á Bursa donde se hallaba aquella inocente víctima , ejecutó su comision con bárbaro celo , y los hijos de Roxelana ya no tuvieron rivales en el camino del trono (1).

Escenas tan trágicas , y catástrofes tan funestas casi so-

(1) Augerii Gisleinii Busbequii *Legationis Turcicæ Epistola IV*, Franc. 1615, p. 37. Thuani. *lib. XII*, p. 432. *Mém. de Ribier*, tom. II, p. 457. *Mauroceni Histor. Veneta*, lib. VII, p. 60.

Año 1543 lo se ven en la historia de las grandes monarquías del Oriente, donde parece que el ardor del clima exalta todas las pasiones, al paso que las del soberano hallan mucho campo en la ilimitada estension de su autoridad.

Proyecta
Carlos casar á
su hijo con
Maria de In-
glaterra.

Mientras ocupábase Soliman en intrigas palaciegas, trabajaba Carlos en un nuevo designio que para el engrandecimiento de su familia formára. Las virtudes de Eduardo VI, rey de Inglaterra, hicieron concebir á sus vasallos tan justa esperanza de ser felices bajo su gobierno, que sufrían sin quejarse cuantos males les acarreaban durante su menor edad las disenciones de sus ambiciosos ministros. Mas, despues de muy corto reinado, atacó al príncipe una enfermedad de languidez que amenazaba su vida; y apenas lo supo el emperador cuando, aprovechando aquella ocasion de aumentar el poder ó los dominios de su hijo, concibió el proyecto de unir la Inglaterra á sus demas reinos casando á Felipe con Maria, heredera de la corona de Eduardo. Sin embargo, temiendo que su hijo, que entonces se hallaba en España, no quisiese cargarse con una princesa que, contando treinta y ocho años de edad, tenía once mas que él y (1); apesar de la vejez y de sus achaques resolvió Carlos ofrecerse en persona por esposo á Maria, que era su prima.

Felipe con-
siente en ello.

Mas aunque carecía aquella princesa de esos encantos que sobreviven á la juventud é inspiran amistad ó interes, consintió Felipe sin vacilar en aquel enlace, y sacrificó sus afectos á su ambicion, conforme lo acostumbra los príncipes. No esperó el emperador que muriese Eduardo para preparar de antemano el buen éxito de aquella alianza. Asi, luego que se halló vacan-

(1) Pallav. *Histor. concil. Trid.* vol. II, c. 13, p. 150.

te el trono, como con las pretensiones de Juana Gray, cuyo éxito fué tan desdichado como poco sólidos habían sido sus fundamentos, quedaba Maria en posesion de todos sus derechos (1); envió Carlos á Londres una pomposa embajada felicitando á la nueva reina y ofreciéndole la mano de su hijo, proposicion que fué recibida favorablemente. Dejando á un lado la lisonjera gloria de casarse con el heredero del mayor monarca de la Europa, hallaba tambien aquella princesa la ventaja de unirse con vínculos mas estrechos á la familia de una madre, que siempre amára tiernamente, y de asegurarse un poderoso apoyo para secundar su favorito proyecto de restablecer en Inglaterra la religion católica. Mas no era este el pensar de sus vasallos; temian semejante enlace los numerosos partidarios de la reforma; sabíase que sostenia Felipe todos los dogmas de la iglesia romana con celo sanguinario, que aun escedía á la misma supersticion española; y acostumbrado el pueblo inglés á cierta familiaridad con sus soberanos, que á veces de la clase de súbditos ascendían al trono, no estaba en disposicion de sufrir el orgullo y la gravedad castellana. Esposo ya de su reina, un príncipe extranjero necesariamente debia ejercer grande influjo en el consejo; temíase el imperioso carácter de Felipe, y recelábase que educado en las máximas de la monarquía española, tan contrarias á las libertades nacionales de la Inglaterra, no hiciese adoptar su política á Maria, proveyéndola de dinero y tropas contra sus mismos vasallos.

La cámara de los comunes, aunque sometida entonces á la voluntad de sus soberanos, presentó una ené-

Año 1553.

Sentimientos de Maria y de los ingleses acerca de este enlace.

Re presenta contra este matrimonio la cámara de los comunes.

(1) *Cott's Hist. of England*, III, 287.

Año 1553. gica esposicion contra aquella alianza. Publicáronse muchos folletos satíricos, que, al paso que esplicaban sus peligrosas consecuencias, pintaban con los mas odiosos colores la beatería y arrogancia de Felipe. Pero inflexible en todas sus resoluciones, ningun caso hizo Maria ni de la esposicion de los comunes, de los sentimientos de su pueblo. Seducidos ya por los artificios del emperador, que les enviara considerables cantidades para ganar el resto del consejo, los ministros en quienes tenia ella mas confianza aprobaron altamente la eleccion de su reino. Luego que este ascendiera al trono, envió el papa á Inglaterra al cardenal La Pole en calidad de legado, para que reconciliase su patria con la santa sede; pero por orden del emperador fue aquel ministro detenido en Billingen en Alemania. Temiase que su presencia perjudicaria las pretensiones de Felipe, y que tal vez emplearia su crédito á favor de Courtenay, su pariente, conde de Devoushire, á quien los votos de su nacion llamaban á desposarse con la reina (1).

Fírmase el tratado de matrimonio.

Entretanto prosiguiéronse con actividad las negociaciones; y Carlos accedió sin titubear á cuantas condiciones le propusieron los ministros de Maria, ya para vencer la repugnancia del pueblo ingles, ya para calmar sus temores y la desconfianza que les infundia el mando de un rey extranjero. Los principales artículos del tratado fueron: que durante la vida de la reina tendria Felipe el título de rey de Inglaterra, pero que esta princesa gobernaria sola, y dispondria enteramente de todas las rentas, oficios y beneficios del reino; que los hijos que nacieran de aquel matrimonio no solo

Año 1554.
12 enero.

(1) Cart's, III, 233.

heredarían el trono de María, sino que también tendrían la posesión del ducado de Borgoña y de los Países Bajos; que si moría sin sucesores el príncipe Carlos, único hijo que le quedaba á Felipe de su primera muger, los hijos de la reina, varones ó hembras, sucederían á la corona de España y á todos los estados hereditarios del emperador. Antes de consumar el matrimonio, debía Felipe jurar solemnemente que solo á vasallos de la reina admitiría á su servicio, y que no introduciría en Inglaterra extranjero alguno que pudiese sobresaltar á la nacion; que no haría variacion alguna ni en las constituciones ni en las leyes del reino, y no procuraría jamas que saliesen de él la reina ni ninguno de sus hijos. En caso de que María muriese sin dejar herederos, prometía ceder el trono al sucesor legítimo sin pretender ningun derecho á él; en fin, á consecuencia de aquel enlace no debía hallarse obligada á guerra alguna entre la Francia y la España, al paso que subsistiría en todo su vigor su alianza con aquella (1).

Pero en vano habian el emperador y los ministros echado mano de toda su sagacidad para no ofender la recelosa inquietud de los ingleses, pues estos artículos, tan ventajosos en apariencia, no calmaban sus temores. Conocian que meras palabras y promesas eran un débil dique contra la ambicion de un príncipe á quien el solo título de esposo de la reina ponía en estado de eludir todas las condiciones que restringieran su autoridad, ó que se opusieran á sus deseos; y cuanto mas ventajoso á la nacion parecia el tratado, tanto mas temian que intentase Felipe violarlo. Del mismo modo

Descontento
y recelos de
los ingleses.

(1) Rymer, *Feder.* vol. XV, 377, 393. *Mém. de Biblicz.* II, 493.

Año 1554 que Nápoles, Milan, y los demas países anexos á la corona de España, corria la Inglaterra riesgo de sufrir pronto el peso del mando tiránico de aquella monarquía, y de verse como aquellos estados forzada á derramar sus riquezas y sus fuerzas en guerras estrangeras, en las cuales no se consultaria su interés ni su utilidad; consideraciones, que produjeron un general descontento y la mayor indignacion contra los partidarios del enlace.

Wyat se pone al frente de una sedición.

El caballero Tomas Wyat, sugeto de alguna consideracion y lleno de celo por el bien público, viendo la disposicion de los ánimos, escitó á los habitantes de Kent á tomar las armas para libertarse de un yugo estrangero, y reuniendo en poco tiempo á su bandera gran número de hombres, marchó prontamente á Londres. No estaba la reina preparada para defenderse, y los negocios tomaban tan mal aspecto que aquella sedición hubiese tal vez sido fatal á su autoridad, si algunas personas distinguidas se hubiesen unido á los descontentos, ó si hubiese Wyat tenido tanta capacidad como osadía. Pero sus imprudentes disposiciones y su resolucion motivaron la desercion de la mayor parte de sus tropas; un puñado de hombres puso el resto en fuga, y él cayó prisionero sin haber hecho tentativa alguna gloriosa para su causa y correspondiente al celo que le animaba. Sufrió pues el castigo merecido por su temeridad y rebelion, y la autoridad de la reina consolidóse y erigió con el éscito desgraciado de aquel vano atentado. Juana Gray, á quien la ambicion de sus parientes impelió á disputarle el trono, apesar de su juventud é inocencia fué conducida al caldalo; Isabel, hermana de Maria, vióse observada con toda la vigilancia de que es capaz la desconfianza, y por

En el parlamento ratificó el tratado de matrimonio. Año 1553.

Descarbarcando en Inglaterra Felipe seguido de magnífica comitiva, celebró sus bodas con la mayor pompa, y ya que no pudo disfrazar su carácter sereno y altivo, ni afectar maneras afables y populares, procuró al menos atraerse la nobleza inglesa con una liberalidad extraordinaria. Como aspiraba á ejercer poderoso influjo en el gobierno del reino; para quitar estorbos de enmedio, tenia el emperador en las costas de Flandes una division de doce mil hombres, prontos á embarcarse para la Inglaterra, y á secundar las empresas de Felipe. Celebrase el enlace.

Animada por tan favorables circunstancias, con el mas ardiente celo insistió Maria en su proyecto de destruir en sus estados la religion protestante. Revocáronse las leyes que Eduardo VI dictára á favor de la reforma; desterróse el clero protestante, y adoptóse el culto romano con todas sus ceremonias. El cardenal de La Pole, que inmediatamente despues de casada la reina tuvo libertad para continuar su viage á Inglaterra y ejercer allí sus funciones de legado con poder sin límites, dió á la nacion absolucion solemne del crimen de apostasia y la reconcilió con el papa. Mas no le bastaba á Maria haber restablecido su religion sobre las ruinas de la iglesia protestante, sino que cesigió que todos sus vasallos se conformasen á su culto y á su fórmula de fé, y abjurasen todas las prácticas ú opiniones que no estuviesen acordes con su creencia. Nombráronse algunas personas para que conociesen en el crimen de heregía, y, cosa nunca vista en Inglaterra, revistióseles de un poder mas formidable que el de la inquisicion. La vista del peligro no intimidó sincumbargo á los ministros de la doctrina protestante, que co- Maria intenta destruir en Inglaterra la religion protestante.

Año 1553. **no creían defender verdades esenciales para la felicidad del género humano, confesaron altamente sus sentimientos. Persiguióseles con esa barbaridad que solo puede inspirar el fanatismo, y sufrieron en fin la muerte afrentosa y horrible que la iglesia romana tenia reservada para sus enemigos. El pueblo inglés, que á ninguna nacion de la Europa cede en sentimientos de humanidad, y que siempre se ha distinguido por la moderacion de sus leyes penales, miró entonces á la vez indignado y pasmado condenados á tormentos jamas imaginados, ni aun para el castigo de los crímenes mas atroces á hombres revestidos de las primeras dignidades de la iglesia protestante, y venerables por la edad, por su piedad y su ciencia.**

Obstáculos
que á su desig-
nio se oponen.

Tan estremado rigor no dió los efectos que esperaba María; pues con la paciencia y valor de aquellos mártires de la reforma enmedio de sus padecimientos, aquel heroico desprecio de la muerte que manifestaban personas de cualquier edad, rango y sexo, mas bien afirmáronse en su creencia de los protestantes, que variarían de pensar con la rabia de sus perseguidores. Los jueces encargados de formar proceso á los hereges recibían cada dia nuevas acusaciones, y no veían el término de su odioso oficio. Conocieron los mas hábiles ministros de la reina que era imprudente y peligroso irritar al pueblo con el frecuente espectáculo de aquellos suplicios que tenia por tan bárbaros como injustos; y hasta el mismo Felipe, convencido de que María llevaba su rigor al extremo, contra su propio carácter aconsejóle de moderacion y suavidad (1).

Desconfian **En vano procuró por este medio hacerse grato á los**

(1) Godwin, *Annals of Q. Mary*, ap Kennet; vol. II, p. 329. Euret, *Hist. of ref II*, 298, 305.

ingleses, que siempre manifestaron la misma desconfianza acerca de sus intenciones. Habiéndose algunos miembros de los comunes, seducidos por la corte, atrevido á proponer á la cámara que concediese socorros al emperador contra la Francia, su mocion fué generalmente reprobada; y al mismo tiempo tan poco feliz fué una tentativa que se hizo en el parlamento para insitarle á consentir que fuese Felipe coronado en calidad de esposo de la reina, que pronto desistió de ella la corte (1).

Año 1554.
los ingleses de
Felipe.

Entretanto no sin grave inquietud vió el rey de Francia las negociaciones del Austria en Inglaterra; pues ademas de conocer quanto aumento podian el crédito y las fuerzas de un enemigo por sí temible recibir del enlace de Felipe con la soberana de tan poderoso estado, preveía que, apesar de sus temores y precauciones, hallarianse pronto los ingleses empeñados en las guerras del continente y obligados á servir á los ambiciosos proyectos del emperador. En esta persuacion encargara Henrique á su embajador en Londres que emplease toda su habilidad para romper ó retardar aquel casamiento; y como no tenia la Francia ningun príncipe de sangre real que se pudiese presentar á la reina por rival de Felipe, recibió el ministro orden de favorecer el voto de los ingleses, que deseaban se casase su reina con uno de sus vasallos. Pero habiendo frustrado todas estas disposiciones la precipitada eleccion de Maria, tuvo Henrique la prudencia de negar socorros á Wyatt y á los demas gefes de los descontentos, que procuraban incitarle con ofertas ventajosísimas á la Francia, y hasta encargó á su embajador que fe-

Alármase el
rey de Francia
con el enlace
de Felipe y
Maria.

(1) Carte's Hist. of England, III. 314.

Año 1554. Solicitase á la reina por la estincion de la revuelta.

Sus grandes preparativos para la campaña.

Mas solo aparentes eran semejantes disposiciones, y en vista de las consecuencias que debia temer de una alianza que indemnizaba al emperador de sus pérdidas de Alemania determinó enviar á la vez tropas á Italia y á los Países Bajos. Importábale lograr de Carlos equitativas condiciones de paz, antes que pudiese Maria obtener que sus vasallos peleasen en el continente ó diesen al emperador socorros en hombres ó en dinero. Hizo Henrique los últimos esfuerzos para reunir con tiempo un ejército numeroso en las fronteras de los Países Bajos; y mientras parte destacóse para talar el abierto país del Artois, avanzó el resto por el bosque de las Ardenas hácia las provincias de Lieja y del Menao, á las órdenes del condestable de Montmorency.

Progresos de sus armas.

Abrió la campaña el sitio de Mariemburgo, plaza en cuya fortificacion gastara gruesas sumas la reina de Hungría, gobernadora de los Países Bajos; pero como no se hallaba en ella mas que una débil guarnicion, rindióse la ciudad al cabo de seis dias. Orgullosa Henrique con tal suceso, y poniéndose al frente de su ejército, ceró á Bouvines que tomó por asalto casi sin hallar resistencia; y despues de haberse con la misma facilidad apoderado de Dusant, torció á la izquierda y marchó al Artois. Entretanto los preparativos del emperador hacianse mas lentos y dificiles con las fuertes cantidades que enviára á Inglaterra. No tenia ninguna division para atajar las primeras hostilidades de los franceses, y aunque reunió precipitadamente todas sus fuerzas, todavia era su ejército muy inferior al de sus enemigos; pero Manuel Filiberto de Saboya, á quien dió el mando, halló en sus operaciones y actividad re-

28 de junio.

No se halla el emperador en estado de oponérsele.

recursos para suplir el número. Tan felizmente supo escoger sus posiciones y observar sin comprometerse todos los movimientos de los franceses, que despues de haberles puesto fuera de estado de atacarle y de emprender ningun sitio de consecuencia, les obligó á volverse á sus fronteras por carecer de provisiones. Mas á su paso incendiaron todas las plazas abiertas y saquearon el pais con una crueldad y licencia dignas mas de un cuerpo de tropas ligeras que un grande ejército mandado por su rey.

Año 1554

En esto, no queriendo Henrique licenciar sus tropas sin haber hecho alguna conquista que correspondiese á la grandeza de sus proyectos y de sus preparativos, puso sitio á Renti, plaza tanto mas importante entonces como que, situada en los confines del Artois y del Boloñes, cubria la primera de estas provincias y protegia las incursiones de las tropas imperiales en la última. Con buenas fortificaciones y numerosa guarnicion hizo la ciudad vigorosa defensa; pero poco tiempo podia sostenerse contra los vivos ataques de ejército tan poderoso. Tanto deseaba salvarla, el emperador, á quien entonces no daba la gota un momento de reposo, que pudiendo apenas sufrir el movimiento de la litera se puso á la cabeza de su ejército, y con los recursos que este acababa de recibir hallóse en estado de presentarse al enemigo. Esperaban impacientes los franceses la llegada de Carlos para trabar una batalla que decidiese la suerte de Renti; pero puso el emperador todo su cuidado en evitar el combate, y queriendo solamente librar la ciudad, creyó lograrlo sia esponerse á los azares de una accion decisiva.

Los franceses sitian á Renti.

Apesar de todas estas precauciones, con la disputa de una posicion de que querian apoderarse una y otra parte empezóse una accion casi general. El duque de

Ambos ejércitos vienen á las manos.
13 de agosto.

Año 1554. Guisa, que mandaba el ala de los franceses que sostenía todo el peso del ataque, sostuvo el choque con una habilidad y valor dignos del defensor de Metz. Tras un obstinado combate fueron rechazados los imperiales, quedando los franceses dueños de la posición; y si el condestable, á quien detuvo entonces ó su natural lentitud ó irresolución, ó la ambuosidad contra un rival, hubiese á tiempo hecho avanzar su división de reserva para apoyar los progresos del de Guisa, fuera completa la derrota de los enemigos. Sin embargo, apesar de la pérdida que sufriera, permaneció el emperador en su campo, mientras los franceses abandonaban el suyo, forzándoles á ello la falta de provisiones y la imposibilidad de emprender sitio alguno delante del ejército imperial; pero retiráronse con tal orden y continente, que parecia desafiaban á sus enemigos mas bien que los evitaban.

Talan los imperiales la Picardía.

Logrado su principal objeto, no los inquietó Carlos en su marcha. Al llegar á sus estados, puso Henrique guarniciones en sus ciudades fronterizas y licenció el resto de su ejército. Semejante precipitación alentó á los imperiales á avanzar con una gran división dentro de la Picardía que destruyeron á fuego y sangre, para vengarse de los estragos que los franceses hicieron en el Menao y en el Artois (1); pero, no hallándose con suficientes fuerzas para apoderarse de ninguna plaza considerable, no sacaron mas fruto que sus enemigos de tan bárbara y vergonzosa manera de hacer la guerra.

Sucesos de Italia.

Entretanto empeorábanse cada dia en Italia los asuntos de Henrique. Cosme de Médicis, príncipe hábil y

(1) Thuan 460, etc. Harvi Ann. Brab 674.

emprendedor. estaba lleno de la mayor inquietud al ver que los franceses se establecian en Siena; y con razon temia su vecindad, pues cuantos en Florencia suspiraban por la antigua democracia hallaban en ellos naturales protectores contra la autoridad absoluta que le ayudara á usurpar el emperador. Al paso que no ignoraba que su adhesion á este le hacia odioso á la Francia, preveia que pronto experimentar la Toscana los efectos de su resentimiento si á su placer se les dejaba fortificar en Siena. Era pues el mas seguro partido echarlos de alli antes que enviase la Francia socorros que les hiciesen mas temibles. Mas como á la gloria é interés de Cosme importaba lanzarlos del corazon de sus estados; Carlos solo trató al principio de echar sobre aquel príncipe todo el peso de la guerra, y durante la primera campaña solo le ayudó con algun anticipo para el sueldo de las tropas imperiales.

Como solo debilmente podia entonces operar en Italia el emperador, ocupado en la defensa de los Países Bajos y cuyo erario estaba exhausto; conoció Cosme que los franceses quedarian dueños de ella, á no encargarse él en persona de haerles la guerra y proseguirla con firmeza; pero, ya que su situacion le precisaba á tomar semejante partido, quiso almenos que le produjese otra ventaja ademas de la de echar á los franceses de su vecindad. A este fin, por un comisionado que le envió, ofreció á Carlos que declararia la guerra á Henrique y á sus costas se apoderaria de Siena, con la condicion de que se le cederian cuantas conquistas hiciese, hasta el entero reembolso de sus préstamos. Viéndose el emperador sin recursos para sostener tantas guerras á la vez, convino gustoso en semejante proposicion; y Cosme, que bien sabia el mal es-

Año 1554.

Designios de Cosme de Médicis contra la ciudad de Siena.

Sus negociaciones con el emperador.

Año 1554. tado de las rentas de aquel príncipe , esperó que , pues no podría pagarle , le dejaría Carlos poseer tranquilamente las ciudades de que se hubiese apoderado (1).

Prepárase para hacer la guerra á la Francia.

Con esta confianza , hizo grandes preparativos , y sabiendo que el rey de Francia habia dirigido todas sus fuerzas á los Países Bajos , lisonjéose de que podría reunir tropas suficientes para resistirle en Italia. Y siéndole necesaria , si no la asistencia , almenos la neutralidad del papa , dió una de sus hijas por esposa al sobrino de aquel pontífice , y ofreció otra al duque de los Ursinos para separarle de los franceses , á cuyo partido tiempo habia que era adicta su casa. Tambien logró que Juan Jacobo Medecino , marques de Mariñan , tomase el mando de su ejército , cosa para él la mas importante (2). Aunque nacido de bajo origen , habia aquel oficial ascendido de grado en grado al de general , y la celebridad de sus talentos le ponía en la clase de los mas hábiles capitanes de aquel siglo guerrero. No estaba aun sin embargo satisfecha su ambicion , sino que avergonzándose de su oscuro nacimiento , quiso á favor de una semejanza en el nombre darse por descendiente de los Médicis. Contento Cosme con hallar en su vanidad un medio de atraerlo á su partido , reconocióle por pariente suyo , y le permitió usase sus armas. Desde entonces , ufano Medecino por servir al gefe de una ilustre familia de la cual parecia individuo , con el mayor celo emprendió el levantamiento de las tropas ; y , como largo servicio le valiera mucho crédito entre los oficiales de las bandas mercenarias que componian las fuerzas de la Italia , logró que los principales se alistasen en las banderas de Cosme.

Medecino recibe el mando de su ejército.

(1) *Adriani Istor. di suoi tempi*, vol. I, p. 662.

(2) *Adriani Istorica*, vol. I, 663.

Creyó Henrique que á tan hábil general debía oponer Pedro Strozzi, gentilhombre florentino, desterrado que hacia mucho tiempo residia en Francia, y cuyo mérito y celebridad le habian elevado al mando de los ejércitos. Era hijo de aquel Felipe Strozzi, que habiendo en 1557 trabajado con ardor por echar de Florencia á los Médicis y restablecer el gobierno republicano, pereció en aquella arriesgada empresa; y Pedro, que heredára el ódio implacable de su padre á aquella familia y su entusiasmo por la libertad, unia á estas personas el deseo de vengar su sangre. Henrique puso toda su confianza en un general cuyo celo por la Francia aumentaban tan poderosos motivos, y que debiendo pelear en su patria, hallaría en ella numerosos partidarios prontos á favorecer sus operaciones.

Año 1554.
Pedro Strozzi se pone á la cabeza del de los franceses en Italia.

Pero la eleccion de Henrique, aunque apoyada en motivos que tan justos parecian, fué contodo funesta á la Francia. Luego que supo Cosme que habiase nombrado al enemigo mortal de su familia para que mandase en Toscana, dedujo de ahí que no se limitarían á proteger á los sieneses, sino que tambien él tendria que temer por sus estados si no hacia los mas vigorosos esfuerzos (1).

Imprudente eleccion de Henrique.

Por otra parte, el cardenal de Ferrara, que tenia la entera direccion de los negocios de la Francia en Italia, solo vió en Strozzi un temible rival, y para impedir que con el triunfo de sus armas le arrebatase una autoridad de que era tan celoso, dejólo frecuentemente falto de provisiones y dinero para la manutencion de sus tropas. El mismo Strozzi, cegándole su resentimiento contra los Médicis, en vez de portarse con

(1) Pecci *Memoire di Siena*, vol. IV, p. 103, etc.

Año 5154

la circunspeccion y prudencia de un hábil general, solo siguió en sus operaciones los impetuosos impulsos de la venganza.

Batalla de
Marciano.

Abrió la campaña atacando muchas ciudades del territorio de Florencia, y verificólo con tanto vigor que para contener sus progresos tuvo Medecino que sacar la mayor parte de su ejército del sitio de Siena, que ya empezára antes de llegar el enemigo. Cosme, que sostenia solo todo el peso de aquella guerra, pronto hubiera agotado todas sus rentas; ni el virrey de Nápoles ni el gobernador de Milan hallábanse en estado de socorrerle, y las tropas que dejára Medecino delante de Siena nada podian emprender en su ausencia. En semejantes circunstancias, debiera Strozzi prolongar la guerra y operar en el territorio de Florencia; pero impaciente por destruir á su enemigo con un golpe decisivo, presentó la batalla á poca distancia de Marciano. Eran ambos ejércitos casi iguales en número; pero habiéndose puesto en fuga sin combatir una division de caballeria italiana en quien tenia Strozzi su mayor confianza, ya fuese por traicion ó cobardía de los oficiales, quedó sola la infanteria espuesta á los ataques de todo el ejército enemigo: sinembargo mantúvose firme, pues la animaba la presencia y el ejemplo de su general que, apesar de haber recibido una peligrosa herida queriendo rehacer su caballeria, manifestó la mayor serenidad y valor. Mas rodeadas por todas partes, cañoneadas por una bateria y cogidas de flanco por la caballeria florentina, sufrieron sus tropas una derrota general; y debilitado Strozzi con la pérdida de su sangre y desesperado de las consecuencias de su imprudencia, difícilmente pudo escaparse con un puñado de hombres (1).

3 de agosto.
Los franceses
son derrotados.

(1) Pecci *Memoire di Siena*, vol. IV, p. 157.

Volvió pues Medecino á conducir sus tropas victoriosas al sitio de Siena, sin que apesar de todos sus esfuerzos pudiese el general enemigo reunir una division capaz de hostigarle en sus operaciones. Pero lejos de acobardarse los sieneses con una derrota que les quitaba toda esperanza de socorro, preparáronse á defenderse hasta el último apuro con esa invencible firmeza que solo puede infundir el amor de la libertad, y secundó resolucion tan generosa Monluc, comandante de la guarnicion francesa. Este oficial, que por su mérito y valentia obtuviera aquel puesto de confianza, no queriendo mas que á esos titulos ser deudor de un ascenso que su ambicion le presentaba ilimitado, procuró distinguirse en la defensa de Siena con prodigios de valor y constancia. Fué el primer objeto de su actividad reparar las fortificaciones, al paso que ejerció á los ciudadanos en todos los servicios militares, acostumbrándolos á partir con los soldados las fatigas y los peligros. Como cerraba el enemigo todas las avenidas de la ciudad, estableció la mas rigurosa economía en la distribucion de víveres, y obligó asi á la guarnicion como á los moradores á contentarse con una escasa porcion para su diaria subsistencia. Aunque no eran sus tropas en bastante número para ganar la plaza á viva fuerza, dos veces probó Medecino de entrarla por asalto; pero el valor con que se le opusieron y la considerable pérdida que tuvo no le dejaron otra esperanza que la de rendirla por hambre.

Fortificó su campo con el mayor cuidado, y apoderándose de las mas importantes posiciones de los alrededores de la ciudad para cortar á los sitiados toda comunicacion exterior, aguardó á que la necesidad les precisase á abrirle sus puertas. Pero llevados de ar-

Año 1554.
Medecino
sitia á Siena.

Valiente de-
fensa de los
ciudadanos y
de Monluc.

Medecino
cambia el sitio
en bloqueo.

Año 1555. diente entusiasmo por la libertad, largo tiempo sufrieron los ciudadanos la escasez hasta llegar á los horrores del hambre; y con su ejemplo y escortaciones enseñó Monluc á sus soldados á imitar en aquel apuro la constancia de aquellos. Diez meses sostuvieron el sitio, y solo despues de haberse visto reducidos al último bocado, despues de haberse comido hasta sus caballos, perros y demas animales, pidieron capitulacion, escigiendo todavia honrosas condiciones; y no ignorando Cosme su horrible situacion y temiendo que les inspirase alguna resolución desesperada, concedióles una capitulacion mas favorable de lo que debieran esperar.

22 de abril.
El hambre
obliga á Siena
á capitular.

Hízose en nombre del emperador: obligóse este á tomar á Siena bajo la proteccion del imperio; prometió que mantendria las libertades de la república, dejaría á sus magistrados en entero ejercicio de su autoridad, y garantiría á los ciudadanos la tranquila posesion de sus bienes y privilegios. Concedió amnistia general y sin restriccion á cuantos habian peccado contra él, y reservándose el derecho de poner guarnicion en la ciudad, dió al mismo tiempo su palabra de no volver á construir la ciudadela sin el consentimiento de los ciudadanos. A Monluc y á los franceses se les permitió salir de la plaza con todos los honores de la guerra.

Muchos sieneses retiranse á Monte-Alcino.

Observó Medecino con la exactitud que de él dependia los artículos de la capitulacion, y los habitantes no recibieron ninguna violencia ni insulto, al paso que la guarnicion francesa fue tratada con todas las consideraciones que su valor merecia. Pero tan favorables condiciones, concedidas con tanta facilidad, hicieron sospechar á muchos ciudadanos que el emperador y Cosme solo esperaban ocasion para quebrantarlas.

Así, despreciando una libertad precaria, abandonaron el lugar que les vió nacer, y siguieron á los franceses á Monte-Alcino, á Porto-Ercole y otras pequeñas ciudades de los dominios de la república. En la primera establecieron la forma de gobierno de que gozaban en Siena, nombraron magistrados encargados de igual jurisdicción, y consoláronse de sus pérdidas con aquella imagen de su antigua libertad.

Año 1555.

Restablecen allí su antiguo gobierno.

Entretanto la conducta de los vencedores harto justificó los temores y sospechas de los sieneses. Apenas tomaran las tropas imperiales posesion de la ciudad, cuando Cosme, sin atender á los artículos de la capitulación, no contento con desempliar los magistrados que estaban ejerciendo sus funciones, y con substituirles otros adictos á su partido, mandó que todos los vecinos entregasen sus armas. A la primera injusticia se sometieron con la repugnancia natural á hombres que nunca habían tenido señores; pero cuando se dió la orden del desarme, muchos de los mas distinguidos huyeron á reunirse con sus compatriotas en Monte-Alcino, prefiriendo esponerse á las desgracias y peligros que les aguardaban en aquel último asilo de su libertad á dejarse tratar como esclavos.

Los ciudadanos de Siena son maltratados.

Temiendo Cosme la vecindad de tantos enemigos implacables y desesperados, que todavía conservaban un resto de poder, dióse prisa á que Medceino los atacase en sus respectivos retiros. Aunque con las fatigas del sitio de Siena disminuyóse considerablemente el ejército de aquel general, con todo puso cerco á Porto-Ercole, cuyas fortificaciones hallábanse en tan mal estado que los ciudadanos le abrieron las puertas así que llegó. Esta fue su última expedición: una inesperada orden del emperador le precisó á destacar la ma-

Cosme ataca los refugiados.

15 de junio.

Año 1555. yor parte de sus soldados hacía el Piamonte, pudiendo así respirar un tanto los refugiados de Monte-Alcino. Entretanto crecían los apuros de los habitantes de Siena, pues lejos de conformarse Carlos á los artículos de la capitulación, dió á su hijo Felipe la investidura de la ciudad y de sus dependencias. En nombre de aquel nuevo amo, Francisco de Toledo trató á los sieneses como un pueblo conquistado; y sin hacer caso ni de sus privilegios ni de su antigua constitucion, estableció allí el gobierno civil y militar de la monarquía española (1).

Operaciones
en el Piamonte.

La disminucion del ejército imperial en el Piamonte, y la inaccion de sus oficiales, al paso que obligaban al emperador á sacar de la Toscana sus tropas en medio de sus conquistas, esigian que pusiese al frente de aquellas fuerzas un general cuya reputacion y pericia pudiesen contrarrestar el gran talento del mariscal de Brissac, que mandaba los franceses en Italia.

Carlos nombra generalísimo al duque de Alba.

Pero el escoger el emperador al duque de Alba, mas fue efecto de una intriga que propia opinion acerca del mérito de aquel general. Haciendo desde mucho tiempo el duque la corte á Felipe con la mayor frecuencia, habíase insinuado en su confianza por medio de todos los artificios á que puede humillarse un ánimo inflexible y altanero. Ya por la conformidad de carácter con el de aquel príncipe gozaba con él de mucho valimiento, cuando temiendo los progresos de semejante rival en el corazon de su señor, tuvo Ruy Gomez de Silva, favorito de Felipe, la habilidad de incitar al emperador á darle el mando del ejército del Piamonte. Aunque bien sabia el duque que solo era deudor de

(1) Sleid. 617. Thuan. lib. XV, p. 526, 527. Joan. Camérarii adnot. rer. præcipuarum ab anno 1550, ad 1561 ap. Freherum, vol. III, p. 564. Pecci Memorie di Siena, IV, 164, etc.

semejante distincion á los manejos de un enemigo que queria alejarle de la corte, tenia mucha delicadeza y pundonor para rehusar un encargo á la par peligroso y difícil; pero al mismo tiempo no queriendo aceptarlo sino con condiciones que ahagasen su vanidad, instó al emperador á que le nombrase su lugar teniente general en Italia con el título de generalísimo de los ejércitos imperiales y españoles. Carlos consintió en todo, y el duque de Alba fué revestido de aquellas dignidades con autoridad casi ilimitada.

Pero tan vasto poder no le dió al principio victorias que correspondiesen á su gran reputacion y á las esperanzas del emperador. El ejército que Brissac mandaba podia suplir la superioridad numérica con la ventaja de tener tropas escogidas que, acostumbradas tiempo habia á servir en países cuyas ciudades y castillos eran otras tantas fortalezas, aprendieran perfectamente el arte de pelear con ellos. Con su sabio proceder y valor no solo frustró todas las tentativas del enemigo, sino que aun añadió nuevas conquistas á los territorios de que ya se apoderára. Despues de haberse jactado el duque de Alba con su acostumbrado arrogancia que en pocas semanas echaria á los franceses del Piamonte, tuvo que retirarse á sus cuarteles de invierno, llevando consigo la vergüenza de no haber podido conservar entera al emperador aquella parte del país que le hallára poseyendo (1).

Las operaciones de aquella campaña no fueron mas decisivas en los Países Bajos que en el Piamonte. Ni el emperador ni el rey de Francia podian entonces levantar ejércitos bastante poderosos para acometer consi-

Poco fruto de sus primeras operaciones.

Conspiracion para entregar Metz á los imperiales.

(1) Thuan. lib. XV, p. 529. Guichenon, *Hist. de Savoie*, t. I, 6^o.

Año 1555. derables empresas; mas Carlos esperó suplir la fuerza con una atrevida estratagemma que á tener buen éxito hubiérale valido muchas victorias. Durante el sitio de Metz el padre Leonardo, guardian de un convento de franciscanos de aquella ciudad, concibió la estimacion y el favor del duque de Guisa con su adhesion á los franceses, y activo é intrigante habia sabido hacerse útil, ya sosteniendo con sus escortaciones el valor y constancia de los ciudadanos, ya procurando obtener por medio de secretas inteligencias contigua y fiel noticia de los movimientos y designios del enemigo. Atendiendo á tantos servicios, al partirse de Metz el duque de Guisa recomendólo eficazmente á Villevieuille, que acababa de ser nombrado gobernador, y que depositó su confianza en aquel religioso hasta el extremo de permitirle conversar y mantener correspondencia con quien quisiese sin concebir la menor sospecha. Pero por efecto de la osadía y veleidad natural á los aventureros, ya porque no se creyó suficientemente recompensado por la Francia, ya porque le sedujese la misma facilidad que tenia de probarlo todo impunemente, concibió Leonardo el proyecto de entregar Metz á los imperiales.

Plan de la
conspiracion.

Comunicólo á la reina viuda de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, quien sin manifestar escrúpulos en un acto de traicion que podia ser ventajoso al emperador, ayudó al guardian á concertar su plan de manera que fuese casi seguro su feliz éxito. Acordóse que Leonardo procuraria que entrasen en el complot los religiosos de su convento, en donde introduciria disfrazados de frailes cierto número de soldados escogidos; que cuando todo estoviese preparado para la ejecucion, el gobernador de Thionville se acercaría á

Año 1555.

Metz de noche con una division numerosa , y probaria de escalar los muros; que mientras la guarnicion estaria pugnando por rechazar al enemigo, los frailes pegarian fuego á diferentes partes de la ciudad; que en fin saldrían del convento los soldados que alli se escondieran y atacarian por las espaldas á los que defendiesen las fortificaciones. No dudaron de que en medio del terror y confusion que causarian tan imprevistos sucesos , los imperiales facilmente se apoderarian de la ciudad ; y estipulóse que en reconocimiento de semejante servicio , el padre guardian seria nombrado obispo de Metz , y que se darian grandes recompensas á todos los frailes que apoyasen su designio.

Activó Leonardo sus disposiciones con prontitud y secreto, y con su autoridad, con sus vivas instancias y el porvenir de riqueza y honores que hizo entrever á los religiosos , logró que tomasen parte en la conspiracion. Habiendo introducido en el convento cuantos soldados pudo sin causar sospechas , avisó con tiempo al gobernador de Thionville que, sabiendo ya el proyecto, tenia sus tropas prontas á marchar; y se acercaba el momento en que iba Henrique á perder su mas importante conquista.

Sus progresos.

Felizmente para la Francia el dia mismo señalado para la ejecucion del complot , Villevielle , que era un oficial hábil y vigilante , por medio de un espía que tenia en Thionville tuvo aviso de que se reunian alli ciertos frailes franciscanos con mucha frecuencia, que el gobernador les admitia á conferencias secretas, y que se preparaba con gran misterio alguna expedicion. Bastó esto para despertar las sospechas de Villevielle , que sin comunicarlas á nadie , al punto fué á visitar el convento de los franciscanos, descubrió los soldados que

Descúbrese la conspiracion.

Año 1555. allí estaban ocultos y les precisó á revelar cuanto acerca de la conspiracion sabian. El guardian, que habia ido á Thionville para acabar de concertar el plan de su empresa, fué detenido á las puertas de Metz á su regreso, y espontáneamente sin esperar el tormento declaró todos los detalles de su proyecto.

Derrota de una division imperial.

Más no se contentaba Villevielle con haberse apoderado de los traidores y desconcertado su conspiracion, sino que resolvió valerse de aquel descubrimiento para vengarse de los imperiales. Con este fin, salió de la ciudad con los mejores soldados de su guarnicion; y poniéndose en emboscada junto al camino por donde sabia que vendria el gobernador de Thionville, echóse sobre sus tropas que marchaban en perfecta seguridad. Pasmados y confusos los imperiales con tan brusco ataque de un enemigo á quien creian sorprender, apenas opusieron resistencia; perecieron ó cayeron prisioneros la mayor parte, entre los cuales iban muchos sugetos de distincion; y antes de que despuntase el dia Villevielle volvió á Metz triunfante.

Son castigados los autores de la conspiracion.

Entretanto estuvo algun tiempo indeciso el destino del guardian y de los frailes que tramaran tan peligrosa conspiracion, y sin duda fueron los motivos de semejante dilacion las consideraciones que se creia eran debidas á un cuerpo tan numeroso y respetable como el de los franciscanos, y el temor de dar un objeto de regocijarse á los enemigos de la iglesia romana. Pero conociendo enfín que era preciso un ejemplo de severidad para espantar á los demas traidores, mandóse formarles proceso. Averiguadas y bien demostradas las pruebas de su crimen, fueron sentenciados á muerte el padre Leonardo y veinte de sus frailes. La víspera del dia señalado para su suplicio por la tarde, sacó-

los el carcelero de los calabozos donde hasta entonces habian estado encerrados por separado, y los metió en una gran pieza para que pudiesen con facilidad confesarse unos á otros y prepararse á morir. Asi que les dejaron solos, en vez de emplear aquel corto tiempo en los deberes de su religion, dirigiéndose al padre guardian y á otros cuatro ancianos frailes que les habian seducido, los mas jóvenes les echaron en cara con amargura una ambicion que era la causa de su muerte, y que echaba sobre toda su órden la mas humillante mancha. De los vituperios pasaron á las maldiciones; finalmente en un arrebato de rabia y desesperacion arrojáronse con furor sobre los ancianos, asesinaron al padre guardian, y maltrataron tanto á los cuatro religiosos, que á la mañana siguiente se tuvo que llevarlos con el cadáver de Leonardo en un carro hasta el lugar del suplicio. Fueron perdonados los seis mas jóvenes; pero los demas sufrieron su merecido castigo (1).

Aunque aniquilados por tan larga guerra, no manifestaban disposicion alguna para la paz ni el emperador ni el rey de Francia, y para restablecerla entre aquellos príncipes cristianos no perdonó el cardenal de La Pole cuantos medios le sugirió el celo de la religion y la humanidad. Logró que la reina de Inglaterra les ofreciese su mediacion, y hasta decidió á Carlos y Henrique á que enviasen sus plenipotenciarios á un pueblo situado entre Graveline y Ardres, donde tambien acudió él con Gardiner, obispo de Winchester, ambos para presidir en calidad de mediadores á las conferencias, en las cuales debian fijarse los artículos en

Son inútiles las negociaciones para la paz.

(1) Thuan. lib. XV, p. 522. Belcar. Com. Rev. Gal. 866. Mém. du maréchal de Villevieuille, par M. Charloix, t. III, p. 249, etc. p. 347. Par. 1757.

Año 1555. cuestion. Pero apesar de que los dos monarcas habian conatido semejante negociacion á los ministros que les merecian mas confianza, fácil era conocer que ni una ni otra parte tenian sinceros deseos de hacer la paz. Era tan fuera de razon las condiciones que se propusieron, que haciase imposible el acceder á ellas; de modo que, despues de haber La Pole echado mano inutilmente de todo su celo y habilidad para persuadirles que renunciassen á tan extravagantes demandas y que á ellas sustituyesen otras mas justas, viendo que era tiempo perdido querer reconciliar tan obstinados enemigos, rompió las conferencias y regresó á Inglaterra (1).

Asuntos de
la Alemania.

En medio de esos disturbios políticos, gozaba la Alemania de una paz profunda, y era llegado el momento de celebrar una dieta en que debia deliberarse el asunto mas importante para el reposo interior del imperio. Por el tratado de Passau del año 1552, remitiérase á esa asamblea el encargo de confirmar y perfeccionar el plan que se acordó para la paz de la religion; pero la turbacion y terror que las hostilidades de Alberto de Brandeburgo hicieron cuadir por toda la Alemania, y la continúa atencion que las cosas de Hungría reclamaban de Fernando, impidieron hasta entonces la reunion de la dieta, apesar de haberse fijado para Augsburgo luego de concluido el tratado.

Celébrase la
dieta en Augs-
burgo.

Discurso de
Fernando á la
asamblea.

Enfin la necesidad de conyocar semejante asamblea obligó á Fernando á pasar á Augsburgo á principios de aquel año; y no obstante de constar la dieta de un corto número de príncipes y diputados, abrióla proponiendo poner término á las discusiones que las disputas religiosas habian promovido. Este era, segun de-

(1) Tâuan. *lib. XV*, p. 523. Mem. de Bilier, *t. II*, p. 613.

cia, el primero y mas importante asunto, y el que mas ocupaba el ánimo del emperador. Recordó en seguida todos los obstáculos que tuviera Carlos que superar para obtener la convocacion de un concilio general, y los contratiempos que al principio habian retardado y al fin suspendido sus operaciones. Observó que siendo á corta diferencia iguales los tiempos, debian esperarse iguales dificultades; que un concilio general veríase siempre detenido ó interrumpido por las hostilidades de los príncipes cristianos; que un concilio nacional en Alemania, donde se esperaba encontrar mas facilidad y seguridad en las deliberaciones, seria una asamblea de que no cesistia ejemplo y cuya jurisdiccion no permitia ni límites ni fórmulas fijas y determinadas; que no veia mas que un medio de poner fin á tan desgraciadas disenciones; que si hasta entonces habíase ya probado sin buen éxito, era de esperar que diese mejores frutos empleándolo con intentos mas rectos y pacíficos; que para esto debíanse escoger algunos varones sabios, juiciosos y moderados, quienes en amistosas conferencias discutiesen los puntos de la doctrina hasta llevar á los dos partidos, sino á la unidad de sentimientos, al menos á la tolerancia mútua en la diversidad de opiniones.

Este discurso, que segun costumbre se imprimió y repartió por todo el imperio, despertó todos los temores y desconfianza de los protestantes, quienes observaron sorprendidos, que Fernando no habia en él hecho mencion del tratado de Passau que ellos miraban como la mas segura garantía de la libertad de conciencia. Crecieron sus sospechas con las noticias que cada dia recibian acerca del estremado rigor con que eran tratados los reformistas en los estados hereditarios del rey

Sospechas y temores de los protestantes.

Año 1555. de romanos; juzgaron de las intenciones de aquel príncipe por su proceder, y no se tuvo confianza alguna en estudiadas protestas de moderacion y de celo, que á cada paso desmentía con sus acciones.

Contribuye
aumentarlos la
llegada de un
nuncio, envia-
do por el pa-
pa.

Con la llegada del cardenal Moron, á quien el papa nombrára su nuncio para presidir á la dieta, acabaron de convencerse de que se urdia alguna trama contra la paz ó la seguridad de la iglesia protestante. Orgullosa Julia con la inesperada sumision de los ingleses al yugo de la santa sede, lisonjeóse de que agotadas ya las fuerzas del espíritu de rebelion, recobraría triunfante la iglesia sus derechos y su autoridad en la obediencia de los pueblos; y lleno de estas esperanzas, envió Moron á Augsburgo con el encargo de emplear toda su elocuencia para lograr que los alemanes siguieran el ejemplo de la Inglaterra, y de procurar con su sagacidad que ningun artículo de la dieta fuese perjudicial á la fé católica. Moron, que en negociacion é intriga tenia todas las grandes calidades de su padre el famoso canciller de Milan, seguramente hubiera suscitado dificultades á todas las disposiciones de los protestantes.

Muerte de
Julio III.

Pero por un inesperado acontecimiento viórouse libres de cuanto podian recelar de la presencia del nuncio. Entregándose á placeres y diversiones que ya no convenian á su edad ni á la dignidad de la tiara, habia Julio de tal manera contraido el hábito de la dissipacion que mostrábase tan incapaz como enemigo de todo asunto serio. Instado tiempo hacia por su sobrino para que celebrase un consistorio, eludía siempre sus demandas, temiendo hallar en aquella asamblea una fuerte oposicion á los proyectos que formára para la elevacion de aquel jóven. Sin embargo, despues de haber

apurado cuantos pretestos pudo, y creciendo cada dia su aversion al trabajo, fingió una disposicion para deshacerse de las importunaciones de su sobrino; pero á fin de dar á semejante ardid alguna apariencia de verdad, encerróse en su aposento y mudó enteramente su método de vida. Con su perseverancia en representar tan ridiculo papel, contrajo una enfermedad verdadera de que murió á pocos dias, dejando á su infame favorito el cardenal del Monte un ilustre nombre que sostener y dignidades que deshonoraba con sus vicios (1). Luego que supo Moron el fallecimiento de Julio, partió precipitadamente de Augsburgo despues de una corta permanencia, y corrió á asistir á la eleccion de un nuevo pontífice.

Con la ausencia del nuncio tranquilizáronse los protestantes, que poco tardaron en observar que eran infundados sus temores, y que no tenia Fernando intencion de violar con perjuicio suyo el tratado de Passau. Desde que desbarató Mauricio todos los planes del emperador en Alemania, y derrotó el despotismo civil y religioso que iba á establecer en ella, cediera aquel monarca el gobierno interior del imperio á su hermano que, dotado de una ambicion menos inquieta que la de Carlos, lejos de continuar un proyecto que este no pudo ejecutar con todo su poder y recursos, solo pensó en atraer á su partido los príncipes de la Alemania por medio de una administracion equitativa y moderada. Semejante conducta era tanto mas sincera cuanto mas le importaba entonces ceder á sus pretensiones para asegurarse sus votos.

Deseaba aun Carlos con ardor transmitir la coro-

Motivos por-
que favorece
Fernando á los
protestantes.

(1) Onuphr. Panvinius, *de Vitis pontificum*, p. 320. Thuani. lib. XV, 517.

Año 1555. Carlos insiste en el proyecto de cambiar el orden de la sucesion al trono imperial.

na imperial á su hijo Felipe; pues que la oposicion que al principio se suscitara contra aquel proyecto le habia precisado á suspenderlo, pero no á abandonarlo. Instó de nuevo á su hermano á que cediese mediante alguna indemnizacion sus derechos á la sucesion del imperio, y que á aquel precio los sacrificase al esplendor de la casa de Austria. Fernando estaba tan poco dispuesto como siempre á dar tan extraordinaria prueba de desinterés; pero conociendo que no le bastaria toda su firmeza si no se declaraban abiertamente á su favor todos los príncipes del imperio, procuró conciliárselos accediendo á todas sus demandas.

Prepáranse los turcos para invadir la Hungría.

Por otra parte necesitaba que la dieta le concediese prontos y poderosos socorros para hacer frente á los turcos, que despues de haberle despojado en Hungría de la mayor parte de sus territorios, aun amenazaban atacar con un ejército formidable las provincias que le quedaban; mas para incitar á los protestantes á empeñarse en una guerra estrangera que pedia todo su celo, era preciso asegurar la paz interior del imperio sobre bases sólidas é indestructibles.

Ponen cuidado á Fernando algunas acciones de los protestantes.

Creció la circunspeccion de Fernando envista de una accion de los reformistas poco despues de la apertura de la dieta. Cuando la publicacion del mencionado discurso escitó sus temores y sospechas, los electores de Sajonia y de Brandeburgo y el landgrave de Hesse juntáronse en Namburgo, donde renovando el antiguo tratado de confederacion que por tanto tiempo uniera á sus familias, le añadieron un nuevo artículo por el cual se obligaban á profesar la confesion de Augsburgo, jurando sostener su doctrina en sus respectivos estados (1).

(1) *Chytrici Saxonia*, 480.

Empleó pues Fernando toda su habilidad en conducir las deliberaciones de la dieta de manera que no irritase á un partido cuya amistad érale tan necesaria cuanto podia serle perjudicial su odio. Adhiriéronse los miembros de la asamblea á su dictámen, que era, tratar de la religion antes de todo; mas luego que entraron en discusion, una y otra parte mostraron todo el calor y animosidad que lleva consigo asunto tan propio para producir la fermentacion de los ánimos y que habian ido inflamándose con la acrimonia de las disputas y con el furor de las guerras civiles.

Pretendian los reformistas que la libertad de conciencia que reclamaban en virtud del tratado de Passau debia estenderse sin escepcion á cuantos habian abrazado ó abrazarian la doctrina de Lutero. Los católicos, despues de haber sentado el principio de que el papa debia ser el solo juez en última apelacion en las materias de fé, sostenian que, si la situacion en que se hallaba el imperio y el amor á la paz les habia hecho consentir á la tolerancia de las nuevas opiniones, no podia esta estenderse ni á las ciudades que se habian conformado al *Interim*, ni á los eclesiásticos que en adelante se separasen de la iglesia romana. No era fácil conciliar tan opuestas pretensiones, que el celo y habilidad de teólogos ejercitados en disputar sostenian por una y otra parte con sutiles argumentos y con toda la amargura del lenguaje escolástico. Fernando arañó concesiones á cada partido; dió una interpretacion favorable á los puntos equívocos, y ya haciendo presente cuan necesaria y útil era la concordia, ya amenazando con la disolucion de la dieta, logró al fin atraer los ánimos á una determinacion que satisfizo igualmente á entrambos partidos.

Año 1555.
Esfuézase
por conciliar á
ambos parti-
dos.

Pretensiones
de los católi-
cos y de los
protestantes.

Año 1555.
15 de setiembre.

Establécese
la paz de religión.

De consiguiente redactóse un decreto que se aprobó y publicó con las formalidades de estilo, y cuyos principales artículos fueron: que los príncipes y las ciudades que se habían declarado á favor de la confesion de Augsburgo podrian con libertad profesar su culto y doctrina sin ser inquietados por el emperador, ni por el rey de los romanos ni por nadie: que por su parte los protestantes no turbarian ni á los príncipes ni á los estados que admitian los dogmas y las ceremonias de la iglesia católica; que en adelante solo por los pacíficos y persuasivos medios de las conferencias se intentaria poner término á las disputas religiosas; que el clero romano no podria reclamar ningun derecho de jurisdiccion espiritual en los estados de la confesion de Augsburgo; que los que estaban poseyendo beneficios ó rentas de la iglesia continuarian gozándolos, sin que la cámara imperial pudiese molestarlos tocante á este artículo; que el poder civil tendria derecho de establecer en cada estado la doctrina y culto que estimase conveniente, y que los vasallos que no quisiesen conformarse tendrian la libertad de retirarse con todos sus haberes adonde quisiesen; que si algun prelado ó eclesiástico en lo sucesivo abandonaba la religion romana, renunciaria á su diócesis ó á su beneficio que desde entonces se consideraria vacante como por la translacion ó la muerte del titular, y que el colador tendria derecho de nombrar un sucesor de reconocida fidelidad á la antigua doctrina (1).

Bellecciones
acerca de los
progresos de
los principios
de tolerancia.

Estos son los estatutos de aquel famoso decreto, base de la paz religiosa en Alemania y vínculo de union entre estados cuyos sentimientos difieren en los puntos

(1) Sleid. 520. Fra-Paolo, 368. Pallav. t. II, 161.

mas importantes. En nuestro siglo y en una nacion donde se conoce ya la tolerancia y sus felices efectos, pasmárase alguien sin duda de que ambos partidos no echasen mano ya desde el principio de semejantes medios de conciliacion tan propios de la muchedumbre y caridad del cristianismo. Pero por natural que fuese tan saludable expediente, fuéranle tan opuestos la práctica y la opinion que apenas nadie pensaba en él. Si entre los gentiles la diversidad de opiniones en materias religiosas nunca fué un manantial de querrelas y discordias, debióse á que siendo locales todas sus deidades, la veneracion que cada pueblo profesaba á un dios no escluía la existencia ó poder de los demas, al paso que el culto de un pais no era incompatible con el de las demas naciones. De este modo los errores en sus sistemas teológicos no atacaron la paz de los estados, y apesar del prodigioso número de sus deidades y de la infinita variedad de sus ceremonias religiosas subsistió siempre entre ellos el espíritu de sociabilidad y tolerancia.

Mas luego que la revelacion cristiana anunció que no habia mas que un Dios y un solo culto digno del ser supremo, los que reconocieron su verdad debieron de mirar á los demas como absurdos ó impios, y de ahí el celo de los primeros cristianos en propagar su doctrina y su ardor en destruir las demas. Sin embargo solo usaron al principio medios conformes al espíritu de la religion; persuadian los ánimos con la fuerza de sus razones, y ganaban sus corazones con los atractivos de una virtud sublime. En fin, habiéndose el poder civil declarado á favor del cristianismo, y aunque á imitacion de los gefes la mayor parte de los gentiles se sometieron á la iglesia; muchos permanecieron adictos

Año 1555. á sus antiguas supersticiones. Indignados de semejante obstinacion, los ministros del evangelio, cuyo celo no aflojó aun despues de pasado el primer entusiasmo, quisieron forzar las conciencias; y traspasando los límites de su mision, armaron al poder del trono contra los infelices á quiénes no habian podido convencer.

Entretanto entre los mismos cristianos suscitáronse cuestiones acerca de los artículos de fé, y pronto emplearon contra sí mismos las armas con que batieran á los enemigos de la religion. Cada teólogo quiso que el magistrado tomase parte en su causa, y cada uno á su turno provocó al poder temporal para reprimir ó exterminar á sus antagonistas. Poco tardaron los obispos de Roma en pretender que eran infalibles en la explicacion de los dogmas y en la decision de los puntos de controversia, y persuadiéndolo á la credulidad de los hombres á fuerza de artificios y de perseverancia, convirtieron una pretension en derecho. Luego que aquellos jueces dogmáticos falláran sobre un punto de doctrina, oponerse á él ó dudar era no solo resistir contra la verdad sino aun rebelarse contra una autoridad sagrada; y para vengar una y otra emplearon continuamente el brazo del poder temporal de que supieran enteramente apoderarse.

Hacia, pues, muchos siglos que estaba la Europa acostumbrada á ver propagadas ó sostenidas con la fuerza opiniones puramente especulativas. Echáronse en completo olvido aquella indulgencia y caridad mútua que tan sinceramente recomienda el cristianismo; ignorábase esa libertad de conciencia que permite á cada cual seguir su juicio en materias de doctrina, y era por fin desconocida la idea de tolerancia, y aun esa misma palabra, en el sentido con que hoy se aplica. Pensaban enton-

ces que emplear la violencia contra el error era una de las prerrogativas de los que poseían el conocimiento de la verdad; y como cada partido pretendía ser poseedor de semejante tesoro, todos ejercían tanto como podían los derechos que creían acompañaban á semejante posesion. Guiados los católicos romanos por las decisiones de un juez infalible, y creyendo que ellos solos conocían la verdad, reclamaron altamente el apoyo de la autoridad civil contra los innovadores. Los protestantes, no menos confiados en la bondad de su doctrina, solicitaron á su vez los príncipes de su partido para que reprimiran á los que se atrevían á combatirla ú oponerse á ella. Lutero, Calvino, Cranmer, Knox, fundadores de la reforma en su país respectivo, luego que tuvieron poder y ocasion hicieron sufrir á cuantos dudaban de la verdad de su creencia los mismos castigos que la iglesia romana destinaba contra sus discípulos. Sus secuaces y quizás sus enemigos hubieran creído que desconfiaban de la bondad de su causa, si no hubiesen reunido á los violentos medios que juzgaban lícitos para el triunfo de la verdad.

Solo á fines del siglo décimo séptimo admitióse la tolerancia en la república de las Provincias-Unidas, de donde pasó á Inglaterra. Los males ocasionados por las persecuciones, la influencia de la libertad en la perfeccion del gobierno, las ciencias que ilustrando á los hombres los hicieron mas humanos, en fin la prudencia y la autoridad de los magistrados, todo concurrió á establecer tan sabia costumbre, que tan contraria era al celo furioso que debieran todas las sectas en sus falsos principios acerca de la naturaleza de la religion y los derechos de la verdad, ó que les infundieran las máximas de la iglesia romana.

Año 1555.
Beneficios
de la paz de re-
ligion para los
luteranos.

Cualquiera podrá notar que no dictaron el decreto de Augsburgo ideas tan justas y vastas sobre la libertad de conciencia y acerca de la naturaleza de la tolerancia. No era mas que un plan de pacificación que algunas consideraciones meramente políticas sugirieran á entrambos partidos, y que el interés de su seguridad y tranquilidad mútua hacia tan necesario al uno como al otro. Pruébese esto claramente con el artículo del mismo decreto, que declara que los beneficios de la pacificación solo comprenderan á los católicos y á los que profesen la confesion de Augsburgo, con cuya restriccion los partidarios de Zwingle y de Calvino halláronse abandonados al rigor de las penas señaladas á los hereges. Casi un siglo transcurrió antes que obtuviesen la proteccion de las leyes, y hasta el tratado de Westfalia no se les admitió á gozar con los luteranos de todos los privilegios de la paz de religion.

Tambien es
ventajosa para
los católicos.

Si los discípulos de Lutero miraron regocijados protegida su doctrina por el decreto de Augsburgo, tambien sus adversarios pudieron felicitarce del artículo que reservaba para el clero católico el disponer de los beneficios, de cuantos en adelante abjurarían la religion romana, y aquel artículo, conocido en Alemania con el nombre de *reserva eclesiástica*, era muy conforme á la idea que entonces reinaba sobre los derechos de una iglesia establecida. Pareció muy justo que las rentas aplicadas en su origen para la manutencion de los que profesaban su doctrina no cambiasen de destino; de esta misma opinion fueron los protestantes, y cualesquiera que fuesen las consecuencias que pudiesen prever entonces, desistieron de la oposicion que al principio hicieron á ello. Como los principes católicos del imperio hicieron en todas ocasiones obser-

var exactamente aquella convencion, llegó á ser en Alemania la mas fuerte barrera de la iglesia romana contra la reforma. Desde entonces, no incitando el interés á los eclesiásticos á mudar de creencia, muy pocos habo que estuviesen bastante dispuestos á favor de la nueva doctrina para sacrificarle los ricos beneficios que estaban poseyendo.

Año 1555.

Durante la asamblea de la dieta, **Marcelo Cervino**, cardenal de **Santa Cruz**, fue elegido papa por muerte de **Julio**, y como **Adriano**, no mudó su nombre. Lleno de tan puros intentos como los de aquel pontífice, escediale en la ciencia de gobernar y mas aun en el conocimiento del carácter de la corte romana. Conocia á fondo toda la corrupcion de aquella corte y la especie de reforma de que era susceptible, y esperábase que su sabiduria dictase reglamentos que, al paso que corrigiesen los mas escandalosos abusos, hiciesen tal vez volver al seno de la iglesia los que solo de ella se alejaron por indignacion contra los vicios del clero; pero aquel respetable pontífice solo un momento brilló en la silla de **San Pedro**. La rigurosa clausura del cónclave ya comenzára á alterar su salud, y con la fatiga de las largas ceremonias de su cesaltacion, acompañada de la asidua y profunda aplicacion que cesigia el plan de reforma que estaba meditando, auquilóse de tal manera su constitucion débil de suyo, que cayó enfermo doce dias despues de su eleccion y murió al vigésimo (1).

Marcelo II
es elegido papa.
9 de abril.

Su muerte.

Pusieronse en práctica los mas refinados artificios é intrigas, tan propios de los cónclaves, para dar un sucesor á **Marcelo**. Los cardenales de la faccion im-

El cónclave de
Pablo IV.

(1) Thuan. 520. Fra-Paolo, 363. Omph. Panyin 321. etc.

Año 1555. perial y los de la francesa trabajaron con igual ardor para ganar los votos, cada cual para un candidato de su partido. Pero tras debates tan acalorados, cuan importante era el objeto que los movía, reuniéronse para elegir á Juan Pedro Caraffa, dean del sacro colegio é hijo del conde Montario, de una ilustre familia del reino de Nápoles. La habilidad é influjo del cardenal Farnesio, que favorecía las pretensiones de Caraffa, el mérito de este, y tal vez su avanzada edad, que en parte suavizaba el pesar de los pretendientes con la esperanza de ver pronto vacante la silla pontificia, todo en fin concurrió para su eleccion. Por respeto á la memoria de Pablo III, que le hizo cardenal, y por reconocimiento á la familia de los farnesios, tomó el nombre de Pablo IV.

So carácter. La eleccion de un prelado de tan singular carácter, y que tanto tiempo habia seguí una carrera que debia alejarle de la primera dignidad de la iglesia, causó alguna inquietud á los italianos, que habian observado demasiado sus costumbres y conducta para que dejaran de estar dudosos acerca de lo que de él debian esperar. Aunque nacido de un rango que le dispensaba de todo mérito para ascender á las mayores dignidades eclesiásticas, desde su juventud se habia Pablo dedicado al estudio como un hombre que solo á sus calidades personales quiere deberlo todo. Versado en todas las sutilezas de la teologia escolástica, poseia ademas un profundo conocimiento de las lenguas sabias y de las bellas letras, cuyo estudio hacia poco que habia renacido en Italia donde se cultivaba con mucha emulacion. Sin embargo su espíritu naturalmente sombrío y severo incluíabase mas á la acrimonia de las controversias que á esa elegancia y cortesania que da de sí la litera-

tura, y tenia las ideas y sentimientos de un monge mas bien que los talentos necesarios para la direccion de los grandes negocios. Gozando de varios ricos beneficios al entrar en la iglesia, empleado como nuncio en diferentes cortes, cansóse pronto de semejante carrera y apeteció una vida mas adecuada á sus inclinaciones y carácter, y á este fin renunció á la vez todas sus dignidades eclesiásticas. Habiendo instituido una orden de regulares, que apellidó Teatinos del nombre del arzobispado que ocupára, asocióse á aquella comunidad y conformóse á todo el rigor de las reglas que prescribiera, prefiriendo la soledad de la vida monástica y el honor de fundar una nueva orden á las grandes esperanzas que á su ambicion ofrecia la corte de Roma.

Mucho tiempo hacia que moraba en aquel retiro, cuando movido de la sola fama de su santidad y de su ciencia, Pablo III le llamó á Roma para consultarle acerca de los medios de destruir la heregia y de restablecer la antigua autoridad de la iglesia. Despues de haberle sacado de su soledad, logró el papa, ya con súplicas, ya con su autoridad, que aceptase el capelo, recobrase los beneficios que renunciara, y volviese á entrar en el camino de los honores. Pero durante el reinado de dos pontífices, de los cuales el uno agitó á toda la corte de Roma con todos los manejos de la ambicion, y el otro con los mas escandalosos excesos, conservó siempre Caraffa su austeridad monástica, y enemigo declarado de toda innovacion en doctrina, y estremadamente rígido en cuanto á la observancia del culto, fué quien mas contribuyó á establecer en los estados del papa el formidable y odioso tribunal de la inquisicion. Siempre defendió la jurisdiccion y disciplina de la iglesia, al paso que censuró vivamente toda

Año 1515. accion dictada por miras de política y de interes, mas bien que por el celo del honor y dignidad de la santa sede. Bajo el mando de un papa de semejante carácter esperaban los cortesanos un pontificado duro y austero, en que todos los principios de la sana política sacrificaríanse á las mezquinas preocupaciones de la devoción, y el pueblo temia que la parsimonia y rapidez de costumbres reemplazare la alegría y magnificencia que por tanto tiempo reinara en la corte de Roma.

Su conducta
después de su
esalacion.

Pero dióse prisa Pablo á desvanecer esos temores, pues así que tomó posesion del mando renunció de repente á la austeridad que hasta entonces distinguiera á él y á su familia, y cuando el mayordomo de su casa le preguntó de que manera queria vivir: «Como un gran príncipe», contestó con orgullo. Celebróse con la mayor pompa la ceremonia de su coronacion, y para conquistar el afecto de los habitantes de Roma, ilustró su elevacion al trono con muchos actos de clemencia y liberalidad (1).

Su excesiva
aficion á sus
sobrinos.

Contodo sin duda hubiera vuelto á cobrar con él su ascendiente la severidad que le era peculiar justificando así las conjeturas de los cortesanos, si luego después de su eleccion no hubiese llamado junto á su persona dos sobrinos suyos, hijos de su hermano el conde de Montario. El mayor fué nombrado gobernador de Roma, y el segundo, que hasta entonces habia servido en clase de voluntario en los ejércitos de Francia y España, y cuyo carácter y costumbres eran mas propios para aquella profesion que para el estado eclesiástico, fué creado cardenal y enseguida legado de Bolonia, que era por su rango y autoridad el segundo puesto de que

(1) Platina, p. 327. Castaldo *Vida di Paolo II. Rom.* 1515, p. 70.

podía disponer un pontífice. Y no contento con darles semejantes testimonios de favor, añadió Pablo una confianza y estimación sin límites, y se manifestó dispuesto á hacer cualquier sacrificio para el engrandecimiento de sus sobrinos, cuya ambición desgraciadamente para el pontífice era ilimitada. Habiendo visto á los Médicis elevarse en Toscana al poder supremo por medio de los papas de aquella familia, y á la casa de los Faracios adquirir los ducados de Parma y de Plasencia con la habilidad de Pablo III; aspiraron tambien á obtener algun establecimiento que les elevase á la misma independencia y poder; pero como sabian que no llegaría á tanto la debilidad de su tío, que secularizase una parte del patrimonio de la iglesia, parecióles que la desmembración de los dominios del emperador en Italia era el único medio de satisfacer su ambición, y con la esperanza de recoger algunos restos habiéralos bastado este motivo para fomentar la discordia entre Carlos y el papa.

Pero además de esto tenía el cardenal Caraffa motivos personales para aborrecer al emperador. Cuando servía en las tropas españolas, no recibió el trato respetuoso y la distinción que creía se debía á su nacimiento y á su mérito, de lo cual disgustado dejó repentinamente el servicio de Carlos y pasó al de Francia, donde lisonjeando su vanidad la acogida que se le hizo, quedó desde entonces muy adicto á los intereses de aquella monarquía. Por otra parte, habiendo trabado estrecha amistad con Strozzi, que mandaba el ejército frances en Toscana, inspiróle este mortal enemistad contra el emperador, á quien miraban como el mayor contrario de la independencia y libertad de los estados de Italia. El mismo papa hallábase muy dispuesto á

Año 1555.

Sus ambiciosos proyectos.

Causa de su resentimiento contra el emperador.

Año 1535. recibir impresiones desfavorables á aquel príncipe, pues traía siempre á la memoria la oposicion que hicieron á su eleccion los cardenales del partido imperial, y crecia su resentimiento con el recuerdo de las pasadas injurias que de Carlos y de sus ministros recibiera.

Procuran indisponer al papa contra aquel monarca.

Valiéndose de esas disposiciones, usaran sus sobrinos varios artificios para enemistarle con el emperador de un modo irreconciliable. Esageraron todo lo que podia indicar el descontento que recibió aquel al saber la eleccion de Caraffa, y enseñaron á su tio una carta interceptada, en que reprehendia Carlos de negligentes é ineptos á todos los cardenales de su faccion por no haberla impedido. Un dia pretendieron que habian descubierto una conspiracion tramada contra su vida por el ministro del imperio y Cosme de Médicis, y en otra ocasion le alarmaron con los detalles de un complot formado, segun decian, para hacerles asesinar. Asi manteniendo en perpétua ansiedad su espíritu de suyo violento, y que por efecto natural de la vejez habíase vuelto suspicaz, arrastrároulo á cometer acciones que en otros tiempos hubiera condeñado el primero (1). Mandó arrestar algunos de los cardenales mas adictos al emperador y los encerró en el castillo de S. Angelo; persiguió con estremado rigor á los Colonas y á los demas barones romanos que pertenecian al bando imperial; en fin manifestó en todo desconfianza, temor y ódio al emperador, y principió á procurarse la amistad del rey de Francia, como si quisiese poner toda su confianza en su ayuda y proteccion.

Incitante á procurarse la

Esto era precisamente adonde querian conducirle sus sobrinos, como medio el mas propio para favore-

(1) Ripamonti *Hist. Patriæ*, lib. III, 1146. *Ap. Grav. Theor. vol. II. Mém. de Rubier*, II, 615. *Adriani Istor.* I, 206.

er sus ambiciosos proyectos; mas viendo que su ési-
to dependia enteramente de la vida de su tío, cuya
avanzada edad no les permitia ya perder un momento
en negociaciones inútiles, en vez de tratar con el em-
bajador de Francia residente en Roma, lograron que
el papa despachase un sugelo de confianza á la cor-
te de Henrique con tan ventajosas proposiciones que
no hubiese que temer una negativa. Propúsose pues
aquel monarca hacer con el papa alianza ofensiva y
defensiva, en virtud de la cual juntarian sus fuerzas
para atacar el ducado de Toscana y el reino de Nápo-
les. Si la fortuna protegía sus armas, volveríase al
primero de aquellos estados su antigua forma de go-
bierno republicano; daríase la investidura del segun-
do á un hijo del rey de Francia, pero segregando cier-
ta porcion de territorio que se añadiría al patrimonio
de la iglesia y de la cual se formarían dos principados
para los dos sobrinos del papa.

Fascinado el rey con tan especiosos proyectos, re-
cibió al enviado del modo mas favorable; mas cuando
se presentaron al consejo aquellas proposiciones, el
condestable de Montmorency, naturalmente enemigo de
las empresas aventuradas, y cuya circunspeccion cre-
ciera con la edad y la esperiencia, opúsose enérgica-
mente á aquella alianza. Recordó cuan funestas habian
sido á la Francia durante tres reinados consecutivos
todas las expediciones de Italia; dijo que si la nacion
habia sido vencida cuando sus tropas y hacienda se
hallaban en el mejor estado, menos debia entonces es-
perarse feliz ósito en medio del aniquilamiento á que
la redujeran los extraordinarios esfuerzos que hiciera en
cincuenta años de guerras sostenidas casi sin interrup-
cion; y representó cuan imprudente seria contraer em-

Año 1555.
Amistad del rey
de Francia.

El condesta-
ble de Mont-
morency se
opone á la
alianza de Hen-
rique con el
papa.

Año 1555. prño alguno con un pontífice que contaba ya ochenta años, que solo ofrecia esperanzas tan frágiles como su vida, y cuya muerte precisamente ocasionaria una súbita revolucion en los asuntos de Italia, y dejaria al rey con todo el peso de la guerra. Añadió que habiendo formado el emperador el proyecto de renunciar al mundo, sin duda queria restablecer la paz en sus estados antes de entregarlos á su hijo. y que por tanto debíase esperar un prócsimo arreglo con aquel monarca; y en fin que infaliblemente se atraerian las armas de la Inglaterra contra la Francia si se daba motivos para creer que la ambicion de esta monarquía era el único obstáculo que se oponia al restablecimiento de la paz en Europa.

Apóyala el
duque de Gui-
sa.

Con tan poderosas consideraciones, espuestas con mucho fuego por un ministro de la mayor confianza, habríase probablemente abstenido el rey de aliarse con el papa: pero el duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena, que buscaban las empresas peligrosas y aventuradas tanto como Montmorency las temia, declaráronse por la alianza. Esperaba el cardenal que se le nombraría encargado de negocios en la corte de Roma, y el duque confiaba mandar el ejército que se destinaba á la expedicion de Nápoles, en cuya perspectiva veian ambes abrirse á sus vastos y ambiciosos proyectos la mas bella carrera. En efecto su crédito, apoyado por el de la querida del rey, Diana de Poitiers, que entonces era enteramente adicta á los intereses de los Guisas, fue mas que suficiente para triunfar de los sabios consejos de Montmorency, y para impulsar á un príncipe inconsiderado á escuchar las proposiciones del enviado del papa.

El cardenal Como lo habia previsto, fué al punto el cardenal

de Lorena enviado á Roma con plenos poderes para concluir el tratado y concertar todas las medidas propias para apresurar su ejecucion. Entretanto empezára el papa á entibiarse en sus negociaciones con la Francia, y aun manifestaba cierta repugnancia á continuarlas, ya porque hubiese reflexionado acerca de la incertidumbre de los sucesos de la guerra, ya porque talvez el embajador imperial hubiese sabido infundirle alguna inquietud. Para sacarlo de aquella especie de irresolucion y volver á encender su resentimiento, echaron mano sus sobrinos de los expedientes que tanto les aprovecharan en otras ocasiones. Volvieron á despertar sus temores acerca de las intenciones del emperador, hablaron de las amenazas que profecian sus ministros, y de nuevas conspiraciones prontas á estallar contra la vida del pontífice.

Pero ya no producian el mismo efecto artificios repetidos tan amehudo, y su impresion hubiera quedado sin consecuencia si la animosidad de Pablo no se hubiese inflamado otra vez con un nuevo motivo de ofensa que no podia perdonar. Con la noticia del decreto de la dieta de Augsburgo y de la tolerancia que aquel acta garantia á los protestantes, entregóse de repente á tan furiosos arrebatos de cólera contra el emperador y el rey de Romanos, que por sí mismo practicó los mas violentos pasos á que querian conducirle sus sobrinos. Como concibiera la mas alta idea de las prerrogativas de la santa sede, y dejándose llevar de un celo implacable contra la heregia, en las disposiciones de aquella dieta, compuesta en su mayor parte de legos que se arrogaban el derecho de decidir en materias de fe, unicamente vió un temerario atentado contra una jurisdiccion que á él solo pertenecia. al pa-

Año 1555.
de Lorena recibe el encargo de negociar con el papa.

Indignase Pablo con el decreto de la dieta.

Año 1555 so que en la libertad concedida á los protestantes solo hallaba el criminal abuso de un poder usurpado. Quejándose altamente al embajador imperial de aquellos dos ultrages, pidió que al punto se declarase nullo é ilegal el decreto de la dieta; amenazó al emperador y al rey de Romanos con los mas terribles efectos de su venganza, si se negaban ó diferian satisfacerle en aquel artículo; y enfín tomó el tono de autoridad de aquellos pontífices del duodécimo siglo, que con un solo decreto hacian estremecer ó derribaban el trono de los mayores monarcas. Pero semejante estilo era ya fuera de razon, mayormente con el ministro de un príncipe que mas de una vez hiciera sentir todo el peso de su poder á pontífices mas temibles. Sin embargo el embajador escuchó con mucho sufrimiento sus proposiciones y sus extravagantes amenazas y procuró calmarle, haciéndole presente la apurada situacion en que el emperador se hallara en Inspruck, las obligaciones que se habia visto precisado á contraer con los protestantes para salir de ella, y enfín la necesidad que tenia de cumplir sus promesas y de conformar su conducta á su posicion. Mas por convincentes que fuesen semejantes razones, ninguna mella hicieron en el ánimo de un pontífice altivo y fanático. Respondió que en virtud de su autoridad apostólica absolvía al emperador de todas sus promesas y le prohibía cumplirlas; que tratándose de la causa de Dios y de la Iglesia, no se debia ya atender á las máximas de la política y de la prudencia humana; que las desgracias del emperador en Alemania eran un castigo del cielo por haber consultado mas su interés que el de la religion; y tras este discurso, separóse bruscamente del embajador sin esperar respuesta.

No dejaron sus sobrinos de alabar el proceder y de adular los sentimientos de aquel orgulloso pontífice, que siempre lleno de las ideas monásticas acerca la extensión de la autoridad pontificia, incesantemente repetían que era el sucesor de aquellos que habían destronado reyes y emperadores, y que más elevado que todos los poderosos de la tierra, hollaría con sus pies los que osasen resistirle. Estas eran sus disposiciones para con la casa de Austria cuando llegó el cardenal de Lorena. Fácil le fué á este encargado de negocios inducir al papa á que firmase un tratado cuyo objeto era la ruina de un príncipe á quien más que nunca aborrecía. Las condiciones fueron las mismas que había propuesto en París el enviado de Pablo, y convinieron en que se mantendría secreta aquella alianza hasta que por ambas partes estuviese todo pronto para abrir la campaña (1).

Año 1555.
Sus sobrinos
escitan mas su
resentimiento.

Firma su
tratado con la
Francia.

Pero durante la negociacion de aquel tratado puso fin de repente á los temores que eran su pretexto, un acontecimiento que debía inutilizar sus medidas, la abdicacion que el emperador hizo de sus estados hereditarios á favor de su hijo Felipe, y su resolucion de renunciar para siempre á los negocios del mundo y de pasar el resto de sus dias en el retiro y la soledad. No son menester profundas reflexiones ni un gran discernimiento para conocer que un rey no está esento de cuidados y de penas, y que la mayor parte de los hombres que ascienden al trono compran cara aquella preeminencia, que tanto se les envidia, con las inquietudes, el cansancio y el fastidio que de ella son inseparables; pero descender de un rango supremo á un es-

El emperador
resuelve ab-
dicar sus esta-
dos heredita-
rios.

(1) Pallav *lib. XIII*, p. 163. Fra-Paolo, 365. Thuan. *lib. XV*, 315; *lib. XVI*, 54o. *Mém. de Ribier*, II, 609; etc.

Año 1555. tado de subordinacion, y desechar el poder para buscar la felicidad, esfuerzo es este que parece superior á las fuerzas humanas. La historia presenta sinembargo mas de un ejemplo de príncipes que abandonaron el trono para acabar su vida en el retiro, pero fueron todos ú hombres débiles, que se arrepintieron pronto de una determinacion tomada con ligereza, ó ilustres desgraciados que, privados de la corona por un rival, solo con pesar suyo caian en una condicion privada. Diodeciano es talvez el único monarca digno de reinar que haya abdicado el imperio como filósofo, y pasado largos años en un retiro voluntario sin echar á lo pasado una ojeada ó un suspiro de pesar á la grandeza y poder de que se despojara.

Motivos de su abdicacion.

Pasmó á toda la Europa la adicacion de Carlos, y sus contemporáneos y los historiadores de su siglo perdiéronse en conjeturas para dar con los motivos. En efecto, casi nadie podia esperar tan singular resolucion por parte de un monarca cuya pasion favorita fué siempre el amor al mando, y que no contando todavia mas que cincuenta y seis años hallábase precisamente en la edad en que la ambicion, mas fuerte por menor distraida, prosigue su objeto con mas ardor. Muchos autores han atribuido semejante accion á causas frivolas y estrañas que no pueden influir en el corazon humano; otros la han mirado como el resultado de algun profundo misterio de política; pero historiadores mas perspicaces y mejor informados han creido que era inutil recurrir á caprichos singulares ó á secretos de estado, cuando razones sencillas y palpables podian explicar la conducta del emperador. En su juventud habíale atacado la gota, cuya violencia crecia á medida que entraba en años apesar de los desvelos de los mas há-

biles facultativos, al paso que sus ataques hacíanse cada año mas frecuentes é insúfriles. Sus dolencias, destruyendo el vigor de su complecion, habian alterado las facultades de su alma; de modo que incapaz cuando le aquejaba la gota de dedicarse á los negocios, y no teniendo mas que algunos momentos de alivio que apenas le dejaban por cortos intervalos aplicarse á asuntos serios, pasaba lo restante del tiempo en juegos ó diversiones propios para dar algun descanso á su espíritu debilitado y casi aniquilado por sus dolorosas enfermedades. En semejante estado el curso de los negocios de su reino era una carga barto pesada para él, y mucho menos podia llevar adelante la ejecucion de los vastos proyectos que formara cuando estaba en la fuerza de su edad, ó sostener aquel gran sistema político cuya cadena cenía á todas las naciones de Europa y á los complicados intereses de tantas cortes diferentes. Acostumbrado por tanto tiempo á fijar su vigilante vista en todos los ramos de la administracion y á decidir por sí solo en todas las operaciones, veia con pesar que los progresos de su enfermedad le precisaba á abandonar la direccion de los negocios, y así no dejó de atribuir las desgracias ó accidentes que sobrevenian, cualquiera que fuesen, á la imposibilidad en que se hallaba de gobernar en persona. Quejábase de la suerte, que á la fin de su vida le oponia un rival en la flor de la edad, dueño de concertar y ejecutar por sí mismo sus proyectos, mientras él se veia reducido á confiar á otros el encargo de velar por sus intereses. Acometido prematuramente por las incomodidades de la vejez, creyó que cual hombre prudente debia esconder su debilidad á las miradas del público, y que seria esponer su gloria y vencer su fama obstinarse en no

Año 1555. soltar las riendas del gobierno cuando ya no podía tenerlas con firmeza ni manejarlas con habilidad *.

Pero varias eran las razones que hasta entonces se opusieron á la ejecucion del proyecto del emperador, aunque habíalo meditado muchos años y comunicado á sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, que lo aprobaron, ofreciendo acompañarle al lugar de su retiro. No podía resolverse á encargar á Felipe el gobierno de sus estados hasta que tuviese la edad y esperiencia necesarias para sostener tan pesada carga. Mas como cumpliera aquel príncipe veinte y ocho años, y habituado desde jóven al trabajo mostrase para él tanta inclinacion como talento; no se podría atribuir á la prevencion de la ternura paternal la resolu-

* En sus *Memoires du cardinal de Granvelle* Dom Levesque atribuye la abdicacion del emperador á una causa de que no creo haya hecho mencion ningun otro historiador. Dice que habiendo aquel monarca cedido á su hijo, cuando su casamiento con la reina de Inglaterra, el gobierno de Nápoles y del ducado de Milan, apesar de los consejos y súplicas de su padre desterró Felipe todos los antiguos ministros y oficiales de aquellos dos estados para poner en su lugar hechuras suyas; que aquel príncipe solicitaba abiertamente y sin rebozo tomar parte en la administracion de los negocios en los Países Bajos; que procuraba oponer obstáculos á todas las medidas del emperador y limitar su autoridad; que en fin viendo Carlos que era preciso ó ceder á su hijo ó recurrir á la fuerza, y no queriendo llegar á extremos dolorosos para un padre, resolvió cederle todos sus estados y retirarse del mundo. (*tom. 1, p. 24, etc.*) Dom Levesque, al contar brevemente estos singulares hechos, pretende que los sacó de los manuscritos del cardinal de Granvelle; mas aunque esa numerosa coleccion de papeles, conservada y puesta en orden por el abate Boizot de Besançon, es uno de los mas preciosos monumentos de la historia del siglo décimo séptimo, y aclara mucho los acontecimientos del reinado de Carlos Quinto, sin embargo como todavía no se ha publicado esa obra, no puedo decir que grado de confianza merece el trozo que se acaba de leer, y esto es lo que me determinó á no insertarlo en mi relacion de la abdicacion de Carlos Quinto.

cion que tomase Carlos de ceder desde entonces á su hijo un trono que queria abandonar. Pero su madre era la que oponia un obstáculo mas positivo á su abdicacion. Aunque hacia cincuenta años que aquella princesa vivia encerrada en el mismo estado de enagenacion mental en que la puso la muerte de su marido, sin embargo considerábase siempre que gobernaba la España en union con el emperador. Insertábase su nombre en todas las ordenanzas al lado del de su hijo, y sus vasallos le profesaban tan profundo respeto que hubiéranse mostradò muy escrupulosos en reconocer á Felipe por su soberano, á no ser que ella consintiese en asociarle al trono. ¿Mas en el deplorable estado en que se hallaba, como obtener de ella semejante consentimiento? Con su fallecimiento, que fue aquel mismo año, desaparecieron todos los obstáculos, dejando á Carlos único señor de la corona de España y libre de disponer de ella á favor de su hijo. Y como la guerra contra la Francia podia aun retardar semejante abdicacion, sin duda deseaba poner término á las hostilidades para dejar sus estados en completa paz antes de bajar del trono. Mas no mostrándose Henrique dispuesto á ninguna composicion, y habiendo recibido proposiciones de paz justas y razonables con un tono que anunciaba un firme propósito de continuar la guerra; conoció Carlos que seria inútil esperar por mas tiempo un acontecimiento demasiado incierto.

Asi, luego que creyó haber hallado el momento favorable para la ejecucion de su gran desigño, quiso verificarlo con toda la solemnidad que requirian las circunstancias é ilustrar su último acto de soberanía con un esplendor y magnificencia que dejase profunda impresion en el corazon de sus vasallos y de su sucesor.

Formalidades con verificar su renuncia.

Año 1555. Mandó pues á Felipe que saliese de Inglaterra, donde era víctima del desigual carácter de la reina, agriado aun mas por el pesar de no tener hijos, mientras por otra parte el odio y envidia de los ingleses le quitaban toda esperanza de poder gobernarles algun dia. Despues de haber convocado los estados de los Países Bajos en Bruselas para el 25 de octubre, acudió allí el emperador á sentarse por la vez postrera en su trono, teniendo á su derecha su hijo, á su izquierda su hermana la reina de Hungría y regente de los Países Bajos, y detras de sí un brillante séquito de grandes de España y príncipes del imperio. El presidente del consejo de Flandes esplicó en breves palabras con que intencion el soberano habia mandado la convocacion extraordinaria de aquella asamblea. Leyó en seguida el acta de renuncia por la cual cedia el emperador á su hijo Felipe todos sus dominios, su jurisdiccion y su autoridad en los Países Bajos, declarando á sus vasallos libres de la obediencia que le debian, fraspasándola á Felipe su legítimo heredero, para que le sirviesen con el celo y fidelidad que siempre le manifestarían en el decurso de tantos años que les gobernó.

Entonces, apoyándose Carlos en el hombro del príncipe de Orange, que tan débil estaba, levantóse de su asiento, y dirigiéndose á la asamblea, teniendo en su mano un papel para ayudar ó su memoria, recordó con dignidad y sin ostentacion todas sus grandes empresas que habia acometido y ejecutado desde el principio de su reinado. Dijo que, habiéndose dedicado enteramente á los desvelos de su gobierno desde la edad de diez y siete años, no habia jamas conocido el reposo y menos los placeres; que ya en el seno de la paz,

ya en medio de la guerra habia atravesado nueve veces la Alemania, seis la España, cuatro la Francia, siete la Italia, diez los Países Bajos, dos la Inglaterra, otras tantas el Africa, y surcado once veces el mar; que mientras su salud le habia permitido cumplir con sus deberes, mientras habian bastado sus fuerzas para el penoso gobierno de sus vastos estados, nunca le arredró el trabajo ni se quejó de la fatiga; pero que agotado su vigor por las dolorosas crisis de una enfermedad incurable, sus dolencias que cada día iban en aumento le advertian que abandonase el mundo; que no tenia tantos deseos de reinar que quisiese empuñar el cetro con débil mano, cuando ya no podia ni proteger á sus vasallos ni velar para su felicidad; que en vez de un soberano que sucumbia al rigor del mal y á quien solo le quedaba un soplo de vida, les daba un príncipe que hermanaba la fuerza de la juventud, la esperiencia y madurez; que si en el decurso de su larga administracion habia cometido alguna falta, si en la confusion y complicacion de los grandes negocios que absorvieran toda su atencion habia sido injusto para con alguno de sus vasallos, les pedia perdon; que siempre conservaria viva gratitud á su fidelidad; que llevaria este recuerdo á su retiro como su mas dulce consuelo y como la mas lisongera recompensa de sus trabajos, y que sus últimos votos solo pedirian al Todopoderoso la felicidad de sus pueblos.

Luego, dirigiéndose á Felipe, que se pusiera de rodillas y besaba la mano de su padre: «Si solo por
« mi muerte, le dijo, os dejase esta rica herencia que
« tanto he aumentado, ciertamente deberiais pagar al-
« gun tributo á mi memoria; mas cuando os cedo lo que
« yo podria conservar todavia, tengo derecho de espe-

Año 1555. « rar de vos la gratitud mas profunda. Os dispensó con
 « todo de ella, y vuestro amor á vuestros vasallos y
 « vuestros desvelos para hacerlos felices seran para
 « mi las mayores pruebas de vuestro reconocimiento. A
 « vos toca justificar el estraordinario testimonio que de
 « mi afecto paternal os doy en este dia, y mostra-
 « ros digno de la confianza que vuestra sabiduria me
 « merece. Tened inviolable respeto á la religion; man-
 « tened la fé católica en toda su pureza; sean sagradas
 « para vos las leyes de vuestro país; no atenteis ni á
 « los derechos, ni á los privilegios de vuestros subdi-
 « tos; y si algun dia desearais como yo gozar de la
 « tranquilidad de una vida privada, ojalá tengais un
 « hijo que por sus virtudes merezca que le cedais el ec-
 « tro con tanta satisfaccion como yo os lo cedo ahora. »

Acabado este discurso, echóse Carlos en su asiento, pronto á desmayarse por la fátiga de tan grande esfuerzo. Mientras hablaba, todos los asistentes deshacíanse en llanto, unos admirando su grandeza de ánimo, otros enternecidos por las vivas espresiones de su amor á su hijo y á sus pueblos, y todos con profundo sentimiento de perder un soberano que siempre habia distinguido su país natal con muestras de particular afecto.

Púsose en pie Felipe, que permaneciera á los pies de su padre, y con voz baja y sumisa le dió gracias de la merced que le hacia su bondad sin igual; luego, dirigiéndose á la asamblea y manifestándole cuanto sentia no poder hablar el flamenco con bastante facilidad para espresar en tan interesante ocasion todo lo que creia deber á sus fieles vasallos de los Países Bajos, suplicó que permitiesen que hablase en su nombre Granvelle, obispo de Arras, quien en un largo discurso ponderó el celo de Felipe por el bien de sus súbditos,

su resolución de consagrar todo su tiempo y talentos á labrar su felicidad y á instar el ejemplo de su padre, tratando á los flamencos con la mayor distincion. Maës, abogado muy elocuente, contestó en nombre de los estados con protestas de fidelidad y adhesion á su nuevo soberano. Año 1555.

Entonces Maria, reina viuda de Hungría, renunció la regencia que por encargo de su hermano ejerciera durante veinte y cinco años. El dia siguiente, en presencia de los estados prestó Felipe el acostumbrado juramento de mantener los derechos y privilegios de sus vasallos; y todos los miembros de la asamblea, ya en su propio nombre, ya en los de sus representados, le juraron obediencia (1). 6 de enero de 1556.

Algunas semanas despues, en una asamblea menos solemne, abdicó Carlos á favor de su hijo la corona de España con todos los territorios que de ella dependian en el antiguo y nuevo mundo. De tantas y tan vastas posesiones no se reservó mas que una pensión anual de cien mil escudos para los gastos de su casa y para distribuirlos en actos de beneficencia y caridad (2).

(1) Godleveus, *Relatio abdicacionis Car. V.*, ap Goldust. *Polit. imper.* p. 377. Strada, *de Bello Belgico*, lib. V, p. 5.

(2) Aunque debiera esperarse que todos los historiadores guardasen la mayor exactitud acerca de la fecha precisa de un acontecimiento tan memorable é importante como la abdicacion del emperador; sinembargo todos difieren en este punto de un modo incuestionable. Convienen todos en que el acta con que Carlos traspasó á su hijo sus estados de los Países Bajos data de Bruselas á 25 de octubre. Sandoval, que se halló presente á la transaccion, pretende que las ceremonias de la cesion se verificó el 28 del mismo mes (*tom. II*, p. 295). Godleveus, que publicó un tratado de la abdicacion de Carlos Quinto, fija la ceremonia pública y la fecha del acta de la renuncia á 25 de octubre. El P. Barro, no sé con que fundamento, la coloca á 24 de noviembre (*Hist. d'Allemagne*, VII, 976). Herrera es del mismo parecer que Godleveus: *t. I*, 155; y

Año 1556.
Carlos esco-
ge la España
para fijar en
ella su mora-
da.

Escogió la España para su residencia, esperando que la salubridad del aire y el calor del clima calmarían su gota que habían irritado la humedad y los crudos inviernos de los Países Bajos. Aunque estaba impaciente por embarcarse como que conocia la imposibilidad de deshacerse enteramente de los negocios mientras permaneciese en Bruselas; representáronle con tanto ahinco sus médicos el peligro que corría nave-

Tiene que per-
manecer algu-
n tiempo en los
Países Bajos.

gando en la estación mas fría y tempestuosa del año, que aunque á su despecho, consistió en diferir por algunos meses su viage.

Negociaciones
para la paz.

Antes de partir, tuvo la satisfacción de hacer una feliz tentativa para concluir la paz con la Francia; acontecimiento que deseaba con fervor, no solo por el

tambien Pallavicini, cuya autoridad es de mucho peso en las fechas y en todo cuanto exige una exactitud escrupulosa (*Hist. lib. XVI, p. 168*). No estan mas acordes los historiadores en cuanto al día en que renunció Carlos á la corona de España en su hijo. Segun M. de Thou fué un mes despues de haberle cedido sus estados de los Países Bajos, esto es, á 25 de noviembre (Thuan. *lib. XVI, p. 571*). Sandoval dice que fué el 16 de enero de 1556 (*Sand. II, 603*), y de su parecer es Antonio de Vera (*Epitome de la vida de Car. V, p. 110*). Pallavicini señala el 17 (*Pal. lib. XVI, p. 168*), lo mismo que Herrera (*Vida de D. Felipe, tom I, p. 233*). Pero Ferreras lo pone en el 1.º de enero. *Hist. gen. tom IX, p. 371*), y M. de Beaucaire supone que la renuncia de la corona de España hizose algunos días despues de la de los dominios de los Países Bajos, *Com de Reb Gall. p. 879*). Aunque Carlos cedió todos sus estados á su hijo algunas semanas antes de la conclusion de la tregua de Vancelles, es de notar que todas las estipulaciones de aquel tratado hicieron en nombre del emperador, y que en ellas Felipe únicamente está designado como rey de Inglaterra y de Nápoles. Es cierto que este no fué proclamado rey de Castilla, etc. en Valladolid hasta el 24 de marzo (*Sand. II, p. 606*); y que antes de esta ceremonia no quiso sínduda tomar el título de rey de todas las Españas, ni ningún acto de real autoridad. En un documento adjunto al tratado de la tregua y fecho del 19 de abril usa del título de rey de Castilla, etc. como acostumbraban los monarcas españoles de aquel siglo. (*Corps. diplom. tom IV, opend p. 85*).

interés de su hijo, sino aun para tener la gloria, al dejar al mundo, de volver á la Europa la tranquilidad de que le habia privado casi desde el principio de su reinado. Poco antes de su abdicacion, el rey de Francia y Carlos nombraron comisarios para tratar de un cange de prisioneros. En las conferencias que para ello se tuvieron en la abadia de Vancelles, cerca de Cambrai, la casualidad proporcionó un expediente apto para poner término á las hostilidades, y fué proponer una larga tregua, durante la cual, sin averiguar las pretensiones de los dos partidos, cada uno conservaria lo que entonces estaba poseyendo. Viendo Carlos aniquilados sus reinos por las continuas y peligrosas guerras á que le habia precipitado su ambicion, y conociendo ademas que su hijo necesitaba de la paz para afirmarse en el trono; declaróse decididamente á favor de la tregua, apesar de las humillantes y perjudiciales condiciones que le proponian. Respetábase tanto su sabiduria y esperiencia que Felipe no se atrevió á oponerse al dictámen de su padre, aun que en su interior le repugnase comprar la paz á costa de tan grandes concesiones.

No hubiera Henrique vacilado un instante en aceptar una tregua cuyas condiciones le dejaban tranquilo poseedor de la mayor parte del ducado de Saboya y de las importantes conquistas que hiciera en las fronteras de la Alemania; pero no era facil consiliar aquella nueva obligacion con alianza del papa. Sin embargo aprovechando el condestable de Montmorency de la ausencia del cardenal de Lorena, que fué quien impulsó á Henrique á unirse con los Carallas, hizo presente al rey con tanta viveza el peligro que corria de sacrificar los verdaderos intereses del reino á promesas im-

Concláyese
una tregua.

Año 1556. prudentes, que aquel príncipe, ya de suyo indeciso y
6 de febrero. siempre pronto á seguir el último consejo que se le da-
ba, autorizó á sus embajadores para firmar una tregua
por cinco años con las condiciones propuestas. Pero á
fin de calmar un tanto el enojo del papa, que ya co-
nocía habia ofendido con semejante accion, insistió pa-
ra que tambien fuese comprendido espresamente en la
tregua (1).

^ Ratifican la
ambos monar-
cas.

Difficil si-
tuacion del pa-
pa.

Pasó á Blois el conde de Lalain, y el almirante de Coligny á Bruselas, ambos para asistir, cada uno por su parte, á la ratificacion del tratado y al juramento por el cual el emperador y el rey de Francia obligábanse á observar todas sus condiciones (2). Cuando se recibió en Roma la primera noticia de las conferencias de Vancelles y se supieron las condiciones que á la tregua se ponian, no concibió el pontífice inquietud alguna. Confiaba mucho en el honor de Henrique para creerle capaz de violar las promesas de una reciente alianza; y como ademas la opion que de la prudencia del emperador tenia no le permitia imaginar que pudiese consentir en tan desventajoso tratado, no vaciló en decir que aquellas negociaciones quedarian sin efecto como las precedentes. Pero es mal racionar en política el inferir que no sucederá un acontecimiento de su poca probabilidad. Pronto estuvo de esto conven-

(1) *Mém de Ribier, II, 626, Corps diplom. tom. IV, ap. 81.*

(2) Escribiendo un individuo del séquito del almirante de Coligny á la corte de Francia algunos detalles acerca de lo ocurrido en Bruselas mientras allí residia aquel ministro, como un ejemplo de la indiscrecion de Felipe que citó que recibió al embajador de Henrique en un aposento cuyos tapices representaban la batalla de Pavía, el modo con que cayó prisionero Francisco I, su viage á España, con todas las circunstancias de su detencion en Madrid. (*Mém. de Ribier, II, 634*).

cido el papa, y supo á la par con sorpresa y dolor la conclusion de la tregua. No atreviéndose el cardenal de Lorena á presentarse ante un pontífice orgulloso é indignado, que tantos motivos tenia para quejarse, partió de Roma bruscamente, dejando al cardenal Tournon el encargo de calmar aquella borrasca. Conocieron el papa y sus sobrinos el riesgo que les amenazaba; pues habiendo Felipe manifestado su enojo por una liga que no pudo permanecer mucho tiempo oculta, temian la violencia de su carácter implacable, y además el duque de Alba, que por sus talentos y natural severidad era el mas apto para ejecutar las venganzas de su rey, marchaba de Milán á Nápoles, y empezaba á reunir sus tropas en las fronteras del estado eclesiástico. En semejante situacion, si la Francia les abandonaba, era preciso renunciar á cuantas esperanzas les hiciera concebir su ambicion, y quedar espuestos al resentimiento de Felipe, sin que ningun aliado viniese á socorrer sus débiles fuerzas contra tan poderoso enemigo.

En aquella ocasion, valióse Pablo de todos los artificios é intrigas que tambien sabe emplear siempre la corte de Roma, para parar los golpes que la amenazaban. Fingió que aprobaba altamente la tregua, como un medio feliz de evitar la efusion de sangre cristiana, y protestó que ardientemente deseaba que fuese la precursora de una sólida paz. Esortó á los príncipes rivales á que aprovecharan aquel momento de descanso para trabajar por ella, y como padre comun se ofreció á servir de mediador, bajo cuyo pretesto envió en clase de nuncios á la corte de Bruselas el cardenal Rebilba, y su sobrino el cardenal Caraffa á la de Francia. Unas fueron las instrucciones públicas de aquellos des

Procura volver á encender la guerra.

Año 1556. ministros; mandábaseles hacer los mayores esfuerzos para lograr que ambos monarcas aceptasen la mediación del pontífice, á fin de que restablecida la paz pudiese tratarse de la convocación de un concilio general. Pero aquellas demostraciones de un celo que tan adecuado era á la importancia del objeto de las negociaciones y al carácter de un jefe de la iglesia, solo llevaban por objeto ocultar intenciones bien diferentes del fin que servía de pretexto á todos aquellos actos. Había Caraffa recibido el secreto encargo de incitar al rey de Francia á romper la tregua, no perdonando súplicas, promesas ni dádivas para lograr que se renovase el tratado con la santa sede. Este era el verdadero objeto de la embajada, mientras las apariencias servían para divertir el vulgo y engañar á Carlos y su hijo. Partió al punto el cardenal para París donde llegó en breve tiempo; pero Rebibá detúvose en Roma algunas semanas; y cuando se tuvo por conveniente que se pudiese en camino, recibió la orden secreta de prolongar su viage, á fin de que hubiese tiempo de saber el éscito de la negociación de Caraffa antes de su llegada á Bruselas, y para prescribirle el modo con que debían explicarse con el emperador y Felipe (1).

Sus negociaciones para este objeto.

Hizo Caraffa su entrada en París con pompa extraordinaria. Después de haber ofrecido á Henrique una espada bendita, como al defensor cuya asistencia esperaba el papa en tan urgente necesidad, suplicóle que no desechase los ruegos de un padre angustiado, y que desnudase aquel acero en su ayuda, lo cual era, decía él, no solo un deber de piedad filial, sino también un acto de justicia. Ya que el papa, confiando demasiado

(1) Pallav. lib. XIII, p. 169. Burnet, Hist. of reform. II, ap. 309.

en su tratado con el rey, habiase obligado con hechos que acarrearón el resentimiento de la Francia sobre Pablo y sus sobrinos; suplicaban á Henrique que no consintiese fuesen víctimas de su adhesion á la Francia. A tan fina manera de mover la generosidad del rey añadió Caraffa motivos capaces de encender su ambicion. Aseguróle que era aquella ocasion favorable para atacar con ventaja los estados de Felipe en Italia; que la flor de sus veteranos tercios españoles habian perecido en las guerras de Hungría, Alemania, y Países Bajos; que el emperador solo dejaba á su hijo reinos sin hombres y sin dinero; en fin que ya no se trataba de luchar contra la habilidad, la esperiencia y la fortuna de Carlos, sino contra un principe que acababa de sentarse en el trono, no acostumbrado al mando, aborrecido de la mayor parte de los estados de Italia y temido de todos. Añadió que el papa habia ya alistado bastantes soldados para poner en campaña un ejército considerable que con una division francesa podia por medio de un vigoroso esfuerzo echar de Nápoles á los españoles y poner en mano del rey de Francia una conquista que, durante cincuenta años, habia escitado la ambicion de sus predecesores y sido el objeto de todas sus expediciones en Italia.

Cada palabra de Caraffa hacia profunda impresion en el ánimo de Henrique. Conocia que el pontífice tenia derecho de echarle en cara el haber faltado á las leyes del honor y de la generosidad rompiendo su alianza para firmar la tregua de Vancelles; y por otra parte deseaba ardientemente hacer célebre su reinado con una conquista que en vano habian intentado tres reyes de Francia, y que formaria un establecimiento considerable para uno de sus hijos. Con todo estuvo algun

Su efecto.
31 de julio.

Año 1556. tiempo indeciso, pues el recuerdo del juramento con que acababa de ratificar su último tratado, la vejez del pontífice, cuya muerte podía ocasionar una completa revolución en el sistema político de Italia, en fin las nuevas instancias de Montmorency que no cesaba de esponerle los peligros de la liga y las ventajas de la tregua; todas estas consideraciones opusieron poderosamente á las proposiciones de Caraffa. Mas conociendo este todos los rodeos y mañas de las negociaciones, no le faltaron nunca medios para desviar ó vencer aquellos obstáculos. Manifestó los poderes que le diera el papa para absolver al rey de su juramento; y en cuanto al peligro que podía resultar de la muerte de su tío, podía prevenirse nombrando al punto el mismo pontífice nuevos cardenales, con lo que quedase Henrique dueño absoluto de los votos en la próxima elección, y hallándose así en estado de hacer elegir un papa enteramente adicto á sus intereses.

Pero para contrarrestar el influjo de los consejos del condestable, empleó Caraffa la actividad del duque de Guisa, la elocuencia del cardenal de Lorena, y la sagacidad de la reina, apoyada por los artificios mas poderosos aun de Diana de Poitiers que, desgraciadamente para la Francia, estuvo acorde con Catalina en aquel punto, aunque en cualquiera otra ocasion afectase ponerla estorbos y mortificarla. Facilmente las instancias de aquel complot lograron que el rey adoptase un partido al cual ya se sentia vivamente inclinado. Ya no se hizo caso de las reflexiones de Montmorency, y despues de haber el nuncio declarado á Henrique que libre de su juramento, hizole firmar con el papa una nueva liga que volvió á encender la guerra en Italia y en los Países Bajos.

Así que supo Pablo que su sobrino tenía fundadas esperanzas de llevar á cabo su negociación, mandó un espreso á Rehiba por el camino de Bruselas ordenándole que regresase á Roma. Como ya no necesitaba usar el tono de moderacion que fingiera disfrazado con el carácter de mediador ni contener su indignacion contra Felipe, arrojó la máscara con osadía y cometió violencias que hacian inevitable el rompimiento. Hizo arrestar y encarcelar al enviado de España; escomulgó á los Colonnas, y despues de haber despojado del ducado de Paliana á Maria Antonio, jefe de aquella familia, dió aquel principado y los territorios que de él dependian á su sobrino el conde de Montorio. Enseguida hizo entablar contra Felipe una acusacion jurídica en pleno consistorio, por la cual aparecia que aquel príncipe, menospreciando la fidelidad y sumision que habia jurado á la santa sede de la cual recibiera la investidura del reino de Nápoles, no contento con conceder un asilo en sus estados á los Colonnas escomulgados y declarados rebeldes, les proporcionaba aun armas y se disponia á reunirlos para invadir el patrimonio de San Pedro; que semejante conducta de un vasallo era una traicion á su señor feudal y debia castigarse con la confiscacion del feudo. Por estos motivos el abogado del consistorio requirió al papa que tomase conocimiento de aquel asunto y señalase dia para oír las pruebas de la acusacion, esperando que su santidad haria justicia con una sentencia proporcionada á la enormidad del delito. Orgullosa Pablo con citar ante su tribunal á tal rey, consintió en la peticion del abogado; y como si le hubiese sido tan facil ejecutar una sentencia penal como pronunciarla, declaró que se pondria de acuerdo con los cardenales acerca de las

Año 1556.
Violentas disposiciones del papa contra Felipe.

17 de julio.

Año 1556 fórmulas que se requerian para un proceso de tanta importancia (1).

Supersticiosos escrúpulos de Felipe.

Pero mientras dejábase el papa llevar de la impetuosidad de su rencor, mostraba Felipe una moderacion extraordinaria. Enseñado á profesar profunda veneracion á la santa sede por los eclesiásticos españoles que tuvieron el encargo de dirigir su educacion, la edad habia robustecido aquel sentimiento en un ánimo sombrío, melancólico y naturalmente supersticioso. Luego que previó su rompimiento con el papa, la idea de tener que tomar las armas contra el vicario de Cristo, padre comun de los fieles, dióle tan violentos escrúpulos que consultó acerca de la legitimidad de aquella guerra á varios casuistas de España, los cuales acomodando con su ordinaria destreza la respuesta á las circunstancias, le aseguraron que habiendo usado de súplicas y reflexiones para hacer entrar en razon al pontífice, las leyes divinas y humanas le autorizaban, no solo para defenderse si le atacaban, sino aun para atacar cuando no hubiese otro medio de oponerse á los efectos de la violencia é injusticia de Pablo. Apesar de esta decision aun vacilaba Felipe, mirando como el mayor infortunio dar principio á su reinado con una guerra contra un pontífice cuya dignidad y ságrado carácter reverenciaba (2).

El duque de Alba abre la campaña contra el papa.

Entretanto el duque de Alba, que por consideracion á los escrúpulos de su señor hasta entonces negociara en vez de obrar, viendo porfin que Pablo estaba incesorable, y que todas las negociaciones y hasta las dilaciones solo servian para darle mas arrogancia, comenzó las hostilidades entrando en el territorio del es-

(1) Pallav. *lib. XIII*, 171.

(2) Ferrer. *Hist. d' Ep.* IX, 373. Herrera, I, 308.

tado eclesiástico. No pasaba su ejército de doce mil hombres, pero componíase de antiguos soldados, y lo mandaban los barones romanos que Pablo había destruido, de modo que suplió al número el valor de las tropas y la animosidad de los gefes que combatian por su propia causa y para recobrar sus bienes. Entretanto no llegaba de Francia socorro alguno. Rindiéronse varias plazas por la cobardía de sus guarniciones, cuyos soldados eran tan indisciplinados como inespertos sus oficiales; y los habitantes de otras, abrieron por sí mismos las puertas á sus antiguos señores. Asi el duque de Alba pronto se halló dueño de la campaña de Roma; pero, temiendo que recayese sobre él la acusacion de impiedad por invadir el patrimonio de la iglesia, tomó posesion de todas las plazas en nombre del sacro colegio, declarando que las abandonaria luego que se procediese á la eleccion de otro pontífice.

Los rápidos progresos de los españoles, cuyas tropas ligeras hacian frecuentes correrias hasta las mismas puertas de Roma, llenaron á la ciudad de consternacion; y apesar de su dureza y obstinacion tuvo Pablo que ceder á los temores é instancias de los cardenales, y envió diputados al duque de Alba para proponerle un armisticio. Mas al resolverse á semejante partido, esperaba sacar doble ventaja: calmar primero el terror de los habitantes de Roma, y ganar tiempo para que le llegasen los socorros que de la Francia esperaba. Admitió Alba las proposiciones del pontífice, pues sabia que Felipe deseaba ver terminada una guerra que solo con repugnancia emprendiera, al paso que, disminuido su ejército con todas las guarniciones que dejara en las ciudades, no se hallaba en estado de sostener la campaña sin nuevas levás. Firmóse pues una

Año 1556.
5 de setiembre.

Tregua entre el papa y Felipe.

Año 1556. tregua, primero por diez y luego por cuarenta dias; en cuyo tiempo una y otra parte hicieron proposiciones de paz, y continuaron las negociaciones que eran muy poco sinceras por parte del pontífice. Con la vuelta del cardenal sobrino á Roma, con una considerable suma que enviaba Henrique, la llegada de una division francesa y la esperanza de ser reforzado por otras que estaban en camino, mostróse Pablo mas inflexible que nunca, y su corazon solo respiró guerra y venganza (1).

(1) Pallavic. *lib. XIII*, 177. Thuan. *lib. XVII*, 588. *Mém. de Ribier*, II, 664.

HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

CARLOS V.

LIBRO DOCE.

MIENTRAS estas operaciones, ó por mejor decir estas intrigas traian ocupados al papa y á Felipe, deshízose en fin el emperador de los lazos que aun le unian á este mundo, y marchó al lugar de su retiro. Hasta entonces conservára la dignidad imperial; no porque no estaviese dispuesto á renunciarla, pues habiéndose despojado de la autoridad efectiva y casi absoluta de que gozaba en sus estados hereditarios, no era para él gran sacrificio abandonar la jurisdiccion limitada y muchas veces ideal que es inherente á una corona electiva. Con aquella dilacion solo procurára ganar algunos meses para probar con otra tentativa si podria ejecutar el proyecto que formára á favor de su hijo, y cuyo logro tanto ansiaba. Quanto mas convencido parecia estar Carlos de la vanidad de las cosas del mundo, renunciándolas no solo con indiferencia, sino tambien con desprecio; pensaba todavia su alma en aquellos vastos

Año 1556
Nueva tentativa de Carlos para cambiar la sucesion del imperio.

Año 1556 proyectos de ambicion que tanto tiempo absorbieran toda su atencion y su actividad. No podia resignarse á consentir que su hijo ocupase entre los príncipes de Europa un rango inferior al que él habia gozado. Ya algunos años antes habia hecho un esfuerzo inútil para asegurar á su hijo la corona imperial, esperando que la reunion de los reinos de España y de los dominios de la casa de Borgoña tal vez pondria á Felipe en estado de proseguir con mas ventaja los vastos planes cuya ejecucion le habian precisado á abandonar sus achaques: idea seductora que sin cesar alhagaba su imaginacion, y cuya ejecucion no podia resolverse sin pena á mirar como quimérica.

Enfrábase su proyecto. Apesar de la negativa que anteriormente le diera Fernando, repitió sus instancias, y alegó cuantas razones creyó mas poderosas para lograr que aquel príncipe cediese á Felipe la corona imperial, recibiendo como en equivalente la investidura de algunas provincias de Italia ó de los Países Bajos (1). Mas habiéndose Fernando manifestado inflexible entonces cuando las solicitudes del emperador iban apoyadas con toda la autoridad que acompaña al poder supremo, recibió con mas indiferencia y orgullo las proposiciones que le hacia su hermano en el voluntario abatimiento á que se habia reducido. Avergonzóse Carlos de haber tenido la debilidad de imaginarse que en su actual estado podria lograr lo que ya antes habia procurado en vano, y desistió por fin de su quimérico proyecto.

27 de agosto Dejó entonces el gobierno del imperio; y transfiriendo á su hermano el rey de romanos todos sus derechos de soberanía, en el cuerpo germánico, firmó para ello

(1) *Ambassades de Noailles, tom. V, p. 336.*

un acta revestida con todas las formalidades que tal accion cesigia, y lo puso en manos de Guillermo, príncipe de Orange, autorizándole para que lo presentase al colegio de los electores (1).

Año 1556.

Ya no quedaba ningun obstáculo que pudiese retardar la partida de Carlos al retiro que tanto anhelaba, y haciendo ya algun tiempo que todo estaba dispuesto para su viage, marchó á Zúitburgo en Zeclanda, lugar donde se debía reunir la escuadra. Pasó por Gante, donde se detuvo algunos días, entregándose á esa dulce y tierna melancolia que sienten todos los hombres en sus últimos años al encontrarse en el lugar de su nacimiento, y al volver á ver los objetos que en su juventud fueran el objeto de su interés. Prosiguió su camino acompañado de Felipe su hijo, de su hija la archiduquesa, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, de su yerno Maesimiliano y de un numeroso séquito de cortesanos flamencos. Antes de embarcarse, despidióse de toda su comitiva, dando á cada uno repetidas muestras de su estimacion y afecto. Abrazó á Felipe con toda la ternura de un padre que ve á su hijo por la vez postrera, y se hizo á la vela el 17 de setiembre escoltado por una flota considerable compuesta de buques españoles, flamencos é ingleses. Pidióle encarceidamente la reina de Inglaterra que descubriese en algun punto de sus estados para tomar descanso y darle el consuelo de verle aun una vez; pero negóse Carlos constantemente á semejante invitacion: « No puede ser, dijo, cosa agradable á una reina recibir la visita de un suegro que ya no es mas que un gentil hombre particular. »

Carlos parte
á España.

(1) Goldast *Constit. imper. pars 1, p. 576.*

Año 1556.
Llega a es-
paña.

Fué su viage feliz y agradable, y llegó á Laredo en Vizcaya el oncenno dia de su partida de Zeeland. Asi que puso el pie en tierra arrodillóse en la playa, y considerándose ya muerto para el mundo besó la tierra diciendo: «Madre comun de los hombres! desnudo «nací del seno de mi madre, desnudo volveré á entrar «en él.» De Laredo pasó á Burgos, ya llevado en una litera, ya conducido por sus criados en una silla, adelantando con mucho trabajo y sufriendo á cada paso agudísimos dolores. Acudieron á Burgos para obsequiarle algunos nobles españoles, pero eran tan pocos y tan frios y forzados sus homenajes, que Carlos lo notó, y por primera vez conoció que ya no era soberano. Acostumbrado desde su juventud á las distinciones sumisas y respetuosas que inspira el poder supremo, recibíralas con la credulidad propia de todos los príncipes, y tuvo la flaqueza de ofenderse al ver que solo á su rango habíase tributado los honores que él creyera se debian á sus calidades personales. Contodo pronto supo perdonar la inconstancia de sus vasallos y despreciar su negligencia; pero afligióle profundamente la ingratitud de Felipe que, olvidando ya cuanto debía á las bondades de su padre, le obligó á permanecer algunas semanas en Burgos, antes de recibir la primera mitad de una módica pensión, que era todo lo que de tantos reinos se habia reservado aquel príncipe. Como sin la cantidad que esperaba no podia dar á sus criados las recompensas que sus servicios merecian ó que les destinara su generosidad; no pudo abstenerse de manifestar su sorpresa y descontento (1). Pero pagóse en fin la pensión, y Carlos despachó mi-

(1) Strada, de Bell. Belg. lib. 1, p. 9.

chos de sus criados cuyo servicio le era inútil ó gravoso en su retiro, y pasó á Valladolid. Despidióse allí tiernamente de sus dos hermanas; pero no permitió que le acompañasen en su soledad; aunque ellas se lo pedían llorando, para tener el consueño, decían, de aliviar con sus desvelos sus dolencias, y sobre todo para recoger una útil instruccion uniéndose á él en los piadosos ejercicios á que queria consagrar los últimos días de su vida.

De Valladolid continuó su camino hacia Plasencia en Estremadura. Pasando en otro tiempo por aquella ciudad, gustárale en gran manera la hermosa situacion del monasterio de Yuste, perteneciente al orden de San Gerónimo y distante algunas millas de la plaza; dijo á algunas personas de su séquito que era aquel un lugar donde Diocleciano hubiérase retirado gustoso, y habíase grabado aquella impresion tan profundamente en su alma, que resolvió fijar allí su retiro. Estaba aquel convento situado en un valle de poca extension, regado por un pequeño arroyo, cercado de colinas, y sombreado por altos y frondosos árboles. Por la condicion del terreno y la temperatura del clima era la situacion mas saludable y deliciosa de la España. Algunos meses antes de su abdicacion habia Carlos enviado allí un arquitecto por edificar una habitacion para su uso; pero mandára espresamente que el gasto y estilo de aquella nueva fábrica fuese edecuada, no á su antigua dignidad, sino al oscuro estado que queria tomar. Construyéronse solamente seis aposentos, de los cuales cuatro tenían la forma de celdas, con las paredes desnudas; los dos restantes, de veinte pies cuadrados, estaban entapizados de una estofa oscura y amueblados con mucha sencillez. Este pequeño edificio,

Año 1556.

Lugar de su retiro.

- Año 1556. al nivel del suelo, comunicaba á un jardín cuyo plan trazara el mismo Carlos, llenándolo de varios vegetales que queria cultivar con sus propias manos. Al otro lado habia otra comunicacion con la capilla del monasterio, en la cual proponíase hacer sus ejercicios de devocion. En
- Año 1557. tan humilde morada, que apenas bastaria para alojar
24 de febrero. con comodidad un mero particular, entró Carlos acompañado solamente de doce criados. Allí enterró en la soledad y el silencio su ambicion y todos aquellos vastos proyectos que mas de medio siglo habian sembrado por la Europa la agitacion y la inquietud, infundiendo sucesivamente á todos los pueblos el terror de sus armas y el temor de verse subyugados por su poder (1).

Contraste
entre el proce-
der de Carlos
y el del papa.

El contraste que ofrecia entonces el proceder de Carlos y el del papa era tan palpable que lo echaron de ver los observadores menos atentos y perspicaces, y no era tan favorable á Pablo el cotejo. Veian en el primero á un conquistador nacido para reinar, acostumbrado de mucho tiempo al esplendor que acompaña al poder supremo y á los grandes intereses en que le empeñara una ambicion activa, dejar de repente el mundo en una edad no muy avanzada todavía, cuando sin descender del trono podia pasar en tranquilidad el resto de su vida, reservándose algun intervalo para dar descanso á su ánimo y recoger sus pensamientos. Pablo, al contrario, era un sacerdote que pasara los primeros años de su vida en la sombra de las escuelas y en el estudio de las ciencias especulativas, y que pareciera tan separado y enemigo del mundo como que voluntariamente habíase encerrado por muchos años en la soledad de un

(1) *Sandoz, lib II, p 667. Zuñiga, 110. Thuán, lib XVII, p. 669.*

claustró, no siendo elevado al trono papal hasta una vejez estremada; y sin embargo este hombre habia manifestado de repente toda la impetuosidad de la ambición de la juventud, y metiéndose en vastas empresas, para cuya ejecucion no habia temido sembrar las semillas de la discordia y atizar el fuego de la guerra en todos los ángulos de la Europa. Mas Pablo, sin hacer caso de la opinion y censura de los hombres, llevaba adelante sus designios con la arrogancia propia de su carácter, y aunque parecia que ya habia este traspasado los límites de la razon, con todo creció su violencia á la llegada del duque de Guisa á Italia.

Los dos príncipes de Lorena vieron cumplidos sus deseos y previsiones. El duque de Guisa obtuvo el mando del ejército destinado á marchar al socorro del papa y compuesto de veinte mil hombres de las mejores tropas que estaban al servicio de la Francia. Gozando de gran reputacion militar, nadie dudó que desplegaria de un modo brillante su valor y su pericia en una guerra á que él precipitaba su país casi con el solo objeto de abrirse una carrera de gloria, y era tan general aquella opinion que quisieron servir á sus órdenes en clase de voluntarios muchos nobles franceses que ningun mando tenian en el ejército. Pasó este los Alpes en una estacion rigurosa, y avanzó hácia Roma sin hallar oposicion en los españoles que, no siendo bastantes para dispersarse en diferentes puntos á la vez, habian reunido todas sus fuerzas en un solo cuerpo en las fronteras de Nápoles para defender aquel reino.

Cobrando ánimo con la venida de los franceses, soltó el papa las riendas á su rencor contra Felipe, que apesar de la natural violencia de su carácter, razones de prudencia le obligaran hasta entonces á contener en

El duque de Guisa obtiene el mando del ejército frances en Italia.

El papa vuelve á empezar las hostilidades contra Felipe. 12 de febrero.

Año 1557. ciertos límites. Nombró comisarios autorizados para fallar en el proceso que empezara contra Felipe el abogado del consistorio, á fin de probar que habia perdido sus derechos á la corona de Nápoles al tomar las armas contra la santa sede de quien era vasallo. Llamó á todos los nuncios residentes en las cortes de Carlos Quinto, de Felipe y de sus aliados, accion cuyo principal objeto era mortificar al cardenal de La Pole, legado suyo en la de Inglaterra. Ni el distinguido mérito de aquel prelado que con buen efecto trabajara por reconciliar la Inglaterra con la iglesia romana, ni la esperanza de los servicios que aun podia prestar pudieron librarle del resentimiento que escitara por su celo y esfuerzos en restablecer la paz entre la casa de Austria y la Francia. Mandó Pablo se hiciese una adición á los anatemas que todos los años se lanzaban en Roma el jueves santo contra los enemigos de la iglesia, y promulgó la censura de excomunion contra los autores de la última invasion de los dominios eclesiásticos, cualesquiera que fuesen su rango y dignidad; y de consiguiente ya al siguiente suprimiéronse en la capilla papal las ordinarias rogativas por el emperador (1).

Pero, mientras se entregaba el pontífice á semejantes demostraciones de su furor por cierto estrañas y pueriles, desentendaba ó quizas no se hallaba en estado de tomar disposiciones capaces de hacer su rencor positivamente temible y funesto á sus enemigos. Al entrar en Roma fué el duque de Guisa recibido con una pompa triunfal que mas propia hubiese sido de la vuelta de una campaña gloriosa que del principio de una espelicion cuyo éesito era todavia bien incierto; pero no en-

(1) Pallav. *lib. XFIII*, 180. *Mém. de Ribier*, II, 678.

contró aquel general tan adelantados los preparativos de guerra como lo esperaba y se lo habia prometido Carralla. Eran las tropas pontificias muy inferiores en número á lo que se estipulara, no habia suficientes almacenes para asegurar su manutencion, y el erario carecia de fondos para pagar su sueldo. Fieles á la prudente máxima que las desgracias de su república les hicieran adoptar en otro tiempo, y que habia llegado á ser un principio fundamental de su política, declararon los venecianos resueltamente que observarian la mas exacta neutralidad, y no tomarian parte en las querrelas de príncipes que tanto les escedian en poder. Los demas estados de Italia ó formaron una liga manifiesta á favor de Felipe, ó en secreto procuraron el triunfo de sus armas contra un pontífice cuya ambicion inconsiderada habia otra vez convertido á la Italia en campo de batalla.

Viendo el duque de Guisa que cargaria sobre él todo el peso de la empresa, aunque tarde conoció cuan imprudente era contar con el auxilio de débiles aliados para el cumplimiento de sus vastos designios. Impulsado sin embargo por la activa impaciencia del papa y por el deseo de llevar á cabo lo que con tanta confianza comenzára, marchó á Nápoles y principió sus operaciones. Pero el éxito de sus primeros hechos no fué cual de su celebridad se aguardaba, ni cual correspondia á las esperanzas que de su pericia se concebieran, ni á lo que él mismo habia prometido. Abrió la campaña con el sitio de Civitella, ciudad de bastante consideracion en la frontera del reino de Nápoles, pero el obstinado brio con que defendió la plaza el gobernador español frustró todos los impetuosos esfuerzos del valor francés, y obligó al duque de Guisa á reti-

Operaciones
del duque de
Guisa.

Año 1557. rarse vergonzosamente tras un sitio de tres semanas. Procuró horrar semejante mancha avanzando denodadamente hácia el campo del duque de Alba, á quien presentó batalla; pero conociendo este prudente general cuan ventajoso es permanecer en la defensiva contra un enemigo invasor, evitó el combate y se mantuvo en sus atrincheramientos, siguiendo este plan con la constancia de un castellano, y eludiendo con mucha habilidad todos las estratagemas de que se valió el de Guisa para empeñarle en una accion general (1). Entretanto las enfermedades diezaban el ejército francés; habiábase suscitado violentas disputas entre el general y el gefe que mandaba las tropas romanas; los españoles renovaban sus correrías en el estado eclesiástico, y viendo el papa que en vez de las conquistas y triunfos que esperaba ni aun en su territorio podía librarse del saqueo é incursiones enemigas, comenzó á quejarse y hablar de paz. Desesperado el duque de Guisa de desempeñar un papel tan indigno de su persona, no solo pidió á la corte que reformasen su ejército ó lo mandasen retirar, sino que tambien requirió al papa que llenase sus obligaciones al paso que, ya llenándole de reproches, ya amenazándole, instó al cardenal Caraffa á que cumpliese sus magníficas promesas, en las cuales confiado habia incitado al rey su señor á romper la tregua de Vancelles y aliarse con el papa (2).

Hostilidades
en los Países
Bajos.

Mientras tomaban tan mal aspecto los asuntos de los franceses en Italia, pasó en los Países Bajos un suceso inesperado que sacó al duque de Guisa de un lugar en que podia adquirir gloria alguna, elevándole al

(1) Herrera, *Vida de Felipe*, 181.

(2) Thuan, *lib. XXVIII*, p. 614. Pallavic. *lib. XIII*, p. 181. Bucuet, *lib. II*, *app. 5.7.*

cargo mas importante y honroso de que pudiera revestirse á un vasallo. Luego que manifestaron los franceses su intencion de romper la tregua de Vancelles no solamente enviando un ejército á Italia, sino tambien procurando sorprender algunas ciudades fronterizas de Flandes; aunque dispuesto á evitar un rompimiento resolvió Felipe proseguir la guerra con vigor, y probar á sus enemigos que no se habia engañado su padre Carlos al juzgarle digno de empuñar las riendas del gobierno. Como sabia que Henrique hiciera grandes gastos para levantar el ejército del duque de Guisa, y que todos los recursos de su hacienda apenas bastarian para cubrir las continuas y enormes atenciones de una guerra lejana; conoció que todas las operaciones de los franceses en los Países Bajos serian por necesidad flojas, y no se considerarían sino como inferiores á las de Italia. Tomó pues la sabia resolucion de dirigir sus principales esfuerzos contra la parte donde siendo los mas débiles los franceses podrian ser atacados con mas ventaja. A este fin reunió en los Países Bajos un ejército de unos sesenta mil hombres, y en aquella ocasion secundaron los flamencos todos sus maros con el celo solícito y activo que demuestran ordinariamente los pueblos para ejecutar las voluntades de un nuevo soberano. Pero Felipe, que ya en su mocedad mostraba gran prudencia y sagacidad, para el logro de su plan no se fió unicamente en la fuerza de ejército tan formidable.

Hacia algun tiempo que discurría en los medios de lograr que el rey de Inglaterra abrazase su partido. Aunque aquel monarca hallábase claramente interesado en guardar exacta neutralidad, aunque la misma nacion conociese todas las ventajas que aquella le acarrearía, y apesar de saber Felipe que su nombre era

Procura Felipe empeñar á los ingleses en aquella guerra.

Año 1557. odioso á los ingleses y que manifestarian estremada repugnancia á ayudarle en la ejecución de una empresa cualquiera que fuese, no desesperó sin embargo de su proyecto. Contaba con la ternura que le profesaba la reina y no habia menguado con la frialdad y descuido de su proceder, pues estaba seguro de la ciega confianza que tendria en sus opiniones aquella princesa, y de la solicitud en que procuraria satisfacerle. Para poner en ejecución estos medios con mas facilidad y efecto, partió al punto á Inglaterra.

La reina, que durante la ausencia de su marido habíase solo consumido en el mayor abatimiento, cobró aliento al volverle á ver, y sin consultar ni el interés ni la opinión de sus pueblos aprobó con fervor cuantos proyectos le propuso. En vano su consejo privado le espuso cuan imprudente y arriesgado era comprometer á la nacion en una nueva guerra; en vano le recordaron los solemnes tratados que unian á la Inglaterra con la Francia y no podian violarse por ningún protesto; seducida María por las caricias de Felipe, ó tal vez intimidada por las amenazas valido de su ascendiente usaba á veces con ella su esposo, fue insensible á cuanto pudo oponerse á su resolución, é insistió con la mayor firmeza en declarar al punto la guerra á la Francia. Aunque habia Felipe cebado mano de toda su astucia y María de su autoridad para ganar ó imponer al consejo privado, este resistió por mucho tiempo, y si al fin cedió no fue por convicción sino por para deferencia á la voluntad de la reina. Declaróse pues la guerra á la Francia, y es quizás la única que los ingleses hayan emprendido con repugnancia. No ignorando María cuan opuesta estaba la nacion á semejante paso, no se atrevió á convo-

20 de junio.

car un parlamento para obtener subsidios, y supliéndolos con un abuso de sus prerrogativas, de su propia autoridad impuso fuertes contribuciones á sus vasallos. Con semejante socorro hallóse en estado de reunir una division considerable y de enviar ocho mil hombres mandados por el conde de Pembroke para juntarse con el ejército de Felipe (1).

Como no ambicionaba este gloria militar, dió el mando de su ejército á Manuel Filiberto, duque de Saboya, y fijó su residencia en Cambrai, para poder saber con mas prontitud todos sus movimientos y ayudarle con sus consejos. Abrió el duque la campaña con un rasgo de pericia que justificó la eleccion de Felipe, y manifestó un talento tan superior á los generales franceses que casi ya no se dudó de su victoria en sus posteriores operaciones. Señaló para punto de reunion general de las tropas un parage muy distante del pais en que se proponia hacer la guerra; y despues de haber tenido inciertos por algun tiempo á sus enemigos acerca de sus intenciones, engañólos al fin tan completamente con la indecision de sus marchas y contramarchas, que juzgaron que su proyecto era atacar la provincia de Champaña y procurar por aquel lado penetrar en Francia. Asi el ejército frances se dirigió hácia aquella provincia; reforzáronse las guarniciones disminuyendo las de las otras plazas fronterizas hasta el extremo de no dejar en ellas suficientes tropas para defenderlas en caso de verse atacadas.

Viendo Manuel el buen éxito de sus maniobras, torció de repente hácia la derecha, avanzó á marchas rápidas á la Picardía, destacó á delante su caballería

Operaciones
del ejército de
Felipe en los
Países Bajos.

Pone sitio á
San Quintin.

(1) Carte, vol III, p. 337.

Año 1557.

que era numerosa, y puso sitio á San Quintin. Aquella plaza, que se consideraba fortísima, era de mucha importancia porque entre ella y Paris habia muy pocas ciudades fortificadas. Sin embargo habíanse descuidado sus obras; la guarnicion, de la cual parte habia sido destacada á la Champaña, no contaba el número de soldados necesario para sostener un sitio, y el gobernador, aunque valiente y de mucha experiencia, no tenia ni el rango ni la autoridad que requería el mando de una ciudad tan considerable atacada por tan temible ejército. Algunos días hubieran bastado al duque de Saboya para apoderarse de San Quintin, si el almirante de Coligny, que creia importaba á su honor el conservar á su país una plaza situada en la provincia que mandaba, no hubiese tomado la valerosa resolución de echarse dentro de ella en persona con cuantas tropas pudo reunir; y efectivamente aunque parte de su destacamento fué interceptado pasó á través del ejército enemigo, y entró en la ciudad. Debió sin duda de reanimar á los soldados la inesperada llegada de un oficial tan distinguido por su rango y celebridad, y que se habia espuesto á tan inminente riesgo para reunirse á la guarnicion. Empleáronse cuantos medios pudieron sugerirle á Coligny sus talentos y su experiencia en el arte de la guerra, ya para fatigar á los sitiadores, ya para poner á la plaza en estado de defenderse vigorosamente. Uniéronse los habitantes á los soldados, y secundando con igual entusiasmo los esfuerzos de Coligny, parecia estaban resueltos á sostenerse hasta el último apuro, y á sacrificarse por el honor y la salvacion del reino (1).

(1) Thuan. lib XIX, p. 647.

Reunido el duque de Saboya con los ingleses mandados por el conde de Pembroke, proseguía el sitio con el mayor vigor, y los ataques de ejército tan numeroso y bien previsto, por necesidad eran terribles y ventajosos contra una guarnicion harto corta para que ni siquiera se atreviese á intentar turbar ó retardar con salidas las operaciones de los sitiadores. Conociendo el almirante el urgente riesgo que á la ciudad amenazaba, y la imposibilidad de defenderse por mas tiempo, participó al condestable de Montmorency su tío, que mandaba el ejército frances, indicándole al mismo tiempo un medio de socorrer á los sitiados. Convencido el condestable de la importancia de una plaza, cuya pérdida abriría á los enemigos un camino para el corazon del reino, y deseando vivamente sacar á su sobrino de la peligrosa situacion en que le pusiera su celo por el bien público, resolvió probar lo que le proponia Coligny arrojando cuantos riesgos á ello se opusiesen. A este objeto avanzó de la Fere á San Quintin al frente de su ejército que no llegaba á la mitad del español; confió el mando de una division escogida á Andelot, hermano de Coligny y coronel general de la infanteria francesa, y le mandó que entrase en la plaza por un camino que el almirante habia presentado como muy practicable, mientras él á la cabeza del grueso del ejército atacaria por otro lado el campo de los enemigos, y procuraria llamar allí toda su atencion. Ejecutó Andelot su comision con mas valor que prudencia; precipitaronse sus soldados sobre el enemigo con ciega impetuosidad, y aunque desbarataran á la primera division que se opuso á su paso, pronto se introdujo la confusion en sus filas, y cayendo sobre ellos nuevas tropas que les cercaban por todas partes, la mayor fue-

Año 1557.
Los franceses socorren á San Quintin.

Año 1557. ron destrozados; pero Andelot con unos quinientos de los mas intrépidos y afortunados logró entrar en la ciudad.

Batalla de
San Quintin.

Sin embargo habiéndose el condestable visto obligado para la ejecucion de su plan á avanzar tan cerca del campo de los sitiadores, que se halló en la imposibilidad de retirarse con seguridad delante de un enemigo tan superior en número; pronto notó el duque de Saboya la falta de Montmorency, y con la pericia y presencia de ánimo de un gran capitán preparóse para aprovecharse de ella. Al punto formó su ejército en órden de batalla, y espiando el momento en que empezarian los franceses á desfilár hácia la Fere, destacó toda su caballería á las órdenes del conde de Egmont para que se echare sobre su retaguardia, mientras él avanzaria al frente de la infantería para sostener el ataque. Principiaron los franceses su retirada con el mejor órden y continente; pero luego que vieron que avanzaba contra ellos el conde de Egmont con una formidable division de caballería cuyo choque no podian sostener, cundió general consternacion en el ejército al aspecto de tan inminente peligro y con la poca confianza que les inspiraba su general, cuya imprudencia conocia entonces hasta el último soldado. Empezaron los franceses á apresurar el paso, y las tropas de la retaguardia tanto empujaron á las que les precedian, que pronto su marcha mas bien pareció derrota que retirada. Observando Egmont aquel desórden, cargólos con la mayor furia, y en un momento cejó y huyó precipitadamente toda la geardarmaria que era entonces el orgullo y la fuerza de los ejércitos franceses. Entretanto continuaba en buen órden su retirada la infantería, á quien mantenía alrededor de sus banderas la presencia y la

Los franceses
son derrotados.

autoridad del condestable; pero haciendo Egmont avanzar algunos cañones que dirigió contra su centro, introdujo en sus filas el desorden y la confusion, de manera que volviendo entonces la caballeria á la carga, rompió los batallones y se hizo general la derrota. Quedaron en el campo de batalla unos cuatro mil franceses, entre los cuales contóse al duque de Engbrien, príncipe de la sangre real, y seiscientos nobles. Viendo el condestable que no habia ninguna esperanza de evitar ú aquella desgracia, resolvió no sobrevivir á tan funesto desastre que motivó su imprudencia, precipitóse á lo mas espeso de los batallones enemigos para perecer lidiando, y recibió una peligrosa herida; debilitado por la pérdida de su saagre, rodeáronle algunos oficiales flamencos que le conocian, y salvándole del furor de los soldados le obligaron á rendirse. Cayeron tambien prisioneros los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Saint-Andre, muchos oficiales distinguidos, trescientos caballeros y unos cuatro mil soldados, quedando en poder de los vencedores todas las banderas de la infanteria, todas las municiones de guerra y toda la artilleria, excepto dos cañones, al paso que su pérdida no pasó de unos ochenta hombres (1).

Aquella victoria, no menos fatál á la Francia que las antiguas batallas de Crecy y de Azincourt ganadas por los ingleses en el mismo sitio, se parecia tambien á estas por la prontitud de la derrota, por la imprudencia del general, por el gran número de gefes muertos ó prisioneros, por la ligera pérdida de los vencedores, y por la consternacion que esparció por toda la

Primeros efectos de aquella batalla.

(1) Tbuau. 650. Harcei *Annal. Brabant. II*, p. 692. Herrera, 291.

Año 1557. Francia. Retirándose precipitadamente al interior del reino muchos habitantes de París, tan espantados como si el enemigo estuviese á las puertas de la ciudad. Con sus exhortaciones y su presencia procuró el rey consolar y animar á los restantes, y haciendo reparar con la mayor actividad las arruinadas fortificaciones de la plaza, preparóse para defenderla contra el ataque que esperaba. Felizmente para la Francia la timidez de Felipe y la fatal empresa del almirante de Coligny concurren no solo á librar á la capital del peligro que la amenazaba, sino tambien á dar á los franceses un corto intervalo, durante el cual pudieron reponerse del espanto y abatimiento en que los puso tan funesto é inesperado contratiempo, al paso que aprovechólo Enrique para proveer á la seguridad de su reino con disposiciones enérgicas y dignas del soberano de una nacion guerrera y poderosa.

Felipe pre-
séntase al ejér-
cito.

Inmediatamente despues de la batalla acudió Felipe al campo delante de San Quintín, donde le recibieron con toda la pompa de un triunfo militar. Tales fueron los transportes de júbilo que le ocasionó aquella victoria, que tanto esplendor daba al principio de su reinado, que suavizóse por algun tiempo su carácter orgulloso y severo, y vióse en sus maneras una cortesania que no le era propia. Accrécandosele el duque de Saboya, y queriendo ponerse de rodillas para besarle la mano, recibióle Felipe en sus brazos, y estrechándole con ternura: « Yo soy quien debo, le dijo, besar vuestras manos, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre nos cuesta. »

Sus delibera-
ciones acer-
ca de conti-
nuar la guerra.

Terminados los regocijos y felicitaciones por la llegada de Felipe, celebróse un consejo de guerra donde se deliberó lo que se debía hacer para sacar de la vie-

teria el mejor partido. Apoyado por los gefes mas hábiles que se formaron en la escuela de Carlos V, fue el duque de Saboya de opinion que al punto se levantase el sitio de San Quintin, cuya rendicion no era un objeto digno de ocupar al ejército, y se marchase á Paris, fundando su dictámen en que no habia division alguna que pudiese oponerse á su marcha ni plaza fuerte que la retardase, y en que podian aprovecharse del pasmo y terror que inspirara á la poblacion la derrota del ejército francés para llegar sin obstáculo á la capital y apoderarse de ella sin resistencia. Menos osado ó mas prudente que sus generales, prefirió Felipe una ventaja moderada, pero cierta, á una expedicion mas brillante y de mas dudoso resultado. Espuso á su consejo los inmensos recursos de la Francia, el valor y espíritu belicoso de la nobleza de aquel reino y su amor á sus monarcas, la prodigiosa ventaja que tendrian peleando en su propia patria, y la inevitable ruina á que se esponia el ejército español internándose temerariamente en un pais enemigo, antes de haberse asegurado una comunicacion que facilitase y protegiese su retirada si un contratiempo le obligaba á retroceder. Por estas consideraciones fué su dictámen que se continuase el sitio de San Quintin, y sus generales desirieron á su parecer como que ademas creian verse dueños de la ciudad en pocos dias, mirando aquel retardo como una pérdida de tiempo no trascendental para la ejecucion de su proyecto y facil de reparar redoblando la actividad (1).

Efectivamente parecia que justificaba los cálculos de los generales de Felipe el mal estado de las fortifica-

Defensa de
San Quintin
por el almirante
de Coliga y

(1) Belcar. *Comment de reb. Gallie*. 901.

Año 1557. ciones y el escaso número de tropas que componian la guarnicion, y que ya no debian esperar socorro ni refuerzo; mas al hacer sus combinaciones no habian parado su atencion en el carácter del almirante de Coligny que mandaba la plaza. Valor intrépido y sereno en medio de los mayores peligros, imaginacion fecunda en recursos, genio que parecia elevarse y adquirir nueva fuerza con los infortunios, talento de subyugar los ánimos y de conservar su ascendiente aun en las mas delicadas y apuradas circunstancias, he aqui las prendas que distinguian á Coligny y lo hacian superior á todos los generales de su siglo. Convenian estas calidades á la situacion en que se hallaba; y como conocia la importancia infinita de cada minuto para su pais en tan crítica coyuntura, con toda la actividad de que era capaz procuró prolongar el sitio é impedir que el enemigo acometiese alguna empresa mas peligrosa para la Francia. En efecto defendió la plaza con tanta perseverancia y habilidad, supo infundir á la guarnicion tanta paciéncia y valor, que duró el sitio diez y siete dias, apesar de que lo estrechaban con el mayor vigor, españoles, flamencos é ingleses reunidos, cuyo ardor crecia con los estímulos de la emulacion nacional. Tomóse en fin la ciudad por asalto, y Coligny, cediendo al número, fue hecho prisionero en la brecha.

La plaza es tomada por asalto.

27 de agosto
Disposiciones
de Henrique
para defender
el reino.

Supo Henrique sacar partido del intervalo que le proporcionó la obstinada defensa del almirante. Nombró oficiales que recogiesen los diseminados restos del ejército del condestable; espidió órdenes para que se hiciesen levas en todos los puntos de la Francia; llamó á las armas toda la nobleza de las provincias fronterizas y le mandó que se reuniera al duque de Nevers en Picardia; hizo venir la mayor parte de las

aguerridas tropas que servian en **Piamonte** á las órdenes del mariscal de **Brissac**; despachó continuos correos al duque de **Guisa** instándole que al punto viniese con todo su ejército á defender el reino; envió un comisionado al **Gran Señor** solicitando la cooperacion de la escuadra otomana y un empréstito; espidió otro á **Escocia** escitando á los escoceses á probar una invasion en el norte de la **Inglaterra**, para que precisada **Maria** á fijar su atencion en aquella parte no pudiese dar refuerzos al ejército de **Felipe**; y en fin en el entusiasmo de sus vasallos halló poderosos socorros que secundaron sus proyectos. La ciudad de **Paris** le concedió un don gratuito de trescientas mil libras; todas las grandes plazas del reino imitaron la generosidad de la capital y contribuyeron con proporcion á sus facultades, y muchos caballeros de distincion ofrecieron defender á sus costas las que mas espuestas se hallaban á los ataques del enemigo. Y no se limitó á las solas corporaciones aquel celo por el bien público, sino que cundió por todas las clases de la sociedad, y cada individuo apareció dispuesto á desplegar tanta energia como si el honor del rey y de la seguridad del estado dependiesen de sus esfuerzos personales (1).

No ignoró **Felipe** ni las sabias disposiciones que tomaba el rey de **Francia** para la seguridad de sus estados, ni el entusiasmo que manifestaban los franceses para defenderse; y conoció, aunque tarde, que dejó pasar una ocasion que ya no volvería á presentarse, al paso que ya no se debía pensar en penetrar hasta el corazon de aquel reino. Abandonó pues, un plan que por demasiado atrevido y peligroso no se adoptaba á

Felipe sacó poco fruto de la victoria de San Quintín.

(1) *Mém. de Ribier*, II, p. 701, 703

Año 1557. la circunspeccion de su carácter, y durante el resto de la campaña empleó su ejército en los sitios de Ham y de Catelet, de que pronto se apoderó. La conquista de aquellas dos pequeñas plazas y la adquisicion de San Quintin fueron los únicos frutos que sacó de una de las mas decisivas victorias que se hubiesen ganado en aquel siglo. Sin embargo pareció que continuaba Felipe embriagado por su triunfo; y como todos sus sentimientos encaminábanse siempre á la supersticion, en memoria de la batalla de San Quintin que se ganó el dia de la festividad de San Lorenzo, hizo voto de edificar una iglesia, un monasterio y un convento consagrados á aquel santo. Antes de que espirase el año, en el Escorial, parage cercano á Madrid, eebó los cimientos de un edificio que reunia los tres objetos de su voto; y el mismo principio que lo dietara presidió en su ejecucion, pues construyóse la fábrica en forma de unas parrillas que, segun el legendario, fueron el instrumento del martirio de San Lorenzo. Apesar de ser tantos los vastos y costosos proyectos á que arrastró á Felipe su ambicion, trabajó con tanta perseverancia por espacio de veinte y dos años en concluir aquel edificio, sacrificó tanto dinero á aquel monumento de su vanidad y devocion, que dejó enfia á los soberanos de España una casa real que ciertamente, si no la mas elegante, es alomenos la mas suntuosa y magnífica de Europa (1).

El ejército
frances deja la
Italia.

El correo que Henrique despachó al duque de Guisa fué quien trajo la primera noticia del funesto revés que sufrieron los franceses en San Quintin. Como aun con el auxilio de las tropas francesas apenas podia el

(1) Colmezar, *Annales d'Espagne*, tom. II, p. 136.

papa contener los progresos de las armas españolas, fácil le fué conocer que cuando careciese de la protección de sus auxiliares al punto serian invalidos sus dominios. Por consiguiente hizo las mas enérgicas exposiciones contra la partida del ejército frances; echó en cara al duque de Guisa las faltas que le ponian en tan infeliz situación, y se quejó amargamente de que con tan poca generosidad le abandonase Henrique en tal peligro. Mas eran terminantes las órdenes que recibiera el de Guisa, y apesar de su carácter inflexible tuvo Pablo que obrar conforme al estado de sus cosas, empleando la mediacion de los venecianos y de Cosme de Médicis para obtener la paz. Felipe, que apesar suyo habíase visto obligado á romper con el papa, y que aun en medio de sus victorias dudaba tanto de la justicia de su causa que hizo frecuentes proposiciones de paz, acogió solícito las primeras declaraciones de Pablo, y manifestó en sus demandas una moderacion que no se debiera esperar de un príncipe tan orgulloso con sus triunfos.

Avistáronse en Cavi el duque de Alba, plenipotenciario de Felipe, y el cardenal Caraffa, encargado de los poderes de Pablo; y como ambos estaban igualmente dispuestos á la paz, tras una corta conferencia terminaron sus cuestiones con un tratado cuya base eran las condiciones siguientes: Pablo rompía su liga con la Francia, y se obligaba en lo sucesivo á observar la neutralidad que convenia al padre comun de los cristianos; prometia Felipe restituir al punto todas las plazas del estado eclesiástico de que se habia apoderado; debian someterse á la decision de la republica de Venecia las pretensiones que tenia Caraffa al ducado de Paliano y á los demas dominios de los Colonnas; finalmente el du-

Tratado de
paz entre el
papa y Felipe.

Año 1557. que de Alba pasaria á Roma en persona, y despues de pedir perdon á Pablo en nombre de su rey en el soyo de haber invadido el patrimonio de la iglesia, recibiria la absolucion de aquel crimen. De este modo por la escrupulosa timidez de Felipe puso Pablo fin á una guerra fatal para él sin que resultase perjudicada la santa sede. Humillóse el conquistador y reconoció su falta, al paso que el vencido, conservando su acostumbrado orgullo fué tratado con todas las demostraciones de superioridad (1).

Conforme á las condiciones del tratado fué el duque de Alba á Roma, y en la postura de un suplicante besó los pies é imploró la misericordia de aquel á quien sus armas redujeron á los últimos apuros. Tanta era la veneracion escrupulosa que profesaban los españoles al carácter papal, que aunque era el duque el hombre mas orgulloso de su siglo, y estaba desde su niñez acostumbrado á vivir familiarmente con los príncipes, confesó que al acercarse al pontífice hallóse tan intimidado que le faltó la voz y le abandonó su presencia de ánimo (2).

Devuelve
Felipe Plasencia
á Octavio
Farnesio.

Aunque terminárase sin ocasionar cambio alguno en los estados que fueran su inmediato objeto á aquella guerra, que en su origen tanto prometia, tuvo con todo muy importantes consecuencias en otras partes de la Italia. Descando vivamente Felipe acabar lo mas pronto posible su querrela con Pablo, estaba pronto á hacer todos los sacrificios necesarios para atraer á su partido los príncipes que, uniendo sus tropas á las del papa y de los franceses, pudiesen prolongarla. A este fin entabló una negociacion con Octavio Farnesio, du-

(1) Pallav. *lib. XIII*, p. 183. Fra-Paolo, 38o. Herrera, *vol. I*, p. 310.

(2) Pallav. *lib. XIII*, p. 185, Saumonte, *Istoria di Napoli*, t. IV, p. 280.

que de **Parma**; y para lograr que rompiese su alianza con los franceses, devolvióle la ciudad de **Plasencia** y su territorio, país de que se apoderara **Carlos Quinto** en **1547**, conservándolo desde entonces y transmitiéndolo á su hijo con sus demas posesiones.

Año 1557.

Con semejante accion dejó **Felipe** que trasluciese su carácter y sus miras **Cosme de Médicis**, el mas intrigante y el mas hábil de todos los príncipes de **Italia**, que supo aprovechar semejante descubrimiento y concibió la esperanza de ver en fin realizado su plan favorito, reunir **Siena** con su territorio á los dominios que poseia en **Toscana**. Como el éxito de semejante empresa dependia enteramente de la sagacidad con que se dirigiese, empleó todos los artificios de la política en la negociacion que para ello entabló. Comenzó pidiendo á **Felipe**, cuyo erario sabia muy bien se hallaba agotado con los gastos de la guerra, el reembolso de las crecidas sumas que habia prestado al emperador durante el sitio de **Siena**; y procurando aquel eludir una demanda que no podia satisfacer, mostróse **Cosme** muy descontento, y sin ocultar su disgusto envió á su embajador en **Roma** instrucciones para entablar con el papa una negociacion que parecia consecuencia de la negativa de **Felipe**. Cumplió el embajador aquella comision con tanta destreza, que creyendo el pontífice que **Cosme** estaba absolutamente separado de los intereses de la **España**, le propuso una alianza con la **Francia**, que podria cimentarse casando su primogénito con una de las hijas de **Heorique**. Recibió **Cosme** semejante declaracion aparentando una satisfaccion verdadera y con tantas protestas de agradecimiento á la honorífica distincion que se le ofrecia, que no solo los ministros del papa, sino aun el enviado de

Medios de que se vale **Cosme de Médicis** para obtener la posesion de **Siena**.

Año 1557. Francia residente en Roma hablabao ya sin reserva de la adquisicion de tan importante aliado como de asunto cierto y concluido. Pronto lo supo Felipe; y Cosme que ya habia previsto cuanta inquietud le causaria al monarca, enviára á los Países Bajos su sobrino Luis de Toledo para que pudiese observar su consternacion, y sacar partido de ella antes que pasase la impresion primera. Acertado anduvo tambien en la eleccion del que para aquel objeto empleaba. Luis de Toledo esperó con paciencia tener pruebas seguras de que habian ya llegado los detalles de las negociaciones de Cosme en Roma; y convencido de que semejante noticia llenaria de temor y envidia el ánimo suspicaz de Felipe, pidió una audiencia, y en términos los mas precisos y enérgicos requirió el reembolso del dinero prestado al emperador. Insistiendo en esta reclamacion, soltó á drede algunas palabras obscuras y equívocas de claraciones acerca de lo que talvez haria Cosme, si á tantos motivos que de quejarse tenia, se agregaba la negativa de tan justa demanda.

Feliz resultado de sus negociaciones.

Pasmado Felipe del tono que usaba con él un príncipe de tan poca consideracion como un duque de Toscana, y comparando lo que oia con las noticias que recibia de Italia infirió al punto que no se hubiera atrevido Cosme á aventurar una proposicion tan estraña y audaz, á no alentarle la esperanza de su union con la Francia. Para impedir que el papa y Henrique adquiriesen un aliado que por sus talentos y por la situacion de sus estados daria á su confederacion mas consideracion y fuerza, ofreció que concederia á Cosme la investidura de Siena, si queria recibirla como un equivalente de las cantidades que se le debian, obligándose al mismo tiempo á levantar una division para defender los do-

minios del rey de España en Italia contra cualquier pujanza que quisiese atacarlos. Luego que hubo Cosme conducido á Felipe á tan importante punto, objeto de todas sus intrigas y artificios, no cuidó de prolongar la negociacion con detalles inútiles ó con un exceso de habilidad; sino que aceptó solícito la proposicion de Felipe que, á pesar de las representaciones de sus mas hábiles consejeros al punto firmó el tratado (1).

Como nunca hubo príncipe mas celoso de sus derechos que Felipe, y menos dispuesto á despojarse de un territorio que estuviese poseyendo, cualquiera que fuese el título de semejante posesion; es por cierto extraño que tan gratuitamente cediese á los duques de Parma y Toscana provincias, para cuya adquisicion ó conservacion empleó su padre tantos años, hizo derramar tanta sangre y gastó tanto dinero, al paso que tan extraordinarias concesiones solo pueden explicarse atribuyéndolas á un supersticioso deseo de libertarse de una guerra que con pesar suyo sostenia contra el papa. Con estos tratados quedó establecido el equilibrio de poder entre los príncipes de la Italia con mas solidez é igualdad que nunca tuviera todavia desde el violento golpe que sufrió con la invasion de Carlos VIII. Aquel fue el período en que la Italia cesó de ser el gran teatro donde los soberanos de España, Francia y Alemania disputábase á porfía la preeminencia de la gloria y la pujanza. No que sus querellas y sus hostilidades no fuesen entanto tan frecuentes y encarnizadas como antes; pero, como las promovian nuevos objetos, hicieron correr la sangre en otras regiones de

(1) Thuan. lib. XVIII, p. 624, Herrera, 1, 203, 375 Pallav. lib. XIII, p. 180.

Año 1557. la Europa, que á su vez sufriesen todo el rigor y desgracia de la guerra.

29 de setiembre.

Acogida del duque de Guisa en Francia.

Salió de Roma el duque de Guisa el mismo día en que su adversario el de Alba tan bajamente se humilló al pontífice. Fué en Francia recibido como el salvador del reino, y parecia que se olvidaran enteramente sus últimos reveses en Italia, al paso que afectadamente se cesageraban sus antiguos servicios, en particular la defensa de Metz. Todas las ciudades por donde pasó acogiéronlo como restaurador de la pública seguridad, que despues de haber con su prudencia y valor detenido las victoriosas armas de Carlos Quinto regresaba á la voz de la pátria para atajar los temibles progresos del poder de Felipe. Tambien Henrique le recibió de un modo el mas lisongero y honroso, inventó nuevos titulos y creó nueyas dignidades para distinguirle y recompensarle. Fué nombrado lugarteniente general en jefe en el interior y exterior del reino con autoridad casi ilimitada y poco inferior á la que podia ejercer el mismo rey. Asi por una felicidad singular que asistia á la fortuna de los príncipes de Lorena, aun el mal écsito en sus empresas contribuyó á su engrandecimiento; y asi por las desgracias de la Francia y errado proceder del condestable su rival vióse el duque de Guisa elevado á un grado de gloria y poderío que no hubiese podido esperar del écsito mas feliz y completo en sus ambiciosos proyectos.

Toma el mando del ejército.

Ávido de satisfacer con alguna accion brillante las esperanzas que de sus talentos concibieran sus compatriotas y de corresponder á la estraordinaria confianza que el rey le dispensaba, hizo marchar á Compiègne cuantas tropas pudo reunir, y aunque se hallaba muy adelantado el invierno, cuyo rigor era excesivo, pú-

Año 1557.

sose á su cabeza y entró en campaña. Con suma actividad y secundado por el entusiasmo de sus vasallos levantára Henrique en su reino bastantes reclutas. al paso que sacó de la Alemania y Suiza considerables refuerzos para formar un ejército respectable aun para un enemigo victorioso. Alarmado Felipe al ver que se ponía en movimiento en tan cruda estacion, comenzó á temer por sus nuevas conquistas, sobretudo por San Quintin, cuyas fortificaciones solo imperfectamente se reparaban.

Pero mas importante era la empresa que meditaba el duque de Guisa; despues de haber entretenido á su enemigo con amenazas sucesivamente dirigidas contra ciudades de las fronteras flamencas, torció de repente á la izquierda y puso cerco á Calais con todo su ejército. En el reinado de Eduardo III apoderáronse los ingleses de Calais tras la gloriosa victoria de Crecy, y era la única plaza que conservavan de los vastos territorios que antiguamente poseyeron en Francia, al paso que les abria en toda ocasion camino seguro y facil para el corazon del reino; asi es que la posesion de aquella ciudad alhagaba tanto el orgullo de los ingleses cuanto heria al de los franceses. Era tan fuerte por naturaleza su situacion y tan generalmente considerábanse inespugnables sus fortificaciones, que ningun rey de Francia atreviérase á atacarla. Hasta en la época misma en que las largas y sangrientas querellas de las casas de York y de Lancaster habian como agotado las fuerzas interiores de la Inglaterra y enteramente desviado su atencion de todo objeto extranjero, permanecieran los ingleses pacíficos posesores de Calais. Maria y su consejo, que especialmente componiáse de eclesiásticos de todo punto ignorantes en lo concerniente á la

Pone sitio á
Calais.
1.^o enero
1558.

Año 1558. guerra y únicamente ocupados en estirpar del reino la heregía, descuidaran absolutamente la seguridad de tan importante plaza, persuadidos de que bastaba para su defensa la sola reputacion de su fuerza. Asi confiados, aun despues de declarada la guerra se atrevieron á continuar, una costumbre que el mal estado del tesoro real habia introducido en tiempo de paz. Como el pais vecino á Calais estaba inundado durante el invierno, de manera que los pantanos que rodeaban la ciudad hacíanse intransitables, escepto por una sola avenida dominada por los fuertes de Santa Agueda y de Newnham-Bridge; solian los ingleses sacar de la plaza la mayor parte de la guarnicion á la fin de otoño y volverla á enviar por primavera. En vano lord Wentworth, su gobernador, clamó tan importuna economia, y espuso la posibilidad de un ataque imprevisto en un momento en que no tendria suficientes hombres para el servicio; el consejo privado despreció semejantes reflexiones, como si fuesen hijas de la cobardia, y algunos de sus miembros, llenos de la ciega confianza que ordinariamente es inseparable compañera de la ignorancia, jactáronse de que defenderian á Calais con sus varillas blancas contra el que osase atacarla durante el invierno (1). En vano tambien advirtió á la reina el peligro que corria la plaza Felipe, que al regresar de Inglaterra pasara por Calais, é indicándole lo que era menester para ponerla en seguridad, ofrecióle reforzar durante el invierno la guarnicion con un destacamento de sus propias tropas; los consejeros de Maria, aunque sumisos á su voluntad en todo lo que concernia á la religion, desconfiaban como todos los ingleses de to-

(1) Corte, vol III, p 345.

da proposición emanada de Felipe; y sospechando que tal vez era un ardid de este para apoderarse de la ciudad, no hicieron caso del aviso, desecharon su oferta, y dejaron en Calais la cuarta parte de los soldados que se necesitáran para defenderla. Año 1558.

El conocimiento de todas estas circunstancias fué lo que animó al duque de Guisa á probar una empresa que tanta sorpresa causó á sus propios compatriotas como á sus mismos enemigos. No ignorando que para asegurarse el triunfo debía adelantar sus operaciones con tal celeridad que no tuviesen los ingleses tiempo para introducir por mar socorro en la plaza, ni á Felipe para hostigarle por tierra; estrechó el ataque con vigor é ímpetu no comun entonces en la prosecucion de los sitios. El de Guisa estrecha el sitio.

En el primer asalto desalojó á los ingleses del fuerte de Santa Agueda, y tras una resistencia de tres dias les obligó á abandonar el de Newnham-Bridge; ganó á viva fuerza el castillo que dominaba al puerto; en fin, al octavo dia de su llegada á delante de Calais, la guarnicion, que solo constaba de quinientos hombres, hallóse de tal manera disminuida y quebrantada por las fatigas que sufriera sosteniendo tan reiterados ataques y defendiendo tantos fuertes á la vez, que el gobernador se vió precisado á capitular. Toma la ciudad.

No dió el duque de Guisa tiempo á los ingleses para reponerse de la consternacion que les causó tan inesperado golpe, sino que al punto fué á poner sitio á Guines, cuya guarnicion, aunque mas numerosa que la de Calais, defendióse con menos vigor y se rindió despues de haber sostenido un solo asalto. Las tropas que estaban en el castillo de Ham se retiraron sin esperar la llegada de los franceses. Se apodera de Guines y del castillo de Ham.

Año 1558.
Fama y efectos de estas conquistas.

Así, en el espacio de algunos dias, en medio de los rumores del invierno, cuando la funesta batalla de San Quintín habia de tal modo abatido el valor de los franceses que, lejos de intentar conquistas contra sus enemigos, solo pensaban en la defensa de su propio país, el ánimo audaz de un solo hombre logró echar de Calais á los ingleses, que la poseían 210 años hacia, y arrebatárles el único territorio que les quedaba en un reino donde algun dia tuvieron tan vastas posesiones. Aquella brillante expedición, al paso que hizo que toda la Europa concibiese la mas alta idea del poder y recursos de la Francia, en la opinion de sus compatriotas elevó al duque de Guisa sobretodos los generales de su siglo. Celebraron sus triunfos con excesivos transportes de júbilo, mientras los ingleses entregábanse á todos los sentimientos que animan á un pueblo libre y fiero, cuando una gran calamidad nacional les parece evidentemente efecto de la ignorancia de los que le gobiernan. De odiosos solamente, que era antes, hiciéronse Maria y sus ministros despreciables á los ojos de todos los ingleses; y todo el terror de su administracion arbitraria y rigurosa no pudo impedir que prorumpiesen en maldiciones y amenazas con los que, despues de haber comprometido á la nacion en una querrela que nada le importaba, con su descuido é incapacidad acababan de llenarla de oprobio, causando la pérdida de la posesion muy preciosa de cuantas hubiese adquirido la corona de Inglaterra.

El rey de Francia siguió respecto de Calais el ejemplo del primer vencedor de esta plaza, Eduardo III. Mandó que se retirasen todos los ingleses que en ella moraban, y dió sus casas á franceses, á quienes incitó á establecerse allí concediéndoles varios privilegios, y

al mismo tiempo dejó para su defensa una numerosa guarnicion á las órdenes de un hábil gobernador. Tras estas disposiciones, su ejército victorioso retiróse á sus cuarteles para rehacerse, y á todas aquellas operaciones sucedió la ordinaria inaccion que produce el invierno.

Entretanto convocó Fernando en Francfort el colegio de electores para participarles el acta en que Carlos renunciára la corona imperial á su favor. Dilatárase hasta entonces semejante declaracion por algunas dificultades que se suscitaron acerca de las formalidades que se requerian para llenar una vacante ocasionada por un acontecimiento de que no ofrecian ejemplo los anales del imperio. Pero en fin arreglado todo, el príncipe de Orange ejecutó la comision que Carlos le encargara. Aceptaron los electores la renuncia, declararon á Fernando legitimo sucesor de Carlos, y le revisitieron de todos los distintivos de la dignidad imperial.

Al punto el nuevo emperador despachó su canceller Guzman para que informase al papa de aquel suceso, atestiguándole su respeto á la santa sede, y anunciándole que, segun se acostumbraba, pronto enviaria un embajador extraordinario encargado de tratar de su coronacion con su santidad; mas Pablo, á quien ni la esperiencia ni los infortunios enseñaron á cambiar las esageradas ideas que del poder papal se formára por el tono moderado que esigian las circunstancias, no quiso recibir al enviado de Fernando, y declaró nulo é irregular cuanto se hizo en Francfort. Pretendia que en calidad de vicario de Jesucristo, tenia el papa depositadas en su poder las llaves del gobierno temporal y espiritual; que la jurisdiccion imperial dimanaba de

Año 1558.

24 de febre-

10.
Renuncia de
la corona im-
perial á favor
de Fernando.

No quiere el
papa reconocer
emperador á
Fernando.

Año 1558. la santa sede; que si sus predecesores habian autorizado á los electores para nombrar un emperador que luego confirmaba el papa, solo se estendia aquel privilegio á cuando la vacante era ocasionada por el fallecimiento del príncipe reinante; que el acta de la renuncia de Carlos habíase presentado á un tribunal incompetente, pues solo el papa tenia derecho para aceptarla ó no admitirla y nombrar una persona que ocupase el trono; que aun dejando ó un lado esas objeciones, adolecia la eleccion de Fernando de dos vicios de forma que la hacian nula, pues habian sido admitidos á votar los electores protestantes, apesar de que abandonando la fé católica habian perdido sus derechos á todos los privilegios de su rango de electores; en fin que ratificando las concesiones de varias dietas á favor de los hereges, hiciérase Fernando incapaz de poseer la dignidad imperial instituida para proteger la iglesia y para destruirla. Pero, despues de haber con el mayor calor espuesto tan extravagantes máximas, añadió con cierta condescendencia que si renunciase Fernando todos los derechos á la corona imperial fundados en la eleccion de Francfort, manifestase públicamente estar arrepentido de su pasada conducta, y con la conveniente humildad le suplicase que confirmára la renuncia de Carlos y su elevacion al imperio, no habia pruebas ni señales de favor y aprecio que no pudiese entonces esperar de su bondad paternal. Como ni siquiera pensaba Guzman ver resucitadas tan estrañas y rancias pretensiones, cuya manifestacion admiróle tanto que hallóse confuso acerca el tono en que debía contestar; evitó prudentemente entrar en ningun detalle sobre la naturaleza y estension de la jurisdiccion papal; y limitándose á las consideraciones politicas por las cuales

debía el pontífice reconocer á un emperador que ya se hallaba en posesion del trono , procuró presentárselas bajo el aspecto que creyó mas propio para causar impresion á Pablo , á no ser que desconociese absolutamente sus propios intereses. Para hacer mas poderosas las razones de Guzman , envió Felipe á Roma un embajador encargado de suplicar al papa desistiese de sus pretensiones tan inoportunas entonces , que no solo alarmarian é irritarian á Fernando y á los príncipes del imperio , sino que tambien darian quizás á los enemigos de la santa sede nuevo motivo para atacar la jurisdiccion pontificia como incompatible con los derechos de los príncipes y destructiva de toda autoridad civil. Pero Pablo , que hubiera mirado como un crimen el pararse en consideraciones de prudencia ó de humana política entonces cuando se trataba de defender las prerogativas de la tiara , mantúvose incesorable , y durante su pontificado la corte de Roma no reconoció emperador á Fernando (1).

Mientras hacia Henrique estos preparativos para la siguiente campaña , recibia noticias de sus negociaciones en Escocia. A favor de una larga esperiencia conocieron por fin los escoceses cuan imprudente era para ellos comprometerse en todas las querellas que se suscitaban entre la Francia y la Inglaterra ; y asi ni las solicitudes del embajador de Henrique , ni la astucia y autoridad de la reina regente pudieron determinarles á tomar las armas contra una potencia con que estaban en paz. El ardor de una nobleza helicosa y de un pueblo turbulento cedió entonces á la consideracion del interés y pública tranquilidad , consideraciones que has-

Procura Henrique que los escoceses se subleven contra la Inglaterra.

(1) Godleveus, de Abdicat. Car. V, ap Goldast. Polit. imper. 39. Pallav. lib XIII, 139. Ribier, tom. II, p. 746, 749.

Año 1558. ta aquel tiempo poco valieron con aquel pueblo siempre pronto á lanzarse en nuevas guerras. Mas aunque insistian los escoceses en su sistema pacífico, manifestáronse muy dispuestos á satisfacer al rey de Francia en cuanto á otro objeto cuya negociacion habia cometido á su embajador.

Casamiento
del delfín con
la reina de Es-
cocia.

En 1548 la joven reina de Escocia fue prometida al delfín, y educándose desde entonces en la corte de Francia, llegó á ser la princesa mas amable y mas cumplida de su siglo. Pidió Henrique á los escoceses su consentimiento para celebrar el enlace; y para ello convocóse un parlamento, que nombró ocho comisarios encargados de representar en aquella ceremonia al cuerpo de la nacion, con poder para firmar cuantas actas se requiriesen antes de la conclusion del matrimonio. En la disposicion de los artículos tomaron los escoceses cuantas precauciones les dictó su prudencia, á fin de conservar la libertad é independencia de su país, al paso que por su parte los franceses valiéronse de todos los medios posibles para asegurar al delfín la administracion de los negocios durante la vida de la reina y la sucesion á la corona si muriese antes que él. Celebráronse las bodas con toda la pompa que correspondia al rango de los esposos y á la magnificencia de una corte que entonces era la mas brillante de Europa (1) De este modo en el espacio de pocos meses tuvo Henrique la gloria de recobrar una posesion importante que perteneciera antiguamente á su corona y de rennir á esta la adquisicion de un gran reino. Semejante acontecimiento aumentó sobremanera la consideracion y autoridad del duque de Guisa, y con el enlace de su

14 de abril.

(1, Keith, *Hist. of Stotland*, p. 73, *append.* 13. *Corps diplom.* tom V, p. 21.

sobrino con el presunto heredero de la corona pareció que cobraba tanta solidez cuanto brillo ya tenía el crédito que le merecieran sus grandes hechos, al paso se elevaba sobre la clase de mero vasallo. Año 1568.

Abriéndose la campaña poco después del casamiento del delfín, el duque de Guisa recibió el mando del ejército con poderes tan ilimitados como los que recibiera anteriormente. Había Enrique recibido de sus súbditos contribuciones bastante considerables para tener á sus órdenes un ejército numeroso y bien mantenido; al paso que aniquilado Felipe por los extraordinarios esfuerzos que precisó la precedente campaña, tuvo que licenciar durante el invierno parte de sus tropas, y carecía de un ejército que se hallase en estado de hacer frente al de los franceses. Aprovechó el duque de Guisa la favorable ocasión que le ofrecía su superioridad, y puso sitio á Thionville en el ducado de Luxemburgo, plaza muy fuerte en las fronteras de los Países Bajos y muy importante á la Francia por su vecindad á Metz, que apesar del obstinado valor de los sitiados tuvo que capitular tras un sitio de tres semanas (1). Abrese la campaña. 22 de abril.

Pero esta victoria, que parecia debia acarrear otras conquistas, pronto fué ofuscada por un suceso que pasó en otra parte de los Países Bajos. Habiendo el mariscal de Termes, gobernador de Calais, invadido la Flandes sin hallar oposicion, cercó á Danquerque con un ejército de quince mil hombres y tomó la plaza por asalto á los cinco dias de sitio. De allí avanzó hasta Nieuport, de que pronto se hubiera apoderado si no le hubiese obligado á retirarse la llegada del conde de El ejército frances es derrotado en Gravelines.

(1) Thuan, *lib. XX*, p. 690.

Año 1518. Egmont á la cabeza de un ejército superior. Cargados las tropas franceses con el botín pillado en Dunquerque ó en el saqueo del país, no podían moverse sino con mucha lentitud, al paso que Egmont, que dejara tras sí sus bagages y artillería, marchaba con tanta celeridad que alcanzó á los franceses cerca de Gravelines y los atacó con el mayor ímpetu. Como había Termes podido escoger el terreno y colocado ventajosamente sus tropas en el ángulo que forma el mar y la embocadura del río Aa, recibió al enemigo con mucho vigor, y tanto que estuvo algún tiempo indecisa la victoria. Conociendo los franceses que inevitablemente serían aniquilados si eran batidos en aquel país enemigo, defendíanse con un valor que rayaba en desesperación y que contrarrestó la superioridad numérica; pero uno de aquellos accidentes que no puede prevenir la humana prudencia, decidió por fin la victoria á favor de los flamencos. Una escuadra inglesa que cruzaba en aquellas costas acudió al ruido de la mosquetería al lugar de la acción hasta el río Aa, y asestando su gruesa artillería contra el ala derecha de los franceses, pronto la rompió y esparció el terror y confusión en todo el ejército. Cobrando los flamencos nuevo brío con un socorro tan inesperado y poderoso, redoblaron sus esfuerzos para no perder la ventaja que les ofrecía la fortuna, y no dieron tiempo al enemigo para reponerse de su primera consternación. Poco tardó en hacerse general la derrota de los franceses; quedaron en el campo de batalla unos dos mil hombres, y murieron aun muchos mas á manos de los campesinos que, para vengarse de los excesos cometidos en su país, perseguían y asesinaban sin piedad á los fugitivos. Cayeron prisioneros todos los que escaparon de

semejante carnicería, entre los cuales contóse Termes su general y muchos distinguidos oficiales (1). Año 1558.

Aquella célebre victoria, que despues tan mal recompensó Felipe al conde de Egmout, obligó al duque de Guisa á abandonar sus primeros proyectos y á marchar á toda prisa hácia la frontera de Picardia para atajar los progresos del enemigo. El desastre que acababan de sufrir las tropas francesas dió nuevo lustre á su reputacion y lo hizo por segunda vez centro de las esperanzas de todos sus compatriotas, como el único general á cuyas armas siempre acompañaba la victoria, pues sus talentos y su fortuna les devolvian la seguridad en las mas apuradas circunstancias. Reforzó Henrique el ejército del duque de Guisa con destacamentos sacados de las guarniciones vecinas, con lo cual ascendió á cuarenta mil hombres; pero despues de la reunion de Egmout con el duque de Saboya no le era inferior el enemigo. Camparon á pocas lenguas de distancia uno de otro, y habiendo entrambos reyes puéstose al frente de sus tropas, esperábase que tras tantas vicisitudes sufridas por una y otra parte en esta y la precedente campaña, una batalla decisiva decidiria finalmente cual de los dos rivales debía tomar el ascendiente y dar la ley á la Europa. Pero aunque ambos podian terminar la guerra de aquel modo, no se determinaron á confiar tan importante objeto á los azares de una sola batalla. Las funestas jornadas de San Quintín y de Gravelines eran harto recientes para ser olvidadas, y el riesgo de venir á las manos con las mismas tropas, mandadas por los mismos generales que dos veces triunfaran de las armas francesas, infundia á

El duque de Guisa marcha contra el ejército vencedor.



(1) Thuan, lib XX, p. 694.

Año 1558. **Henrique** una prudencia y reserva que era agena de su carácter. Por otra parte, enemigo suyo **Felipe** de toda operacion militar que escogiese osadia, inclinábase siempre á las medidas mas prudentes, y nada queria aventurar contra tan afortunado general como era el duque de **Guisa**. Por este mútuo acuerdo ambos monarcas mantuviéronse en la defensiva, y fortificándose con actividad en sus campos evitaron toda especie de escaramuza ó empuño que pudiese motivar una accion general.

Ambos monarcas empiezan á desear la paz.

Mientras asi permanecian en la inaccion los ejércitos, ambos campos deseaban la paz, al paso que **Henrique** y **Felipe** parecian dispuestos á recibir cuantas proposiciones tendiesen á restablecerla. Cincuenta años habia que estaban los reinos de **Francia** y **España** comprometidos en guerras casi continuas, que costaran sumas inmensas sin acarrear ventaja alguna considerable á ninguna de las partes. Tras tantos esfuerzos extraordinarios y continuos, muy superiores á los que solian hacer los pueblos antes de la rivalidad de **Carlos Quinto** y **Francisco I**, aniquiladas entrambas naciones sentian vivamente la necesidad de un intervalo de descanso para reponer sus fuerzas, y ya solo con mucho trabajo daba á sus soberanos los subsidios necesarios para continuar las hostilidades. Las disposiciones personales de los dos monarcas estaban acordes con las de sus vasallos. Descaba **Felipe** la paz, porque ansiaba regresar á **España**; acostumbrado desde su niñez al clima y á las costumbres de aquel país, amábalos con tan fuerte predileccion que no se tenia por feliz en ninguna otra parte de sus estados. Mas, como ni el decoro ni su propia seguridad le permitian abandonar los **Países Bajos** y arriesgar un viage á **España** duran-

te la guerra, debía por precisión serle grata la idea de una paz que le facilitase á satisfacer aquel deseo. No menos impaciente estaba Henrique por verse libre del peso y dificultades de la guerra, á fin de poder fijar toda su atencion y emplear toda la energia de su gobierno en combatir las opiniones de los reformistas, que tan rápidamente se propagaban en Paris y en las otras grandes ciudades de Francia que sus progresos ya empezaban á ser terribles para la iglesia establecida.

Dejando á un lado esas consideraciones públicas y notorias que se desprendian del estado de las dos enemigas naciones ó de las disposiciones particulares de sus respectivos soberanos, formárase en la corte de Henrique una intriga secreta, que tanto como otro cualquier motivo contribuyó á acelerar y facilitar la negociacion de la paz. Durante su cautiverio, veia el condestable de Montmorency con la envidiosa inquietud propia de un rival, los rápidos triunfos y el siempre creciente favor del duque de Guisa; y al paso que miraba como una herida hecha á su propia reputacion cada victoria que aquel conseguia, sabia con cuanta astucia procurarian valerse de aquellas ventajas para desacreditarle con el rey y solidar el valimiento del duque. Temia que aquellos artificios causasen bastante impresion en el facil y debil espíritu de Henrique para borrar hasta los restos del antiguo afecto que le profesára; pero no veia medio alguno de prevenir semejante accidente, á no ser que se le permitiese regresar á la corte, para probar si con su presencia podria frustrar los proyectos de sus enemigos y hacer que renaciesen los tiernos sentimientos que tanto tiempo le habian unido á Henrique, sentimientos á los cuales acompañaba tan entera confianza que mas parecian intimidad de una amistad particular

Año 1558.

Una intriga de la corte de Francia facilitó la paz.

Año 1558. que relaciones frias é interechadas entre un rey y un cortesano.

Mientras Montmorency formaba planes y votos para volver á Francia con mucha inquietud y actividad, pero con poca esperanza de seguro écsito, un imprevisto incidente secundó sus deseos. El cardenal de Lorena, que partia con su hermano el favor del rey y la autoridad que de ello dimanaba, no sostuvo su prosperidad con tanta discrecion como el duque de Guisa: fascinado por su feliz suerte, olvidóse de cuan deudos, tanto él como su hermano eran de su elevacion á la duquesa de Valentinois, y con ridícula vanidad pareció que solo la atribuia á la importancia y á los servicios de su casa. Llevó la ingratitud hasta el extremo no solo de despreciar á su bienhechora, sino aun de contrariar sus proyectos y de hablar con la mas injuriosa libertad de su persona y de su carácter.

Aquella estraordinaria muger que, si hemos de dar crédito á sus contemporáneos, conservó hasta la edad de sesenta años la belleza y los atractivos de la juventud, era siempre el ídolo del rey; así es que sintió vivamente semejante afrenta, y se dispuso á vengarse. No viendo mejor medio de derribar los príncipes de Lorena que asociando sus intereses á los de Montmorency, en prenda de esta union propuso dar por esposa una de sus hijas á un hijo del condestable, quien aceptó gustoso la proposicion. Cimentada esta alianza, echó mano la duquesa de todo el imperio que ejercia sobre el rey para aumentar sus disposiciones á la paz y sugerirle las medidas mas conducentes para obtenerla. Insinuóle que convendria que el condestable hiciese las primeras proposiciones, y que cometiendo á su prudencia aquella negociacion tendria el écsito que se deseaba.

Acostumbrado Henrique á confiar al talento del condestable los mas importantes negocios, no necesitaba de semejante impulso para recobrar sus antiguos hábitos: escribióle al punto con su ordinario tono familiar y amistoso, y al mismo tiempo autorizóle á que aprovechase la primera ocasion para sondear las disposiciones de Felipe y de sus ministros respecto de la paz. Tomó Montmorency el mas propio camino para lograrlo: abriose con el duque de Saboya. Apesar de las grandes dignidades á que ascendiera y de la gloria militar que adquirió al servicio de la España, estaba aquel príncipe cansado de su destierro; ardía en deseos de regresar á sus estados, y no teniendo esperanza alguna de recobrarlos por las armas, consideraba un tratado definitivo entre la Francia y la España como el único acontecimiento que pudiese devolverle los dominios de que le despojaron. Como conocia á fondo los sentimientos particulares por los cuales inclinábase Felipe á la paz, poco le costó incitarle no solo á escuchar proposiciones de ajuste, sino tambien á permitir que el condestable regresase á Francia bajo su palabra para afirmar á su soberano en sus pacíficas disposiciones. Recibió Henrique á Montmorency con las mas lisonjeras muestras de estimacion; la ausencia, en vez de apagar ó disminuir su amistad, parecia que le habia dado nueva fuerza, y luego que volvió á parecer en la corte el condestable, tomó mas imperio sobre el corazon del rey que nunca ejerciera hasta entonces. El cardenal de Lorena y el duque de Guisa cedieron prudentemente á aquel torrente de favor, á que en vano hubieran intentado oponerse; cediéronse á los objetos de sus departamentos y dejaron que el condestable y la duquesa de Valentinois gobernasen á su voluntad los

Año 1558.
Henrique
confia á Mont-
morency la
negociacion
de la paz.

Año 1558. negocios del reino. Pronto estos favoritos decidieron á Henrique á nombrar plenipotenciarios para tratar de la paz, al paso que tambien nombró los suyos Felipe. Señalóse para el congreso la abadia de Cercamp, y al mismo tiempo convínose que se pudiese fin con un armisticio á todas las operaciones militares.

Muerte de
Carlos Quinto.

Mientras estos preliminares preparaban la conclusion de un tratado que debia restituir la tranquilidad á toda la Europa; terminó su carrera en el monasterio de San Justo, Carlos Quinto, cuya ambicion por tanto tiempo la habia perturbado. Al entrar en aquel retiro, sometióse Carlos á un género de vida propio de un nuevo gentil hombre de escasa fortuna. Era su mesa servida con decoro, pero con sencillez; y tenia muy pocos criados, con quienes vivia familiarmente. Tocante al servicio de su persona abolió toda especie de etiqueta y de ceremonia, como incompatibles con el bienestar y reposo en que queria pasar el resto de sus dias. La suavidad del clima y la falta de los negocios y cargos del gobierno calmaron bastante la violencia de su gota y suspendieron los agudos dolores que por tanto tiempo le habian atormentado; de manera que en aquella humilde soledad gozó quizás de una satisfaccion mas pura y perfecta que nunca le dió toda su pasada grandeza. Borráranse enteramente de su espíritu las ideas y ambiciosos proyectos que tanto le ocuparan y agitaran; lejos de tomar parte en los acontecimientos políticos de la Europa, ni siquiera tenia la curiosidad de informarse de ellos, y dijérase que miraba aquella turbulenta escena de que se separara, con todo el desprecio é indiferencia de un hombre que habia reconocido su vanidad y frivolidad, y que disfrutaba del placer de verse libre de sus lazos.

Otros eran los pasatiempos y objetos á que se daba en su retiro. A veces con sus propias manos cultivaba las plantas de su jardin; otras, acompañado de un solo criado que iba á pie, paseábase por un vecino bosque montado en un pequeño caballo, el único que conservaba. Como á menudo sus dolencias le detenian en su habitacion, privándole de aquellos activos recreos; recibia las visitas de algunos nobles que moraban cerca del convento, á quienes admitia familiarmente en su mesa, ó dedicábase á obras de mecánica, cuyos principios estudiaba y para cuya ciencia habia siempre manifestado mucha disposicion y gusto. Habiendo logrado que le acompañase á su soledad Turiano, uno de los mas ingeniosos mecánicos de su siglo; trabajaba con él en la construccion de modelos de las máquinas mas útiles y en hacer experimentos acerca de sus propiedades, y no pocas veces las ideas del monarca perfeccionaban las invenciones del artífice. Deleitábase frecuentemente en obras de mecánica meramente curiosas y singulares; y componia figuras que, por medio de resortes interiores, incitaban los movimientos y gestos humanos, con gran sorpresa de los ignorantes religiosos, que al ver efectos que no podian comprender, desconfiaban de sus propios sentidos, si ya no sospechaban que Carlos y Turiano mantenian relaciones con potencias invisibles. Gustaba mucho de fabricar relojes; y habiéndole manifestado sus muchísimas pruebas que era imposible hacer andar dos con entera exactitud é igualdad, dícese que con sorpresa y pesar reflexionó en su locura, recordando el tiempo y los afanes que en vano empleó para infundir á los hombres una rigurosa uniformidad de opinion acerca de los complicados y misteriosos dogmas de la religion.

Año 1558.
Sus diversiones en su retiro.

Año 1558.
Sus mas serias
ocupaciones.

Ademas de las restantes ocupaciones que consumian el tiempo que le quedaba, siempre reservaba buena parte de este para los ejercicios piadosos. Mañana y tarde asistia regularmente al servicio divino en la iglesia del monasterio; era muy aficionado á la lectura de libros de devocion, particularmente de las obras de San Agustin y de San Bernardo, y tenia frecuentes conversaciones sobre puntos de religion con su confesor y con el prior del convento.

Causa de su
muerte.

Semejante género de vida era digno de un hombre enteramente libre de todos los cuidados de este mundo y dispuesto á pasar al otro; y pasó el primer año de su retiro en inocentes diversiones, que suavizaban sus penas y recreaban su espíritu fatigado por una larga y excesiva aplicacion á los negocios, ó en piadosas ocupaciones que consideraba esenciales para disponerse á otro estado. Pero, unos seis meses antes de su fallecimiento, volvióse á declarar mas violenta la gota, que le habia dado un intervalo de reposo mas largo que lo acostumbrado. Aniquilada su constitucion, apenas tuvo fuerzas para sufrir tan crudo ataque, que á la par de su cuerpo debilitó su alma, y desde entonces apenas se encuentran en él algunos restos de aquel sano y robusto entendimiento que distinguió á Carlos de sus contemporáneos. Apoderóse de su ánimo tímida y servil supersticion, disgustóse de toda especie de recreo, y procuró sujetarse á toda la austeridad de la vida monástica. No queria mas compañía que la de los frailes, y pasaba todo el tiempo en cantar con ellos los himnos sagrados. En espiacion de sus pecados, disciplinábase en secreto con tan excesivo rigor, que despues de su muerte halláronse teñidas en su sangre las cuerdas de que se servia. Y como si no fuesen bastan-

les esos actos de mortificación, que aunque severos no carecen de ejemplo, perturbando cada día mas su espíritu la inquietud, la desconfianza y el temor que siempre acompañan á la supersticion y disminuyendo á sus ojos el mérito de lo que hiciera, buscaba algun acto de piedad extraordinario y nuevo que manifestase su celo y le atrajese el favor del cielo. La idea que concibió es una de las mas originales y estrañas que haya jamas producido la supersticion en una imaginacion débil y desordenada. Resolvió celebrar sus funerales antes de su muerte; de consiguiente hizo erigir un túmulo en la iglesia del convento, adonde acudieron sus criados en procesion funeraria con cirios negros, siguiéndolos él envuelto en una mortaja. Tendiéronlo con mucha solemnidad en un féretro, y cantóse el oficio de difuntos: Carlos unia su voz á las preces que se rezaban para el reposo de su alma, y mezclaba sus lágrimas con las que derramaban los circunstantes, como si fuesen verdaderos los funerales que celebraban. Terminóse la ceremonia rociando, segun costumbre, el féretro con agua bendita, y retirándose todos, cerraron las puertas de la iglesia. Entonces salió Carlos de su féretro, y regresó á su habitacion lleno de las lúgubres ideas que por precision debia inspirar acto tan solemne. Sea que le fatigase la larga duracion de la ceremonia, sea que aquel espectáculo de muerte causase profunda impresion en su alma, acometióle calentura al siguiente día, á cuyo ataque no pudo resistir su estenuado cuerpo, espirando á 21 de setiembre, á la edad de cincuenta y ocho años, seis meses y veinte y cinco días (1).

21 de setiembre.

(1) Strada. de Bell. Belg. l. 1, p. 11, Thuan. 723. Sandov. II, p. 603, etc. Mariana, Continuat. Mariac. vol. IV, p. 216. Vera y Zuñiga, Vida de Carlos, p. 111.

Año 1558.
Su carácter.

Como por su rango y dignidad fué Carlos el primer soberano de su siglo; la parte que en los acontecimientos tuvo fué la mas brillante, si en algo se consideran la grandeza, la vanidad y la fortuna de sus empresas. Solo observando con atencion su conducta, y no consultando los cesagerados elogios de los españoles ó las parciales criticas de los franceses, puede formarse justa idea del genio y talentos de aquel príncipe. Tenia calidades particulares que marcan su carácter, y que no solo le distinguen de los demas príncipes contemporáneos, sino que aun esplican aquella superioridad que por algun tiempo conservó sobre ellos. En todos los planes que ideó, manifestó siempre una prudencia y reserva que debia á la naturaleza tauto como al hábito. Dotado de talentos que se desarrollaron lentamente y llegaron tarde á su madurez, acostumbrábase á pesar todos los asuntos que le importaban con atencion cesacta y meditada. En ellos empleaba toda su actividad, practicábalos con la mas seria aplicacion, sin distraerse con el placer ni relajarse con diversion alguna, y en silencio resolvía su proyecto en su ánimo. Enseguida comunicaba el asunto á sus ministros, y despues de escuchar sus opiniones, tomaba su resolucion con una firmeza que raras veces acompaña á la lentitud de las deliberaciones. Asi todas las operaciones de Carlos, muy diferentes de los bruscos é inconvenientes arranques de Henrique VIII y de Francisco I, parecian un sistema seguido, cuyas partes todas estaban combinadas, previstos los efectos, y supuestas los accidentes. No menor notable era su celeridad en la ejecucion, que su calma en el deliberar. Si consultaba con flemma, obraba con actividad, y en la eleccion de sus disposiciones manifestaba tanta sagacidad

como fecundidad de ingenio en la invencion de los medios propios para asegurar el écsito. Naturaleza nególe espíritu belicoso, pues permaneció en inaccion en la edad en que mas ardiente é impetuoso es el carácter; pero cuando en fin resolvió ponerse al frente de sus ejércitos, vióse que tan propio era su genio para ejercer con ventaja quanto abrazase, que pronto dió pruebas de un conocimiento del arte de la guerra que le igualó con los mas hábiles generales de su siglo. Mas poseia en grado supremo la ciencia mas importante para un rey, la de conocer los hombres y aplicar sus talentos á los diversos cargos que les confiaba. Desde la muerte de Chievres hasta el fin de su reinado, no empleó un solo general, ministro, embajador ó gobernador de provincia, cuyo talento no fuere proporcionado al cervicio que de él se esigia. Aunque carecia de aquella seductora afabilidad que distinguia á Francisco I y que le grangeaba el afecto de cuantos se le acercaban, no se hallaba Carlos falto de las virtudes que inspiran adhesion y fidelidad. Tenia confianza sin límites en sus generales, recompensaba con magnificencia sus servicios, no envidiaba su gloria, y no se manifestaba receloso de su influjo. Casi todos los generales que mandaron sus ejércitos pueden poseerse en la clase de los mas ilustres capitanes. Las ventajas que consiguió contra sus rivales dimanaron evidentemente del superior talento de los gefes que les opuso; circunstancia que en cierto modo podria rebajar su mérito y su gloria, si el arte de descubrir y emplear los mejores instrumentos no fuese la mas convincente prueba del talento de gobernar.

Nótanse sinembargo en el carácter político de Carlos defectos que disminuyen un tanto la admiracion que

Año 1558. escitan sus extraordinarias calidades. Devorábale insaciable ambicion; y aunque es algo infundada la opinion generalmente adoptada en cuanto á su época, de que habia formado el quimérico proyecto de establecer en Europa una monarquía universal, es con todo cierto que el deseo de distinguirse como conquistador le precipitó en continuas guerras que arruinaron y aniquilaron á sus vasallos, y no le dejaron tiempo para dedicarse á perfeccionar en sus estados la policia interior y las artes, objetos los mas dignos del cuidado de un príncipe que en su gobierno solo se propone la felicidad de sus pueblos. Reuniendo Carlos desde su juventud la corona imperial á los reinos de España y á sus dominios hereditarios de las casas de Austria y de Borgoña. tantos títulos y poderio abrieron tan vasto campo á sus ambiciosos planes y le comprometieron en empresas tan arduas y complicadas, que frecuentemente conoció que su ejecucion escendia á sus fuerzas; y entonces echó mano de viles artificios, indignos de su genio superior, desviándose á veces de las reglas de la probidad de una manera indecorosa para un gran príncipe. Su política insidiosa y pérfida hacía aun mas odiosa con el contraste de la conducta recta y franca de sus dos contemporáneos Francisco I y Henrique VIII. Aunque semejante diferencia fuese particularmente efecto de la diversidad de sus caracteres, débese tambien en parte atribuir á alguna oposicion en los principios políticos de aquellos príncipes, que bajo ciertos respetos pueden excusar aquel defecto de Carlos sin justificarlo con todo enteramente. Casi siempre arrastrados por el impulso de sus pasiones, Henrique y Francisco precipitábanse con violencia á su objeto; pero las acciones de Carlos, como que eran resultado de una reflexion fria y

tranquila, estaban combinadas con arte y formaban un sistema regular. Los hombres de carácter igual al de aquellos caminaban naturalmente al objeto de sus deseos sin buscar disfraz alguno ni emplear la astucia; los del carácter de Carlos, ya concertando ya ejecutando sus proyectos, son inclinados á valerse de sutilezas y ardidés que siempre conducen al artificio y á menudo degeneran en falsedad.

Año 1558.

La tradicion nos ha dejado acerca de la vida privada y de la conducta doméstica de Carlos detalles no tan circunstanciados é interesantes cual debieran esperarse al considerar la multitud de autores que trataron de su historia; pero semejantes particularidades no son el objeto de esta obra, en que me propuse explicar los acontecimientos del reinado de aquel príncipe, y no pintar sus virtudes ó sus defectos privados.

Año 1559.

Entretanto los plenipotenciarios de Francia, España é Inglaterra continuaban sus conferencias en Cercamp, y cada uno en nombre de su corte hizo al principio cesageradas demandas conforme la costumbre de los diplomáticos; mas como todos deseaban la paz, estaban dispuestos á aljojar mutuamente en sus pretensiones para quitar cuantos obstáculos se opusiesen á un tratado. El fallecimiento de Carlos Quinto era para Felipe nueva razon para apresurar su conclusion, pues aumentaba su impaciencia por volver á España, donde ya no reconocia superior. Con todo, apesar de los acordes deseos de todas las partes interesadas en la paz, sobrevino un suceso que ocasionó una dilacion inevitable en las negociaciones. Un mes despues de abiertas las conferencias en Cercamp, murió Maria de Inglaterra tras un reinado breve y sin gloria, y su hermana Isabel fue proclamada reina con demostraciones de ge-

Conferencia
relativa á la
paz.

Muerte de
Maria, reina
de Inglaterra,
á quien suce-
de Isabel.

Año 1559.
17 de noviem-
bre.

Henrique y Felipe procuran atraer Isabel á su partido.

neral regocijo. Viendo los plenipotenciarios que con el fallecimiento de Maria espiraban tambien sus poderes, no pudieron continuar sus negociaciones sin tener comision é instrucciones de su nueva soberana.

Igual fue la inquietud con que miraron Henrique y Felipe la elevacion de Isabel al trono de Inglaterra. Como durante la administracion suspicaz de Maria habiase Isabel portado con una prudencia y sagacidad superiores á sus años en la difeíl y delicada situacion en que se hallaba; ambos príncipes formaran el mas alto concepto de sus talentos, esperando ver un reinado muy diferente del de su hermana. A la par conocieron cuanto les importaba hacérsela propicia, y á porfía valiéronse de los medios mas propios para ganar su confianza, y cada uno tenia en su favor una circunstancia capaz de interesar á Isabel: Henrique le ofreciera un asilo en sus estados, cuando las violencias de Maria la pusieren en la necesidad de buscar su seguridad fuera de Inglaterra; y con su crédito habia Felipe logrado que no usase Maria de los extremos del rigor contra su hermana; circunstancias de que ambos procuraron valerse. Henrique escribió á Isabel, haciéndole las mas vivas protestas de estimacion; representóle la guerra que se encendiera entre los dos reinos, no como querrela nacional, sino como efecto de la ciega condescendencia de Maria á los deseos de su marido, y le suplicó que rompiese una alianza que tan funesta habia sido á la Inglaterra, y firmase con él una paz particular, sin mezclar sus intereses con los de la España, de que debia absolutamente separarse. Por otra parte, temeroso Felipe de que cesase su amistad con la Inglaterra, cuya importancia habia conocido hace poco en su rompimiento con la Francia, no se limitó

á dar á Isabel las mas positivas promesas de su afecto y de su resolucion de continuar sicado su mas fiel amigo; sino que, á fin de robustecer y perpetuar su union, le ofreció su mano, y se obligó á lograr que el papa les diese dispensa para aquel matrimonio.

Año 1559.

Pesó Isabel las proposiciones de entrambos reyes con la atencion mas seria y con aquel discernimiento de sus verdaderos intereses que siempre se observó en sus deliberaciones. Recibió de un modo bastante favorable la proposicion de una negociacion separada que le hacia Henrique, pues era este un medio de entablar con la Francia una correspondencia muy ventajosa para ella si Felipe no se mostraba bastante celoso y activo en asegurarle las condiciones que se proponia lograr de un tratado comun. Sinembargo solo con mucha reserva y circunspeccion admitió la proposicion de Henrique, temerosa de alarmar el suspicaz carácter de Felipe y de perder un aliado por querer ganar á un enemigo (1). El mismo Henrique con una indiscrecion dificil de excusar estorbó que Isabel empeñase con él su correspondencia lo suficiente para ofeuder y enemistarse con Felipe. Mientras procuraba con la mayor asiduidad conciliarse la amistad de Isabel, cedió con imprudente facilidad á las sollicitaciones de los príncipes de Lorena, y permitió que su nuera la reina de Escocia tomase el titulo y armas de la de Inglaterra. Tan inoportuna pretension, que fué el origen de los infortunios de Maria Estuarda, dispó de repente la confianza que empezaba á establecerse entre Henrique é Isabel, y en su lugar engendró la desconfianza, el resentimiento y el

Deliberaciones de Isabel acerca de la conducta que debe observar.

(1) Forbes, tom. I, p. 4.

Año 1559. odio. Desde entonces juzgó la reina de Inglaterra que debía enlazar intimamente sus intereses con los de Felipe y no esperar la paz mas que de las negociaciones que junto con él prosiguiese (1).

Autoriza á sus plenipotenciarios para tratar de la paz.

Como luego de su ascenso al trono diera poderes á los mismos embajadores nombrados por su hermana, les mandó que en todo obrasen de acuerdo con los plenipotenciarios de España y que no diesen paso alguno sin consultárselo antes (2). Pero aunque juzgaba prudente aparentar semejante confianza en el rey de España, supo estenderla hasta cierto punto y no manifestó ninguna inclinacion á aceptar la estraordinaria proposicion de casamiento que le hiciera Felipe. Era tan público el vituperio con que miraron los ingleses la preferencia que pareció daba Maria á aquel príncipe, que fuera muy arriesgado irritarles renovando tan odiosa union. Conocia harto á fondo el carácter duro é impetuoso de Felipe para pensar en enlazarse con él; ademas no creía que una dispensa del papa pudiese autorizarla á verificar semejante matrimonio, como que con esto mismo habria condenado al divorcio de su padre con Catalina de Aragon y reconocido que el casamiento de su madre Ana Bolena con Henrique VIII era nulo y por consiguiente ilegítimo su nacimiento. Pero, no obstante de estar bien resuelta á no acceder á la propuesta de Felipe, tampoco podia desecharla positivamente en atencion á la situacion de sus cosas. Así es que dió una contestacion vaga, es verdad, pero en la cual afectábase tanta estimacion á Felipe que, ya que no pudiese inferir nada tocante al logro de sus

(1) Strype, *Annals of the reformation*, t. I p. 11. Carte, *Hist. of England*, t. III, p. 35

(2) Forbes, *full view*, I, p. 37, 40.

desros, no le quitaba al menos la esperanza.

Este ardid y la prudencia con que por algún tiempo supo Isabel ocultar sus sentimientos é intenciones en lo concerniente á la religion, fascinaron de tal manera á Felipe que abrazó con el mayor ardor los intereses de aquella reina en las conferencias que volvieron á abrirse en Cercamp y se continuaron luego en Cateau-Cambresis. Para llevar á cabo un tratado definitivo que conciliase los derechos y pretensiones de todos aquellos príncipes, habia tantos puntos oscuros y complicados que aclarar, tantos minuciosos detalles que discutir, que creíase seria muy prolongada la negociacion, pero pasando continuamente el condestable de Montmorency á las cortes de Paris y de Bruselas para prevenir ó quitar todas las dificultades, mostró tanta actividad é inteligencia en sus acciones, que todos los objetos de la disputa conciliáronse al fin de un modo á la par satisfactorio para Henrique y Felipe, y dispúsose todo para concluir el tratado que debian pactar entre sí. El único obstáculo que retardaba su ejecucion procedia de las pretensiones de la Inglaterra: Isabel en tono el mas absoluto pedia la restitucion de Calais como condicion esencial de su consentimiento á la paz; no queria Henrique ceder tan importante conquista, y parecia que ambos habian, respecto de aquel asunto tomado una resolucion que ya nada podia variar. Apoyaba vivamente Felipe la demanda de Isabel; pero no lo hacia por un motivo de equidad respecto de los ingleses, ni para contribuir á que recobrasen lo que perdieron al abrazar su causa, ni con el solo fin de complacer á Isabel con semejante prueba de celo por sus intereses: el objeto de Felipe era hacer menos formidable la Francia, devolviendo á sus antiguos ene-

Año 1559.
Negociaciones
en Cateau-
Cambresis.

Dificultades
relativas á las
pretensiones de
la Inglaterra.

Año 1559. migos una plaza que les proporcionaba facil entrada en el corazon del reino. Entretanto fue menguando gradualmente el ardor con que secundaba las instancias de los plenipotenciarios ingleses. Conociendo Isabel que estaba bien solidada en su trono, en el curso de la negociacion comenzára á tomar abiertamente vigorosas medidas, no solo para destruir cuanto habia hecho su hermano á favor del papismo, si que tambien para establecer sobre bases sólidas la religion protestante. Desde entonces convenci6se Felipe de que fuera quimérico su proyecto de desposarse con la reina de Inglaterra, y que no debia pensar en él; fueron mas vagas y frias sus instancias á favor de aquella princesa, y solo las continuó por descendencia y por algunas remotas consideraciones políticas. Ya debia Isabel de esperar semejante cambio de conducta, que pronto notó, pero como nada era tan contrario á los intereses de su pueblo y tan incompatible con sus planes administrativos que la duracion de una guerra con la Francia, conoció cuan necesario le era resignarse á las condiciones que le imponia la situacion de sus negocios, preparándose á verse abandonada de un aliado unido á ella solo por un débil lazo, á no reducir al punto sus pretensiones á moderadas y razonables demandas. De consiguiente dió nuevas instrucciones á sus embajadores; y obrando los plenipotenciarios de Felipe como mediadores entre los de la Francia y la Inglaterra (1), hallóse un espediente que al parecer autorizaba á Isabel á rebajar sus primeras pretensiones relativamente á Calais. Facilmente y sin demora arregláronse todos, menos los importantes artículos; y

(1) Forbes, I, p. 59.

temiendo Felipe que pareciese habia abandonado á los ingleses, quiso que el tratado de paz entre Henrique é Isabel se concluyese formalmente antes que el que estaba negociando con aquel mismo monarca; así firmóse el primero á 2 de abril, y el segundo el día siguiente.

El solo artículo importante que contenia el tratado entre la Francia y la Inglaterra era el concerniente á Calais. Estipulóse que Henrique continuaria poseyendo aquella plaza con todas sus dependencias por ocho años, y que al espirar este término la devolveria á la Inglaterra; que en caso de negarse á esta restitucion, daria quinientas mil coronas, para cuyo pago presentarian suficientes fianzas siete ú ocho ricos negociantes que no fuesen vasallos suyos; que cinco distinguidos franceses serian entregados en rehenes hasta que se obtuviesen aquellas fianzas; que aun despues de pagadas las quinientas mil coronas, permaneceria íntegro el derecho de los ingleses á Calais; que serian comprendidos en el tratado el rey y la reina de Escocia; que si Henrique ó sus aliados violasen la paz con algun acto de hostilidad estaria aquel obligado á devolver al punto Calais; y que por otra parte si fuese Isabel quien la infringiese, Henrique, el rey y la reina de Escocia quedarian libres de todas las obligaciones que contrajeran por aquel tratado.

Artículos del tratado entre la Francia y la Inglaterra.

Apesar de la meditada atencion que parece dictó todas estas precauciones, es evidente que no era la intencion de Henrique restituir Calais, así como no es probable que Isabel esperase ver realizada semejante restitucion; era muy difícil que durante el decurso de aquellos ocho años viviese aquella reina en union bastante perfecta

Miras de ambas partes en aquél tratado.

Año 1559. con la Francia y con la Escocia para no proporcionar á Henrique algun pretexto de acusarle de haber violado el tratado; y aun suponiendo que pasase todo aquel tiempo sin que ni de una ni de otra parte hubiese motivo de queja, Henrique tenia la libre eleccion de pagar la cantidad estipulada, al paso que á Isabel no le quedaba otro medio que el de las armas para sostener sus derechos. Sin embargo al redactar en aquella reforma los artículos del tratado concernientes á Calais, contentaba Isabel á todos sus vasallos, daba á los políticos una prueba de su habilidad, disfrazando con un especioso pretexto lo que no podia evitar, y entretenia á la muchedumbre con la esperanza de recobrar pronto aquella plaza cuyo total abandono tal vez se hubiese mirado con cobardia.

El medio de que se valió Montmorency para facilitar la conclusion de la paz entre la Francia y la España consistió en negociar dos tratados de matrimonio, el uno entre Isabel, la mayor de las hijas de Henrique, y Felipe, que ocupó el lugar del desventurado Carlos su hijo, á quien fué prometida aquella princesa en las primeras conferencias de Cercamp; y el otro entre Margarita, hermana de Henrique, y el duque de Saboya. Por débiles que sean entre los principes los vínculos de la sangre, y por poca consideracion que les merezcan cuando solo les animan ambiciosas miras, contodo á veces quieren parecer obligados por esas domésticas afecciones, y aléganlas para justificar acciones que reputan necesarias y que conocen contrarias á la politica ó al honor. Tal fué el uso que hizo Henrique de las dos proposiciones de matrimonio á que dió su consentimiento: aseguró una colocacion honrosa á su hermana y á su hija, y en consi-

deracion de semejante concordia consintió, á favor de Felipe y del duque de Saboya, en condiciones que sin aquel pretesto nunca hubiera osado aprobar.

Año 1559.

Consistieron los principales artículos del tratado entre la Francia y España en que reinaria sincera y perpetua amistad entre ambas coronas y sus respectivos aliados; que los dos monarcas procurarían de común acuerdo lograr la convocacion de un concilio general para contener los progresos de la heregia y restablecer la unidad y la concordia en la iglesia cristiana; que se abandonaria recíprocamente todo lo que uno y otro partido hubiesen conquistado desde el principio de la guerra en 1551 de este lado de los Alpes; que el ducado de Saboya, el principado del Piamonte, el pais de Bresse, y todos los demas territorios que antes estuvieran bajo el dominio de los duques de Saboya serian devueltos á Manuel-Filiberto luego de celebrado su enlace con Margarita de Francia, excepto las ciudades de Turin, Guiers, Pignerol, Chivas y Villanova, que continuaria poseyendo Henrique hasta que fuesen discutidas y juzgadas en arreglada justicia sus pretensiones á aquellas plazas por parte de su abuela; que mientras Henrique las retendria, podria Felipe poner guarniciones en las ciudades de Verceil y de Asti; que al punto evacuaría el rey de Francia todas las plazas que ocupaba en Toscana y en el territorio de Siena, y renunciaria todas sus pretensiones á ellas; que devolvería al duque de Mantua el marquesado de Montferrato; que perdonaria á los genoveses, y les cedería las ciudades que habia conquistado en la isla de Córcega; que los príncipes y estados á quienes se hiciesen estas cesiones no pedirían á sus vasallos cuenta alguna de la conducta que hubiesen

Artículos del tratado de paz.

Año 1559. observado bajo el mando de una potencia estrangera, y que se entregaria al olvido de todo lo pasado. En aquel tratado de paz, en clase de aliados, ó de Henrique ó de Felipe, fueron comprendidos el papa, el emperador, los reyes de Dinamarca, de Suecia, de Polonia, de Portugal, el rey y la reina de Escocia, y casi todos los príncipes y estados de la cristiandad (1).

La tranquilidad se restablece en Europa.

De esta manera vióse restablecida la tranquilidad en Europa, al paso que pareció quedaban enteramente destruidas las causas de discordia que por tanto tiempo tuvieron divididos á los poderosos monarcas de Francia y España, transmitiendo las querellas hereditarias de Carlos á Felipe y de Francisco á Henrique. Solo los franceses se quejaron de las desiguales condiciones de un tratado que aceptó con harta facilidad su soberano seducido por un ambicioso ministro que queria recobrar su libertad, y por una querida intrigante que deseaba satisfacer su resentimiento. Altamente clamaron contra la locura de ceder á los enemigos de la Francia ciento ochenta y nueve ciudades fortificadas tanto en los Países Bajos como en Italia, en cambio de las tres pequeñas plazas de San-Quintín, de Ham y de Catelet. Miraban como una afrenta indeleble para el honor nacional el renunciar aquellos vastos territorios, cuya defeasa era tan facil, que aun tras muchos años de victorias no se hubiera atrevido el enemigo á esperar arrancarlos de sus manos.

Ratificación de la paz entre Francia y España.

Mas sin consideracion á los sentimientos de su pueblo ni á las representaciones de su consejo ratificó Henrique el tratado y con la mayor fidelidad cumplió cuantas obligaciones contrajera. Trasládose á Paris el du-

(1) *Recueil des traités, t. II, p. 287.*

que de Saboya seguido de numerosa comitiva para celebrar su enlace con la hermana de Henrique, y á la misma corte fué enviado el duque de Alba al frente de una espléndida embajada para desposarse con Isabel en nombre de su señor. Fueron ambos recibidos con la mayor magnificencia; y en medio de los regocijos y de las fiestas que se hicieron en aquella ocasion, perdió Henrique la vida por un accidente extraordinario y ya sabido. Ascendió al trono su hijo Francisco II, príncipe niño todavía, de débil compleción y de espíritu mas débil todavía. Poco despues terminó Pablo su imperioso y violento reinado, enemigo de todo el mundo y descontento de sus mismos sobrinos, que perseguidos por Felipe y abandonados por el sucesor de Pablo, á quien con su crédito elevaron al trono pontificio, fueron condenados al suplicio que merecian su ambicion y sus maldades, siendo tan infame su muerte como criminal fué su vida. Asi casi á un mismo tiempo desaparecieron todos los personajes que desempeñaran los principales papeles en el gran teatro de la Europa. A esta época abrese un nuevo periodo de historia; otros autores pasan por la escena, animados por otras miras y otras pasiones; nuevas querellas suscítanse entre los príncipes, y nuevos sistemas de ambicion van á ocupar y agitar al mundo.

Año 1559.

Muerte de Henrique.

18 de agosto.

Al reflexionar acerca de las épocas de la historia mas fecundas en revoluciones, obsérvase que hay gran desproporcion entre los cambios que de ellas resultaron y los esfuerzos que lo produjeron. Las conquistas solo son rápidas y estensas en naciones cuyos progresos en el arte de gobernar son muy desiguales. Cuando Alejandro Magno, á la cabeza de un pueblo valiente, de sencillas costumbres, preparado á la guerra por ad-

Ojeada general sobre el reinado de Carlos Quinto.

Año 1559.

mirables instituciones, subyugó un estado enervado por el exceso del lujo y de la molicie; cuando Gengiskan y Tamerlan, capitaneando ejércitos de robustos bárbaros, desplomáronse sobre naciones debilitadas por el clima, el comercio y las artes; semejantes á torrentes impetuosos aquellos conquistadores destruyeron cuanto encontraron á su paso, sojuzgando los reinos y las provincias en el tiempo que necesitaban para atravesarlos. Pero no así hállause espuestos á las calamidades de una inesperada conquista los pueblos iguales en civilizacion é instruccion. Como casi estan en un mismo grado sus conocimientos, sus progresos en el arte de la guerra y su habilidad en política; entonces el destino del estado no depende de una sola batalla, pues en su constitucion interior tiene variados recursos. Un estado no es ademas el solo interesado en su defensa y conversacion; otras potencias intervienen en sus quereñas, y con sus ausilios contrarrestan las momentáneas ventajas que tal vez obtuvo uno de los dos partidos. Tras largas y sangrientas guerras hállanse aniquiladas todas las naciones rivales, ninguna vencida, y en fin hay que concluir una paz que deja á cada una á poca diferencia el mismo poder y el mismo territorio.

Tal fué el estado de la Europa durante el reinado de Carlos Quinto. Ningun príncipe era bastante superior á los demas en fuerzas para no encontrar resistencia alguna á sus esfuerzos, y obstáculos á sus conquistas. Ninguna nacion aventajaba á las otras en la ciencia de gobernar en términos de haber adquirido sobre ellas una superioridad muy marcada. Por su situacion y por su clima cada estado tenia sus ventajas y sus inconvenientes, y distinguíanse todos por algun carácter particular, ya en el espíritu del pueblo, ya en la

forma de su constitucion. Las ventajas que uno poseia eran equilibradas por circunstancias favorables á otros, combinacion de que resultaba nadie gozaba de una preponderancia que pudiese ser fatal á todos. En aquel siglo como ahora las naciones de la Europa formaban una gran familia; tenian rasgos comunes, que las asemejaban entre sí, y en cada una habia notorias diferencias que las distinguian; mas no se veia entre ellas esa gran diversidad de carácter y de genio que, en casi todos los períodos de la historia, ha hecho á los europeos tan superiores á los demas habitantes del globo, y parece destinó á los unos para mandar y á los otros para obedecer.

Mas aunque esa semejanza, esa casi entera igualdad en el estado de las varias naciones de la Europa impidió que el reinado de Carlos Quinto se señalase con conquistas tan vastas y rápidas como las que se leen en otras épocas de la historia; sin embargo durante su administracion los tres grandes reinos de esta parte del mundo sufrieron muy notable cambio en su politica, y estuvieron sometidos al influjo de ciertos sucesos que aun hoy no han perdido toda su actividad y continuan ejerciendo su influencia mas ó menos poderosa. En el reinado de Carlos Quinto y por medio de una serie de continuos esfuerzos que su audaz ambicion precisó á hacer á varios reinos de la Europa, adquirieron mas vigor en su constitucion interior, aprendieron á conocer sus recursos, su fuerza, y á hacerse temibles á los demas. Tambien durante aquel reinado fué cuando los diversos estados de la Europa, antes aislados y divididos, uniéronse tan intimamente unos á otros, que no formaron mas que un gran sistema político, colocándose cada cual en un rango en que se ha mantenido des-

Cambio notable en el estado de la Europa bajo el reinado de Carlos Quinto.

Año 1559. pues con una constancia que no debiera esperarse tras los muchos acontecimientos de dos siglos tan agitados.

Progresos de
la casa de Aus-
tria.

Contado los progresos y adquisiciones de la casa de Austria fueron mas considerables y al mismo tiempo mas marcados que los de las demas potencias. Ya en otra parte enumeré los vastos dominios que Carlos Quinto heredó de sus antepasados, asi austríacos como borgoñones y españoles (1); aumentolos con la corona imperial, y como si no bastase todavia, ensancháronse los límites del universo y sometióse á su autoridad un nuevo mundo. Con su abdicacion las provincias de la Borgoña y el reino de España con todas sus dependencias en el nuevo y en el antiguo hemisferio pasaron á Felipe; pero Carlos cedió estos estados á su hijo en bien diferente estado de aquel en que los recibiera. Habíanse aumentado con la adquisicion de nuevas provincias, y acostumbráronse los pueblos á obedecer á una administracion firme y vigorosa, y á esfuerzos tan costosos como continuos, casi no conocidos en Europa antes del siglo décimo sexto, y los cuales habíanse hecho necesarios para sostener la guerra entre naciones civilizadas. Las provincias de Frise, Utrecht y Overysseel, que comprara á sus antiguos propietarios, y el ducado de Gueldres, de que se apoderara, ya con las armas ya con los artificios de la negociacion, formaban aumentos muy importantes de los dominios de la casa de Borgoña. Dejáranle Fernando é Isabel todas las provincias de España, desde el fondo de los Pirineos hasta las fronteras de Portugal; pero como siempre estuvo en paz con este reino, no hizo ninguna adquisicion por aquella parte.

(1) Vol II, p. 1, 2.

Pero no habia dejado de estenderse el poder de Carlos en aquella porcion de sus estados. Triunfando en la guerra contra las comunidades de Castilla, elevó sus prerrogativas reales sobre las ruinas de los privilegios del pueblo. Es verdad que dejó subsistir el nombre de Cortes y las formas de sus asambleas; pero aniquiló casi enteramente su autoridad y jurisdiccion, y dióles nueva forma que las convirtió en consejo de servidores de la corona mas bien que en asamblea de los representantes del pueblo. Así mutilado uno de los miembros de la constitucion, era imposible que el mismo golpe no alcanzase al otro y no le arrebatase algo de su vigor. Con la destruccion del poder popular fué menos temible la fuerza aristocrática; y llevados los grandes por el espíritu guerrero de su siglo, ó fascinados con los honores que obtuvieron en la corte, agotaron sus caudales en el servicio militar ó siguiendo á la persona del soberano. Y no se recelaron, ó quizas no observaron los peligrosos progresos de la autoridad real que, dejándoles la vana distincion de eubrirse en presencia de su señor, les iba despojando del poder efectivo de que gozaban cuando formaban un solo cuerpo y obraban concertados con el pueblo. El afortunado éxito de Carlos en abolir los privilegios de las comunidades y en reprimir el poder de los nobles de Castilla, alentó á Felipe para atacar los derechos del reino de Aragon mas estensos todavía. Acostumbrados ya á la sujecion, prestaronle los castellanos su ayuda para imponer el mismo yugo á sus vecinos mas dichosos é independientes. La voluntad del soberano llegó á ser la ley suprema en todos los reinos de España; entonces aquellos príncipes á quienes ya no contenia en la combinacion de sus planes el recelo del pueblo

Año 1559.
Particularmente en España.

Año 1559. ni contrariaba en su ejecucion el poder de los nobles, halláronse en estado de formar grandes empresas y de reunir todas las fuerzas del estado para lograr su objeto.

Y en las de-
mas provincias
de Europa.

Mientras ensanchando las prerrogativas reales trabajaba Carlos para hacer á los monarcas de España señores absolutos en el interior, con sus adquisiciones exteriores aumentaba la dignidad y pujanza de su corona. Aseguró á la España la tranquila posesion del reino de Nápoles, que usurpára Fernando con artificio y conservara con trabajo. Reunió á la corona española el ducado de Milan, una de las provincias mas fértiles y pobladas de la Italia; y sin contar sus demas dominios sus sucesores quedaron los príncipes mas poderosos de aquella region, que por tanto tiempo fue el teatro donde los poderosos de la Europa disputábanse á porfia la superioridad. Cuando á consecuencia del tratado de Catrau-Cambresis hubieron los franceses retirado sus tropas de la Italia y renunciado á sus planes de conquista á la otra parte de los Alpes, creció el poder de los españoles, y mientras conservó algun vigor la monarquía pudieron sus soberanos ejercer el principal influjo en todos los acontecimientos de aquella parte de la Europa. Mas todos esos aumentos de autoridad fuera y dentro de los dominios, de que los reyes de España son deudores á Carlos Quinto, poco considerables son cotejados con sus adquisiciones en el Nuevo Mundo. No fueron provincias sino imperios lo que reunió á su corona. Los inmensos territorios que allí conquistó, los inagotables manantiales de riqueza que descubrió, y la ilimitada perspectiva que ofrecia en todos géneros tan grande descubrimiento, por precision debian escitar la actividad de su sucesor, aunque hubiese sido

menos ambicioso que Felipe, y hacerle mas emprendedor á la par que mas temible. Año 1559.

Mientras la primera rama de la casa de Austria elevábase á aquel grado de superioridad en España, la segunda, cuyo gefe era Fernando, adquiria tambien mucha importancia en Alemania. Formaban una potencia muy respetable los dominios hereditarios que hacia tiempo poseia aquella casa en Alemania, reunidos á los reinos de Hungría y de Bohemia que Fernando adquiriera con su enlace; y añadiéndoles la corona imperial, hallóse aquel príncipe dueño de mas estensos estados que no poseyera de muchos siglos ningun emperador, excepto Carlos Quinto. Felizmente para la Europa, el descontento que tuvo Felipe cuando su tio se negó á cederle la corona imperial, estorbó por algun tiempo que obrasen de concertados los príncipes de la casa de Austria, escitando entre ellos la envidia y algun odio. Pero su mútuo interés calmó gradualmente una rivalidad tan poco política; renació entre ellos la confianza, y fué el objeto de todas sus acciones el engrandecimiento de su casa; dieron y recibieron alternativamente los socorros que necesitaban para la ejecucion de sus planes, y los triunfos de cada uno acrecieron la consideracion é importancia de todos. Tan poderosa y ambiciosa familia bizose el blanco de la general envidia y temor; de modo que durante un siglo entero el objeto de todas las fuerzas y política de la Europa solo fué abatirla y contrariarla. Nada puede dar mejor idea del ascendiente que tomara en Europa la casa de Austria y del terror que inspiraba, que el considerar cuan formidable era todavia, cuando despues de haber aniquilado con esfuerzos extraordinarios y excesivos no fué la España mas que la sombra de un

Progresos de la rama alemana de la casa de Austria.

Año 1559. gran nombre, y cayeron sus reyes en la molición é imbecilidad. Tan á menudo aprendieran las naciones europeas á conocer la superioridad de sus fuerzas, y tan constantemente tuvieron que estar prevenidas contra ella, que el temor á aquella potencia habíase convertido en una especie de sentimiento habitual, cuya influencia duraba aun cuando ya no existian las causas que lo engendraron.

Adquisición de los reyes de Francia durante el reinado de Carlos Quinto.

Mientras con tanta fortuna estendía la casa de Austria sus dominios, pocos territorios adquiria la Francia: frustráranse todos sus proyectos de conquista en Italia; ningún establecimiento de consideracion formara en el Nuevo Mundo, y tras los poderosos y continuos esfuerzos de cuatro reinados sucesivos, los límites del reino eran á poca diferencia los mismos del tiempo de Luis XI. Mas, ya que no fuesen tan rápidos como los de la casa de Austria los progresos de la Francia en el aumento de su territorio, eran quizás mas seguros por la misma razon que menos bruscos y notables. La conquista de Calais quitó á los ingleses el poder de invadir la Francia sin esponerse á mayor riesgo, y liberó á los franceses del terror de un antiguo enemigo, que hasta entonces podia penetrar en todo tiempo en el reino y retardar ó frustrar la ejecucion de sus mas concertadas empresas contra las demas potencias. La importante adquisición de Metz cubria aquella parte de su frontera, antes muy débil y espuesta á un ataque. De esta manera, desde que obtuvo esas nuevas seguridades contra las tentativas exteriores, debióse reputar la Francia reino el mas poderoso de la Europa. Y efectivamente de todos los estados del continente es el mejor situado tanto para atacar como defenderse. Desde las estremidades del Atois hasta el fondo de los

Pirineos, y del canal Británico hasta las fronteras de Saboya y á las costas del Mediterráneo, estan unidos sus dominios y no se mezclan con los de ninguna potencia. Muchas de sus principales provincias, antes sometidas á grandes vasallos de la corona que frecuentemente estaban en guerra con su señor feudal, acostumbráronse entonces á reconocer la autoridad del rey y á obedecerle; y al hacerse miembros de la monarquía, sus habitantes tomaron los sentimientos de la nación á que habíanse incorporado, concurriendo con celo á cuanto importaba á su honor y poder. Pasara entero á la corona la autoridad y el crédito de que fueran despojados los nobles: despojo en que es cierto no fue admitido el pueblo, pues ningún nuevo privilegio obtuvo, ni adquirió mas estensa porcion en la legislación. Al procurar abatir sus grandes vasallos, no habian los reyes franceses consultado el interés del pueblo, sino únicamente pensado en ensanchar sus prerrogativas, y contentos con haberlos enteramente sometido á la autoridad de la corona, no cuidaron de librar á las municipalidades de la antigua dependencia en que les tenian los nobles á quienes estaban sometidas.

Al frente de un pueblo tan unido en su interior y tan fuerte contra los ataques esteriore, tenia un monarca derecho para concebir grandes empresas, y poder para ejecutarlas. Las guerras estrangeras, que casi sin interrupcion duraron desde el ascenso de Carlos VIII al trono, no solo habian mantenido y aumentado el espíritu belicoso de la nación, habituando á las tropas á las fatigas del servicio militar y acostumbrándolas al mismo tiempo á la obediencia; sino que tambien á su natural bravura añadieron la fuerza de la disciplina. Una nobleza valiente y activa, que

Año 1559.

se consideraba ociosa ó inútil cuando no se hallaba en campaña, que casi no conocía otros recreos que los ejercicios y los juegos militares, que no veía otro camino que la guerra para subir al poder, á la gloria ó á la opulencia, no podía sufrir que estuviese mucho tiempo inactivo su soberano. Ignorante el pueblo en las artes de la paz, siempre estaba pronto á tomar las armas á la primera señal de sus superiores; al paso que los gastos que exigían guerras muy largas y sostenidas en países lejanos, le acostumbraban á suportar impuestos que quizás parezcan leves si se comparan con la enorme carga de los tributos modernos, pero que se consideraran esorbitantes cotejándolos con los que se cobraban en Francia ó en cualquier otro estado de Europa antes del reinado de Luis XI. De este modo, hallándose los franceses de todas clases igualmente impacientes por ejercer su actividad y en estado de hacer grandes esfuerzos, las empresas y operaciones de la Francia debieron de ser tan formidables en Europa como las de la España. Las superiores ventajas de su situacion, la union compacta masa de su territorio, el particular estado de su constitucion política, todo concurría para hacerlas mas alarmantes y decisivas. Ejercía el rey absoluta autoridad sobre sus súbditos; el pueblo no conocía ni las ocupaciones ni las costumbres que engendran la aversion ó ineptitud para la guerra; y los nobles, aunque sometidos al grado de subordinacion necesaria en un gobierno regular, todavía conservaban fiereza y valor, efecto de su antigua independencia. Había subsistido el vigor propio de los tiempos del feudalismo, pero sin la anarquía que era su consecuencia; y los reyes de Francia podían valerse ventajosamente del guerrero ardimiento que aquella

antigua y singular institucion encendiera y mantenia todavia, sin esponerse á ninguno de los peligros ó inconvenientes inseparables de aquel sistema de politica cuando estaba en toda su validez. Año 1559.

En el estado que acabamos de describir es un reino capaz talvez de mayores esfuerzos militares que en una época en que haya adelantado la civilizacion; pero por muy temible y aun funesta que pudiese ser á las demas naciones semejante pujanza, las guerras civiles que estallaron entonces en aquella monarquia libraron á la Europa de las consecuencias que con razon hubiese temido. Mas de medio siglo turbaron la Francia aquellas intestinas querellas cuyo pretexto fué la religion, y la ambicion su causa, y en las cuales los gefes de las varias facciones hicieron á porfia alarde de grandes talentos, pero de cuyas resultas no manifestó el gobierno ni firmeza ni habilidad en una serie de mezquinos reinados. Aquellas turbulencias gastaron la fuerza interior del reino, cuendió el espíritu de anarquia entre los nobles, que estaban tan familiarizados con el espíritu de rebelion como eran enemigos de la sumision á las leyes; necesitóse luego un largo intervalo no solo para volver alguna energia á la nacion, sino tambien para solidar la autoridad del príncipe; y mucho tiempo transcurrió antes que pudiese la Francia dirigir toda su atencion á los negocios esteriore y sostener con todos sus recursos una guerra estrangera. Mucho distaba todavia de recobrar en Europa ese ascendiente que ha alcanzado despues de la administracion del cardenal de Richelieu, y cuya conservacion le aseguran la situacion y la estension de sus dominios, la naturaleza de su gobierno y el carácter de su pueblo.

Circunstancias que atajan los inmediatos efectos del poder de la Francia.

Año 1539.
 Progresos de
 la Inglaterra
 en cuanto á su
 situación inter-
 rior.

Mientras los estados del continente dilataban su poder y su influjo, por su parte trabajaba la Inglaterra con igual fortuna en acrecentar su fuerza interior y en perfeccionar su gobierno. Talvez sin llevar semejante intencion y seguramente su plan fijo, prosiguió Henrique VIII el proyecto de abatir la nobleza, cuya ejecucion ya principiara la politica de su padre Henrique VII. El orgullo y el capricho, calidades dominantes de su carácter, hicieron que emplease en la administracion de los negocios públicos con preferencia hombres nuevos, porque los hallaba mas dóciles ó menos escrupulosos; confióles la mas amplia autoridad, y aun los elevó á los puestos mas distinguidos en dignidad, con cuyo medio necesariamente debia ofender y degradar la antigua nobleza. Enagenando ó haciendo vencer los bienes eclesiásticos, cuyo producto dispóse con profusion igual á la codicia con que fueran invadidos, y concediendo á los antiguos propietarios de tierras el privilegio de vender sus bienes y de disponer de ellos por testamento, puso en circulacion un fondo de inmensas riquezas que antes estaban inactivas, y escitó asi el espíritu de la industria y del comercio, á quienes dió favorable impulso. Abrióse á las personas de todos estados la senda del crédito y de la riqueza. El súbito y excesivo aumento de la masa de dinero, que ocasionó en España el descubrimiento de la América, perjudicó en gran manera la industria nacional, al paso que el moderado acrecentamiento de la masa de las riquezas que circulaban en Inglaterra dió la vida al comercio, despertó la industria de la nacion, y la anició á útiles empresas. En Francia ganó la corona lo que perdió la nobleza; en Inglaterra los comunes partieron con el rey el despojo de los nobles; al

alquirir propiedades, tuvieron al mismo tiempo poder y consideración, principiaron á conocer su propia importancia, aumentaron por grados su influjo en el cuerpo legislativo, y sin que nadie, ni talvez ellos, previese el efecto de sus pretensiones, alcanzaron al fin esa poderosa autoridad á que debe y deberá la constitucion británica la conservacion de su libertad.

Al mismo tiempo que caminaba el gobierno ingles á su perfeccion, muchas eran las circunstancias que conrrian para variar su antiguo sistema político respecto á las potencias estrangeras y para introducir otras mas ventajoso al estado. No reconociendo la supremacia y jurisdiccion de la corte pontificia, ahorró la nacion considerables sumas que cada año se enviaban á Roma ya por dispensas ó indulgencias, ya por costear las peregrinaciones á paises estraños (1), ya para pagar las anulidades, las primicias y cien otros tributos que aquella ávida y artificiosa corte imponia á la credulidad de los pueblos. La idea de una jurisdiccion distinta del poder civil, y que no solo pretendia ser independiente de este sino aun superior, era por cierto un estraño absurdo en gobierno, propio para inquietar á los espíritus mezquinos y únicamente dirigido á perturbar la sociedad; pero enteramente abolida aquella heregía política, el gobierno quedó mas sencillo y res-

(1) Muy considerable debia de ser la pérdida que ocasionaban á la Inglaterra aquellos varios gastos, y las peregrinaciones por sí solas ya eran un objeto de consecuencia. En 1428 fueron nuevecientas diez y seis las personas que pidieron licencia para visitar el templo de Santiago de Compostela en España (*Rymer*, vol. X). En 1454 el número de peregrinos que pasaban al mismo lugar ascendió á dos mil cuatrocientos sesenta; en 1545 fueron dos mil y ciento (*Rymer*, vol. XI).

Año 1559. petable cuando ya no hubo rango ni estado que exceptuase á algunos ciudadanos de comparecer á los mismos tribunales y de ser juzgados por las mismas leyes que los demas.

Tocante á los asuntos del continente.

Con la pérdida de Calais fueron los ingleses echados del continente, y los proyectos de invadir la Francia quedaron tan quiméricos como perjudiciales habian sido. Primero por necesidad y despues por eleccion encerráronse las miras de la Inglaterra en los limites de su isla. Desvaneciése por fin aquel furor de conquista, que durante muchos siglos agitára la nacion y gastara sus fuerzas en guerras continuas é infructuosas, y aquellos ánimos, que hasta entónces no conocieran ni siquiera otra profesion que la guerra, aprendieron á buscar ocupacion en las artes de la paz, en lo que ganó tambien el estado. Debilitada la nacion por sus frecuentes expediciones al continente, cobró nuevas fuerzas; y cuando estraordinarias circunstancias la obligaron en lo sucesivo á tomar parte en guerras estraangeras, el vigor de sus esfuerzos fue tanto mayor como que estos mismos no eran mas que accidentales y de corta duracion.

Relativamente á la Escocia.

El mismo principio que movió á los ingleses á adoptar aquel nuevo sistema relativamente á las potencias del continente hizoles tambien variar su plan de conducta respecto de la Escocia, único estado estraangero que por su situacion local tenia con los ingleses tan íntimo enlace que reclamaba de su parte atencion casi continua. Renunciaron á su antiguo sistema, esto es, al proyecto de conquistar aquel reino, pues la naturaleza del país y el valor de sus robustos habitantes haciánlo, si no impracticable, muy peligroso alomenos; y parecióles preferible procurar asegurarse en Escocia influjo suficiente para libertar la Inglaterra

de todo temor por aquel lado. Con la pobreza nacional de los escoceses y la violencia de sus facciones era fácil aquel plan á un pueblo tan superior en fuerza y en riqueza. Fueron seducidos sus mas populares gefes, corrompidos los ministros y favoritos de la corona, y tomaron los ingleses tanto ascendiente en sus consejos que pronto las operaciones de la Escocia quedaron en su mayor parte sujetas á los intereses de la Inglaterra. Tan perfecta seguridad respecto de las potencias estranas, unida á las ventajas interiores de que gozaba aquel reino aumentó sobre manera su crédito y consideracion, al paso que el largo reinado de Isabel, á la par célebre por su sabiduria y firmeza, aceleró sus progresos y lo elevó rápidamente á ese grado de preponderancia que siempre ha conservado despues entre los estados de la Europa.

En el período, durante el cual sufrió tantas revoluciones la situacion política de las grandes monarquías, verificáronse tambien en los estados inferiores muy importantes cambios, de los cuales son ciertamente los mas notables los que efectuáronse en la corte de Roma, al mismo tiempo que sus consecuencias son muy serias y trascendentales.

En mi *Introduccion* ya espuse el origen de esa jurisdiccion espiritual que se arrogaron los papas como vicarios de Jesucristo, y conté los progresos de su autoridad como príncipes temporales. Antes del reinado de Carlos Quinto nada tendia á limitar ó moderar su poderío como la literatura y la filosofia, que empezaban entonces á renacer y cultivarse. No eran de mucha consideracion los adelantos de las ciencias, pues siempre es lenta su marcha, y es menester el transcurso del tiempo antes que se estienda su influjo sobre el

Cambio en la situacion política de las potencias inferiores de Europa.

La mas considerable revolucion del siglo XV en la corte de Roma.

Año 1559. pueblo y produzca efectos notables: no que la ilustracion no pueda por grados y tras larga serie de años hacer bambolear un sistema de falsa religion, pero no hay un solo ejemplo de que haya destruido enteramente uno solo. Es un instrumento harto endeble para demoler esos grandes edificios que alza la supersticion sobre profundos cimientos, y que sabe fortalecer con el arte mas refinado.

Rebelion
general contra
la doctrina de
la iglesia ro-
mana y el po-
der de los pa-
pas.

Otras eran las armas y mas formidable el impetu con que atacó Lutero la supremacia del pontifice, y á su empresa concurren el tiempo y la forma de su acontecimiento, y una multitud de circunstancias que ya hemos mencionado. Desvaneci6se de repente el encanto que durante tantos siglos habia fascinado á los hombres. El espíritu humano que por tanto tiempo estuviera tan ciegamente sumiso como si solo hubiese sido creado para creer lo que le enseñaban y hacer lo que le prescribian, súbitamente despertó de su letargo; antes de creer quiso ecsaminar, sintió todo el peso de sus grillos y pronto rompió el yugo que hasta entonces suportara. Esa fermentacion, tan extraordinaria inquietud de los ánimos, que mirada en la lontananza de los siglos parece inexplicable sino estravagante, era tan general que necesariamente deben de haberla producido causas naturales y poderosamente activas. Los reinos de Dinamarca, Inglaterra y Escocia, y casi la mitad de Alemania sacudieron el yugo de la dominacion pontificia, abolieron su jurisdiccion en sus dominios, y dieron fuerza de ley á formas de culto y á sistemas de doctrina, no solo independientes de la iglesia romana, sino aun contrarios á sus dogmas.

No se redujo ese espíritu de innovacion á los pueblos que abiertamente habianse revelado contra el pa-

pa, sino que cundió por toda la Europa y estalló en todos los países con mas ó menos violencia. Pronto penetró en Francia, donde hizo muy rápidos progresos, y en aquel reino era tal el número de los que abrazaron las opiniones de los reformistas, tan ardiente su celo, y tan eminente el talento de sus gefes, que poco despues osaron disputar la superioridad á la iglesia establecida y estuvieron á punto de conseguir la victoria. En todas las provincias de Alemania que continuaron reconociendo la supremacia papal y en los Países Bajos enseñábase en secreto la doctrina del protestantismo é hicieron tantos prosélitos, que estaban prontos á sublevarse y á los cuales solo el temor de la severidad del gobierno impidió que siguiesen el ejemplo de sus vecinos y se declarasen independientes. Tambien en España y en Italia notóse igual disposicion para romper las cadenas; muchos sugetos distinguidos por su saber y talento atacaron con tanta fuerza y desprecio las pretensiones que tenia el papa á la infalibilidad y al poder supremo, que fue menester toda la vigilancia de los magistrados civiles, todo el aparato de la autoridad pontificia y todo el rigor del tribunal de la inquisicion para reprimir y abogar semejantes disposiciones.

Con la desercion de tantos estados ricos y poderosos sufrió un funesto reves la grandeza y fuerza de la sede romana, pues perdiendo los pontífices una parte de sus dominios y de sus rentas, tuvieron menos recompensas para repartir á los eclesiásticos de aquellos varios territorios, que les eran adictos así por sus votos de obediencia como por los vínculos del interés, y á quienes empleaban como instrumentos para establecer ó sostener sus usurpaciones en todas las partes

Disminucion
de los domi-
nios del papa.

Año 1559. de Europa. Y precisamente las mismas naciones que rebelábanse entonces contra la jurisdiccion de los papas eran las que antiguamente le fueron mas fieles y sumisas. El imperio de la supersticion se diferencia de toda otra especie de dominio; su poder es mayor y halla mas ciega obediencia en los países muy distantes de la residencia del gobierno, mientras los que á ella estan vecinos pueden ver mejor las imposturas en que se funda y los artificios de que se vale para sostenerse. No podian ocultarse á los italianos los vicios ó defectos personales de los pontífices, los errores y corrupcion de su gobierno, la ambicion y la venalidad que reinaban en sus cortes, al paso que necesariamente disminuian aquel respeto que engendra la sumision. Mas en Alemania, en Inglaterra y en los países mas distantes de Roma ignorábanse absolutamente todas aquellas cosas, ó sabiéndose únicamente por tradicion eran muy leves las impresiones que producian. Así pues crecia en razon de la distancia la veneracion á la dignidad pontificia, y con esta consideracion, sostenida por una grosera ignorancia, eran los pueblos tan crédulos como obedientes. Ecsaminando los progresos de la dominacion de los papas, vése que en Alemania y en los demas países distantes de la Italia fué donde acometieron con mas fortuna las mas atrevidas empresas, impusieron tributos los mas onerosos, y ejercieron las mas odiosas vejaciones; de manera, que para calcular el poder que ha perdido la corte de Roma á consecuencia de la reforma es preciso poner en cuenta no solo el número, sino tambien el carácter de los pueblos que sacudieron el yugo; es menester que se considere no solo la gran estension de territorio de que se le ha despojado, sino aun la extraordinaria sumision

de los súbditos que ha perdido.

Año 1559.

La desercion de tantos estados y reinos no fué lo único con que contribuyó la reforma á menoscabar la pujanza de los pontífices romanos; sino que obligándoles á seguir un nuevo plan de conducta, aun respecto de las naciones que continuaron reconociendo su jurisdiccion, conocieron la necesidad de gobernarlas con mas dulzura y con nuevas máximas. Con un terrible ejemplo manifestóles la reforma que se puede agotar y llevar al extremo la paciencia y credulidad de los hombres, cosa que ignoraron hasta entonces. Al paso que temieron valerse de nuevo de su autoridad de un modo capaz de alarmar ó irritar los súbditos que les quedaban y escitarlos á la rebelion; vieron establecida en muchas regiones de la Europa una iglesia rival, atenta en azechar todas las faltas que talvez cometiesen en su administracion y ardiente en publicarlas. Sabian que las opiniones contrarias á su poder y usurpaciones no eran únicamente las de sus enemigos, sino que tambien habian cundido por los pueblos que aun les permanecian fieles. En vista de tales consideraciones, ya no podian los pontífices de Roma regir y dominar á sus sectarios como lo habian practicado en los tiempos de paz é ignorancia, en que era ciega la fé é ilimitada la suasion, en que los pueblos cual dóciles rebaños obedecian sin resistencia la voz del pastor. Desde la reforma, los papas han gobernado mas bien con la astucia y la intriga que con la autoridad, y aunque es el mismo el estilo de sus decretos, diferentes son sus resultados. Los mas inferiores reyezuelos se han burlado desde aquella época de esas bulas y entredichos que antes de la revolucion hacian temblar á los mas poderosos monarcas, y aquellas atrevidas decisiones, aque-

Los papas tienen que variar el espíritu de su gobierno.

Año 1559. Los actos de jurisdicción, que durante muchos siglos no solo se recibieron sin contradicción alguna sino que aun se veneraron como fallos de un tribunal sagrado, después de la insurrección de Lutero hubieran sido despreciados por una parte de la Europa como hijos de la necedad y arrogancia, y detestados por otra como excesos de impiedad é injusticia. Los papas han tenido que conformarse en administración con los principios de sus parciales y respetar las preocupaciones de su contrario. Raras veces se arriesgan á apropiarse nuevos derechos ó á defender con demanda obstinación sus antiguos privilegios, que tanto en su temor de irritar á sus mismos amigos; y evitan con sumo cuidado cuantas acciones pudiesen encender la indignación ó escitar la burla de sus enemigos. La política de la corte romana se ha vuelto circunspecta, tímida y cautelosa tanto como era antes temeraria y violenta; y aunque por razón de sus pretensiones á la infalibilidad, en las cuales estriba toda la autoridad de los papas, no pueden despojarse nunca de una jurisdicción que reclamaron y ejercieron, tiene alomenos la prudencia de dejar en inacción muchos de sus privilegios, temerosos de inoportunas tentativas para resucitarlos les arrebatan el resto del poder que aun disfrutaban. Antes del siglo décimo sexto, no se formaba empresa alguna de consideración de que no fuesen los papas los motores y los gefes; dirigían todas las grandes alianzas, eran reputados árbitros de los negocios de la cristiandad, y la corte de Roma era el centro de las intrigas y de las negociaciones políticas. Mas desde aquella época se han verificado las mayores operaciones sin que interviniesen los papas, que han caído casi al nivel de los demás reyezuelos de Italia, y aunque continúan arroján-

dose la misma jurisdiccion esperitual, no se atreven á ejercerla, y apenas conservan la sombra del poder temporal que antiguamente poseian. Año 1559.

Por muy fatal que haya sido á la pujanza de los pontífices la reforma, sirvió alomenos para introducir en la iglesia romana el estudio de las letras y de la moral. Animados por el deseo de igualar á los reformistas en las calidades que merecieran á estos el aprecio de los hombres, por la necesidad de adquirir los conocimientos necesarios para ponerse en estado de defender sus propias opiniones ó reputar las objeciones de sus adversarios, y por la emulacion natural entre dos iglesias rivales, aplicáronse los eclesiásticos romanos al estudio de las ciencias útiles, y cultiváronlas con tanta constancia y acierto que poco á poco lograron hacerse tan célebres por sus progresos en la literatura cuanto por mucho tiempo se distinguieran por su ignorancia. El mismo principio ocasionó una revolucion no menos notable en la conducta del clero de la iglesia romana. Varias causas, que ya se enumeraron, concurrieron á introducir entre aquellos eclesiásticos una escandalosa irregularidad, ó por mejor decir una disolucion de costumbres. Lutero y sus sectarios comenzaron sus ataques contra la iglesia de Roma por medio de violentísimas invectivas contra aquel escándalo; de manera que para acallar semejantes escritos, vióse el clero obligado á portarse con mas decencia y reserva. Los reformistas distinguíanse no solo por la pureza, sino tambien por la austeridad de sus costumbres, y en este particular gozaban de tan bien sentada reputacion, que pronto hubieran los eclesiásticos romanos perdido toda especie de crédito, si no hubiesen procurado conformarse á su ejemplo en lo posible. No ignoraban que todas sus ac-

La reforma contribuye á perfeccionar en la iglesia la moral y las ciencias.

Año 1559. ciones hallarian en los protestantes, á la par animados por la enemistad y emulacion, observadores atentos y severos, que no perderian de vista ninguna de sus faltas, las juzgarian sin indulgencia y las proclamarian sin consideracion. Por esto cuidaron tanto no solo de evitar todos los excesos que pudiesen merecer reprehension, si que tambien de adquirir virtudes dignas de estimacion y elogio. En España y Portugal, donde el tiránico mando de la inquisicion ahogó en su origen la doctrina protestaante, ha sido invariable el espíritu del papismo, ha progresado muy poco la literatura, y se ha conservado casi igual el carácter de los eclesiásticos. Mas en los países, donde han vivido juntos los partidarios de ambas doctrinas ó han mantenido entre sí libre y no interrumpida comunicacion acerca puntos de comercio ó literatura, vése claramente que se operó una gran revolucion asi en las ideas como en las conducta de los eclesiásticos papistas. Las costumbres del alto clero y de los eclesiásticos seculares de Francia se han revestido de ejemplar decencia, y muchos de ellos hanse distinguido con virtudes y calidades que pueden honrar á su estado.

Efectos de la reforma en el carácter de los papas.

No solo los miembros inferiores de la iglesia romana esperimentaron el influjo de la reforma, pues se extendió hasta la misma sede y los soberanos pontífices. En aquel tiempo en que no conocian límites el poder de los papas y la veneracion de los pueblos á su carácter, en que no tenian adversarios atentos en observar sus costumbres y ardientes en publicarías, hubo los que ultrajaron el decoro y la misma moral, sin que osase levantarse contra ellos la voz pública; pero hoy aquellos excesos serian censurados con la mayor severidad y escitarian universal horror é indignacion. En vez de

afanarse en imitar la elegancia y esplendor de las cortes de los príncipes temporales y en escederlas en licencia, procuran los pontífices revestirse de costumbres austeras y adecuadas á la dignidad sacerdotal. Dos siglos hace que no ha manchado la silla de **S. Pedro** ningun pontífice semejante al infame **Alejandro VI** ó á muchos de sus predecesores, que con sus vicios deshonraron la religion y la humana naturaleza. En esta larga serie de papas ha reinado en la corte de **Roma** una decencia y gravedad desconocida en los siglos anteriores, al paso que muchos de estos pontífices se han hecho recomendables por las virtudes á su estado convenientes, y algunos con su beneficencia, moderacion y aficion á las letras en cierto modo han indemnizado á la humanidad de los crímenes y vicios de sus antecesores. Asi las ventajas que produjo la reforma fueron mas vastas que lo que tal vez se juzgaria si se mirase este asunto de una manera superficial; y aquella gran revolucion en la **Iglesia** cristiana sirvió en gran parte para purificar las costumbres, generalizar la aficion al estudio é inspirar amor á la humanidad. La historia ha conservado la memoria de tantos acaccimientos vergonzosos ocasionados por querellas religiosas, que se siente un agradable placer al ver que brotan algunos efectos útiles y saludables de un manantial que tantas horribles calamidades produjo.

La república de **Venecia**, que á principios del siglo décimo sexto pareció tan formidable que se unieron para destruirla casi todas las potencias europeas, cada día veia menguar su esplendor y su pujanza. No solo perdió la mayor parte de su territorio en la guerra que motivó la liga de **Cambrai**, sino que tambien habíanse agotado sus rentas y recursos con los extraordinarios

Estado de la
república de
Venecia.

Año 1559. y prolongados esfuerzos que tuvo que hacer para defenderse; y además el comercio, que fuera el manantial de su poder y riqueza, comenzaba á decaer sin esperanza de realzarse nunca. No se ocultaron á la sagacidad del senado de Venecia, pero no pudo prevenirlas, todas las funestas consecuencias que debian resultar á la república del descubrimiento de un paso á las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza; y queriendo impedir que los portugueses se estableciesen allí, aquella república no solo escitó á los soldanes de Egipto y á los emperadores otomanos contra tan peligrosos aventureros, sino (1) que hasta dió en secreto concilios á los infieles para favorecer su empresa, esfuerzos que quedaron sin efecto. Vencieron esos obstáculos el valor y la actividad de los portugueses, que se establecieron sólidamente en las fértiles regiones de la India, y adquirieron allí á la par vastos territorios y crédito mas estenso. Lisboa reemplazó á Venecia y se convirtió en mercado de las preciosas producciones del Oriente, y los venecianos, despues de haber ejercido por muchos años el monopolio de aquel rico tráfico, víéronse de repente casi del todo escluidos de él. No menos funestos á los ramos inferiores del comercio de Venecia fueron los descubrimientos de los españoles en el mundo occidental. No se habian corregido los capitales defectos de la constitucion de aquella república, que ya se observaron, y en vez de disminuir aumentábase cada dia los obstáculos que tenia que superar en todas sus empresas. Eshaustas las fuentes de donde sacára sus tesoros y su poder, perdió el estado su fuerza interior, y por consiguiente fueron menos te-

(1) Freher. *Script. Rer. Germanic* vol II, p. 529.

mibles sus operaciones esterioras. Mucho antes de mediados del siglo décimo sexto cesó Venecia de ser una de las principales potencias de la Europa, quedando reducida á un estado subalterno; pero como el senado supo ocultar aquel menoscabo de su poder aparentando prudencia y precaucion, como no hizo ninguna tentativa temeraria que pudiese manifestar su impotencia; como las señales de la decadencia política de un estado solo lentamente se notan, y raras veces las echan de ver los estados vecinos bastante pronto para ocasionar un repentino cambio en su conducta respecto de aquel, Venecia continuó por mucho tiempo considerada y respetada, y todavia se la trataba no segun su actual situacion, sino conforme al rango que antes ocupara. En todas sus empresas, Carlos Quinto y sus rivales los reyes de Francia solicitaban con ahinco la asistencia de aquella república; y hasta últimos del mismo siglo fue no solo objeto de atencion, si que tambien uno de los principales focos de las intrigas políticas y de las negociaciones.

La autoridad que el primer Cosme de Médicis y su nieto Lorenzo habian adquirido en la república de Florencia con su magnificencia y talento, inspiró á sus descendientes la ambicion de usurpar la soberania de su patria, y al mismo tiempo les abrió el camino. Habiendo Carlos puesto á Alejandro de Médicis al frente de la república, los intereses y el poder de aquella familia solidáronse con la validez y crédito de la proteccion imperial. Supo valerse de semejantes ventajas su sucesor Cosme, que estableció su autoridad suprema sobre las ruinas de la antigua constitucion republicana, y la traspasó á sus descendientes con el título de grandes duques de Toscana; y sus dominios se

De la Toscana.

Año 1559. compusieron de los territorios que habian pertenecido á las tres repúblicas de Florencia, Pisa y Siena, formando uno de los mas respetables estados de la Italia.

De los duques de Saboya.

A principios de aquel siglo, los duques de Saboya poseian algunos territorios que ni eran considerables por su estencion ni por su importancia; y habiéndose los franceses apoderado de parte de ellos, obligaron al duque reinante á buscar un asilo en la fortaleza de Niza, donde permaneció encerrado muchos años, mientras su hijo, el príncipe del Piamonte, procuraba realzar su fortuna sirviendo en clase de voluntario en los ejércitos de España. El tratado de Cateau-Cambresis le devolvió sus estados paternos que por todas partes estaban circuidos de poderosos vecinos, cuyos movimientos debian con la mayor atencion observar los duques de Saboya, ya para evitar el riesgo de que los sorprendiese ó arruinase alguno de ellos, ya tambien para hallarse en estado de elegir con discrecion el partido que les convenia adoptar en las querellas en que necesariamente deben comprometerse. Parece que tan singular situacion ha influido en gran manera en el carácter de los duques de Saboya. La necesidad de vigilar incesantemente á su alrededor, de tener en movimiento los resortes de su poder y de permanecer en continua actividad ha hecho que, entre todos los príncipes conocidos en la historia, sean los que mas sagacidad han manifestado en discernir sus verdaderos intereses, mas firmeza en sus resoluciones y mas habilidad en aprovechar todas las circunstancias. Por medio de sucesivas adquisiciones han sabido estos príncipes ensanchar su dominio y dilatar su poder; aspirando al fin al título de rey, hace medio siglo que lo han obtenido, y hoy ocupan un distinguido lugar entre los soberanos de la Europa.

Durante el primer período del siglo décimo sexto los territorios que forman la república de las Provincias Unidas confundianse con las numerosas provincias sometidas á la casa de Austria, y eran de tan poca consideracion, que apenas se ofreció una sola ocasion de hablar de ellas en todo el activo período que es el asunto de esta historia; pero, despues del tratado de Cateau-Cambresis, las violentas y supersticiosas máximas de la administracion de Felipe, puestas en práctica por el duque de Alba con desapiadado rigor, de tal modo irritaron á los pueblos libres de los Países Bajos, que sacudieron el yugo español y restablecieron las leyes y la libertad de que gozaban antiguamente, defendiéronlas con tan infatigable celo que, ocupando durante medio siglo las armas de España agotó las fuerzas y oscureció la gloria de aquella monarquía, y obligaron finalmente á sus antiguos señores á reconocerles y tratarles como nacion libre é independiente. Fundado en la libertad y sostenido por la industria y economía, aumentaba aquel estado su reputacion ya mientras luchaba por su existencia; mas cuando á favor de la paz y de la seguridad pudo ensanchar sus miras y su comercio, llegó á ser una de las mas respetables é intrépidas potencias de la Europa.

Poco es el lugar que han ocupado en el curso de esta historia los acontecimientos concernientes á los reinos del norte de la Europa.

La Rusia estaba aun sumergida en la obscuridad y la barbarie, de que no ha salido sino hasta principios del presente siglo, gracias al genio creador de Pedro el Grande que á hecho que el resto de la Europa conociese y temiese á su reino.

Durante el reinado de Carlos Quinto Dinamarca y

Año 1559.
De las provincias Unidas.

De la Rusia.

De Dinamarca.

AÑO 1559.
ca y de la Sue-
cia.

Suecia experimentaron grandes revoluciones en la constitucion civil y eclesiástica de su gobierno. En Dinamarca fué destronado y echado del reino un tirano, y la voz del pueblo llamó al trono un nuevo príncipe. Vióse en Suecia un pueblo belicoso, escitado por la crueldad y la tiranía á tomar las armas, sacudir el yugo de los daneses, y conferir la dignidad real á su libertador Gustavo Ericson que tenia todas las virtudes de un héroe y de un ciudadano.

La Dinamarca, aniquilada por guerras extranjeras, debilitada por las disensiones que se suscitaran entre el rey y los nobles, se halla incapaz de los esfuerzos necesarios para recobrar el ascendiente que mucho tiempo ha perdió en el norte de la Europa.

Apenas se vió la Suecia libre de una dominacion extranjera, comenzó á reparar sus fuerzas, y adquirió en breve tal energia en su constitucion interior, que ha llegado á ser el primer estado del norte. Desde principios del siglo décimo séptimo se ha elevado á uno de los primeros rangos entre las potencias de Europa, al paso que desempeñado la parte principal en la formacion y prosecucion de esa poderosa alianza que protegió no solo la religion protestante, sino tambien la libertad de la Alemania contra la supersticion y ambicion de la casa de Austria.

FIN.

- id.* — La dieta le envía una lista llena de quejas, 228. — Qué se pensó en Roma de su proceder respecto de los reformistas, 230.
- Africa*: derrota de las tropas españolas enviadas á Africa contra Barbaroja por el cardenal Jimenez, II, 38.
- Aigues-mortes*: entrevista del emperador Carlos y de Francisco I en aquella ciudad, III, 133.
- Aquisgran ó Aix-la-Chapelle*: coronacion de Carlos Quinto en aquella ciudad, II, 81. — Fernando su hermano es allí coronado rey de Romanos, III, 45.
- Atarcon* (Don Fernando de): Francisco I, prisionero en la batalla de Pavia, es confiado á su custodia, II, 249. — Le conduce á España, 260. — Lo pone en libertad á consecuencia del tratado de Madrid, 277. — Va á Francia como embajador para hacer que se ejecute el tratado, 293. — El papa Clemente VII, prisionero de los imperiales, es confiado á su custodia, 313.
- Albania* (Juan Stuart, duque de): manda el ejército francés que Francisco I envía para apoderarse de Nápoles, II, 244.
- Alba* (el duque de): abraza el partido de Fernando de Aragon en su disputa con el archiduque Felipe tocante á la regencia de Castilla, II, 9. — Obliga al delfin á levantar el sitio de Perpignan, III, 210. — Preside el consejo de guerra que condena á muerte al elector de Sajonia, IV, 20. — Retiene prisionero al landgrave por orden del emperador, 29. — Bajo la direccion del emperador manda el ejército destinado contra la Francia, 155. — Es nombrado general en jefe en el Piamonte, IV, 198. — Entra en territorio del papa, y se apodera de la campiña de Roma, 242. — Ajusta tregua con el papa, 243. — Negocia la paz con el cardenal Caraffa entre Felipe y el papa, 267. — Va á Roma para pedir perdon de sus hostilidades, 268. — Es enviado á Paris para pedir, en nombre de Felipe, la mano de la princesa Isabel, 305.
- Alberto de Brandeburgo*, gran maestro del orden Teutónico: hácese sectario de la doctrina de Lutero, II, 288. — Obtiene de Segismundo, rey de Polonia, la investidura de la Prusia ducal, *id.* — Es desterrado del imperio, *id.* — Traspasa la Prusia á su familia, *id.* — Manda una division en favor de Mauricio, duque de Sajonia, y procura restablecer su independencia, IV, 118. — Derrota y hace prisionero al duque de Aunale, y se reúne al emperador delante de Metz, 156. — La cámara imperial le condena por haber escusado contribuciones en los obispados de Bamberg y Wurtzburgo, 164. — Liga formada contra él, 165. — Es batido por Mauricio, *id.* — Segunda vez derrotado por Henrique de Brunswick, 167. — Es arrojado de Alemania y muere desterrado, 168. — Sus estados son devueltos á sus herederos colaterales, *id.*
- Alberto*, elector de Maguncia; encargado de la publicacion de las indulgencias en Alemania, II, 85.

Alejandro VI, papa: observaciones acerca de su pontificado, II, 110.

Alejandro de Médicis. Véase *Médicis*.

Argel: es tomada por Barbarroja, III, 78. — Se apodera de ella un hermano del mismo nombre después de muerto aquel, 79. — La Puerta toma á Argel bajo su protección, 80. — Gobierna allí Has-sen Aga durante la ausencia de Barbarroja, 194. — La sitia Carlos Quinto, 198. — Los temporales le precisan á levantar el sitio, 200.

Alemania: su estado cuando el fallecimiento del emperador Maximiliano, II, 50. — Carlos, rey de España, y Francisco I, rey de Francia, decláranse aspirantes á la corona imperial, 52. — Razones que alegan á favor de sus pretensiones, 52, 53. — Miras é intereses de los demás estados de la Europa respecto de los competidores, 55. — Espone sus pretensiones Henríque VIII, rey de Inglaterra, 56. — Pero desiste luego de ellas, *id.* — Tambien el papa se interesa en la eleccion de emperador, 57. — Aviso de Leon X á los príncipes de la Alemania, *id.* — Abrese la dieta en Francofort, 58. — A quien incumbe el derecho de elegir emperador, *id.* — Motivos de los electores, 59. — Ofrecen el imperio á Federico de Sajonia, *id.* — Federico lo renuncia, y porque, 60. — Es elegido Carlos, 62. — Confirma la capitulacion de los privilegios germánicos, 63. — Parte á la Alemania, 70. — Es coronado en Aquisgran, 81. — Martín Lutero da principio á la reforma en Alemania, 83. — Como se recibió la bula de excomunion lanzada contra él, 103. — Usurpaciones del clero en Alemania relativamente á las investiduras, 17. — Casi solo se compone de estrangeros, 119. — El papa provee á todos sus beneficios, 120. — Medio infructuoso de los emperadores para limitar este poder del papa, 121. — Grandes progresos de la doctrina de Lutero, 124. — Quejas de los campesinos de la Alemania, 278. — Sedicion de Suabia, 280. — Memorial en que espone sus querelias, *id.* — Es apaciguada, 281. — Otra sedicion en la Thuringia, 282. — De qué manera se hizo tan formidable en Alemania la casa de Austria, 316. — Procedimientos para con la reforma, *id.* — Grandes progresos de esta, III, 34. — Fernando, rey de Hungría es elegido rey de romanos, 45. — La religion protestante se establece en Sajonia, 147. — Y en el Palatinado, 257. — La liga de Smalkalde levanta un ejército contra el emperador, 255. — Sus gefes son desterrados del imperio, 289. — Dispersion del ejército protestante, 306. — El emperador impone el *Interim*, IV, 50. — Mauricio de Sajonia levanta un ejército y se declara por los protestantes, 100. — Los mismos príncipes católicos le favorecen en su empresa, y porqué, 133. — Tratado de Passau entre el emperador y Mauricio de Sajonia, 140. — Tregua entre el emperador y Henrique II, rey de Francia, 235. — Carlos cede la corona imperial á su hermano Fernando, 246.

Abraschild, hermano de Muley Hossen, rey de Tunez, solicita

- contra estela proteccion de Barbarroja, III, 81. — Este le es traidor, *id.*
- Amerstorff*, gentilhomme holandés: Carlos V lo nombra cónlega del cardenal Jimenez en la regencia de Castilla, II, 36.
- Anabaptistas*: origen de esta secta, III 61. — Sus principales dogmas, 62. — Se establece en Munster, 63. — Carácter de sus gefes, *id.* — Se apoderan de Munster, *id.* — Establecen allí nueva forma de gobierno, 64. — Eligen rey á Boccold, 67. — Sus prácticas licenciosas, *id.* — Confederacion de los príncipes de la Alemania contra ellos, 69. — Son bloqueados en Munster por el obispo de aquella ciudad, *id.* — Gran mortandad de estos sectarios en la toma de Munster, 71. — Su rey es condenado á muerte, *id.* — Carácter de aquella secta despues de aquella época, 72. Véase *Matias Boccold*.
- Angleria*: citase su autoridad en prueba de las vejaciones que ejercieron en Flandes los ministros de Carlos V, II, 47.
- Anthil*: (el príncipe de) sigue la doctrina de Lutero, II, 224.
- Anualidades* ó *annatas* de la corte de Roma; y lo que son, II, 123.
- Aragon*: como Fernando tomó posesion de este reino, II, 2. — Los estados de Aragon reconocen el título que el archiduque Felipe tenia á la corona, 3. — Antigua enemistad entre este reino y Castilla, 6. — La habilidad de Fernando reúne la Navarra á aquella corona, 18. — Llegada de Carlos Quinto, 47. — Los estados se convocan en nombre del Justicia, pero no en el de Carlos, 48. — Conducta refractaria de los aragoneses, *id.* — No quieren restituir la Navarra, 49. — D. Juan de Lanuza es nombrado regente al partir Carlos á la Alemania, 70. — D. Juan escita turbulencias en Aragon, 200. — Moderacion de Carlos Quinto para con los sediciosos á su llegada á España, 201. Véase *España*.
- Ardrés*: entrevista de Francisco I y de Henrique VIII en esta ciudad, II, 80.
- Asturias*: Carlos, hijo de Felipe y de Juana, es reconocido príncipe de Asturias por las cortes de Castilla, II, 14.
- Augsburgo*: dieta convocada por Carlos Quinto en esta ciudad, III, 39. Entrada pública del emperador, *id.* — La confesion de fé llamada confesion de Augsburgo, compuesta por Melancton, 40. — Resuelto proceder de los príncipes protestantes en Augsburgo, 41. — Cambio violento en la forma de su gobierno que se sujeta á la autoridad del emperador, IV, 57. — Segunda convocacion de la dieta, 37. — Intimidada las tropas españolas con que la rodea el emperador, 38. — Este restablece el culto de la iglesia romana en los templos de Augsburgo, 38. — Por órden del emperador, la dieta pide al papa que vuelva el concilio á Trento, 44. — El emperador propone á la dieta un sistema de teología, 50. — Sin estar autorizado, el arzobispo de Maguncia declara que la dieta da su consentimiento para aquel sistema, *id.* — La forma de gobierno de aquella ciudad es

alterada y sometida al emperador, 57. — Reúnese de nuevo la dieta, 72. — Pronúnciase con el emperador contra la ciudad de Magdeburgo, 79. — Es tomada la ciudad por Mauricio de Sajonia, 119. — Otra dieta celebrada por Fernando en Augsburgo, 204. — El cardenal Moron asiste á ella como nuncio del papa, 206. — Moron regresa á Italia con motivo de la muerte del pontífice, 207. — Decreto de la dieta tocante á las materias religiosas, 210. — Observaciones acerca de este acto, *id.*

Austria: medios con que la casa de Austria se hace tan formidable en Alemania, II, 36. — Posesiones extraordinarias que adquiere en la persona de Carlos Quinto, IV, 308.

Avila: tratado que en esta ciudad firman los descontentos de España, II, 174. — En ella se forma una confederacion con el nombre de la *Santa Liga*, *id.* — Esta no reconoce la autoridad de Adriano, *id.* — Se traslada á Tordesillas, 175. Véase *Junta*.

B.

Barbarroja (Aruc ú Horuc): como asciende al trono de los reinos de Argel y Tunez, II, 38. — Derrota las tropas españolas que contra él envia el cardenal Jimenez, *id.* — Quienes eran sus padres, III, 77. — Comienza siendo pirata con su hermano Chairadin, *id.* — Como adquiere la posesion de Argel, 78. — Infesta las costas de España, 79. — Es vencido y muerto por Gomez, gobernador español de Oran, *id.*

Barbarroja (Hayradin ó Chairadin), hermano del precedente: toma posesion de Argel despues de muerto su hermano, III, 79. — Pone sus dominios bajo la proteccion del gran Señor, 80. — Obtiene el mando de la escuadra turca, *id.* — Su perfidia con Alraschid, hermano del rey de Tunez, 81. — Se apodera de Tunez, 82. — Roba y saltea los mares, 83. — Prepárase para recibir las luizas que contra él arma el emperador, 85. — Toma de la Goleta y de la escuadra de Barbarroja, 86. — Carlos Quinto lo derrota, 88. — Toma de Tunez, 89. — Barbarroja desembarca en Italia, 219. — Quema á Reggio, *id.* — Sitia á Niza de acuerdo con la Francia, pero tiene que retirarse, 220. — Francisco I, le despide, 231.

Barcelona: entrada pública del emperador Carlos Quinto en esta ciudad como conde de Barcelona, III, 31. Véase *Bolonia*.

Bayardo (el caballero): su carácter, II, 146. — Defiende valerosamente la ciudad de Mezieres sitiada por los imperiales, *id.* — Les obliga á levantar el sitio, *id.* — Nobleza de sus sentimientos en la hora de su muerte, 221. — Pompa fúnebre de aquel respetable guerrero, 222.

Bellay, (M. de): refutado en lo que refiere de la educacion de Carlos Quinto, II, 21, nota. — Su relacion de la fatal retirada de



- Carlos Quinto tras su invasion en Provenza, III, 121.
- Berberia*: sucinta relacion de las revoluciones de este pais, III, 77. — Como se dividió en reinos independientes, *id.* — Acrecentamiento de los estados berberiscos, 79, 80. Véase *Barbarroja*.
- Biblia*: traduccion de la Biblia por Martin Lutero, y los efectos que produjo ilustrando al pueblo, II, 223.
- Bivocca ó Bicoque*: batalla entre Colonna y el mariscal de Lautrec, II, 159.
- Boccol ó Benkels* (Juan), mancebo sastre: asciende á gefe de los anabaptistas en Munster, III, 63. — Sucede á Matias en la direccion de los negocios de su secta, 66. — Su estravagante entusiasmo, *id.* — Es elegido rey, 67. — Se casa con catorce mugeres, 68. — Corta la cabeza á una de ellas, 70. — Su cruel muerte cuando la toma de Munster, 71. Véase *Anabaptistas*.
- Bohemia*: el archiduque Fernando es elegido rey de Bohemia, II, 315. — Viola los privilegios de los Bohemios, IV, 35. — Juan Hus y Jerónimo de Praga introducen en ella la reforma, *id.* — Los Bohemios levantan un ejército, pero se dejan entretener con negociaciones.
- Boisy*. Véase *Gouffier*.
- Bonnivet*, almirante de Francia: es nombrado general del ejército que debe apoderarse de Milan, II, 212. — Su carácter, *id.* — Con un imprudente retardada á Colonna tiempo para defender la ciudad, 213. — Es obligado á evacuar el Milanesado, 220. — Es herido, y su ejército derrotado por los imperiales, 221. — Escita á Francisco I á apoderarse del Milanesado, 238. — Le aconseja que sitie Pavia, 241. — Le persuade que presente batalla al condestable de Borbon que venia al socorro de Pavia, 246. — Perece en la batalla de Pavia, 248.
- Bolonia*: entrevista del emperador Carlos Quinto y del papa Clemente VII en esta ciudad, III, 31. — Tratado de Carlos Quinto con los estados de Italia publicado en la misma, 34. — Segunda entrevista de Carlos y de Clemente en la misma, 51.
- Bouillon* (Roberto de La Marek, señor de): instigado por Francisco declara la guerra al emperador Carlos, II, 144. — Recibe de Francisco orden de licenciar sus tropas, 145. — Sus dominios sujetos al emperador, *id.*
- Bolonia*: sitiada por Henrique VIII, rey de Inglaterra, III, 237. — Toma de esta ciudad, 245.
- Borbon* (Carlos, duque de): su carácter, II, 207. — Causas de su descontento, *id.* — Muerte de la duquesa de Borbon, 208. — Desecha las ofertas de Luisa, madre del rey, *id.* — Son secuestrados sus dominios por efecto de las intrigas de aquella princesa, 209. — Negocia secretamente con el emperador, *id.* — Es comprendido en un tratado entre el emperador y Henrique VIII, 210. — La rey la

acusa de traición y él lo niega, 211. — Refugia se en Italia, 212. — Dirige las operaciones del ejército imperial mandado por Lannoi, 219. — Derrota á los franceses á las márgenes del Sessia, 221. — Escita á Carlos Quinto á invadir la Francia, 234. — Socorre á Pavia, 244. — Derrota á Francisco y lo hace prisionero, 247. — Parte súbitamente á Madrid para mirar por sus intereses en la entrevista de Carlos y Francisco, 262. — Graciosa acogida que Carlos le dispensa, 269. — Obtiene una donacion del ducado de Milan y el mando del ejército imperial, 270. — Obliga á Sforzia á que le entregue Milan, 296. — Se ve precisado á oprimir al milanés para apaciguar sus tropas que murmuraban de la falta de su sueldo, 300. — Concede libertad á Moron, y le hace su confidente, 301. — Nombra gobernador de Milan á Antonio de Leyva, y avanza hácia el territorio del papa para apoderarse de él, 302. — Sedicion de sus tropas, á las cuales no se habia cumplido lo pactado, 303. — Resuelve saquear á Roma, 307. — Llega á aquella capital y la toma por asalto, 309. — Perece en la toma de la ciudad, 310.

Brandeburgo (el elector de): sigue las opiniones de Lutero, II, 224.

Brandeburgo. (Alberto de) Véase *Alberto*.

Brujas: liga firmada en aquella ciudad contra la Francia entre el emperador y el rey de Inglaterra, II, 146.

Brunswick (el duque de): sigue la doctrina de Lutero, II, 224.

Brunswick (Henrique de): echado de sus estados por los príncipes protestantes que formaban la liga de Smalkalde, III, 225. Levanta tropas para Francisco I, y las emplea en el recobro de sus dominios, 256. — Le hacen prisionero, *id*.

Buda: sitio de esta ciudad por Fernando, rey de Romanos, III, 191. — Soliman la toma á traición, 192.

C.

Cajetand, cardenal, legado del papa en Alemania: nombrado para examinar la doctrina de Lutero, II, 95. — Escribe que Lutero se retracte de sus opiniones, *id*. — Pide al elector de Sajonia que le entregue ó destierre á Lutero, 96. — Justifícase su conducta, 97.

Calais: congreso infructuoso celebrado en esa ciudad entre el emperador y Francisco bajo la mediacion de Henrique VIII, II, 147. — Descuido con que se custodiaba en tiempo de la reina Maria de Inglaterra, IV, 274. — Felipe y el gobernador lord Wentworth en vano esponen que aquella ciudad no se halla en estado de defenderse, *id*. — El duque de Guisa la sitia y la toma, 275. — Son echados los habitantes ingleses, 276. — Estipulacion concerniente á ella en el tratado de Catean-Cambresis. 301.

- Cambrai*: artículos de la paz firmada en esta ciudad entre Carlos Quinto y Francisco I, III, 25. — Observaciones sobre aquel tratado, *id.*
- Campe*: paz de *Campe* entre Henrique VIII y Francisco I, III, 284.
- Campege* ó *Campeggio*, cardenal: legado del papa Clemente VII en la segunda dieta de Nuremberg, II, 231. — Publica algunos artículos para la reforma del bajo clero, 232. — Aconseja al emperador que use de rigor contra los protestantes, III, 41.
- Capitulacion* del cuerpo germánico firmada por Carlos Quinto y prescrita á todos sus sucesores, II, 63.
- Carácter de los hombres*: reglas para formar de ellos un exacto juicio, III, 265, 266. — Aplicadas con motivo de Lutero, *id.*
- Caraffa*, cardenal: su precipitada eleccion al cardenalato, IV, 218. Legado en Bolonia, *id.* — Motivos de su resentimiento contra el emperador, 219. — Persuade al papa á solicitar una alianza con la Francia contra el emperador, 221. — Insidiosa comision de que se encarga para la corte de Francia, 237. — Su entrada pública en Paris, 238. — Ecsorta á Henrique á que rompa la tregua con el emperador, *id.* — Le absuelve de su juramento, 240. — Negocia con el duque de Alba una paz entre el papa y Felipe segundo, 267. — Suerte de este cardenal y de su hermano despues de muerto el pontífice Pablo, 305.
- Cariñan*: sitiada por el conde de Enghien y defendida por el marques del Gunsto, III, 231. — Este es derrotado en una batalla campal, 232. — Toma de la ciudad, 234.
- Carlostad*: adopta las opiniones de Lutero en Wittemberga, II, 105. Su inmoderado celo, 123. — Contiénenle las represiones de Lutero, *id.*
- Castaldo* (marques de Piadena). *Véase Piadena.*
- Castilla*: como Isabel obtuvo la posesion de este reino, II, 2. — Derecho del archiduque Felipe reconocido por los estados ó cortes, 23. — Muere Isabel y nombra regente á Fernando de Aragon su marido, 6. — Fernando renuncia la corona de Castilla, *id.* — Las cortes reconocen á Fernando por regente, *id.* — Enemistad entre Castilla y Aragon, *id.* — Motivos particulares de los castellanos para estar descontentos de Fernando, 7. — Tratado de Salamanca que da la regencia á Fernando, Juan y Felipe á la vez, 11. — Castillo se declara contra Fernando, 12. — Este cede la regencia á Felipe, *id.* — Las cortes reconocen por reyes á Felipe y Juana, 13. — Muerte de Felipe, 14. — Perplegidad de los castellanos con motivo de la incapacidad de Juana para el gobierno, 15. — Fernando obtiene la regencia, y con su prudente administracion se atrae el afecto de los castellanos, 17, 18. — Jimenez agrega á la corona Oran y otras plazas, 18. — En su testamento Fer-

rando nombra á Jimenez regente del reino hasta la llegada de Carlos, 25. — Carlos toma el título de rey, 28. — Jimenez lo hace reconocer, 29. — Humilla á la nobleza, 31. — Rebelion de los grandes contra Jimenez, 32. — Es sufocada, *id.* — Jimenez revoca los privilegios que Fernando concedió á los grandes, 33. — Atrevida contestacion de Jimenez á los nobles descontentos, 35. — A instigacion de los cortesanos flamencos nómbranse otros asociados á la regencia de Jimenez, 36. — Muerte de Jimenez, 45. — Las c6rtes reconocen por rey á Carlos á su llegada, con una cláusula á favor de Juana su madre, *id.* — Es desfavorable la impresion que su presencia causa á los castellanos, 46. — Indisp6nense con él por su parcialidad para con sus ministros flamencos, *id.* — Savage es creado canciller, 47. — Guillermo de Croy nombrado arzobispo de Toledo, *id.* — Las principales ciudades forman una confederacion y esponen sus quejas, 49. — El clero no quiere recoger el diezmo sobre sus beneficios concedido por el papa, 63. — El reino espuesto en entredicho, pero lo levanta Carlos con su proteccion, *id.* — Sedicion de Castilla, 67. — Hácese general el descontento, 68. — El cardenal Adriano es nombrado regente al marchar Carlos á la Alemania, 70. — Designios y pretensiones de los comuñeros en sus revueltas, 172. — Confederacion formada con el nombre de *Santa Liga*, 173. — Procede en nombre de la reina Juana, 175. — Circulares de Carlos que prometen el perd6n á los que depongan las armas, 177. — Intentan los nobles reprimir los sediciosos, 181. — Levantan contra ellos un ejército, mandado por el conde de Haro, 184. — Haro se apodera de la reina Juana, 185. — Medios de que se valen los de la Liga para recoger dinero, 186. — Repugna á los nobles el venir á las manos con la Liga, 187. — El ejército de la Liga es derrotado, y ajusticiado Padilla, 191, 192. — Disuélvese la Liga, 193. — Moderacion de Carlos para con los sediciosos á su vuelta á España, 201. — Grangéase el amor de los castellanos 202. *Véase España.*

Cateau-Cambresis: las conferencias que se celebraban en Cercamp para la paz entre Felipe II y Henrique II trasladanse á Cateau-Cambresis, IV, 299. — Retarda la paz con la demanda que presenta Isabel acerca de la restitution de Calais, *id.* — Particularidades del tratado entre la Inglaterra y la Francia, 301. — Condiciones de la paz entre Felipe y Henrique segundo 303.

Catalina de Aragon: repudiada por Henrique VIII, III, 57. — Muerte de aquella princesa, *id.*

Catalina Boria, monja: escápase de su convento y se casa con Lutero, II, 286.

Catalina de Medicis. *Véase Medicis.*

Cavi, paz firmada en Cavi entre Pablo IV y Felipe segundo, IV, 267.

Cercamp: negociaciones para la paz entre Felipe II y Henrique II principiadas en Cercamp, IV, 295. — Terminadas en Cateau-Cambresis, 299. — Véase *Cateau-Cambresis*.

Carlos IV, emperador de Alemania: sus observaciones sobre las costumbres del clero en su carta al arzobispo de Maguncia, II, 112, nota.

Carlos Quinto, emperador: origen y nacimiento de este príncipe, II, 1. — De que manera llegó á ser heredero de los mas vastos dominios, *id.* — Las cortes de Castilla le reconocen príncipe de Asturias, 14. — Muerte de su padre Felipe, *id.* — Odio y envidia que le profesa su abuelo Fernando, 18. — Es nombrado heredero de sus dominios, 20. — Muerte de Fernando, *id.* — Su educación es confiada á Guillermo de Croy, señor de Chievres, 21. — Adriano de Utrecht es nombrado su preceptor, 22. — Encárgase del gobierno de Flandes y dedícase á los negocios, 23. — Primeros rasgos de su carácter, *id.* — Envía al cardenal Adriano en clase de regente de Castilla, 27. — Toma el título de rey, 28. — Reconociólo con mucha dificultad la nobleza de Castilla, 29. — Aconsejante que asocia á Jimenez otros cólegas para la regencia, 36. — La avaricia de Chievres corrompe sus cortesanos flamencos, 38. — Jimenez le persuade que visite la España; porque se retardó este viage, 39. — Estado de sus cosas, *id.* — Concluye en Noyon la paz con Francisco I, 40. — Condiciones de aquel tratado, *id.* — Llega á España, 42. — Su ingratitude para con Jimenez, 44. — Su entrada pública en Valladolid, 45. — Es reconocido rey por las cortes, que le ofrecen un donativo, *id.* — Concepto desfavorable que de él formou los castellanos, 46. — Descontentálos con su parcialidad para con sus ministros flamencos, 46, 47. — Parte á Aragon, *id.* — Envía á su hermano Fernando á visitar á su abuelo Macsimiliano, 48. — No puede convocar los estados de Aragon en su propio nombre, *id.* — Aquella asamblea se opone á sus deseos, *id.* — Niega á Francisco I la devolucion de la Navarra, 49. — Desprecia las esposiciones de los castellanos, 50. — Muerte del emperador Macsimiliano, *id.* — Ojeada sobre el estado de la Europa, *id.* — Dificultad en que se encuentra Macsimiliano para asegurar el imperio á Carlos, 51. — Francisco I aspira á la corona imperial, 52. — Circunstancias favorables á las pretenciones de Carlos, *id.* — Los cantones suizos abrazan su causa, 55. — Inquietudes y proceder de Leon X en aquella coyuntura, 57. — Asamblea de la dieta en Francfort, 58. — Federico, duque de Sajonia, rehusa la oferta que le hacen del imperio, da su voto á Carlos, y no admite los regalos que querian presentarle sus embajadores, 59, 60, 61. — Circunstancias que favorecen su eleccion, 61. — Es elegido emperador, 62. — Firma y ratifica la capitulacion del cuppo germánico, 63. — Notificante su eleccion, *id.* — Toma el título

de magestad, 64. — Acepta la corona imperial que viene á ofrecerle el elector Palatino, embajador de los electores, 65. — El clero de Castilla le niega el diezmo de los beneficios que le concediera el papa, *id.* — Hace levantar el entredicho pronunciado contra el reino por este motivo, *id.* — Autoriza al cardenal Adriano para que convoque los estados de Valencia, 67. — Los nobles no quieren reunirse si Carlos no asiste en persona, *id.* — Autoriza á los sediciosos para que permanezcan sobre las armas, *id.* — Intima á los estados de Castilla que se reúnan en Galicia, 68. — ¡Sálvase con sus ministros flamencos de una sedición suscitada con este motivo, *id.* — La asamblea de los estados le concede un donativo, 69. — Prepárase para dejar la España y nombra regentes, 70. — Origen de su rivalidad con Francisco I, 71. — Solicita el favor de Enrique VIII, y de su ministro el cardenal Wolsey, 74, 75, 76. — Avistase con Henrique en Douvres, 79. — Promete á Wolsey que se interesará para que le elijan pontífice, 80. — Segunda entrevista con Henrique en Gravelines, 81. — Ofrece remitir al fallo de Henrique sus cuestiones con Francisco I, *id.* — Pomposa coronación de Carlos en Aquisgran, *id.* — Convoca en Worms una dieta para imponer á los reformistas, 82. — Causas que le impiden abrazar el partido de Lutero, 131. — Concede á Lutero un salvo-conducto para la dieta de Worms, 132. — Su edicto contra Lutero, 133. — Dificil posición de Carlos en aquella época, *id.* — Firma una alianza con el papa, 140. — Condiciones del tratado, 141. — Muerte de su ministro, y ventajas que le acarrea, 141. — Francisco I invade la Navarra, 143. — Son echados de allí los franceses, y cae prisionero su general Lesparré, 144. — Roberto de La Mark, duque de Bouillon, le declara la guerra y devasta el Luxemburgo, *id.* — Venecia á Bouillon é invade la Francia, 145, 146. — Sus demandas en el congreso de Calais, 147. — Conferencia en Brujas con el cardenal Wolsey, y firma con Enrique VIII una liga contra la Francia, 148. — Los franceses son echados de Milan, 155. — Al volver á España visita la Inglaterra, 161. — Cultiva la benevolencia del cardenal Wolsey, y nombra grande almirante al conde de Surrey, 162. — Da la isla de Malta á los caballeros de San Juan arrojados de Rodas por Soliman el Magnífico, 165. — Llega á España, 167. — Reflexiones acerca de su conducta durante las sediciones de España, 176. — Envía cartas circulares intimando á los sediciosos que depongan las armas con la promesa de perdonarles, 177. — Su prudente moderación para con ellos á su llegada á España, 201. — Grangéase el amor de los castellanos, 207. — Forma alianza con Carlos duque de Borbon, 205. — Porque no empleó todos sus esfuerzos á fin de que fuese Wolsey elegido papa, 215. — Invade inutilmente la Guyena y Borgoña, 218. — Rebelanse sus tropas en

Milan por la falta del sueldo, y las apacigua Moron, 220. — Prepara para invadir la Provenza, 234. — Manda al marques de Pescara que ponga sitio á Marsella, 235. — Este tiene que retirarse, 236. — Desconcierta sus planes la invasion de Francisco en el Milanesado, 239. — Rentas de Nápoles hipotecadas para reunir dinero, 240. — Francisco I cae prisionero y son derrotadas sus tropas en la batalla de Pavia, 248. — Afectada moderacion de Carlos al recibir esta noticia, 250. — Hace valer el tratado firmado entre Lannoi y Clemente VII, pero niegase á ratificarlo, 255. — Alborótanse sus tropas en Pavia y tiene que licenciarlas, 256. — Procura sacar el mejor partido posible de la prision de Francisco I, 257. — Rigurosas condiciones que le propone, 258. — Tras muchas dilaciones concede á Sforzia la investidura de Milan, 261. — Pescara le descubre las intrigas de Moron, 265. — Manda á Pescara que prosiga sus relaciones con Moron, 266. — Trató riguroso que da á Francisco I, 267. — Visita á Francisco, 268. — Recibe graciosamente al duque de Borbon, 269. — Da á Borbon el ducado de Milan, y le nombra generalísimo del ejército imperial en aquel ducado, 270. — Negociaciones infuctuosas para libertar á Francisco, 271. — Tratado de Madrid con Francisco, 273. — Recobra este su libertad, 276. — Cásase con Isabel de Portugal, 278. — Alianza formada contra él en Cognac, 291. — Envía embajadores á Francia para hacer cumplir el tratado de Madrid, 293. — Prepara para guerrear contra Francisco, 294. — El papa se ve reducido á transigir con él, 299. — Mal estado de su hacienda, 300. — Sus tropas mandadas por Borbon llegan á los mayores apuros y se rebelan por no recibir su sueldo, *id.* — Borbon se dispone para asaltar á Roma; perece, pero se toma la ciudad, 309. — El príncipe de Orange, que reemplaza á Borbon, se apodera del castillo de San Angelo, y prende al papa, 312. — Conducta del emperador en aquella ocasion, 314. — Cuan favorables fueron á la reforma sus cuestiones con la corte de Roma, 316. — Su manifiesto en la dieta de Spira, *id.* — Su manifiesto contra el papa, y su carta á los cardenales, 317. — Alianse contra él la Francia y la Inglaterra, III, 3. — Libertan al papa por medio de un rescate, 7. — Las cortes de Castilla le niegan los subsidios, *id.* — Sus proposiciones á Henrique y á Francisco, 9. — Su declaracion de guerra contra él, 11. — Francisco I le desafia á singular combate, *id.* — Andres Doria rebelase contra Francisco, y se pasa al partido de Carlos, 16. — Su ejército derrota á los franceses en Italia, 22. — Motivos porque desea una composicion, *id.* — Concluye un tratado separado con el papa, 24. — Condiciones de la paz de Cambrai hecha con Francisco á favor de la mediacion de Margarita de Austria y Luisa de Francia, 25. — Reflexiones sobre las ventajas que le acarrea aquel tratado, y su pro-

ceder durante la guerra, *id.* — Visita la Italia, 30. — Su política cuando su entrada en Barcelona, 31. — Conferencia con el papa en Bolonia, 31. — Motivos de su moderación en Italia, 32. — Sus tratados con los estados de Italia, 33. — Es coronado rey de Lombardia y emperador de romanos, 34. — Convoca una dieta en Spira para tratar de los asuntos religiosos, 36. — Delibera con el papa acerca de la necesidad de convocar un concilio general 38. — Señala Augsburgo como punto de reunion para la dieta, 39. — Verifica su entrada pública en aquella ciudad, *id.* — Sus esfuerzos para unir á los reformistas, 40. — Los príncipes protestantes resuelven mantenerse firmes, 41. — Decreto severo que espide contra los protestantes, *id.* — Proponen su hermano Fernando para rey de romanos, 43. — Opónense los protestantes, 44. — Logra que sea elegido su hermano, 45. — Procura componerse con los protestantes, 47. — Firma con ellos el tratado de Augsberg, 48. — Levanta un ejército para oponerse á Soliman, á quien precisa á retirarse, 49, 50. — Segunda conferencia con el papa, instándole á que convoque un concilio general, 51. — Hace firmar una coalición entre los estados de Italia para asegurar la paz de aquella region, 53. — Llega á Barcelona, 54. — Sus esfuerzos para impedir que negocien y conferencien el papa y Francisco I, 56. — Resuelve echar de Túnez á Barbarroja, y reponer en el trono á Muley-Assan, 83. — Arriba á Africa y sitia el fuerte de la Goleta, 85. — Toma la Goleta y se apodera de la flota de Barbarroja, 86. — Derróta á Barbarroja y toma á Túnez, 88. — Repone en el trono á Muley-Assan, 89. — Tratado que concluyen entre sí, 90. — Gloria que adquiere en aquella empresa, y rescate de los cautivos cristianos, 91. — Al morir Francisco Sforzia apodérase del ducado de Milan, 105. — Su política en este punto, *id.* — Prepárase para la guerra con Francisco I 106. — Sus invectivas contra Francisco I en Roma, delante del papa y de su consejo, 108. — Desafía á Francisco á singular combate, 109. — Reflexiones sobre este acto de vanidad, 111. — Invade la Francia, 112. — Entra en Provenza y la encuentra asolada, 117. — Sita Arles y Marsella, 118. — Su vergonzosa retirada en Provenza, 120. — Esito desgraciado de su invasion en Picardia, 122. — Es acusado de haber envenenado al Delfin, 123. — Cuan poco probable es esto, 124. — Conjetura de Carlos tocante á la muerte del Delfin, *id.* — Francisco I invade Flandes, 126. — Como se negocia el armisticio en Flandes, *id.* — Treguas en el Piamonte, 127. — Motivos de estos armisticios, 128. — Negociacion para la paz con Francisco, 131. — Firma en Niza una tregua de diez años, 132. — Reflexiones acerca de aquella guerra, 133. — Su entrevista con Francisco, *id.* — Procura ganar la amistad de Henrique VIII, 140. — Favorece á los príncipes protestantes, 141. — Desvanece sus te-

mores tocante á la liga católica, 145. — Sedición de sus tropas, 148. — Convoca los estados de Castilla, 149. — Destruye la antigua constitucion de las cortes, 150. — Ejemplo del orgullo de los grandes de España, 151. — Pide á Francisco I permiso para atravesar la Francia con direccion á Flandes, 159. — Como es recibido en Francia, 160. — Trata á Gante con rigor, 163. — No quiere cumplir con lo que prometió á Francisco I, 164. — Manda que se celebre una amistosa conferencia entre los doctores católicos y los protestantes en presencia de la dieta de Ratisbona, 184. — Concede á los protestantes escepciones particulares, para que no fuesen oprimidos, 188. — Emprende la conquista de Argel, 196. — Corre peligro de naufragar en una enfurecida tormenta, 197. — Toma tierra cerca de Argel, 198. — Sus soldados estan tan espuestos á la violencia de una tempestad y de la lluvia, *id.* — Parece mucho su flota, 199. — Su valor en medio de tantos desastres, 201. — Abandona su empresa, y vuelve á embarcarse, 202. — Sufre otra tempestad, *id.* — La invasion de los franceses en España le da ocasion de obtener de las cortes nuevos subsidios, 211. — Su tratado con Portugal, *id.* — Concluye una alianza con Henrique VIII, 214. — Particularidades de aquel tratado, *id.* — Invade Cleves y trata con barbarie á la ciudad de Duren, 216. — Su conducta con el duque de Cleves, 217. — Sitia Landrecy, 218. — Recibe un esfuerzo de tropas inglesas, *id.* — Tiene que retirarse, *id.* — Procura ganar el favor de los protestantes, 224. — Negocia con ellos en la dieta de Spira, 226. — Hace que la dieta consienta en una guerra contra Francisco, 227. — Concluye un tratado de paz por separado con el rey de Dinamarca, 229. — Invade la Champaña, y cerca San Dizier, 235. — Falta de armonía entre sus operaciones y las de Henrique VIII que desembarca en Francia, 236. — Toma San Dizier artificiosamente, 238. — Sus apuros, y éxito de sus operaciones, *id.* — Firma por separado la paz con Francisco, 241. — Motivos de ello, 242. — Ventajas que con aquel tratado obtiene, 244. — Por un artículo aparte se obliga á exterminar la herejía, *id.* — Atácale la gota cruelmente, 246. — Dieta de Worms, 248. — Llega á Worms, y muda de proceder para con los protestantes, 250. — Su conducta cuando la muerte del duque de Orleans, 254. — Su disimulo para con el landgrave de Hesse, 263. — Concluye una tregua con Soliman, 273. — Celebra una dieta en Ratisbona, 274. — Su declaracion á los diputados protestantes, 277. — Tratado con el papa, concluido por el cardenal de Trento, 278. — Su carta circular á los miembros del cuerpo germánico, 279. — Los protestantes levantan contra él un ejército, 285. — No se halla en disposicion de resistirles, 287. — Les destierra del imperio, 289. — Los protestantes le declaran la guerra, 290. — Marcha á reu-

nirse con las tropas que el papa le envía , 291. — Evita con prudencia empeñar una acción con los protestantes , 295. — Se le reúnen sus tropas flamencas , 297. — Propositiones de paz que presentan los protestantes , 304. — Dispersion de su ejército , 306. — Trata con rigor á los príncipes protestantes , 307, 308. — Licencia parte de su ejército , 210. — El papa llama á sus tropas , 311. — Sus reflexiones sobre la conjuración de Fieschi , 324. — Inquietante los preparativos de guerra de Francisco , IV , 4. — Muerte de Francisco , 6. — Paralelo entre Carlos y Francisco , 7. — Efectos de la muerte de Francisco , 10. — Marcha contra el elector de Sajonia , *id.* — Pasa el Elba , 12. — Derrota el ejército sajón en Mulhausen , 15. — Prende al elector , 16. — Sitia Wittemberg , 18. — Su poco generosa conducta para con el elector , 19. — Hace que un consejo de guerra condene á muerte al elector , 20. — Este renuncia con un tratado su dignidad , 22. — Severas condiciones que impone al landgrave de Hesse , 25. — Orgullo con que recibe al landgrave , 28. — Le retiene prisionero , 29. — Se apodera de las provisiones de guerra de la liga , 34. — Sus crueles exacciones , *id.* — Convoca una dieta en Augsburgo , 37. — Intimídala con sus tropas españolas , 37. — Restablece el culto de Roma en las iglesias de Augsburgo , 38. — Se apodera de Plasencia , 42. — Manda á la dieta que pida al papa que vuelva el concilio á Trento , 44. — Protesta contra el concilio de Bolonia , 47. — Hace preparar un sistema de doctrina para la Alemania , 48. — Preséntalo á la dieta , 50. — Católicos y protestantes reprehen el *Interim* , 52. — No admiten las ciudades imperiales , 56. — Obliga á Augsburgo á conformarse á él , 57. — Ejerce en Ulm la misma violencia , 58. — Llévase á Flandes al elector y al landgrave , 59. — Hace que los estados de Flandes reconozcan á su hijo Felipe , 61. — Los precisa á recibir el *Interim* , y asimismo á Estrashurgo y á Constanza , 62. — Convoca la dieta en Augsburgo bajo el influjo de sus tropas españolas , 72. — Magdeburgo no quiere recibir el *Interim* , y se prepara á la resistencia , 79. — Encarga á Mauricio , elector de Sajonia , que sojuzque Magdeburgo , 81. — Promete á los protestantes que los protegerá en el concilio de Trento , 82. — Absuelve arbitrariamente á Mauricio y al elector de Brandeburgo de sus obligaciones contraídas con el landgrave para hacerle recobrar su libertad , 83. — Procura asegurar el imperio á su hijo Felipe , 84. — Su hermano Fernando no quiere abandonar sus pretensiones , 85. — Sitia Parma , y es rechazado , 89. — Pórtase con rigor con los protestantes , 93. — Esfuérzase en sostener al concilio de Trento , 94. — Declara á Magdeburgo proscripta del imperio , 95. — Perdone á aquella ciudad , 99. — Vese metido en las disputas del concilio y de los diputados de los protestantes suscitadas con motivo de los salvoconductos , 101. — Empieza á desconfiar de Mauricio

de Sajonia, 143. — Circunstancias que contribuyen á enojarse en cuanto á Mauricio, 115. — Este se pone en campaña, y marcha contra él, 117. — Henrique II apoya á Mauricio, 118. — Desastre y consternacion de Carlos, 119. — Infructuosa negociacion con Mauricio, 120. — Huye Carlos precipitadamente de Inspruck, 124. — Suelta al elector de Sajonia, 125. — Pídenle que ceda á las demandas de Mauricio, 133. — Estrechado por las operaciones de este, está dispuesto á conceder lo que le piden, 137. — Firma con Mauricio la paz en Passau, 140. — Reflexiones sobre aquel tratado, 141. — Carlos dirige sus armas contra la Francia, 151. — Pone sitio á Metz, 155. — Se le reúne Alberto de Brandeburgo, 156. — Padece mucho su ejército con la vigilancia del duque de Guisa, *id.* — Levanta el sitio y se retira en un lastimoso estado, 158. — Cosme de Médicis se hace independiente, 159. — Rebelion de Siena, 160. — Abátento tantos infertunios, 163. — Toma la ciudad de Teroanne y la arruina, 169. — Se apodera de Hesdin, *id.* — Propone á su hijo Felipe para esposo de Maria de Inglaterra, 180. — Artículos de aquella union, 182. — Marcha á oponerse á las operaciones de la Francia, 189. — Derrótalo Henrique II, 190. — Invasión de la Picardía, *id.* — Da á su hijo Felipe la ciudad de Siena, de que se habia posesionado Cosme de Médicis, 198. — Fernando abre la dieta en Augsburgo, 204. — Carlos cede á Fernando el gobierno interior de la Alemania, *id.* — Por segunda vez propone á Fernando que abandone sus pretensiones al imperio en favor de su hijo Felipe, pero aquel se niega, 208. — Decreto de la dieta de Augsburgo relativo á los asuntos religiosos, 210. — Tratado que contra él firman Pablo IV y Henrique II, 225. — Carlos cede á Felipe sus dominios hereditarios, 225. Motivos de su abdicacion, 226. — Tiempo habia que meditaba semejante retiro, 228. — Ceremonia de su demision, 229. — Discurso que pronunció, *id.* — También renuncia sus dominios de España, 233. — Retárdase su viage á la España, 234. — Tregua por cinco años con la Francia, 235. — Son vanos sus esfuerzos para asegurar la corona imperial á su hijo, 245. — Cede á Fernando la corona imperial, 246. — Siente la ingratitude de su hijo, que no se cuida de pagarle su pension, 248. — Elige por lugar de su retiro el monasterio de San Justo ó Yuste en Plasencia, 249. — Situacion de aquel monasterio, y descripcion de sus partes, *id.* — Diferencia entre la conducta de Carlos y la del papa, 250. — Su método de vida en aquel retiro, 288. — Anticipase la muerte con austeridades monásticas, 290. — Celebra el mismo sus propios funerales, 291. — Muerte de Carlos, *id.* — Su carácter, 292. — Examen del estado de la Europa en su reinado, 305. — Cuanto engrandeció los dominios de la corona de España, 309.

Cheregato, nuncio del papa en la dieta de Nuremberg; sus instruc-

ciones; II, 225. — Opónese á la convocacion de un concilio general, 227.

Chievas (Guillelmo de Croy, señor de): Maxisimiliano le nombra director de la educacion de Carlos, su nieto, II, 21. — A sus órdenes Adriano de Utrecht es elegido preceptor, 22. — Dirige los estudios de Carlos, 23. — Su avaricia corrompe la corte flamenca, 38. — Negocia la paz con la Francia, 40. — Procura impedir que Carlos y Jimenez tengan una entrevista, 41. — Acompaña á Carlos á España, 42. — Su ascendiente con Carlos, 46. — Sus escacciones, 47. — Su muerte y causas á que se atribuye, 141.

Cristianos: porque los primeros cristianos odiaban los principios de tolerancia, IV, 211.

Clemente VII, papa: su eleccion, II, 214. — Su carácter, *id.* — Nombraba el cardenal Wolsey su legado en Inglaterra durante su vida, 216. — No quiere entrar en la liga contra Francisco I, 219. — Procura terminar las disputas entre las partes beligerantes, *id.* — Su conducta para con los reformistas, 230. — Firma con Francisco un tratado de neutralidad, 242. — Hace un tratado aparte con Carlos despues de la batalla de Pavia; sus efectos, 255. — Unese á la alianza de Francisco Sforcea y de los venecianos contra el emperador, 291. — Ab-suelve á Francisco I del juramento que prestó de cumplir el tratado de Madrid, 292. — El cardenal Colonna se apodera de Roma y sitia el castillo de San Angelo, donde se habia encerrado el papa, 298. — Tiene que negociar con los imperiales, 299. — Véngase de los colonnas, 302. — Invade el reino de Nápoles, *id.* — El duque de Borbon se apodera de sus territorios, *id.* — Indecision del papa, 305. — Firma un tratado con Lannoi, virrey de Nápoles, *id.* — Su consternacion al saber que Borbon marchaba contra Roma, 308. — Toma de Roma, 309. — Es sitiado en el castillo de San Angelo, 312. — Se da á prision, 313. — Rebelanse contra él los florentinos, III, 3. — Paga á Carlos un rescate por su libertad, 8. — Otras estipulaciones, *id.* — Escribe una carta dando las gracias á Laytree, 9. — Deseoso de volver á su familia la autoridad que gozaba en Florencia, entretiene á Francisco y negocia con Carlos, 15. — Sus motivos y sus manejos para una composicion, 23. — Firma con Carlos un tratado aparte, 24. — Apersónas: con el emperador en Bolonia, 31. — Corona á Carlos rey de Lombardia y emperador de Romanos, 34. — Sus representaciones al emperador contra la convocacion de un concilio general, 38. — Otra entrevista con Carlos en Bolonia, y dificultades que presenta para la convocacion de un concilio, 51. — Aprueba una liga de los estados de Italia para mantener en ella la paz, 53. — Su entrevista y tratado con Francisco, 56. — Da Catalina de Médicis por esposa al duque de Orleans, 57. — Prolonga el tratar del divorcio solicitado por Henrique VIII, *id.* — Bajo pena de ce-

comunion anula la sentencia de divorcio pronunciada por Cranmer, 58. — Henrique VIII no quiere reconocer la supremacia del pontífice, *id.* — Muerte de Clemente, 59. — Reflexiones acerca de su pontificado, *id.*

Clero de la iglesia romana: observaciones sobre la licenciosa vida de los clérigos, y como contribuyeron á los progresos de la reforma, II, 111: — Facilidad con que obtenian el perdón de sus crímenes, 113. — Sus usurpaciones en Alemania durante las disputas concernientes á las investiduras, 114. — Otras ocasiones favorables de que se valen para su engrandecimiento, 115. — Sus inmunidades personales, 116. — Sus usurpaciones hechas á los legos, 117. — Terribles efectos de las censuras espirituales, 118. — Su plan para asegurarse sus usurpaciones, 119. — Efectos que resultan de la reunion de estas circunstancias, 123. — Opónense á los progresos de las letras en Alemania, 126.

Cleves: invadido y tomado por Carlos Quinto, III, 216. — Cruel trato que da á los de Duren, 217. — Humillante sumision del duque de Cleves, *id.*

Cnipperdoling, jefe de los anabaptistas en Munster: relacion de sus acciones, III, 63, 64, 65. Véase *Anabaptistas*.

Cognac: alianza que en esta ciudad forman contra Carlos V el papa, los venecianos, el duque de Milan y Francisco I, II, 291.

Coligni, almirante de Francia, gobernador de la Picardia: defiende San-Quintín contra manuel Filiberto, duque de Saboya, general del ejército español, IV, 258. — Su hermano de Andelot es batido al querer reunirse con la guarnicion, 259. — Pero de Andelot entra en la plaza, 260. — Carácter de Coligni, 264. — La ciudad es tomada por asalto, y él hecho prisionero, *id.*

Colonia, Fernando, rey de Hungría y Bohemia, hermano del emperador Carlos Quinto, es elegido rey de romanos en esta ciudad por el colegio de los electores, III, 45.

Colonia: Heyman, conde de Wied, arzobispo y elector de Colonia, inclínase á la reforma, pero oponiéndose sus clérigos apelan al emperador y al papa, III, 252. — Quitánle su arzobispado, y lo escomulgan, 272. — Renuncia su dignidad, 309.

Colonna, el cardenal Pompeyo: su carácter, y su rivalidad con el papa Clemente VII, II, 297. — Apodérase de Roma, y sitia el castillo de San Angelo, donde se encerrara el pontífice, 298. Es depuesto por el papa y escomulgados los demas de su familia, 302. — Prisionero el pontífice de los imperiales; seduce al cardenal, y logra que pida su libertad, III, 8.

Colonna (Próspero), general Italiano: su carácter, II, 152. — Es nombrado general de las tropas que invaden Milan, *id.* — Echa á los franceses de aquella ciudad, 155. — Cuanto se habia disminuido su ejército cuando falleció el papa Leon X, 158. — Der-

- rola al mariscal Lautrec en Bicoea, *id.* — Rinde á Génova, 160. — Mal estado de sus tropas cuando invadieron los franceses á Milan, 213. — El errado proceder de Bonnavet, general de los franceses, le facilita la defensa de la ciudad, *id.* — Muere y lo reemplaza Lannoi, 219.
- Cóncillos* de Aragon: empleado por Fernando para obtener el consentimiento de Juana á la regencia de Castilla, II, 8. — El archiduque Felipe lo mete en un calavezo, *id.*
- Confesion de Augsburgo*, redactada por Melancthon, III, 40.
- Constanza*: Carlos Quinto despoja á esta ciudad de sus privilegios con motivo de su oposicion al *Interim*, IV, 62.
- Corsarios*: origen de los corsarios de Berberia, III, 77. *Véase Ar- gel, Barbarroja.*
- Cortes*, ó Estados de Aragon: reconocen los derechos del archiduque Felipe á la corona, II, 3. — No se reunen en nombre de Carlos, sino en el de Justicia, 48. — Su oposicion á la voluntad de Carlos, *id.* — Alcanza el emperador que reconozcan á su hijo Felipe sucesor en el trono de Aragon, III, 211. *Véase Aragon.*
- Cortes*, ó Estados de Castilla: reconocen los derechos del archiduque Felipe á la corona, II, 3. — Reconocen á Fernando regente del reino conforme á lo dispuesto por Isabel, 6. — Reconocen á Felipe y Juana reyes de Castilla, y á su hijo Carlos príncipe de Asturias, 14. — Declaran á Carlos rey de España, y decretan hacerle un donativo, 45. — Carlos les manda que se reunan en Compostela, 68. — Turbulencias de aquel entonces, *id.* — Decretan un donativo, 69. — Con la disolucion de la santa liga pierden todo su influjo, 196. — Su lentitud en conceder subsidios para las guerras del emperador en Italia, 306. — Nieganse á las instancias de Carlos para un subsidio, III, 7. — Reúnense en Toledo para conceder subsidios al emperador, 149. — Elevan una representacion á Carlos, *id.* — Este destruye su antigua constitucion, 150. — *Véase España y Castilla.*
- Cortes*, ó Estados de Valencia. Carlos logra que reconozcan á su hijo Felipe por su sucesor en el reino de Valencia, III, 211. — *Véase España y Valencia.*
- Cortona*, (el cardenal de): gobernador de Florencia por el papa, es echado de la ciudad por los florentinos cuando la prision del pontífice, III, 3.
- Cosme de Médicis*. *Véase Médicis.*
- Cranmer*: arzobispo de Cantorbery: anula el matrimonio de Henrique VIII con Catalina de Aragon, á lo cual se había negado el papa, III, 57. — El pontífice revoca su sentencia, 58.
- Crespy*: paz de Crespy entre Francisco I y Carlos Quinto, III, 241.
- Croy*, (Guillermo de): sobrino de Chievres, nombrado arzobispo de Toledo por Carlos Quinto, II, 47. — Su muerte, 195.

D.

- De Albret* (Juan), echado de su reino de Navarra por Fernando de Aragon, II, 18. — Apodérase de la Navarra, pero le derrota el cardenal Jimenez, 37.
- De Alembert*: sus observaciones acerca de la orden de los jesuitas, III, 177, nota.
- De Andelot*, hermano de Coligni, derrotado por el duque de Saboya cuando procuraba socorrer á San Quintín, IV, 259. — Entra en la ciudad con los fugitivos, 260. — La ciudad es tomada por asalto, 264.
- Dinamarca*: corta esposición de las revoluciones acaecidas en este reino durante el siglo décimo sexto, IV, 332.
- Dinamarca* (el rey de): únese á la liga protestante de Smalkalde, III, 145.
- Delfin* de Francia; primo-énito de Francisco I: dado en rehenes, junto con el duque de Orleans, á Carlos Quinto en cambio de su padre, segun las condiciones del tratado de Madrid, II, 276. — Su muerte se considera efecto del veneno, III, 123. — Causa la mas probable de su muerte, 124.
- Delfin*, duque de Orleans, segundo hijo de Francisco I manda un ejército á invadir la España, III, 209. — Tiene que levantar el sitio de Perpignan, 210. — Descontentáale la paz de Crespy, 245. — Protesta en secreto contra aquel tratado, 246.
- Delfin*: hijo de Henrique II, designado en un tratado como futuro esposo de la jóven reina de Escocia Maria Estuarda, IV, 90. — Cásase con Maria, 280.
- Diana* de Poitiers, querida de Henrique II: únese á los guisas para incitar á Henrique II á aliarse con Pablo IV contra Carlos Quinto, IV, 222. — Logra que Henrique rompa el tratado de Vancelle, 240. — Casa á su nieta con un hijo de Montmorency, 286. — Unese á los Montmorency contra los guisas, *id.*
- Doria* (Andres): refuerza á Lautrec en la conquista de Génova, III, 6. — Derrota y mata á Moncada en un combate naval delante del puerto de Nápoles, 14. — Su carácter, 16. — Descontentáale la conducta de los franceses, *id.* — Pásase al emperador, 18. — Abre á Nápoles una comunicacion por mar, *id.* — Saca Génova del poder de los franceses, 20. — Repone á los habitantes en el gobierno de aquella ciudad, *id.* — Honores tributados á su memoria, 21. — Acompaña á Carlos Quinto en su funesta expedicion á Argel, 197. — Su particular afecto á su pariente Juanito, 313. — Corre grave peligro en la rebelion de Fieschi, 321. — Regresa despues de muerto Fieschi y dispersos los conjurados, 324. Véase *Genova* y *Lavagne*.

- Doria* (Juanito): su carácter, III, 313. — Es asesinado cuando la conspiración de Fieschi, 321.
- Douvres*: entrevista de Enrique VII y de Carlos Quinto en aquella ciudad, II, 79.
- Dragut*, corsario: manda la flota turca que saquea las costas de Nápoles, IV, 162.
- Desafío*: como generalizó esta costumbre, III, 12. — Influencia del duelo en las costumbres, 13.
- Duprat*, canciller de Francia: su carácter, I, 209. — Instigado por la reina madre Luisa, intenta formar un proceso al condestable de Borbón para despojarle de sus posesiones, *id.*
- Duren*: ciudad de Cleves: tomada por Carlos Quinto, reducida á ceniza, y degollados sus habitantes, III, 217.

E.

- Eccius* (ó mas bien Eckius), adversario de Lutero: disputa públicamente contra él en Leipsick acerca de la validez de la autoridad del papa, II, 91. — Conferencia en Melancton, III, 184.
- Eclesiásticos*: censuras: terribles efectos de las de iglesia romana, II, 128.
- Eclesiásticas* (reserva): observación acerca de la reserva eclesiástica cuando el decreto de la dieta de Augsburgo, IV, 214.
- Escocia*: Jacobo V, rey de Escocia, cáasase con María de Guisa, duquesa viuda de Longueville, III, 140. — Muerte de Jacobo y coronación de su hija María, niña aún, 213. — Está es prometida al Delfín de Francia, IV, 90. — Celébrase el matrimonio, 230. — María de Escocia toma las armas y título de reina de Inglaterra después del fallecimiento de la reina María, hija de Enrique VIII, 297. — Es comprendida en la paz de Cateau-Cambresis, 301. — Cambio en la conducta de Inglaterra para con Escocia, 318.
- Edimburgo* saqueada é incendiada por el conde de Hertford, III, 236.
- Eduardo IV*, rey de Inglaterra: su carácter, IV, 180.
- Egmont* (el conde de); manda la caballería en la batalla de San Quintín, y pone en fuga las tropas de Montmorency, IV, 260, 261. — Ataca al mariscal de Termes, y lo derrota, valiéndose de la inesperada llegada de una flota inglesa, 231, 232.
- Egipto*: como y por medio de quien este país hizose parte del imperio otomano, II, 53.
- Ehrenburgo*, castillo tomado por Mauricio de Sajonia, IV, 123.
- Eignotz*: detalles acerca de una facción de Génova así titulada, III, 102.
- Enghien* (el conde de): sitia á Carignan, III, 231. — Pide á Francisco I permiso para atacar al marqués del Guasto, 232. — Derrota á este general en campal batalla, 233.

Erardo de La Marcke, embajador de Carlos Quinto en la dieta de Francfort; sus particulares motivos para oponerse á las pretensiones de Francisco I, á la corona imperial, II, 62. — En nombre de Carlos firma la capitulacion del cuerpo germánico, 63.

Erasmus: algunos detalles á él relativos, II, 127. — Precedió á Lutero en sus censuras contra la iglesia de Roma, 128. — Coopera con él al plan de una reforma, *id.* — Motivos que se opusieron á sus proyectos, 129.

Escorial (palacio del): construido por Felipe II, en memoria de la batalla de San Quintin, IV, 266.

España: estado de este reino á la muerte de Fernando de Aragon, II, 24. — Carlos, rey de España, aspira á la corona imperial tras el fallecimiento de Maximiliano, 52. — Eleccion de Carlos, 62. — Reflexiones de los españoles tocante á este asunto, 64. — Carlos nombra regentes y parte á la Alemania, 70. — Revueltas de España, 168. — Cuadro del sistema feudal establecido en España, 170. — Detalles acerca de la confederacion denominada la Santa Liga, 173. — Causas que impidieron la reunion de los descontentos en sus respectivas provincias, 200. — Moderacion de Carlos para con ellos á su llegada á España, 201. — Ejemplo del orgullo de los grandes de España, III, 151. — El Delfin la invade, 209. — Carlos renuncia en favor de su hijo Felipe todos sus dominios de España, IV, 233. — Llegada de Carlos y acogida que le dan, 248. — Descripcion del lugar de su retiro, 249. — Cuanto engrandeci6 Carlos el poder real, 309. Adquisiciones añadidas á los dominios de España, 310. *Véase Aragon, Castilla, Galicia, Valencia, Cortes, Germanada y Junta.*

Europa: Sucinta exposicion del estado de la Europa al morir Maximiliano, II, 50. — Eran ilustres todos los soberanos de la Europa contemporáneos de Carlos V, 82. — Cuanto se perfeccion6 el método de guerrear comparado con el antiguo, 217. Opiniones y sentimientos de la Europa acerca del modo con que trat6 al papa Carlos Quinto, III, 1. — Ojeada sobre el estado de la Europa durante el reinado de Carlos Quinto, IV, 305, 306. — Cambio notable en Europa, 307. — Cuanto la afect6 la rebellion de Lutero contra la iglesia de Roma, 320, *etc.*

Euzebi, rey de Argel, logra que Barbarroja entre á su servicio, y es asesinado por él, III, 78, 79.

Excomunion: primitiva institucion de esta práctica de la iglesia romana, y uso que ha hecho de las excomuniones, II, 118.

F.

Farnasio (Alejandro): elegido papa por unanimidad. *Véase Pablo III*, III, 59.

- Farnesio* (el cardenal): acompaña las tropas que el papa envía al emperador contra el ejército de la liga protestante, III, 293. — Se vuelve descontento, 294. — Vuelve á conducir las tropas á Roma por orden del papa, 311. — Contribuye á que sea elegido papa el cardenal del Monte, IV, 69.
- Farnesio* (Octavio), nieto de Pablo III, procura sorprender á Parma, y transige con el emperador, IV, 66. — Julio III, le asegura la posesion de Parma, 69. Procura aliarse con la Francia, 90. — Atacado por los imperiales, protégelo eficazmente los franceses, 91. — Felipe II le restituye Plasencia, 268.
- Farnesio* (Pedro Luis): hijo natural del papa Pablo III, obtiene de su padre los ducados de Parma y de Plasencia, III, 255. — Carácter de aquel príncipe, IV, 41. — Es asesinado, *id.*
- Feudal*: examen del gobierno feudal tal como existía en España, II, 172.
- Fernando*, rey de Aragón, como se halló dueño de muchos reinos, II, 2. — Invita á su hija Juana y á su yerno Felipe, archiduque de Austria, á que vengan á España, 3. — Concibe celos de Felipe, *id.* — Continúa con vigor la guerra contra la Francia, apesar del tratado concluido entre Felipe su yerno y Luis XII, 5. — Muerte de su esposa la reina Isabel, que con algunas restricciones le deja regente del reino, 6, 6. — Cede la Castilla á Felipe, y se hace reconocer regente por las cortes, *id.* — Su carácter, *id.* — Hácese odiosos á los castellanos sus máximas de gobierno, 7. — Felipe le requiere que abandone la regencia, 8. — Logra que su hija Juana consienta por medio de una carta en confirmar su título de regencia; la carta es interceptada por Felipe, que manda encerrar á Juana, *id.* — La nobleza castellana abandona el partido de Fernando, 9. — Resuelve escluir á su hija de su sucesion casándose, *id.* — Casase con Germaine de Foix, sobrino de Luis XII, 10. — Tratado concluido entre él y Felipe en Salamanca, por el cual ambos, junto con Juana, participan de la regencia de Castilla, 11. — Logra que Henrique VIII de Inglaterra detenga tres meses á Felipe echado á las costas de aquel reino, *id.* — Declaronse contra él los castellanos, 12. — Desejóse de la regencia de Castilla por un tratado, *id.* — Su entrevista con Felipe, *id.* — Estaba ausente y visitaba á Nápoles cuando la muerte de Felipe, 16. — Regresa y se atrae el afecto de los españoles con su prudente administracion en la regencia de Castilla, 17, 18. — Adquiere por medios ignominiosos el reino de Navarra, *id.* — Como alteró su temperamento, 19. — Procura priyar de la sucesion de España á su nieto Carlos, *id.* — Muda su testamento en favor de Carlos, 20. — Muerte de Fernando, 20, 21. — Examen de su administracion, 25. — Por su testamento Jimenez es nombrado rejente de Castilla hasta que llegue Carlos, 17.

Fernando, segundo hijo de Felipe, archiduque de Austria por nacimiento, II, 4. — Es nombrado regente de Aragón por su abuelo Fernando, 19. — Un acta posterior revoca este nombramiento, y solo obtiene una pensión, 20. — Descontento de que le privasen de la regencia, confiando en Madrid á la custodia del cardenal Jimenez, 28. — Carlos le envía á visitar su abuelo Maximiliano, 47, 48. — Es elegido rey de Hungría y Bohemia, 315. — Firma un acta llamada *Reversal*, 316. — El emperador procura que sea elegido rey de romanos, III, 43. — Opónense los protestantes, 44. — Es coronado rey de romanos, 45. — Forma una confederación contra los Anabaptistas de Munster, 69. — Opónese á la restauración de Ulrico, duque de Wirttemberg, 72, 73. — Reconoce el título de este príncipe y concluye un tratado con él, *id.* — Juan Zapol-Scæpius le quita el reino de Hungría, 189. — Sitúa en Buda al joven rey Estevan y á la reina su madre, 191. — Derróta los turcos, 192. — Sus humillantes promesas de sujeción al proponer que se haría tributario de la Puerta, 193. — Son desechadas, *id.* — Aliaga á los protestantes, 224. — Abre la dieta de Worms, 248. — La requiere que se someta á las decisiones del concilio de Trento, 249. — Consiente en pagar á Soliman un tributo por la Hungría, *id.* — Ataca los privilegios de Bohemia, IV, 35. — Trata á Praga con rigor, 36. — Desarma á los bohemios, 37. — Obtiene la soberanía de la ciudad de Constanza, 62. — A invitación de Martinuzzi, se apodera de la Transilvania, 104. — Logra que la reina Isabel le ceda la Transilvania, 105. — Hace asesinar á Martinuzzi, 108. — Entra en negociaciones con Mauricio en favor del emperador, 120. — Motivos que le impelen á instar al emperador á convenirse con Mauricio, 136. — Isabel y su hijo Estevan recobran la posesión de la Transilvania, 172. — Abre la dieta de Augsburgo, y siembra la desconfianza entre los protestantes, 204, 205. — El emperador le cede la administración interior de los negocios de Alemania, 207. — El emperador le insta otra vez para que renuncie sus pretensiones á su sucesión, pero no quiere consentir, 208. — Procura ganar la amistad de la dieta, *id.* — Por tercera vez se niega á las instancias del emperador, 245. — Carlos Quinto le cede la corona imperial, 246. — Convo-ca el colegio de electores en Finnefort, donde es reconocido emperador, 277. — No quiere el papa reconocerlo, *id.*

Fieschi, conde de Lavagne. *Vease Lavagne.*

Fieschi, (Gerónimo): comprométese en la conspiración de su hermano, y con dificultad se escapa de sus manos Andres Doria, III, 321. — Su pueril vanidad tras la muerte de su hermano, 322. — Encuétrase en una fortaleza que poseía, 324. — Tiene que rendirse y es ajusticiado, IV, 5.

Flandes *Vease Países Bajos.*

- Florenxia*: los habitantes de esta ciudad se rebelan contra el papa Clemente VII al saber su prision, y recobran su libertad, III, 3. El emperador les obliga á someterse al mandado de Alejandro de Médicis, 34. — Alejandro de Médicis, duque de Florenxia, es asesinado por su pariente Lorenzo de Médicis, 136. — Cosme de Médicis se acerca á la soberanía, 137. — Sostenido por el emperador, derrota á los partidarios de Lorenzo, 138. — Cosme se hace independiente del emperador, IV, 159.
- Boussca* (Antonio de): gefe de las tropas enviadas por el cardenal Adriano de Utrecht para sitiar á los sublevados en Segovia, II, 170. — Los habitantes de Medina del Campo no quieren darle las provisiones militares, *id.* — Ataca é incendia casi toda la ciudad, 171. — Es rechazado, *id.* Quemán su casa de Valladolid, *id.*
- Francia*: adquisiciones de la Francia durante el reinado de Carlos Quinto, IV, 312. — Carácter del pueblo frances, 313. — Las guerras civiles de Francia tuvieron consecuencias felices para el resto de la Europa, 315.
- Francisco I*, rey de Francia: firma la paz con Carlos Quinto; condiciones de aquel tratado, II, 40. — Envia inutilmente embajadores á Carlos para que restituya la Navarra á Henrique de Albret, 49. — Tras el fallecimiento de Maesimiliano aspira á la corona imperial, 52. — Razones que alega en apoyo de sus pretensiones, 53, 54. — Observaciones acerca del tren y equipage de sus embajadores en los estados de Alemania, 55. — Los venecianos admiten sus pretensiones, 56. — No recae en él la eleccion, 62. — Origen de su rivalidad con Carlos, 71. — Hace la corte al cardenal Wolsey, 77. — Prométele su proteccion para que sea elegido papa, 80. — Su entrevista con Henrique VIII, *id.* — Lucha con Henrique y le derriba, *id.*, nota. — Sus ventajas contra Carlos al romperse las hostilidades, 137. — Firma alianza con el papa, 139. — Invade la Navarra en nombre de Henrique de Albret, hijo de Juan, último rey de Navarra, y somete aquel país á su obediencia, 142. — Los franceses son echados de la Navarra por efecto de la imprudencia de Lesparre su general, que cae en poder de los españoles, 144. — Francisco arrebatá Monzon á los imperiales, 146. — Invade los Países Bajos y por su imprudencia pierde la ocasion de una victoria, *id.* — Desecha las demandas de Carlos en el congreso de Calais, 148. — Liga entre Carlos y Henrique VIII, contra Francisco, *id.* — Nombra al mariscal de Foix gobernador de Milan, 150. — Foix ataca á Reggio, pero le rechaza Guichardin el historiador, que la manda, 151. — El papa se declara su contrario, 152. — Sus apuros en la invasion de Milan, 152, 153. — Su madre se apodera del dinero destinado para pagar las tropas del Milanésado, 153. — Milan es tomada y echados de ella los franceses, 155. — Levanta una division de suizos, 158. — Las nuevas tropas piden

que al punto se presente batalla á los imperiales, y la pierden, 159, 160. — Henrique VIII le declara la guerra, 161. — Sus medios para suplir al aniquilamiento de su hacienda, *id.* — Como resiste á los ingleses que invaden la Picardía, 163. — Los venecianos se unen al emperador contra Francisco, 205. — Y tambien el papa Adriano, *id.* — Movimiento de Francisco para marchar al Milanesado, 206. — Impídete la conspiracion del duque de Borbon, 207. — Acusa de traidor á Borbon, y este lo niega, 211. — Borbon se refugia á Italia, y Francisco se vuelve, *id.* — Nombra al almirante Bonniwet general del ejército destinado á apoderarse del Milanesado, 212. — El duque de Suffolk invade la Picardía, pero es echado de ella, 218. — Carlos es rechazado en su invasion á Guyenne y Borgoña, *id.* — Completo triunfo de Francisco I en aquella campaña, 218, 219. — Sabias precauciones que toma para escarmentar á los imperiales en su invasion á la Provenza, 235. — Reune un ejército que obliga á los imperiales á levantar el sitio de Marsella, 235. — Resuelve invadir el Milanesado, 237. — Nombra regente durante su ausencia á su madre Luisa, 238. — Entra en Milán y toma posesion de aquella ciudad, 239. — Bonniwet le aconseja que sitie Pavia, 241. — Ataca vigorosamente á Pavia, *id.* — Firma con el papa Clemente un tratado de neutralidad, 242. — Su imprudente invasion en Nápoles, 243, 244. — Segun consejo de Bonniwet resuelve atacar el ejército de Borbon que avanzaba al socorro de Pavia, 246. — Es derrotado en la batalla de Pavia, 248. — Y hecho prisionero, *id.* — Es enviado al castillo de Pizzighitone bajo la custodia de D. Fernando de Alarcon, 249. — Desecha las proposiciones de Carlos Quinto, 258. — Es conducido á España conforme á los deseos que manifestó para tener una entrevista con Carlos, 259. — Es tratado con rigor en España, 267. — Enferma gravemente, *id.* — Recibe la visita de Carlos, 268. — Resuelve abdicar su reino, 271. — El tratado de Madrid le saca de su prision, 274. — Sus secretas protestas contra la validez de aquel tratado, 275. — Recobra su libertad quedando en rehenes el delfin y el duque de Orleans en cumplimiento del tratado de Madrid, 276. — Escribe á Henrique VIII una carta dándole las gracias, 289. — Su contestacion á los embajadores del emperador, *id.* — Forma una liga con el papa, los venecianos y Sforcia contra Carlos Quinto, 291. — Es absuelto del juramento que prestó de observar el tratado de Madrid, 292. — Como se porta con la segunda embajada que le envia el emperador, 293. — Desanimase por el recuerdo de sus desgracias, 295. — Celebra con Henrique VIII un tratado contra el emperador, III, 3. — Victorias de Lautrec, su general en Italia, 6. — Su respuesta á las ofertas del emperador, 10. — Le declara la guerra y le provoca á singular combate, 11. — Trata severamente á Andres Doria, que se rebela contra él y se pasa al emperador, 16, 17. —

Su ejército mandado por Saluces es echado de Italia, 19. — Son derrotadas sus tropas que estaban en Milan, 22. — Procura lograr una composicion, *id.* — Condiciones de la paz de Cambrai concluida por la mediacion de su madre Luisa y de Margarita de Austria, 25. — Reflexiones sobre los sacrificios que hace con aquel tratado, y acerca de su proceder en la guerra, 25, 26. — Aliase secretamente con los protestantes, 46. — Sus disposiciones para eludir el tratado de Cambrai, 54, 55. — Sus negociaciones con el papa, 55. — Entrevista y tratado con el papa, 56. — Casa al duque de Orleans con Catalina de Médicis, *id.* — Negocia un tratado con Francisco Sforzia, duque de Milan, 94. — Su embajador Merveille es decapitado en Milan como culpable de asesinato, *id.* — Frustranse sus negociaciones para formar alianzas contra el emperador, 95. — Invita á Melancthon á que venga á Paris, 96. — Prueba su celo por la religion romana, 97, 98. — Motivo de su querrela con el duque de Saboya, 99. — Apodérase de los territorios del duque, 100. — Sus pretensiones al ducado de Milan cuando la muerte de Francisco Sforzia, 105. — Invectivas del emperador contra él en presencia del papa en pleno consistorio, 108, 109. — Carlos invade sus estados, 113, 114. — Su bien concertado plan de defensa, 115. — Reúnese al ejército que manda Montmorency, 120. — Muerte del Delfín, 123. — Logra que el parlamento de Paris espida un decreto contra el emperador, 125. — Invade los Países Bajos, 126. — Armisticio en Flandes, y como se negoció, 126, 127. — Treguas en el Piamonte, 127. — Motivos de estos armisticios, 128. — Concluye una alianza con Soliman el Magnífico, 128, 129. — Negocia la paz con el emperador, 131. — Concluye en Niza una tregua de diez años, 132. — Reflexiones sobre la guerra, 133. — Su entrevista con Carlos, 134. — Casa á Maria de Guisa con Jacobo V, rey de Escocia, 139. — Desecha las proposiciones de los diputados de Gante, 156. — Notifica á Carlos las ofertas que le hicieron, 157. — Permite al emperador pasar por la Francia para trasladarse á Flandes, 159. — Como es recibido el emperador, 160. — Este le engaña en el asunto de Milan, 162. — Rincon, su embajador en la Puerta, es asesinado por el general imperial del Milanésado, 205. — Prepárase para vengar aquella injuria, 207. — Ataca al emperador con cinco ejércitos, 208. — La imprudencia del duque de Orleans inutiliza sus primeros ataques, 209. — Prosigue sus negociaciones con el Sultan, 215. — Invade los Países Bajos, 216. — Obliga al emperador á levantar el sitio de Landrecie, 218. — Despide á Barbarroja, 231. — Da permiso al conde de Enguien para atacar al marques del Guasto, 232. — Socorre á Paris que corría riesgo de ser sorprendida por el emperador, 240. — Consiente en un tratado particular de paz con Carlos, 241. — Henrique VIII recibe con orgullo las pro-

posiciones de paz que le hace Francisco, 245. — Muerte del duque de Orleans, 254. — Paz de Campe, 284. — Conoce cuan necesario es atajar los ambiciosos designios del emperador, IV, 1. — Forma contra él una liga general, 2, 3. — Muerte de Francisco, 6. — Su vida y carácter brevemente cotejados con la vida y carácter de Carlos Quinto, 6, 7, 8, 9. — Consecuencia que prodajo la muerte de Francisco I, 10.

Francisco II, asciende al trono de Francia: su carácter, IV, 305. *Frankfort*: dieta celebrada en esta ciudad tras el fallecimiento de Maximiliano, para elegir un emperador, II, 58. — Nombres y miras de los electores, *id.* 59. — Ofrecen el imperio á Federico de Sajonia que lo rehusa, y porque, 59, 60. — La elección recae en Carlos Quinto, 62. — Exígenle que confirme los privilegios germánicos, y consiente por medio de sus embajadores, 63. — Esta ciudad abraza la religion reformada, 224. — Fernando convoca en ella el colegio de electores, que le nombra emperador de Alemania, IV, 277.

Federico, duque de Sajonia: va con los demas electores á Frankfort para elegir emperador, II, 59. — Ofrécentle el imperio, pero lo rehusa y da su voto á Carlos Quinto, 59, 60. — Desecha los regalos de los embajadores de España, 61. — El testimonio de los historiadores confirma su desinteresada conducta, *id.* nota. — Nombra á Martin Lutero profesor de filosofia en su universidad de Wittemberg, 89. — Anima á Lutero para que se oponga á la venta de indulgencias, 91. — Protéjelo contra Cayetauo, 97. — Manda prender á Lutero en su regreso de la dieta de Worms, y lo oculta en Wartburgo, 134. — Muerte de Federico, 287.

Fregoso, embajador de Francia en Venecia: es asesinado por el marques del Guasto, general del emperador en el Milanesado, III, 205.

Fronsperg (Jorge), noble aleman: algunos detalles acerca de su persona; se reúne al ejército de Carlos Quinto, II, 218.

G.

Gante: revuelta de esta ciudad, III, 152. — Pretensiones de los gantenses, 153. — Confederacion contra la reina viuda, gobernadora de los Países Bajos, 154. — Como trató el emperador á los diputados que le enviaron, *id.* — Ofrecen someterse á la Francia, 155. — Carlos Quinto los reduce á la obediencia, 163.

General de los jesuitas: investigaciones acerca de su cargo y despótica autoridad, III, 170.

Genova: conquista de esta ciudad por Lantrec, general de las tropas de Francia. III, 6. — Los franceses procuran perjudicar su comercio en favor de Savona, 17. — Andres Dotia la arrebató á los

- franceses, 20. — Su libertad es el fruto del desinterés de Doria, 21. — Honores tributados á la memoria de Doria, *id.* — El emperador visita Génova, 31. — Fieschi, conde de Lavagne, forma un plan para derribar la constitucion de aquella ciudad, 314. — Reune sus partidarios, 318. — Los conspiradores salen del palacio de Lavagne, y se derraman por la ciudad, 320. — Diputados enviados á Lavagne para saber sus intenciones, 322. — Lavagne se anega, *id.* — Frústrase la conspiracion por la imprudencia de su hermano Gerónimo Fieschi, *id.* 323. — Dispersion de los conspiradores, *id.* — Gerónimo tiene que rendirse y es ajusticiado, IV, 5.
- Ginebra*: relacion de su revuelta contra el duque de Saboya, III, 101.
- Germanada*: como se formó en Valencia la asociacion así llamada, II, 197. — No quiere deponer las armas, *id.* — Su resentimiento se dirige contra la nobleza, que levanta contra ella un ejército, 198. — Derrota á los nobles en varios encuentros, 199. — Los nobles consiguen botirla y dispersarla, *id.*
- Gibelinos* (los): qué fue esta faccion en Italia, II, 297.
- Giron* D. Pedro de): nóbrante general del ejército de la Santa Liga, II, 183. — Despójase del mando y le reemplaza Padilla, 185, 186.
- Gonzaga*, gobernador de Milan: es cómplice de la muerte de Pedro Luis Farnesio, y toma posesion de Plasencia en nombre del emperador, IV, 41. — Prepárase para apoderarse de Parma, 89. — Recházalo los franceses, 92.
- Gouffier* (ó Boisy): Francisco I le envia á Carlos Quinto para negociar la paz II, 40.
- Goleta* (la): toma de este fuerte en Africa por Carlos Quinto, III, 82.
- Granvella* (el cardenal de): sus artificios para obligar al conde de Sancerre á entregar Saint-Dizier al emperador, III, 237, 238. — Sus esfuerzos para mantener á los protestantes seguros y tranquilos en cuanto á la conducta que respecto de ellos observaba el emperador, 263. — Felipe segundo lo nombra para que hable á la asamblea cuando la abdicacion de Carlos Quinto, IV, 232.
- Gravelines*: entrevista de Carlos Quinto y de Henrique VIII en esta ciudad, II, 81. — El ejército francés es derrotado en Gravelines, IV, 281.
- Gropper*, canónigo de Colonia: es designado para dirigir las conferencias entre los católicos y protestantes en la dieta de Ratisbona, III, 184. — Escribe un tratado para conciliarlos, 185. — Opinion de los dos partidos acerca de su obra, 186.
- Granada* (el arzobispo de): precide el consejo de Castilla, y da un imprudente dictámen al cardenal Adriano relativamente á la sedicion de Segovia, II, 170.
- Guasto* (el marques del): el emperador lo nombra gobernador de

- Milan, III, 122. — Hace asesinar á Rincon, embajador de Francia en Constantinopla, cuando pasaba al lugar de su destino, 205. — Defiende Coriñon contra los franceses, 231. — El duque de Enghien, lo derrota en batalla campal, 233.
- Guerra*: cuanto se diferenciaba del antiguo el método de guerrear en tiempo de Carlos Quinto, y sus progresos, II, 217. — Reflexiones generales sobre las vicisitudes de las guerras, IV, 305.
- Guichardini*: refútase su relacion de la publicacion de las indulgencias, II, 92, nota. — Defiende Reggio contra los franceses, 151. — Rechaza á los franceses en su ataque contra Parma, 156. — Su opinion en cuanto al tratado del papa con Lannoy, virrey de Nápoles, 306.
- Guisa* (Francisco de Lorena, duque de): Henrique segundo le nombra gobernador de Metz, IV, 152. — Su carácter, 153. — Prepárase para defender Metz contra el emperador, *id.* — De Aumale, su hermano, cae prisionero de los imperiales, 156. — Levántase el sitio de Metz, 158. — Trata con humanidad á los enfermos y heridos que habia el emperador abandonado, 159. — Aconseja á Henrique que forme alianza con Pablo IV, 222. — Marcha á Italia con sus tropas, 251. — Son poco importantes sus operaciones, 253. — Es llamado de Italia despues de la batalla de San Quintin, 265. — Como es recibido a su vuelta, 272. — Asienta su campo delante del de Felipe II, 273. — Cerca y toma á Calais que estaba en poder de los ingleses, *id.*, 274. — Apodérase de Guines y de Hem, 275. — Toma Thionville en el Luxemburgo, 281.
- Guisa* (Maria de): cácase con Jacobo V, rey de Escocia, III, 139. — Frustra el enlace proyectado entre su hija Maria y el príncipe Eduardo de Inglaterra, 230.
- Gurk* (el cardenal de): porque favorece la eleccion de Carlos Quinto para el imperio, II, 62. — Firma en nombre de Carlos la capitulacion del cuerpo germánico, 63.
- Guzman*, canceller del emperador Fernando: es enviado á Pablo IV para notificarle la eleccion de su señor; pero niegase el papa á darle audiencia, IV, 277.

II.

- Hamburgo*: esta ciudad abraza la religion reformada, II, 224.
- Haro*, (el conde de): es nombrado general del ejército de los nobles de Castilla contra la *Santa Liga*, II, 184. — Ataca á Tordesilla, y se apodera de la reina Juana, 185. — Pone en fuga al ejército de la liga, y prende á Padilla, que es ajusticiada, 187.
- Hasen-Aga*, gobernador de Argel; sus piraterias contra los estados cristianos, III, 194, 195. — Es sitiado en Argel por Carlos Quinto, 198. — Hace con buen éxito una salida, 199. — Los tempora-

les obligan al emperador á retirarse, 206.

Hayradin (ó Chairadín): hijo de un alfarero de Lesbos, comienza á ejercer la piratería, III, 77. Véase *Barbarroja*.

Heldo, vice-canciller de Carlos Quinto: acompaña al nuncio del papa á Smalkalde, III, 142. — Forma la liga apostólica para oponerla á la protestante, 145.

Henrique II, rey de Francia: motivos que le obligan á eludir una alianza con Pablo III contra el emperador, IV, 44. — Procura poner á la Escocia en paz con la Inglaterra, 90. — La joven reina de Escocia es prometida al Delfín y enviada á Francia para su educación, *id.* — Aliase con Octavio Farnesio, duque de Parma, 91. — Protesta contra el concilio de Trento, 92. — Unese á Mauricio, elector de Sajonia, 110. — Apoya las operaciones de Mauricio, 121. — Su ejército se apodera de Metz, *id.* — Intenta sorprender á Strasburgo, 129. — Pídenle que tenga alguna consideración con aquella ciudad, *id.* — Regresa á Champagne, 130. — El emperador se prepara para declararle la guerra, 152. — Píde á los turcos que se apoderan de Nápoles, 162. — Toma y demolición de Terouanne por los armas de Carlos, 169. — Toma de Hesdin, *id.* — Entra con su ejército en los Países Bajos, 170. — Procura estorbar el enlace de María de Inglaterra con Felipe segundo, 187. — Progresos de sus armas contra el emperador, 188. — Presenta el combate á Carlos, 189. — Retirada de Henrique, 190. — Cosme de Médicis, duque de Florencia, le declara la guerra, 192. — Nombra á Pedro Strozzi general de su ejército en Italia, 193. — Strozzi es derrotado, 194. — Toma de Siena, 196. — Pablo IV le hace proposiciones para aliarse con él contra el emperador, 221. — Razones que alega Montmorency contra esta alianza, *id.* — Los guisas le aconsejan que la acepte, 222. — Envía al cardenal de Lorena con poderes para firmarla, 223. — El papa firma el tratado, 225. — Tregua de cinco años concluida con el emperador, 235. — El cardenal Caraffa le escita á romperla, 239. — Es absuelto de su juramento y firma un nuevo tratado con el papa, 240. — Envía el duque de Guisa á Italia, 251. — El condestable de Montmorency es batido y cae prisionero en la batalla de San Quintín, 260, 261. — Prepárase para defender Paris, 262. — San Quintín es asaltada, 264. — Reune sus tropas y negocia socorros, 264, 265. — Acoge graciosamente al duque de Guisa, 272. — Este toma á Calais, 275. — Da poderes á Montmorency para negociar la paz con Felipe, 287. — Honores que le dispensa á su vuelta á Francia, *id.* — Hace proposiciones de matrimonio á la reina Isabel, 296. — Frústrase este proyecto, 297. — Casa su hija con Felipe II, y su hermana con el duque de Saboya, 302. — Condiciones del tratado de Cateau-Cambresis, 303. — Pomposa celebración de las bodas de su hermana y de su hijo, 305. — Muerte de Henrique segundo, *id.*

Henrique VII, rey de Inglaterra: instigado por Fernando, detiene en sus estados al archiduque Felipe y á su esposa la duquesa, á quienes una tempestad arrojara á las costas de Inglaterra, 11, 11.

Henrique VIII, rey de Inglaterra: envia un embajador á Alemania para esponer sus pretensiones al imperio, 11, 56. — Desiste de ellas, y no toma parte en las de los competidores, 57. — Su carácter, é influencia de su política en Europa, 75. — Déjase conducir enteramente por el cardenal Wolsey, 76. — Recibe una visita del emperador Carlos, 79. — Va á Francia á avistarse con Francisco, 80. — Lucha con Francisco, y este le derriba, *id.* nota. — Segunda entrevista con el emperador en Gravelines, 81. — Carlos ofrece dejar á su arbitrio todas sus disputas con Francisco, *id.* — Publica contra Lutero un tratado sobre los siete sacramentos, 135. — El papa le da el título de defensor de la fé, 136. — Abraza el partido de Carlos contra Francisco, 137. — Envia Wolsey para que negocie una transaccion entre Carlos y Francisco, 147. — Unese á Carlos contra Francisco, 148. — Razones que publicamente da acerca de aquel tratado, 148, 149. — Sus motivos particulares. *id.* — Declara la guerra á Francisco, 161. — Carlos le visita, *id.* — Desembarca en las costas de Francia, 162. — Avanza con un ejército por la Picardía, *id.* — El duque Vendome le precisa á retirarse, 163. — Entra en un tratado con el emperador y Carlos duque de Borbon, 210. — Para sostener sus guerras impone unas contribuciones de lo que le concediera el parlamento, 217. — Envia el duque de Suffolk para apoderarse de la Picardía y penetra hasta Paris, pero es rechazado, 218. — Obligase á ayudar á Carlos en su invasion en la Provenza, 234. — Porque no auxilió á los imperiales, 236. — Efectos que en él produjeron la batalla de Pavia y la prision de Francisco, 252. — Particularidades de la embajada que envió á Carlos, 254. — Concluye una alianza defensiva con la Francia, 260. — Es declarado protector de la liga de Cognac contra el emperador, 291. — Sus motivos para favorecer al papa contra el emperador, III, 2. — Unese á Francisco y renuncia las pretensiones de la Inglaterra á la corona de Francia, 3. — Declara la guerra al emperador, 11. — Concluye una tregua con la gobernadora de los Países Bajos, 16. — Athire á la paz de Cambrai, 28. — Quiere divorciarse de Catalina de Aragon, *id.* — Motivos que tuvo el papa para no consentirlo, 29. — Envia auxilios pecuniarios á la liga protestante de Alemania, 47. — Hace anular su matrimonio por Cranmer, arzobispo de Cantorbery, 57. — El papa revoca la sentencia de Cranmer bajo pena de excomunion, 58. — Niega la supremacia del papa, *id.* — No quiere reconocer ningun concilio convocado por el papa, 75. — Opónese al enlace de Jacobo V con Maria ds

- Guisa, 140. — Está descontento de Francisco primero, y se inclina al emperador, *id.* — Concluye una alianza con este, 212. — Hace la guerra á la Escocia, 213. — Artículos del tratado concluido con Carlos, 214. — Invale la Francia y pone sitio á Boloña, 236. — Desecha el plan de operaciones que le propone el emperador, 240. — Este le abandona, *id.* — Toma Boloña, 245. — Orgullosas proposiciones que hace á Francisco, *id.* — Paz de Cambré, 284. — Sucédele su hijo Eduardo IV, 3. — Ecsámen de su política, 316.
- Hertford* (el conde de): saquea é incendia á Edimburgo, I, I, 236. — Y luego se reúne con Henrique en su invasión contra la Francia, *id.*
- Hesse* (el landgrave de): contribuye al restablecimiento de su pariente Ulrico, duque de Wirtemberg, III, 73. — Sus miras comparadas con las del elector de Sajonia, 261. — El emperador le hace engañosas promesas, 270. — Disipa los recelos que la liga protestante tenía del emperador, *id.* — Es nombrado general de la liga protestante junto con el elector de Sajonia, 292. — Cotejo de su carácter, *id.* — Insiste en atacar al emperador, pero el elector se opone á ello, 295. — Su carta á Mauricio, duque de Sajonia, 303. — Dispersion del ejército de la liga, 306. — Se ve reducido á aceptar duras condiciones de Carlos, IV, 26. — Manera humillante con que el emperador le recibe, 28. — Prívanle de su libertad, 29. — El emperador desprecia sus ofertas de sumisión, 33. — Carlos lo lleva consigo á los Países Bajos, 59. — Esfuérzase por recobrar su libertad, 82. — Carlos absuelve arbitrariamente de sus obligaciones para con el landgrave al elector de Brandeburgo y á Mauricio de Sajonia, 83. — Es trasladado á la ciudadela de Malinas, *id.* — Obtiene su libertad con el tratado de Passau, 140. — Es arrestado por la reina de Hungría, pero el elector lo vuelve á poner en libertad, 150. — Efectos que en él produjo su cautiverio, *id.*
- Heuterus*: lo que escribió acerca de Luis XII contradice á las relaciones de Bellay y de otros historiadores franceses en cuanto á la educacion de Carlos Quinto, II, 21, nota.
- Hungría* (el reino de): Soliman el Magnífico se apodera de él, y perece el jóven rey Luis segundo, II, 314, 315. — Triunfo de Soliman y prisioneros que se lleva, 315. — El archiduque Fernando es elegido rey de Hungría y de Bohemia, *id.* — Juan-Zapol Scépius le quita la Hungría, III, 189. — Estevan ciñe la corona tras la muerte de su padre Juan, 190. — Soliman se apodera de él por traicion, 192. — Véase *Isabel y Martinuzzi*.
- Horuc*, hijo de un alfarero de Lesbos: ejerce la piratería con su hermano Hayradin, III, 77. Véase *Barbarroja*.

I.

- Imprenta*: sus efectos en los progresos de la religion reformada, II, 124.
- Indulgencias*: doctrina de las indulgencias de la iglesia romana, II, 84. — Quien fué su inventor, 85. — Lutero predica contra las indulgencias, 89. — Escribe contra esta doctrina á Alberto, elector de Maguncia, 90. — Bala en su favor, 99. — Zwingli se opone á la venta de las indulgencias en Suiza, 101.
- Infantado* (el duque del): véngase de un golpe dado por casualidad á su caballo, III, 151. — Protégelo el condestable de Castilla, *id.*
- Inocente*, jóven criado del cardenal del Monte; obtiene el capelo cuando la eleccion de su señor al pontificado, IV, 69.
- Interim*, sistema de doctrina así llamado, compuesto por orden de Carlos Quinto para que se observara en Alemania, IV, 48. — Protestantes y católicos no quieren admitirlo, 52.
- Investiduras*: usurpaciones del clero romano en Alemania durante las disputas entre los emperadores y los papas, II, 114.
- Inglaterra*: como este reino se rebeló contra la supremacia de los papas, y recibió la doctrina reformada, III, 58. — La reina Maria se desposa con el príncipe Felipe, hijo del emperador Carlos, contra el voto de la nacion, IV, 180. — El parlamento ratifica aquel enlace, 182. — Apesar suyo la Inglaterra se halla comprometida por Felipe, rey de España, en la guerra contra la Francia, 256. — Maria recoge contribuciones para hacer la guerra, en virtud de sus prerrogativas, 257. — El duque de Guisa se apodera de Calais, 275. — Y de Guines y de Ham, *id.* — Muerte de Maria, á la cual sucede Isabel, 195. — Isabel establece la religion protestante, 300. — Tratado de Cateau-Cambresis, 301. — La conducta de Henrique VIII acrecentó la fuerza interior de la Inglaterra, 316. — El poder inglés pronto fué respetado en el continente, 318. — La Inglaterra cambia su manera de obrar respecto de la Escocia, *id.*
- Isabel*: hija de Juan II rey de Castilla y esposa de Fernando, rey de Aragon; historia de esta reina, II, 2. — Cuanto lo afligió el maltrato que su yerno el archiduque Felipe daba á su hija Juana, 3. — Carácter y muerte de Isabel, 5. — Nombra á Fernando regente de Castilla, pero con algunas restricciones, 6.
- Isabel*, hija de Segismundo rey de Polonia, esposa de Juan rey de Hungría, III, 189. — Su carácter, 190. — Soliman la lleva con su hijo á la Transilvania, apoderándose de ellos por traicion, 192. — Confíasele el gobierno de aquella provincia y la educacion de su hijo junto con Martinuzzi, IV, 103. — Envidia el influjo de Martinuzzi, y solicita la proteccion de los turcos, *id.* — Promete que cederá

- la Transilvania á Fernando, 105. — Retírase á Silesia, *id.* — Recobra la posesion de la Transilvania, 171, 172.
- Isabel* de Portugal, esposa del emperador Carlos V, II, 278.
- Isabel*, hermana de María: su advenimiento al trono de Inglaterra, IV, 295. — Su carácter, 296. — Piden su mano Felipe II, rey de España, y Henrique II, rey de Francia, *id.* — Prudente conducta que observa respecto de estos, 297. — Resuelve desechar á Henrique, *id.* 298. — Sus razones para no admitir las ofertas de Felipe, *id.* — Da á Felipe una contestacion ambigua, *id.* — Pide se le devuelva Calais en las conferencias de Cateau-Cambresis, 299. — Establece en Inglaterra la religion protestante, 300. — Tratado entre Isabel y Henrique, firmado en Cateau-Cambresis, 301.
- Italia*: consecuencias que para ella tuvo la alianza de Leon X y Carlos Quinto, II, 150. — Diferencia del carácter de los italianos, españoles y franceses, *id.* — Estado de la Italia al ascender al trono pontifical Clemente VII, 219. — Miras de los estados de la Italia respecto de Carlos y Francisco, cuando las tropas de este fueron echadas de Génova y del Milanésado, 233. — Sus temores tras la batalla de Pavía, cuando se supo la prision de Francisco, 255. — Los principales estados de la Italia entran en la Santa Liga contra el emperador, 291. — Desánimalos la lentitud de Francisco I, 296. — Qué era la faccion de los gibelinos, 297. — Carlos visita la Italia, III, 30. — Motivos de su moderacion para con los varios estados de ella, 32. — Opinion de estos cuando la paz de Cambrai, 34. — Carlos forma una alianza entre los estados de la Italia, 53. — Felipe segundo concede Plasencia á Octavio Farnesio, IV, 268. — Y da á Cosme de Médicis la investidura de Siena, 269, 270. — Consecuencias de semejantes donaciones, 271.

J.

- Jacobo V*, rey de Escocia: levanta tropas para socorrer á Francisco I á la Provenza, pero frústrase su intento, III, 139. — Negocia para obtener por esposa la hija de Francisco, *id.* — Cásase con la duquesa María de Guisa, 140. — Muere y no deja mas sucesor que su hija María, niña aun, 213. — Véase *María Stuarda*.
- Juan Zapot Scapius*: con el apoyo de Soliman hácese rey de Hungría, III, 189. — Deja el reino á su hijo Estevan, 190. — Véase *Hungría*, *Isabel* y *Martinuzzi*.
- Juana*, hija de Fernando y madre de Carlos Quinto: visita la España con su esposo Felipe, archiduque de Austria, II, 3. — Indiferencia de su marido para con ella, 4. — Su carácter, *id.* — Su marido la abandona de repente en España, *id.* — Queda sumida en la melancolía y da á luz á su hijo Fernando, *id.* — Es interceptada la carta en que enviaba su consentimiento á su padre para la regen-

cia de Castilla, y queda detenida en prision, 8. — Agregada en la regencia de Castilla á Fernando y Felipe por el tratado de Salamanca, 11. — Parte para la España con Felipe, y el buque es arrojado á las costas de la Inglaterra, donde les detiene Henrique VII, *id.* — Las cortes la reconocen por reina, 13. — Ternura con que cuida á su marido durante la enfermedad de que murió; y tras su fallecimiento traspasa todo su amor al cadáver, 14. — Es incapaz de gobernar, 15. — Su hijo Carlos se pone en posesion de la corona, 28. — Las cortes reconocen rey á Carlos, con una restriccion á favor de Juana. 45. — Como recibe á Padilla, gefe de los descontentos de España, 175. — La Santa Liga se traslada á Tordesillas, lugar de su residencia, *id.* — Vuelve á sumergirse en su primera melancolía, *id.* — La Santa Liga continua obrando en nombre de Juana. á quien prende el conde Haro, *id.* 185. — Muere tras unos cincuenta años de encierro, IV, 229.

Jesuitas: quien fundó la orden de jesuitas, II, 143. — Carácter de esta orden, *id.* — Carácter de Ignacio de Loyola su fundador, III, 168. — El papa confirma la orden, 167. — Ecsamen de sus constituciones, 168. — Su espíritu, *id.* — Oficio y poder del general, 170. — Rápidos progresos de la orden, 173. — Danse al comercio y establecen un imperio en la América meridional, 174. — Peligrosa tendencia de la orden, 175. — Se les deben imputar la mayor parte de los funestos efectos que despues de su institucion ha producido el papismo, 176. — Ventajas que han resultado de su establecimiento, 177. — Civilizan á los habitantes del Paraguay, 178. — Precauciones que toman para asegurarse la independencia de sus dominios, 180. — Como se descubrieron las particularidades de su gobierno y de su instituto, 181. — Breve esposicion de su carácter, 182, 183.

Julio II, papa: observaciones sobre su pontificado, II, 110.

Julio III, papa: su carácter, IV, 69. — Dispone del capelo de un modo indecoroso, *id.* — Manifiesta su aversion á la convocacion de un concilio, 71. — Señala á Trento por punto de reunion, 72. — Establece enérgicamente su suprema autoridad en la bula que para la convocacion espide, 81. — Arrepiéntase de haber asegurado á Octavio Farnesio en la posesion de Parma, 89. — Ecsige á Octavio que rompa su alianza con la Francia, á lo que se niega aquel, 91. — Su muerte, 207.

L.

Lachan, genúil hombre flamenco, adjunto del Cardenal Jimenez en la regencia de Castilla, II, 36.

Landrecie: Carlos Quinto sitia esta ciudad, III, 218. — Lo levanta, *id.*

Lannoy: hipoteca las rentas de Nápoles para socorrer las necesidades del emperador, II, 240. — Francisco I se le rinde prisionero en la batalla de Pavia, 248. — Guarda á su prisionero con vigilancia, 249. — Pónelo en libertad á consecuencia del tratado de Madrid, y recibe en rehenes al duque de Orleans y al Delfín, 277. — Es enviado como embajador á Francisco para esigir el cumplimiento del tratado, 293. — Concluye un tratado con el papa, 305. — Reúnese en Roma con los imperiales que no quieren obedecerle, III, 4, 5.

Lanusa (D. Juan de): Carlos Quinto le nombra virrey de Aragón al partir para Alemania, II, 70. — Apacigua las turbulencias de Aragón, 200.

La Gole. Véase *Golus*.

Lavagne. (Juan Luis Fieschi, conde de): su carácter, III, 314. — Proyecta derribar el gobierno de Génova, 315. — Sus preparativos, *id.* 316. — Artificios de que se vale para reunir sus partidarios, 318. — Como los anima, *id.* — Su entrevista con su muger, 319. — Los conjurados atacan la ciudad, 320. — Escápase Andrés Doria, 321. — Envíanle diputados para saber sus intenciones, 322. — Caee en el mar y se anega, *id.* — La vanidad de su hermano frustra la tentativa de los conjurados, *id.* Véase *Génova*.

Lorenzo de Médicis. Véase *Medicis*.

Lautrec (Oder de Fox mariscal de); gobernador de Milán por los franceses: su carácter, II, 150. — Destruye el amor que los milaneses profesaban á la Francia, *id.* — Sitia Reggio, pero es rechazado por Guicciardini el historiador, que entonces gobernaba aquella plaza, 151. — Es excomulgado por el papa, 152. — Luisa de Saboya se apodera del dinero destinado á sus tropas, 153. — Abandonánclo los suizos, 154. — Es echado del Milanesado, 154. — Una nueva division de suizos á sus órdenes pide que se presente batalla á los imperiales, y Lautrec es vencido, 159. — Los suizos le abandonan, 160. — Retírase á Francia con el resto de sus tropas, *id.* — Remite á Lannoi el Delfín y el duque de Orleans, dados en rehenes por Francisco I, á consecuencia del tratado de Madrid, 277. — Es nombrado generalísimo de la liga contra el emperador, III, 5. — Sus victorias en Italia, 6. — Motivos que le impiden sujetar el Milanesado, *id.* — Obliga al príncipe de Orange á retirarse á Nápoles, 13, 14. — Bloquea á Nápoles, *id.* La peste diezma su ejército, y le arrebuta la vida, 18, 19.

Leipsik: pública conferencia en esta ciudad, donde Lutero disputa contra Eckius acerca de la validez de la autoridad del papa, II, 101.

Leon X, papa: su carácter, II, 57. — Sus temores en la elección de emperador cuando la muerte de Maximiliano, *id.* — Consejos que da á los príncipes alemanes, *id.* — Concede á Carlos Quinto

el diezmo de todos los beneficios eclesiásticos de Castilla, 65. — Pone á Castilla en entredicho, pero lo levanta á instancias de Carlos, *id.* — Su proceder cuando la declaracion de guerra entre Carlos y Francisco, 73. — Situacion de los negocios de la Iglesia al ascender él al trono, y sus intenciones políticas, 84. — Su indiferencia tocante á la disputa entre Lutero y los dominicos para la publicacion de las indulgencias, 93. — Irrita á Lutero contra él, y el papa le cita á Roma, 94. — Invita al elector de Sajonia á que le retire su proteccion, *id.* — Permite que la doctrina de Lutero sea examinada en Alemania, 95. — Nombra al cardenal Cayetano para que asista al examen, *id.* — Espide una nueva bula en favor de las indulgencias, 99. — Emplea diferente proceder contra Lutero, y porqué, 100. — Publica contra él una bula de excomunion, 102. — Miras políticas de su conducta con Carlos y Francisco, 138. — Concluye un tratado con este, 140. — Y otro con Carlos, *id.* — Condiciones del último, 141. — Consecuencias que de él resultan á la Italia, 150. — Frústranse sus esperanzas en el proyecto de Moron, canceller de Milan, para recobrar el Milanésado, 151. — Excomulga al mariscal de Foix por haber atacado á Reggio, y se declara contra la Francia, 152. — Toma á su sueldo una division suiza, *id.* — Los franceses son echados del Milanésado, 155. — Muerte de Leon X, 156. — Con su muerte acabó el espíritu de confederacion, *id.*

Lesparre (Andres de Foix de): manda en Navarra las tropas francesas á favor de Henrique de Albret, II, 143. — Conquista aquel reino, *id.* — Avanza imprudentemente hasta Castilla, *id.* — Los españoles le hacen prisionero, y los franceses son echados de la Navarra, 144.

Leonardo (el padre): concibe el proyecto de entregar por traision Metz á los imperiales, IV, 200. — Introduce en la ciudad soldados disfrazados de frailes, 201. — La conspiracion se descubre, *id.* — Los frailes cómplices suyos le asesinan, 203.

Letras ó literatura: el renacimiento de las letras contribuyó á los progresos de la reforma, II, 121.

Leyva (Antonio de): defiende Pavia contra Francisco I, II, 241. — Su vigorosa defensa, 242. — Hace una salida durante la batalla de Pavia, y atribuye á la derrota de los franceses, 247. — El duque de Borbon le deja de gobernador en Milan, 302. — Derrota á los enemigos en Milan, III, 21. — Es nombrado generalísimo de la liga en Italia, 53. — Dirige las operaciones en la invasion que el emperador hace en Francia, 113. — Muerte de Antonio de Leyva, 120.

Levesque (Don): lo que dice acerca de los motivos por los cuales el emperador se despojó de sus dominios hereditarios, IV, 228, nota.

Liga, formada en Cognac contra el emperador Carlos Quinto, bajo la proteccion del rey de Inglaterra, II, 291.

Liga (Santa) ó Junta: qué era esta confederacion en España, II, 173. — No quiere reconocer la autoridad de Adriano, 174. — Va á establecerse en Tordesillas, residencia de la reina Juana, 175. — Prosigue sus operaciones en nombre de Juana, *id.* — Recibe cartas de Carlos, que le manda deponer las armas, prometiéndole el perdón, 177. — Hace una esposicion acerca de los menoscabos producidos por el gobierno de Carlos, 178. — Detalle de aquel manifiesto, *id.* — Observaciones sobre el espíritu de libertad que respira, 181. — Los confederados nose atreven á presentarlo á Carlos, 182. — Propónese que se prive á Carlos de la corona durante la vida de Juana, *id.* — Tomalas armas, 183. — Descripción de su ejército, 184. — El conde de Haro saca á la reina del poder de los confederados, 185. — De que manera recogen dinero para pagar su ejército, 186. — Pierden el tiempo negociando con los nobles, 187. — Piensan hacer la paz con Carlos á costa de los nobles, 189. — Su imprudente conducta, *id.* — El conde de Haro pone en fuga su ejército y prende á Padilla, 191. — Padilla es ajusticiado, 192. — Cartas que escribe á su esposa y á la ciudad de Toledo, *id.* — Ruina de aquella confederacion, 193.

Literatura: lo que debe á la orden de los jesuitas, III, 177.

Luis II, rey de Hungría y Bohemia; su carácter, II, 314. — Preso y muerto por las tropas de Soliman, 315.

Luis XII, rey de Francia recibe el homenaje del archiduque Felipe por el condado de Flandes, II, 3. — Concluye con él un tratado, mientras estaba en guerra con Fernando de Aragon, 5. — Dá su sobrina, Germana de Foix, á Fernando, y hace las paces con él, 10. — Pierde con esto la confianza de Felipe, 21, nota. Da al conde de Angulema su hija mayor, que ya estaba prometida á Carlos Quinto, *id.*, nota.

Luisa de Saboya, madre de Francisco I, rey de Francia; su carácter, II, 153. — Sus razones para apoderarse del dinero destinado á pagar las tropas de Lautrec, *id.* — Causas de su odio á la casa de Borbon, 207. — Carlos, duque de Borbon, desecha las proposiciones de matrimonio que ella le hace, 208. — Resuelve perderle, 209. — Mueve un pleito al condestable para despojarle de sus bienes, *id.* — Parte para disuadir á su hijo de la invasion del Milanésado; pero Francisco se pone en marcha sin esperarla, 238. — Es nombrada regenta durante la ausencia de su hijo, *id.* — Su prudente conducta cuando supo la derrota de Pavia y la prision de su hijo, 252. — Firma con Henrique VIII un tratado de Alianza defensiva, 260. — Ratifica el tratado de Madrid para poner en libertad á su hijo, 276. — De acuerdo con Margarita de Austria se encarga de arreglar las cuestiones que mediaban entre Francisco y el emperador, III, 23. — Artículos de la paz de Cambrai, 25.

Loyola (Ignacio de), gobernador del castillo de Pamplona, en Navarra, es herido en su defensa, II, 143. — Era entusiasta por naturaleza, *id.* — Funda la compañía de los jesuitas, III, 166. — Logra que el papa apruebe su orden, 167. — Cargo y poder del general, 170. — Rápidos progresos de la orden, 173. — *Véase Jesuitas.*

Lorena (el cardenal de): persuade á Henrique II que acepte la alianza que le ofrece el pontífice Pablo IV, y parte á Roma á fin de negociarla, IV, 222, 223. — Su imprudente conducta para con la duquesa de Valentinois, y del condestable, 286.

Luneburgo (el duque de) abraza la doctrina de Lutero, II, 204.

Lutero (Martin): felices consecuencias de las opiniones que propaló, II, 83. — Ataca las indulgencias, 88. — Su nacimiento y educación, *id.* — Es nombrado profesor de filosofía en la universidad de Wittemberg, 89. — Declama contra la publicación de las indulgencias, *id.* — Escribe contra esa práctica á Alberto, elector de Maguncia, 90. — Sostiénenle los agustinos y animalo Federico, elector de Sajonia, *id.* 91. — El papa Leon X le intimiza que comparezca á Roma, 94. — Obtiene del papa permiso para que se examine en Alemania su doctrina, 95. — Comparece á Augsburgo ante el cardenal Cayetano, *id.* — Su firme contestación al imperioso mandato de retractarse de su doctrina que le hace Cayetano, 96. — Sale de Augsburgo, y apela del papa mal informado al papa mejor informado, *id.* — Apela á un concilio general, 99. — Cuan útil le fué la muerte del emperador Maximiliano, 100. — Agita la cuestión de la autoridad del pontífice en una pública disputa, 101. — Las universidades de Colonia y Lovaina condenan su doctrina, *id.* — Bula de excomunión publicada contra él, 102. — Sostiene que el papa es el anticristo, y lanza la bula al fuego, 103, 104. — Reflexiones sobre el proceder de Roma para con él, 105. — Reflexiones sobre su conducta, 106. — Causas que contribuyeron á favorecer su oposición á la iglesia de Roma, 108. — Entre ellas la imprenta y la restauración de las letras, 124, 125. — Mándanle que comparezca ante la dieta de Worms, 132. — Concédenle salvo conducto, *id.* — Modo con que se le recibe en la ciudad, *id.* — No quiere retractarse de sus opiniones, 133. — Pártese de Worms, *id.* — Edicto público contra él, *id.* — El elector de Sajonia, su protector, lo oculta en Warthburgo, 134. — Progresos de su doctrina, *id.* — La universidad de París publica contra él un decreto, 135. — Henrique VIII escribe contra Lutero, *id.* — Réplicas de Lutero á la universidad de París y á Henrique VIII, 136. — Sale de su retiro para reprimir el inconsiderado celo de Carlóstadt, 223. — Emprende la traducción de la Biblia, *id.* — Muchos príncipes alemanes adoptan su doctrina, 224. — Su prudente y moderada conducta, 286. — Cásase con Catalina Boria, religiosa, *id.* —

Grandes progresos de su doctrina en los estados de Alemania, III, 35. — Reanima á los protestantes abatidos por el severo decreto que el emperador dictara contra ellos, 42. — Adligenlo las estravagancias de los anabaptistas en Munster, 69. — Henrique, duque de Sajonia, le invita á pasar á Leipsik, 147. — Su opinion tocante á la obra de Gropper, que queria conciliar católicos y protestantes, 186. — Muerte de Lutero, 265. — Su carácter, 266. — Extracto de su testamento, 268, nota. — *Véase Protestantes*. — Escamen de los extraordinarios efectos que su devesion de la iglesia católica produjo en la corte de Roma y en la Europa en general, IV, 320, y siguientes.

Luxemburgo: Roberto de La Marck, señor de Bouillon, lo invade, II, 145. — Invádelo y lo tala el duque de Orleans, III, 209. — Tambien lo invade Francisco I, 216.

M.

Madrid: tratado firmado en esta villa entre el emperador Carlos Quinto y su prisionero Francisco I, II, 173. — Opinion pública acerca de aquel tratado, 274.

Magdeburgo (la ciudad de): no quiere admitir el *interim* propuesto por Carlos Quinto y se prepara á la defensa, IV, 79. — Mauricio, elector de Sajonia, es nombrado para sujetarla, 80. — Es proscripta del imperio, 95. — Jorge de Mecklemburgo se apodera de su territorio, *id.* — Los habitantes son derrotados en una salida, *id.* — Llega Mauricio de Sajonia y toma el mando del ejército sitiador, 96. — Rendicion de la ciudad, 97. — El senado nombra burgrave á Mauricio, 98.

Mahomet (ó *Mahmed*), rey de Túnez: historia de sus hijos, III, 80, 81.

Mallorca: sublevacion de aquella isla, II, 200. — Dificilmente apaciguada, *id.* — Moderacion de Carlos para con los sediciosos al llegar á España, 201.

Magestad, al ser elegido emperador, Carlos Quinto toma el título de magestad, que adoptaron luego todos los monarcas de Europa, II, 64.

Malinas: qué era el consejo de Malinas establecido por Carlos Quinto, III, 154.

Malta (la isla de): Carlos Quinto la cede á los caballeros de San Juan de Jerusalem echados de Rodas por los turcos, II, 165.

Mamelucos: el sultan Selim los destruye completamente, II, 53.

Mammelus: algunos detalles acerca de esta faccion de Ginebra, y porque se llama así, III, 102.

Muuel Filiberto, duque de Saboya: *Véase Saboya*.

Muuel (D. Juan), embajador de Fernando en la corte imperial:

- hace la corte al archiduque Felipe, al recibir la noticia del fallecimiento de la reina Isabel, II, 7. — Intercepta la carta por la cual Juana consentía en aprobar el derecho de Fernando á la regencia de Castilla, 8. — Negocia un tratado entre Fernando y Felipe, 11. — Al morir Felipe, declárase á favor de Maesimiliano para la regencia, 16. — Es nombrado embajador imperial en Roma, 140. — Concluye una alianza entre Leon X y Carlos Quinto, *id.* — condiciones de aquel tratado, 141. — Hace que la eleccion al trono pontificio recaiga en Adriano de Utrecht, 157.
- Marcelo II*, papa: su carácter, IV, 215. — Muerte de Marcelo, II, *id.*
- Marciano* (batalla de): entre Pedro Strozzi y el marques de Marignan, IV, 194.
- Margarita* de Austria, reina viuda de Saboya, tia de Carlos Quinto: encárgase con Luisa, madre de Francisco I, de acomodar las cuestiones que median entre ambos monarcas, III, 23. — Artículos de la paz de Cambray, 25.
- María* de Inglaterra: su ascencion al trono, IV, 180. — Acepta la proposicion que Carlos Quinto le hace de casarla con su hijo Felipe, 181. — Repugna á los ingleses semejante enlace, *id.* — La cámara de los comunes espone contra aquel matrimonio, 182. — Artículos matrimoniales, *id.* — El parlamento lo ratifica y se celebra, 185. — Restablece la religion romana, *id.* — Persigue á los reformistas, 186. — Invita á Carlos á pasar á Inglaterra cuando su abdicacion y su tránsito á España, pero Carlos se niega á ello, 217. — Felipe logra que le ausilie en la guerra que declara contra la Francia, 256. — En virtud de sus prerrogativas impone contribuciones para continuar la guerra, 257. — Confía demasiado en la fortaleza de Calais y descuida de socorrer aquella plaza, 273. — Sitio y toma de Calais por el duque de Guisa, 275. — Muerte de María de Inglaterra, 295.
- María* de Borgoña: es prometida á Luis XI rey de Francia, pero se casa con el emperador Maesimiliano, II, 1.
- María* Estuarda, hija de Jacobo V, rey de Escocia: sube al trono niña aun, III, 213. — Es prometida al Delfin de Francia, IV, 44. — Educase en la corte de Francisco, 90. — Celébrase el enlace, 280. — Al morir María toma las armas y el título de reina de Inglaterra, 297.
- Mariano* (Juan Jacobo Medicino, marques de): manda el ejército florentino contra los franceses, IV, 192. — Derrota al ejército francés mandado por Pedro Strozzi, 194. — Sitia á Siena, 195. — Conviene el sitio en bloqueo, *id.* — Rendicion de Siena, 196. — Rendicion de Porto-Ercole, 197. — El emperador manda que marchen al Planonta las tropas de Marignan, 198.
- Marck* (Roberto de La), señor de Bouillon: declara la guerra al emperador Carlos Quinto, II, 144. — Tala el Luxemburgo al